América día a día

Diario de viaje

Casi no ha habido un solo día en que América no me haya deslumbrado, casi ni un día en que no me haya decepcionado. No sé si podría vivir aquí y ser feliz, pero estoy segura de que voy a echar apasionadamente de menos a este país.

Simone de Beauvoir

Las mil y una VOCES

MONDADORI

Escaneado con CamScanner

Simone de Beauvoir

Simone de Beauvoir (París, 1908-1986) es ya una figura mítica de las letras francesas de este siglo. Autora prolífica y polémica, entre su producción destacan los ensayos *El segundo sexo* (1949) y *La vejez* (1970) y la novela titulada *Los mandarines* (1954). En 1958 inició la publicación de su autobiografía con *Memorias de una joven formal*, al que seguirían *La fuerza de la edad* (1960), *La fuerza de las cosas* (1963) y *Final de cuentas* (1971). En 1982 publicó *La ceremonia del adiós*, donde se recogen los últimos momentos de vida de su compañero Jean-Paul Sartre. *América día a día* fue publicado por primera vez en 1948.

Escaneado con CamScanner

América día a día

Simone de Beauvoir

MONDADORI

Escaneado con CamScanner

América día a día

Simone de Beauvoir

Casi no ha habido un solo día en que América no me haya deslumbrado, casi ni un día en que no me haya decepcionado. No sé si podría vivir aquí y ser feliz, pero estoy segura de que voy a echar apasionadamente de menos a este país.

Las mil y una VOCES

Escaneado con CamScanner

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *L'Amérique au jour le jour 1947*

Ilustración de la cubierta: Silvia Borri
© 1954, Éditions Gallimard, París
© 1999 de la edición en castellano para todo el mundo:
MONDADORI (Grijalbo Mondadori, S. A.)
Aragó, 385, 08013 Barcelona
www.grijalbo.com
© 1999, Daniel Sarasola Anzola, por la traducción
Primera edición
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-397-0388-0
Depósito legal: M. 31.211-1999
Impreso y encuadernado en Artes Gráficas Huertas, S. A.
Fuenlabrada (Madrid), sobre papel AMABULK, offset volumen ahuesado, de Papelera de Amaroz, S. A.

Diseño gráfico de la colección: Óscar Astromujoff

Escaneado con CamScanner

A Ellen y Richard Wright

Escaneado con CamScanner

Prefacio

PASÉ CUATRO MESES EN AMÉRICA: es poco; además fue un viaje de placer y dejado al azar de la improvisación; hay zonas inmensas del nuevo mundo a las cuales ni siquiera me acerqué; en concreto crucé ese gran país industrial sin visitar sus fábricas, sin ver sus hallazgos técnicos, sin entrar en contacto con la clase obrera. Tampoco penetré en las altas esferas donde se forjan la política y la economía de los Estados Unidos de América. Sin embargo, no me parece inútil, comparándolo con grandes retratos de cuerpo entero que otros más competentes han trazado, contar día a día cómo América se desveló ante una conciencia: la mía.

A falta de un estudio que sería presuntuoso intentar, puedo aportar un testimonio fiel. Dado que una experiencia concreta envuelve a la vez a sujeto y objeto, no he pretendido eliminarme de este relato: sólo podría ser veraz dando cuenta de las circunstancias singulares, personales, en las que se llevó a cabo cada descubrimiento. Por eso he elegido la forma de diario; aunque retrospectivo, dicho diario reconstituido con la ayuda de algunas notas, de cartas y de recuerdos aún frescos, es escrupulosamente exacto. He respetado el orden cronológico de mis momentos de asombro, de mis deslumbramientos, de mis indignaciones, mis vacilaciones, mis errores. A menudo sucede que mis primeras impresiones sólo se dilucidan sobre la marcha: para los temas que me parecieron importantes he indicado mediante notas cómo remitirse de un pasaje a otro. Pero quiero señalar que ningún pasaje aislado constituye un juicio definitivo;

Escaneado con CamScanner

a menudo, por otra parte, no adopto ningún punto de vista definitivo; el conjunto de mis indecisiones, de mis adiciones y rectificaciones es lo que constituye mi opinión. Ninguna decisión previa ha presidido la elaboración de esta historia: es la historia de lo que me sucedió, ni más ni menos. Esto es lo que vi y cómo lo vi; no he tratado de decir más.

SIMONE DE BEAUVOIR

Escaneado con CamScanner

25 de enero de 1947

Algo está sucediendo. En una vida se pueden contar los minutos en los que algo sucede. Haces de luz barren el terreno donde brillan semáforos rojos y verdes; es un atardecer de gala, una fiesta nocturna: mi fiesta. Algo sucede. Las hélices giran cada vez más rápido, los motores aceleran: mi corazón no puede seguirlos. De un solo golpe las balizas rojas se aplastan contra el suelo: a lo lejos tiemblan las luces de París, sobrias estrellas que ascienden de un abismo azul sombrío.

Ya está. Sucedió. Vuelo hacia Nueva York. Es verdad. El altavoz ha llamado: «Viajeros para Nueva York...», y la voz tenía el acento familiar de todas las voces que escuchamos por los altavoces, en los andenes de las estaciones. París-Marsella, París-Londres, París-Nueva York. Sólo es un viaje, un paso de un lugar a otro. Es lo que decía la voz, es lo que pretende el rostro hastiado del auxiliar de vuelo; debido a su profesión, encuentra natural que yo vuele hacia América. Sólo hay un mundo y Nueva York es una ciudad del mundo. Pero no. A pesar de todos los libros que he leído, las películas, las fotografías, los relatos, Nueva York es en mi pasado una ciudad legendaria: de la realidad a la leyenda, no existe camino. Frente a la vieja Europa, en el umbral de un continente poblado por 160 millones de hombres, Nueva York pertenece al futuro: ¿cómo podría yo saltar a pies juntillas por encima de mi propia vida? Intento darme razones: Nueva York es real y presente, pero mi emoción permanece. Normalmente viajar es

Escaneado con CamScanner

intentar anexionar a mi universo un objeto nuevo: la empresa es de por sí apasionante. Pero hoy es diferente: me parece que voy a salir de mi vida, no sé si a través de la cólera o de la esperanza, pero algo va a desvelarse, un mundo tan pleno, tan rico y tan imprevisto que conoceré la aventura extraordinaria de convertirme en otra.

El vuelo tranquilo del avión es ya una promesa: ya me he escapado. La tierra se ha deslizado dentro de un extraño éter. Ya no estoy en ninguna parte: estoy en *otra parte*. ¿Y qué hora es? ¿En qué estación estamos? En las Azores es verano bajo grandes sombreros de paja. El suelo de Terranova está cubierto de nieve y hielo. Son las ocho en París y las dos en Nueva York. El tiempo se enmaraña con el espacio. Mis sueños son menos extravagantes que esta ala grande a la que estoy atada y que planea inmóvil entre nubes y estrellas.

He dormido. Abro los ojos. Sobre el cielo negro que tapiza el abismo estalla bruscamente un fuego de artificio horizontal y fijo: estrellas, redes, círculos, haces de luces multicolores. Agua trémula entre girándulas brillantes. Se me antoja una Venecia enloquecida. O bien es alguna prodigiosa victoria que se celebra en la tierra... «Boston», dice la azafata de vuelo. Boston. El nombre puritano evoca una racional ciudad de piedra. Trazada a fuego y oro, en el terciopelo de la llanura, su plano parece desordenado. Boston. América. Miro ávidamente. No puedo decir todavía: estoy en América. Bastaría un solo minuto para estrellarme contra el suelo, pero estoy en un cielo que no pertenece a ningún continente. El cielo. Por debajo de mí la noche vuelve a tomar forma; América duerme, pero de tarde en tarde estallan los fuegos de una nueva fiesta, una ciudad, un pueblo. Parece que en este país las piedras y los ladrillos se transforman de noche en lentejuelas llameantes; cada aldea es un rutilante árbol de Navidad.

Descender del cielo a la tierra es un pequeño calvario. El aire límpido y sin peso se espesa en una atmósfera que se adhiere a la corteza terrestre surcada de remolinos. El vuelo soberbio se convierte en navegación aplicada. Mis sienes zumban, mis oídos están doloridos; mi tímpano es sin duda esa

Escaneado con CamScanner

membrana que describen los libros de historia natural: se tensa, vibra, duele. Yo sólo era una mirada, una espera: ahora tengo un estómago que es bolsillo, un cráneo que es caja de huesos, un tímpano que es membrana, toda una maquinaria en piezas sueltas y mal dispuestas. He cerrado los ojos; cuando los abro de nuevo todas las estrellas del cielo han rodado por la tierra. Un centelleo de pedrerías y carbunclos, de frutos de rubí, de flores de topacio y de ríos de diamantes: sólo he experimentado en la infancia un deslumbramiento semejante, un deseo tan apasionado. Todos los tesoros de las mil y una noches con los que soñaba entonces y que jamás había vislumbrado están aquí; todas las barracas de feria donde no entré, los tiovivos de caballos de madera, Magic City, Luna Park... están aquí: y también los decorados del Châtelet, las tartas de cumpleaños, las arañas de cristal que se encienden por la noche en los salones llenos de música, me han sido devueltos, me han sido dados. Aquella rama de boj de donde colgaban collares, pulseras, ristras de caramelos transparentes y glaseados que tanto codicié un domingo de Ramos, está ahí. Ataré a mi cuello, a mis muñecas, esas joyas azucaradas, haré crujir su cristal entre mis dientes, aplastaré contra mi paladar la escarcha brillante y tendré en la lengua un regusto a grosella y piña. El avión desciende, cabecea. Unido a los vientos, a la niebla, al peso del aire, vive en el presente de una vida elemental y turbada: pertenece a la naturaleza. Desciende. Las hileras de perlas se convierten en calles, las burbujas de cristal son farolas; es una ciudad que se ofrece e incluso las palabras de la infancia resultan demasiado pobres para dar nombre a lo que promete. Una chimenea de fábrica oscila en el cielo. Distingo casas a lo largo de una avenida y pienso: caminaré por esas calles. La chimenea oscila por segunda vez, giramos en redondo. Mi vecina murmura: «El motor hace un ruido raro». Giramos inclinados sobre un ala y pienso al instante: «No quiero morir. No ahora. No quiero que las luces se apaguen». La chimenea ha desaparecido; las balizas rojas se aproximan y noto el impacto de las ruedas sobre la pista. Esperábamos

Escaneado con CamScanner

turno, simplemente. Cada minuto hay un avión posándose sobre el aeropuerto de La Guardia.

Los elementos han sido vencidos, abolidas las distancias; pero Nueva York se ha desvanecido. Para reunirse con ella hay que aventurarse en el angosto túnel de la vida terrestre. Papeles pasando de mano en mano; un médico examina distraídamente nuestros dientes como si fuéramos caballos en venta. Nos conducen a una sala caldeada en exceso y esperamos. Siento la cabeza torpona, me ahogo. Me habían advertido: «Siempre hace demasiado calor en América». Así que este calor embrutecedor es América; y este zumo de naranja que me tiende con sonrisa de revista una joven de pelo brillante es también América. Habrá que descubrirla lentamente, no va a dejarse devorar como un gran caramelo. Los árboles de Navidad están lejos y las fuentes luminosas; ya no volveré a ver esa superficie en fiestas: no brilla para ninguno de los que ahora pisan firmemente el pavimento con todo su peso humano. Me llaman; un funcionario examina mi hermoso visado en papel rígido decorado con sellos rojos como un mapa medieval. Mueve la cabeza. «Viene usted de un bello país, dice... pero llega a un país todavía más bello.» Me reclama ocho dólares. Luego los aduaneros revisan sin mucha atención mis maletas y entro en el gran vestíbulo circular donde la gente dormita y se aburre. Soy libre y al otro lado de la puerta Nueva York espera.

D. P. ha venido a buscarme; no la conozco. Allá voy, a merced de una joven a la que jamás había visto, por una ciudad de la que mis ojos todavía no saben ver nada. El coche circula tan ágilmente, bajo las ruedas la pista es tan lisa que la tierra parece intangible como el aire. Seguimos el curso de un río, cruzamos un puente metálico, y mi vecina dice de pronto: «Es Broadway». Entonces, de golpe, veo. Veo largas calles luminosas con centenares y centenares de coches; se paran y vuelven a arrancar con tanta disciplina que parecen dirigidos desde lo alto del cielo por alguna providencia magnética; el ajedrezado regular de las calles, las aristas inmutables de los cruces de ángulo recto, la alternancia matemática de semáforos rojos y

Escaneado con CamScanner

verdes dan tal impresión de orden y paz que la ciudad se me antoja silenciosa: la verdad es que no se escucha un claxon, ni un estruendo de bocinazos, y comprendo por qué los visitantes americanos se sorprenden del terrible rechinar de frenos en los cruces de nuestras calles. Aquí, los coches se deslizan por una calzada afelpada de donde emanan pequeños géiseres de vapor: parece una película muda. Los coches relucientes parecen salidos del escaparate de una sala de exposiciones y el pavimento me parece tan limpio como el enlosado de una cocina holandesa: la luz ha lavado todas sus manchas; es una luz sobrenatural que transfigura el asfalto, que rodea con una aureola las flores, los vestidos de seda, los caramelos, las medias de nilón, los guantes, los bolsos, los zapatos, los abrigos de piel, los lazos ofrecidos tras los escaparates de las tiendas. Miro con los ojos muy abiertos. Sin duda nunca volveré a encontrar este silencio, este lujo, esta paz; nunca volveré a ver en torno a Central Park estas murallas de lava negra, estos gigantescos dominós de piedra y luz. Mañana, Nueva York será una ciudad. Pero esta noche pertenece a la magia. Damos vueltas sin encontrar un sitio donde aparcar el coche: un rito exigido, y me someto a él con curiosidad de neófita. En el restaurante decorado con palmeras en rojo y oro, la cena es una comida de iniciación; el martini y el bogavante tienen un regusto sagrado.

En un inmenso hotel entre la calle Cuarenta y cuatro y la Octava avenida, D. P. me ha reservado una habitación. Ella pregunta cuánto tiempo podré quedármela: «Tanto tiempo como quiera, si se porta bien», dice el gerente con una gran sonrisa. Parece que es una suerte: no se encuentra alojamiento con facilidad. D. P. se marcha, pero no subo a mi habitación. Camino por Broadway. El aire es húmedo y suave: un invierno meridional; después de todo, Nueva York está en el mismo paralelo que Lisboa. Camino. Broadway. Times Square. Calle Cuarenta y dos. Mis ojos sin recuerdos, mis pasos sin proyecto: desgajada del pasado y del futuro, una pura presencia. Tan pura, tan tenue que duda de sí misma y el mundo está también en suspenso. Digo: es Nueva York; pero no me

Escaneado con CamScanner

lo creo del todo. Ni raíles ni estelas: no he trazado mi paso por la superficie de la tierra; esta ciudad y París no están unidas como dos elementos de un mismo sistema: cada una tiene su propio tiempo que no coincide con el de la otra, no existen juntas y yo no he podido pasar de una a otra. Ya no estoy en París, pero no estoy aquí: mi presencia es presencia ficticia. No hay lugar para mí en estas aceras; este mundo extraño donde he ido a caer por sorpresa no me esperaba, estaba completo sin mí, *está* completo sin mí, es un mundo en el que no estoy: lo aprehendo en mi perfecta ausencia. Esta multitud con la que me codeo, no formo parte de ella: me siento invisible a todas las miradas. Poseo el anonimato de un fantasma. ¿Conseguiré reencarnarme?

26 de enero

En lo más profundo de la noche, del sueño, una voz dice de pronto sin palabras: «Algo me ha sucedido». Duermo otra vez y no sé si es una gran dicha o una catástrofe que se ha abatido sobre mí. Algo me ha sucedido. Tal vez esté muerta como a menudo me sucede en los sueños, tal vez vaya a despertarme al otro lado de la muerte. Al abrir los ojos, tengo miedo. Y me acuerdo: no es del todo el más allá. Es Nueva York.

No era un espejismo. Nueva York está ahí, todo es cierto. Es una verdad clamorosa en este cielo azul, en el aire húmedo y suave, más triunfante que los encantos lisonjeros de la noche. Son las nueve de la mañana, es domingo, las calles están desiertas. Todavía algunas luces rezagadas en los luminosos de neón. Ni un transeúnte, ni un coche; nada perturba la huida rectilínea de la Octava avenida. Cubos, prismas, paralelepípedos, las casas son sólidos abstractos y las superficies, la intersección abstracta de dos volúmenes; sus materiales no tienen densidad ni textura: es el espacio mismo vaciado en moldes. No me muevo, miro. Estoy aquí y Nueva York va a ser mía. Reconozco esta dicha, tiene quince años de vida. Salía de la estación y desde lo alto de la escalera monumental veía todos los tejados de Marsella a mis pies; iba a pasar un

Escaneado con CamScanner

año, dos años en una ciudad desconocida; no me movía y miraba, pensando: esta ciudad extraña es mi propio futuro, será mi pasado. Entre estas casas que han existido sin mí durante años, siglos, hay un trazado de calles para millares de hombres que no eran yo, que no son yo. Pero he aquí que camino por ellas, bajo por Broadway, sin duda soy yo. Camino por calles no trazadas para mí, por las que mi vida no ha dibujado aún caminos, por las que no acecha ningún aroma del pasado. Aquí nadie repara en mi presencia, todavía soy un fantasma y me deslizo por la ciudad sin perturbar nada. Sin embargo, haré mía en adelante la línea de calles, de casas; Nueva York me pertenecerá, yo le perteneceré.

Bebo un zumo de naranja en la esquina de una barra, me siento en el quiosco de un limpiabotas, en una de las tres butacas sobre una plataforma con escalerilla; me hago carne poco a poco y la ciudad se aplaca. Las superficies se han convertido en fachadas, los sólidos en casas. Por la calzada, el viento levanta polvo y viejos papeles. Pasada Washington Square, las matemáticas pierden poderío. Los ángulos rectos se quiebran, las calles ya no tienen números sino nombres, las líneas se curvan y enmarañan. Me pierdo como en una ciudad europea. Las casas sólo tienen tres o cuatro pisos y densos colores que vacilan entre el rojo, el ocre, el negro; ropa tendida en las escalerillas de socorro que zigzaguean sobre las fachadas. Esta ropa que vaticina el sol, los limpiabotas apostados en las esquinas de las calles, las azoteas de los tejados, evocan vagamente una ciudad meridional, aunque el rojo desvaído de las casas recuerde a las nieblas de Londres. La verdad es que este barrio no se parece a nada que yo conozca. Pero sé que lo amaré.

El paisaje cambia. La palabra paisaje es la adecuada para esta ciudad dejada de la mano de los hombres e invadida por un cielo que se eleva sobre los rascacielos, se filtra en las calles rectas; demasiado vasto para que la ciudad haya podido anexionárselo, la desborda: es un cielo de montaña. Camino entre altos acantilados al fondo de un cañón donde no penetra el sol: un olor salino lo recorre. La historia humana no está

Escaneado con CamScanner

inscrita en estos edificios de equilibrio sabiamente calculado: están más próximos a cavernas prehistóricas que a casas de París o Roma. En París, en Roma, la historia se ha infiltrado en las entrañas del suelo; París horada las profundidades hasta el centro de la tierra. La Battery de Nueva York no brota de raíces tan remotas. Bajo estaciones de metro, alcantarillas y conductos de calor, roca virgen e inhumana. Entre esa roca y el cielo abierto, Wall Street, Broadway bañado por las sombras de sus gigantescos edificios, parecen esta mañana instalarse de lleno en la naturaleza. La pequeña iglesia negra con su cementerio de losas chatas resulta tan inesperada y conmovedora en mitad de Broadway como un calvario en el filo escarpado del océano.

El sol era tan hermoso, el agua del Hudson tan verde que tomé el barco que conduce a los provincianos del Medio Oeste hasta la Estatua de la Libertad. Pero no bajo en la islita que se parece a un fortín. Solamente quisiera ver la Battery tal y como aparece a menudo en el cine. La veo. A distancia, sus campanarios parecen frágiles. Descansan tan al borde de aristas verticales que la menor trepidación los tiraría a tierra como a castillos de naipes. Cuando el barco se aproxima, sus cimientos se hacen más firmes; pero la línea de caída permanece trazada de manera obsesiva ¡Qué festín para los bombarderos!

Hay centenares de restaurantes en estas calles, pero todos están cerrados en domingo; el que yo descubro está atestado; como deprisa, apremiada por la camarera. Ni un lugar donde descansar. La naturaleza es más clemente. Nueva York vuelve a humanizarse en esta dureza. Pearl-Street con su tren elevado, Chatham Square, el barrio chino, la Bowery. Empiezo a estar cansada. Mi cabeza hierve de lemas publicitarios: «Ciudad de contrastes». Esas callejuelas, con olor a especias y a papel de embalar entre fachadas con mil ventanas, ya constituyen un contraste; me tropiezo con uno a cada paso y todos son diferentes entre sí. «Una ciudad en pie», «Geometrías apasionadas», «Delirantes geometrías», estos rascacielos, estas fachadas, estas avenidas son justo así: lo veo. Lo he leído tantas veces: «Nueva York con sus catedrales». Habría podido in-

Escaneado con CamScanner

ventármelo yo; todos esos viejos tópicos se me antojaban hueros. Sin embargo, en la frescura del descubrimiento, las palabras «contrastes» o «catedrales» también me vienen a los labios y me asombro al sentirlas tan manidas mientras que la realidad que tratan de captar permanece inalterable. Me dijeron palabras más precisas: «En la Bowery, el domingo, los borrachos durmen en la acera». Aquí está la Bowery: los borrachos duermen en la acera. Es justo eso lo que las palabras querían decir y su precisión me desconcierta: ¿cómo pueden sonar tan hueras siendo tan ciertas? No aprehenderé Nueva York con palabras. Ya no pienso en aprehenderla: me disuelvo en ella. Palabras, imágenes, saber, esperas, de nada me servirían; decir que eran falaces o ciertas no tiene sentido. Es imposible cualquier confrontación con las cosas que están ahí; existen de otra manera: están ahí. Miro y vuelvo a mirar, tan estupefacta como un ciego que acaba de recobrar la vista.

27 de enero

Si quiero descifrar Nueva York tengo que dirigirme a los neoyorquinos. Hay nombres en mi agenda, pero no tienen rostro para mí. Tendré que hablar por teléfono, en inglés, con gente que no me conoce ni conozco; al bajar al *lobby* del hotel me siento más intimidada que si fuera a pasar un examen oral. El exotismo del lobby me aturde; un exotismo a contrapelo. Soy el zulú que se espanta ante una bicicleta, la campesina extraviada en el metro parisiense. Expendeduría de periódicos y puros, Western Union, salón de peluquería, *writing-room* con taquígrafos y mecanógrafos escribiendo al dictado de los clientes: club, despacho, sala de espera, gran almacén, todo a la vez. A mi alrededor presiento todas las comodidades de la vida cotidiana, pero no sé utilizarlas, el menor movimiento supone un problema: ¿cómo franquear mis cartas? ¿Dónde echarlas? Ese trajín alado cerca del ascensor, esos destellos blancos, casi los tomaría por alucinaciones. Tras una placa de cristal hay letras cayendo del vigésimo quinto piso a las profundidades del subsuelo; la sala de fiestas está ahí. En el puesto de periódicos hay una máquina que escupe sellos.

Escaneado con CamScanner

Pero me hago un lío con las monedas sueltas. Para mí, un centavo es a la vez una moneda de veinticinco céntimos y un céntimo; cinco centavos son, por tanto, cinco céntimos, pero equivalen también a cinco monedas de veinticinco céntimos de las antiguas, o sea, a veinticinco céntimos; durante diez minutos trato en vano de hacer que el teléfono suene: todos los aparatos rechazan el níquel que introduzco una y otra vez en la ranura para monedas de veinticinco céntimos. Me quedo sentada en una de las cabinas, abrumada; me dan ganas de desistir del empeño: detesto ese aparato maléfico. Pero en fin, no puedo encerrarme en la soledad. Pido auxilio al empleado de la Western Union. Esta vez me responden. La voz sin rostro vibra al otro lado del hilo telefónico: hay que hablar. No me esperan y no tengo nada que ofrecer. Sólo digo: «Estoy aquí». Tampoco yo tengo rostro, sólo soy un nombre propagado por amigos comunes. Vuelvo a decir: «Me encantaría veros». Ni siquiera es cierto y lo saben; no es a ellos a quienes quiero ver porque no les conozco. Sin embargo, las voces son casi amistosas, naturales. Esa naturalidad ya me reconforta como si fuera amistad. No obstante, después de tres llamadas, vuelvo a cerrar la agenda con las mejillas encendidas.

Subo a la peluquería; me siento menos extraña. En todas las ciudades que he conocido son iguales: el mismo olor, los mismos secadores metálicos; los peines, las borlas de polvos, los espejos carecen de personalidad. Abandonada en manos que friccionan mi cráneo, ya no soy un fantasma: entre esas manos y yo se produce un auténtico encuentro; soy yo de verdad, en carne y hueso. Pero ni este instante me resulta del todo cotidiano. Por ejemplo: observo que no hay necesidad de darle una a una las horquillas a la joven que me peina: están pegadas a un imán que lleva en torno a la muñeca y el imán las atrae una vez que mi pelo está seco: ese pequeño juego me maravilla.

Todo me maravilla, lo imprevisto y lo que preveía. No sabía que los inmuebles de los barrios elegantes tenían esas marquesinas de toldo verdoso, con un gran número, prolongándose sobre la acera, anunciando no se sabe qué festín. Un

Escaneado con CamScanner

portero permanece firme en el umbral, de manera que cada casa tiene el aspecto de un hotel o un bar. También la entrada, custodiada por conserjes de uniforme con galones, parece el vestíbulo de un palacio. Un empleado controla el ascensor: difícil recibir visitas clandestinas. En cambio, en el cine he visto muchas veces esas casas sin conserje, parecidas a las casas francesas de provincias. Se cruza una primera puerta acristalada y hay una serie de timbres para cada inquilino; cada uno tiene su buzón. Se llama y se abre una segunda puerta acristalada. También he reconocido los botones alargados y planos que había visto en las películas, y la sonoridad más amortiguada que la de los timbres franceses. Lo desconcertante es que estos decorados de estudio, que nunca hubiera imaginado que fueran reales, lo sean de pronto.

Tantos detalles sorprendentes durante los primeros días les confieren un encanto especial; nada podría aburrirme. Este almuerzo de negocios en un restaurante de la calle Cuarenta resulta perfectamente tétrico; con su alfombra, sus lunas, sus arañas, este elegante lugar parece un salón de té de grandes almacenes y, por supuesto, hace bochorno. Pero en mi martini, en el zumo de tomate, aprendo a qué sabe América; esta comida tiene algo de comunión.

El encanto se paga. El exotismo que transfigura cada uno de mis instantes también me tiende trampas. Luce un sol maravilloso y quiero pasearme por el East River. Pero la *drive*, esa larga calzada elevada que bordea el río, es sólo para coches. Intento hacer trampa y avanzo pegada a la pared. Pero es difícil hacer trampa en América; las circunvalaciones son matemáticas, están al servicio del hombre a condición de que éste encaje en ellas dócilmente; los coches, lanzados a sesenta millas por hora por esta especie de autopista, me pasan rozando peligrosamente. Hay una plazoleta junto al río con transeúntes paseándose, pero parece imposible llegar a ella. Tomo impulso, alcanzo la línea que separa los dos flujos opuestos, pero tengo que quedarme ahí mucho tiempo, plantada como una farola, a la espera de que una breve interrupción me per-

Escaneado con CamScanner

mita terminar de cruzar; todavía tengo que saltar una valla antes de ponerme a salvo. Con mi abrigo de invierno demasiado grueso para este calor, estoy más cansada que si hubiera subido una montaña. Algunos instantes más tarde, me entero de que bajo la drive hay pasadizos para peatones y puentes que la cruzan por encima.

El río huele a sal y especias. Hay hombres sentados en los bancos, al sol: vagabundos y negros. Niños con patines se lanzan sobre el asfalto, se arrollan unos a otros, gritan. Bordeando la drive hay viviendas baratas: esos vastos edificios que van estrechándose de abajo arriba son feos. Pero más allá diviso las altas torres de la ciudad y, al otro lado del río, veo Brooklyn. Me acomodo en un banco entre un estrépito de ruedas de patines y me siento satisfecha. Brooklyn existe, y Manhattan con sus rascacielos, y toda América en el horizonte; yo ya no existo. Eso es. Comprendo lo que he venido a buscar: esta plenitud que casi sólo se conoce en la infancia o en la primera juventud, cuando nos anulamos en beneficio de algo distinto a uno mismo. Desde luego, en otros viajes he disfrutado esta dicha, esta certidumbre, pero era fugaz. París seguía siendo para mí —en Grecia, en Italia, en España, en África— el centro del mundo; nunca había dejado del todo París, yo seguía instalada en mí misma.

París ha perdido su hegemonía. No se trata ya de que haya aterrizado en un país extranjero, sino en otro mundo, un mundo autónomo, separado; toco ese mundo, está ahí. Me será dado. Ni siquiera me será dado a mí, existe con una evidencia demasiado deslumbrante para que yo sueñe con atraparlo en mis redes; será una revelación que se llevará a cabo allende los límites de mi propia existencia. De golpe, aquí estoy, liberada de esa inquietud monótona que yo llamo mi vida. Sólo soy una conciencia cautivada ante la que el Objeto soberano va a darse a conocer.

He caminado mucho. Al llegar al puente, el sol estaba completamente rojo, el negro entramado del puente metálico enrejaba el cielo arrebolado; a través de esa red de hierro, se vislumbraban las altas torres cuadrangulares de la Battery; el

Escaneado con CamScanner

impulso horizontal del puente, el arranque vertical de los rascacielos se agigantaban en ese reencuentro. Una apoteosis de luz compensaba con creces su audacia.

Tengo una cita a las seis en el hotel Plaza, calle Cincuenta y nueve. Subo las escaleras de metro al aire libre. Este ferrocarril es enternecedor como un recuerdo, un poco más largo que un *scenic-railway* de provincias; las paredes son de madera, se me antoja un refugio de montaña; la portezuela también es de madera, pero gira automáticamente; nada de empleados: para pasar basta con un níquel, la ficha mágica que también pone en marcha los teléfonos, que abre las puertas de esas dependencias privadas que llaman eufemísticamente «habitaciones de reposo». Circulamos por encima de la Bowery, a la altura del primer piso; vamos quemando etapas a toda velocidad: ya estamos en la calle Catorce, luego la Treinta y cinco, la Cuarenta y dos; voy a la Cincuenta y nueve, pero pasamos a toda velocidad; Setenta, Ochenta: ya no nos detenemos. Por debajo de nosotros, todas las luces están encendidas; es la orgía nocturna que presentía desde el cielo: cines, bares, *drugstores*, caballos de madera. Soy arrastrada a través de un prodigioso Luna Park y este trenecito elevado es en sí mismo una atracción de feria. ¿Se detendrá? Qué grande es Nueva York...

Me había montado en un expreso. En la primera estación, me bajo y tomo un «local». Espero largo rato en el vestíbulo perfumado, caldeado en exceso del Plaza; el mismo ambiente del restaurante de esta mañana: demasiadas lunas, demasiadas alfombras, colgaduras, arañas. Me extraña tener que esperar tanto tiempo, y de pronto caigo en la cuenta de que estoy en el Savoy-Plaza: enfrente es donde tengo la cita. Cansada, confusa, aturdida de tantos descubrimientos y equivocaciones, me siento en la barra del Plaza. Felizmente, me habían esperado. El martini me reanima. La gran sala amueblada en roble negro está caldeada en exceso, poblada en exceso. Miro a la gente. Las mujeres me sorprenden. Sobre sus primorosos peinados de marcados impecables, llevan macetas de flores, pajareras; la mayoría de los abrigos son de visón; los vestidos, de complicados drapeados, están sembrados de brillantes lente-

Escaneado con CamScanner

juelas y adornados con pesados broches sin valor ni fantasía. Todas van con zapatos de tacón muy alto y abiertos por delante. Me dan vergüenza mis zapatos suizos con suela de crepé de los que tan orgullosa estaba. Por la calle, en este día invernal, no me he tropezado con ninguna mujer con zapato bajo, ninguna tenía el aspecto desenfadado y deportivo que yo imaginaba en las americanas; todas van vestidas de seda, nada de tejidos de lana; van cubiertas de plumas, de flores, de volantes. Demasiados ornamentos, demasiados espejos y colgaduras; demasiadas salsas y siropes en los platos. En todas partes, demasiado calor. El exceso es una plaga como cualquier otra.

Ayer cené en casa de D. P. con franceses. Esta noche ceno con franceses. Y después de cenar, B. C., que es francesa, me lleva de copas. Cuando estoy con franceses siento la misma decepción que con mis padres de niña: nada era del todo cierto; entre las cosas y yo se interponía un cristal y todos los pájaros parecían pájaros enjaulados, los peces nadaban en acuarios, los chimpancés estaban disecados: deseaba ardientemente ver el mundo en libertad. No me gusta el sabor del whisky, sólo me gustan esas barritas de vidrio que sirven para agitarlo: sin embargo, bebo scotch dócilmente hasta las tres de la madrugada, porque el scotch es una de las claves de América. Quiero llegar a romper el cristal.

28 de enero

Tengo que preparar una conferencia. Me instalo en uno de los despachos de la «sala de escritura»; se escucha un rumor de voces dictando informes a los taquígrafos, el teclear de las máquinas de escribir. Es apacible y triste, ¡parece que estamos en la bolsa! Decido instalarme en uno de los bares de la zona de Central Park. No me gustan demasiado; pertenecen a los grandes hoteles y están inmersos en la misma atmósfera placentera y respetable que el vestíbulo de lujosos escaparates; aunque sirvan alcohol, me recuerdan a salones de té para viejas damas; el whisky se convierte en ellos en algo tan inocente como un zumo de frutas; en estos lugares no se filtra el am-

Escaneado con CamScanner

biente de la calle: nada puede suceder. No obstante, para mí tienen magia; los amigos cuyos viajes a América he envidiado tanto pronunciaban sus nombres: Sherry Netherland o el café Arnold con orgullo de iniciado. Les sigo la pista. No tengo ningún pasado mío, así que tomo prestado el suyo. Nueva York les pertenece más a ellos, yo sólo soy una recién llegada y ya me parece mucho deslizarme en su intimidad. Tengo la modestia de la invitada de última hora.

Aquí no hay costumbre de trabajar en los lugares donde se bebe: es el país de las especializaciones. En los sitios donde se bebe, hay que beber. En cuanto vacío mi copa, el camarero se aproxima solícito; si no la vacío lo bastante rápidamente, merodea a mi alrededor observándome con aire de reprobación. Esta vez, el sabor del whisky no me parece tan malo. Pero creo que es más sensato irme antes de la cuarta copa.

Doy mi conferencia ante un público francés. Voy a un cóctel a casa de una francesa: todos los invitados son franceses salvo dos americanos que hablan francés. Sin embargo, no estoy en un país colonizado donde las costumbres hacen casi imposible mezclarse con los nativos. Al contrario, somos nosotros quienes formamos lo que aquí llaman una colonia. Me encantaría salirme de ella. Me conmueve sobremanera llegar a casa de A. M., que me ha invitado a cenar: por fin penetro en un hogar americano. Pero aparte de Richard Wright,* a quien conocí en París y a quien reencuentro con alegría, todos los convidados son franceses, hasta hay gente de la emba-

* Tras haber llevado la vida difícil de un niño negro en el sur de Estados Unidos, Richard Wright (1908-1960) se inició en la literatura bajo la égida del partido comunista y consiguió su primer éxito en 1938 con su relato *Los hijos del Tío Tom*. Nuevo éxito en 1940 con la historia en parte verídica de un joven asesino negro: *Hijos del país*. Sus libros estarían todos consagrados a la denuncia de la condición de los negros en Estados Unidos: *Doce millones de voces negras* (1941), *Mi vida de negro: de la niñez y la juventud* (su autobiografía, 1940), *Potencia negra* (1954), etcétera. A partir de 1945, Wright se alejó del partido comunista. En 1947, se estableció definitivamente en París, donde moriría. Se unió con Jean-Paul Sartre y el grupo de *Les Temps Modernes*, donde apareció *Mi vida de negro*. Este libro está dedicado a él y a su mujer. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

jada y todo el mundo habla en francés sobre Francia en tono muy protocolario.

Todos estos franceses que conozco se desviven por explicarme América: es justo y necesario que su experiencia sirva de ejemplo. Casi todos adoptan una actitud extrema: o la odian y sólo aspiran a abandonarla, o le echan flores con el celo excesivo que manifestaban con respecto a Alemania los colaboracionistas. R., profesor de universidad, es de esa especie. En cuanto me estrecha la mano, me pide que le «prometa» no escribir nada sobre América: es un país tan duro, tan complejo, que veinte años no bastarían para comprenderlo; resulta deplorable criticarlo frívolamente como hacen algunos franceses; América es demasiado vasta para que cualquier cosa que se diga sobre ella no sea cierta. En todo caso, tengo que prometerle no escribir nada sobre los negros; es un problema doloroso y difícil sobre el que no podría forjarme una opinión sin una caudalosa información que exigiría más de una vida humana. Y además: ¿a qué viene ese interés obstinado por los negros en Francia? ¿Acaso los logros intelectuales y artísticos de los blancos no son superiores? Hasta la música de los compositores blancos modernos tiene otro valor que el jazz.

V., que es antiamericano, me explica con desprecio que esa actitud es la única posible para un francés asentado en este país: si no se entregara a ella, servilmente, noche y día, viviría en un estado de rebelión e ira intolerable. Aquí no se reconoce ningún valor europeo, y V. no reconoce ningún valor americano. La atmósfera de todos los días se le hace irrespirable. Detesta Nueva York.

La actitud de R. me repugna por su servilismo; además, durante la guerra, era partidario de Pétain: es un colaboracionista nato. Pero no me puedo creer que no haya nada atractivo en este país. Nueva York me ha robado el corazón. Aunque es cierto que en los dos bandos me dicen: «Nueva York no es América». V. me irrita cuando me asegura: «A usted le gusta Nueva York porque es una ciudad europea a la deriva en un rincón de este continente». Está bastante claro

Escaneado con CamScanner

que Nueva York no es Europa. Pero todavía me fío menos aún de P., otro partidario de Pétain proamericano, cuando contrapone Nueva York, ciudad de metecos y de judíos, a las idílicas ciudades de Nueva Inglaterra donde viven campesinos cien por cien americanos, dotados de virtudes patriarcales: he oído muy a menudo ese discurso aplicado a la «Francia real», que se contraponía a la corrupción de París.

No tengo nada más que decir; sólo puedo escuchar. Lo único que sé es que América es todo un mundo y que si uno rechaza o acepta *un* mundo, también rechaza o acepta *el* mundo. Cada uno debe elegir en él amigos y enemigos, desarrollar proyectos propios y rebeliones singulares. América: un pedazo del planeta, con una política, una civilización, unas clases sociales, razas, sectas y hombres tomados de uno en uno; hay policías y ladrones, ingenieros y artistas, resentidos y satisfechos, explotadores y explotados. Sé muy bien que todo amor tiene un envés de odio, todo odio un envés de amor.

29 de enero

Otra vez me he acostado tarde; pero hay algo en el aire de Nueva York que hace infructuoso el sueño; tal vez sea que el corazón late más deprisa que en otra parte: la gente aquejada del corazón duerme poco y muchos neoyorquinos mueren de enfermedades cardíacas; en cualquier caso, me alegra este regalo inesperado: los días me parecen demasiado cortos.

El desayuno en el drugstore de la esquina es una fiesta. Zumo de naranja, tostadas, café con leche, un placer discreto. Sentada en mi taburete giratorio, participo por un instante en la vida americana; mi soledad no me separa de los de la mesa de al lado, que a su vez también desayunan solos; lo que me aísla es más bien el gusto que me produce sentirme de los suyos; ellos comen sin más, no están en la fiesta.

La verdad es que toda esta fiesta es para mí. Entre otras cosas, los drugstores me fascinan: cualquier pretexto me parece bueno para meterme en ellos; para mí son una síntesis del exotismo americano. Los imaginaba de otra manera, dudaba entre la imagen tediosa de una farmacia y —debido a la

Escaneado con CamScanner

palabra *soda-fountain*— la evocación de una fuente estilo Wallace escupiendo helado rosa y blanco. En cambio, son los auténticos descendientes de los viejos bazares de las ciudades coloniales y de los campamentos del Lejano Oeste, donde los pioneros de siglos pasados encontraban alimentos, utensilios y todo lo necesario para su vida cotidiana. Son a la vez primitivos y modernos, cosa que les confiere esa poesía tan específicamente americana. Todos los objetos tienen un aire de familia: el mismo aspecto de baratija reluciente, la misma modesta estridencia; los libros de cubiertas glaseadas, los tubos de pasta dentífrica y las cajas de golosinas tienen los mismos colores: dan la vaga impresión de que la lectura dejará en la boca un regusto azucarado y que los caramelos contarán historias. Compro jabones, cremas, cepillos de dientes. Aquí las cremas son cremosas, los jabones enjabonan: semejante honestidad es un lujo olvidado. En cuanto nos alejamos de esa norma, la calidad de los productos se hace más incierta. Sin duda, las tiendas de la Quinta avenida satisfarán a los más delicados; pero estos abrigos de piel, esos trajes de chaqueta de elegancia internacional son privativos de la internacional capitalista. En cuanto a las tiendas democráticas, me maravillan en primer lugar por la abundancia y su variedad deslumbrante: si bien las camisas de hombre son bonitas, las corbatas son inquietantes, y los bolsos y zapatos de mujer francamente feos; y en este alarde de vestidos, de blusas, de faldas y de abrigos, a una francesa le costaría elegir algo acorde con sus gustos. Y además, se observa en seguida que, una vez sin envoltorio de celofán de colores, todas las barras de chocolate tienen el mismo sabor a cacahuete, todos los *best-sellers* cuentan la misma historia. ¿A santo de qué elegir entonces entre dos dentífricos? Este derroche inútil deja un sabor de boca a mistificación. Se brindan mil posibilidades, pero es la misma. Mil opciones lícitas, pero todas equivalentes. Así, el ciudadano americano podrá consumir su libertad en el seno de la vida que se le impone sin percatarse de que la propia vida que lleva no es libre.

Deambulo sola ante los escaparates. Sin embargo, los que están firmados por Dalí o inspirados en él son sorprendentes:

Escaneado con CamScanner

esos guantes que revolotean en los árboles como pájaros, esos zapatos encallados entre algas; en París sólo hay una o dos tiendas que podrían permitírselo. Si hubiera que pagar para entrar, habría empujones para admirar este teatro de la moda; pero el espectáculo es gratuito y hasta las mujeres pasan sin mirar: en la calle todo el mundo va a grandes zancadas hacia un fin. Otros escaparates, menos geniales, recuerdan las escenografías que los grandes almacenes exhiben por Navidad: aquí está la intemporal Broadway, gente distinguida vestida al estilo de 1900 montando en calesa, a la luz de una antigua farola de gas. Decididamente, soy una turista: todo me divierte.

Paso la sobremesa y la tarde con viejos amigos refugiados en Nueva York desde 1940: españoles rojos Sé que, para muchos refugiados, América sólo ha sido una tierra de exilio: no la han amado. Éstos tampoco la aman. Dicen que la vida es cruel en Nueva York para los desarraigados, para los pobres.

C. L. es pintor y, como muchos artistas, ha vivido en Berlín, en Madrid, en París, casi en la miseria. Pero en Europa, la pobreza no era algo deshonroso; un artista sin fortuna podía recurrir al ambiente laxo y la camaradería de la vida bohemia, un préstamo era uno de esos favores normales entre amigos. Aquí, dice C., es verdad que no dejan que uno se muera de hambre, pero una invitación a cenar, un anticipo de dinero, son limosnas que te conceden con desprecio y que hacen la amistad imposible. De todas formas, incluso ahora que han mejorado su situación material, mis amigos viven en un gran aislamiento: no hay cafés ni salones para que los intelectuales se encuentren, todo el mundo vive lejos de los demás; y las distancias son tan grandes, me dice S. L., que tras una jornada de trabajo uno se lo piensa antes de pasarse otra hora en metro para reunirse con alguien. Hay gente a quien nos gustaría ver, pero nos contentamos con una conversación telefónica de tarde en tarde: amistades en conserva que pierden todo su sabor, igual que las fresas momificadas en las barras de helado. En semejantes condiciones, sin camaradas, sin estímulos, el esfuerzo creador es particularmente ingrato. Un pintor des-

Escaneado con CamScanner

conocido no podría despertar ni el interés de otros pintores que le ignoran, ni el del público cultivado, pues no hay público cultivado. Casi no hay otro medio para darse a conocer que ponerse en manos de un agente de publicidad. Uno de ellos ha hecho varias ofertas a C. Le ha hecho tres propuestas económicas: algo de publicidad, mucha publicidad, una publicidad enorme. Según el agente, la tercera oferta garantiza el éxito; la segunda sólo da algunas oportunidades; de todas formas, incluso la primera, que no sirve para nada, resulta carísima para un pintor que no vende.

De regreso del restaurante francés, donde hemos comido un pato a la naranja digno del París de antes de la guerra, la belleza de las grandes avenidas bajo un cielo con trazos de neón me maravilla. Mis amigos suspiran. Piensan en el Madrid prohibido, en un París donde ya no tienen apartamento ni trabajo. Y pienso que Nueva York puede ser también una prisión.

30 de enero

Exploro Nueva York barrio por barrio. Ayer vi las orillas del Hudson y el alto Broadway. Hoy he remontado durante horas el East River y he deambulado por las calles alemanas en torno a la calle Noventa. Nueva York me proporciona todos los placeres de las excursiones a pie por el monte: el viento, el cielo, el frío, el sol, el cansancio. Cuando vuelvo al hotel, a las cinco de la tarde, he caminado, he mirado tanto que me siento como intoxicada. Las piernas ya no me sostienen, pero mis ojos cansados de ver quieren ver más todavía. Al lado de mi hotel, ponen *Enrique V*, con Laurence Olivier: entro.

La película me ha gustado, pero, cuando salgo del cine, no me siento satisfecha: esas imágenes en color no me hablaban de América. Al mirarlas, he olvidado Nueva York. Esta noche, más que ninguna otra, quisiera aprehenderla: con mis manos, mis ojos, mi boca, no sé cómo pero la aprehenderé. Camino por las mismas calles que me vieron vagar como un fantasma el sábado por la noche. He tomado cuerpo. Oigo los ruidos de Times Square, veo la boca de piñón del fumador de

Escaneado con CamScanner

papel pintado que expulsa volutas de humo de verdad; me codeo con las gentes, me ven. Y la ciudad se vertebra en torno a mí. Sé dónde está mi hotel. La casa de mis amigos españoles, la de D. P., me señala privilegiadamente el camino; de la Ciento veinticinco a la Battery, he explorado muchas calles... El sábado estaba encantada con mi perfecta ignorancia; esta noche estoy muy orgullosa de mi ciencia: siempre conquistando sensaciones de superioridad.

Camino despacio. Quisiera enrollarme al cuello estas luces, acariciarlas, comerlas. Aquí están: ¿qué puedo hacer? Mis manos, mi boca, mis ojos no tienen ningún poder sobre esta noche. Ahí están los bares, los restaurantes: no tengo ni hambre ni sed. Tiendas: ninguno de esos objetos que se compran me dará a conocer Nueva York. Un libro me despojaría de ella. Pero dar vueltas por Times Square tampoco me sirve de nada. Esa gente parece caminar justo igual que yo: pero van a alguna parte, la noche les muestra con pompa el camino hacia el encuentro anhelado. Yo no deseo nada, sólo un mito: Nueva York, que está en todas partes y en ninguna.

Entro en otro cine. La pantalla en blanco y negro es como morfina y el acento americano de los actores me conmueve. La película me divierte: es *La dama del lago*. Pero a la salida, estoy otra vez decepcionada; de nuevo, he olvidado Nueva York. Para mí, el cine ha sintetizado durante mucho tiempo la esencia de América y recuerdo con qué emoción, en agosto de 1941, tras atravesar la línea sin autorización, encontré de nuevo en Marsella las películas americanas: iba a ver tres al día. Pero ahora estoy en América y ya no hay síntesis que valgan. Bebo un zumo de naranja en un drugstore, y luego un whisky en un bar: si estuviera lejos de América, tal vez el sabor a whisky escocés me devolviera de golpe la memoria; aquí, no tiene poder. ¿Y cómo va a devolverme algo que todavía tengo? Vuelvo al cine; elijo un documental para que ninguna historia extraña me desvíe de lo que busco; tengo necesidad de imágenes en blanco y negro como de una droga, pero quisiera que me llenaran sin distraerme del todo. Al cabo de una hora, estoy de nuevo en la calle. Es medianoche; la ciudad

Escaneado con CamScanner

está bañada por esa claridad hechicera y febril que el sol veraniego difunde en las noches blancas del norte; es imposible irse a dormir. En la calle Cuarenta y dos, hay carteles en colores vivos anunciando sobre todo *thrillings* (películas de terror) y *laff-movies* (películas de risa). Me paro en seco. A cada lado de la taquilla, espejos deformantes con imágenes de cuerpo entero de los transeúntes. Me miro; me falta poco para ponerme a hacer muecas; tengo la cabeza llena de pájaros. Entro. Esta vez, casi lo consigo; la película es lo bastante estúpida para que piense: es Nueva York, estoy en un cine de Nueva York; pero es un gozo demasiado consciente, se desvanece en seguida y me aburro. El aburrimiento no me conducirá a ninguna parte. Son las dos de la madrugada: vuelvo a casa.

31 de enero

Lo que hace la vida cotidiana tan agradable en América es el buen humor y la cordialidad de los americanos. Seguro que esta virtud tiene una doble cara. Me irrita tanta invitación imperiosa a «ver el lado bueno de la vida» repitiéndose en palabras e imágenes día tras día. Qué alarde de dentaduras perfectas en los anuncios publicitarios de Quaker-Oats, Coca-Cola o cigarrillos Lucky Strike: la sonrisa se propaga como una epidemia. Una chica con estreñimiento esboza una sonrisa de enamorada al zumo de limón que calma sus intestinos. Son sonrisas que me persiguen de forma obsesiva en el metro, por las calles, en las páginas de las revistas. En un drugstore hay un letrero donde puede leerse: *Not to grin is a sin* (No sonreír es pecado). Se intuye la consigna, el lema. *Cheer-up! Take it easy.* El optimismo es necesario para la calma social y la bonanza económica del país. Si un banquero presta generosamente cincuenta dólares sin avales a tal joven francés en apuros, si el director de mi hotel en persona corre cierto riesgo al cambiar en metálico los cheques de sus clientes, será porque se trata de una economía basada en el crédito y el consumo que exige e implica esa confianza.

Escaneado con CamScanner

La amabilidad también está consensuada. Esta tarde he ido a cobrar un cheque. Nada más entrar en el banco, un empleado de uniforme con galones se ha dirigido a mí para ponerse a mi servicio: hubiera podido creer que me esperaba. Me ha llevado hasta una especie de sala donde se alinean los despachos; en cada uno hay una placa anunciando al público el nombre del empleado que lo ocupa. Me siento, enseño mis papeles al señor John Smith: no se trata de un engranaje anónimo, y yo no soy una cliente anónima; se me dispensa una cortesía dirigida a mí, personalmente. Marca mi cheque y el cajero me da en seguida la suma correspondiente. En Francia, la verificación se haría al otro lado del mostrador, sin establecer complicidad alguna y, sin duda, con bruscos modales; luego me habrían asimilado a un simple número. No soy mema. Este respeto que se concede al ciudadano es completamente abstracto; se obsequia con esta sonrisa persuasiva a David Brown para que se reafirme en su excelencia individual, pero también a John Williams, que es tan único como el anterior; no hay nada más universal que esta singularidad reconocida a bombo y platillo. Se percibe la mistificación. No obstante, gracias a estas atenciones, el americano no necesita darse ínfulas para sentir que se le respeta en su dignidad humana; tal vez sea por interés comercial, pero la cordialidad de los vendedores, de los empleados, de los camareros de restaurante, de los porteros, nunca es servil; carecen de acritud y afectación, y por muy interesada que parezca su amabilidad no deja de ser real. Pensamos que los soldados alemanes eran responsables en última instancia de cómo llevaban a la práctica las consignas de crueldad que recibían: y, en efecto, el hombre nunca es pasivo; al obedecer, compromete su libertad y someterse al mal significa asumirlo por su cuenta y riesgo. La mayoría de las veces esta asunción se lleva a cabo mediante inventos e iniciativas que hacen flagrante la responsabilidad. Además, el ciudadano americano no es víctima pasiva de esa propaganda de la sonrisa: aunque exista ese trasfondo de optimismo dirigido, no hay duda de que es él quien se muestra *motu proprio* cordial, confiado y generoso; en la medida en que demuestra

Escaneado con CamScanner

menos interés por el éxito del sistema, su amabilidad resulta menos sospechosa, es más mistificado que mistificador. Piense lo que piense sobre las ideologías americanas, siempre sentiré gran simpatía por los taxistas, los vendedores de periódicos, los limpiabotas, toda esa gente que con su actitud cotidiana está sugiriendo que los hombres podemos apoyarnos unos a otros. Crean en torno a ellos un clima de confianza, de alegría, de amistad. El prójimo no es un enemigo *a priori*; aunque se equivoque, no se le considera culpable de inmediato; esta benevolencia es ya muy rara en Francia. Soy extranjera: no es una tara ni una excentricidad; no se ríen de mi acento, que es deplorable; al contrario, tratan de entender lo que digo. Si no tengo cambio para pagar el taxi, el conductor no piensa que actúo de mala fe: me ayuda a buscarlo, hasta me perdona algunos centavos magnánimo. Por otra parte, siento un afecto especial por los taxistas. Durante todo el trayecto me dan conversación: a menudo es difícil comprenderlos, los hay con acento desconcertante para los propios neoyorquinos. Muchos de ellos han estado en Francia durante la guerra y hablamos de París; siempre me emociona pensar: éste es uno de esos que recibimos en Francia con los brazos abiertos, uno de esos hombres que parecían llevar la palabra liberación escrita en el casco y el uniforme; resulta extraño encontrarse aquí —todos con nombre propio y una vida concreta a sus espaldas— con aquellos soldados anónimos que llegaban de un mundo inaccesible, un mundo separado de nuestra miseria por barreras de hierro y fuego. Sienten por París una simpatía un poco condescendiente, como el aduanero que me recibió diciendo: «Llega usted de un bello país a un país todavía más bello». Se me antojan algo más gruñones desde que estoy resfriada. La culpa la tiene el clima de Nueva York, que salta sin avisar del calor al frío, pero ellos piensan que me he traído de la vieja Europa una de esas taras que inspiran lástima. Me espetan secamente: «¿Está usted resfriada?». Se escandalizan un poco. Un buen ciudadano americano nunca cae enfermo y pillar un catarro supone una falta de educación en un extranjero. Me aconsejan remedios; incluso

Escaneado con CamScanner

hay uno que me ofrece un tubo de píldoras que se saca del bolsillo.

Sí, yo desconfiaba el otro día de R. y de V. No quiero hacer juicios precipitados sobre América, pero, aparte de la belleza de Nueva York, si hay algo de lo que estoy segura es de la calidez humana del pueblo americano.

1 de febrero

Paseos por Nueva York, galerías de arte, museos, desempeño concienzudamente mi oficio de turista. De tarde en tarde voy a ver a algún editor, a algún director de revista: hasta en esto me siento como una turista. Por ejemplo, al entrar en un gran edificio de la avenida Lexington, me paraliza el inmenso panel que cuelga en la pared con la relación de todos los despachos del edificio. El inmueble es como una ciudad entera. Además, igual que metros, hay dos tipos de ascensores: los *local*, que conducen a las siete primeras plantas, y los *express*, que suben directamente a la octava. Las salas de espera son auténticos miradores. Me gusta contemplar desde una decimosexta planta las casas de Nueva York; los tejados son planos; no son tejados de verdad: azoteas de asfalto y cemento, a menudo se utilizan como aparcamiento y resulta extraño ver filas de coches relucientes alineados a la altura de la sexta planta.

No dejo pasar ni una oportunidad de conocer americanos. Ayer por la noche estuve en casa de A. M., donde Richard Wright habló de su experiencia francesa; exceptuando su charla, la reunión fue bastante mustia. Pero conocí a R. C., justo tenía su nombre anotado en mi agenda; es poeta y ensayista, traduce obras francesas al inglés americano; vamos, que habla muy bien francés. Hoy hemos almorzado juntos y me ha propuesto llevarme a un *party* a casa de unos intelectuales americanos. He aceptado sin vacilar. Hacia las siete llego a un pequeño apartamento de la calle Veinte, atestado de libros, cuadros, muebles y de aspecto más anticuado que muchos interiores parisinos. Aparte de a R. C., no conozco a nadie y nadie habla francés: ¿cómo he aterrizado aquí? De nuevo me

Escaneado con CamScanner

siento un fantasma, el fantasma que atraviesa las paredes y observa el universo humano sin formar parte de él. Tiene su gracia, pero resulta frustrante, pues no sé si se puede captar algo sin entender nada.

Me pasan una gran copa de manhattan. La dueña de la casa lleva un vestido largo de tafetán negro y rojo, una melena de rizos negros cae sobre sus hombros y tiene unos ojos desorbitados de sonámbula; las invitadas son menos raras, pero casi todas llevan un pañuelo anudado de forma extraña, una osada combinación de colores y un flequillo demasiado largo que denotan cierto anhelo de originalidad: es una reunión de escritores y artistas. Todas estas mujeres visten con elegancia: la mujer de R. C. es camarera en un drugstore, la joven morena de pelo rizado trabaja en el departamento de publicidad de unos grandes almacenes, la de más allá escribe crónicas sobre moda; por su elegancia y su forma de vestir, nadie diría que llevan una vida tan dura. En cuanto a los hombres, no sé dónde posar la mirada: caras y más caras, todas diferentes pero también sin sentido para mí. Un parloteo exótico de voces americanas me envuelve. Me siento perdida. Sin embargo, en este momento, cualquier cosa se me antoja el comienzo de algo, todo me parece prometedor: no me resigno a que todas estas presencias sigan rodeándome en vano. Bebo un segundo manhattan, un tercero. Debiera hablar en inglés, tengo que encontrar puntos en común con esta gente: es preciso que los americanos me inicien en América.

Tras el cuarto manhattan, me veo a mí misma hablando en inglés con R. C. y un hombre de barba puntiaguda: D. M. D., quien dirige una revista de intelectuales de izquierdas.* Discutimos sobre uno de los problemas que en este momento

* Dwight Mac Donald (1906-1982). Sociólogo, periodista brillante y temible polemista, primero simpatizante comunista, luego liberal y radical (en el sentido norteamericano), miembro de la redacción de *Partisan Review*, rompió con ella en 1943, al mostrarse contrario a la entrada de Estados Unidos en la guerra. En 1944 funda la revista *Politics*, que duró hasta 1948 y para la que se aseguró la colaboración de C. Wright-Mills, Hannah Arendt y Daniel Bell, entre otros. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

apasionan en Francia a los intelectuales de izquierdas: el problema de la violencia. La actitud de R. C. —que adopta también C., uno de sus amigos italianos— es que se debe rechazar la violencia absolutamente y en todos los casos. C. piensa que la acción es posible sin violencia. Cita el ejemplo de Gandhi. R. C. sostiene más bien que la acción no es necesaria. Es judío, critica a América con dureza; no se considera en absoluto responsable de sus errores y no entiende por qué debiera intentar combatirlos. Su postura es puramente individualista. D. M. D. es menos pasivo: por las revistas que dirige y los artículos que escribe, se compromete políticamente, pero creo que su esfuerzo se le antoja muy solitario. Abandonando la discusión teórica, le pido alguna información concreta. ¿Qué hay que ver de Nueva York? Sonríe: nada, no hay nada que ver. ¿Qué películas me recomienda? Ninguna. ¿Qué libros interesantes han aparecido recientemente? Ya no se publican libros interesantes. Me explica que la admiración de los franceses por la literatura americana le irrita. Reconoce el valor de Faulkner, pero considera que Hemingway, Dos Passos, Caldwell y Steinbeck son periodistas, anodinos costumbristas. Y si en Francia se traduce a James Cain, McCoy, Dashiell Hammett, es porque consideramos que los americanos son como una tribu de bárbaros. Es irritante que semejantes balbuceos nos parezcan divertidos cuando en América ha existido una literatura tan genuina como la europea: Melville, Thoreau, Willa Cather, Hawthorne. Contesto que también a mí me parecen admirables e intento discutir, pero él habla demasiado rápidamente para mí, estoy vencida de antemano. Pero lo que me acaba ganando de verdad es su encantadora amabilidad; vive en el mismo edificio, así que sube a su apartamento y vuelve a bajar con una pila de libros; me dice que me los quede el tiempo que me apetezca. Y luego, como, entre otras cosas, le he mareado a preguntas sobre jazz, va a la habitación contigua a buscar a A. E., autor de un libro sobre el tema, que me promete llevarme una noche de esta semana a escuchar a una buena orquesta. Me deja su número de teléfono, que guardo en mi bolso como un talismán. Libros, la promesa de

Escaneado con CamScanner

llevarme a una sesión de jazz, amigos tal vez...Vuelvo al hotel que no quepo en mí de gozo. Me parece que he dado un gran paso hacia adelante.

3 de febrero

Continúo mi viaje de exploración, a pie, en taxis, en la imperial de los autobuses, en metro. El metro es rápido pero no me gusta; en París, en Madrid, en Londres, una estación es una sala de azulejos con su decoración propia, sus puertas, un lugar cerrado y cálido; aquí las estaciones subterráneas son todas iguales, sin características que las distingan: una yuxtaposición de raíles y andenes entre cuatro paredes limpias y un techo sombrío y bajo. Nada de empleados. Sólo una caseta para conseguir cambio y las monedas de níquel de rigor en la entrada de los largos pasillos. Casi ninguna indicación: menos mal que, una vez en Manhattan, sólo hay una dirección que va en sentido descendente atravesando la ciudad. Entre el Hudson y el East River, hay que ir en autobús; para cada dos manzanas, es un medio de transporte agradable pero lento.

He subido al Empire State Building. Los billetes se compran en la planta baja en un despacho con aspecto de oficina de turismo. Un dólar. El doble que una butaca de cine. Hay muchos visitantes, sin duda gente de Saint Louis o de Cincinnati. Nos llevan hasta los ascensores rápidos que suben de un salto al piso ochenta. Allí hay que cambiar para llegar a la cima: un auténtico viaje en vertical. Cruzando un vestíbulo donde venden empire-state-buildings en miniatura y recuerdos de todo tipo, se llega a una gran sala acristalada: hay un bar, con mesas y butacas. La gente aplasta la nariz contra los cristales. A pesar del viento que silba con violencia, salgo y recorro esta galería que ha visto espectaculares suicidios varias veces al año. Contemplo Manhattan, comprimida hacia el sur en la punta de la península y extendiéndose hacia el norte; puedo distinguir Brooklyn, Queens, State Island, el mar con sus islas, el continente roído por las aguas y dos corrientes perezosas adentrándose en él. El trazado geográfico es tan nítido, la presencia luminosa del agua transparenta tan clara-

Escaneado con CamScanner

mente la superficie terrestre original que se olvidan las casas; Nueva York se me antoja un fragmento virgen del planeta. Las corrientes de agua, el archipiélago, las redondeces de la península, pertenecen a la prehistoria; el mar no tiene edad; sus ingenuas calles en ángulo recto le confieren un aspecto extremadamente joven. Esta ciudad acaba justo de nacer; es una fina capa sobre rocas más viejas que el diluvio. No obstante, cuando se encienden las luces, del Bronx a la Battery, de Nueva Jersey a Brooklyn, el mar y el cielo ya sólo son un decorado: la urbe donde se consolida el reino de lo humano que es la verdad del mundo.

He bajado a las profundidades de la ciudad: durante mucho tiempo he vagado por los sótanos del Rockefeller Center. Es un universo tan inmenso como los zocos de Fez, y su dédalo, casi tan enrevesado. Tiene largos pasillos, encrucijadas con escaleras automáticas, comercios, bancos, despachos, cafés, una oficina de correos, una centralita telefónica, salones de peluquería, restaurantes; al torcer por un pasillo más de una vez me doy cuenta de que estoy dando vueltas en círculo. Al pie de uno de los edificios, a la altura del sótano, por debajo de la acera, hay una pista de patinaje al aire libre: transeúntes asomados a la barandilla observan a los patinadores desde arriba; una también puede sentarse en una cafetería que está al mismo nivel de la pista y contemplarlos comiendo un helado.

He entrado en las galerías de la calle Cincuenta y siete, equivalente a nuestra calle de la Boétie: tiendas de antigüedades, ropa de lujo, objetos artísticos. Pero en lugar de dar a la calle, la mayoría de las galerías de arte se encuentran en la décima o duodécima planta. Muchos pintores franceses: Masson, Picasso, Dubuffet. Entre los americanos, la pintura abstracta ocupa siempre el lugar más destacado; en la joven escultura, todavía se deja sentir la huella del surrealismo. Tiene su santuario en la galería de Peggy Guggenheim, diseñada por el arquitecto Kisler. Esta galería no se parece a ninguna otra: la decoración es más importante que los objetos a los que se rinde culto. Los pájaros de Brancusi, las mujeres de Lipschitz no

Escaneado con CamScanner

descansan en zócalos sino en plataformas de madera suspendidas por cuerdas que penden del techo: recuerdan a aparejos, cofas, a una embarcación; los cuadros de De Chirico, de Marx Ernst, de Dalí, de Tanguy, de Miró, no penden de las paredes, están colocados en caballetes o en el suelo mismo, entre sillas y taburetes que parecen salidos del gabinete del doctor Caligari. Como si los objetos artísticos sirvieran para adornar este extraño palacio en vez de que éste hubiera sido concebido para albergarlos: su insólito encanto reside precisamente en eso. Junto a esculturas y cuadros, hay toda una serie de objetos barrocos: botellas con conchas incrustadas, un gran timón de barco que al ser virado desencadena la aparición de una serie de reproducciones de Duchamp. Es una exposición surrealista de pequeño formato con cautivadoras ilusiones ópticas y pequeños prodigios.

Sin duda, me apetecía conocer Harlem. No es el único barrio negro de Nueva York. Hay una comunidad negra importante en Brooklyn, tres o cuatro distritos no muy grandes en el Bronx, otro que se llama Jamaica en Queens y algunos más en los límites de la ciudad; en la propia Nueva York hay barrios de familias negras por doquier. Hasta 1900, además de la de Brooklyn, la comunidad de negros más numerosa de Nueva York se encontraba cerca de la calle Cincuenta y siete Oeste. Inicialmente, los inmuebles de Harlem se construyeron para inquilinos blancos, pero a principios de siglo los medios de transporte eran insuficientes y los propietarios se las veían y se las deseaban para alquilar las viviendas situadas en la zona este del barrio: por sugerencia de un negro, Philip A. Payton, que se dedicaba a asuntos inmobiliarios, se propuso a los negros que se instalaran en los pisos situados en la calle Ciento treinta y cuatro; así se llenaron dos bloques y, acto seguido, los demás. En un primer momento, los blancos no se percataron de esa invasión de gentes de color; cuando trataron de detenerla, era demasiado tarde. Los negros alquilaron poco a poco todos los apartamentos disponibles y comenzaron a comprar las casas particulares existentes entre Lenox y la Séptima avenida. Entonces los blancos empezaron a mudarse: en

Escaneado con CamScanner

cuanto se advertía a una familia negra en una manzana de casas, todos los blancos huían como de la peste. En seguida los negros ocuparon todo el distrito. Se crearon centros sociales y cívicos; se forjó una comunidad negra. Harlem experimentó una expansión extraordinaria sobre todo a partir de 1914.

Los franceses que se hincan de rodillas ante la poderosa América tienen los mismos prejuicios que los americanos, pero son más serviles aún. Uno me dijo: «Si quiere usted, cruzamos Harlem en coche; se *puede* cruzar Harlem en coche pero no se le ocurra ir a pie». Otro, más atrevido: «Si quiere ver Harlem, en ningún caso se aleje de las grandes avenidas: si sucede algo siempre puede refugiarse en el metro; sobre todo evite los callejones». Y me han contado, temerosos, que al alba se encuentran blancos degollados en las cunetas. A lo largo de mi vida he recorrido tantos sitios a los que, según la gente bienpensante, no se *podía* ir, que no me dejo impresionar demasiado: así que me encaminé a Harlem muy decidida.

Iba camino de Harlem, pero mis pasos no delataban mi absoluta despreocupación de siempre; ya no se trataba sólo de un paseo, sino de una especie de aventura. Como si una fuerza tirara de mí hacia atrás, una fuerza que emanaba de las fronteras del barrio negro y que me retenía: el miedo. No el mío: el de los demás, el miedo de todos esos blancos que no se aventuran jamás por Harlem, que saben de la existencia al norte de su ciudad de una inmensa zona misteriosa y prohibida donde quedan metamorfoseados en enemigos. Al doblar la esquina de una avenida, me dio un vuelco el corazón: en un abrir y cerrar de ojos el paisaje se había transformado. También me habían dicho: «No hay nada que ver en Harlem: es un barrio de Nueva York con gente de piel negra». Y en la calle Ciento veinticinco me tropezaba efectivamente con los cines, los drugstores, las tiendas, los bares, los restaurantes de la calle Cuarenta y dos o de la Catorce; pero el ambiente era tan diferente como si hubiera cruzado una cordillera, un brazo de mar. De pronto era un pulular de niños negros vestidos con camisas chillonas de cuadros rojos y verdes, escolares de

Escaneado con CamScanner

pelo crespo, de piernas morenas, parloteando en las aceras; negros soñando en los escalones de los portales, otros holgazaneando con las manos en los bolsillos; caras distendidas que no parecían tener la vista fija en un punto invisible del futuro, sino reflejar el mundo tal y como es bajo el cielo en este preciso instante. Nada de todo eso es horroroso, e incluso sentía cómo brotaba en mí una placentera alegría que Nueva York no me había brindado todavía. Si en la esquina de una calle de Lille o de Lyon hubiera desembocado de improviso en la Canebière,* habría sentido el mismo placer. Pero el desconcierto no sólo tenía esa dimensión pintoresca: nada era como para asustarse, pero el miedo estaba ahí, una pesada carga sobre esa gran fiesta popular. Al cruzar la calle, yo avanzaba cruzando la espesura, una espesura de miedo: el que inspiraban esos niños de ojos vivaces, esos escolares, esos hombres en ternos claros, esas mujeres sin prisa.

La calle Ciento veinticinco es una frontera: hay algunos blancos que la transitan. Pero en la avenida Lenox, ni una cara que no sea oscura o negra. Nadie parecía reparar en mí. Era el mismo decorado de las avenidas de Manhattan y esas gentes, con toda su indolencia y su alegría, no parecían más diferentes de los habitantes de Lexington que los marselleses de los de Lille. Sí, se *podía* caminar por la avenida Lenox. Incluso me llegué a preguntar qué tenía que hacer para tener que salir corriendo, gritando, hacia la boca protectora del metro; me parecía igual de difícil provocar un asesinato o una violación en mitad de Columbus Circle a plena luz del día. A las personas bienpensantes les deben de pasar por la cabeza auténticas bacanales; por lo que a mí respecta, ese largo bulevar apacible y alegre desalentaba mi imaginación. Echaba un vistazo a las callejuelas; sólo algunos niños evolucionando con patines de ruedas enturbiaban su calma pequeñoburguesa; no parecían peligrosos.

Caminé por avenidas y callejuelas; cuando el cansancio me vencía, me sentaba en las plazoletas: la verdad es que no po-

* Nombre de una calle muy animada de Marsella. (*N. del t.*)

Escaneado con CamScanner

día pasarme nada. Y si mi seguridad no era serena del todo, se debía a ese miedo en el corazón de las personas que tienen el mismo color de piel que yo. Que un burgués demasiado rico tenga miedo de meterse por barrios donde reina el hambre, es natural: se pasea por un universo que excluye el suyo y que algún día triunfará sobre él. Pero Harlem es una sociedad completa, con sus burgueses y sus proletarios, sus ricos y sus pobres, que no están unidos en acción revolucionaria, que desean integrarse en América y no destruirla. Esta marea de negros no va a irrumpir en Wall Street, no constituyen ninguna amenaza inmediata. El miedo irracional que inspiran sólo puede ser el envés de algún odio y de cierto remordimiento. En el corazón de Nueva York, Harlem es como un lastre en la buena conciencia de los blancos, igual que el pecado original para un cristiano. Entre los hombres de su raza, el americano vela por hacer realidad un sueño de buen talante, de buena voluntad, de amistad, hasta explota sus mejores virtudes, que, sin embargo, van a morir en las lindes de Harlem. El americano medio, tan preocupado por sintonizar consigo mismo y el mundo, sabe que allende esas fronteras adopta una cara odiosa de opresor, de enemigo: ese rostro es lo que le da miedo. Se siente odiado, se sabe odioso: esa espina en su corazón conciliador es más insoportable que un peligro exterior definido. Ha habido menos crímenes en Harlem que en los alrededores de la Bowery; esos crímenes sólo son un símbolo, no símbolo de lo que podría pasar, sino de lo que pasa, de lo que ha pasado: aquí los hombres se convierten, minuto a minuto, en enemigos de otros hombres. Y todos los blancos que no tienen valor para desear la fraternidad tratan de negar ese desgarro en el seno de su propia ciudad, tratan de negar Harlem, de olvidarlo; no es una amenaza futura, es una herida actual; una ciudad maldita, la ciudad donde ellos están malditos: tienen miedo de tropezarse con ellos mismos al doblar la esquina. Y como yo soy blanca, piense lo que piense, diga o haga, esa maldición también pesa sobre mí. No me atrevo a sonreír a los niños de las plazoletas, siento que no tengo de-

Escaneado con CamScanner

recho a vagar por calles donde el color de mis ojos significa injusticia, arrogancia y odio.

A causa de este malestar moral, no por timidez, esta noche me siento feliz de que Richard Wright me acompañe al Savoy; sentiré que sospechan menos de mí. Viene a buscarme al hotel y observo que en el lobby le miran de mala manera: si pidiera una habitación aquí, sin duda no se la darían. Vamos a cenar a un restaurante chino porque en los restaurantes de la *up-town* es más que probable que se negaran a servirnos. Wright vive en Greenwich con su mujer, que es una blanca de Brooklyn, y ella me dice que cuando va de paseo por el barrio con su hijita oye todos los días comentarios muy desagradables. Y por otra parte, mientras buscamos un taxi, unos hombres miran con hostilidad y de soslayo a este negro flanqueado por dos mujeres blancas; hay taxistas que hacen caso omiso de nuestros gestos para que paren. Después de esto, ¿cómo podría pretender mezclarme como si nada en la vida de Harlem? Siento en mí esa especie de agarrotamiento que da la mala conciencia. Mientras Wright recoge sus entradas en la puerta del Savoy, dos marineros se dirigen a Ellen y a mí, en el mismo tono que todos los marineros del mundo se dirigen a las mujeres a la entrada de una sala de baile, pero me siento más molesta que nunca; tengo que resultar a la fuerza hiriente o equívoca: mi sola presencia aquí lo es. Con una palabra, con una sonrisa, Wright devuelve las cosas a su cauce: un blanco no habría sido capaz de dar con la palabra justa ni con esa sonrisa, y sé que su intervención, por espontánea y sencilla que fuera, sólo habría agravado mi sensación de molestia. Subo la escalera despreocupadamente: la amistad de R. Wright, su presencia a mi lado, significa esta tarde una especie de absolución.

El Savoy es un gran salón de baile americano, sin ningún exotismo. A un lado, están la pista y la orquesta pegada a la pared; al otro, *boxes* con sillas y mesas, y más allá una especie de vestíbulo grande que se parece a un lobby de hotel; el suelo está cubierto por una alfombra y hay gente sentada en las sillas con aspecto de aburrirse, son los clientes que no consumen;

Escaneado con CamScanner

sólo pagan por entrar y, entre baile y baile, las mujeres esperan que las saquen a bailar como en un evento oficial. Nos sentamos en uno de los boxes y Wright coloca sobre la mesa una botella de whisky: aquí no venden whisky, pero el cliente puede traerse el suyo; pedimos soda, bebemos y miramos. Ni una cara blanca. La verdad es que este lugar no está tan vedado como la avenida Lenox, pero sólo gusta a los extranjeros y a algunos apasionados del jazz. La mayoría de las mujeres son jóvenes y llevan faldas sencillas y pequeños pulóveres, pero sus zapatos de tacón alto son de un rebuscamiento estrafalario; sus piernas desnudas tienen mejor aspecto con bronceado leve o intenso que con medias de nilón; muchas son bonitas, pero, más que nada, sorprende su viveza. Qué diferencia con la afectada frialdad de las americanas blancas. Y cuando se ve bailar a estos hombres cuya vida animal no ha sido asfixiada por una armadura de virtud puritana, se comprende lo mucho que hay de celos sexuales en el odio que les tienen los americanos blancos de cuerpos tan obesos. De hecho, sólo hay un porcentaje muy pequeño de linchamientos o de altercados raciales con pretextos de carácter sexual; no obstante, los blancos se empecinan en creer y decir que los negros codician a las mujeres blancas con lubricidad de alimañas; una vez más no están haciendo otra cosa que disfrazar un temor bien distinto: tienen miedo de que las mujeres blancas se sientan «animalmente» atraídas por los negros; ellos mismos se sienten fascinados por las mismas capacidades amatorias que les otorgan. Su envidia va aún más lejos. Dicen con un rencor evidente: «Esa gente es más libre y más feliz que nosotros». Algo hay de cierto en esta afirmación. ¡Qué alegría, qué libertad, qué vitalidad en esta música y en esta danza! Resulta más sorprendente por el ambiente familiar y cotidiano que reina en esta sala de baile. En París, cuando en la calle Blomet los negros bailan mezclados con los blancos, son demasiado conscientes de sí mismos; sobre todo en las mujeres, la licencia gestual tiene algo de provocativa que casi la convierte en obscena. Aquí están entre ellos, no intentan provocar ningún efecto; muchas de estas jóvenes pertenecen a familias decentes

Escaneado con CamScanner

y seguro que van a misa los domingos por la mañana, han trabajado todo el día y vienen a divertirse tranquilamente con su *boy-friend*. Sencillamente bailan con la naturalidad que les es propia: es necesaria una relajación interior perfecta para dejarse poseer tan totalmente por la música y el ritmo del jazz; relajación que permite también dejar volar la imaginación, que aflore la emoción, la risa, ese dejarse llevar que la mayoría de los americanos blancos ignoran. Claro que a los racistas les sirve de argumento: ¿para qué cambiar la situación de los negros si son los más libres y los más felices? Viejo argumento que encontramos en boca de empresarios capitalistas y colonos: son siempre los obreros, los nativos, los más libres y felices. En efecto, el oprimido escapa al poder de los ídolos que el opresor ha escogido: es un privilegio que no basta para justificar la opresión.

Escucho jazz, observo el baile, bebo whisky; empieza a gustarme el whisky. Me siento bien. El Savoy es el salón de baile más grande de Nueva York, es decir, el más grande del mundo: hay en esta afirmación algo que colma el espíritu. Y este jazz tal vez sea el mejor del mundo: en todo caso, en ningún otro lugar su autenticidad resulta más pura; lo es en la danza, en el corazón, en cada segundo de vida de la gente aquí reunida. Cuando escuchaba jazz en París, cuando veía bailar a los negros, el instante nunca era del todo autosuficiente: me presagiaba otra cosa, una realidad más acabada de la que sólo era vago reflejo. Aquí, palpo algo que sólo me remite a sí mismo: he salido de la caverna. De tarde en tarde he experimentado en Nueva York esta plenitud del alma que se entrega a la contemplación de una idea pura: constituye el milagro más grande de este viaje y jamás fue tan deslumbrante como hoy.

4 de febrero

Por la noche, Nueva York está cubierta de nieve. El aspecto de Central Park se ha transformado. Los niños han cambiado los patines por los esquís: se deslizan orgullosos por altozanos diminutos. Los hombres siguen con la cabeza des-

Escaneado con CamScanner

cubierta, pero muchos jóvenes se ponen orejeras de peluche unidas por un semicírculo de celuloide que enmarca su melena como una diadema: es horrible.

A las cinco tengo una cita en el bar del Plaza con el director de una gran publicación para discutir un proyecto de artículo. La discusión es difícil, porque está pasado de copas. Le llevo a un party que da en mi honor J. C., joven y bella americana que trabaja en *Vogue*, amiga de una francesa que conozco: ha convocado, para hacerme un favor, a directores de diferentes revistas y a más gente susceptible de ayudarme para salir adelante en Nueva York. Tanta amabilidad me confunde: no soy nada para ella, no espera nada de mí. Hasta me produce bochorno: en Francia no somos tan atentos.

Es un party típicamente americano; mucha gente, mucho alcohol, incluso más alcohol que gente; todo el mundo está de pie salvo mi invitado, que en seguida se tumba cuan largo es tras un sofá. Sube el tono de las conversaciones. Discuto con acritud con un director de revista cuyo aire de superioridad me irrita. Luego me veo violentamente abocada a tomar partido por un joven alto de insolencia aplicada: ¿ha leído usted a los filósofos hindúes? ¿Conoce a Confucio? ¿Y a Jacob Boehme? Entonces, ¿cómo se atreve a opinar sobre filosofía? Cuando se le mira bien no es tan joven; tiene treinta años, treinta y cinco quizás. Trato de explicarle que confunde pensamiento y erudición, pero él aprovecha su conocimiento del inglés para hablar más rápido que yo. Me señala a uno de sus amigos, diciendo: «Éste es el hombre más inteligente de América». Me veo rodeada por el equipo de una revista que se dice de izquierdas y de vanguardia y cuya agresividad me sorprende.*

* Se trata de la célebre *Partisan Review*, dirigida por Philip Rahv y William Philips, y que desde 1937 aglutinaba a intelectuales que habían roto con el comunismo soviético, convirtiéndose temporalmente en trotskistas. Entre los más conocidos: Dwight Mac Donald (hasta 1943), Edmund Wilson, Lionel Trilling, Sidney Hook, Mary Mac Carthy, etcétera. Radical de izquierdas, era una especie de prueba de nuevas ideas, tanto políticas y sociales como literarias y artísticas. Dos de los miembros principales de la redacción, William Philips y William Barrett, han publicado sus memorias (*A Partisan View, Five Decades of The Literary Life*; Stein and

Escaneado con CamScanner

En tono más adusto, de nuevo vuelven a lanzarme los mismos reproches que D. M. D., quien formó parte durante mucho tiempo del mismo grupo, que luego se terminó dividiendo en dos: amar la literatura americana que amamos en Francia es insultar a la *intelligentsia* del país. Salvan a Faulkner, pero hacen trizas a Hemingway, Dos Passos, Caldwell y, sobre todo, a Steinbeck, que parece ser su bestia negra. Estoy algo desconcertada; conozco mal su revista, no sé adónde quieren llegar, ni en nombre de qué valores hablan; y debido a la virulencia de sus ataques, no distingo qué puntos tenemos en común ni qué abismos profundos nos separan. Los martinis, los whiskys, mi dificultad para comprender el inglés, agravan mi confusión. Hacia las nueve de la noche me encuentro en compañía de los «hombres más inteligentes de América» en un sótano convertido en restaurante donde nos sirven magníficos filetes de buey; pero la fiebre de la discusión me corta el apetito. Ahora me asedian con temas políticos a propósito del artículo de Merleau-Ponty «El yogui y el proletario». Odian el estalinismo con tanto denuedo que comprendo que son viejos estalinistas. Pienso que el alcohol no es de gran ayuda para medir nuestras palabras; parece que mis afirmaciones son dignas de un agente del GPU: no obstante, una tomaría fácilmente a estos espíritus libres por imperialistas americanos. El joven alto e insolente afirma en mitad de la conversación: «De todas formas no son los rusos los que os dan de comer, América ha creado la UNRA».* Si hasta los intelectuales que se consideran de izquierdas se sienten tan orgullosos de los botes de leche condensada que nos manda su gobierno, ¿cómo

---

Day, 1983, y *The Truants, Adventures Among the Intellectuals*, Anchor Books, 1983), donde dan cuenta de forma muy crítica de sus conversaciones con Simone de Beauvoir. (*N. del e.*)

* En realidad, UNRRA (United Relief and Recovery Administration): organismo de socorro y ayuda bajo la égida de las Naciones Unidas que al final de la guerra distribuyó once mil millones de dólares en forma de préstamos o, lisa y llanamente, donativos a los países de Europa occidental y en los Balcanes (Grecia). En 1948, la UNRRA fue sustituida por el plan Marshall. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

asombrarse de la arrogancia de la prensa capitalista, de ese tono de condescendencia que he observado un poco en todas partes respecto a Francia y que comienza a exasperarme? Me indigno y nos peleamos de veras. El mismo exceso de nuestra cólera nos calma poco a poco. Hace calor. G. F. chorrea sudor: nos fastidia no saber exactamente ni unos ni otros de parte de quién estamos. Sin duda, un intercambio de ideas más reflexivo hubiera sido más provechoso: han hablado tan fogosamente que no me escuchaban y yo les entendía mal. Nos vamos del restaurante. Fuera está nevando; bajo el límpido cielo, el frío arrecia. Alguien propone retomar la discusión, pero estoy agotada de plantar cara tanto tiempo, en inglés, a tantos desconocidos. La boca me sabe a betún y siento todavía algunas punzadas de ira en el pecho. Son las doce y media pasadas: nos volveremos a ver algún otro día.

5 de febrero

La conversación de ayer me ha alterado. Durante esta primera semana, he estado demasiado encantada descubriendo Nueva York como para dejarme deprimir por la lectura de la prensa diaria y semanal; pero esta mañana mi corazón rebosa de toda la ira y todo el temor que he ido ahogando. Me habían advertido y conocía la orientación general de la política americana: pero el clima es todavía mucho más irrespirable de lo que me habían contado. Ante todo, la mayoría de las revistas y periódicos —por supuesto, con el grupo de prensa Hearst en cabeza— se dedican a crear psicosis de guerra. Repiten día tras día que el conflicto es inevitable y que hay que prevenir la agresión rusa. *Life* ha llegado incluso a publicar en un artículo categórico que el mundo ya estaba en guerra: el empleo de las armas se hace, por tanto, legítimo; y en el exterior del país este estado de guerra en embrión, de guerra fría, autoriza medidas excepcionales; la política exterior puede terminar imponiéndose sobre la política interior. El partido comunista, aunque teóricamente reconocido, ya no es un partido sino una quinta columna: luchar contra él se convierte en un deber nacional. Con la psicosis de guerra se

Escaneado con CamScanner

desencadena el «terror rojo»: todo hombre de izquierdas es acusado de ser comunista y todo comunista es un traidor. Una vez transformada Europa en un campo de batalla, se autoriza toda intervención; se habla de Europa como de un vasallo poco dócil que, desde luego, inspira lástima: Francia, en concreto, es una niña muy poco disciplinada. En el interior el Congreso prepara activamente leyes antilaboristas. Claro que en un país capitalista la libertad está siempre mistificada: pero la propia apariencia de democracia se desvanece día a día y la arbitrariedad se manifiesta con mayor desvergüenza. Todo lo que leo, lo que oigo, lo que veo, se destaca sobre este mar de fondo. Hoy se impone con tanta evidencia que hasta llega a oscurecer el cielo de Nueva York: el lujo de los drugstores, las sonrisas, las voces nasales y alegres, los cigarrillos, los zumos de naranja: todo tiene el mismo regusto a falso.

Por suerte, encuentro una buena ocasión de concentrar mi ira. Ayer, en casa de J. C., un periodista borracho perdido me dio cita en el *New York Times* para un proyecto de artículo. El diario ocupa un edificio inmenso; un ascensor me lleva al décimo piso. El periodista ya la ha dormido. Me acompaña al despacho de un pez gordo; el pez gordo se mece en su sillón giratorio; desde lo alto de su prepotencia y de la prepotencia americana en general, me lanza una mirada irónica: «¿Así que Francia se divierte con el existencialismo?». Huelga decir que no sabe nada de existencialismo, su desprecio se ensaña con la filosofía en general y, en un sentido más amplio, con la fatuidad de un país económicamente pobre que se atreve a pensar; ¿no es irrisorio pretender pensar cuando no se tiene el privilegio de ser uno de los cerebros de un diario de gran tirada americano, cosa que por otra parte dispensa de pensar...? «Sí —dice—, en Francia ustedes plantean problemas: pero no les buscan solución. Nosotros no planteamos: resolvemos.» El sillón gira y cruje. En Francia, los poderosos de este mundo juegan más bien a la rigidez que intimida; éste juega a la desenvoltura. Tal vez ese vaivén —igual que el hecho de que muchos americanos mastiquen chicle— disimule

Escaneado con CamScanner

una incertidumbre interior un tanto inquietante; me parece que en este país el complejo de inferioridad nunca anda muy lejos, aunque esté cuidadosamente revestido de seguridad pactada.

En mi corta experiencia, tengo la impresión de que América es dura con los intelectuales. Los directores, los editores, evalúan el cerebro de uno con aire crítico y desagradable, con aire de empresario pidiendo a una bailarina que enseñe las piernas. Desprecian *a priori* el producto que van a comprar, igual que al público al que se lo van a vender; su papel consiste en crear entre estas dos formas de humanidad irrisoria —el autor y el lector— una relación igualmente irrisoria que su habilidad trocará en dólares más que respetables en beneficio de la casa. La misma precisión de las dimensiones identifica la escritura con una mercancía de ultramarinos. Se dice: quisiera dos mil quinientas palabras. Pagamos tantos dólares por mil quinientas palabras. Sin duda, un redactor francés también cuenta las líneas y las columnas, pero con más flexibilidad. En cuanto al contenido de los artículos, en Francia se admite que ciertos valores tienen todavía un sentido y que el público es capaz de reconocerlos. Aquí se trata más bien de disimular la vanidad esencial de unas páginas con vistas al público al que van dirigidas, considerado a su vez estúpido. Esa estupidez, exagerada por el arrogante desprecio de los hombres de negocios que la explotan, dicta la ley. Está prohibido creer en el lector con la esperanza de que sea éste quien crea en uno. Hay que servirle lo que pide; la dificultad estriba en sorprenderle al mismo tiempo, siendo la sorpresa una de las modalidades que se recomiendan como cebo. Ahí se plantea un difícil dilema: proponed un tema inédito de artículo, se os dará como respuesta que a los americanos no les interesa; elegid un asunto que les preocupe, se os responderá que está más que trillado. La habilidad está en aderezar el tópico de novedad ligera y picante.

Tal vez sea mi humor lo que esta noche ha roto el hechizo hasta de la mismísima Nueva York. La verdad es que los clubes nocturnos se resienten de ese comienzo de depresión que

Escaneado con CamScanner

llaman pudorosamente «recesión». Primero he estado con mis amigos españoles en la calle Cincuenta y dos —la calle de los clubes elegantes— en el Billie Holliday. Un público escaso escucha una orquesta mediocre esperando a que Billie Holliday cante. Ella está presente, sonríe, está muy hermosa con su vestido blanco hasta los pies, una hábil permanente le ha alisado el pelo negro que cae lacio y reluciente enmarcando su rostro moreno claro: el flequillo parece esculpido en metal oscuro. Sonríe, está hermosa, pero no canta. Nos cuentan que se droga y que ya sólo canta en ocasiones especiales. Bajamos hacia Greenwich. La decoración del café Society *down-town* es agradable; las atracciones no son malas, la sala también está casi vacía. Vamos a Nick's, esquina con la calle Diez. Parece que el año pasado el jazz era de primera y el público numeroso. Recesión. La gran estancia decorada con cabezas de ciervos —que le confieren aspecto de lugar de reunión de cazadores— resulta agradable para beber y charlar; pero la orquesta es muy mediocre y estamos casi solos. Bebemos y charlamos. Estoy decepcionada. Las luces, la animación de las calles prometen mil y un sortilegios nocturnos: ¿es que no hay un solo lugar donde estas promesas se cumplan? Tal vez no hayamos sabido dar con él. Buscaré.

6 de febrero

De todos los paseos que he dado por Nueva York, el de hoy ha sido uno de los más bonitos. C. L. quería enseñarme la biblioteca española en la parte alta de la ciudad. Subimos a la imperial de un autobús que bordea el Hudson. Es un día hermoso y gélido; las plazoletas están cubiertas de nieve. El autobús circula despacio y el trayecto dura más de una hora. Con sorpresa, cruzo una puerta y estoy en plena España; las salas silenciosas huelen a España; están decoradas con mayólicas, maderas esculpidas, cueros preciosos; hay obras del Greco, Goya y Zurbarán colgadas en las paredes de la galería que rodea el vestíbulo central: algunas despiertan sospechas; también me dio la impresión de que algunas telas del Museo Metropolitano eran copias sin más; sin duda, los americanos

Escaneado con CamScanner

están demasiado ansiosos por poseer pintura antigua como para poder exigir. Pero, evidentemente, aquí hay cuadros auténticos; y contemplarlos en este ambiente que recuerda a El Escorial y a las iglesias de Toledo, es un placer olvidado. Al otro lado del patio encontramos un museo indio: máscaras, cinturones de perlas, pieles de búfalo con trazos de dibujos sagrados. Una maqueta de cartón-piedra recrea el Manhattan de la época en que todavía estaba poblado por indios: sólo hace tres siglos, esas chozas y fogatas ocupaban los peñascos que afloran en los jardines públicos. Entonces la isla se llamaba Manhattanick, lo que significa, por un extraño presentimiento, «isla de la ebriedad». Los indios la vendieron a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales por sesenta monedas de plata. Los holandeses construyeron en ella Nueva Amsterdam y en 1653 levantaron el muro que dio nombre a Wall Street para defenderla de las pretensiones inglesas; pero diez años más tarde la donaron al rey Carlos II, que se la cedió a su hermano, y en honor de este último la ciudad recibió el nombre de Nueva York. Todo eso no sucedió hace tanto. A principios del siglo pasado, el alto Broadway por el que caminamos ahora sólo era un sendero campestre. Subimos hasta el claustro que Rockefeller hizo traer de Europa piedra a piedra para albergar objetos medievales. Llegamos justo cuando están cerrando las puertas, pero no nos importa demasiado. Lo cautivador es el enclave en el que nos hallamos. El claustro se encuentra en unas cumbres que llaman Washington Heights, al final de un estrecho espolón. Cruzamos un gran parque solitario, cuyas alamedas desaparecen bajo una densa capa de nieve virgen, y llegamos a la punta más alejada de Nueva York. La ciudad se detiene aquí, bruscamente; tropieza contra un largo meandro del Hudson. Frente a ella, los escarpados acantilados de Nueva Jersey. A la derecha, la ciudad ya sólo es un largo pasillo estrangulado entre Washington Heights y la llanura del Bronx: se percibe dónde descansan los apoyos de estas colinas, que soportan como un pedestal el ordenado alineamiento de los edificios. Este relieve ha conservado algo de bárbaro; la arquitectura no ha maquillado sus

Escaneado con CamScanner

curvas; sólo se han plantado casas en esta porción de terreno que se ha conservado tal cual. Bajo la nieve, a la luz del crepúsculo, este caótico paisaje parece a punto de reintegrarse en la naturaleza. Como si estuviéramos al borde de un fin del mundo glacial. Estamos solos en la punta de este cabo silencioso, como dos supervivientes olvidados. Casi con estupor, volvemos a encontrarnos en la llanura con las luces, el ruido, la vida.

7 de febrero

Los periódicos dan cuenta de una conferencia de prensa en la que Marshall se declara contrario a todo tipo de desarme. Por otro lado, hoy comienza el juicio de Eisler, el líder comunista número uno al que se acusa de conspiración contra el gobierno, desprecio al Congreso, fraude fiscal y falsificación de pasaporte. La voluntad de guerra se reafirma, la caza de rojos continúa.

Esta tarde voy a dar una conferencia en Vassar College. Entro por primera vez en la estación central, ese edificio inmenso cuya torre domina Park Avenue. Me recuerda a los sótanos del Rockefeller: restaurantes, cafés, *lunch-room*, drugstores, teléfonos, librerías, quioscos de flores, de puros, de golosinas, salones de peluquería, limpiabotas. Escaleras en todas partes. Hay salas de espera, un vestíbulo donde se venden entradas, mozos de equipaje negros ataviados con gorras rojas. Pero nada indica la presencia de trenes ocultos bajo tierra.

Es la primera vez que tomo un tren. Permanezco un momento ante una puerta que se abre diez minutos antes de la partida. Un pasillo se hunde en el subsuelo. Subo al coche. El vagón no se parece a ningún vagón francés, más bien al interior de un autocar. Como siempre, la calefacción está al máximo. Por el pasillo central pasan de vez en cuando vendedores de revistas, de helados, de Coca-Cola, de bocadillos, de golosinas. También se sirve café con leche en vasos de cartón. El tren desaparece en un túnel; reaparece entre las casas de Nueva York, a la altura del segundo piso, prosigue por Park Avenue, cuyo esplendor se ha extinguido y que ya sólo es un bulevar

Escaneado con CamScanner

miserable que atraviesa el barrio puertorriqueño: el Bronx. A mi derecha puedo ver el claustro sobre la colina. Ahora el tren sigue el Hudson. Hoy me cuesta creer que Nueva York sea tan meridional como Nápoles. El Hudson está helado: en el hielo, la nieve se solaza en mil formas caprichosas; el frío no ha desalentado a las gaviotas, que se reúnen sobre el agua endurecida. Al otro lado de esta inmensa pista de patinaje, las colinas desiertas me dejan estupefacta, tan cercanas a una de las capitales del mundo y, a la vez, tan abandonadas. Poughkiepsee es la primera ciudad pequeña de América que veo. Bajo la nieve, con sus casas de madera y el ajetreo de sus calles, me recuerda a una estación de deportes de invierno. Las casas que salpican las lindes de las blancas carreteras tienen el aspecto artificial de los chalés de Megève ¡Qué paz se respira al abandonar Nueva York! El automóvil se detiene ante una suntuosa villa: el pabellón de invitados. Vestíbulo, salones, biblioteca, comedor, estancias amplias, de un estilo más o menos medieval, entre «hospedería» de lujo y monasterio. Mi habitación da a la blancura y a la paz del campo nevado; invita a caer enferma; una desearía tener algo de fiebre para disfrutar del silencio, del frescor de paredes y sábanas. A unos cien metros, una puerta de torretas solemnes da al campus, formado por una gran extensión virgen de colinas y bosques. Entre los edificios, también medievales, que albergan dormitorios, bibliotecas, laboratorios, una se tropieza con *college-girls* en ropa de esquiar y con los esquís a la espalda: allá bajan sin seguridad alguna por una leve pendiente en la que un principiante francés ni siquiera repararía. Me acompañan a visitar el gimnasio donde se está impartiendo la clase de danza; en pantalones cortos azules, muslos y piernas al aire, las alumnas oscilan sobre las puntas de los pies. En el agua azulada de la piscina, otras nadan acompasadamente ante la mirada atenta de una profesora que las vigila mientras hace punto. ¡Qué cómodas y libres parecen en la biblioteca!: leen, hundidas en sillones profundos, o sentadas en el suelo en uniforme, dispersas por pequeñas estancias solitarias o en grupos en salas grandes. Por los ventanales, se ven los árboles, la nieve.

Escaneado con CamScanner

¡Cómo las envidio!... Pero tengo que tomar el té con los profesores de francés del colegio, y luego cenar con ellos en el pabellón para invitados. Es una cena cocinada con esmero de pensión familiar bien atendida: ni vino ni aperitivo. Han invitado a dos profesores varones, pero la atmósfera es claramente femenina: algo enguatada y anticuada. Encuentro la misma prudencia de espíritu que en las salas de profesores de nuestros liceos, pero todavía más agudizada en estos franceses de ultramar, debido a un afán de propaganda nacional. Basta poner una pega a la enseñanza filósofica en la Sorbona para que frunzan el ceño.

Me conducen a la sala de conferencias, que tiene un escenario bastante grande lleno de decorados griegos; las alumnas van a representar dentro de poco *Las moscas*. El teatro ocupa un lugar importante en la vida académica: es una de las especialidades que se estudian oficialmente. Tomo asiento y comienzo a hablar. Todas las college-girls que saben un poco de francés están aquí: tienen entre dieciséis y veinte años; sus cuatro años de estudios corresponden más o menos a nuestros dos años de bachillerato y a la preparación de una licenciatura. ¡Qué bonitas parecen! Al mirarlas mejor, sus caras no tienen nada de especial. Pero sus cabellos son hermosos, como de anuncio de champú; sus rasgos realzados por maquillajes, retocados como los de mujeres de treinta años; a pesar de los naturistas, esta mezcla de frescor y artificio, esos labios atiborrados de carmín descubriendo dientes de juventud refrescante, el destello en ojos de dieciséis años enmarcados por pestañas embadurnadas de rímel se me antojan de lo más cautivador. Muchas se han quitado la ropa de esquiar. Otras llevan ese conjunto que los viejos profesores reprueban en vano y que casi constituye un uniforme en Vassar: pantalones vaqueros arremangados por encima del tobillo, camisa de hombre blanca o de cuadros de colores chillones, que cae flotando encima del pantalón, con los faldones anudados por delante con calculado desaliño. Las camisas están resplandecientes, pero los vaqueros tienen que estar gastados y sucios; si es necesario, los arrastran por el polvo, les cosen parches

Escaneado con CamScanner

disparatados, zurcen con hilos de color más oscuro los desgarrones invisibles. Vestidas a lo chico, maquilladas como fulanas, muchas de estás jóvenes hacen punto mientras me escuchan. Me dicen que les inculcaron esa costumbre durante la guerra. Esa supervivencia de lo artesanal sorprende en el país de la producción en cadena. Supongo que, para muchas de ellas, hacer punto es como una antesala del matrimonio y la maternidad.

Vassar es uno de los colegios más aristocráticos de América: lo que significa que los estudios son muy caros y las pensionistas cuidadosamente seleccionadas según su capacidad intelectual, su familia y sus cuentas corrientes; llegan de todos los estados de América y de vez en cuando hasta admiten a una o dos negras; también hay algunas becarias, pero en general esta cultura del lujo está reservada a una elite afortunada. Todas estas college-girls tienen un aspecto saludable y feliz que me cautiva; también me sorprende su desenvoltura sin insolencia, su desenfado reservado; su cordialidad resulta encantadora por espontánea, su espontaneidad tiene el tacto de la cortesía. Me gustaría saber si son conscientes de su suerte y si tantas facilidades no son perjudiciales. Me contestan con vaguedad: son amables, serias, trabajan muy duramente. Espero encontrarme en otra parte con profesores más perspicaces o menos discretos. De todas formas estoy en el bando contrario: tendría que tener veinte años menos para conocerlas.

8 de febrero

Vuelvo a encontrarme con las college-girls en el tren que me lleva a Nueva York. Van a pasar el fin de semana a la ciudad. Cuesta reconocerlas. Llevan, exactamente igual que sus madres y sus hermanas mayores, sombreros de plumas, flores, velos, pesados abrigos de piel, zapatos de tacón alto. Tienen mucho menos encanto que ayer. Observo que, sin lugar a dudas, la originalidad de su traje de campus sólo era un convencionalismo más: vaqueros, visón, dos uniformes. Creo que las americanas nunca se visten para estar cómodas, para sí mismas. La indumentaria implica, antes que nada, afirmación de

Escaneado con CamScanner

un estándar de vida; de ahí que no haya espacio para un estilo personal intraducible en dólares (salvo en ciertos medios artísticos o intelectuales, pero incluso entonces sobre esa base de seda y piel). Sólo existe jerarquía cuantitativa: a tanto dinero tal tipo de abrigo. El éxito social de una mujer va estrechamente ligado al lujo de su apariencia; para las pobres constituye una servidumbre terrible. Una empleada, una secretaria, está obligada a consagrar casi el veinticinco por ciento de su sueldo a gastos de peluquería y productos de belleza. Se la tendría en poca consideración si llegara dos días seguidos a la oficina con la misma indumentaria. Para trabajar en cierto gran almacén femenino donde se exige una elegancia refinada, hace falta un guardarropa más caro que para ser relaciones públicas en un club nocturno de París. Muchas jóvenes no pueden pedir los anticipos necesarios y gran número de colocaciones resultan prohibitivas para las más necesitadas. Al llegar a Nueva York, la luminosidad de cabellos y tez parece milagrosa: un milagro que cuesta caro. Hay otro hecho que me parece muy significativo: el modelo de ropa que se impone a la mujer americana no contempla la comodidad; estas mujeres, que no pierden ocasión para reivindicar ferozmente su independencia, cuya actitud respecto a los hombres resulta tan fácilmente agresiva, se visten, no obstante, para los hombres: zapatos que aminoran el paso, plumas quebradizas, flores en pleno invierno, todos esos perifollos son, sin duda, señuelos que subrayan su feminidad y atraen las miradas masculinas. La verdad es que la indumentaria de las europeas es menos servil.

Tengo una cita a las cinco en el vestíbulo de mi hotel con A. E., que el otro día me prometió llevarme a escuchar jazz del bueno. Mientras le espero, hojeo los periódicos. Todos traen el discurso que Dwight Green, gobernador republicano de Illinois, ha pronunciado en Washington. Ha dicho con una vehemencia notable lo que muchos republicanos expresan algo más tímidamente: todo país extranjero es odiable, especialmente Rusia e Inglaterra; hay que armarse hasta los dientes, intensificar la producción de bombas atómicas, meter

Escaneado con CamScanner

mano en todo país cuyo vasallaje sea necesario para la seguridad americana.

Casi no recordaba el rostro, sin embargo peculiar de A. E.: había demasiadas caras nuevas a mi alrededor y apenas intercambiamos cuatro palabras. Me sorprende caminar por la calle junto a este desconocido que me habla con la cordialidad de un viejo amigo y que me llama por mi nombre de pila, al estilo americano: tienen una soltura en las relaciones humanas que me encanta. Tal vez en Francia las amistades sean más auténticas y profundas: no tengo ni idea; en cualquier caso, entre nosotros el primer contacto jamás tiene esta calidez. ¡Y con qué diligencia se desvive toda esta gente por hacerte un favor! Apenas formulo el deseo de escuchar jazz y heme aquí camino del concierto que Louis Armstrong da en el Carnegie Hall; es una oportunidad única, hacía años que Armstrong no se prodigaba en una sala de conciertos y todas las localidades están reservadas desde hace tiempo. A. E. es un «aficionado», tiene sus entradas; pero que me deje utilizarlas, a mí que no me conoce de nada, con una cortesía tan desinteresada, de nuevo me produce tal sorpresa que me deja algo avergonzada.

«Pasaremos por casa de M. para recoger las entradas», me dice A. E. Una vez más, asisto a esa maravilla de la que nunca me canso: un nombre, una imagen, haciéndose carne y hueso ante mis ojos. Poco antes de partir para Nueva York, escuchaba en París la orquesta de Don Redman, pensaba que me iba, y hojeaba la revista negra *Ebony*, cuyas imágenes me parecían especialmente conmovedoras por todo lo que presagiaban sobre América; entre otros aparecía M. riendo por las calles de Harlem: un músico blanco casado con una negra que toca en una orquesta de negros y ha vivido veinte años entre ellos. Cuenta su historia en un libro que acaba de obtener un gran éxito; nos recibe en una oficina atestada de libros y discos.* Hay varias personas a su alrededor y sería inquietante

* Se trata de Mezz Mezzrow, coautor junto a Bernard Wolfe de *La rabia de vivir*. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

si todos no fueran americanos; A. E. me presenta entre otros a N. G., que acaba de publicar una novela bastante escandalosa sobre una academia militar del sur. Es un chico alto y pelirrojo con aspecto de adolescente por muy casado que esté; tiene el mentón de Fred Astaire; me parece típicamente americano; vamos, que tengo la impresión de haberle visto veinte veces, a retazos, en películas de Hollywood. M. me ofrece un vaso de whisky, me dedica un ejemplar de su libro, me da varias grabaciones suyas. N. G. me dedica también su novela. Aquí estoy, cargada de libros y discos, rodeada de amigos que parecen conocerme desde siempre. Sé que aman el jazz con pasión, que odian profundamente el capitalismo americano, el racismo, el moralismo puritano: todo lo que yo detesto de esta América que les ha visto nacer y de tantos aspectos caros a su corazón. Suficiente para que me sienta mil veces más cerca de ellos que de franceses demasiado serviles u hostiles para los que este país sólo es una potencia abstracta.

Carnegie Hall, la sala de conciertos más grande del mundo, está atestada. El público americano casi ha acabado con el jazz, pero todavía lo ama. Armstrong sale al escenario entre aplausos febriles, y una vez más asisto en persona al prodigio de una materialización: reconozco ese rostro que he visto en tantas fotografías. Pero Armstrong se hace viejo. En la actualidad toca poco y sólo por dinero, con una de esas orquestas demasiado grandes en las que se diluyen la intimidad y la verdad del jazz. Parece que esta noche quería presentarse con una así y que ha costado mucho convencerle para que tocara sólo con cinco músicos. No obstante, para los últimos temas se ha empeñado en reunir a toda la tropa. Y el público acoge con el mismo entusiasmo esta música para bailones trasnochados que el jazz genuino, tan puro y turbador, de la primera parte.

Una vez fuera, cargada de discos y libros, con la cabeza zumbando, me precipito en un taxi. Voy a cenar a un restaurante español del Village con el grupo de *Partisan Review* para retomar la discusión de la noche pasada. El tono de la conversación es hoy muy diferente; en seguida G. T. y P. B. se excusan por su vehemencia, temen haber estado groseros. Su

Escaneado con CamScanner

arrepentimiento es proporcional a la falta de costumbre que hay en este país de llevar muy lejos las discusiones ideológicas; como en el salón de Madame du Deffand, el buen tono pone freno a las pasiones: si algún antagonismo amenaza con manifestarse virulentamente, se corta por lo sano y nos replegamos a fórmulas más ambiguas y educadas. Pido disculpas a mi vez: está claro, yo y mis modales a la francesa sacamos de quicio la discusión. Nos deshacemos en excusas; aceptan sin rechistar todo lo que digo; qué mal me expreso, entienden negro cuando quiero decir blanco: ellos asienten, yo rectifico y vuelven a asentir. Tanto remilgo nos produce risa, cosa que relaja un poco el ambiente. Trataremos de hablar con franqueza, sin ira. Por prudencia, evitamos la cuestión política. Como, por otra parte, sus opiniones sobre literatura me interesan más, nos atrincheramos en ese terreno.

Primero se quejan de la dura situación de los intelectuales americanos. Su revista apenas llega a diez mil lectores, cosa insignificante en América. Un escritor que no escribe best-sellers en cadena las pasa moradas para vivir de la escritura. No obtiene ninguna compensación de índole moral: no tiene otros amigos escritores, todo el mundo está solo; no influye en el lector, que sólo se muestra sensible a los éxitos de ventas. Ni siquiera el éxito abre al literato las puertas de la alta sociedad: su reputación es siempre menos llamativa y más efímera que la de las estrellas de Hollywood. Estas declaraciones se me antojan clavadas a lo que me decía C. L. a propósito de la pintura. Tampoco en Francia es fácil vivir de la literatura: pero la verdad es que tampoco hablamos con tanta amargura del oficio de escritor.

En casa de G. T., reunidos en torno a una botella de whisky, reemprenden sus ataques contra la literatura de éxito. Existe —dicen— una auténtica cultura americana, heredera de la europea, a la que se encuentra estrechamente vinculada: en el siglo pasado fueron Thoreau, Whitman, Melville, Hawthorne, Henry James y Crane (no citan a Edgar Allan Poe, jamás: estoy convencida de que es más un autor francés que otra cosa); más cercanos en el tiempo están Wolfe y Fitzgerald. Son ejemplos

Escaneado con CamScanner

de una literatura civilizada que busca a un tiempo perfección formal y hondura en la percepción del mundo. Si exceptuamos a Faulkner, todos los escritores que amamos en Francia van a la contra de esta tradición. Adolecen de un realismo sin belleza y superficial. La descripción del comportamiento ha reemplazado a la psicología en profundidad, y la exactitud documental, a la invención y a la poesía. Hemingway o Wright —comparados con un James Joyce, por ejemplo— no aportan nada: cuentan historias, eso es todo. Si nos gustan esos libros, se debe a una especie de condescendencia. Pasamos el rato descubriendo en *Tortilla Flat* o *El camino del tabaco* a un pueblo cuyas costumbres nos sorprenden tanto como las de una tribu salvaje. En Francia no concederíamos prestigio a ejemplos equivalentes en este tipo de narrativa (me pregunto si esta idea de equivalencia tiene algún sentido, pero dejémoslo correr). Esta condescendencia nos hace poner al mismo nivel a Dashiell Hammett, James Cain —que aquí son despreciados—, McCoy —a quien desconocemos por completo— y a Faulkner. Está bien que pasemos el rato leyendo novelas policíacas si nos apetece, a Steinbeck y Dos Passos si tenemos aguante. Al igual que pasamos el rato viendo películas de Hollywood, como confiesa hacerlo encantado el propio G. T. cuando está cansado, pero a las que no se nos ocurre conceder valor artístico.

Reconozco que, de un país a otro, el realismo toma falsos tintes poéticos fácilmente: ellos mismos admiran *El pan y el perdón*; convengo en que el esnobismo garantiza el éxito a cualquier novela americana, las traducimos sin ningún criterio: vamos, que llegamos a fabricarlas. Y, desde luego, la aportación de un Dashiell Hammett, por muy válida que me parezca, no es la de un Faulkner. Pero no estoy en absoluto de acuerdo con el tema de fondo de la discusión. Se quedan algo escamados. Aseguran que la influencia de Steinbeck, de Hemingway, está presente en esos best-sellers, cuyo lastre de estupidez asfixia la genuina literatura; hay que combatirlos, será una dura pelea hasta que se abran otros caminos. ¿Qué caminos? No son capaces de dar ni un solo nombre de algún joven escritor

Escaneado con CamScanner

que les guste; sus aspiraciones siguen siendo muy peregrinas y, sobre todo, negativas. Tengo la impresión de que sueñan con una vuelta de la psicología analítica y cierto clasicismo, cosas que nos aburren actualmente en Francia. Por otra parte, aunque contraponen América y Francia, tampoco les gusta ningún escritor francés vivo.

«Detestan a todos los escritores vivos porque ellos no son escritores ni están vivos», me dicen otros escritores americanos vivos, atacando a sus detractores con la misma energía que éstos habían puesto en denigrarles a ellos. Toda esa gente de *Partisan Review* —me explican— necesita ídolos porque no se soportan a sí mismos: admiraron a Stalin, luego se pasaron a Trotski, para terminar poniéndose al servicio de la tradición, su dios del momento, y la justificación de todos sus odios; por sí mismos son estériles, ahí está el quid de la cuestión, y como tienen pocos lectores, una influencia política nula y un corazón desprovisto de toda pasión, odian la vida; no sólo en la literatura sino allí donde se encuentre.

Sin duda, este juicio tiene mucho de injusto: lo más sorprendente de todo es el divorcio existente entre escritores e intelectuales; la mayoría de los escritores comenzaron siendo vendedores de periódicos o limpiabotas y han forjado su universo cultural en una vida azarosa; asimismo, es muy raro que hombres cultivados escriban libros que emocionen. De suerte que esa discordia es casi una disputa de clase. En Francia tenemos intelectuales a espuertas: en cambio, el esfuerzo del escritor por integrar la vida con toda su crudeza en la literatura era nuevo para nosotros y nos enriqueció sensiblemente. Concederé a los de *Partisan Review* que la vida puede anquilosarse si el novelista se deja ganar por la simplicidad y que muchas obras de Steinbeck y el último Caldwell son libros elaborados a base de fórmulas. Pero la acusación de realismo que les atribuyen no está clara. Sabemos con exactitud lo que fue la escuela realista en Francia: una apuesta concreta con visos de imparcialidad ante unas circunstancias dadas, actitud que se fagocita a sí misma. Pero en las novelas americanas que nos gustan, las circunstancias dadas se describen apostando

Escaneado con CamScanner

con vehemencia por el amor, el odio, la rebelión; la vida aflora en todo su esplendor; resumiendo, la conciencia del héroe está presente. ¿Qué significa entonces la palabra realismo? ¿Acaso no apreciamos precisamente la audacia realista de Stephen Crane, especialmente en el relato largo titulado «Maggie», frente a las convenciones de la época?

A través de estas discusiones, he percibido con fuerza que la «literatura americana», igual que «América», no es un bloque homogéneo y cerrado, como tenemos tanta tendencia a creer desde fuera. Es un territorio vivo de arenas movedizas, surcado por corrientes diversas que a menudo pelean entre sí. Que la nueva generación se aparte de los escritores precedentes, por muy grandes que sean éstos, es justo y necesario; pero tampoco encontrarán en Melville o en Hawthorne las respuestas a sus preguntas: son preguntas nuevas a las que sólo ellos deben encontrar respuestas. Si son acertadas, quedarán inscritas en la tradición.*

9 de febrero

«El domingo —me ha dicho una americana— pasamos la mañana en la cama leyendo el suplemento del *New York Times*.» La primera vez que compré el *Sunday New York Times*, creí que me había equivocado, que me llevaba una pila entera de periódicos: pero toda la pila es un solo periódico. Incluso entre semana me las veo y me las deseo para manejar esas masas de papel; he aprendido a dejar a un lado la sección de deportes, la de inversiones bursátiles, la de enlaces y necrológicas y la de ecos de sociedad: me salto anuncios que llenan páginas y páginas, pero me sigo liando. Lo que me desconcierta es que la sección internacional y local son la misma cosa; los problemas del desarme aparecen junto a la milagrosa cura del *blue baby* del matrimonio Thompson o junto a un tráiler** ingeniosamente habilitado por el veterano Smith, que

* Se retoma esta discusión en la página 276.

** Remolque o caravana de gran tamaño cuyas ruedas no son todo terreno y que se puede transformar en domicilio fijo. Véase *infra*, la entrada del 28 de febrero. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

acaba de contraer nuevas nupcias. Una vez más se trata de persuadir al americano medio de que toda América se interesa en el caso particular de cada ciudadano: todos los días, la prensa elige en abstracto algunos ejemplos muy concretos que ofrece a sus lectores como prueba. Y mientras organiza colectas a favor del niño enfermo o envía cartas de felicitación a los felices esposos, la gente tiene por el mismo precio la sensación de participar activamente en la vida del país: deja encantada en manos de especialistas cuestiones como la libertad laboral, la lucha contra los rojos, el intervencionismo en los asuntos de Europa.

Hace uno de esos días gélidos y hermosos. Por la mañana voy con R. Wright a un servicio religioso en una iglesia de negros: la iglesia Baptista Abisinia, la más grande de Nueva York, tiene entre doce mil y catorce mil miembros. Su pastor es una figura popular: el reverendo A. Clayton Powell, joven, ambicioso, de tez clara, de rasgos tan finos que nunca hubiera creído que fuera negro. Despliega una intensa actividad social, a menudo ha apoyado a los obreros en huelga, edita un periódico para negros y es miembro del Consejo de la Ciudad de Nueva York. Es representativo de esa clase poco abundante de pastores que apoyan y asumen las reivindicaciones de los negros. Me impresiona el trasfondo social de su sermón. Se me antoja más un mitin político que un acto religioso. Recuerda a los negros su dura situación, pero asegura que no la podrán mejorar mediante la rebelión ni el odio, primero hay que ganarse el corazón de Dios; entre ellos también se dan injusticias, hay ricos y pobres, sanos y enfermos; tienen que aprender a ayudarse unos a otros; les dice que vayan a la iglesia, que sus costumbres sean puras, que vivan haciendo el bien, entonces llegará un día que pondrá fin a sus desdichas. Los asistentes escuchan con fervorosa atención y jalona el discurso con rítmicos *Yes! All right!* y acompañamiento de pies y manos; pero es una audiencia burguesa muy acomodada, respetable y moderada en sus manifestaciones. Wright me dice que, para escuchar los espirituales más bellos y percibir el lado emocional de la religión negra, hay que ir a las iglesias

Escaneado con CamScanner

de los barrios pobres. Me va a llevar. Me ha sorprendido el carácter político, laico, del acto; hay que comprender —me explica él— que cada segundo de la vida de un negro está penetrado de conciencia social: desde que nace hasta que muere, trabajando, comiendo, haciendo el amor, paseando, rezando, jamás puede olvidar que es negro, y a cada segundo toma conciencia de la existencia de todo un mundo de blancos dando sentido a la palabra negro. Haga lo que haga, un negro está «comprometido». No hay un solo escritor negro que no se haya planteado el problema del compromiso. Está decidido de antemano.

Bajamos por las grandes avenidas de Harlem sin parar de hablar; reina una paz provinciana, la calzada está desierta, igual que los bulevares parisienses durante la ocupación; en las aceras hay niños que juegan con la nieve, a pesar de que el frío arrecia. Nunca el nombre de Greenwich Village me ha parecido más apropiado; en las calles provincianas bordeadas por casas de dos a tres plantas, la nieve amortigua todos los ruidos; cubre los techos, ha invadido las escalinatas, nos llega hasta el tobillo, y los coches que aparcan junto a las aceras son literalmente sepultados por ella. Pero por la noche, en la Bowery, el frío ha perdido su encanto campestre; bajo el negro techo del tren elevado, esos hombres que aquí reciben el cruel apelativo de «los olvidados», «los solitarios», tiritan.

La Bowery es la avenida de la miseria. Hay tranvías —creo, sin temor a equivocarme, que son los únicos tranvías de Nueva York— que pasan traqueteando por debajo del tren elevado; todas las casas, todas las tiendas tienen un aspecto ceniciento, deslucido. Abajo, venden pieles y diamantes; estas joyerías son locales lúgubres con mostradores de diferentes vendedores uno al lado del otro; más arriba hay, sobre todo, tiendas de segunda mano, mercancías de lance: ropa de ocasión, sartas de zapatos usados colgando en puertas de semisótanos; hay sastres, entre otros uno para hombres que exhibe como reclamo fotografías de obesos vestidos bajo su supervisión, y chaquetas, pantalones de fabulosas dimensiones. Lo que más abunda son las tiendas de prestamistas con el distintivo típico: tres

Escaneado con CamScanner

gruesas bolas de metal cobrizo, que también se pueden ver en las guitarras expuestas en los escaparates, entre joyas sin brillo, fonógrafos, relojes de pulsera, máquinas fotográficas, utensilios de cocina, más guitarras, tan nobles —a pesar del batiburrillo que las rodea— como en los cuadros de Picasso, muchas veces junto a trompetas y saxofones. Encima de estos comercios se elevan, a lo largo de toda la Bowery, hoteles para «hombres sin mujeres»; la fachada desconchada, los cristales llenos de polvo, hacen que se te encoja el corazón: son refugios donde por unos centavos se puede alquilar un jergón de paja o un rincón atestado de chinches en el suelo. Más pobres todavía, los mendigos neoyorquinos duermen en *flop-houses*: sentados en bancos, doblan el tronco hacia adelante con la cabeza entre los brazos cruzados sobre una cuerda tirante que los sujeta; duermen hasta que vence el tiempo de reposo por el que han pagado; entonces aflojan la cuerda, caen de bruces y despiertan del golpe. Los pobres de solemnidad se quedan en la calle. Los enfermos, los viejos, los fracasados, los desafortunados, todos los despojos de la sociedad americana vagabundean por estas aceras. Se tumban en el asfalto a pesar del hielo y la lluvia; se hacen un ovillo en los peldaños de los semisótanos, o bien se apoyan contra las paredes y tratan de dormir de pie. Ya sólo tienen una finalidad en esta tierra: beber; en el sombrío y gélido desamparo de la Bowery, el lujoso reclamo de los luminosos de neón hace de cada bar un paraíso. Pero la borrachera también se paga: tratan de vender a los transeúntes, de venderse unos a otros, su última camisa, sus chanclas agujereadas, un cuchillo mellado. Un andrajo recogido por la mañana en un cubo de la basura desencadena las mismas pasiones de la Sala de Subastas Públicas o de la bolsa. Lo más normal es que no tengan nada en absoluto que vender: mendigan. Mi amigo S. L., que trabaja en el barrio, conoce a más de uno; para mendigar, hacen el payaso; es lo que se estila. Desde el presidente de Estados Unidos hasta el último mendigo; puestos a pedir, todo el mundo hace el payaso. «Señora, el banco está cerrado, no puedo canjear mi cheque: ¿le importaría adelantarme veinticinco centavos?» A veces,

Escaneado con CamScanner

sus ojos brillan de codicia ante un libro que alguien lleva bajo el brazo: «Préstemelo: se lo devolveré». Y lo devuelven; lo piden prestado para leerlo. S. me dice que también hay muchas mujeres viviendo en la Bowery, pero se las ve más en los cafés que en la calle; hay una a la que llaman la «reina de la Bowery», toda una celebridad de belleza marchita, que vive miserablemente y se pasea con un mono gigantesco.

Sammy's es el bar más famoso de la Bowery. Antaño era un bar como los demás, una especie de *flop-house* donde, por algunos centavos, se podía beber y dormir durante todo el día y toda la noche. Por la tarde, casi las mismas caras de siempre; los únicos clientes son mendigos, hombres y mujeres, que beben cerveza barata en la barra o que dormitan, sentados en sillas, apoyándose en la mesa. A Sammy, el propietario, se le ocurrió una idea genial: recoger a viejas actrices, cantantes, entre los sesenta y los ochenta años, y sacarlas por la noche, acicaladas de plumas, en un espectáculo compuesto de bailes y melodías de su juventud. El bar se ha convertido en club nocturno —Sammy's Follies— y tiene un éxito clamoroso. En el exterior los hombres esperan tiritando ante la puerta a que una moneda de níquel les caiga del cielo para poder entrar; los afortunados merodean henchidos de gozo por el bar donde presiden, pintadas en pósters sobre ese obsceno despliegue de botellas tras la barra, las reinas de la Bowery. Pero en las mesas, hay una burguesía respetable bebiendo whisky y comiendo hamburguesas. Las paredes están empapeladas con fotografías, recortes de prensa, autógrafos; hay viejos carteles en color anunciando películas mudas en las que se perpetran crímenes y violaciones. Como en todos los clubes nocturnos neoyorquinos, una fotógrafa circula entre las mesas embutida en seda negra: con una sonrisa afable dispara su flash sobre parejas y cuadrillas divertidas. Nos sentamos junto al estrado adornado con lazos: un hombre al piano, una joven triste toca el violín; se nota que se siente fuera de lugar, infeliz y distinguida al tiempo. También hay una mujer golpeteando rítmicamente una caja con exaltada concentración. Las cantantes van desfilando una a una. Las han elegido descomunales

Escaneado con CamScanner

aposta: unas Mae West atacadas de celulitis. Son pelirrojas o de melenas negras como cuervos, el maquillaje se reparte con extravagancia premeditada: pegotes naranjas en las mejillas que se descuelgan, polvos pastosos en los pliegues de la papada. Sólo los ojos, a pesar de las pestañas postizas, el contorno, el rímel, las ojeras azuladas, siguen siendo humanos: son como delicadas presillas que escapan a todo intento de camuflaje. Todas estas viejas hadas llevan inmensos sombreros de plumas naranjas y verdes, joyas resplandecientes; vestidos de seda negra enfundan sus cuerpos, con el pecho asomando por generosos escotes. Cantan canciones de cow-boys, baladas sentimentales, todas melodías de 1900; esbozan pasos de danza, dan brincos haciendo bailotear sus pechos gigantescos. Muchas tuvieron talento, belleza y conservan todavía suficiente fogosidad, vitalidad e inquietante feminidad, para que los aplausos que arrancan resulten equívocos. El público está fascinado. Observo a una mujer sentada sola en una mesa, joven todavía, de aire recatado, bebiendo whisky tras whisky, con la vista fija en el escenario y una expresión dura en el rostro; otras mujeres ríen histéricamente poniendo los ojos en blanco. La mayor atracción es una octogenaria de cara rubicunda, con rasgos diluidos en una masa amorfa de carne colgante, que aún conserva belleza. Canta palmeándose de forma abyecta su enorme sombrero; se contonea y, a pesar de sus ochenta y cinco años, recrea por un instante a la Mae West que fue: cuando se levanta las faldas de seda descubriendo unos pololos amarillo canario ciñendo sus rodillas y piernas dignas de Mistinguett, el público vocifera, las mujeres histéricas se remangan el vestido y medio desfallecen recostadas en sus abochornados hombres. La vieja recorre la sala besando calvas masculinas a su paso; camina bailando y, a veces, hace amago de levantarse el vestido por detrás: un silbido la llama la orden. El público aúlla cada vez más desaforadamente. Con un gran redoble de tambor, entre aplausos, carcajadas y gritos desenfrenados, la *vedette* se sienta sola en un rincón de la sala; parece muy vieja y cansada. Mañana por la noche, volverá a empezar.

Escaneado con CamScanner

Huelga decir que no se trata de ningún cuento de hadas: se mofan de viejas miserables. Pero ¿qué ofrece a cambio esa gente bienpensante que protesta? Después de todo, Sammy les permite ganarse la vida. La Bowery es una realidad que está ahí, Sammy no se la ha inventado. Y la Bowery es la otra cara de Wall Street. Habrá que buscar en otra parte las razones para indignarse.

10 de febrero

Por la noche, la nieve se ha derretido, las calles de Nueva York están cubiertas de un estiércol grisáceo: tan dejadas, tan sucias como las calles de París en invierno durante la ocupación. Esta ciudad no está tan limpia como me pareció a primera vista. Dejan los cubos de basura mucho tiempo en las aceras; a veces, por la mañana, en las avenidas de los barrios populares, se quema basura en grandes contenedores de hierro blanco. Y por la noche, tras caminar por las calles, no es raro que tenga el rostro tan negro como si saliera de una carbonera.

Me voy de Nueva York dentro de tres días. Tengo muchas compras que hacer, asuntos que solucionar y me paso la mañana recorriendo las calles enfangadas de los barrios acomodados. En los escaparates de las confiterías hay corazones rojos inmensos, decorados con lazos y rellenos de caramelos; también hay corazones colgando de forma ingeniosa en las papelerías, en los comercios de corbatas. El día de San Valentín, cuando las muchachas hacen regalos a sus boy-friends, está al caer. Siempre hay alguna fiesta en marcha en América; eso distrae. Hasta las fiestas privadas tienen la dignidad de ceremonias públicas; especialmente los cumpleaños: como si el nacimiento de todo ciudadano fuera un acontecimiento nacional. Anoche, en un club nocturno, toda la concurrencia se puso a cantar a coro «Happy birthday», mientras un señor gordo, entre perplejo y encantado, apretaba con hastío la mano de su mujer. Anteayer, tenía que hacer una llamada telefónica: dos college-girls entraron en la cabina delante de mí y, a pesar de mi ostensible impaciencia, descolgaron el auricular

Escaneado con CamScanner

y entonaron el «Happy birthday»; se lo cantaron entero. En los bazares se venden tarjetas postales de cumpleaños, con felicitaciones que a menudo vienen escritas en verso. Y se pueden «cablegrafiar» flores para esta o cualquier otra ocasión. Todas las floristerías pregonan con grandes letras: *Wire-flowers*.

Esta tarde he visto en el cine un documental, producido por la «Marcha del Tiempo», sobre la búsqueda de la felicidad tal y como se estila en América. Primero salían librerías con hombres y mujeres comprando libros de títulos prometedores: *El secreto de la felicidad*, *La felicidad en cinco lecciones*, etcétera. Luego sesiones de cultura física: gimnasia mezclada con ejercicios de persuasión que recordaban al método Coué. Algunos insatisfechos consultan con videntes y astrólogos. Otros escriben esperanzados a periódicos especializados y deshojan con avidez las respuestas de alguna «Miss Lonely Heart» sin escrúpulos. Los hay también que escuchan por radio los consejos del señor Anthony o llaman directamente. El señor Anthony es famoso en América y sus programas causan furor. Escucha a las almas en pena, les pide que expongan sus problemas, da alguna respuesta trivial: y toda la conversación se retransmite por radio, incluyendo los sollozos que a veces ahogan la voz del que llama. El fraude era tan desvergonzado que terminaron por vetar al señor Anthony, pero le han salido imitadores. Y eso que el documental no aludía a los psicoanalistas de carrera, muchos de los cuales son explotadores sin escrúpulos.

Esa peliculita, muy oficialista, confirma lo que ya había oído por todas partes: sólo en los carteles publicitarios y en las páginas de anuncios tienen los americanos esas mejillas sonrosadas, esas sonrisas de felicidad, esa mirada sin doblez, esas caras ebrias de buena conciencia; la verdad es que la mayoría tienen problemas con ellos mismos, la bebida calma ese malestar interior cuya manifestación externa más común es el tedio: como beber es un hecho que la sociedad admite, no está catalogado como señal de inadaptación; es una variante adaptada de la inadaptación. A pesar de todo, el alcohol no es nin-

Escaneado con CamScanner

guna panacea y algunos individuos se atreven a expresar en público ese malestar que cada uno sufre en silencio: es ahí cuando el señor Anthony o el psicoanálisis entran en juego. Si el psicoanálisis está tan en boga en América, si la psicología es uno de los temas de conversación predilectos entre intelectuales y gente cultivada, no se debe a que los americanos crean en semejantes disciplinas porque les ayudan a encontrarse a sí mismos; más bien al contrario, las consideran cómplices inestimables de su huida hacia adelante. Al sentirse inadaptado, uno puede caer en la tentación de cuestionar el mundo: esta actitud revolucionaria constituye una amenaza peligrosa para la sociedad y angustia al individuo, que afronta decisiones, riesgos y responsabilidades a los que hay que enfrentarse. Se admite de antemano que el inadaptado ha incurrido en falta; y él mismo está encantado de considerar su desasosiego como una especie de catarro cerebral que, como toda enfermedad, tiene curación segura. Se rechaza de plano toda respuesta interior a las preguntas, dudas y angustias que se plantean: son consideradas parte integrante de las circunstancias dadas por estudiar científicamente. Ya no se trata de un sujeto debatiéndose en su drama singular, sino de un caso definido objetivamente. Todo individuo constituye un caso; es una singularidad universal. Al individuo más sobresaliente —por sus extravagancias y excentricidades, por la afirmación de su individualidad— se le llama «carácter», categoría general en la que se anulan la separación y la soledad de las libertades. El caso se hace inteligible como «problema». Todo ciudadano americano tiene un problema igual que tiene un estado civil; si es normal y cultivado, sabe definirlo por sí mismo en términos que llevan implícita la solución; menos cultivado, define el problema y solicita una solución a personas competentes: precisamente son problemas acompañados de solución lo que difunden a gran escala la radio y la prensa; por último, si el individuo no lo ve claro en absoluto, se pone en manos del psicoanalista. El psicoanálisis es una gran empresa de reintegración social; su única finalidad es que todo ciudadano vuelva a ser útil a la sociedad. En este momento, hay una categoría entera

Escaneado con CamScanner

de individuos a la que se está tratando de reintegrar por todos los medios: son los G. I. que han regresado de Europa o del Pacífico trastornados por su experiencia de ultramar. D. P., cuya profesión consiste en hacer tests a enfermos mentales, me dice que entre ellos hay un número considerable de veteranos de guerra. Es comprensible que, tras haber respirado durante toda la juventud este optimismo americano, tras haber vivido en un país que niega la existencia del mal, esos jóvenes hayan sufrido una brusca confrontación con el mundo en guerra que les ha desquiciado, y que ya no se integren en un sistema frente al que tienen que volver a definir sus posturas. Los que tienen la valentía de extraer conclusiones de su experiencia constituyen una fuerza nueva, pero muchos simplemente se siente perdidos. Se les considera curados cuando han dejado de tener conciencia de estar perdidos. En este país, adaptarse implica un desprendimiento de sí mismo: ser feliz significa aprender a estar ciego con obstinación. Muchas cosas cambiarían si los americanos estuvieran dispuestos a admitir que existe la desgracia en la tierra y que la desgracia no es *a priori* ningún crimen.

11 de febrero

Doy una conferencia seguida de un cóctel en Relaciones Culturales. Una francesa de al menos cuarenta años se dirige a mí: «En nombre de la juventud francesa, rechazo de plano todo lo que usted acaba de decir». Otra me estrecha la mano efusivamente: «Se lo agradezco en nombre de Francia». Me encantaría saber de qué ente sobrenatural se sienten vicarias.

Una vez más observo lo estirados que resultan los oficiales franceses; los americanos «importantes» entre comillas establecen *ipso facto* una complicidad humana con el primero que llega. Y si hay que hablar en público, una audiencia americana no intimida porque se sabe que sólo está interesada en escuchar y no en cogerte en un renuncio.

Semejante benevolencia me seduce e irrita al mismo tiempo; los americanos confían en el hombre. Pero la confianza es un sentimiento ambiguo: ¿generosidad o hipocresía? ¿Hay que

Escaneado con CamScanner

confiar en *todos* los hombres? La amistad se diluye si no es producto de afinidades electivas. La benevolencia puede llegar tan lejos en este país como para negarse a creer las atrocidades alemanas; ante documentales sobre Buchenwald, el americano medio se encoge de hombros: esos cadáveres no son ni rusos ni franceses, sólo austríacos muertos en un bombardeo a quienes se pretende hacer pasar por víctimas nazis. Es cierto que la torpe propaganda de 1914-1918 —esos niñitos belgas de muñecas cortadas que la Cruz Roja americana jamás pudo identificar— fue la causa de esa inclinación de los americanos por el escepticismo; nosotros mismos hemos necesitado tiempo, entre 1940 y 1944, para asimilar *todo*. Pero esa negativa implica una toma de partido. Y no está claro que constituya una postura humanista: con respecto a los japoneses, en este país son capaces de tragarse cualquier cosa. El humanismo está teñido de racismo: la benevolencia no incluye a los amarillos; por otro lado, hay mucha sangre alemana en las venas de ciudadanos americanos. Y además, la política de Marshall pasa por olvidar los crímenes alemanes.

Ciertamente sería una falacia considerar que el optimismo moralista americano es sólo pura política; estos hijos de puritanos creen en la virtud y en el bien con cierta sinceridad. Me han citado un pasaje de Scheler, el filósofo alemán, que viene al caso: «Creía —escribió— que los americanos eran hipócritas; creía que cuando dicen Dios, quieren decir algodón. No. Cuando dicen Dios, quieren decir Dios. Lo milagroso es que siempre haya algodón». En efecto, si empezamos por asimilar el concepto de Dios al algodón, por identificar virtud y prosperidad, se puede invocar —sin hipocresía ni correr riesgo alguno— a Dios y a la virtud. El bien tiene tantos recursos como el mal y, si se sabe encauzar, incluso más. Las mistificaciones americanas no se basan en mentiras, sino en verdades explotadas con habilidad. Es totalmente cierto que Europa necesita de América; a ojos del americano medio, el imperialismo se reviste de la caridad. La arrogancia de los americanos no reside en su voluntad de poder, sino en su voluntad de imponer el bien; lo milagroso es que la llave del paraíso esté en

Escaneado con CamScanner

sus manos. Recuerdo a un joven americano en París el verano pasado; su mujer se quejaba del calor: él quería encontrar cápsulas de sal para aliviarla; no las encontró en ninguna farmacia. «Tiene que haber», decía iracundo. Se empeñó en ello, iba de una farmacia a otra y en su corazón crecía la indignación: «Tiene que haber». Ese «tiene que...» respondía a su confianza en el orden mundial, pero también estaba henchido de amenazas: porque si ese orden se veía perturbado de improviso, había que restablecerlo a toda costa.

Huelga decir que no se podría definir el bien de forma tan rotunda sin introducir cierta noción del mal. Lo que importa es que uno no termine imponiéndose sobre el otro y que el mal sólo se configure como la antítesis claramente localizada del bien. Hay mujeres malas: pero las que son virtuosas lo son íntegramente; hay malos ciudadanos: pues a prisión se ha dicho; el buen ciudadano es leal en todos los aspectos. Los japoneses constituyen una feliz encarnación del diablo. Así se consigue un universo armonioso, donde el bien triunfa porque existe con toda evidencia. Entre estos dos grandes polos, que las imágenes de Épinal, tan próximas a los mitos infantiles, representan —Juan el cascarrabias y Juan el risueño, el alcohólico malvado y el buen padre de familia, Ganélon y Roland—, las realidades intermedias no encuentran espacio alguno. Si apelo a ellas, muchas veces tengo la impresión de que la mente de mi interlocutor se queda en blanco: la imagen demasiado sutil no llega a cuajar. A lo largo del cóctel, algunas de las preguntas que me hacen sobre la ocupación de París me dejan asombrada. Unos creen que plantábamos cara a la amenaza de las bayonetas en cada esquina, que recibíamos golpes y malos tratos sin parar. Preguntan: «¿Y usted pasó cuatro años en París?», como si preguntaran: «¿Y pasó cuatro años en Ravensbruck?». Otros se sorprenden de que no tuviéramos piñas ni naranjas durante la guerra; no llegan a creérselo del todo, y lo gracioso es que a ellos también les faltaban muchas cosas. Cuando les doy algunos detalles verídicos, tengo la sensación de que se escandalizan. Que los americanos tengan tan poco sentido de los matices no quiere decir que sean incapa-

Escaneado con CamScanner

ces de captarlos: la realidad americana es de por sí bastante matizada; eso es lo que les molesta. Admitir el matiz significa admitir el juicio ambivalente, la réplica, la vacilación: ante situaciones complejas, se impone pensar. Les gustaría echar mano de la geometría, y no de la sabiduría, para andar por la vida: la geometría se aprende; en cambio, la sabiduría se forja, y sólo la primera proporciona esa certeza tranquilizadora que el hombre concienzudo necesita. De ahí que decidan decantarse por un mundo geométrico donde las perpendiculares se oponen con exactitud, al igual que en sus calles y edificios.

12 de febrero

Mis amigos españoles me llevan a dar una vuelta en coche por los alrededores de Nueva York. Salimos de Greenwich y vamos hacia el East River: en plena tarde, circulamos con lentitud pasmosa; cada dos manzanas, los semáforos rojos nos cierran el paso. En cambio, por la drive, podemos tomar velocidad. Dejamos atrás el puente de Queens, subimos hasta Triborough: un inmenso puente o, mejor dicho, un conjunto de tres puentes que mide catorce millas. Junto a la larga calzada por la que circulan camiones y coches, se ha habilitado un largo pasillo para peatones, pero, desde luego, a nadie se le ocurre emprender a pie un trayecto tan largo. A la izquierda hay una llanura plagada de casitas miserables; a la derecha, Manhattan se recorta en el horizonte con sus esplendorosos rascacielos: de una ojeada, se divisan los edificios de Central Park, el Empire State y la Battery. Cruzamos por barrios pobres, dejamos atrás un cementerio, después otro: por aquí abundan. Salimos de Nueva York. He aquí una de esas bifurcaciones en trébol de cuatro hojas sin cruces y que supuestamente impiden cualquier colisión; sin embargo, hay muchos accidentes en América debidos, sobre todo, al exceso de velocidad y a la embriaguez. Me sorprende estar de pronto en pleno campo, entre bosques. La carretera es muy empinada y a lo lejos se distingue una inmensa barriada obrera de casitas idénticas entre sí, dispuestas implacablemente en filas que componen figuras geométricas; los niños de aquí jamás han

Escaneado con CamScanner

visto Nueva York, y los adultos que trabajan en las fábricas de la zona, tampoco van a menudo: su horizonte está limitado por casuchas de madera, prados de tierra negra. Saint-Denis, Saint-Ouen son ciudades fantásticas y encantadoras en comparación con estos asentamientos desolados. Dejamos atrás este paisaje desabrido; ahora bordeamos la bahía: agua azul, sol y gaviotas. Pero constituye una fugaz escapada. Nos volvemos a meter en Queens, que es una ciudad en toda regla, más grande que Manhattan, que abarca pueblos enteros, arrabales; nos perdemos por un barrio residencial con calles y calles de villas adormecidas bajo la nieve. Las amplias avenidas donde volvemos a encontrarnos tras idas y venidas, me ayudan a comprender Nueva York. Hace algunos días, en la gran biblioteca pública de la Quinta avenida, vi una serie de láminas de Nueva York; imágenes que ahora se materializan ante nuestros ojos. Como si estas largas carreteras jalonadas de casuchas, de paneles publicitarios y de solares sin edificar acabaran de ser trazadas por las callosas manos de unos pocos pioneros: esta ciudad sin acabar está habitada por emigrantes. En comparación, Manhattan se me antoja vieja de pronto, recuerdos de varias generaciones la envuelven ya con su pátina; el pasado esculpido en las piedras de Broadway constituye su promesa de futuro. Estas avenidas de Queens podrían ser barridas de un plumazo mañana mismo; un grupo de hombres acaba de construirlas; bastaría otro para destruirlas: no dejan traslucir que un pueblo entero las haya hecho suyas. Están ahí: pero nadie las quiere tal y como son. La urbanización ha crecido desordenadamente; los edificios están separados unos de otros o en aglomeraciones: esta vegetación agreste no termina de conferirle aspecto de ciudad. El coche tuerce por un atajo, lleno de barro y baches como un camino campestre en mal estado; el automóvil necesita una reparación y lo dejamos en un garaje. El mecánico se ofrece a llevarnos de vuelta a Nueva York en uno de sus coches. Aceptamos, y como hay que esperar un poco, entramos en una bolera de los alrededores. A menudo he visto resplandecer en la noche la palabra *Bowling* en grandes letras rojas. Se trata del mismo juego de bolos

Escaneado con CamScanner

de los enanos de Rip van Winkle, pero mucho más modernizado. En lugar de un tugurio inmundo, me encuentro con un bar con sillas y mesas: las pistas, dispuestas unas junto a otras, son de madera barnizada; una vez que la maciza bola da en el blanco, cae por una especie de trampilla y un dispositivo la devuelve automáticamente al jugador. Sentados en cómodos bancos, hay clientes consumiendo y observando el juego, que es todo un espectáculo. Recuerdo una partida de bolos en el paseo público de un pueblo francés, un 14 de julio por la tarde; el terreno irregular tendía trampas a los jugadores. Jardines, merenderos, claros a la sombra de plátanos; en América todo eso ha sido reemplazado por estas grandes salas con «aire acondicionado» donde se lanzan, sin estruendo de risas ni peleas, bolas de tamaño estándar por pistas de proporciones exactas. El ser humano ocupa su lugar en este engranaje: el *pin-boy* se oculta tras un tabique mientras el jugador lanza la bola; al levantar los bolos tumbados, sus pies y manos asoman por un instante, y luego se esfuma en seguida para que la pesada masa de madera no le alcance; la intermitencia de sus apariciones y desapariciones es tan regular como un movimiento de biela. Como este juego es tan popular, las pistas se alquilan con días de antelación. Al mirarlo, resulta monótono.

Un conductor nos lleva de regreso. Se salta con desprecio todas las señales por las avenidas de Queens, cosa que a nadie se le ocurre en Manhattan: hasta de noche por las calles más desiertas, los coches se conducen con docilidad ejemplar; no hay muchas normas, pero infringirlas sale caro en América: las multas son muy elevadas. Claro que Queens, a pesar de su extensión, es sólo un barrio, y la disciplina pierde su poderío. Nos metemos por el gran puente de hierro. Los camiones circulan por la pista superior; en ésta sólo hay coches de un tamaño similar, casi todos oscuros, casi idénticos; van uno detrás de otro, guardando una distancia de diez centímetros: dos filas con dirección a Manhattan y otras dos con dirección a Queens ocupan toda la calzada; avanzan a velocidad tan constante que parecen llevados por una cinta transportadora re-

Escaneado con CamScanner

cién salidos de fábrica. Me pregunto qué pasaría en esta cadena tan exacta si uno de ellos tuviera una avería.

Es la última noche que paso en Nueva York y no volveré hasta dentro de dos meses. Bajo en Greenwich con mis amigos. Me enseñan un café encantador cerca de Washington Square: el Jumble Shop, de estilo casi europeo, con baldosas rojas y acogedoras mesitas a lo largo de las paredes. Dan de comer y beber durante toda la noche. Durante los años de exilio, escritores y pintores franceses han tratado en vano de recrear el ambiente de Les Deux Magots y Le Café de Flore en él; sus encuentros parecen demasiado concertados. Por una razón o por otra, la vida neoyorquina no resulta propicia para la vida de café.

Entramos por casualidad en un club del Village. La sala es muy bonita; simula un gran granero de vigas descubiertas adornadas con ruedas de carretas. Vaqueros de fantasía, sonrientes y maquillados, cantan y hacen ondear el lazo; todos los números de variedades son detestables. Hay mucho público, pero es de provincias. El animador al micrófono que presenta el espectáculo se dirige de improviso a una de las mesas: «¿De qué estado?». Son de Ohio y la orquesta ejecuta una melodía tradicional de Ohio. Los de la mesa siguiente son de Illinois: tocan el himno local. Mesa a mesa, van desfilando una decena de estados: no hay neoyorquinos.

Encontramos neoyorquinos en el café Society. Hay mucha más gente que el otro día. Sin duda, se debe a que el programa ha variado y a que esta noche Josh White, un cantante negro célebre en la actualidad, canta canciones con letra y música suya, acompañándose a la guitarra. Es guapo, casi demasiado guapo, va soberbiamente vestido y sus canciones son casi demasiado conmovedoras. Una está dedicada a Roosevelt, a quien hasta los negros de extrema izquierda respetan porque consideran que ha hecho mucho por la causa; en otra, más atrevida, J. W. recuerda que durante la guerra negros y blancos vertieron su sangre codo con codo, y era sangre del mismo color. La sala rompe en efusivos aplausos; es un club más o menos de «vanguardia», de clientela liberal. Pero hay

Escaneado con CamScanner

algo que me ha irritado. Hace algunas semanas, una joven negra vino y se sentó con unos amigos blancos para escuchar a sus compañeros de color que tanto éxito cosechaban entre el público: la dirección se negó a servirla y se produjo un pequeño escándalo. Aplauden una canción, unas palabras. Pero los negros que tocan y cantan saben muy bien que no se les permite sentarse entre el público. No deben albergar sentimientos muy amigables en su corazón.

¿No he tenido suerte? ¿O la culpa es de la «recesión»? No me lo he pasado muy bien en los clubes neoyorquinos. Salvo en Harlem, no he escuchado buen jazz. L'Ange Bleu, que causa furor en este momento, no me parece conjugar —como dicen— los encantos de Europa y América: espejos, alfombras, lámparas, cristales, luces mortecinas, números artísticos para gente respetable, sólo me pareció un sitio pretencioso y sin carácter. Muchos *night-clubs*, restaurantes elegantes y bares de los grandes hoteles, tienen algo de «salón de té» que me parece asfixiante; ni la decoración ni la clientela llaman la atención por su gusto refinado ni por su clase: sólo derrochan opulencia, por todas partes el mismo olor a dinero. En la calle Cincuenta y dos me gustó uno estrecho como un pasillo con una pianista negra tocando jazz clásico, donde cenan y beben hasta el alba los periodistas. En Lexington, hacia la calle Cincuenta y siete, también me gustó un pequeño bar sombrío con mesas corridas llenas de hombres solitarios emborrachándose. Tanto en Tony's como en el Tahy Ho, se puede quedar para charlar o incluso escribir tranquilamente cartas o artículos. Pero son excepciones. En casi todos los sitios *middle class*, una música embriagadora de radio o tocadiscos te satura hasta ponerte la cabeza como un bombo. Lo simpático de Nueva York son todos esos bares populares, bares de barrio con clientela como la de nuestros cafés-billar: están abiertos al mundo, con gente inmersa en instantes genuinos de vida; rezuman calidez humana. No se puede hacer otra cosa en ellos que sentarse en la barra y beber. No hay quien se quede mucho tiempo. Por última vez hasta dentro de dos meses, doy vueltas por Times Square, vagabundeo por Broadway y comprendo. No, las promesas de

Escaneado con CamScanner

este cielo, de estas luces no se cumplen en ninguna parte; no hay nada bajo el sol comparable al esplendor de estas noches; esta plenitud con la que sueño, que me sería brindada desde fuera, no puede ser sino una quimera: nunca se me prometerá otra cosa que no sea yo misma, y yo misma no soy nada si no sé qué hacer conmigo. La noche sólo es un decorado; si tratara de aprehenderla, de trocarla en la sustancia misma del instante que vivo, lo demás me sería dado por añadidura.

13 de febrero

El tren se mete bajo tierra y emerge por encima de Park Avenue: me voy; ya me he ido. Tengo el corazón tan desgarrado como cuando se deja a alguien. No me creía capaz de amar a otra ciudad tanto como a París. Casi todas las mañanas me lanzaba a la calle, en autobús, en taxi, en metro, y luego a pie. He bordeado el Hudson; niños patinando y otros divirtiéndose en columpios de plazoletas, semejantes a los patios de recreo de las guarderías; por encima de mi cabeza, desfilaban estatuas, monumentos, falsos castillos; el agua era verde, dispuesta a trocarse en duro hielo, el viento la removía soplándome en plena cara con aliento polar. A lo lejos, el puente de Washington, umbral majestuoso de las rutas de la otra América. He remontado el East River hasta la orilla de Harlem; he visto ante mí los grandes archipiélagos chatos atestados de fábricas, conectados por puentes de hierro, surcados por carreteras y trenes. He cruzado sola el puente de Brooklyn por un estrecho pasillo barrido por el viento que se filtraba a través de la barandilla. Las vigas de hierro se estremecían al paso de camiones y trenes: el puente parecía peligroso como un sendero de montaña en plena tempestad. En lontananza —erectas, inmóviles— las torres de la Battery, serenas como torreones medievales. Mi camino solitario bajaba hacia la calle en complicados meandros, justo igual que un abrupto repecho adentrándose en un valle. También he encontrado en mitad de Nueva York colinas inesperadas: de tarde en tarde, el suelo se hunde de pronto, la roca está en carne viva y desde lo alto de este mirador se divisa una llanura. Junto a los

Escaneado con CamScanner

doctos edificios de la universidad, he rozado de pronto el borde de un acantilado y he divisado en el infinito un ajedrezado de casitas rojas y negras, de azoteas, separadas por calles de pavimento negro; densas fumatas parecían solidificar el aire; era el Bronx, su pobreza y su tedio. En pleno Harlem, también me he apoyado en gigantescos peñascos trepando por sinuosos senderos. Arriba, en la explanada, negros de mirada perdida en el horizonte, soñando con la silueta desvaída de los rascacielos. He recorrido el Bronx durante horas. Había una avenida infinita bordeando la cresta de una colina; un valle sombrío surcado por trenes se abría a mis pies; he bajado a esa vaguada, me he perdido por esas calles desconocidas y de pronto me he encontrado en un gran puente metálico atravesando la ría de Harlem: debajo de mí, el curso de agua turbia, y a los lados, el caos de los arrabales envolviéndome por completo; y toda la ciudad tomaba cuerpo en los vapores violáceos que ascendían hacia el horizonte. He bordeado en taxi el Hudson al anochecer; en la otra orilla, las fábricas y canteras de Nueva Jersey como una Riviera toda iluminada...

Ahora el tren avanza. Atraviesa un paisaje nórdico: así me imagino Canadá; de vez en cuando se divisa a lo lejos el mar en libertad; pero las bahías que se adentran recortando la costa, los lagos, los estanques están helados. Los bosques sin hojas, tapizados de nieve. El cielo es un azul rígido sobre este paisaje de hielo inmóvil.

Amaba Nueva York y la vida que llevaba en Nueva York: las llamadas telefónicas despertándome por la mañana, los mapas que estudiaba en las barras de los drugstores para programarme la jornada; todas las semanas compraba ansiosa el *New Yorker*: me deleitaba con su encuadernación en colores fríos, sus viñetas elípticas y, sobre todo, con la tentadora lista de exposiciones y películas. Siempre había alguna divertida que ver: *Henry V*, *La dama del lago*, *Breve encuentro*, *Laura*, *Estambul*, *Retorno al abismo*... ¡Y qué fácil mezclarse en la vida neoyorquina! La gente hace cola ante los cines de Broadway desde por la mañana. En cualquier momento del día, cuando tienen una hora para matar el rato, van a ver dibujos

Escaneado con CamScanner

animados o documentales. Pero es, sobre todo, de noche cuando, en la populosa calle Cuarenta y dos, el cine ejerce su mágico influjo a caballo entre verbena y fiesta nacional. En Times Square exhiben las últimas producciones de Hollywood; en la calle Cuarenta y dos la mayoría son viejas películas de vaqueros, laff-movies y esas que ponen la carne de gallina: los thrillings. En un pequeño cine de los grandes bulevares, hace veinte años ponían todas las semanas una de esas películas de terror; casi no han cambiado al hacerse sonoras. He vuelto a ver esas momias asesinas cuyo corazón siempre termina atravesado a flechazos, he vuelto a ver vampiros saciándose con gula de sangre ingenua y robots de fuerza incontrolable sembrando la muerte y el terror. Cada vez que la momia irrumpía en pantalla, el público bramaba de júbilo: ya no les produce pánico porque no se lo creen.

Los dibujos animados me han decepcionado, se han hecho monótonos y repetitivos. Y en las películas que he visto, Nueva York no se ha dado a conocer como anhelaba una noche. Pero me han ayudado a tomar tierra en América. Ya no miraba a la pantalla con los mismos ojos que en Francia; el exotismo de los drugstores, de las calles, de los ascensores y de los timbres había desaparecido: eran lisa y llanamente detalles realistas. Pero un realismo provisto de más poesía que ninguna ficción. La pantalla transfiguraba los objetos cotidianos, volvía a establecer entre el drugstore y yo esa distancia que parece disolverse en cuanto bebo un zumo de naranja pero que, a pesar de todo, sigue ahí. América se me dio a conocer a través de esas imágenes en blanco y negro por vez primera, todavía se me antojan su auténtica esencia; la pantalla es como un cielo platónico donde vuelvo a aprehender en toda su pureza la idea de que las casas de piedra, las luces de neón, sólo son un reflejo aproximado.

Cruzamos New Haven: grandes muelles sombríos, agua negra. Cae la noche. Lejos, a mi espalda, la flecha del Empire State Building se enciende y yo no la veré. Nunca jamás contemplaré Nueva York con mirada nueva. La primera etapa de este viaje ha concluido.

Escaneado con CamScanner

Calles, museos, bares, cines. También ha habido gentes. Nunca he conocido en tan poco tiempo tantas caras nuevas: europeos en el exilio y americanos. La palabra europeo, que nunca utilizaba en Francia, aquí aflora a mis labios. Tras una discusión con americanos, italianos, españoles, franceses, judíos alemanes, me parecía que todos pertenecían a una misma patria que también es la mía: coincidíamos en los mismos valores, en el mismo amor por preguntarnos cosas y debatir. No obstante, a pesar de estas afinidades, no prefiero su compañía. Están demasiado acostumbrados a América para sentirla día a día, no han echado raíces suficientes para amarla y detestarla concientemente. Denigrarla por sistema, como hacen muchos, no me ayudará a conocerla. La gente que me apetece volver a ver cuando regrese son esos americanos de espíritu libre que participan en la vida de este gran continente sin perder el norte. A muchos de ellos los he conocido tangencialmente, pero su generosidad, su calidez inmediata, su sencillez cordial —que no han dejado de asombrarme durante estas tres semanas— me han conmovido en lo más profundo. ¡Cómo siento no poder amar con más conocimiento de causa un país donde el reino del hombre impera con tanto esplendor, donde amarse unos a otros parece tan fácil a primera vista! ¿Por qué parecen totalmente impotentes estos seres de buena voluntad que tan a menudo he sentido cerca de mí? ¿Siempre va a ser así?

14 de febrero, Washington

En New London, he tenido el tiempo justo para cenar junto al mar antes de mi conferencia, y luego he tomado un tren nocturno hacia Washington, donde esta noche debo dar otra. Es mi primera ciudad americana después de Nueva York; no conozco a nadie en ella, sólo voy a pasar un día y medio. Cuando comenzaba a construirme mi nido en América, vuelvo a convertirme en turista.

Tengo una habitación en un hotel de la parte alta de la ciudad, junto a un parque más grande que el Bois de Boulogne. Desde mi ventana diviso pistas de tenis, un gran jardín. Pare-

Escaneado con CamScanner

ce una estación termal. Mi habitación tiene ese lujo apacible y triste de los balnearios. Hay un T.S.F.* que funciona durante dos horas con una moneda de cincuenta centavos. No sé muy bien qué hacer. Sé callejear por una ciudad europea. Pero en América, es otra historia...

Tengo que decidirme y lanzarme. Bajo. Tomo un taxi. Estas avenidas jalonadas de villas tranquilas, de tiendas elegantes y discretas, no se parecen en absoluto a las de Nueva York. Todas las casas son de ladrillo. Pocos coches, pocos peatones. Es una ciudad de provincias. El taxi se mete por un ancho bulevar con monumentos de blancura marmórea a ambos lados: ¿será mármol de verdad? En cualquier caso son de estilo grecorromano. A lo lejos se recorta el Capitolio, idéntico al que he visto mil veces en el cine. Me paro. Para ganar tiempo antes de lanzarme a lo desconocido, decido ir al museo. Es de estilo grecorromano con una inmensa y solemne escalinata. El interior es tan horrendo como hacía sospechar la fachada. Con sus enormes columnatas jaspeadas, sus peldaños, sus baldosas, sus plantas verdes, este museo tiene algo de mausoleo y de baño turco. La riqueza de las colecciones es abrumadora. No obstante, encontrarse de nuevo en el universo sereno e internacional de los cuadros tiene algo de relajante: podría estar en el Louvre, en El Prado, en los Uffizi; el nuevo mundo se funde con el viejo: ambos comparten el mismo pasado. Al salir se me hace raro estar de nuevo en Washington.

Soy una turista concienzuda. Almuerzo en el centro comercial de la ciudad; un barrio desabrido y feo donde la geometría no llega a tener grandeza, sólo produce tedio. Y luego subo al Capitolio. Centenares de americanos, procedentes de todos los rincones de América, efectúan este peregrinaje. Como se hace ante todos los monumentos públicos, calculan a ojo la altura de las cúpulas y se detienen delante de las estatuas; los más animosos se encaraman hasta lo alto del domo por un dédalo de escaleras de piedra y escalerillas metálicas. Todos echan un

* T.S.F.: abreviatura de *Télégraphie Sans Fil*, que también se utilizaba para designar a los aparatos de radio. (*N. del t.*)

Escaneado con CamScanner

vistazo timorato a la gran sala del Congreso, medio vacía a primera hora de la tarde. Guías autorizados explican su historia pasada y presente. Me conformo con un vistazo superficial. Con sus pasillos, sus salas, sus subterráneos, sus terrazas, sus escaleras, sus monumentos, sus columnatas, sus galerías, el Capitolio aburre tanto como el Panteón o la Cámara de los Diputados. Y la verde explanada que se extiende hasta el obelisco erigido en memoria de Washington es más decepcionante que el Campo de Marte. A pesar de la luz tibia y la hierba fresca, se me antoja un tórrido desierto: el tedio la arrasa; los museos, las embajadas refractan en sus mármoles blancos todo el calor taciturno de un verano abrasador. Tuerzo a la derecha. Huyo de este esplendor oficial y desciendo hacia los muelles que huelen a pescado y alquitrán. El Potomac: fabulosa palabra. Sin duda, para mí debe parte de su poesía al bello libro de cubiertas rojas de Cocteau, a sus Mortimer y sus Eugène. Y luego está la sonoridad salvaje de los nombres indios; esa barbarie sorprende en una ciudad como Washington, plasmación en piedra de una naturaleza conquistada a golpe de política, diplomacia y monumentos funerarios. El Potomac está helado. Anclados en el hielo, embarcaciones, yates, chalupas. Estoy cerca del agua. Los niños se divierten tirando pesadas piedras a la superficie brillante que unas veces permanece intacta y otras se resquebraja. Grandes parques, verdes taludes bordean el río que se llena de curvas hasta ensancharse en un lago. Es muy vasto: las colinas arboladas de la otra orilla parecen lejanas. Allí, entre la espesura de un islote, diviso columnatas de blancura marmórea: el monumento a Lincoln. Un poco más lejos, a mi derecha, en lo alto de una escalinata absurda, más blancura marmórea: el monumento a Jefferson. Tanta fealdad desconcierta en el país de los rascacielos sublimes. Pero al sentarse uno en la escalera, de espaldas a esta ciudad donde la historia se petrifica en tedio, contempla un paraje digno de los recuerdos que evoca. Un gran río nórdico cabrillea con congelado destello entre la vegetación primaveral, bajo un cielo azul meridional. Para los ciudadanos de Nueva York, Washington ya es el sur: presiento el

Escaneado con CamScanner

sur en este calor inesperado saliendo de las nieves de Central Park; es maravilloso sentarse al sol, a orillas de un agua helada, bajo un cielo resplandeciente.

A la salida de mi conferencia, una vieja dama me dice: «Resumiendo, que ese pobre Pétain era existencialista: en menudo aprieto estaba, como para poder elegir...». Tengo la sensación de que, a ojos de muchas viejas damas francesas de América, Pétain tenía mucho *sex-appeal.*

15 de febrero

Caminar esta mañana por Washington me parece una tontería: las dimensiones de estas ciudades americanas desaniman. Me dan ganas de esconderme con un libro en un rincón y fingir que no estoy de viaje. No contaba con esa amabilidad americana insensible al desaliento: dos señoras mayores me telefonean para proponerme una vuelta en coche por la ciudad. Una media hora más tarde, ya estamos en camino. Bajamos la colina, seguimos por el fondo de una quebrada; este parque es una gran extensión de campo sin artificio, arbolado, con accidentes, recorrido por arroyos que discurren entre enormes peñascos: me recuerda a Bretaña y a los alrededores de Huelgoat. Las tumbas de un pequeño cementerio se alinean en pleno bosque. Llegamos a un rico barrio residencial. Una vez más me deja estupefacta descubrir en la realidad lo que en el cine me parecía un decorado de estudio: a medida que camino por las aceras desiertas, voy reconociendo esas verjas de barrotes blancos que dan a floridos jardines, y esas casas de madera clara, coquetas y monótonas. De pronto, me encuentro con sorpresa en el corazón de una vieja ciudad holandesa: las calles están pavimentadas con pequeños adoquines circulares, son flamantes y estrechas; las viejas casas tienen un revoque rosa o blanco con ladrillos rectangulares perfilándose debajo. Es Georgestown, el barrio más antiguo de Washington. En las fachadas hay fechas escritas: 1776, 1780. Las ventanitas, los tejados puntiagudos, las escalinatas, los hierros forjados, me recuerdan a las casas de muñecas de los pueblos del Zuyderzee. A algunas millas de distancia, henos aquí transportados a

Escaneado con CamScanner

un pueblo inglés de *cottages* con geranios en flor, anchos tejados color pajizo y calles apacibles. No me esperaba en absoluto encontrar en los alrededores de Washington el aspecto pintoresco de la vieja Europa. Pienso llena de gozo que América todavía me reserva muchos placeres inesperados.

Atravesamos el Potomac. Entramos en el cementerio de Arlington. Es un magnífico parque donde únicamente están enterrados los oficiales a quienes han concedido honores especiales. No han podido evitar erigir en lo alto de la colina un monumento horroroso, desde donde, por otra parte, se contempla una vista cautivadora de Washington y del Potomac. Nada desluce el césped verde, las sinuosas alamedas. Las tumbas tienen lápidas planas clavadas en vertical y a lo sumo con un nombre inscrito. Ni un epitafio, ni una corona, ni una flor: los árboles y el cielo se bastan y sobran para honrar a los muertos. Estas lápidas están muy separadas unas de otras, anegadas en verde: cada difunto reina en grandes espacios subterráneos. Como si cada emplazamiento se hubiera elegido por consideraciones personales: ninguna simetría; ningún diseño de conjunto; sin duda, a este muerto de acá le venía bien la sombra de este árbol y la desnudez del altozano a aquel muerto de más allá.

En América da reparo hablar de la muerte; jamás se ve un entierro por las calles. Ciertamente, en las avenidas a menudo he observado luces de neón que iluminan alegremente la noche con estas palabras: *Funeral Home*. El apelativo quiere ser reconfortante; por fuera parece un bar, un club nocturno. En los carteles pone: «Funeral Home: salas de recepción. Cuartos de jugar para niños. Servicios. Vestuario. Precios moderados». Dentro el muerto da su último party antes de ser enterrado: expuesto de cuerpo presente con su cara maquillada en colores chillones, lleva una gardenia o una orquídea en el ojal y sus amigos acuden a despedirse de él por última vez. Por lo que a mí respecta, estas homes afables intercaladas entre drugstores y bares me ponen los pelos de punta; siempre creo que voy a ver algún zombi, algún vampiro, fugándose de ellas; niegan de veras la verdad de la muerte; en cambio, en los cementerios, se hace evidente lo que confiere a estos

Escaneado con CamScanner

jardines de duelo su inesperado encanto. En un país donde la felicidad y la salud están garantizadas por los avances más modernos, la gente comprende de golpe que los hombres se mueren igual, y la vida recupera la dimensión que perdió al pretender imitar los anuncios de Quaker Oats. Frente a la poderosa afirmación de los rascacielos de Broadway, frente a la desoladora uniformidad de las barriadas obreras de Queens, frente a la marmórea serenidad del Capitolio en Arlington, los cementerios recuerdan que cada existencia es singular y cada ser humano un absoluto en sí mismo; recuerdan que la vida es carnalidad, que hasta el aire acondicionado se respira con pulmones. Al volver al polvo, el ser humano deja claro que no es un mecanismo; es de carne y por sus venas fluye sangre de verdad. En América, más que en ningún otro sitio, las tumbas constituyen pruebas fehacientes de que el hombre sigue siendo humano. No sé si los americanos son sensibles a este reclamo, si experimentan más ternura de la que confiesan por este sueño reparador de su ajetreada existencia: el hecho es que no entierran en cadena, que sus cementerios tienen más personalidad que sus ciudades. Entre estas losas medio hundidas en la tierra huyen por fin de la trivialidad cotidiana.

No tenemos tiempo de ir a Mount Vernon y lo siento. Quería volver a ver algunos cuadros del museo y tomo el tren de Lynchburg: una conferencia me espera en Macon College.

El cielo está tan azul como ayer. La tierra enrojece como la sombra que dan los pinos. Pienso: voy hacia el sur. Viajar al sur es siempre fascinante: me pregunto si semejante atracción queda al otro lado del ecuador. Aquí, la palabra sur tiene resonancias más patéticas que en otra parte. La tierra trágica descrita por Faulkner, por Caldwell, el país de la esclavitud y del hambre. De vez en cuando, en las colinas, distingo una caseta de madera oscura con negros en derredor y me conmuevo. Luces de neón, drugstores, sonrisas, prosperidad, facilidad: el mundo no es un paraíso de bagatelas; hay otra verdad: la verdad de la miseria, de la fatiga, del odio, de la crueldad, de la rebelión, la verdad del mal. Tierra trágica, tierra humana donde la vida es un drama y no un proceso social

Escaneado con CamScanner

supervisado por expertos. Este paisaje de cálidos colores que recuerdan a la Riviera, conforma una sanguina sombría que representa los trabajos y las penas de los hombres; de tarde en tarde, bajo veladuras doradas, se adivina este dibujo: un campo de ingratos surcos, una casa perdida entre desamparados campos, una cara oscura que no sonríe.

Lynchburg. Basta por hoy, no iré más lejos, dentro de algunas semanas, tras rodeos sin fin, me adentraré en este sur. Dos amables señoritas me llevan por esta ciudad con nombre de amenaza: sólo veo esta Main Street descrita por Sinclair Lewis. Ninguna ciudad de América tiene árboles en la calle de las tiendas y los cines: su sombra podría perjudicar a tal o cual tienda en beneficio de la competencia. Calles rebosantes de niños negros, apacibles residencias, y Macon College a algunas millas de la ciudad.

16 de febrero

Al despertarme, me pregunto a qué se debe exactamente que esté de reposo en esta clínica tan fresca. La habitación es blanca y acogedora como la de Vassar. Una mujer me ha colocado cerca, con diligencia de enfermera, la bandeja del desayuno; ayer por la noche, para ahorrarme cualquier trastorno, me trajeron la cena a la habitación. Sin levantarme de la cama, me bebo el zumo de naranja, como pasteles crujientes y saboreo en mi café con leche las mieles de la convalecencia. Nada me es más ajeno que estos sabios y hondos placeres. Me siento frágil y sublime entre tantos cuidados deferentes, tanto que me doy miedo. Sin duda, me estoy sometiendo a una cura de desintoxicación; ni alcohol ni ruido ni cine ni música ni agitación. Acerco un sillón a la mesa. Hoy me he quedado aquí para escribir un artículo antes de cruzar mañana Nueva York apresuradamente y marchar hacia el norte: pero me encanta hacerme la ilusión de que me retienen por la fuerza y de que trabajo para no pensar. Nada hay que relaje más en un viaje que creerse en prisión.

Al mediodía, una delegación de college-girls viene a buscarme para almorzar. Las alumnas se distribuyen en mesitas

Escaneado con CamScanner

ruidosas en un gran comedor. Es domingo y llevan esos vestidos de señora que deploro: camisero de seda color crudo con chal y manguito de cocodrilo como complementos; rara vez tienen ocurrencias más felices. Con una letanía en voz alta, sus bocas embadurnadas de carmín bendicen al unísono los alimentos. Luego me ponen delante un plato con queso blanco, mayonesa, confitura, pescado y hojas de lechuga. Charlamos. Tras el «pollo frito a la manera de Virginia», algunas de las chicas me llevan a dar una vuelta por el college; subimos a una torre desde donde se divisan grandes extensiones de pinos azulados rodeando céspedes soleados. Y seguimos conversando. Me hablan de sus proyectos de futuro, el más crucial consiste en encontrar marido; algunas anhelan un marido y una profesión, pero la mayoría prescindirían de esta última de buena gana. Está bien tener un *job* durante uno o dos años, me explican; primero, porque es un medio de relacionarse con jóvenes, y luego porque así queda clara la propia independencia: demostrada esta última, se llega al matrimonio sin un molesto sentimiento de inferioridad. Para este tipo de jóvenes ricas y mimadas, el matrimonio se perfila como la única salida decente: la soltería se considera una tara. Justo el domingo es el día de la caza del marido. Coches relucientes invaden las avenidas del campus y las parejas se sientan en el césped al sol: las college-girls reciben a su *date*. Se denomina con esta palabra, que significa «cita», al propio joven que acude a cortejarlas. O sea, que el hecho de que le den cita a una es mucho más importante que el individuo en cuestión. La reputación de una college-girl depende esencialmente del número de dates que acumule. Para las de físico poco agraciado, esto supone una auténtica tragedia. Las parejas pueden quedarse en el césped o salir del campus según lo deseen. En Macon, las estudiantes sólo han jurado solemnemente no beber alcohol, vayan donde vayan; me explican con orgullo que la vida del college se basa en gran parte en promesas. Los exámenes se hacen sin vigilancia, bajo palabra de no copiar. En términos generales, el juramento desempeña un papel crucial en América; en los hoteles, por ejemplo, se pide a las parejas ile-

Escaneado con CamScanner

gítimas que juren que están casadas; al fingir creerse lo que dicen, se evitan muchas situaciones embarazosas. Si el perjurio es flagrante, se castiga severamente; el rigor del castigo sirve para que los americanos manifiesten su fe en la lealtad a su país, cosa que permite conciliar el moralismo más austero con una cómoda liberalización de las costumbres, aunque jamás se garantice esta última: los mismos ojos condescendientes que dejan de ver siempre pueden recuperar la vista.

También me hablan, sin mucha precisión, de «hermandades» paralelas a las «fraternidades» masculinas. Se trata de una especie de club existente en todos los colleges: sólo se admiten chicas de familias especialmente distinguidas o de un gran prestigio personal. Me explican vagamente que en ellas se llevan a cabo obras sociales. Una francesa, becaria del college, se muestra escéptica: en su opinión, dichas hermandades tienen como único fin reforzar el carácter de por sí muy aristocrático de los colegios; el mérito de entrar en ellas está en relación proporcional con su exclusividad. En Macon más que en el norte las college-girls forman camarillas cerradas; proceden de diferentes estados, pero hay una mayoría de sudistas que se sienten pertenecientes a una casta superior. El viejo antagonismo entre norte y sur se perpetúa y se manifiesta a través de desavenencias violentas. Concretamente, en cuestiones raciales, las yanquis son liberales, mientras que las hijas del sur comparten los prejuicios de sus padres. Huelga decir que en un college del sur no se admite a una estudiante de sangre negra. Una de las profesoras, que es del sur pero tiene una concepción democrática de la justicia y la igualdad, me dice con tristeza que es imposible superar prejuicios tan arraigados: persuasión, razonamiento, influencia personal, todo fracasa; estos jóvenes espíritus están fortificados de antemano.

Me llevan a dar una vuelta en coche. Es la primera incursión en el campo americano. Es salvaje y hermoso: colinas arboladas, cultivos de tabaco, tierra roja, un sur sin violencia; un río discurre a los pies de las montañas. No acierto a entender por qué me sería imposible ubicar en Europa este paisaje morigerado: sin duda, está dibujado a trazos demasiado grue-

Escaneado con CamScanner

sos. Y además parece deshabitado. De vez en cuando se divisa una casa que parece desgajada del entorno. En Francia, las casas están hechas del mismo granito, de la misma lava, la misma arcilla que la tierra; han envejecido con la misma lluvia y el mismo sol; en ellas, el hombre ha arraigado en la tierra con raíces tan profundas como un árbol. Aquí las casas son de madera, impersonales como pabellones de exposición, tan precarias, tan ajenas a la propia naturaleza cuya soledad destierran sin llegar a poblarla. Sí, echo de menos las masías de Provenza. Estos horizontes infinitos son fascinantes. ¡Qué ganas tengo de marchar en libertad por estas carreteras...!

18 de febrero

En un viaje siempre ocurre que una mañana o una tarde una se pregunta anonadada: pero ¿qué hago aquí? Estoy en ese momento; abro los ojos, me encuentro sentada en un sillón de cuero en medio de un lobby de hotel y pienso: ¿por qué he venido a parar a Rochester con todos los lugares que hay en el mundo? Me he pasado dos noches tomando trenes, entre uno y otro he hecho compras apresuradas en Nueva York; he llegado con el alba, llovía y no había ninguna habitación libre hasta las diez: como en el arranque de una novela de Simenon. Me he sentado en el vestíbulo entre otros viajeros en apuros y he echado una cabezadita. Sigue lloviendo. Una semana antes ni siquiera conocía el nombre de Rochester. Quinientos mil habitantes viven aquí, rodeados de fábricas de máquinas y productos fotográficos. Me siento perdida. Ya en mi habitación, duermo con pesadillas horribles.

El doctor B., que ha organizado mi conferencia de esta tarde, viene a buscarme para almorzar. Cruzamos en coche una ciudad nórdica, una ciudad implacable de ángulos rectos, de tiendas estándar, abrumada bajo un cielo gris. La roja tierra de Virginia queda lejos. Y su cielo azul. No obstante, en todas las ciudades los barrios residenciales tienen encanto; calles tapizadas de nieve, pinos rodeando villas de madera —algunas muy bonitas—; más que partes de la ciudad, estos sitios parecen grandes solares de recreo, como los que se en-

Escaneado con CamScanner

cuentran en la Costa Azul o en los alrededores de Arcachon. Suntuosas moradas dan a estos jardines; pero también casas construidas en serie que se alinean, todas parecidas, entre dos hileras de casas semejantes entre sí: cada una posee su parcelita de hierba que se yuxtapone hasta formar una amplia vereda de césped. El aire es puro, agradable de respirar. Son residencias salubres: pero no poseen las ventajas del campo ni las de la ciudad; la vida en ellas tiene que ser racional y austera. El doctor B., que es profesor, vive en una de ellas. El interior es confortable y luminoso: muchas ventanas, pocos muebles, pocos objetos decorativos. La señora B. me dice que la mayoría de sus amigas —y se incluye— preferirían vivir en apartamentos: aunque sean casas modestas, tienen pesadas cargas. A pesar de las comodidades americanas, el mantenimiento es un problema. Casi nadie tiene asistenta en América, las mujeres de la limpieza escasean; aunque muchos proveedores entregan el género a domicilio, siempre quedan compras por hacer en la ciudad: acaban siendo expediciones en toda regla. Hay muy pocos apartamentos y están reservados para los privilegiados: así que toda la burguesía media vive en villas alejadas del centro comercial. «Con dos niños que educar, el trabajo es tan absorbente que a una mujer no le queda tiempo para la vida intelectual», me dice la señora B. Ella misma ha preparado la excelente comida que nos ofrece. Las partidas de bridge, tomar el té, los cócteles, son pasatiempos de ricas. La mujer americana de clase media se siente tan desbordada por el trabajo doméstico como la francesa pequeñoburguesa.

El campo está hermoso cubierto de nieve, con sus colinas desnudas, sus estanques helados: igual que en esa Virginia azulada y rojiza, me sorprende la generosidad del paisaje. Las líneas tienen esa grandeza que yo admiraba en Nueva York en el ímpetu de los rascacielos, de los puentes, de las avenidas. Salimos bien entrada la tarde; el sol se pone morosamente en un cielo polar: hay reflejos en la nieve de un rojo mortecino, como si la luz entrara en letargo para una larga estación invernal.

Cenamos al amor de las velas, con todas las demás luces apagadas, en casa de una amiga del doctor B.: esta ilumina-

Escaneado con CamScanner

ción es señal de lujo. Doy mi conferencia en una sala del museo decorada con ojivas medievales. De vuelta al hotel, sólo son las once. Titubeo en la puerta; doy algunos pasos y en seguida comprendo; a pesar de los rótulos de neón, la noche está tan desierta y desolada como en Limoges o en Avalon. Espero que nunca tenga que vivir en Rochester por azares del destino.

19 de febrero

«¿Va usted a ver las cataratas del Niágara?», me dijo el hijo del doctor B. Pregunté: «¿Son bonitas?». «¡Oh, sí! ¡Son bonitas!» En Nueva York me habían dicho sonriendo: «Es un paraje ideal para un viaje de bodas», pero siempre añadiendo a continuación: «De todas formas, verlo merece la pena». Hace mucho que deseo verlas. Y no gracias a Chateaubriand, sino porque, cuando yo tenía la edad del hijo del doctor B., las vi un domingo, en el Châtelet, muy verdes y espumosas. Un acróbata las cruzaba por un hilo de acero, llevando en brazos a la protagonista, proeza que servía para rescatarla de horribles peligros. También leí en un libro de aventuras una descripción que me pareció durante mucho tiempo un pasaje estilísticamente ejemplar. Como tengo un día libre, en lugar de ir a Cleveland, pasaré por Buffalo.

Buffalo no está lejos. El autobús circula durante dos horas a través de una yerma llanura: nieve, árboles sin hojas, construcciones de madera, dispersas unas veces, agrupadas otras, formando entonces lo que aquí llaman pueblo; en lontananza, se divisa el blanco límite de un lago. Como si un monótono telón de fondo se desplegara sin fin. Buffalo. El letrero es rojo y amarillo como los antiguos tebeos para niños, huele a piel como las botas de Buffalo Bill, a manada de búfalos; tiene esa tosquedad primitiva de los asentamientos de pioneros a la orilla de un lago agitado. Seguimos los raíles de tranvía, por una calle negra con casas bajas a los lados —atravesada por más calles rectas— de negra calzada que se extiende hasta el infinito, jalonada de más casas bajas: durante veinte o veinticinco millas, estamos entrando en Buffalo. El autobús se detiene en

Escaneado con CamScanner

plena Main Street: cines, tiendas, edificios amazacotados que albergan bancos. Dejo mis maletas en la estación —que es a la vez un drugstore, una librería, una sala de espera— y tomo otro autobús para las cataratas del Niágara: «Niagara Falls».

Niagara Falls no es un decorado del Châtelet. Es un Buffalo en pequeña escala, una ciudad de fábricas, negra y triste. Se llega a ella por una carretera que bordea el lago; pero no es el lago lo que se ve, sino almacenes y manufacturas; se respira un hedor a humo y gasolina. El autobús se detiene ante una agencia; carteles de colores anuncian paseos en barco, en coche. Un empleado uniformado me atrapa: como no tengo tiempo de hacer la excursión colectiva en barco, me introduce en un taxi. Doy algunos dólares a cambio de un cartón rosa que al regresar debo devolver al conductor. Es taxista especializado como guía profesional. Se toma muy en serio su papel, no deja de hablar. Seguimos por una carretera que bordea una garganta y va describiéndome todas las fábricas que desfiguran el paisaje en la otra orilla. Pasamos por un gran puente. Hay que detenerse: entramos en Canadá. Los aduaneros están acostumbrados: todos los turistas cruzan el río para ver los saltos de agua del lado canadiense, que ofrece el panorama más interesante; no obstante, se quedan como absortos un cuarto de hora en mi pasaporte; no es que tengan nada que decir: lo hacen por fastidiar. Una vez franqueado el puente, continuamos por las gargantas en cuya hondonada se oculta el Niágara: todavía no he percibido el color de sus aguas. El conductor se detiene ante una pequeña nave: alberga un lunch-room, un bazar con «recuerdos», y un ascensor que, por cincuenta centavos, me baja a nivel del agua. Vuelvo a subir, volvemos a ponernos en marcha. Otro alto. Esta vez, el ascensor sube: me elevan hasta una terraza desde donde vislumbro un meandro del Niágara y un afluente que engrosa su caudal. Bajo y otra vez en marcha; circulamos en sentido contrario, hacia las cataratas. El taxi para en un mirador, luego en otro en el centro de un parque cubierto de nieve y, por fin, descubro el lago. Seguramente, en la época de Chateaubriand, antes de que construyeran las fábricas y los pabellones para

Escaneado con CamScanner

turistas, este paisaje debía de ser cautivador. Rodeado de pinos, el lago parece inmenso; no está helado, pero el agua verde y blanca parece a punto de cuajar; tal vez bastara —como leí una vez en una novela de Julio Verne— con tirar un cubito de hielo para que toda esa superficie en movimiento se congelara. El lago es hermoso como un paisaje de Julio Verne, parece invitar a todas las aventuras, a todos los prodigios. El viento arremolina las aguas verdes, haciendo aflorar crestas blancas y aceradas, capaces de cortar un dedo. Agua líquida y dura, agua cortante, toda alfileres y cuchillas. Si el lago se coagulara de golpe, emitiría un largo y trágico gemido: sería más maravilloso que la aurora boreal. En comparación con esta inmensidad rica en prodigios no consumados, éste de las cataratas resulta demasiado mezquino. Tal vez al observarlas desde abajo las encuentre impetuosas. Pero no bajo inmediatamente. El automóvil sube a una colina; me llevan al punto de vista panorámica número uno. Es un pabellón de dos pisos: lunch-room, recuerdos; compro una entrada en la caja y me introducen en una estancia muy negra por donde avanzo a tientas por una rampa. ¡Cuidado! Una antorcha encendida me alumbra un pozo oscuro; en las paredes que lo rodean, frescos de misioneros con largas túnicas. El guía arroja la antorcha en el pozo, y el agua prende. Fueron los indios quienes descubrieron este prodigio, y luego los misioneros. El agua prende de verdad. Mi guía llena un vaso, que yo vacío, y cuando he bebido, algún poso de mineral produce una llamarada. Esta llama no quema, el guía pasa la mano impunemente: como si estuviera en el Châtelet. Salgo y un ascensor me sube hasta una gran sala acristalada: delante de las ventanas hay catalejos que funcionan con una moneda de níquel. Encima, una terraza al aire libre. Desde aquí el lago es infinito, pero los saltos de agua resultan enanos, cascadas como tantas otras.

No se ha terminado: ahora bajamos al borde del agua. Entro otra vez en el edificio. El ascensor se hunde en la tierra. Da a una galería de azulejos donde el aire es húmedo. A ambos lados del pasillo, hay dos vestuarios: uno para mujeres, otro

Escaneado con CamScanner

para hombres. Entro. Hay centenares de impermeables colgados en las paredes, centenares de botas de números diferentes alineadas sobre estantes. Una mujer de la guardarropía toma mi abrigo, mis zapatos; me ayuda a calzarme las botas y a embutirme en un impermeable enorme: una capucha me cubre la cabeza. Se trata de ir a pasearse bajo la catarata: imagino que cruzo esa cortina de agua llorona como a veces lo hacía en el Bois de Boulogne (¿o era en Buttes-Chaumont?) de pequeña. Pero no. Estoy en un pasillo de metro; al final, hay una especie de ventana desde donde veo las cataratas de abajo arriba si alzo la vista; están medio congeladas, pero no hay quien llegue a tocar las magníficas estalactitas. Otro pasillo, otro tragaluz. Un hombre vestido igual que yo, de pocero, mira dubitativo el letrero: «Prohibido pasar». Pasa: yo también. Con los pies en la nieve sólida, se aprecia mejor la cascada a medio cristalizar de las aguas. El hombre está visiblemente decepcionado, como yo. Tiene una máquina fotográfica y me pide que le haga una. Su carota roja sonríe petulante bajo la capucha impermeabilizada recortándose contra las cataratas. Volvemos melancólicos por pasillos de azulejos. Tanto disfraz para esto.

Sólo queda regresar. Parece que al atardecer encienden proyectores que irisan las aguas de mágicos reflejos multicolores: me imagino el espectáculo. Tal vez si una se pasea a su aire, sin esperar demasiado de las atracciones, se consiga, a pesar de las fábricas y el turismo organizado, apreciar la belleza de este gran paisaje acuático. Yo me he divertido, pero como en un circo de segunda. Es muy raro que en América los enclaves de interés panorámico no estén clasificados y protegidos; me pregunto por qué no han declarado el Niágara parque o monumento nacional.

A las tres, estoy de regreso en Buffalo. Sopla un viento gélido. Entro en una «cafetería» rosa y blanca donde fabrican *doughnuts* a la vista de los clientes: se coloca el buñuelo de masa en una placa deslizante que pasa muy despacio por un recipiente de aceite hirviendo y va distribuyéndolos dorados y calientes en una bandeja. Tras un almuerzo rápido, me voy

Escaneado con CamScanner

con nuevos bríos a dar un paseo. Quisiera ver el lago. Bajo por Main Street cara al viento; la acera desemboca en un descampado y mis pies resbalan sobre el barro medio cubierto de hielo. Astilleros, almacenes, armazones abandonados de grandes barcos, camino por una tierra de nadie que no es ni puerto ni estación ni ciudad; muy lejos se divisa el lago, pero no hay forma de acercarse a él. El viento se hace cada vez más cortante; cae la noche; las luces de neón se vuelven de color rojo óxido contra los edificios tiznados de hollín: se me antojan rescoldos aplastados por un bloque opaco de carbón frío. Nueva York debe de estar precioso a esta hora; las ventanas de los edificios son de mica pálida entre ladrillos dorados; los vapores celestes soplan por la avenida Lexington. Pero esto es Buffalo, el cielo queda lejos como un lamento. Observo Main Street. No tengo nada mejor que hacer que ir al cine. Puedo elegir entre *El filo de la navaja* y *Simbad el marino*. Me decido por *El filo de la navaja*. Son las cinco: a la salida, las ocho. Tres horas de un tedio casi insoportable. Pero mientras bebo un whisky para reconfortarme, me digo que no he perdido el tiempo en absoluto. Somerset Maugham será inglés, pero la película basada en su novela es americana cien por cien. Habla de un joven de buena voluntad —aquejado de ese ligero malestar que hoy día se ceba sobre todo en los veteranos— que no termina de encajar en la vida, el amor y el éxito tal y como se conciben en América. Decide marchar en busca de sí mismo. Como quien se va a buscar las aguas para recuperar la salud, va a consultar a especialistas: primero a la Sorbona, donde lee una cantidad impresionante de libros. Luego a las Indias, al altiplano, donde un hombre de barba blanca y pies descalzos le entrega en efecto el talismán de la sabiduría. Pertrechado del talismán, regresa a su país para hacer el bien. Esta primera parte es más que significativa: la inquietud del protagonista es anormal a todas luces; su novia rompe con él, incapaz de comprenderle; y ni hablar de vivir con esa angustia, tratando de encontrar el sentido en su interior: ni por asomo se plantea un poco de introspección; buscará remedio fuera. La segunda parte tampoco tiene desperdicio.

Escaneado con CamScanner

En líneas generales, el secreto está en vivir de la caridad, una caridad que adopta el puritano rostro de lucha contra el desenfreno; tras algunos quebraderos de cabeza, el protagonista intenta sacar del arroyo a una prostituta, antigua mujer decente que, tras perder marido e hijos en un accidente de automóvil, terminó descarriada y dándose a la bebida; él fracasa en el intento, y la desdichada muere de un tajo en la garganta. Entonces, perplejo de que su buena voluntad no sirviera para nada, se pone a trabajar de minero en el norte de Francia. Capaz de renunciar a su fortuna, a la mujer que amaba, ha buscado durante años una respuesta a sus problemas: pero una respuesta estéril al fin y al cabo. Ni se le pasa por la imaginación *actuar* de verdad: se contenta con cultivar una disposición espiritual algo peregrina. Así pues, se desprende de esta historia la triste conclusión de que en América, por mucha buena voluntad que se ponga, no hay esperanza que valga.

Me tomo un whisky en un bar iluminado por una tenue luz violeta; es tan cálido, tan aterciopelado como glacial la calle tras el cristal. Mi presencia aquí todavía resulta más absurda que en Rochester, cosa que me inunda el corazón de una dicha repentina. Esta ciudad es un villorrio igual de perdido bajo el azul del cielo que una aldehuela en la meseta de las Causses: pero su desolación está elevada a la enésima potencia; ni el menor vínculo entre esta población de quinientos mil habitantes y mi persona, no tenemos nada que ver. Salgo a Main Street y alguien se ríe dentro de mí, como si una de mis dos mitades tomara el pelo a la otra. ¿Qué se me ha perdido en plena calle mayor de Buffalo? Camino para quitarme el frío, pero no voy a ninguna parte en concreto: ni un lugar adonde poder ir. Ya no estoy en París, ni en Nueva York, ni siquiera en Chicago: no estoy en ninguna parte, escapo a las leyes del espacio, mis dos mitades ríen al unísono: la parte mistificada y la mistificadora encuentran la tomadura de pelo igual de chistosa.

La alegría amenaza con disiparse con rapidez. Así que opto por ver *Simbad el marino*, en tecnicolor. Es una película tan

Escaneado con CamScanner

típicamente americana que ni siquiera hace pensar. Mejor olvidarla lo antes posible e irse a dormir.

20 de febrero

Camino de la estación, el taxi circula durante media hora por una calle desierta en la que cada milla es idéntica a la anterior y que otras calles también idénticas cruzan perpendicularmente. «Es larga», dice el conductor. Justo es su longitud lo que me da miedo. ¿Por qué han tirado tantos ejemplares de la misma casa? ¡Qué manera de reproducirse! Las calles están vacías en la gélida luz matinal y, sin embargo, huelen a humanidad. ¡Qué tristes tienen que ser esas casas y qué triste salir de ellas! Triste a mis ojos: seguro que, para sus habitantes, Buffalo es la ciudad más bonita de América y, por consiguiente, del mundo. Es lo que piensan los americanos de su ciudad natal.

El tren cruza el mismo campo que ayer recorrí en coche: no es que vuelva sobre mis pasos, pero es la misma llanura blanca, el mismo lago en el horizonte. Y al final del trayecto, la misma ciudad; Main Street, edificios sombríos, casitas de madera polvorienta, grandes arterias opulentas y descampados llenos de barro. Pasearse a pie por aquí es de locos: comprendido. Me he puesto en manos de un taxista. A medida que nos alejamos del centro, Cleveland se distingue más de Buffalo y de Rochester. Hay grandes parques, bastante alegres, y una carretera bordeando el lago. Le digo que pare ante el museo que me han aconsejado visitar. Es un edificio pequeño y solitario entre jardines de estilo francés con estanques helados. Entro y vuelvo a sentir la misma apacible sensación que en Washington: ¡menudo alivio! Escapo de América, de Cleveland, de mí misma. Y después de tres días de desolación, es un gozo olvidado que mis ojos se regalen con objetos que se miran por puro placer. Hay un Picasso precioso de la época azul, y también una exposición sobre Degas; tengo la sensación de recuperar un sentido perdido: me han devuelto la vista al brindarme algo que ver. En un rincón de los cuadros, a menudo hay nombres, nombres de ciudades: Cincin-

Escaneado con CamScanner

nati, Albany; algunos suenan muy prometedores: Toledo. Pero ya me lo sé. Centenares de ciudades iguales a Buffalo, a Rochester, cada una con su pequeño museo, su cuadro de Degas...

¡Cuántas ciudades! Mientras espero el autobús para Oberlin en una estación enorme con los horarios en la pared, me fijo fascinada en la lista de nombres: Detroit, Pittsburgh, Saint Louis... Centenares de ciudades, cien veces la misma ciudad. Un día y otro en el mismo autobús, cruzando la misma llanura para llegar al caer la tarde a la misma ciudad siempre con un nombre diferente. La idea me da vértigo. Mi autobús circula por una sola calle que se repite hasta el aburrimiento: es Cleveland durante millas y millas; y durante más millas y millas, los arrabales de Cleveland, y siempre en la misma calle. La ciudad ha cambiado de nombre, pero es la misma calle; una ciudad más: y es la misma calle. No hay escapatoria. Cierro los ojos, derrotada.

Oberlin es un pueblo tranquilo vertebrado en torno a un college, que en 1633 fue el primero en admitir mujeres. El hotel donde me alojo tiene el encanto anticuado de nuestros hoteles de provincia. Ceno en la casa francesa con estudiantes y después de mi conferencia me llevan a tomar una copa: un vaso de leche; en Oberlin impera la ley seca igual que en la mayoría de las ciudades donde hay colleges o universidades, cosa que no impide a profesores y alumnos beber sin parar en la habitación; se trata sobre todo de una vieja tradición: no hay país donde el respeto a la tradición sea tan pertinaz como América, me dice un estudiante. Bebemos leche en una triste cafetería y charlamos. La mayoría de los intelectuales que he conocido en Nueva York me han sorprendido por su abstencionismo en lo relativo a cuestiones sociales y políticas; pero estos jóvenes me sorprenden más todavía. Ya sé que, en cierto sentido, no existe vida política en América, pero lo lógico sería que a su edad intentaran forjarse una. Pues no; ni siquiera entre ellos hablan de problemas sociales, casi tampoco de cuestiones intelectuales, dicen. «¿De qué habláis entonces?» Se encogen de hombros: de nada.

Escaneado con CamScanner

Como mucho, de deportes: o de las agrupaciones dentro de la vida del college; ésas son las distracciones principales que se proponen a los estudiantes; elegir presidentes, comités: discuten y creen que actúan. La gente con la que hablo son conscientes de esta mistificación y de todas las mistificaciones del sistema democrático americano. Deploran esa lucha sin cuartel que ha emprendido el Congreso contra la AFL y la CIO: con el pretexto de revisar la legislación laboral, se dedica a hundir los sindicatos obreros; deploran que las fuerzas capitalistas precipiten la derrota del sistema democrático a una velocidad de vértigo. Pero esa misma derrota —dicen— hace imposible toda acción: la presión social es demasiado arrolladora. La propia Constitución impide que el ciudadano intervenga en la vida política; una intervención indirecta, por ejemplo, de tipo intelectual, está prohibida por convenciones al dictado de los intereses capitalistas: un profesor es expulsado de inmediato si enseña ideas consideradas subversivas; los editores y las críticas bloquean los libros subversivos, cuando no son condenados oficialmente. Estas declaraciones tan evidentes convierten el sistema democrático americano en un proceso abrumador: lo reconocen, pero no sienten ganas de luchar. Uno de ellos, nacionalizado americano recientemente, de origen húngaro, confiere a sus críticas una especial virulencia: no hay otra salida que irse a Europa; es el único lugar donde pensar todavía significa algo.

Lo que me impresiona, lo que me entristece, es que sean tan apáticos sin estar ciegos ni ser inconscientes. Conocen y reprueban la opresión de trece millones de negros, la terrible miseria del sur, la miseria casi tan desesperada que asuela las grandes ciudades. Asisten al ascenso cada día más amenazador del racismo, de la ofensiva reaccionaria: al nacimiento de un fascismo. Saben cuánta responsabilidad tiene su país en el futuro mundial. Pero ellos mismos no se sienten responsables de nada, porque no creen que se pueda *hacer* nada en este mundo. A los veinte años están convencidos de que pensar es una actividad baldía y la buena voluntad, poco práctica. «América es un organismo demasiado grande, demasiado pe-

Escaneado con CamScanner

sado, como para que un individuo sueñe siquiera con removerlo un poco.» Y esta noche consigo formular lo que hace días me ronda por la cabeza. En América, el individuo no es nada. Sólo objeto de un culto abstracto, y al persuadirle de su valor individual, en él se detiene el despertar de un espíritu colectivo; y reducido, por ende, a sí mismo, se le despoja de todo poder concreto. ¿Qué puede hacer el individuo sin esperanza colectiva, sin audacia personal? Someterse o, si por una de esas casualidades de la vida esa sumisión se le antoja demasiado odiosa, marcharse.*

21 de febrero

Para Chicago, treinta y seis horas son pocas. He tomado el primer tren de la mañana, pero ya son las dos cuando llego a la estación. Voy en taxi por una avenida que discurre bajo el apabullante, negro y pesado entramado metálico de un tren elevado. Me han hecho reservar una habitación en el Palmer House; de los hoteles que he visto, es el más monstruoso de todos. Bar, cafetería, lunch-room, salón azul, salón rojo, salón victoriano, orquesta zíngara, orquesta mexicana, flores, caramelos, todo tipo de tiendas, agencias de viajes, compañías aéreas... una ciudad en toda regla con sus barrios residenciales, sus tranquilas avenidas y su bullicioso centro comercial; se respira con dificultad en un lobby donde reinan un calor agobiante y un denso olor a dólares. Mi habitación está en la decimosexta planta. Una señora mayor de pelo blanco vigila la entrada a los pasillos: ella tiene mi llave. El cliente está tan vigilado como en una pensión familiar de provincias.

Como en Washington, primero me refugio en el museo. En el Instituto de Arte Moderno hay una magnífica colección de impresionistas y de telas contemporáneas; durante las dos horas que me paso mirándolas, noto bajo mis pies tierra firme. Pero una vez en la terraza que da al lago y a la avenida Michigan que se pierde a lo lejos, se apodera de mí una inquietud rayana en la angustia. Me gusta mucho el estilo rotundo

* Sobre los estudiantes, cf. pp. 180 ss., 292 ss., 318 ss.

Escaneado con CamScanner

de estos rascacielos; son más macizos que los de Nueva York y más genuinos: ni ventanas renacentistas ni campanario gótico; se construyeron en una época en la que el rascacielos había ganado la partida y no era necesario andarse con excusas. Bajo por la avenida Michigan, donde sopla un viento gélido, voy errabunda por las calles de la *down-town* que aquí llaman *Loop*. Me alegra estar en una ciudad con aspecto de capital y no en el mismo villorrio que se repite indefinidamente. Pero ¿cómo aprehenderla? Chicago. Sólo su nombre me fascina: recuerdo a Bancroft en *Las noches de Chicago*, y tantas otras historias de gángsters; pienso en *Studs Lonigan*, en la que Farrell describe la vida de los barrios irlandeses, en *Black Metropolis*, ese fresco inmenso de la ciudad negra; también están los mataderos, las parodias burlescas... Y me voy mañana.

Mis amigos de Nueva York me han dado dos direcciones. De un escritor y de una señora mayor. Si quiero sacarle partido a la noche, será mejor que uno de los dos venga en mi ayuda. Para disfrutar de las noches de Chicago, el escritor me parece más adecuado. Descuelgo el teléfono, pregunto por el señor N. A.* Una voz bronca me responde: «El número es incorrecto». Lo compruebo en la guía: la incorrecta es mi pronunciación. Descuelgo otra vez. Casi no he abierto la boca y la voz repite, con irritación esta vez: «Tiene mal el número». Me vuelven a colgar. ¿Qué hacer? Pruebo con la señora mayor: no está en casa. Bueno. Ceno desairada en la barra de un drugstore. Sin embargo, no quiero que esta noche se me escurra entre los dedos; sola no me siento capaz de hacer nada: sólo comencé a disfrutar de Nueva York cuando encontré guías. En este remolino de luces, en este dédalo de calles, nunca daré con la puerta adecuada. Tengo que intentarlo otra vez. De nuevo ataco al escritor: me cuelga. Me empecino. Pido a la operadora que me vuelva a poner. En cuanto oye la señal,

* Nelson Algren. Véase Simone de Beauvoir, *La force des choses*, Gallimard, 1963, pp. 137-143, y *Un amour transatlantique, Lettres à Nelson Algren*, Gallimard, 1997. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

ella me dice con autoridad no exenta de dulzura y un acento que inspira confianza: «¿Quiere esperar y mantenerse a la escucha un segundo...?». En nombre de nuestros amigos comunes, el desconocido se dulcifica al otro lado del hilo telefónico, carraspea: desde luego, no faltaba más, encantado. En media hora, nos vemos en el lobby.

Comienzo a acostumbrarme a quedar en los vestíbulos o en los andenes de estación con gente que no conozco ni me conoce de nada: nos identificamos a primera vista, resulta incluso sorprendente. Pero si se trata de pasar juntos un rato largo, siempre me pongo algo inquieta. En Washington me lo pensé mucho antes de llamar a F., un francés para quien traía libros y novelas de París por encargo de alguna gente; ¿pero tenía él ganas de esos libros y recados? Me recibió con mucha amabilidad. Pasamos tres horas en un ambiente íntimo para no volvernos a ver jamás; yo desconocía el trasfondo de sus palabras y cómo encajaba él las mías: esa oscura confrontación sin mañana resumía para mí lo absurdo, el atractivo decepcionante de los viajes, mejor aún que mis vanos paseos por Times Square. En aquel momento no me presenté con las manos completamente vacías. Pero esta noche he molestado a un desconocido para que me haga pasar una velada interesante: qué indiscreción. Y además puede que me aburra. No tengo buena cara cuando bajo al lobby con un libro en la mano como señal de identificación; me siento como si fuera a una entrevista de matrimonio organizada por la Orden de la Orla Verde. Me consuela pensar que al menos la suerte está echada; he hecho cuanto estaba en mis manos y tengo la conciencia tranquila.

En cada nuevo encuentro con un americano, tengo que volver a plantearme el aprendizaje de su lengua: me pregunto si también en Francia hay modos de hablar tan distintos según los diferentes individuos. Entiendo sin problemas a R. W. y a A. E. Pero sentada frente a N. A. en un pequeño bar silencioso, me pierdo la mitad de lo que dice, y tengo la impresión de que a él también le cuesta lo suyo entenderme. No sabe qué enseñarme de Chicago. No hay buen jazz, los clubes

Escaneado con CamScanner

nocturnos para middle class no son más interesantes que en Nueva York. Y la idea de ver espectáculos de variedades no me entusiasma. Si quiero, puede llevarme a sitios por los que seguro que no tendré muchas ocasiones de aventurarme en América: puedo hacerme una idea aproximada de los bajos fondos de Chicago, él los conoce bien. Acepto.

Me lleva a la avenida West Madison, que también se conoce por la Bowery de Chicago; aquí están los hoteles para hombres solos, las flop-houses, los bares miserables; hace mucho frío, la calzada está casi desierta; no obstante, algunos hombres con cara de náufragos se ocultan en la penumbra de las puertas o merodean por aceras con placas de hielo. Entramos en un bar que me recuerda a Sammy's Follies: pero no hay espectáculo ni espectadores, ni un turista aparte de yo misma. N. A. no lo es; viene por aquí a menudo y conoce a toda esta gente, vagabundos, borrachos, antiguas bellezas marchitas: nadie volvería la cabeza si entrara la loca de Chaillot. Al fondo de la sala, hay una orquestina de negros; en un letrero se puede leer: «Se prohíbe bailar terminantemente»; pero hay parejas bailando. Un tullido anda a torpes pasos de pato: de pronto, se pone a bailar y sus piernas le obedecen; da vueltas saltando y brincando con una sonrisa extasiada de lunático; parece que se pasa la vida aquí y que baila durante toda la noche. Una mujer de pelo largo, fino y rizado con un gran lazo rojo, está sentada a la barra: unas veces su pelo es rubio y su cara rubicunda parece la de una chiquilla; otras su cabeza se me antoja cubierta de estopa blanca, es una bruja entrada en la sesentena; vacía, una tras otra, botellas de cerveza de un litro mientras habla sola y vocifera desafiante; de vez en cuando se arranca a bailar remangándose las faldas hasta arriba. Un borracho que cabecea en una mesa se despierta de golpe, se pega contra una gorda comadre en harapos y allá van los dos dando brincos; bailan con un desenfreno jubiloso rayano en la locura y el éxtasis; tan horrendos, tan viejos, tan miserables, de un instante a otro pasan de sentirse perdidos a estar exultantes. Me dejan boquiabierta, abro los ojos de par en par y digo: *It is beautiful.* Semejante epíteto sorpren-

Escaneado con CamScanner

de a N. A.; le parece especialmente francés. «Para nosotros —dice— lo bonito y lo feo, lo grotesco y lo trágico, igual que el mal y el bien, discurren cada uno por su lado. A los americanos no nos gusta pensar que los extremos puedan tocarse.» Satisfecho de que este sitio me parezca tan fascinante, me dice: «Voy a enseñárselo mejor».

En un sentido, en efecto, es mejor. Aquí sólo hay hombres, los hombres de West Madison con cara de réprobos o de idiotas, tan sucios que una piensa que hasta sus huesos son grises, y soltando a su paso un hediondo olor a miseria. A la una de la madrugada, comienzan a afluir huyendo de la nieve y la helada de la noche; los hay que se acercan a la barra apretando algunas monedas de níquel en la palma de la mano: beben cerveza; otros intentan vendernos un par de tijeras, lápices, mendigando cincuenta centavos. Una rubia oxigenada se ocupa de la caja: «Todo lo que sé de literatura francesa moderna es gracias a ella —me dice N. A.—. Está a la última». Y como no termino de creérmelo le pide a F. que se venga a tomar una copa con nosotros. «¿Cómo va la última novela de Malraux? —me pregunta ella en seguida—. ¿Hay un segundo volumen? ¿Y Sartre? ¿Ha terminado ya *Los caminos de la libertad*? ¿Está todavía de moda el existencialismo?» Me quedo estupefacta. Esta mujer se pasa todas las noches vigilando este bar que al mismo tiempo es refugio nocturno; sus entretenimientos preferidos son la lectura y la droga; parece que se droga muchísimo y más de una vez se ha librado de ir a prisión; por lo que se refiere al hospital, ha perdido la cuenta de las veces que ha estado; de tarde en tarde también tiene historias amorosas, pero es raro que acaben bien. Me explica que en el piso de arriba hay una gran estancia con jergones de paja donde tumbarse hasta la mañana siguiente por diez centavos; pero muchos de estos desgraciados prefieren gastarse esos diez centavos en una copa más; entonces la rubia les deja quedarse sin pagar nada en el pasillo que comunica con las *rest-rooms*. «¡Venga usted a verlo!», me dice. Voy. Sentados en bancos, hechos una bola encima de las mesas, acurrucados en las esquinas, hombres y más hombres durmiendo con la mandíbula

Escaneado con CamScanner

que les cuelga; entre chinches y mugre, ni siquiera en sueños se relajan de verdad, siguen con los músculos crispados, se despertarán con agujetas en todo el cuerpo. Luis XI inventó ese suplicio de jaulas diminutas donde no cabía ni un hombre acostado. ¿Cómo evadirse a través del sueño con el cuello torcido y las articulaciones doloridas? Como los observo, una mujer de rizos pelirrojos y muy maquillada, se acerca a pasitos cortos con zapatos de tacón alto; dice con azoramiento casi adolescente: «Quisiera ir a las rest-rooms, pero con todos esos tíos...». La cajera se encoge de hombros: «¡Tienen demasiado sueño como para atentar contra su virtud!». Volvemos a la barra y me trago un whisky, y en seguida aparece otra vez la pelirroja, decepcionada.

De regreso por frías avenidas, bajo el negro techo del tren elevado, me digo que la miseria nunca me ha parecido tan horrible como en Nueva York y en Chicago. He visto los arrabales de Vallecas en Madrid, la costa de Gracia en Lisboa, el hormigueo de las calles de Nápoles, y en la Susa marroquí niños con los pies deformes y con los ojos cegados por pestañas torcidas. Esa miseria de los países pobres es a menudo terrible, pero debido a la pobreza de la tierra y a la sequía es la miseria de una especie animal; claro que tiene un trasfondo de injusticia y necedad, ¡pero en un país rico su rostro resulta más próximo y cruel! En Nápoles, en Lisboa, por muy pobre que sea la gente, todavía pueden permitirse placeres puramente animales: calentarse al sol, el frescor de una naranja, abrazos en la penumbra de las camas; con frecuencia se les oye cantar y reír, y hablan unos con otros; son pobres en unión, juntos cuidan a sus enfermos, lloran a sus muertos, honran a sus santos; al menos se dan calor humano unos a otros con sus cuerpos afligidos. Aquí los pobres están malditos: es la gran maldición de los hombres solitarios. No tienen hogar ni familia ni amigos ni un lugar bajo el sol; sólo son desechos, una escoria inútil a la que se trata sin piedad: pero entonces, ¿qué han venido a hacer aquí? El optimismo universal les convierte en sospechosos; es preciso que ellos tengan la culpa. La policía les acecha, y de hecho todo les empuja

Escaneado con CamScanner

a convertirse en culpables, todos son criminales en potencia. Esta miseria social los envilece y deja reducidos poco menos que a bestias indiferentes. Caminan por un mundo hostil de enemigos con rostro humano; no tienen otro amigo que el alcohol, y ésa es una amistad que sale cara. En la soledad, la necesidad, la ebriedad, muchos pierden la cabeza; además de hambre, llevan dentro una inquietante alimaña que los carcome.

22 de febrero

El teléfono me ha despertado: un francés de la legación me anuncia que ha organizado un almuerzo y una cena en mi honor. Lo siento, todavía no he visto nada de Chicago y las horas son cortas. Pero no hay nada que hacer. Sin duda, a mi interlocutor no le divierte mucho más que a mí, pero su oficio consiste en recibir a sus compatriotas: no podemos hacer nada ninguno de los dos.

Vuelvo a ver el museo, el Loop, la avenida Michigan, la mañana pasa como un relámpago. A mediodía, me encuentro en el hotel con J. L. en compañía de un americano rico y cultivado, amante de Francia: son muy amables, y estas señoras mayores amantes de Francia a cuya casa me llevan también lo son; sólo que tengo la amarga sensación de estar perdiendo un tiempo precioso. Almorzamos en un club de salones suntuosos, en lo alto de un gran edificio: miro el canal, los rascacielos, por los ventanales acristalados y trato de convencerme de que es sin duda Chicago lo que veo. Pero estoy separada de la ciudad, la han metido en una vitrina; o más bien soy yo quien está en una campana de cristal. Frente a mí está sentada una francesa rubia que me han presentado como baronesa y periodista; da conferencias por toda América sobre la «alegría francesa durante la Resistencia», y a lo largo de toda la cena no para de hacer patria muy entusiasta.

En seguida J. L. y su amigo americano me rescatan. Me proponen un paseo en coche, cosa que me reconforta; damos una vuelta enorme por la ciudad: a la orilla del lago, por jardines, hoteles soberbios, lujosas residencias; esta Chicago es una

Escaneado con CamScanner

ciudad opulenta y en fiesta perpetua. Pero el americano alza la vista. «¡Eso es pura fachada!», dice. En efecto, a medida que nos adentramos en el barrio polaco donde he quedado con N. A. el decorado cambia: almacenes, fábricas, solares sin edificar, ruinas; hay trenes que cruzan avenidas perpendicularmente cortando el paso; las calles están mucho más sucias que las de Nueva York: en todas partes bulle el desorden y la miseria. Este flamante coche oscuro no casa con la avenida Wabansia, un páramo enorme jalonado por casuchas de madera.

Ya que estamos en el barrio polaco, que es donde vive N. A., nos quedamos: hace demasiado frío para pasear y además este barrio es como una ciudad entera: hay más irlandeses en Chicago que en Dublín, y más polacos de los que nunca hubo en Varsovia. La tarde muere paseando por estas calles y bebiendo vodka en estos bares. Algunos son a la vez tiendas de ultramarinos con olor a pescado rancio; otros, restaurantes donde se venden pasteles rosas y amarillos rellenos de nata agria; en éste la dependienta ni siquiera sabe inglés. Nos quedamos más tiempo en uno que tiene la desnudez, el aire impersonal y neutro de los locales genuinamente americanos. Al parecer, durante mucho tiempo fue centro de reunión de una banda famosa; me siento algo decepcionada, me imaginaba que los bares de gángsters se distinguían por algo, alguna atmósfera de misterio especial que los hacía reconocibles; sin duda, se reunían en la esquina de la calle, como todo el mundo. Pregunto a N. A. por esa época. Me dice que, salvo en casos excepcionales, no había nada que llamara la atención a primera vista en las calles; pero se experimentaba una sensación general y vaga de inseguridad y por algunos barrios uno evitaba pasearse de noche. Por lo que se refiere a la prohibición, apenas había diferencia con la época actual. Lo que se conocía por *speakeasy* eran los mismos bares donde se sirve alcohol hoy día; sólo que el whisky era algo más caro, y la cerveza menos buena; en algunos locales, tomaban ciertas precauciones antes de abrir las puertas a los bebedores.

Escaneado con CamScanner

Me solazo por estos bares, por estas calles de viento ululante; no me siento demasiado turista. Se me antoja estar viviendo una tarde de Chicago genuina en compañía de un indígena genuino. N. A. ha pasado aquí su infancia y casi toda su existencia. Le pregunto sobre su vida: la típica vida de escritor americano, parecida a muchas que he leído en los libros; lo sorprendente es descubrir en un caso individual que esas historias estereotipadas suceden de verdad. Así que pasó sus primeros años dando tumbos por Chicago: aquí, los niños, igual que los mayores, forman bandas, se lanzan en grupo a desvalijar sin miramientos cualquier tienda de ultramarinos: el atraco es tan fulminante que a los tenderos apenas les da tiempo a defenderse; en el tiempo que tardan en llamar a la policía, los bribones ya están lejos; luego resulta harto difícil identificarlos. Jugar al béisbol en los solares y descampados ocupa también gran parte del ocio. N. A. pasó su adolescencia en plena gran depresión. Buscó trabajo por toda América, montándose clandestinamente en trenes de mercancías, comiendo y durmiendo gracias al Ejército de Salvación. En Nueva Orleans se hizo buhonero; como el dinero apenas le llegaba, se alimentó durante varias semanas sólo de plátanos; para incrementar los ingresos, se las ingenió para prometer a todas aquellas mujeres que le compraran por un importe mínimo de cinco dólares una permanente gratis en el peluquero X. En seguida las clientes acudieron en tropel al peluquero, reclamando el servicio enérgicamente; descubierto el pastel, N. A. se fugó a México y, desde allí, regresó a América, donde desempeñó gran cantidad de oficios: vendedor de perritos calientes y de hamburguesas, masajista, pin-boy en una bolera: asegura que ese oficio de levantar indefinidamente bolos que tumban los jugadores no es de los que más cansan. Instalado en una gasolinera con un amigo, comenzó a escribir primero por gusto, luego con la esperanza de ganar algún dinero. Como su primera novela tuvo éxito, consiguió contratos con una editorial para empezar nuevos libros. Se hizo amigo de R. Wright, de J. T. Farrell y a menudo se les designa con el nombre colectivo de «escuela de Chicago», aunque no existan entre

Escaneado con CamScanner

ellos grandes afinidades literarias. Durante la guerra, estuvo en Alemania y en Marsella; pasó por Nueva York a la ida y a la vuelta, pero es una ciudad que no conoce bien. Casi no frecuenta a ningún otro escritor. Sus amigos son gente de la Bowery o vecinos del barrio polaco. Me parece uno de los ejemplos más contundentes de la gran soledad intelectual en la que viven sumidos los escritores de América.

Cuando me reúno de nuevo con J. L. y V. en un gran restaurante elegante del Loop donde sirven martinis y bogavante a la brasa, me cuesta creer que se trate de la misma ciudad. Antes de llevarme a la estación, me enseñan la *skyline* iluminada, casi tan hermosa como la de Nueva York. Pero pienso con temor retrospectivo que si ayer por la noche no hubiera sido tan obstinada sólo habría visto de Chicago un decorado de piedra y luz, y una fachada engañosa, opulenta y civilizada. Al menos, he echado un vistazo entre bastidores, he visto algo de la ciudad de verdad, trágica y cotidiana, fascinante como todas las ciudades donde viven y luchan hombres de carne y hueso que se cuentan por millones. Tomo el tren para Los Ángeles en una estación que contrasta de forma sorprendente con la de ayer: sólo es un inmenso barracón de madera medio derruido. V. me inunda de revistas y libros y J. L. me acomoda solícito en el tren. Siento profundamente tener que irme. Tendré que organizarme para volver a Chicago.*

23 de febrero

Corro las cortinas de tela verde oscura, abrocho los botones, cuelgo mi vestido en la percha y meto mis cosas en la malla. Una persiana cubre la ventana y enciendo la lamparita que está sobre mi cabeza. Al otro lado de la delgada mampara, la gente va y viene por el pasillo; sin embargo, no he tenido esta sensación de relax y calma en ninguna habitación de paredes gruesas. La litera en la que estoy tumbada es mucho más que una cama: es una vivienda en toda regla reducida a dimensiones de cama. Bajo esta sensación de placer, discurren recuer-

* Sobre Chicago, cf. pp. 367 ss.

Escaneado con CamScanner

dos de infancia: recuerdo un sauce llorón que yo convertí en casa, una gran cama campestre con dosel, rodeada de pesados cortinones, y aquella oquedad oscura debajo del escritorio de mi padre en la que me encantaba acurrucarme. Los psicoanalistas ven en ello un deseo de volver al seno materno; pero ese lenguaje demasiado simbólico no aclara nada: mi litera no se constituye en símbolo de la felicidad perdida; me proporciona una satisfacción autosuficiente: es refugio, soledad, separación. La tensión, la fatiga que comporta toda existencia, brotan de las demás existencias que la rodean; en estas literas dispuestas unas sobre otras a cada lado del pasillo, como nichos en galerías de catacumbas, cada individuo es protagonista absoluto de su soledad; esta morada nocturna evoca la paz de las cámaras funerarias de Micenas, de Cerveteri, ninguna atracción exterior se filtra en ella; mi vida ya no se opone, ya no se vincula a nadie, a nada; se encierra en sí misma con el silencio de la muerte. Me apago, cierro los ojos. Siento el traqueteo rítmico del tren que avanza hacia lo desconocido; ese traqueteo también me da paz: la paz de una coartada. Aquí no sólo estoy aislada de todo, sino que además no me sitúo en ningún punto concreto del universo: soy puro tránsito. Ya no tengo vínculos con la tierra, ni deseo, ni siquiera curiosidad. El tren que va negándome a cada segundo un lugar concreto, me concede simultáneamente con su movimiento el sueño que me arranca de este mundo. De ahí que duerma tan bien en los trenes.

Al despertar, la fisonomía del vagón ha cambiado. Casi todos los viajeros se han levantado y las literas se han convertido en confortables asientos. En los servicios, con la calefacción al máximo, niños y mujeres en combinación se lavan la cara. Bien arrellanada en mi compartimento acolchado, rodeada de mis libros y maletas, me encanta tener ante mí dos largos días sin nada que hacer. Después de estas semanas en las que estaba siempre en busca de conquistas por hacer, produce una sensación de reposo impagable dejarse llevar por el traqueteo de las ruedas, cautiva, pasiva. Abro un libro. Voy a poder leer hasta decir basta, igual que esas estudiantes de Vassar

Escaneado con CamScanner

que me daban tanta envidia: el paisaje es tan feo que no me distraerá. La lectura que amenizará mis horas también es pretexto para saborear toda la indolencia del ocio. Las palabras: Orient-express, transiberiano, siempre me han hecho soñar; deseaba hacer un viaje en tren de varios días; entonces, como en *La casa de vapor* de Julio Verne, el tren se convierte en una vivienda de verdad; tan insólita que la vida escapa a la sucesión rutinaria de los días y las noches, desplegándose con deliciosa desenvoltura. No es casualidad que el recuerdo de Julio Verne, en quien no he pensado en veinte años, me persiga por América: es un país de prodigios mecánicos donde quedan plasmadas en la vida real de los adultos, las fantasías infantiles de su «biblioteca de viajes».

Al entrar en el vagón-restaurante para almorzar, un americano alto y canoso me aborda con esa familiaridad abrupta de los taxistas y los profesores universitarios. Me pregunta si soy francesa; si doy conferencias. Él también. Se sienta frente a mí, me observa con aire malicioso y me espeta a quemarropa: «¿Qué piensa usted de Rusia?». Le devuelvo la pregunta. Se ríe: «También tiene cosas buenas», dice. Es la primera vez que oigo una cantinela semejante. Seguro de mi afabilidad, me cuenta que fue profesor en Harvard, que pasó algunos años en Rusia como corresponsal de varios periódicos, que luego volvió a tomar posesión de su cargo, pero que le expulsaron por publicar un libro que rezumaba demasiadas simpatías por Stalin. Además ha escrito obras diversas donde critica el capitalismo americano y hace giras dando conferencias en favor de Rusia. Precisamente va a dar una charla a Emporia; parece que conoce a todo el mundo en el tren, no para de propinar apretones de manos de regreso a nuestro vagón. Con ese tono entre serio y jocoso que parece requisito indispensable en los americanos de su generación, me dice que este invierno irá a Europa para informarse de los problemas europeos, que a su entender son esencialmente problemas de abastecimiento. Como me pregunta sobre el futuro de Francia con ese aire de juez indulgente que acostumbran por estos

Escaneado con CamScanner

lugares, le contesto que no podría separarlo del futuro mundial y que, por tanto, depende en parte de la política americana. Se escandaliza. «Pero ¿qué podemos hacer por ustedes? ¿Acaso no basta la leche condensada que enviamos?» Es como si creyeran que pueden zanjar la suerte de Europa a golpe de conservas en lata; ¿obedecerá a una decisión consciente esta actitud de ignorar sus responsabilidades reales y olvidar entre otras que en sus manos está decidir si habrá guerra o paz? Desde luego, tiene buena voluntad; pero su optimismo casi me parece tan inquietante como la apatía de los estudiantes de Oberlin: «¡Si todo el mundo tuviera buena voluntad, todo iría bien!», dice alegremente. Añade con desenvoltura: «¡Todo irá bien!». Lo que más me inquieta es que parece muy mal informado sobre Francia; desconoce el nombre de sus líderes políticos y escritores y, por otra parte, no sabe una palabra de francés; no es un buen punto de partida para investigación alguna. Pensaría que intenta embaucarme si no supiera ya que muchos americanos tienen una confianza asombrosa, sea en su facilidad para desenvolverse por el mundo, sea en sus propias capacidades; pueden empeñarse en examinar de cabo a rabo en una semana una situación tan compleja como la europea partiendo de cero y casi sin instrumentos de trabajo: la buena voluntad es una panacea que sirve para todo. Quisiera enterarme mejor de sus proyectos, pero ya estamos en Emporia; se baja. Saca un libro de un grueso maletín de cuero, que me regala. Se trata de un texto conciliador, con prefacio del embajador Davies, y que intenta probar que Rusia es un país como cualquier otro, cuyo imperialismo y espíritu revolucionario no constituyen en absoluto una amenaza, un país respetable y conservador con el que se puede llegar a un acuerdo: en el fondo, otra América, tan idílica y paradisíaca como su hermana gemela. Es una lectura desconcertante por partida doble. Vuelvo a cerrar esta meliflua égloga pastoril cuya cubierta reproduce un retrato enorme de Stalin. Un instante después, el encargado negro del cochecama se queda sorprendido mirándolo; su cara se ilumina y ríe a mandíbula batiente. «*A good guy!* —dice señalando a

Escaneado con CamScanner

Stalin—, *a good guy!*» A partir de ahora soy una amiga y me colma de atenciones.

25 de febrero

Cuando me desperté ayer por la mañana, había un desierto infinito de peñas rosas. Me pasé todo el día en el bar de soberbios ventanales acristalados: el desierto invadía el tren. Por la tarde, el sol quemaba en Albuquerque. En el andén, indios con trenzas vendían alfombras y pequeños mocasines de colores. En el jardín del bonito hotel estilo mexicano, turistas sentados en mecedoras observaban a los viajeros del tren, que a su vez los miraban a ellos. Sé que en algunas semanas volveré con tiempo a estas tierras, así que contemplo despreocupada cómo se desvanecen a lo lejos estas grandes llanuras color grana, las cabañas de los indios. Todavía estaba en el desierto cuando me dormí. Pero cuando al alba descorro las cortinas, han cambiado de decorado. Una niebla gris baña de rocío praderas y árboles; a lo lejos, colinas esfumándose en un cielo húmedo. Ya he entrado en California. Es un nombre casi tan mágico como Nueva York. La tierra de la fiebre del oro, de los pioneros, de los vaqueros: gracias a la historia y al cine es una tierra legendaria que, como todas las leyendas, pertenece a mi propio pasado.

Ardo de impaciencia. Esta vez no vengo como turista a una tierra donde nada me aguarda: vengo a ver a una amiga que, por suerte, está viviendo en una tierra maravillosa según dicen. Tal vez sea más raro sentirse esperada en un lugar desconocido que prepararse a desembarcar sin aguardar ayuda alguna: no sé lo que me espera, pero alguien lo sabe por mí. El mar, y los zumos de naranja, las montañas, las flores, los whiskys. No me los voy a encontrar y tratar de hacerlos míos: me los ofrecerán, alguien espera el momento de hacerme esa ofrenda: ya son un regalo, y albergo en mi corazón la ansiedad y la glotonería de las noches navideñas de mi infancia.

La niebla levanta un poco. Veo palmeras dando sombra a largas avenidas, apacibles casas rodeadas de césped fresco y el tren para en una pequeña estación del extrarradio: Pasadena.

Escaneado con CamScanner

Durante media hora más, avanzamos por barriadas que se recortan sobre un campo amorfo y el tren entra en un túnel. Los Ángeles. Un empleado negro despliega una escalerilla de tres peldaños para unir el vagón al suelo; sigo el andén desierto, luego un corredor y ya estoy en el vestíbulo donde me espera N.

N. se casó el año pasado con G. I., que ahora trabaja como *script-writer* en Hollywood. Cuando vino a reunirse con él, no tenían ni un céntimo e I. ganaba muy poco; N. estaba esperando un niño. Gracias al sistema de crédito que se estila por aquí, pudieron alquilar y convertir en vivienda una especie de granja y comprarse un coche, instrumento de trabajo indispensable en esta ciudad de distancias inabarcables. Ahora la situación de I. ha mejorado, pero casi todo su salario se va por completo en pagar las deudas; además, hay una ley que obliga a los padres a llevar al médico al niño durante su primer año de vida: un gasto considerable. Es muy difícil llegar a fin de mes. Me entero de todo esto y también de que el coche de I. es rojo. Así que me quedo anonadada al ver aparcado ante la estación un cochecito amarillo y N. me dice: «Es para nosotras. I. lo compró expresamente la semana pasada para que podamos dar una vuelta». «Nada más sencillo —añade N.—, ¡como se compra sin dinero!» Desde luego. Pero tanta facilidad me deja estupefacta. Los Ángeles también me deja estupefacta. Esta ciudad no se parece a ninguna otra. En la zona baja, el distrito comercial me parece idéntico a los de Rochester, Buffalo, Cleveland, que a su vez recuerdan a la downtown de Nueva York o al Loop de Chicago; grandes edificios que albergan bancos, tiendas, cines, el monótono damero de calles; a continuación todos los barrios que cruzamos son, o bien barrios sin orden ni concierto, o bien inmensas parcelas con casas de madera que se repiten indefinidamente, todas rodeadas por un jardincillo. El tráfico es terrorífico; las largas carreteras están divididas en seis carriles, tres en cada sentido, señalados por líneas blancas, y está permitido adelantar por la derecha y por la izquierda; sólo se puede torcer a la derecha si se circula por el carril de la derecha; a la izquierda, si

Escaneado con CamScanner

se va por el de la izquierda: esta última maniobra muchas veces está prohibida, cosa que complica los desplazamientos; en los cruces, tiene prioridad el primer coche que se para, regla que provoca mil excepciones. Los veteranos se desenvuelven a las mil maravillas y los coches circulan a una velocidad inquietante: N. tiene que ir igual de rápido para evitar que la embistan por detrás; entiendo que vaya algo crispada al volante. Se relaja cuando llegamos a las colinas, donde se extiende en escalones la zona más elegante de la ciudad. Estas avenidas cruzan campos de golf, jardines, parques con lujosas residencias entre la espesura. Bordeamos Beverly Hills, donde viven las estrellas de Hollywood; nos metemos por una gran carretera casi rural con campos y jardines a los lados, y el coche se detiene ante un seto que atraviesa un sendero de grava. Hemos circulado durante una hora, y muchas veces, íbamos a más de cuarenta millas por hora.

La casa está al final de un jardín de rosas en flor y rodeado de enormes eucaliptos; es de madera y tiene una escalera exterior, no parece americana. La planta baja es un estudio inmenso de un pintor que tiene su vivienda en otra esquina del jardín. N. sólo ocupa el primer piso. Las habitaciones son sobrias, amuebladas con camas, mesas y taburetes que N. e I. han fabricado con tablas y pintado en colores claros; algunas alfombras indias, algunos bonitos objetos mexicanos: un gallo de metal reluciente, naranjas de cera. El cuarto de baño está ya montado; pero no tienen nevera: tienen previsto comprar una para el año que viene. Desde la terraza a la que se accede por una escalera, más allá de la inmensidad confusa de la ciudad, se vislumbra el mar. Al fondo del jardín hay tres caballos que pertenecen a vecinos ricos que pagan a N. para que los cuide; también criaba patos, pero un coyote de las profundidades del cañón los devoró. Las montañas en lontananza tienen aspecto salvaje: señal de que la urbe más sofisticada del mundo está circundada por una naturaleza indomable; si la presión se relajara un instante, las fieras, las hierbas gigantes en seguida volverían a tomar posesión de sus dominios.

Escaneado con CamScanner

Tras un breve alto en el camino, volvemos al coche. Es un día húmedo y brumoso, el cielo está gris: días así son raros en California. Comprendo el favor que nos ha hecho I. al comprarnos un coche: no hay metro en esta ciudad que se extiende a flor de tierra; los trayectos en autobús o en tranvía son interminables, hay pocos taxis y son carísimos. Nada de ir a pie: ni un solo peatón por estas carreteras infinitas. Los que no tienen coche hacen autostop en los cruces de las avenidas. Los Ángeles es casi tan grande como la Costa Azul; de hecho, no es en absoluto una sola ciudad sino un conjunto de ciudades, de lugares residenciales, de asentamientos urbanos, separados por bosques, parques, praderas. Brentwood, Westwood, Beverly, Hollywood, todas tienen su autonomía. La aglomeración urbana más cercana a nuestra casa está a cinco o seis millas de distancia, Westwood. Es un pueblo auténtico, en el sentido americano de la palabra. Con su calle mayor, sus tiendas, sus bancos, sus drugstores y sus barrios residenciales en torno al centro comercial. Como Westwood está cerca de una universidad, el consumo y la venta de alcohol está prohibido, ni bar, ni comercio de licores: hay que seguir hasta Brentwood si se quiere comprar una botella de vino. Como es sabido, en Hollywood están los estudios. En Beverly viven las estrellas de cine. Para divisar sus casas, hay que adentrarse en un parque artificial que carece por igual del pálpito de la vida del campo y de la vida febril de las ciudades; las lujosas villas están sumidas en una engañosa soledad. Avenidas jalonadas de garajes y tiendas de tejados planos, sólo de una planta, cornisa azulada al borde del mar, campos enormes con tráilers aparcados, esas caravanas donde muchos americanos sin alojamiento viven a las afueras de las ciudades, barriadas obreras de casuchas monótonas, todo me da vueltas en la cabeza. A ambos lados de las carreteras, tentadores anuncios: «Para visitar las residencias de las estrellas, diríjase a la Agencia Smith». La niebla se ha disipado. En el azul del cielo hay avionetas dibujando con sus blancas estelas anuncios publicitarios. Entre sol, polvo y ruido, Los Ángeles tiene la fealdad de una feria parisiense.

Escaneado con CamScanner

Hemos almorzado junto al mar en la barra de un bar-degustación con las paredes tapizadas de fotografías de estrellas de cine. A última hora de la tarde, he dado una conferencia, actividad que me ha parecido hoy singularmente insólita. Al caer la noche, nos reunimos con I. en un bar de Hollywood. Casi me extraña verle vestido de civil; el uniforme americano, tal vez porque los soldados lo llevaban con desenfado, me parecía en París algo así como un traje típico; al llegar a Nueva York me sorprendió un poco toparme con hombres en traje. El crepúsculo amortigua la dureza de la ciudad. Hollywood Boulevard se extiende como una cornisa por una colina; sentados en la barra, observamos a nuestros pies, a través de un gran ventanal, el tapiz inmóvil donde despuntan las primeras luces; poco a poco, Los Ángeles se transforma en un vasto lago titilante. El cristal enmarcando la noche, la presencia de mis amigos a mi lado, hacen de este panorama un espectáculo que me estaba destinado. Los Ángeles ha preparado para mí un recibimiento triunfal. Voy a pasearme toda la velada por una fiesta que dan en mi honor. El gran coche rojo de I. lleva en las aletas y en la parte trasera muchas señales de golpes: aquí la vida es dura con los coches. Nos conduce hacia el barrio mexicano. Hay pocos negros en Los Ángeles, y como compensación, muchos mexicanos a los que más o menos se desprecia, a los que a veces se boicotea, pero que no despiertan en los blancos inquina racista. Al este de América, California está considerada como una tierra exótica; para California, el exotismo es México, tan próximo en el espacio y en la historia: hace cien años esta costa era mexicana. Circulamos durante media hora y cuando nos paramos, un despliegue de color exultante me deslumbra: es el estallido, la vida, la algarabía de los mercados españoles, de los zocos marroquíes. La calle es un gran bazar; en la explanada se alinean pequeños quioscos iluminados con velas; se venden objetos maravillosos: chaquetas amarillas y rojas bordadas con palmeras y pájaros, vestidos abigarrados, botas leonadas con incrustaciones de cuero verde o rojo, sandalias, muñecas, vasijas de barro, telas, collares y pulseras de semillas; venden cabezas de muertos re-

Escaneado con CamScanner

ducidas y pequeños esqueletos articulados, fetiches predilectos de un pueblo enamorado de la muerte; uno de los inventos más cautivadores son esas guirnaldas de piñones y hojarasca petrificada pintadas de azul, amarillo y rojo vivo; es un adorno para colgar del techo y tiene el atractivo rústico de esas ristras de cebollas y ajos, de champiñones secos, de jamones colgando de vigas en las granjas francesas. A ambos lados de la carretera, tiendas que venden las mismas mercancías tornasoladas. De todas ellas, la más bonita es una en la que se fabrican velas; es el palacio de los colores; entre un penetrante olor a cera y resina, hay enormes cirios subiendo del suelo, bajando del techo, adornando las paredes: los hay gordos, estrechos, rojos, amarillos, azules, verdes; con corazones, con lágrimas y serpentinas; piñones de cera escarlata, naranjas y piñas en palmatorias de metal troquelado. Y la cera hierve en grandes cubas: en los zocos de Marrakech, los tintoreros removían en cubas semejantes un azul igual que éste, un amarillo, un rojo sangre similares; pero aquí los colores fundiéndose son peligrosos, queman al tocarlos. Al enfriarse, forman enormes zócalos donde se entreveran con desorden de rocalla. Todas las maravillas desperdigadas por los bazares se dan cita en el restaurante al que entramos. Las mesas están iluminadas con cirios en los más variopintos candelabros: encajadas en el gollete de una botella, las velas derraman noche tras noche lágrimas multicolores, inundando el cristal con un arco iris de estalactitas de cera; estas palmatorias parecen haber tomado su caprichosa forma de fuentes petrificadoras, aunque también parecen el fruto de un cerebro delicioso y delirante: prodigio natural y fantasía surrealista al tiempo. Los camareros y camareras van de mexicanos. Pedimos tequila y el camarero duda: N. parece muy joven y no está permitido servir alcohol a menores; ella saca su carnet de identidad. De todas formas, como los adultos pueden consumir sin límite, habríamos podido hacer trampas sin problemas: pero así tiene una copa para ella sola. Observo los bailes mexicanos mientras como un chile con carne que me abrasa la boca; bebo tequila y me siento aturdida de placer. En Nueva York,

Escaneado con CamScanner

tuve la dicha amarga del descubrimiento; aquí me hacen regalos: es otro tipo de felicidad.

26 de febrero

Ni un solo americano de los que he conocido en el este había pisado California en su vida: cuando están de vacaciones, Europa —casi igual de cerca— les atrae más. Hay mucha gente aquí que no ha visto jamás Nueva York. Salvo en algunos sitios especializados, es imposible encontrar periódicos neoyorquinos: en Los Ángeles se lee el periódico de Los Ángeles. Todos los estados tienen su prensa local y aguda conciencia de su singularidad. Pero, según me han contado, California es el único estado —con Texas, tal vez— que se siente California antes que parte de Estados Unidos; su historia, su situación geográfica y, sobre todo, su autonomía económica, explican esta actitud. Si en Los Ángeles pienso en Nueva York, en Chicago, tengo la impresión de estar en otra parte completamente diferente y, no obstante, de encontrarme todavía en el mismo mundo. A través de la radio, las revistas, los productos manufacturados, América está presente de forma integral en cada una de sus partes: pero son más o menos extrañas unas a otras; no hay comunicación directa entre los diferentes estados; todos participan de una misma unidad que los trasciende: de ahí esta mezcla de uniformidad y regionalismo que tanto desconcierta.

N. me da más vueltas durante todo el día por un Los Ángeles familiar de antemano y perfectamente imprevisible. Veo junto a Westwood un hospital de veteranos de guerra que es un pueblo entero en sí mismo. Aquí se reeduca a los heridos, a los mutilados, a los inadaptados; se da cobijo a los inválidos, a los incurables; más allá se da alojamiento a veteranos que todavía no han encontrado trabajo ni casa. Hay pabellones de reposo, bibliotecas, drugstores, cafeterías y, desde luego, se prohíbe vender alcohol. Hay hombres calentándose al sol en los bancos de la puerta, otros se pasean con aire cansino. Cruzamos suburbios y más suburbios: la verdad es que no hay más que suburbios; la ciudad se hurta, es una ciudad

Escaneado con CamScanner

fantasma. Las calles se precipitan sin orden ni concierto por las lomas de las colinas, al fondo de la vaguada; se diseñó su trazado según iban surgiendo las necesidades, sin ningún plan de conjunto. Tardamos mucho en llegar al sitio que queremos visitar: el cementerio «optimista», como llaman al Forest Lawn Mortuary. Ocupa una vasta colina por la que zigzaguean como en Arlington largas carreteras abiertas al tráfico rodado. Es un parque de hierba con majestuosos árboles de sombra. De vez en cuando, en el césped fresco, se erige una lápida lisa sólo con un nombre inscrito. Es como si los muertos estuvieran sepultados bajo la hierba con una simplicidad rural, igual que en los cementerios corsos: ni capilla ni monumento funerario; te imaginas sencillos ataúdes de madera ingenuamente confiados a la tierra. Precisamente hay una fosa abierta con hombres afanándose a su alrededor: nos aproximamos sin timidez porque nadie acompaña al muerto a su tumba, no es la costumbre en este país risueño. Una capa delgada de hierba tapiza enormes construcciones de albañilería, las fosas son de hormigón; se baja el ataúd mediante un sistema de poleas y tornos. Los sepultureros son, además de jardineros, mecánicos. Por lo que se refiere a la hierba que disimula las construcciones de cemento, se corta en anchas tiras que luego se trasplantan a presión como si fueran de linóleo: deben de fabricarla en cadena en algún sitio. N. me dice que los ataúdes están cerrados herméticamente, el aire no se filtra, de forma que los gusanos no pueden vivir dentro; los cuerpos se momifican con mayor o menor perfección, según el bolsillo de cada cual. De todas formas, han extirpado las vísceras, maquillado y acicalado los cadáveres que familiares y amigos visitaron durante uno o dos días en la Funeral Home. Desde lo alto de la colina se contempla una vista panorámica de Los Ángeles, el mar, y más allá, las montañas. En ella se erige una capilla; pero el monumento más sorprendente es «el Libro de David», un simulacro de libro, por lo menos de la altura de un hombre, abierto por la mitad; en sus páginas expuestas al público se lee en grandes caracteres una inscripción que dice sustancialmente: «¡Qué hermoso es, desde lo alto de esta

Escaneado con CamScanner

colina majestuosa, dominar la ciudad de los vivos y la ciudad de los muertos! Ésta es una de las cimas del mundo. Pero en las lomas de esta colina están ocultos a la vista los depósitos de agua más grandes de Los Ángeles, contienen X... galones de líquido y gracias a ellos nuestro césped siempre está verde. ¡Tal es la grandeza humana!».

Más suburbios, parcelas de terreno, cruces y ya estamos en Pasadena. Avenidas en suave pendiente se extienden entre naranjos y palmeras achaparradas. Grandes familias de petroleros viven en estas suntuosas residencias; comparadas con las estrellas de cine de Beverly Hills, son como una aristocracia de rancio abolengo. De pronto, desembocamos en plena naturaleza salvaje; hierbas hirsutas tapizando los flancos de un cañón profundo y desiertas montañas recortándose en el horizonte; la carreterita se desliza de una orilla a otra en complicados rodeos y nos perdemos. Ni coches, ni casas ni peatones; parece que estamos a años luz del mundo civilizado; circulamos durante mucho tiempo sin encontrar a nadie que pueda indicarnos el camino.

Me quedo muy sorprendida al ver que tengo que dar mi conferencia en una casita perdida al borde del cañón: parece un refugio de cazadores. De regreso a Westwood, seguimos la ancha drive de coches circulando a una velocidad impresionante. De vez en cuando, nos adelanta un *hot-rod*, uno de esos cochecitos que los jóvenes fabrican reconvirtiendo viejos modelos. Quitan la carrocería, los guardabarros, las puertas, todo lo que no sea absolutamente necesario para circular, y adaptan al motor un dispositivo que aumenta su potencia y hace un ruido ensordecedor. Los jóvenes excéntricos se apelotonan en ellos como sardinas en lata; su deporte favorito consiste en pasarse de un carril a otro adelantando a toda velocidad a los demás coches, un juego peligroso que acarrea no pocos accidentes. Ya en la ciudad, me llama la atención la cantidad de peatones que hacen autostop en los cruces de las calles. N. me cuenta que los conductores ya no paran tanto como antes. En América, el coche es un instrumento de uso familiar; mientras que en Francia vacilamos antes de prestárselo a un

Escaneado con CamScanner

amigo, aquí en seguida se deja en manos de desconocidos: por las interminables carreteras americanas, no hace mucho que el viajero estaba encantado de llevar en su coche a alguien que le distrajera, era normal poner anuncios buscando compañero de viaje que supiera conducir. Pero últimamente han desvalijado o asesinado a tantos conductores y robado tantos coches que la gente tiene miedo; desconfía, y más por la noche. No obstante, los americanos son serviciales y estos jóvenes no corren el riesgo de quedarse tirados, ¡hay tantos y tantos coches! Esta noche, también el tráfico es enloquecedor, admiro la audacia y la destreza de esos jovencitos de diez a quince años que venden periódicos a voz en grito, colándose entre los coches, saltando de arcén en arcén.

Esta noche cenamos al borde de un acantilado que da al mar, habitado por una colonia entera de artistas o gente que se tiene por tal. Hay algunos cafés que recuerdan ligeramente al viejo Montparnasse, y entre ellos, un café-restaurante con mucho encanto: una construcción semicircular adornada con colgaduras de rayas verdes, blancas y rojas, con una barra semicircular en medio y unas cinco o seis mesas contra la pared. El dueño es homosexual y se acuesta con el cocinero, que es quien manda y sólo admite caras conocidas. Nos sirve unos magníficos filetes de buey poco hechos, rezumando esa sangre roja tan fantástica que normalmente escandaliza el puritanismo americano. ¿Adónde iremos luego? I. duda. Dice que las noches de Los Ángeles no son muy alegres. Los bares y night-clubs tienen que cerrar a medianoche. Es una ciudad de costumbres muy conservadoras: los niños no pueden pasearse libremente a partir de las nueve de la noche. En muchos distritos, el alcohol está prohibido. Nada de espectáculos de variedades; los shows están censurados. Además, como en Nueva York, la recesión se palpa y las salas de fiestas están medio vacías. Desde luego, el moralismo que constriñe Hollywood no impide que los periódicos anuncien todos los días algún crimen sensacionalista. En este momento, sobre Los Ángeles planea la sombra de «Black Dahlia». Hace casi un mes, una joven morena a la que llamaban «Black Dahlia» fue

Escaneado con CamScanner

encontrada descuartizada en un descampado; desde entonces, han sido asesinadas dos o tres jóvenes que vivían en el mismo barrio más o menos de la misma manera y junto a los cadáveres se han encontrado, como en las novelas policíacas baratas, un naipe con las palabras: «Black Dahlia». Así llaman ahora al asesino. Lo curioso es que estos crímenes han sembrado la histeria, con denuncias y autoinculpaciones: mujeres que han escrito o telefoneado a la policía para denunciar a amantes infieles, hombres que se han entregado, contando sus crímenes con todo detalle; hubo que someterles a exhaustivos interrogatorios para convencerles de su inocencia. Ahora están en libertad y de noche el auténtico Black Dahlia anda al acecho de una nueva víctima. Las mujeres tienen miedo de andar solas después de medianoche. Si por casualidad lo hacen, a la mañana siguiente muchas cuentan que las han seguido, abordado o incluso agredido un hombre que sin duda era Black Dahlia: proporcionan descripciones creíbles. Los periódicos locales dedican largas columnas diarias a esta historia que también es noticia en *Time*, *Life* y todas las revistas de gran tirada.

Creo que N. e I. han decidido hacerme saborear el lado siniestro de la noche de Los Ángeles porque me llevan a Venise, un desolador parque de atracciones junto al mar. Nadie monta en los tiovivos, nadie se desternilla en los palacios de la risa; los senderos están desiertos pero iluminados con luz cegadora; entre cojines de raso y muñecas, las barracas parecen velatorios. Para animarnos un poco, nos montamos en el scenic-railway; pero desde abajo no habíamos reparado en las curvas escalofriantes de pendiente casi vertical; N. y yo cerramos los ojos mientras una voz firme y sepulcral musita entre dientes detrás de nosotros: «¡Oh, cómo me arrepiento de que nos hayamos montado!».

Subiendo de regreso a Westwood, los bares van cerrando uno tras otro. Y el terror azota las calles desiertas tras las huellas de Black Dahlia.

Escaneado con CamScanner

27 de febrero

La casa está abierta día y noche. Cuando nos vamos, a nadie se le ocurre echar la llave: ni siquiera estoy segura de que tenga cerraduras. En Francia siempre he observado que se echaba el cerrojo de las casas de campo o del extrarradio al salir. Me encanta está despreocupación confiada de aquí. Los proveedores entran a su aire y dejan el pan, la leche, los huevos —facturas incluidas— en la mesa de la cocina. La verdad, en casa de N. no hay gran cosa que robar; pero lo normal es que en América no exista esa obsesión de ser robado; las cosas no son fetiches, siempre se pueden reemplazar.

Un coche me ha despertado esta mañana al aparcar delante de la casa; alguien sube la escalera, empuja la puerta; esta visita matinal me intriga. Me levanto y encuentro en el comedor a una joven bastante distinguida que me saluda con cierta distancia. Es la mujer de la limpieza. También tiene coche: no podría ganarse la vida si a cada hora de trabajo tuviera que sumar otra de transporte; aquí la gasolina, el mantenimiento de un coche no cuestan nada, se compra a crédito; para ella el tiempo es oro: la hora le sale a un dólar más o menos.

Hoy voy a visitar los estudios de Hollywood. I. nos espera para almorzar. Vamos sin rumbo fijo un buen cuarto de hora por Gower Street sin encontrar ni un hueco para aparcar el cochecito amarillo: de vez en cuando vemos uno libre, nos precipitamos pero siempre está la línea roja de prohibido aparcar. Frente a los estudios de la RKO hay un aparcamiento para el personal; N. se decide a meterse temerariamente; el vigilante defiende con fiereza el pequeño rectángulo de asfalto donde hemos conseguido colarnos: «Es el coche de mi marido», dice N. «El coche de I. M. es rojo», protesta el vigilante. Pero termina cediendo.

S., el director de escena con el que I. trabaja, nos invita a desayunar. Ha reservado una mesa en Lucy's, un restaurante situado entre los tres grandes estudios: Warner, RKO y Paramount. Sin esta precaución, sería imposible conseguir mesa; es el local de moda donde se encuentra la gente guapa del mundo cinematográfico. La clientela es de una elegancia

Escaneado con CamScanner

un poco chillona, las mujeres rubias platino van vestidas de rosa claro, de azul pálido y con penachos de plumas como en Nueva York. Huelga decirlo, se percibe la misma epidemia que hace estragos entre los ricos de toda América: el exceso. Demasiado ruido, demasiado perfume, demasiado calor, demasiado falso lujo. Pero tras unos martinis —que, comparados con los de París, son lo que el círculo perfecto es al círculo de los cuadros negros— la comida es suculenta. S. también ha invitado a dos script-writers, un hombre y una mujer, que son amigos de I.; la labor de estos «escritores» no se corresponde exactamente con la del guionista o del dialoguista francés; están amarrados al estudio donde se pasan ocho horas diarias metidos en un despacho; se dedican a buscar ideas para películas —bien de cosecha propia o preferentemente en los últimos libros publicados— para elaborar a partir de ahí un proyecto de guión. También tienen que colaborar en el guión técnico y en los diálogos de las películas que ya están en marcha; todas estas tareas resultan ingratas, porque la división del trabajo es tan pormenorizada que nadie tiene control sobre la globalidad de la obra. Me repiten que la censura se ha hecho más severa a lo largo de estos dos últimos años, cosa que dificulta cada vez más encontrar un buen tema. Están pensando en hacer una película basada en *El ómnibus perdido*, el último Steinbeck, pero hay una joven de buena familia que se acuesta con el conductor por puro placer. No se puede introducir en la película un episodio semejante que, sin embargo, es fundamental. Habrá que convertirlo en historia sentimental, del estilo moralista y sensiblero al uso: supone desnaturalizar los personajes y remodelar la intriga tan profundamente que no quedará ni rastro de la novela. Dudan. Me aseguran que esto de encontrarse con las manos atadas les pasa sin cesar. Los guiones son cada vez más insustanciales y aburridos y el público comienza a darse cuenta: de tanto servir en bandeja su plato favorito, se le acaba atragantando; de ahí el éxito que están cosechando, especialmente en Nueva York, películas inglesas e italianas —incluso francesas—, aunque se distribuyan tan mal y se corten arbitrariamente. Y Hollywood

Escaneado con CamScanner

está en decadencia. Hay en los estudios un gran número de películas rodadas durante estos diez últimos años que todavía no se han conseguido vender. Es comprensible que los directores carezcan del entusiasmo necesario para emprender una obra de envergadura. Por ejemplo S., que no hace mucho tuvo gran éxito, se ha encasillado en un trabajo rutinario.

S. tiene unos cuarenta y cinco años y una cara grande simpática. Nació en California y siempre ha vivido aquí; su padre ya trabajaba en el cine. Es un triunfador, todo lo que se puede llegar a ser: ha cosechado éxitos fulgurantes y ha mantenido relaciones con las más bellas estrellas de Hollywood; posee una enorme fortuna. No obstante, no se siente a gusto en sociedad, apenas habla. Hoy parece más relajado: quiere mucho a N. y a I., y el relato de nuestra velada en Venise le hace gracia. Me cuenta emocionado su entrada en París días antes de la liberación: me lo imagino perfectamente en uniforme, con casco; al describir la campaña repite varias veces en tono trascendente: «Uno de esos momentos auténticos». Sí. Momentos auténticos: tiene razón al recordarlo con nostalgia. Cambiamos de tema. N. y yo decimos que nos vamos en coche algunos días por California. A S. se le ilumina la cara. Pensamos pasar por Lone Pine, donde él pasó su infancia y rodó hace diez años su película más importante. No ha vuelto desde entonces, aunque el lugar sólo esté a cuatro horas de Los Ángeles. Sería maravilloso volver: nos propone que él e I. se reunirán con nosotras y nos enseñará la zona. La cita está concertada, más o menos. S. está feliz como un niño. Tiene cuatro coches, es dueño de su vida y de su tiempo, en este momento tiene muy poco trabajo; ¿por qué no se ha dado nunca ese paseo de cuatro horas que le tiene tan encantado? Ya había observado en algunos americanos esa falta de iniciativa e imaginación, pero su caso es el más sorprendente. I., que es medio inglés y pasó su juventud en Londres, me dice que él también se quedó estupefacto al comprobar lo apoltronados que están los americanos en su libertad, característica que llama la atención especialmente en California, y todavía más en Hollywood. S., que se aburre en el estudio de la

Escaneado con CamScanner

mañana a la noche sin casi nada que hacer, no conoce otra diversión que el alcohol: muchos americanos se emborrachan con empeño por falta de imaginación. Sin embargo, S. es inteligente, curioso, de una vitalidad desbordante. Nos lleva a su despacho. Su secretaria nos trae uno de esos cafés insípidos que se estilan por aquí; es una rubia de unos cuarenta años, devastada por la bebida; y sus *hang-over* matinales son legendarios en el estudio; como vive al otro lado del valle, llama por teléfono diciendo con aplomo que no puede ir porque ha habido una inundación en el valle. S. me pregunta con apasionado interés por Francia, por su vida intelectual, su literatura, su filosofía y me arranca la promesa de que en Lone Pine le haré una exposición seria sobre el *cogito* cartesiano.

Los estudios de Hollywood no me han parecido muy diferentes de los de Francia. Desde luego son auténticas ciudades. Pero me comienzo a acostumbrar: un colegio, un hospital, un taller; a nada que te descuides, una ciudad. Están sacando fotos para publicidad en una sala grande; aspirantes a *pin-up* en *slip* y sujetador de fantasía exhiben sus piernas bien torneadas. Las fotografían en las poses más rebuscadas, encaramadas en precario equilibrio a tinglados de taburetes y escaleras que, por supuesto, no saldrán en los pósters: parecerán naturales y distendidas; ¡cuánto trabajo para esbozar una de esas sonrisas que proclaman en cada esquina *Life is fun*! Una profesión agotadora que no da para mucho. Veo cómo ruedan una escena de interiores; las mismas vacilaciones, la misma parsimonia que en Joinville o Épinay. También los mismos milagros al estilo De Chirico: un árbol en mitad de un dormitorio, un comedor estilo Luis Felipe al aire libre. En general, esta feria de los prodigios se resiente de cansancio y aburrimiento; se trabaja con molicie, sin grandes ambiciones siquiera crematísticas. Fuera, en la puerta, hay tres hombres sentados en sillas plegables en el bordillo de la acera: hace fresco y queman pedazos de madera para entrar en calor; estiran los brazos hacia la llama con ese gesto típico de los vagabundos. Son huelguistas. Hace ya tres meses que los carpinteros están en huelga

Escaneado con CamScanner

porque les pagan muy poco; ya han perdido la partida y este piquete simbólico hace que se te encoja el corazón.

Los Ángeles no es ni mucho menos tan bonita como Nueva York, ni tiene la profundidad de Chicago y comprendo a los franceses que me han hablado horrorizados de ella: sin amigos, estaría perdida. Pero es divertida como un calidoscopio: un golpe de muñeca y los vidrios de color nos proporcionan la ilusión de un nuevo rosetón. Me dejo atrapar en el juego de los espejos. Anteayer visité México, esta noche toca Hawai. El cónsul de Francia me ha invitado a cenar con N. e I. En una sala hay una exposición de joyas hawaianas, collares de conchas, guirnaldas de flores y semillas de colores suaves. Nunca he visto un restaurante tan encantador: es tan bonito como el Palacio de los Espejismos del Museo Grévin. Invernaderos con plantas exuberantes, acuarios, pajareras con aves color de mariposa revoloteando y bañadas por una inquietante luz submarina; las mesas son veladores de cristal que reflejan la paja brillante que reviste el techo; los pilares en forma de prisma tienen espejos con facetas que multiplican el espacio hasta el infinito. Cenamos en una cabaña, al fondo de un lago, en un bosque, en mitad de un diamante gigantesco. El vestido de las camareras evoca con pudor el de las hawaianas. En vasos cilíndricos, casi tan grandes como los de caña de cerveza, nos sirven *zombies*, cócteles con siete tipos de ron superpuestos: el tono del líquido ambarino va degradándose por capas regulares de marrón oscuro a amarillo claro. La comida nos traslada, de forma inesperada, a China. Los platos no tienen esa presentación demasiado vistosa que en América a menudo disuade al paladar más dispuesto: al contrario, entran por los ojos estimulando los jugos gástricos; y si la cocina francesa es «reflexiva», según la expresión acuñada por Colette, ésta parece fruto de una meditación milenaria.

A medianoche, N., I. y yo estamos otra vez solos en lo alto de una colina. Nos sentamos en el suelo y fumamos en silencio. A nuestros pies, Los Ángeles es un prodigio silencioso. En la línea del horizonte hay luces titilantes. Entre girándulas rojas, verdes y blancas reptan grandes luciérnagas sigilosas.

Escaneado con CamScanner

Ahora no me dejo embaucar por el espejismo; lo sé, sólo son avenidas jalonadas de farolas, rótulos de neón, faros. Espejismo o no, las luces continúan titilando; son una verdad en sí mismas; aunque sólo sean reveladoras de la presencia despojada del ser humano. Aquí viven seres humanos y la tierra sigue girando en la paz de la noche con esta llaga deslumbrante en el costado.

28 de febrero

La campaña del Congreso contra los sindicatos se recrudece. El senador Taft, apoyado por otros senadores republicanos, acusa a los líderes del CIO* de estar afiliados al partido comunista: es la maniobra típica. I. se indigna. Cuando le pregunto: «¿No se puede hacer nada? ¿Qué vais a hacer?», parece, como todos a los que hago esta pregunta, desconcertado.

Esta mañana me voy con N. de viaje por California. La primera etapa es Ojai, un pueblo de la montaña donde viven los padres de I., que se reunirá con nosotras esta noche. En seguida la carretera se encarama por las colinas; está desierta y es salvaje, con grandes tramos dando al mar. De tarde en tarde, un hostal; todos son pintorescos, construidos al estilo *western* con troncos de madera; a veces tienen letreros con viejas carretas de emigrante con toldo verde como insignias distintivas, pero normalmente sólo una o dos ruedas apoyadas contra un muro. Junto a una de esas casitas, un enorme elefante de carne y hueso se pavonea tras una cerca; más allá hay un león vivo que atrae las miradas de los que pasan. Paramos en un hostal donde servirían una comida refinada si estuviéramos en Francia; tiene una chimenea grande, bancos de madera, ventanas de cristales cuadrados, vigas en el techo; pero nos sirven comida de drugstore. Dejamos la carretera general, bajamos hacia un valle por un camino angosto, sinuoso, lleno de baches. En un rincón a la sombra junto un río, hay un terreno para acampar listo para el turismo: mesas, ban-

* Congress of Industrial Organizations, central sindical fundada en 1936. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

cos, hogares para encender fuego, trapecios y columpios; sólo hay que plantar las tiendas de campaña. Se accede en coche, desde luego; las distancias son demasiado grandes como para venir a pie o en bicicleta. Se acampa sin problemas en tráilers como los que vi aparcados en las afueras de Los Ángeles; son auténticas casas con ruedas provistas de todas las comodidades americanas, pero sólo se pueden estacionar en emplazamientos destinados para ese fin, y tienen prohibido circular por carreteritas como ésta.

Bajamos un valle regalándonos la vista con el típico paisaje que se espera encontrar en California: rodeado de montañas por tres lados, se ensancha por el cuarto descendiendo hacia el mar, que se divisa a lo lejos. Todo este circo está lleno de naranjos en hileras, tan ordenadas como los árboles en los vergeles de los viejos tapices; algo que yo no había previsto son esas estufitas de hierro negruzco clavadas en los surcos: el valle tienen una altitud considerable y puede helar cualquier noche de invierno; toda la cosecha se echaría a perder. Como los *minute-men* de la guerra de la Independencia, hay hombres encargados de acudir de inmediato, al oír la señal de alarma, para encender y alimentar los fuegos protectores. El cochecito amarillo avanza renqueando a campo traviesa; se hunde en la tierra húmeda al avanzar, escala esas colinas de rocalla y matorrales por donde a N. le gusta pasearse a caballo. Retomamos la carretera de Ojai. En este lugar privilegiado, Ojai resulta tan desamparado como un poblado del Middle West: una tétrica calle blanca llena de bancos y tiendas, que más calles blancas cruzan perpendicularmente.

Vamos de compras para la cena. Es la primera vez que entro en uno de estos mercados gigantescos. Parece una feria agrícola: frutas y verduras colosales, repulidas, brillantes, con ese lustre un poco falso de los productos de invernadero demasiado exuberantes; los avatares de la lluvia y el sol no les han dejado huella. N. coge un carrito de hierro de un rincón y lo va empujando; nos paseamos por las diferentes secciones y arramblamos con todo lo que nos apetece; hay tal variedad de carnes y pescados —y, sobre todo, de conservas— que

Escaneado con CamScanner

resulta muy difícil elegir; ni nuestras necesidades, ni siquiera nuestros deseos, se corresponden con una abundancia tan torrencial.

E., la madre de I., es una inglesa que se casó con un americano, luego se divorció y contrajo segundas nupcias hace ahora quince años. Era muy hermosa, como he podido constatar en una fotografía de Man Ray. Ha viajado mucho y frecuentado siempre medios artísticos y literarios; ha sido amiga de Frieda Lawrence y de Bret; N. me dice que la vida que ahora lleva con V. es representativa de la de muchos intelectuales o artistas de la costa: son mayoría los que llegan atraídos por el clima y la belleza del paisaje. A E. le interesa muy especialmente el teatro. En un rincón perdido del valle, N. me enseña un pequeño pabellón aislado convertido en teatro. Allí, una compañía de aficionados representa, de tarde en tarde, bajo la dirección de E., obras clásicas o modernas. E. interpreta a los grandes personajes femeninos; el resto del reparto suele estar compuesto por actores de Los Ángeles y por habitantes de Ojai: entre otros hay un ebanista al que E. enseña pacientemente la profesión. En este momento están preparando *Macbeth*.

La casa está oculta entre naranjos y rodeada por un jardín silvestre lleno de árboles y flores: ni setos, ni muros, ni cerrojo en la puerta, aunque no haya nadie en ella. El jardín, sobre un pequeño promontorio, domina el valle y el mar, adentrándose imperceptiblemente en el campo y los grandes ventanales acristalados parecen no separarlo de un estudio por el que se filtra el cielo: las paredes me parecen tan finas como la tela de una tienda de campaña, no me encierran. Pero no se trata de un campamento, es un interior en toda regla, y de los más cautivadores que he visto; predomina el estilo mexicano; alfombras, tapices, viejas vasijas indias, sólo piezas raras; me gustan sobre todo esos grandes gallos altaneros de metal recortado. Me pongo cómoda. Un nuevo sueño infantil hecho realidad: tras un recodo del bosque, encontrar como por milagro una casita que no esperabas y que está preparada para ti, que no es para ti y es tuya, deambular de habitación en

Escaneado con CamScanner

habitación, tocar los objetos, degustar guisos con ademanes imprevistos y previstos... Suena el teléfono. I. y su madre anuncian que llegarán tarde porque hay una incendio forestal que corta el tramo entre Los Ángeles y Ojai.

El primero que aparece, en un gran automóvil descapotable, es F. Me han hablado bastante de él; es lo que aquí llaman un *character*. Lo primero que llama la atención es su belleza: moreno, ojos azul intenso en una cara huesuda y alegre. Lo segundo, su forma de vestir. Va como un cow-boy de alto nivel: botas de cuero labrado, pantalones de pana, chaqueta de ante, camisa de cuadros a juego con el pantalón, cinturón ancho de cuero con remaches turquesas, pañuelo de seda anudado al cuello con un alfiler turquesa. Lleva anillos de plata tallada en los dedos: tal vez sean demasiadas joyas, pero de una tosquedad que combina bien con el cuero de las botas y la chaqueta. Esta indumentaria no es un disfraz en California. F. nos lleva a su habitación y nos muestra un ajuar de cinturones de cuero y plata, chalecos de ante, pañuelos, botas con dibujos verdes o rojos, que pondrían verdes de envidia a muchas mujeres. Monta a caballo como un cow-boy de verdad. Se gana la vida haciendo papelitos de tarde en tarde en películas de Hollywood. El resto del tiempo se aburre de esa manera que la gente lo hace en América cuando no trabaja. Se monta en su gran automóvil en busca de otra gente que se aburre, los lleva a casa de otros, y cuando ha conseguido formar un grupo lo bastante numeroso, decide que se lo ha pasado muy bien.

I. y su madre llegan por fin. E. es muy delgada y todavía joven, con un vestido naranja ceñido al talle por un cinturón con remaches de oro. Cenamos lo que ha preparado N.; bebemos whisky y ponemos discos. E. tiene una estupenda colección de canciones de vaqueros y otras que los emigrantes cantaban en su ruta hacia el oeste; también escucho viejas baladas medievales inglesas recogidas a partir del siglo XVIII por músicos populares americanos; algunas están muy cerca temáticamente de las antiguas baladas francesas. *Randall my son* es la historia de un caballero envenenado por su amada: es casi la misma historia que la del rey Reinaldo. Escucho. Y en

Escaneado con CamScanner

estos viejos estribillos, América se me antoja más presente que nunca. En este instante, Times Square estará rutilante, negros bailando desenfrenadamente en la pista del Savoy, las bellezas marchitas de la Bowery se remangan las faldas, hombres solitarios tiritan en la avenida West Madison, mendigando a la entrada de las flop-houses, las bolas se deslizan por las enceradas pistas de las boleras y sobre los tapetes verdes de los billares, los estudiantes de Vassar y Macon duermen en sus camas blancas, en la esquina de una barra se desploman cuerpos saturados de alcohol, en los salones distinguidos hay multitudes mirando silenciosas un drama pintado en blanco y negro, en habitaciones solitarias hombres escriben a máquina, viejas señoras hacen punto. Mis recuerdos empiezan a darme vértigo: América no está en ninguna parte. Pero la música se hurta al rigor de la dimensión espacial: puede contener en sí misma lo que no está en ninguna parte. Lo hace, me lo brinda. Al menos eso me parece esta noche.

1 de marzo

A través de la puerta abierta de par en par puedo ver a E. en bata de seda exótica, sentada en su gran cama; dos perros enormes están echados en las mantas de piel y a la altura del cabezal hay dos desconocidos declamando. En el jardín, otro camina de un lado a otro con un libro en las manos, dando muestras de una gran agitación. N. se afana en la cocina. Los armarios, la nevera, están vacíos, muy en la línea de la tradición bohemia más genuina. Menos mal que ayer compramos algo para preparar un copioso desayuno.

No me apetece dejar esta casa que quizás nunca más volveré a ver: una pequeña muerte más; ya ha habido muchas en este viaje. Pero mañana tengo que estar en San Francisco y no queremos andar con prisas. N. y yo nos acomodamos en el gran coche rojo de I., que nos lo ha prestado porque es más rápido; N. se lanza contra un seto, consigue salir triunfal y abandonamos el jardín en una nube de polvo: hace sólo dos semanas que le han dado el carnet de conducir tras dos intentos fallidos.

Escaneado con CamScanner

Una vez fuera de Ojai, nos cuesta un poco encontrar el camino; es sorprendente, pero en América no hay letreros indicadores ni hitos kilométricos; ni siquiera se señalizan las direcciones en los ramales. En un garaje nos informan: las placas azules con el número 1 y un oso, distintivo de California, nos mostrarán el camino correcto, pero sólo aparecen de vez en cuando y, como hecho a propósito, nunca al llegar a un cruce. Hace buen tiempo, el aire huele a flor de naranjo. Vamos subiendo y bajando colinas a lo largo de la costa, a lo lejos se divisan el mar y las playas de moda. Unas veces atravesamos barrios residenciales y la carretera entre jardines se convierte en una cuidada avenida de setos bien podados a los lados y hermosos árboles de sombra; otras vamos a toda velocidad por la montaña desierta; ni un coche por esta carretera angosta y sinuosa que se hace cada vez más montaraz, y N. y yo nos decimos que Georges Duhamel debió de recorrer muy poco América para atreverse a afirmar que las vallas publicitarias no dejan ver el campo. A pesar de sus ciudades gigantescas, sus fábricas, su civilización mecánica, este país sigue siendo uno de los más vírgenes del mundo; el hombre con sus construcciones y toda su aparatosa intervención constituye un fenómeno nuevo y esporádico cuyos laboriosos esfuerzos sólo consiguen arañar la corteza terrestre; es lo que se siente al alejarse de las grandes aglomeraciones urbanas.

En un pueblo de fealdad implacable comemos hamburguesas llenas de cebolla, prensadas entre las dos mitades de un *bun*. Y seguimos adelante hasta el anochecer. Hacia las siete paramos; hemos llegado a un lugar al borde de una bahía rematada por un peñasco enorme. Desde el tren, desde el autobús, he codiciado muchas veces lugares parecidos a este donde vamos a pernoctar y que aquí llaman *court* o *motel*. Parece un beaterio de factura moderna. En torno a un cercado, filas de casitas de madera con garaje contiguo: se alquilan por una o varias noches a los automovilistas de paso. Cuando no hay ninguna libre, un gran letrero anuncia: *No vacancy*. Pero esta noche no hay ningún letrero, así que nos dirigimos a una caseta con un bonito rótulo luminoso de un verde esperanza,

Escaneado con CamScanner

que señala dónde queda la oficina de alquiler. Y aquí estamos, dueñas por una noche de una minúscula villa al borde del mar; tenemos una habitación grande, un cuarto de baño con hornillo de gas, un balcón desde donde miramos las primeras estrellas. Hemos pagado, tenemos la llave, podemos entrar y salir a nuestro antojo. Cenamos en un restaurante igual de agradable que nuestra casa rural. Es una terraza construida sobre pilotes por encima del mar, con mesitas iluminadas por velas de colores y llama temblorosa rasgando la penumbra, encajadas en el gollete de esas botellas con lágrimas de cera que tanto me gustan. Nos sirven un pescado que me parece delicioso. Fuera sólo hay una calle sin cines, ni drugstores. Me acostaré pronto: lo necesito.

2 de marzo

Salimos a las siete; hasta San Francisco quedan 300 millas. La carretera es como una cornisa excavada en la ladera de las montañas que caen en picado sobre el mar; serpentea vertiginosamente sobre el abismo. Ni una casa, ni un coche, ni una planta ni un animal doméstico: los hombres están lejos; dentro del coche protector que nos lleva, nos sentimos desorientadas, como si cruzáramos a pie la meseta de las Causses o la espesura corsa; el lugar ideal para que Humphrey Bogart despeñe a su mujer simulando un accidente. Al cabo de dos horas, nos quedamos estupefactas al descubrir de pronto, como colgado al borde de la cornisa, un hostal construido con troncos de madera y circundado por un porche con flores: ¿así que hay gente que a veces pasa por aquí? Comemos huevos con beicon; el paisaje centellea a nuestro alrededor; se paga el lugar y la soledad: el desayuno nos sale como una comida. El hostelero nos ve partir sorprendido. No se suelen ver mujeres viajando solas por las carreteras de California. Las americanas conducen por las ciudades, pero es raro que emprendan un viaje sin apoyo masculino, cosa que dice mucho sobre su independencia real.

La naturaleza no se aplaca; seguimos sobre el mar por una gran muralla de escarpados peñascos. Son las once cuando en-

Escaneado con CamScanner

tramos en Monterrey; aquí se libró la batalla en la que Estados Unidos arrebató California del Sur a México: célebre batalla porque en ella perecieron, y digo bien, cuatro hombres. Monterrey es un viejo puerto que ha conservado escrupulosamente los vestigios de su pasado mexicano. Un letrero induce a los automovilistas a seguir la línea roja discontinua trazada en la calzada: conduce, siguiendo el itinerario más racional, a las principales curiosidades de la ciudad; ante las viejas casonas de madera carcomida y llenas de flores, hay carteles a la entrada que cuentan su historia; han catalogado con igual celo viviendas de gobernantes virtuosos y bandoleros famosos; aquí un teatro centenario y una antigua posada, más allá la barraca donde los buscadores de oro almacenaban sacos del polvo preciado. Hay muchos rincones pintorescos, paredes de color naranja y albaricoque, cenadores con emparrado, hostales de colores, pero tienen algo de piezas de museo, se nota que todavía estamos en Estados Unidos. Sólo en el puerto, una vez pasada la aglomeración de un centro urbano típicamente americano, tenemos la agradable sensación de no estar por fin en ningún país concreto. Un malecón enorme de madera se adentra en el mar, rodeado por barcas de pesca de colores meridionales; a ambos lados hay casetas donde se venden enormes peces rosas, azulados, plateados, con o sin escamas, que reposan entre hielo picado; en el suelo hay un despliegue de grandes conchas de abulón, todavía con algas mojadas y de nácar irisado por dentro: a cinco centavos la pieza. El olor de este mercado es tan fresco como el del mar. Al final del rompeolas, hay restaurantes construidos sobre pilotes; todos de madera, todos con balcones y terrazas soleadas. Elegimos uno de estilo mexicano: paredes amarillas, muebles de madera pintada en colores vivos y adornados con ingenuos dibujos, es fresco y claro; por la noche, se encienden velas puestas en candelabros de cera. Almorzamos en el balcón, frente a las barcas de pesca; brilla un sol amortiguado por el viento. La comida es italiana. Comemos pescado fresco y una pizza: la hemos pedido «pequeña», ni gigante, ni grande, ni siquiera mediana; nos traen una especie de torta cubierta de

Escaneado con CamScanner

tomate y anchoas, como para ocupar dos platos. Nos quedamos anonadadas. Las pizzas «gigantes» deben de ser como una rueda de carreta.

El paisaje se dulcifica un poco. Atravesamos Carmel, uno de los lugares más famosos de esta costa; plagado de jardines, árboles y flores, el pueblo en sí mismo es bonito. No tenemos tiempo de visitar las misiones españolas, pero cruzamos por el parque: esta palabra no significa lo mismo en Estados Unidos que en Europa; aquí designa una extensión de terreno protegida por el gobierno; a veces hay que pagar para entrar, pero es una porción de naturaleza en bruto; éste en concreto no es más que un rincón de costa; en lugar de tomar la carretera principal, por un dólar podemos seguir bordeando el mar: las rocas, la violencia de las olas, hacen pensar en Quiberon; es muy hermoso, pero echamos de menos la quietud matinal: centenares de automovilistas han venido de San Francisco a pasar el domingo. Una vez que dejamos atrás Carmel, nos encontramos de nuevo en los desiertos; cruzamos bosques inmensos de pinos; en una cañada, en un claro del bosque, al salir de una garganta, se erige de tarde en tarde un hostal aislado, o uno de esos *lodges* formados por casitas yuxtapuestas, o un campamento, es decir, barracas en torno a una fuente: nos gustaría parar por algunos días en estos parajes tan recónditos como en los que los monjes de antaño levantaban sus ermitas. Aunque el mapa indique un conjunto urbano, sólo se divisan algunas casas medio ocultas por los árboles y separadas por vastas extensiones silenciosas. Abro los ojos de par en par para ver Big Sur, donde vive Henry Miller, y sólo vislumbro un hostal estilo cabaña, flanqueado por una gasolinera. La mano del hombre casi no ha desvirgado esta vasta y magnífica costa.

Al acercarnos a San Francisco, las playas se multiplican: bullen de gente; el domingo se acaba y la gente inicia el regreso a la ciudad; los coches van en fila india por una carretera angosta y sinuosa donde adelantar resulta problemático; sin embargo, avanzan a velocidad dispar; hay flamantes bólidos y antiguallas destartaladas que suben las costas resoplan-

Escaneado con CamScanner

do. Crece la marabunta. Ante nuestros ojos se extiende una serpiente de anillos relucientes y no nos queda más remedio que seguirla con resignación; una vez, N. adelanta a dos coches que van a paso de tortuga, pero durante un gran trecho le resulta imposible volver a meterse en la fila del carril derecho.

Sin embargo, la impaciencia nos devora: resulta fascinante poder dejar esta soledad, la idea de una ciudad grande con luces y ajetreo. Además, estamos aturdidas por el aire libre y el cansancio; tenemos ganas de meternos entre cuatro paredes, de un sillón inmóvil, de whisky y de una atmósfera refinada. En el ramal donde se entrecruzan anchas autopistas, se rompe el engranaje, los coches se dispersan en abanico. Pero ¿qué hacer ahora con la libertad que nos devuelven? ¿Dónde está la ciudad? Divisamos colinas con formas cúbicas blancas y escalonadas: parece una ciudad árabe o un cementerio enorme. ¿Es la ciudad? Para tratar de orientarnos, trepamos por una de las colinas; pero desde arriba, no vemos otra cosa —ni delante ni detrás de nosotras— que la carretera descendiendo vertiginosamente: los frenos del coche no son infalibles y nos da más pánico que el scenic-railway. Nos lanzamos, a partir de ahora queremos evitar las colinas, pero es imposible, estos barrios parecen construidos en montañas rusas. Hemos debido equivocarnos de camino, porque atravesamos un parque que nunca se acaba. ¿Dónde está la ciudad? Empiezo a creer que nos la han escamoteado. De pronto, desembocamos en un gran puente de color oro rojizo: es el Golden Gate, y descubrimos San Francisco en todo su esplendor a la derecha, escalonada en las colinas que bordean su magnífica bahía; la ciudad es toda blanca y el sol de poniente la envuelve en luz dorada. Me da un vuelco el corazón: es algo tan nuevo, en América, una ciudad abarcable de un vistazo, una ciudad que no brota caprichosamente de la tierra, edificada, y cuya arquitectura está hecha a partir de su gran molde natural. Quisiera bajarme del coche, mirar; por fin algo humano que se deja contemplar. Pero hay un letrero luminoso con las palabras: «No detenerse». No detenerse; y lo peor es que no se

Escaneado con CamScanner

puede cambiar de sentido: está prohibido circular con dirección a la ciudad. Sin darnos cuenta, nos hemos metido en otro embotellamiento y sólo podemos cruzar el puente: la idea de dar un rodeo de al menos treinta millas nos desespera. El cobrador del peaje sentencia: «Hay que cruzar». Decididamente, los mecanismos americanos son de una perfección temible, no permiten error alguno; ni lo contemplan ni proporcionan los medios de enmendarlo; tanto en las carreteras como en la vida, se apuesta por el éxito. Negociamos; al final el empleado se apiada de nosotras y nos indica una complicadísima maniobra que, tras vueltas y revueltas por túneles subterráneos, nos llevará de regreso a la ciudad. N. abrevia; acelera hacia un túnel con un letrero que dice «prohibido el paso» y oímos detrás de nosotras el ruido de un tablón cayendo al mar; pero al salir a la luz, tenemos San Francisco delante de nosotras.

Un americano no sale de viaje sin reservar escrupulosamente sus habitaciones de hotel; me han repetido diez veces que sin tomar esa precaución no encontraré alojamiento. Lo encontré sin problemas en Buffalo. Aquí también, y nos parece que hemos tardado poquísimo: hay que decir que en Francia muchas veces hemos pasado más agobios. Dejamos el coche en un garaje, tomamos un taxi que se lanza sin pestañear por estas calles en tobogán y pedimos que nos lleve al Mark Hopkins. Es el Empire State Building de San Francisco. El bar de la última planta, con su luz mortecina, sus alfombras, sus sillones de cuero, el murmullo tenue de voces y el destello de vasos de whisky entrechocando, es justo el buen puerto que anhelábamos. Pero retienen a N. en la puerta: aquí sirven licores, se prohíbe la entrada a menores; ella enseña su carnet de identidad y pasamos.

Es un salón todo acristalado, así que lo recorremos despacio contemplando el panorama de luces que se extiende a nuestros pies. Es mucho más hermosa que la vista nocturna de Los Ángeles, más incluso que la de Nueva York, por el amplio dibujo de la bahía trazado en líneas brillantes sobre el fondo de las negras aguas, por sus lenguas de fuego rielando en el mar. Contemplando este cielo artificial en todo su

Escaneado con CamScanner

esplendor, umbral de soledades infinitas, experimento más que nunca esa sensación que América ha despertado en mí tan a menudo: no hay separación entre el reino del hombre y la naturaleza, las colonias humanas han creado con manos animales estos paisajes de piedra y luz; si el hombre conquista la tierra es porque emana de ella. Tal vez porque carecen de una historia dilatada que las relativice, parecen ciudades talladas abruptamente en la corteza terrestre; privadas de un pasado humano, hunden directamente sus raíces en las profundidades de un planeta cien veces milenario.

Miramos un buen rato. En los viajes hay momentos prometedores y otros que constituirán recuerdos: éste es autosuficiente. Servirá de modelo a muchos momentos futuros: su contorno quedará impreso en filigrana a través del tiempo. Miramos un buen rato, y luego bajamos a confundirnos con la noche.

3 de marzo

He visto muchas ciudades construidas por encima del nivel del mar. Por muy diferentes que sean Marsella, Argel, Lisboa, Nápoles, todas tienen una característica común: sus colinas se utilizan como elementos arquitectónicos; las calles se adaptan a las curvas, trepan en espiral, pero se puede divisar el mar desde cualquier parte; su plano, que parece complicado en los mapas, resulta natural y simple en la realidad. Aquí pasa justo lo contrario: San Francisco es un espectáculo de tenaz abstracción, un delirio geométrico. El urbanista trazó su plano en el papel sin cotejarlo con el lugar: es un damero de líneas muy rectas, exactamente igual que Nueva York o Buffalo. Las colinas, esos accidentes demasiado concretos, han sido obviadas; las calles trepan y se descuelgan por ellas sin desdibujar su rigidez. Una de las consecuencias es que casi nunca se divisa el mar; encerradas entre barreras sucesivas que cortan el horizonte, reina una calma de provincias en las calles: bordeadas por casas blancas de tres o cuatro plantas, están pavimentadas con adoquines rojos que recuerdan el límpido enlosado de las cocinas holandesas. San Francisco no tiene los cálidos

Escaneado con CamScanner

tonos cosmopolitas de Barcelona o Marsella; el recuerdo de los buscadores de oro, de sus campamentos, de sus reyertas, parece muy remoto. Se puede ir a pie durante mucho tiempo por sus tranquilos barrios burgueses sin sospechar siquiera que vamos por el centro de una urbe de ochocientos mil habitantes.

De pronto, en lo alto de una avenida similar a otras, nos hemos encontrado al borde de un acantilado que da al océano; para bajar a la llanura que se extiende a nuestros pies, el camino era tan empinado que parecía insensato aventurarse por él en coche. Es la otra consecuencia de este urbanismo abstracto: las pendientes son tan abruptas que algunas están vedadas al tráfico rodado; desalientan hasta a los tranvías; sólo son accesibles a vagonetas de cremallera, herederas de los viejos coches también de cremallera y que hasta hace poco eran tirados por caballos: al llegar arriba el caballo describía un semicírculo y empezaba el descenso; en la actualidad, el conductor se traslada de una punta a otra del vagón. A veces se producen accidentes y se acaba de convocar un referéndum para decidir si suprimir o no esos vehículos tan anticuados. La opinión pública está muy dividida. Las almas sensibles, especialmente las mujeres, quieren conservarlos por amor a la tradición. Es probable que dejen una línea como testimonio.

No hemos visto muy bien San Francisco porque sólo llevamos cuatro días y no conocemos a nadie, pero ha habido momentos felices. Hemos paseado a pie. Hemos deambulado por los escaparates del barrio chino, admirando las sedas, los jades y los gansos que penden despellejados y lustrosos en los escaparates de las tiendas de alimentación. La colina del Telégrafo es un pequeño Montmartre con estudios de artistas, pequeños cafés y minúsculas villas escalonadas. Desde la cima, hemos contemplado un buen rato la bahía azul y oro. A la derecha, el Golden Gate refulge bajo el sol; también un referéndum decidió para ese gran puente metálico su fogoso color cobrizo; para fundir el metal de esas vigas, se han necesitado todas las llamas del sur. Todos los años, tres o cuatro desesperados se precipitan desde lo alto de esa pasarela verti-

Escaneado con CamScanner

ginosa. A la derecha, el Bay Bridge está formado por dos brazos que se apoyan sobre una isla; comunica San Francisco con las zonas industriales del otro lado de la bahía: Oakland, Berkeley, Richmond. De ahí que San Francisco ya no dé la sensación de población plácida, más bien parece el centro de una vasta urbe de tres millones de habitantes. El centro comercial tiene la misma animación que Nueva York o Chicago. Market Street es otro Broadway. En cuanto se llega a los suburbios, nos encontramos con la desolación de las grandes ciudades: avenidas sin terminar como las de Queens o Los Ángeles, estaciones, almacenes, garajes, bifurcaciones en páramos desiertos. Pero rodeada de fábricas, barriadas obreras, ajetreo y pobreza, la bahía es un paraíso exuberante. Una islita que flota entre aguas voluptuosas parece un Edén apacible: es una prisión donde los condenados a muerte esperan la cámara de gas.

Hemos bajado al muelle de pescadores; barcas balanceándose en estrechas dársenas entre malecones de madera; la placita está rodeada de restaurantes con grandes cristaleras donde sirven bogavantes y pescados; en la puerta venden buñuelos fritos, mariscos, cigalas y langostinos grandes entre trozos de hielo. El olor a grasa hirviendo se confunde con el de las algas. Pero si se piensa en el viejo puerto de Marsella, en sus erizos marinos, en sus canciones, éste, tan pintoresco, resulta de una contención excesiva.

Hemos explorado en coche los suburbios y el campo de los alrededores. Hemos bordeado la costa, cruzado parques, escalado colinas. Al borde del mar, había un pequeño parque de atracciones tan tétrico como el Venise de Los Ángeles: dos millas más allá, hay salvajes calas entre las rocas. Como no dejan parar, hemos cruzado el Golden Gate tan lentamente como nos ha sido posible. Hemos cruzado el Bay Bridge; el puente se adentra mucho en la ciudad y anduvimos dando vueltas un rato largo antes de encontrar el acceso; lo veíamos tan alto por encima de nuestras cabezas que no nos hacíamos idea de dónde despegaba. Al entrar hay un peaje y en un letrero se avisa de que quien se quede sin gasolina en mitad del puente tiene que pagar una multa de cinco dólares.

Escaneado con CamScanner

Antes de arrancar, un aparatito descarga a los coches de la electricidad que hayan acumulado: en Nueva York, en Washington, a menudo he sentido descargas eléctricas al tocar objetos metálicos; hay gente que llega a decir que a veces saltan chispas cuando dos personas se estrechan la mano.

Oakland, todo fábricas y parcelas, es horroroso. Pero siempre la misma sorpresa: dejando atrás la última casa, al cabo de cinco minutos estamos en colinas cubiertas de madera, horadadas por lagos, donde durante millas y horas no encontramos nada humano. La carreterita serpentea por el recortado litoral de la bahía entre bosques y matorrales: hay pinos, árboles en flor; este paisaje, que podría recordar algunos rincones agrestes y templados de Francia, resulta, empero, inconfundible: no hay casas ni animales ni campos ni vergeles ni jardines. El campo francés está hecho de «propiedades»; cualquier pedazo de tierra tiene estado civil, hasta las landas y las ciénagas. En cambio los hombres no se han anexionado estas tierras: aunque sus asentamientos sean estables, todavía van por ellas como nómadas.

En el sureste de San Francisco se extiende, a lo largo de una costa plana y pantanosa, un enorme polígono industrial. Los camiones descargan su volquete en la gran carretera que huele a petróleo; conozco pocos sitios tan desagradables. Pero, incluso ahí, basta con desviarse por un caminito a la derecha y en algunas millas se olvida el siglo XX. Toda la península esta recubierta por un vetusto bosque de secuoyas. Secuoya es además una hermosa palabra legendaria; es un bosque menos imponente que esos a los que te transportan las películas en tecnicolor, pero de tonos más raros de ver; los troncos rojizos tienen la belleza mortecina de las viejas alfombras persas, de las sedas apagadas, de los dorados mates. Desde la carretera que bordea la costa, se divisan ambas orillas del océano: el bosque avanza en masas verdinegras, igual que lo ha estado haciendo durante millones de años, a la izquierda hacia el mar abierto y a la derecha hacia el interior de la bahía. Estamos más cerca de San Francisco que Meudon de París: cuesta trabajo creerlo.

Escaneado con CamScanner

De regreso de tanta excursión, anochece y nos sentimos perdidas. Vagamos por Market Street, entrando al azar en bares, cines y restaurantes, dejándonos arrastrar por la multitud; y experimento la misma sensación que he sentido a menudo en Times Square: ¿Cómo penetrar en esta noche? ¿Por dónde tomarla? En Los Ángeles nos han hablado de un night-club, el Dawn Club, donde no hace mucho tocaban buen jazz: está cerrado. Seguro que hay otros locales donde la ciudad nos daría algo de sí misma, pero estamos seguras de que no sabremos dar con ellos; hay gente que los conoce, podrían llevarnos: pero no conocemos a esa gente. Nos quedamos en la superficie de las luces, de los ruidos, de todas las promesas que palpitan de noche en una gran ciudad: no conseguiremos zambullirnos en ella.

Las ciudades americanas son demasiado grandes; por la noche, sus dimensiones se multiplican, se convierten en junglas donde es fácil extraviarse. La segunda noche nos apetecía ver *Forajidos*, la película basada en un relato de Hemingway que proyectaban en un barrio de las afueras. Salimos a pie al anochecer con idea de caminar un poco y tomar después un tranvía, un autobús o un taxi. De pronto nos encontramos en una oscura carretera que se perdía en el infinito, con raíles, vagones inmóviles y hangares a los lados y que más carreteras igual de desoladas cruzaban perpendicularmente: estábamos en el corazón de la ciudad y era un desierto. Comenzó a llover con fuerza y nos sentimos tan desamparadas bajo el viento y la lluvia como en medio de un descampado: ni coche ni cobijo posibles. Por fin, divisamos una luz y llamamos a la puerta de una especie de almacén, cosa que nunca nos habríamos atrevido a hacer en Francia y que, sin embargo, aquí parece muy normal. En efecto: hombres atareados en torno a cajas de embalaje y bultos nos condujeron al teléfono para avisar a un taxi y esperamos bajo techado un cuarto de hora largo. En dos millas, estábamos de nuevo en un barrio lleno de luces y drug-stores acogedores. A pesar de todo, llegamos a tiempo de ver *Forajidos*.

El martes, después de mi conferencia en el Mills College,

Escaneado con CamScanner

el cónsul francés nos llevó a un night-club del barrio chino. La mayoría de los clientes eran chinos; las camareras, las animadoras, las bailarinas, todas se hacían pasar por chinas: de hecho, varias eran filipinas y, sin duda, habría una o dos japonesas. La atracción principal consistía en ver chicas bonitas de ojos rasgados bailando el cancán. La sala estaba decorada con objetos chinos. El público —pintoresco de verdad y, a la vez, común—, el marco y las actuaciones, de exagerado exotismo, creaban un ambiente tan falso que me cautivó. Esta salida nos ha ayudado a conocer algo mejor la noche de San Francisco. Así que hoy, N. y yo hemos decidido pasar una velada interesante.

En primer lugar, se impone ir al teatro chino: ayer lo intentamos, pero no nos dejaron entrar, la representación era sólo para chinos. Esta noche sí nos dejan. Por otro lado, no hay más blancos en la sala que nosotras. Son ya las diez cuando entramos y el espectáculo hace mucho que ha empezado. Hombres, mujeres, niños; el público parece de clase muy humilde. La butaca cuesta sólo cincuenta centavos y el patio de butacas está atestado, lleno de humo y sin nada en las paredes como un cine de Belleville. La mayoría de los espectadores están sentados, pero también los hay trajinando por los pasillos: salen, entran, se quedan de pie un momento y vuelven a salir. Casi todos están comiendo algo: salami, helados o caramelos. El lujo del escenario contrasta con la pobreza del auditorio: ornamentado con cestas inmensas de flores, con banderolas de seda en colores vivos, parece un ostensorio. Bordados en oro y plata, deslumbrantes de colorido, los trajes de los actores son de una fastuosidad real; los carteles de seda, los estandartes que sirven de decorado, también son extraordinariamente ricos. Los maquillajes rojo oscuro transforman los rostros en máscaras inertes; sé que poseen una simbología, pero no la entiendo; desconozco también el significado de los accesorios, en concreto de los grandes bastones con cintas de los actores; desde luego, no me entero de la historia. Me consuela saber que los de al lado no la comprenden mucho mejor: hablan chino popular y el drama es en cantonés clásico. Pero igual

Escaneado con CamScanner

que a ellos, me fascina: la belleza de la mímica, el ritmo de la música y las voces bastan para dejarnos embelesadas; aunque no sigo la trama, capto una a una las situaciones: el amor, el desafío, la cólera, la venganza, la traición, la desesperación se expresan mediante mímica y bailes de una violencia estilizada y lacerante. Los músicos ocupan un lado del escenario y los tramoyistas evolucionan tan tranquilos sobre las tablas: cambian los decorados, traen y quitan muebles a la vista del público. Claudel intentó imitar esta libertad en *El zapato de raso*, pero su esfuerzo traslucía un voluntarismo demasiado calculado: en el mejor de los casos, se podía esperar una complicidad inteligente por parte de los espectadores. Aquí el encanto reside en que las ayudas se hacen invisibles espontáneamente; el héroe ha perdido en combate una de las grandes plumas que ennoblecen su casco; un atrecista la recoge y se la vuelve a colocar sin interrumpir al actor: nadie lo ha visto. La mirada, habituada al mundo imaginario, ya no percibe el mundo real.

Sólo pensábamos entrar y salir y nos hemos quedado dos horas. Vamos a cenar a una tasquita china, parecida a la que nos gustó anoche. Al salir, no tenemos sueño; bajamos hacia esa calle que desemboca en el muelle y sobre la que pende una pancarta anunciando pomposamente: «Concesión internacional». Nos han dicho que es la calle de los locales de mala fama; pero sobre todo, está muerta. Unos pocos marineros medio borrachos no bastan para crear la animación de las ciudades portuarias. Los bares, de decoración hawaiana o mexicana, están vacíos; un pianista o un guitarrista tocan taciturnos en la penumbra. A pesar de tener explosivas pin-up en cartel, no hay nadie en la taquilla del Variétés. El público sólo afluye en masa a un local: es un café-cantante que se llama Au joyeux 1900 y que pretende imitar un cabaré fin de siglo. Beben whisky y cerveza en mesitas rodeadas de butacas de peluche, mientras que por el escenario desfilan caricatos con traje de cuadros, bigote y sombrero de jipijapa, y bailarinas de enaguas negras: los números son entretenidos porque pertenecen a esos espectáculos típicos que los westerns recrean.

Escaneado con CamScanner

De pronto, el escenario se queda vacío y todas las cabezas se vuelven a una pantalla en la que aparecen proyectadas las letras de viejas canciones de amor: la orquesta ejecuta el acompañamiento y la sala entera las corea al unísono. En este instante, pasado y presente se funden de verdad; hace medio siglo estos estribillos se cantaban así, muchos de ellos son deliciosos; pero el público de hoy no recuerda sólo una tradición pasada de moda: se implica de lleno, apasionándose con nuevos bríos. En la pantalla, las coplillas impresas tienen la misma poesía que las imágenes de linterna mágica proyectadas en una época en la que todavía no se habían inventado ni el cine ni el fonógrafo.

¿San Francisco tenía algo mejor que ofrecer? ¿O esos secretos que nos fastidia no haber descubierto son meros espejismos? No lo sabremos jamás.

6 de marzo

El martes di una conferencia en el Mills College. El campus es un exuberante parque suspendido en la loma de una colina, con un olor penetrante a eucalipto que aturde; como en el este, los edificios son de estilo medieval con salas de artesonado de madera, tapices, blasones en oro y azul, vigas descubiertas barnizadas. La cafetería, la oficina de correos, rompen ese ambiente de solemnidad. Las habitaciones de college-girls que he visto se parecen, como todas las habitaciones de estudiantes acomodadas: divanes, estanterías, fotografías de familia e impronta personal que se trasluce por el tipo de objetos decorativos y las fotografías de las paredes. Por los pasillos, las chicas van tan tranquilas en pijama y bata. Las casas de los profesores están desperdigadas por el parque. He pasado un momento de la velada en la de Darius Milhaud, que enseña música.

Hoy tengo que hablar en la Universidad de Berkeley. Un joven escritor que dirige una librería frente a la facultad me viene a buscar en coche. Edita una revista de vanguardia influida por el surrealismo y por Henry Miller. Existe cierto regionalismo cultural en América; Henry Miller no tiene mu-

Escaneado con CamScanner

cha importancia en Nueva York, pero en esta costa oeste donde vive se le considera un genio. Muchos de sus libros están prohibidos, pero circulan copias bajo cuerda; hasta hay discos con grabaciones parciales de sus obras. V. me lleva a una librería que me recuerda un poco a La Maison des Amis des Livres de Adrianne Monnier; es muy pequeña, con una minúscula galería de arte al fondo. Muchos de los nombres que leo en las estanterías me resultan desconocidos; quisiera informarme sobre la nueva generación de escritores, pido consejo; las respuestas que me dan casi no coinciden con lo que me dijeron en Nueva York. Salvo en Faulkner y Melville parece que nadie está de acuerdo, por lo que se refiere a las generaciones anteriores. Desde luego en Francia también tenemos camarillas, prejuicios y partidismos: pero aquí la indecisión llega a desconcertar; los escritores trabajan de espaldas al pasado sin presentir todavía el futuro. Sin embargo, casi todos coinciden en que actualmente se está viviendo una gran renovación poética.

Mientras discutimos, V. —que es poeta— me carga de revistas y libros; me da un disco, un fragmento de *Trópico de Cáncer*. Los libros y discos chirrían en el comedor del Club de la Facultad: un comedor austero de color negro, con una gran mesa corrida en el medio rodeada de viejos engolados. Como en Francia o tal vez más, la mayoría de los profesores universitarios están desvinculados de los movimientos literarios y artísticos de vanguardia. También parecen estarlo de la vida. Seguro que no vendrá de ellos la chispa que podría provocar un poco de inquietud, cierta preocupación por sus responsabilidades en estos jóvenes a quienes se encargan de instruir: sólo sirven para reafirmar el conformismo y la apatía. Anteayer comenzó a discutirse en el Congreso el plan de intervención en Grecia que denominan plan de «ayuda» a Grecia; y Marshall afirmó con vehemencia que estaba dispuesto a combatir el comunismo griego. No obstante, Truman prepara una propuesta que va a presentar en el Congreso y que tiende a apartar de las labores gubernamentales a toda persona considerada «desleal». Por supuesto, el blanco solapado son

Escaneado con CamScanner

los comunistas y liberales de izquierdas. Observo a los jóvenes de aspecto deportivo, a las risueñas chicas de mi auditorio y pienso que, como pasaba con los estudiantes de Los Ángeles, sólo habrá entre ellos uno o dos inquietos de verdad por estas noticias. A veces se dice que América es el país de la libertad. No estoy tan segura. La verdadera juventud es la que se empeña en superarse y conseguir un futuro mejor y no la que se queda estancada con resignación complaciente en el lugar que le han asignado.

7 de marzo

Por la mañana cruzamos el Golden Gate sin esperanza de regresar. He aquí que abandonamos San Francisco para lanzarnos a la aventura por carreteras desconocidas. N. va al volante, yo me ocupo del mapa, y toda la excitación de un viaje que comienza está en nuestros corazones. En coche por estos caminos trazados sabemos que nos sentiremos tan desorientadas y solas por estas regiones agrestes como en las excursiones a pie por las montañas.

Nos recorremos la bahía. El sol calienta desde primeras horas de la mañana. Nuestra primera etapa es Sacramento, adonde llegamos cerca de las diez. En esta capital de California disfruto por primera vez en América de la poesía de las ciudades muertas. El Capitolio, réplica a escala reducida del de Washington, se yergue en medio de un parque, entre césped y árboles; en las ciudades modernas, los árboles quedan confinados a los jardines; aquí jalonan inquietantes avenidas de silencio sepulcral que huelen a hierba, formando una bóveda frondosa de ramas por encima de un céntrico bulevar con viejas y hermosas mansiones de madera a los lados: me gusta su rebuscada arquitectura, sus remates triangulares, sus porches, sus galerías; me gustan sus colores polvorientos. Se espera ver viejos caballeros con sombreros de seda, damas con miriñaques bajando por esas escalinatas. A la salida de San Francisco, es la Brujas de aquí, es Aigües-Mortes. En Europa, las capitales sin vida tienen ocho siglos, ésta apenas tiene uno. Pero está tan embalsamada como ellas.

Escaneado con CamScanner

Para ir de Sacramento a Reno, he escogido la carretera del mapa más estrecha y menos frecuentada: pasa por el lago Tahoe, que me han recomendado ver. Atraviesa una llanura desnuda y luego se pierde entre bosques de pinos. De vez en cuando nos tropezamos con un pueblo de leñadores. Por fin construcciones humanas integradas en el paisaje; están cinceladas en estos árboles de troncos rojizos, construidas con los mismos tablones apilados en los claros de bosque; la madera no es un material impersonal: tiene su color, su olor, su textura; está viva. Unas veces las casas están agrupadas formando asentamientos y otras se extienden a lo largo de calles tortuosas. Atravesamos una ciudad de buscadores de oro conocida en la actualidad por «Placer ville»; pero su verdadero nombre es «Hangtown» y el hostal tiene una enseña que imita el árbol donde colgaban a ladrones y asesinos. Sólo está medio deshabitada; otras lo están del todo; las llaman *ghost-towns*: «ciudades fantasma». Las casas abandonadas hace mucho terminan pudriéndose; todavía hay letreros borrosos anunciando una taberna, un teatro, y a veces restos de carteles. El bosque se hace cada vez más solitario. En un viejo mojón, leo: «Placer, una milla y media», y siento la misma emoción que si divisara el castillo de la bella durmiente del bosque al doblar un recodo del camino. Esos hombres legendarios que tanto me subyugaron en mi infancia, que afloraron en mis sueños, están justo aquí mismo; aquí —o en otro bosque cercano, tal vez en este mismo— rodó Charlot *La quimera del oro*. Por fin veo con mis propios ojos estos paisajes, imaginados gracias a la pantalla y a los libros, y que ya existían en los confines del mundo, igual que los palacios de los cuentos de hadas o los paraísos pintados por Fra Angelico.

No hemos visto ni una casa en mucho tiempo. De pronto un letrero: «6.000 pies». Observo incrédula: la carretera no ha podido ir subiendo desde Sacramento. 7.000 pies. Tenían razón cuando me dijeron que la pendiente de las Montañas Rocosas es tan poco pronunciada que se sube sin sentir; pero se dicen tantas cosas... 8.000 pies. Hay que rendirse a la evidencia. La carretera se ha ido cubriendo de nieve y el viento

Escaneado con CamScanner

que nos da en la cara es glacial. Descubrimos que estamos rodeadas de altas montañas: igual que en Suiza. Pienso también en las nieves de *La quimera del oro*. Estamos cruzando un puerto; una señal advierte: «Firme resbaladizo»; en efecto, hay placas de hielo. Nos viene la imagen del hombre del garaje encogiéndose de hombros cuando nos pusimos en marcha: «Puede que el coche resista o no resista», dijo; «naturalmente que resistirá», pensamos nosotras; sin embargo, si tuviéramos una avería justo aquí... Habría que caminar al menos un día entero para encontrar signos de vida humana y no nos hemos cruzado con un solo coche. N. inicia el descenso muy despacio. Abajo, siempre frío y nieve. Tenemos hambre, a pesar de haber desayunado en Sacramento, y comenzamos a acariciar la idea de parar en algún sitio cómodo y caliente a orillas del lago Tahoe. El lago se extiende en medio de un circo de montañas nevadas; sus aguas son azules como el acero. Avanzamos hacia él para verlo mejor; la tierra está dura y fría bajo nuestros pies, el viento nos da en la cara. Hay bonitos y acogedores hostales, todos cerrados. De nuevo en marcha. El mapa indica varias paradas posibles; no miente, pero todas las casas están sepultadas bajo la nieve; ni rastro de vida humana. Tendremos que llegar hasta Reno con el estómago vacío. Según el mapa, hay una carreterita de veinte millas que conduce hasta allí: no es una gran distancia. Encontramos la carretera, pero con una barrera echada y un letrero: es un camino de montaña impracticable en invierno, la calzada desaparece bajo la nieve.

Me indigno conmigo misma. Mil veces he sentido la sensación de que la naturaleza —salvaje, indomable— aguarda al acecho a la entrada de las ciudades; y como en San Francisco hace bueno casi siempre, he olvidado la resistencia de los climas, de las montañas, de las estaciones. Me he estudiado el mapa como si fuera fiel reflejo de un universo sometido por el hombre, con distancias traducibles en horas y en un número concreto de litros de gasolina. Esta mañana estábamos en San Francisco, sí, y había guardias dirigiendo el tráfico. Ahora ni agentes ni reglamentos. Ya no tenemos que obedecer a nada

Escaneado con CamScanner

ni a nadie, pero tampoco hay nada que nos obedezca. En el dial, la aguja de la gasolina se inclina peligrosamente hacia el cero.

Volver sobre nuestros pasos, retomar la carretera de Carson City, supondría sesenta millas sin posibilidad de ser socorridas. Seguro que nos quedamos sin gasolina. Si seguimos, dentro de veinte millas encontraremos un pueblo: puede que no esté abandonado. Tentamos a la suerte y continuamos bordeando el bello lago helado de color gris. El pueblo está habitado. Llenamos el depósito hasta arriba y comemos; nunca las hamburguesas nos han parecido tan deliciosas.

Ochenta millas más hasta Reno. Cruzamos la frontera estatal y entramos en Nevada. Ha caído la noche y la monotonía de esta carretera agreste permanece imperturbable. Por fin las luces de los primeros moteles. Moteles, courts y lodges se suceden durante millas y millas. Los hay de una enorme variedad en estos pueblos artificiales: unos de estilo mexicano, otros inspirados en iglúes, otros en cottages ingleses. Con sus luces de neón, su césped, sus bosquecillos, parecen parques de atracciones o floridos salones de baile; decepciona pensar que sólo tienen habitaciones y camas. No vacancy. No vacancy. Está todo lleno. Los futuros divorciados vienen a pasar las seis semanas de estancia reglamentaria a estas casitas. Esta industria, que constituye la riqueza de Reno, nunca está en quiebra. Antes de encontrar alojamiento, vagamos un buen rato por la ciudad; al final nos ofrecen una habitación «para cinco personas» que ocupamos fastuosamente.

Toda América es una caja de sorpresas. Pero Reno es tal vez la que más me sorprende. Como asociaba este nombre al de Hollywood, imaginaba una especie de lujoso Montecarlo, lleno de enjoyadas estrellas de cine. Y he ido a parar a un rústico pueblo del Lejano Oeste. Dos avenidas mal iluminadas se cruzan perpendicularmente; un letrero que cuelga sobre la calzada anuncia en letras de neón: «La pequeña ciudad más grande del mundo». En torno a las dos arterias centrales, calles sombrías y desiertas. Las cafeterías y los restaurantes son miserables, los bares están vacíos. Toda la vida se concentra en los clubes. En el exterior, luces rutilantes; grandes enseñas

Escaneado con CamScanner

animadas evocan con letras de fuego la época heroica de los buscadores de oro: un hombre golpeando el suelo con un pico; un asno cargado de lingotes de oro subiendo con paso temblón una colina; una caravana al galope hacia la tierra prometida. Para entrar, hay que empujar esas portezuelas de batientes móviles, cortados a la altura de la rodilla, que tantas veces he visto en las películas del Lejano Oeste: entonces uno se encuentra en mitad de una monstruosa kermés. En las paredes, cuadros con las mismas imágenes legendarias de la fachada, aunque apenas se distinguen entre volutas de humo; alrededor de tapetes verdes, en la barra, en los pasillos, se agolpa una multitud tan pintoresca que a primera vista parece formada por figurantes rodando una película de masas; no obstante, ni siquiera un director de talento habría sido capaz de inventarse esta escena: envueltos en el denso olor del whisky y la ginebra, esos grasientos sombreros de ala ancha, esas mugrientas camisas de cuadros, parecen demasiado reales. Son obreros de las minas de plata, vaqueros llegados de ranchos recónditos, y también vagabundos, marginados arruinados por el juego hace tiempo pero que todavía acuden a respirar el aroma del dólar. Las mujeres son tan miserables como las de la Bowery. Hasta los *croupiers* visten con desaliño y tienen aspecto de pobres. Los mineros tienen prohibida la entrada a estos sitios: una vez más pretenden negar el paso a N.; sin embargo, permanecen abiertos toda la noche. Compramos fichas. Son redondeles de cartón de colores que valen un cuarto, un níquel o un centavo. Juegos de cartas, juegos de dados, miles de juegos diferentes de los que no entiendo nada. Sólo nos atrevemos a jugar a la ruleta. Junto al *croupier* se alinean pilas de magníficos dólares redondos: son los primeros que veo. Aquí se niegan a aceptar billetes de papel verde, sólo dinero contante y sonante que pese en la mano. Es bastante raro que alguien apueste un dólar entero. Con solemne y extravagante ademán, una mujer distribuye fichas de un centavo en las cuatro esquinas del tapete; la mayoría juegan sumas así de minúsculas con parsimonia casi científica. Sobre la barra, hay paneles enormes que anuncian carreras de caballos que se ce-

Escaneado con CamScanner

lebran en toda América; los *bookmakers* recogen las apuestas. Y para mantener a los clientes pendientes de un hilo, se reparten billetes de lotería a todas horas, salen los números premiados y los ganadores reciben a cambio fichas que se juegan en máquinas tragaperras.

Al salir de esos garitos inmensos, resulta sorprendente volver a estas calles tan desabridas. Ni sombra del lujo de Hollywood en estas tiendas, aunque estén dirigidas a una clientela respetable y acomodada. Hay carteles con jóvenes risueñas y lozanas en traje nupcial: «Todos los preparativos de boda. Divorcios rápidos. Cásese en la capilla X... la capillita de las estrellas». En los escaparates, un despliegue de vestidos de tul blanco y satén brillante, de alianzas, de anillos, de joyas, regalos de boda de todo tipo. Esta llamada a la vida hogareña a la salida de tugurios abarrotados de hombres solitarios y mujeres descarriadas, el relumbrón de luces y la estrepitosa carcajada que acompañan aquí a la miseria, constituyen contrastes tan violentos que me dejan perpleja. Pero N. me explica su lógica paradójica. Nevada es el estado más desértico, menos poblado y más pobre de América; sólo tiene tres o cuatro ciudades: Reno, Las Vegas y Carson City. Sus habitantes son mineros y, sobre todo, vaqueros que llevan una vida dura en recónditos ranchos aislados; son ranchos que todavía se rigen por la ley del más fuerte: los asuntos territoriales o de ganado, las diferencias personales, no se dirimen en los tribunales, sino a punta de pistola. No hay burguesía y, por tanto, tampoco moral burguesa; el peso de las prohibiciones puritanas se deja sentir en otros estados, pero jamás han conseguido imponerse en Nevada: el juego, la venta de licores, la vida nocturna, el divorcio están autorizados e incluso —no en el centro, pero sí a las afueras de las ciudades— la prostitución. Esta licencia, producto de la pobreza del país, se ha convertido en fuente de riqueza: en cambio, la opulenta California se asfixia bajo su rígida armadura de moralidad. Divorcio difícil, represión de la prostitución y del juego, reglamentación severa del consumo de alcohol, vida nocturna limitada, en Hollywood yo he sufrido algunas de estas restricciones. De ahí que

Escaneado con CamScanner

los californianos crucen la frontera estatal ansiosos por pasárselo bien: aquí pueden gozar en libertad de todos los placeres; y, a cambio, se dejan en Nevada su buen dinero. Esto explica la prosperidad de Reno y Las Vegas. Pero ante todo, son ciudades con una clientela local: el único pasatiempo de los vaqueros y de los mineros es jugarse en los clubes el salario ganado con tanto esfuerzo. Aquí la moneda es de plata de ley, en parte porque la gente de Nevada tiene un apego primitivo al metal que se extrae dentro de sus fronteras, pero también porque son demasiado pobres para comprar en otros estados, hasta el punto de que las monedas acuñadas en la zona no salen de ella. A veces se pueden encontrar en otras partes de América, pero en pequeña cantidad.

Comprendo. Y Reno, en su deslumbrante y sórdida realidad, me fascina mucho más que el casino que veía en mi imaginación al oír ese nombre. Me cuesta irme a dormir en una ciudad donde la esperanza y la desesperanza jamás duermen.

8 de marzo

Con orgullo, igual que otros periódicos anuncian entregas de premios, enlaces, cumpleaños, nacimientos, los de Reno enumeran cada mañana los divorcios llevados a cabo la víspera. Una larga lista en la que de tarde en tarde destaca el nombre de alguna estrella cinematográfica famosa.

Salimos hacia Lone Pine, donde I. y S. se reunirán con nosotras. La carretera atraviesa un desierto hasta Carson City: un desierto de piedras y hierbas rojizas al pie de montañas nevadas. La pequeña ciudad, capital de Nevada, duerme todavía; ni un coche, ni un peatón. Son las nueve de la mañana: tal vez no despierte jamás. Rodeando un pequeño museo, hay una exposición al aire libre con algunas antiguallas: una locomotora centenaria, carretas de buscadores de oro. Sacramento, Hangtown, Carson City. Aquí el pasado resulta conmovedor precisamente por ser tan reciente; apenas tiene un siglo de vida y, sin embargo, parece tan remoto como nuestra Edad Media; tiene el puro afán de epopeya y de iluminar miniaturas y, sin embargo, la vida palpita todavía bajo su barniz

Escaneado con CamScanner

mortuorio. Esta locomotora de cobre con su ténder cargado de leña es tan caduca como una diligencia: pero contiene en su interior la promesa de todos los trenes que hoy día surcan el globo terráqueo; cercenado del futuro que anunciaba y le proporcionaba sentido, el pasado se marchita como una flor de vivero: en el Lejano Oeste todavía no se ha producido ese corte. Y, sin duda, también tenemos en Francia recordatorios de cosas tan cercanas en el tiempo; pero ocupan un lugar en nuestra historia; son *pasado*. Aquí, el siglo transcurrido constituye todo el *pasado*: antes, nada había comenzado. Ante estas carretas, al atravesar las *ghost-towns*, se sueña con un mundo a la medida del hombre donde uno podría tender la mano a través del espacio y el tiempo para acotar fronteras seguras alrededor de uno mismo.

Ayer entramos en Nevada casi sin darnos cuenta; pero volver a California es otra historia; se trata de un estado cerrado y desconfiado. Los aduaneros examinan escrupulosamente nuestros papeles y N. se expondría a ser gravemente multada si yo fuera una vagabunda recogida en la carretera. Abren nuestras maletas. Hay grandes letreros advirtiendo de que está prohibido introducir en California semillas, flores y plantas procedentes de otro estado: todas estas precauciones se toman contra los parásitos que a menudo azotan las cosechas. En principio, toda mercancía vegetal es sometida nada más llegar a una rigurosa desinfección. Hace algunos años, el emperador de Japón regaló a América un cargamento de grano; se pasó por alto, por cortesía, esa formalidad. Resultó que una gran epidemia arruinó a todos los granjeros; todos los años se gasta un dineral para impedir que aparezca. En los puertos, en las estaciones, en las carreteras generales, la vigilancia es muy severa. Semejantes medidas están especialmente dirigidas a México, cuya salubridad es incierta; a menudo los turistas intentan pasar a escondidas semillas o plantas: la flora mexicana es preciosa. También se les cachea escrupulosamente. Los aduaneros nos piden que enseñemos el forro de nuestros bolsillos, y N. protesta: «¡Sólo hemos pasado una noche en Nevada!», dice. Entonces el empleado guiña un ojo malicio-

160 of 410

Escaneado con CamScanner

samente: «¡Ah, una noche es suficiente!». Y deja pasar a la joven divorciada con la misma sonrisa tierna que dedicaría a una recién casada.

El paisaje es de una belleza fulminante. Una región de desierto y sol, árida como Andalucía, como África, pero recubierta por un finísimo velo de nieve por el que se transparentan colores cálidos; montañas blancas que despejan la amenaza de un sol tórrido. La carretera asciende: hoy tampoco percibimos su pendiente pero nos creemos las señales: 7.000 pies, 8.000 pies; el invierno triunfa sin paliativos; la blancura desnuda de los Alpes nos rodea. Estamos llegando a un puerto que constituye el punto más alto de cualquier carretera existente entre Canadá y México. Hay esquiadores bajando torpemente por las lomas. Entramos en un chalé-refugio donde nos dan de comer y beber; venden tarjetas postales y algunos comestibles. Estos refugios rústicos donde toda la seguridad de la civilización se opone con fuerza al frío, el viento y la soledad, constituyen uno de los encantos del viaje. Uno está como colgado al borde de un acantilado, otro oculto entre secuoyas enormes, aquél medio sepultado por la nieve. En todos hemos hallado los mismos muebles de madera toscos y cómodos, un montón de revistas en las mesas, fonógrafos con discos, hamburguesas y café caliente. Las fotografías en blanco y negro, los caracteres negros sobre papel blanco, descansan los ojos fatigados del viento y de tantas maravillas de la naturaleza. Comiendo, bebiendo, leyendo, echando de nuevo el ancla en el universo de los hombres antes de adentrarnos de nuevo en una tierra salvaje.

Descendemos. La nieve desaparece. El sol vuelve a imponer su ley. Tierra dorada y hierba amarilla, piedras desnudas rodeando lagos inmensos que van escalonándose de meseta en meseta. En cada recodo, en cada ondulación de la carretera, el paisaje cambia; y, sin embargo, es siempre el mismo: atravesamos un único desierto, y está siempre presente en cada visión. Nos sentimos más perdidas que en la costa, donde al menos el mar ponía límites al continente. Aquí, a nuestro alrededor, las líneas huyen hasta el infinito, el horizonte es tan

Escaneado con CamScanner

vasto que da vértigo. Ni rastro de un ser humano. Ni un transeúnte a lo largo de toda la carretera. Ni un coche. Atravesamos un desfiladero llamado Devil's Gate y justo cuando pregunto a N. «¿nos encontraremos con el diablo?», un gran automóvil negro parece surgir de la tierra detrás de nosotras; nos adelanta y se para; aquí tenemos al personaje más famoso de los westerns que se ha salido de la pantalla y avanza hacia nosotras: un gran sombrero de fieltro claro en la cabeza, una estrella en la camisa de seda holgada: el sheriff. Mira a N. con reprobación. «Ha tocado usted la línea blanca; es muy peligroso: suponga que un coche intenta adelantar en ese momento...» Comprobamos de un vistazo que la carretera está desierta hasta la línea del horizonte; cambia de tema; examinando con desconfianza las aletas abolladas, pregunta: «¿Ha tenido ya accidentes? ¿De quién es este coche? ¿De sus padres?». Seguro que la confunde con una college-girl haciendo novillos; hace tiempo que nos seguía, mucho antes de que la rueda rozara la línea blanca; ese coche rojo, esas dos mujeres solas le han intrigado, es probable que también se aburriera. Los papeles están en regla. Se limita a hacer a N. una última advertencia. Se va. Nosotras también. Nos encantaría saber de dónde ha salido: desde hace cien millas, no hemos visto ni una tapia ni un arbolado donde pudiera haberse camuflado.

El primer pueblo que pasamos es tan impersonal, tan feo como todos los que hemos encontrado hasta ahora; el segundo también. Ahora estamos al pie de las mesetas, en mitad de praderas infinitas con búfalos corriendo atropelladamente, con manadas de caballos a galope perseguidas a campo traviesa por vaqueros. Llegamos a Lone Pine a las siete; sólo tiene una calle sin gracia, pero está en un lugar privilegiado. Enfrente de nuestro hotel, en mitad de una cordillera nevada, se alza el monte Whitney, el pico más alto de América; a veinte millas de distancia se extiende el Death Valley por debajo del nivel del mar, así que aquí estamos nosotras, entre la cima más alta y la depresión más baja del nuevo mundo; tras sólo cuatro horas a lomos de una mula, tocaríamos los hielos de las

Escaneado con CamScanner

Rocosas; una hora de coche y mañana sabremos lo que es el calor salado del desierto de verdad. Y estamos a doscientas millas de Los Ángeles. Ahora comprendo lo que S. nos dijo apasionadamente: «En Lone Pine entraréis en contacto con California».

9 de marzo

La mañana es hermosa, el sol calienta suavemente. Hacia mediodía, sentadas en el porche de la entrada, empezamos a vigilar la carretera y a esperar: según el mensaje de anoche, llegaban a mediodía. Almorzamos una gruesa loncha de jamón de Virginia con guarnición de piña en el restaurante de enfrente: es un manjar tan armonioso como el pato a la naranja. Las dos, las tres: esperamos. Dan las cuatro cuando un gran automóvil descapotable se divisa a lo lejos; al principio, no sé quiénes son esos dos vaqueros: llevan grandes sombreros de fieltro blanco, camisas de cuadros rojos y negros, pañuelos al cuello; son I. y S., está claro. Se disculpan: han tenido problemas con el coche. Hemos reservado dos habitaciones en el Lone Pine Hotel, donde N. y yo ya hemos pasado la noche; pero S. declara en seguida que quiere alojarse en el Whitney Hotel porque le trae buenos recuerdos. El Whitney no tiene habitaciones. Y en el Lone Pine no quieren anular las reservas. S. se empecina. Reclama con vehemencia camas que no le dan, rechaza con vehemencia las que le quieren dar. De pronto, nos damos cuenta de que apesta a whisky. I. tampoco parece demasiado sobrio. Nos cuenta un tanto exaltado que esta mañana a las cinco, al salir de un party especial tras la presentación de la última película de Chaplin, S. y él se encontraron por casualidad en Hollywood Boulevard. S. estaba tan loco de alegría con la idea de concederse dos días de vacaciones que había comenzado a celebrar ese regalo inesperado; siguieron celebrándolo hasta las ocho de la mañana, felicitándose además por la casualidad que les había reunido. Ya en la carretera, la inquietud se apoderó varias veces de S.: «Tengo la impresión de que algo no marcha bien», decía. Se paraban en el primer pueblo y, antes de decidir nada, iban a recon-

Escaneado con CamScanner

fortarse con un buen whisky. S. examinaba un poco el coche. «¡Oh, después de todo, no es nada serio!» Así que de susto en susto, de whisky en whisky, lograron un retraso de cuatro horas en un trayecto de cuatro horas. «¡S. está tan contento!», nos dice I. en un aparte. Se diría que habla de un escolar severamente controlado por sus padres y que se acaba de atrever a hacer su primera escapada.

Más whiskys. S. me recuerda que tengo que explicarle el *cogito* cartesiano. Recibido; si quiere, esta noche nos pondremos a ello. Quiere. Ya lo creo. Antes va a enseñarnos el lugar donde rodó hace diez años su última gran película. Subimos todos a su coche y se mete por una carreterita llena de grietas que conduce al monte Whitney. Frena en seco: «Voy a humillaros —dice con solemnidad. Con el índice nos señala las cimas blancas—: Éstas son las montañas más jóvenes de América. —Luego señala la meseta con peñascos enormes—: Y éstas las más viejas». No me siento humillada porque cualquier competición es totalmente imposible, pero lo cierto es que el contraste entre estos dos paisajes es cautivador. En la película de S. las mesetas amarillas pasaban felizmente por las desgastadas montañas de la India; también las han utilizado para el Tíbet. La cordillera del Whitney proporciona a Hollywood imágenes de Suiza, del Himalaya, del Cáucaso. A algunos pasos de distancia, está África con sus dunas de arena, y las sabanas australianas. Lo milagroso es que este falso Tíbet, esta Suiza ilusoria, son porciones reales del planeta. Y ya que el arte se alimenta de mentiras, no veo por qué no rodar exteriores asiáticos en Lone Pine: de los reproches que se dirigen a Hollywood, éste me parece el más estúpido. Me sobresalto, un bache colosal me hace botar en el asiento; el sendero que S. sigue entre rocas amarillas tiene unos baches gigantescos: S. no los ve, ni se molesta. Recuerdo con detalle este paraje. Pero al final de la película, al fondo había una vasta llanura por la que afluía una ejército triunfal; no la veo. S. me señala un cuadrado de tierra del tamaño de un huerto: «¡Es éste!». Explica que colocando la cámara en la cima de tal risco, y con cierto ángulo de inclinación, se obtenía esa magnífica

Escaneado con CamScanner

perspectiva. Bien que mal, el coche gira en redondo; regresamos. Precisamente están construyendo un hangar de madera y yeso blanco para rodar una nueva película: estos exteriores se utilizan a menudo; salen en la mitad de los westerns. S. me dice que él ha subido hasta la cima del Whitney en mula: esta montaña es más alta que el Mont Blanc, pero su latitud está por debajo de la del Atlas. La cumbre, a la que se llega por un sendero para mulas, no está nevada en verano.

Durante la cena S. hace un largo discurso sentimental sobre Francia, América y el mundo en general. El whisky le enternece, pero sus palabras no difieren mucho de las del conferenciante de Emporia en el tren de Chicago: ¿por qué tanta guerra? ¿Por qué odiarse? ¿Acaso no podríamos entendernos todos con un poco de buena voluntad? Muchos americanos siguen engañándose con ese idealismo optimista mientras la prensa Hearst declara que ya ha comenzado la guerra con Rusia. Al abandonar la mesa, repite una o dos veces: «Me tienes que explicar el *cogito* de Descartes». Le acompañamos a su habitación y se desploma sobre la cama.

10 de marzo

A la mañana siguiente, S. está como nuevo y muy digno; es un hombre sensible y tímido, y en el fondo ha bebido por timidez: debe de estar lamentándolo muchísimo. Me subo a su lado en el coche. N. e I. nos siguen y salimos hacia Death Valley. Peligroso para los hombres, ese lugar también resulta temible para los coches debido a oscuros motivos de presión atmosférica, así que N. y yo estamos encantadas de no aventurarnos solas por él.

Nada más salir de Lone Pine, de nuevo el desierto; millas de desierto y de pronto, a orillas de un lago medio seco, un puñado de casuchas de madera; de esta agua estancada se saca sal, blancas pirámides de cristal resplandecen al sol. Ni una hierba sobre el suelo salado; ni pizca de brisa a las diez de la mañana; unos raíles conducen hasta Lone Pine unas vagonetas medio oxidadas, pero no hay tren en las cercanías; y no es cierto en absoluto, como afirma una leyenda optimista,

Escaneado con CamScanner

que cualquier obrero americano tenga coche; los de aquí no. Están encerrados entre el cielo implacable y una tierra fosilizada. Calor, sal, tedio: este lugar tan pintoresco para estar de paso tiene que ser un auténtico infierno terrenal.

No veremos una casa durante mucho tiempo. La carretera serpentea por una montaña de ocres y violetas vivos entremezclados. Nos topamos con un primer valle: es una angostura profunda que discurre entre dos sierras; la vaguada está recubierta de hierba azulada y seca y partida en dos por una carretera: recta, obstinada, la carretera traspasa la ancha depresión, para subir luego en zigzag hasta la cresta de enfrente; en este lugar hostil al hombre, es una emocionante afirmación humana; da su sentido a una tierra que ha sido un lugar de paso difícil y peligroso durante mucho tiempo; todas las trágicas migraciones de los antiguos pioneros se resumen en esta rígida cinta blanca. Muchos aventureros, de camino hacia California, esperaban evitarse el rodeo por las altas crestas, atajando por Death Valley y Panamint Valley; muchos perecieron en estos desiertos salados donde el agua escasea y el calor es insoportable. Hoy día hay un puesto de policía a la entrada de Death Valley: los viajeros deben inscribirse en un registro; se les recomienda no alejarse de la carretera general; sobre todo en verano, perderse o tener averías por los senderos puede convertirse en una aventura mortal. No hace mucho, un viejo héroe de Death Valley llamado Scott, cuyo «castillo» todavía se puede ver, recorría a caballo el valle y se encontró en un rincón aislado a una pareja mayor dentro de un coche que se negaba a arrancar. Les dio un poco de agua y prometió ir en busca de refuerzos: pero comprendió que entre que iba y volvía, los desdichados morirían horriblemente de sed y calor. Scott reflexionó, sacó su revólver y los fulminó de un disparo. Su castillo se yergue entre millas de dunas de arena que recuerdan al Sáhara. Lo dejamos a la derecha y nos dirigimos por un terreno pedregoso con ribetes de sal: es la vasta cuenca de un antiguo lago absorbido por el sol. Ya en esta estación, el calor es devastador; todos estamos empapados de sudor. En unas dos horas, llegaremos a un lugar que llaman

Escaneado con CamScanner

«el Horno», que los emigrantes consideran el epicentro mismo del infierno. Es un oasis minúsculo con algunos manantiales y árboles enclenques; durante el siglo pasado, cuando los manantiales se secaron, a los emigrantes sólo les quedaba aguardar la muerte; hoy día, se las han ingeniado para que el agua no falte nunca; hay un hotel de lujo con terraza donde hay gente tomando baños de sol en tumbonas y un court más modesto compuesto por casetas dispuestas alrededor de una cafetería.

Almorzamos. Luego vamos a ver una exposición de antiguallas en una especie de explanada: carretas de emigrantes con toldos verdes; los aparatos que servían para extraer y purificar el oro; las vagonetas que se utilizaban para transportar el borato una vez que se agotaban las minas; en aquella época se hacían con esfuerzo quince millas diarias. Aquí están los primeros vehículos de transporte público; son viejas carretas que llevan en grandes letras la inscripción Death Valley Stage. Nunca las hazañas épicas del pasado se me han antojado más increíbles que en este lugar, donde han sucedido de verdad. Siento el calor abrasador del sol, veo las crestas inexpugnables, calibro la inmensidad de los espacios: ¿cómo creerse que familias enteras lograron atravesar estas tierras inhóspitas sin ayuda de una carretera? Algunas aguardaron durante meses en estos parajes a que una avanzadilla de los más aguerridos regresara de la costa a salvarlas: y las salvaron, degustaron las delicias de California. ¿Es posible que eso haya sucedido de verdad? Y no hace ni cien años. Nunca he experimentado de forma tan intensa como ahora esa emoción pueril que se desprende de la reciente historia del Lejano Oeste.

Más allá de este tímido oasis, el valle desciende por debajo del nivel del mar. Aquí rodó Von Stroheim las últimas escenas de *Avaricia*. Igual que se descubre Holanda a través de sus viejos pintores, identificando aquí un árbol de Ruysdaël, allá un molino de Hobbema, acullá una pared de Vermeer, se descubre California a través de las imágenes del cine; si tanto me maravillan los vaqueros, los policías, las manadas de búfalos, los caballos a galope, los desfiladeros escarpados, los

Escaneado con CamScanner

pueblos de madera, se debe a que los voy identificando. Pero ningún paisaje me pareció tan turbador en la pantalla como estas franjas de tierra salada, surcadas de profundas grietas, que se reproducen indefinidamente entre laderas de fuego; nunca soñé que las tocaría: lo hago, y en este decorado que rezuma realidad, el drama se hace verídico de golpe; me creo la lucha de los héroes de Stroheim; esta vaguada me da pánico.

No descendemos más por ella. Torcemos a la izquierda para escaparnos por la cresta. El coche de S. se para en seco, escupe agua; esta vez va en serio, algo no marcha bien; se arrastra con dificultad hasta un garaje. Un mecánico hurga en el motor sin convicción: sigue escupiendo. S. vacila, luego decide tentar a la suerte. Anda dos o tres millas y el motor se asfixia. Nos dice que sigamos el viaje sin él: le llevarán del garaje al aeródromo más cercano y volverá a Los Ángeles. I. le ayuda a dar media vuelta, y empuja el coche dejándolo caer despacio por la cuesta. Por supuesto, S. lo siente mucho, pero creo que en el fondo estaba deseando algo así: dos días de libertad son más de lo que puede soportar.

En lo alto de la cresta, encontramos el desierto de Mojave: una meseta inmensa cubierta de piedras y hierba seca. Se pierde en la lejanía; en esa inmensidad reside su belleza, más que en la gradación tonal de plantas verdes y azules, más que en la curva altanera de las montañas. Las cúspides rocosas son más inhumanas que los picos de los Alpes: nadie habita sus sombras ni apacienta sus rebaños en ellas, ningún turista se aventura por allí; tras esta primera barrera hay cordilleras y más cordilleras que ningún ojo humano ha contemplado jamás. Hasta tal punto son extrañas, que parecen hostiles; su presencia es gratuita, tenaz como la luna en el firmamento. Y la tierra entera se me antoja de pronto como un planeta abocado también a los rigores de la paz eterna.

Volvemos a Nevada. Vallas publicitarias jalonan la carretera: «Visite la granja de los animales salvajes. Serpientes. Monos. Coyotes». Los anuncios se suceden con insistencia durante varias millas: «Monos. Serpientes. Coyotes». En el cruce

Escaneado con CamScanner

de dos carreteras, ambas infinitas y desnudas, se alza un edificio: una gasolinera flanqueada por rest-rooms y una especie de bar-supermercado. En el bar, tapete verde y ruleta. Fuera, jaulas con animales encerrados: hay dos monos, algunas serpientes enroscadas sobre sí mismas, una lechuza, un buitre taciturno y uno de esos coyotes que devoran los patos de N. Esta casa de fieras perdida en mitad de un océano de piedras y silencio me parece de lo más insólito. Pero un poco más allá, en el recodo de un atajo, otra valla publicitaria nos invita: «Rancho de las tres fuentes, quince millas. Búfalos. Animales salvajes». Supongo que a los vaqueros de Nevada les interesan apasionadamente los animales; les encanta exhibir los que capturan.

Cae la noche mientras llegamos a Las Vegas. Actualmente, Las Vegas está más de moda que Reno. Por toda California se pueden ver grandes anuncios publicitarios con un vaquero guiñando un ojo con desenfado y un gran puro sesgado en su boca; encima, esta leyenda: «For Fun... Las Vegas». También se puede ver a una chica llamando por teléfono a su boy-friend, que dice enseñando unas piernas de primera: «Sí... pero en el hotel de la Última Frontera, en Las Vegas». Los mismos reclamos que en Reno: «Cásese en la capilla de las estrellas. Todos los preparativos de boda. Divorcios rápidos». Aquí están esos jardines engalanados que sólo son courts y lodges. Y el carrusel de luces de Las Vegas. También es difícil encontrar habitación; pero terminamos dando con un motel que huele a tamarindo y a mimosa; nos alquilan una casita entera: dos habitaciones, cuarto de baño y cocina. Observo que en estos sitios nunca piden documentos de identidad; nadie controla las salidas ni las entradas ni si se llevan o no visitas. Hay muchas maneras de burlar la rigurosidad americana.

Un taxista nos indica un restaurante donde la comida es tan rica que hace olvidar las luces chillonas, el calor y el alboroto. Los clubes se parecen a los de Reno: los mismos rótulos luminosos inspirados en la época de la fiebre del oro, los mismos juegos de azar, la misma lotería entre brumas de alcohol y tabaco. Pero con la miserable clientela de vaqueros y vaga-

Escaneado con CamScanner

bundos se mezcla un público más recatado. Distingo entre la gente a unas mujeres con aspecto de pequeñoburguesas sentadas en taburetes, a ambos lados de un largo mostrador. Todas con una caña de cerveza a un lado y un cartón de la lotería delante; creía que la lotería era una apacible diversión que se practica en familia; y estas mujeres tienen muy bien la edad de madres y abuelas que se distraen con los niños en tranquilas veladas, pero siguen con un ardor maníaco en sus ojos el bombo de la lotería que gira al fondo del mostrador; alguien anuncia por un altavoz la cifra afortunada y colocan sus fichas numeradas en las casillas correspondientes. Cada una de ellas es tan solitaria como las viejas damas francesas que matan sus tardes haciendo «solitarios» junto al fuego. Pero son solitarias todas juntas, por centenares. Y en este inocente pasatiempo, apuestan dinero de verdad.

De todos los clubes, hay uno que nos encanta: tiene un bar fastuoso en rojo y oro con lunas y terciopelos del siglo pasado; nos imaginamos a un Edward Robinson de pelo ensortijado sentado en uno de estos sillones, bebiendo whisky con sus acólitos y vigilando el garito humeante donde se arruinan los buscadores de oro. También nosotros bebemos whisky y nos arruinamos con moderación. Pero nos gustaría ver otras cosas de Las Vegas. Pedimos consejo a un taxista y nos propone el barrio negro. En Nevada y California, las relaciones entre negros y blancos son menos tensas que en Nueva York; nuestra intrusión no parecerá insolente. Así que nos confiamos al conductor. Nos lleva a las afueras de la ciudad. En los confines, están las casas de prostitución: están cerradas desde hace algunos días, pero por iniciativa local y, sin duda, provisionalmente. Luego seguimos por un camino de barro, lleno de baches, que atraviesa una especie de barriada. Entramos en un pequeño bar con aspecto de hostal rural. Nos reciben bien, sobre todo cuando decimos que N. y yo somos francesas. Pero es tarde, los músicos se han ido ya. Tomamos sólo una copa con el conductor y el dueño y nos vamos.

Esta vez, nuestro guía quiere llevarnos a un elegante salón de baile. De acuerdo. Nos lleva al otro lado de la ciudad, al

Escaneado con CamScanner

famoso «hotel de la Última Frontera». Es casi un pueblo entero construido con troncos de madera negra y reluciente; el inmenso vestíbulo está decorado con recuerdos del viejo Lejano Oeste: hay carros colgando del techo, ruedas en las paredes, pieles de animales, cabezas de ciervos, de osos disecados, revólveres, fusiles. Pero lo pintoresco se extingue al entrar en la sala de baile: es uno de esos lugares decentes donde nunca pasa nada; la clientela es burguesa, provinciana y vulgar. Hay parejas bailando sin gracia al son de un jazz para familias; muchas mujeres van de largo, trajes rosa salmón o verde pistacho, con velos y lentejuelas. La camarera nos trae whisky; tiene un gesto duro en la cara con huellas de cansancio, enmarcada por una melena de un rubio artificial; dice en tono un poco impertinente: «Me encantaría saber de qué hablan ustedes... —añade mirándonos a N. y a mí— porque yo las he visto en el periódico; así que me interesa...». Era una fotografía diminuta con un suelto breve en un periódico de Los Ángeles de la semana pasada; para haber reparado en ella, tuvo que leerse escrupulosa y ávidamente todo lo que pasa en el mundo; y si se acuerda, es porque esa imagen debe parecerle el paradigma del éxito, cuyo secreto le encantaría conocer; nos observa de hito en hito con curiosidad ansiosa y desconfiada. Miles de sueños de evasión atormentan a todos estos destinos fabricados en serie; qué duda cabe, más allá de la rutina cotidiana, esta mujer busca a tientas las claves del mundo y de la vida. Después de todo, los ciudadanos de América también se hacen preguntas.

La camarera se dirige, atareada y altiva, hacia otros clientes. En la pista, el animador manda guardar silencio a palmadas: «¿Hay entre el respetable alguna dama de Texas? ¿Quiere hacer el favor de salir a la palestra?». La mujeres de una mesa cercana se echan a reír; después de varias risitas y chismorreos, una de ellas, vestida de seda azul celeste, se planta en mitad de la sala. El animador pide una oriunda de Ohio, otra de Illinois... Cada vez el mismo ritual. Cuando hay una decena de matronas en fila en la pista, reuniendo los colores del arco iris, se les pide que elijan a un caballero. Más risitas. Una rubia

Escaneado con CamScanner

con vestido ciclamen señala ruborizándose a un señor maduro; las demás se alborotan; y ahí tenemos ahora a diez hombres contoneándose contrariados ante miradas encendidas. El animador insta a las mujeres para que vuelvan a su sitio: confiesa que sólo eran un cebo para atraer a los señores, que no parecen muy contentos. Les explican lo que se espera de ellos: tienen que desfilar ante el respetable como si fueran pin-up girls pavoneándose en traje de baño por la playa, y el público elegirá a los ganadores. El animador se remanga el pantalón, se cimbrea con las manos en las caderas en pose típica de concurso de belleza. Los señores siguen sin parecer contentos. Les ponen sombreros de papel en la cabeza. Se desternillan, vacilan. Por fin, un morenito se decide; camina con pose engreída y ondulaciones de grupa. La sala ríe ahogadamente, estalla en carcajadas y aplausos. El de al lado le imita, desfila a su vez y le aclaman. Y ahí los tenemos completamente entregados, tratando febrilmente de superarse unos a otros; entre contoneos de cadera, se desviven con frenesí y el público se atraganta de risa. Los más aplaudidos son Miss Texas y Miss Wisconsin. Hacen un nuevo pase y en ese momento ya se matarían entre ellos por llevarse el premio. Gana Texas entre el clamor general. Ríe, saluda; antes de abandonar el escenario, se arrepiente y dice unas palabras al animador, que asiente y pide silencio: «Señoras, señores, el ganador del premio me pide que les diga que representa a la gran fábrica de chocolates «So and So. El mejor chocolate al mejor precio».

Semejante escena —impensable en Nueva York o en París— nos parece el colmo; aquí ya no puede pasar nada que nos interese. Nos vamos a otro sitio. El hotel está muy lejos del centro urbano, y al salir, nos encontramos en una gran carretera desierta y sombría: sin embargo, es ahí donde están la mayoría de los clubes nocturnos, aunque separados por grandes distancias. Son las tres y todas las salas de fiestas están abiertas, así que se nos presenta el problema de cuál escoger: nos decidimos por varias, una detrás de otra. Para terminar, volvemos al club que nos gustaba tanto. No ha cambiado nada; las señoras mayores siguen jugando a la lotería al

Escaneado con CamScanner

romper el día, los croupiers recogen dólares con ademán impreciso: cometen tan tranquilos esos pequeños errores que en Montecarlo acabarían sin dudarlo con su carrera; los jugadores serios intentan complicadas combinaciones con fichas de un centavo: ahí van dos que abandonan la mesa satisfechos arramblando con una pila de dólares. Resulta fascinante pensar que esta vida tan febril no va a interrumpirse: sin duda, en seguida se aminorará un poco el ritmo, habrá mujeres fregando el suelo, abrirán las ventanas, echarán a algunos borrachos dormidos. Pero el sonido de las máquinas tragaperras no se detendrá.

11 de marzo

A menudo en los drugstores de Nueva York he visto por la mañana jóvenes pálidos pedir a la camarera un vaso de alka-seltzer y tragarse ávidamente el preparado blancuzco. Yo admiraba esta falta de respeto por la naturaleza humana. Esta mañana N. y yo nos preguntamos por qué tenemos ganas de más. Las horas que hemos dormido pueden contarse con los dedos de la mano; para los whiskys que hemos tomado, dos manos casi no serían suficientes. Son las nueve. Paramos en una tienda de ultramarinos con mujeres haciendo la compra. Pero otra vez les ha vencido la pasión por el juego. Ahí tenemos a dos con cestas rebosantes de víveres al brazo y sombreros de flores en la cabeza: buenas amas de casa de mediana edad. De pie ante las máquinas tragaperras, juegan con frenética serenidad.

Una hora más tarde, nos lanzamos por esa carretera recta y fea que va de Las Vegas a Boulder Dam, el gran dique construido perpendicularmente al Colorado y gracias al cual la región empieza a estar convenientemente irrigada. Llegamos a Las Vegas por el desierto y la dejamos atrás cruzando el desierto: Las Vegas sólo es un oasis solitario. No obstante, a veinte millas pasamos junto a un asentamiento tan tétrico como ese de Lone Pine del que extraían sal; aquí reparan aviones; hay cientos de aviones alineados en la llanura, y repulidas casetas tristonas de madera; cielo azul y pedregal hasta decir basta,

Escaneado con CamScanner

sol durante todo el día. Por la noche, las luces de Las Vegas deben de tener los peligrosos colores de la esperanza. Es difícil que un joven de aquí llegue a presidente de Estados Unidos o a ser un Rockefeller.

En la pequeña ciudad de Boulder, unos anuncios reclaman nuestra atención: antes de ir al dique, pase por la oficina de información. Seguimos las flechas dócilmente. En la oficina nos reparten folletos que explican de arriba abajo cuándo, por qué y cómo se construyó el dique. En una sala de proyecciones, una película reconstruye el duro trabajo de quince años. Miramos como buenas turistas aplicadas, pero en seguida nos cansa el espectáculo de vagonetas y grúas. Nos vamos a ver el dique con nuestros propios ojos. La carretera serpentea por las rojas montañas que rodean el Colorado; tras una curva descubrimos el lago artificial, una gran capa de agua de un azul falso que desentona con las piedras rosas de alrededor. Un agua tan insólita en el desierto como un jardín de naranjos entre brezo, como un bosquecillo de abedules entre dunas de arena rojiza: un paisaje irreal, como realizado por ingenuos pintores *naifs* del pasado; tiene los engañosos colores de las telas de Gauguin. Y aunque esté creado por la mano del hombre, es un lago de verdad lo que contemplan nuestros ojos. Al fondo, está el dique. No necesitamos ingenieros que nos expliquen nada para quedarnos prendadas: basta con observar el nivel del lago, el del agua al fondo del angosto cañón y la inclinación casi vertical de esta alta muralla arqueada. Tiene dos millas de largo y está recorrida por galerías a las que se baja en ascensor. Un gran número de turistas que han aparcado el coche a la entrada del puente se disponen a bajar con guías debidamente acreditados a la cabeza. ¿Bajaremos? En las fotos, las galerías parecían pasillos de metro; todas las cifras que el guía va diciendo ya están escritas en los folletos y además se nos van a olvidar. I. tiene que estar mañana a primera hora en el estudio; y tenemos hambre. Damos media vuelta.

Volvemos a cruzar Las Vegas; y vamos a toda velocidad entre pinos y cactos. Tanto hacia el sur como hacia el norte, Las Vegas está a más de cien millas del núcleo urbano más cerca-

Escaneado con CamScanner

no: sin industria, sin comercio, en el corazón de una tierra improductiva, esta ciudad constituye el triunfo del artificio; no hace otra cosa que explotar el desenfreno, que es la otra cara productiva de su pobreza. La meseta está tapizada de un terciopelo irisado en suaves tonos amarillos y verdes; son cactos muy pequeños que crecen tan tupidos como las hierbas de la pradera. Circulamos por este paraje monótono y variado como el mar, al pie de grandes montañas incólumes. Tras dos horas de camino, paramos en una gasolinera; no tiene animales vivos, sino algo más raro todavía: todo un polvoriento museo de animales disecados, cuernos de búfalo, esqueletos de pájaro, peces, cráneos, huesos, tarros con fetos y, sobre todo, serpientes, en concreto de cascabel, momificadas. Todas estas cosas muertas están a punto de morir por segunda vez: se caen a pedazos. ¿Qué hacen aquí? Nos tomamos una copa. Otra vez en marcha. Al cabo de cien millas, otra gasolinera, con un bar decorado con propaganda en color y letreritos en plan chistoso: «No respondemos de los maridos perdidos», «El alcohol mata pero si usted no bebe, también morirá». Estos sitios nos encantan porque parece que nos estaban esperando. Hacer turismo por América tiene un encanto especial: no te aísla del país que te descubre; al contrario, es una de las mejores maneras de conocerlo. Muchas veces, en Italia, en España, en Grecia, he tenido la desagradable sensación de que mi condición de viajera me aislaba de sus habitantes porque éstos casi no viajaban. En cambio, el americano medio dedica gran parte de su ocio a circular por las *high-ways*; las gasolineras, las carreteras, los hoteles, los hostales solitarios no existen más que por y para el turista: y es algo profundamente arraigado en América. Estos paisajes del Lejano Oeste tienen esencialmente una existencia turística; casi nadie vive en ellos; su única faceta humana es la que reciben de las gentes que los atraviesan sin detenerse. Viajando por América no me alejo de ella. Ningún sueño de echar raíces pone en entredicho la feliz embriaguez de coche y viento. No nos ha dado pena dejar Las Vegas: pasamos una noche impagable precisamente porque no tenía mañana; y nos lanzamos sin pesar por este

Escaneado con CamScanner

desierto donde la mera presencia de un asentamiento humano, por muy pequeño que sea, espanta.

Anochece, ya ha anochecido. Una rueda luminosa gira en el cielo oscuro: es el letrero de un hotel. Un martini, una copiosa cena para reponer fuerzas: empezábamos a estar cansados. Pero nos gustaría llegar a Los Ángeles de noche. Todavía quedan cuatro horas de camino. En marcha. Avanzamos veinte millas y el coche se para. I. no consigue hacer que arranque de nuevo.

Miramos a nuestro alrededor. Todavía tenemos suerte. Hay una casa a escasos metros. Empujamos una valla, seguimos por un camino. Vacas mugiendo en la noche. Hay un rebaño inmenso de vacas dentro de una cerca. Un hombre en mono azul las está ordeñando. Le preguntamos si nos deja llamar por teléfono a un garaje: cosa sorprendente, no tiene teléfono. Pero tiene coche y nos llevará a la ciudad cuando termine su trabajo; mañana por la mañana nos repararán el coche; mientras esperamos, podemos aparcarlo en el jardín. Le dejamos con sus vacas y empujamos el coche rojo hacia la casa. Una gran casa de madera, fea, con porche, mecedoras y cojines. El granjero termina de ordeñar, limpia los charquitos de leche. Es un holandés que lleva viviendo aquí veinte años; se ocupa casi sin nadie más de ese gran rebaño; trabaja desde las cinco de la mañana hasta la noche. Ahora son las diez y acaba de terminar la jornada. Nos da vergüenza robarle tiempo de descanso, pero parece que él ni siquiera se lo plantea: tiene que llevarnos a la ciudad igual que tenía que ordeñar vacas; hace una cosa tras otra con la misma tranquila sencillez. Saca un automóvil cubierto último modelo de lujosa carrocería; se ha quitado el mono y lleva un bonito traje y zapatos de cuero reluciente. Nos deja en la ciudad y no se va hasta que encontramos habitación. Dormimos en un motel de lindas casitas de madera clara.

12 de marzo

Por la mañana temprano, el hombre del garaje nos lleva a la granja del holandés. Está atareado con las vacas y nos hace desde lejos un gesto amistoso. Su mujer nos saluda; es una

Escaneado con CamScanner

señora mayor de cabellos blancos como la espuma, frágil y distinguida con su traje de chaqueta azul celeste. Monta en su coche para ir a la ciudad a pagar los impuestos. Seguro que no ha rozado con sus dedos una vaca ni puesto el pie en la lechería en su vida: es el marido quien hace todo el trabajo. El coche rojo no tenía una avería grave. La reparación es rápida y no hay que pagar nada porque I. está afiliado al Touring Club Automobile, que cubre el desplazamiento y la mano de obra del mecánico en caso de avería: sólo corren a cuenta del conductor las piezas de recambio. De nuevo avanzamos velozmente entre cactos. Pero nos paramos en un solitario lunch-room para desayunar y cuando intentamos arrancar el coche, ni se mueve. Amablemente, el dueño del local sube al suyo y, según una técnica que he visto aplicar varias veces en Los Ángeles, nos empuja durante algunas millas; seguro que no es muy bueno para la carrocería, pero a nadie le importa. Con el impulso, el coche arranca: habrá que tener cuidado de no pararse antes de llegar a Los Ángeles.

El paisaje cambia al fin. Descendemos en espiral por montañas recubiertas de matorrales; a lo lejos se ve el mar. El paraje es tan hermoso que tiene categoría de parque nacional; a veces estos parques son como provincias enteras; están protegidos por el gobierno federal; los «monumentos» se diferencian de los parques en que dependen del estado donde se hallan. El Death Valley es un monumento. El cañón del Colorado es un parque. Con frecuencia, el turista no encuentra nada que señalice los límites. Descendemos y el paisaje cambia más todavía: aparecen ciudades; entre las aglomeraciones urbanas, hay hileras de casas a lo largo de la carretera; hay tráilers aparcados, parcelas de terreno, courts, bares, tabernas; en las plantaciones de naranjos, hace un calor que nos deja como aplatanados; en este valle de Los Ángeles los veranos son especialmente tórridos porque las montañas a ambos lados detienen el viento. Hay mercados, puestos atiborrados de naranjas y piñas; es la única nota de color y alegría en este valle polvoriento, donde el sol confiere al blanco de las paredes la concentración del sufrimiento y al verdor de las plantas el

Escaneado con CamScanner

desamparo de la agonía. La aridez de los desiertos es plácida y directa como la muerte. Estas hierbas amarillentas, estas palmeras sedientas, estos arbustos enclenques de hojas tiernas son tristes esfuerzos de una vida que rehúsa la muerte y que muere estando aún viva. Aquí comienza el horror.

La entrada en Los Ángeles es una larga y ardiente agonía. Por las colinas de Hollywood y de Beverly, un poco de aire fresco nos reanima. Allá arriba casi nunca hace calor y hasta el verano resulta soportable. Vuelvo a la casa con ilusión; en la terraza soleada, con el mar azul al fondo y el olor a eucaliptos, qué bien se está sin hacer nada. ¡Qué duro debe de ser trabajar en un clima que incita tanto a la pereza! Ahora que el verano se ha abatido sobre la ciudad, comprendo que en Hollywood se debiliten las ambiciones, se emboten las inteligencias y que sólo lo inmediato parezca real. El azul definitivo de ese cielo resulta a la vez demasiado fácil y demasiado duro.

13 de marzo

A pesar de que mi vida personal es placentera, percibo más claramente que cuando llegué lo deprimente que resulta la atmósfera que se respira en Los Ángeles. Cansa tanto circular por las calles desde por la mañana que no damos demasiadas vueltas. Siempre nos cuesta bajar a la ciudad. Sin embargo, N. ha tenido la valentía de llevarme al cine a ver *Los mejores años de nuestra vida* y *Días sin huella*. En el estudio de la RKO nos han organizado una proyección privada de *Oxbow Incident*, esa obra maestra clásica que los americanos se han negado a exportar porque narra un linchamiento verídico del siglo pasado. Gracias a estas tres películas, he vuelto a ver el tren elevado y las pawn-shops de Nueva York, los garajes, los drugstores, los aparcamientos automovilísticos de todas las ciudades grandes y pequeñas, la fábrica de aviones que encontramos a la entrada de Las Vegas, el árido paisaje de Nevada, y el placer era más intenso que si lo hubiera visto todo al natural. Muchas veces almorzábamos en uno de esos restaurantes fáciles de localizar que se encuentran en cada esquina

Escaneado con CamScanner

de Los Ángeles: imitan chozas, cottages, casas solariegas, con decoración no exenta de encanto; otras comíamos hamburguesas y helados alambicados en esos drive-in que son grandes bares circulares rodeados por filas de vehículos: las camareras te llevan la comida al coche. Al dejar Las Vegas, la vida nocturna nos pareció muy decepcionante; en uno de los clubes nocturnos había hombres maquillados con vestidos de noche, cantando sin convicción canciones obscenas ante un público escaso, compuesto sobre todo de mujeres de aspecto masculino; me pareció triste y pasado de moda. Cuando las luces de todos los bares se apagan a medianoche, Hollywood parece un pueblo puritano, no una ciudad inmensa de escándalo estrepitoso.

Hoy he sentido en mi propia carne la dureza de Los Ángeles. Había quedado en la Cienega con P. C., especialista en temas indios, para que me diera algunas orientaciones sobre Santa Fe, adonde iré pronto. Precisamente se iba de excursión con su mujer y me ha enseñado el interior del tráiler que él mismo se ha acondicionado. Es un derroche de ingenio: la caravana tiene una cama, sillas, horno, nevera, todo plegable y desmontable según convenga. A veces acampan durante semanas en esa casa portátil en las inmediaciones de poblados indios. Me pareció admirable y luego salí en busca de un taxi. Era la una, el asfalto y el alquitrán estaban al rojo vivo. Ni un alma caminando bajo el sol. Mis piernas, todo mi cuerpo comprendió de golpe lo que hasta ese momento sólo había sido un presentimiento: no hay quien vaya a pie, no se puede ir a pie por Los Ángeles, y mucho menos por la Cienega; es algo tan insólito que sólo hay una estrecha franja de acera para peatones surcando esa extensión de hierba milagrosamente fresca que hay delante de cada casa. De vez en cuando, dos mujeres charlando junto a un césped, un hombre regando, pero siempre clavados en el suelo, inmóviles. Sólo los coches van a velocidad de vértigo por una larga carretera, arteria ruidosa y palpitante de un gran organismo adormecido. Desplazarme a pie por aquí es una empresa tan baldía, tan desesperada, como si estuviera en mitad del Sáhara. ¿Dónde

Escaneado con CamScanner

están los taxis? Pregunto en una gasolinera a un mecánico que señala con gesto impreciso el horizonte. Camino. Pregunto a un joven que poda con indolencia un cuadrado de hierba verde. Me mira sorprendido; y en seguida, con esa actitud servicial que se encuentra siempre, en cualquier situación, por toda América, me dice: «¿Quiere que la lleve en coche?». Digo que no, por discreción. Pero me arrepiento. Tengo que arrastrarme media hora más por esta avenida que vuelve a comenzar por enésima vez con las mismas casas en mitad de terrenos de hierba y grava, antes de encontrar un yellow-cab con un conductor que me habla entusiasmado de París.

Pero más que sus carreteras asfaltadas, sus noches puritanas, incluso que los anuncios de neón que mancillan su cielo azul, me ha entristecido la gente que he encontrado en Los Ángeles: estudiantes, cineastas, periodistas. El jueves y el viernes por la mañana di sendas conferencias en las dos universidades de Los Ángeles, situadas una por encima de Westwood y la otra en la parte baja de Los Ángeles. La primera es rica y lujosa; se extiende en un paraje magnífico en lo alto de una colina; no parece un lugar de trabajo sino de esparcimiento. Los estudiantes leen el periódico y fuman tumbados en la hierba, las estudiantes se broncean al sol. La otra es menos aristocrática, pero los estudiantes tendidos en el césped también parecen participar en un alegre pícnic. De hecho, sería injusto pensar que llevan una vida demasiado fácil: en el sur de California, no todos son ricos y desempeñan oficios variopintos, la mayoría manuales, para pagarse los estudios. El profesor francés que me acompaña por estos grandes edificios me dice que muchos de ellos trabajan en serio, pero con una actitud muy escolar que les hace encerrarse exclusivamente en su especialidad: en el departamento de francés, hablan muy bien francés, pero, igual que en otros lugares, estos jóvenes no tienen cultura de verdad porque carecen de un espíritu curioso. B. me lleva a la cafetería. Estudiantes y profesores se entremezclan sin protocolo; se saludan con una desenvoltura recíproca que dejaría estupefactos a los viejos profesores franceses: este trato amistoso en las mesas de café sería inconce-

Escaneado con CamScanner

bible en París. Esta camaradería espontánea, la amabilidad de estudiantes y colegas, hace que la vida del enseñante sea muy agradable, me dice B.; también es una vida infinitamente más espléndida de la que llevaría en Francia. Pero la indiferencia de los estudiantes le confunde. Esta misma mañana, el presidente Truman ha pronunciado un gran discurso donde explica más imperiosamente que nunca que hay que enviar socorro a Grecia y a Turquía, anunciando, en términos que nos traen recuerdos recientes, el comienzo de una cruzada anticomunista. Entre otros, cuenta con el apoyo del secretario de trabajo, que ha pedido la ilegalización del PC acusándolo de tratar de derrocar al gobierno, y con el apoyo de la Cámara de Comercio, que asimila los rojos a una quinta columna y pide que sean declarados fuera de la ley y que los sindicatos obreros se nieguen a admitirlos. Desde luego, hace mucho tiempo que semejantes ideas flotan en el ambiente, que la lucha contra los rojos y contra el trabajo ha comenzado, que estaba anunciada la intervención en Grecia. Pero, de todas formas, el discurso del presidente constituye un acontecimiento de cierta relevancia. «Mire a estos jóvenes —me dice B—, ni uno solo habla del discurso presidencial. Discuten como siempre de deporte. La política no les interesa en absoluto.» Añade que no sólo ellos hacen gala de semejante abulia. «Esta mañana he hablado con una decena de personas —me dice— camareros de café, empleados de tranvía, vendedores de periódicos. Sólo mi zapatero, que es judío, me ha dicho: "Entonces, ¿ha oído usted el discurso de Truman?". A los otros sencillamente ni se les pasaba por la cabeza.» «Desde luego, no pensamos», me dice por la tarde Elsa Maxwell con arrogancia. Es una periodista famosa que escribe columnas de buen tono ilustrado en la prensa reaccionaria —quiero decir en la prensa de gran difusión. La antipatía mutua entre esta Clément Vautel* americana y yo ha sido fulminante. Esta vieja locuaz y pesada,

* Especialista en buen tono de la prensa francesa de entreguerras, autor de libros de éxito como: *Mon curé chez les riches*, *Soy un terrible burgués*, *Voyage au pays des snobs*, etcétera. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

embutida en satén negro hasta los pies, encarna todos los defectos de América sin poseer ninguna de sus cualidades. En ella adquieren forma caricaturesca. Me da a leer los disparates maledicentes que suelta a sus lectores sobre la vida intelectual en la Francia actual; le señalo uno a uno los autores y libros que cita: ¿los ha leído usted? ¿Y éste, lo ha leído? No, no ha leído nada y se vanagloria de ello. «En América —dice— nadie siente necesidad de leer porque nadie piensa. Así que míreme a mí: cientos de miles de personas sólo piensan lo que yo les digo que piensen en mi columna diaria: pero yo tampoco pienso. Así nos va divinamente. Pensar es una pérdida de tiempo, conduce a la anarquía. No pensamos, porque no lo necesitamos, tenemos cierto instinto. Mire el caso de Truman: no es que piense, es que tiene instinto. Su política es un éxito de primera porque tiene un instinto infalible.» Su razonamiento fue tal y como lo cuento, aunque con más palabras; habló de un tirón durante cinco minutos; luego resopló con esfuerzo y volvió a tomar impulso: «Yo también tengo buen instinto; por eso he sabido comportarme siempre con corrección y amar la vida. La vida es maravillosa si sabemos cómo tomarla. El truco consiste en saber ver el lado bueno: todo tiene un lado bueno». Aprovecho cobardemente que hace una pausa de medio segundo para volver a tomar aire, y someto su optimismo a prueba, aludo a la guerra, a los bombardeos, a los campos de deportados. En seguida me interrumpe abruptamente: «Sí, los campos de deportados —dice vagamente; ríe con ganas—: Todo tiene un lado bueno si se tiene buen instinto. —Y concluye—: En Francia, piensan ustedes demasiado». Por supuesto, eligió un tono burlón para decirme estas verdades; pero estas payasadas, a la orden del día en este país cuando se abordan temas importantes, son una forma de adoptar una actitud de superioridad frente al adversario: ni siquiera se le da la oportunidad de discutir seriamente, se elude la crítica por medio de la ironía que uno mismo finge ejercer. De todas formas, la pillé en un renuncio y me di el placer de comprobar que el solo hecho de plantarle cara la descompone; pero en seguida se rehace; su optimis-

Escaneado con CamScanner

mo le reporta mucho dinero y honores; esa fe tan confortable no se habría resquebrajado ni viendo el campo de concentración de Buchenwald.

Los parties donde N. e I. me llevaron eran otro asunto. Había un ambiente simpático en torno a unos vasos de whisky. No he visto muchas estrellas de cine: Annabella me recibió en su encantadora casa donde también conocí a J. P. Aumont. Charles Boyer, que siempre está trabajando cuando un intelectual francés pasa por Los Ángeles y que se defiende con mil artimañas, no se dejó ver. Sobre todo, he conocido guionistas, screen-writers. Lo más entristecedor de su conversación era la repugnancia que todos sentían por la situación actual del cine americano. Todo lo que decían ya lo sabía yo: la censura sólo permite que el erotismo salga a la luz revestido de ñoñería. Como en *Gilda*, hay una normativa específica y pueril sobre la anchura mínima que deben tener los sujetadores y los slips: en el país de las pin-up girls, a veces se obliga a empezar de nuevo una película por culpa de un escote demasiado atrevido; la voluntad de optimismo —que, por ejemplo, desfigura el final de *Los mejores años de nuestra vida*, película, no obstante, de una sinceridad muy arriesgada— echa a perder los guiones; el gusto por el éxito fácil entraña repeticiones hasta el delirio y fórmulas monótonas: de toda película de éxito se pueden sacar veinte refritos; los actores parecen marionetas que repiten mecánicamente personajes ya tan rígidamente codificados como el policía o el guiñol: Claude Rains, Bette Davis, Humphrey Bogart, que han sido grandes actores, se han convertido ya en estereotipos, igual que Pierrot o Arlequín. Lo más sorprendente es que en este campo —igual que en todos los demás— estas amargas constataciones no vayan acompañadas de ninguna esperanza de cambio. Al contrario, todo el mundo piensa que la situación va a empeorar más. En efecto, me parece que Hollywood no sólo adolece de crisis económica o de una división del trabajo excesiva, además de otros accidentes contingentes; el mal es mucho más profundo: América ya no sabe expresarse a sí misma y no se atreve a confesarlo. Como sucede con la vita-

Escaneado con CamScanner

lidad pintoresca y trágica de las calles de Nueva York y de Chicago, los dramas reales y cotidianos de ciento sesenta millones de seres humanos que viven en este gran país no se llevan a la pantalla: en ella se muestra una América convencional de cartón piedra donde sólo los paisajes y los detalles materiales tienen algo que ver con la realidad. Desde este punto de vista *Días sin huella*, con sus imágenes de la Tercera avenida, y *Los mejores años de nuestra vida*, son excepciones casi únicas. A la literatura no se la puede yugular todavía; pero el cine, más estrechamente vinculado a las fuerzas capitalistas, ya ha aprendido a callar; ese silencio es el silencio de la muerte.

Mañana por la mañana salgo con N. en autobús durante casi tres semanas en una excursión que me llevará otra vez a Nueva York pasando por el sur. Esta noche damos nuestro adiós a Los Ángeles. Un guionista amigo de I. ha organizado un party. Otro amigo que es vendedor de discos y especialista en jazz, ha traído los temas más interesantes de su colección: viejos blues de Nueva Orleans, funerals, temas de Bessie Smith, de Louis Armstrong. A lo largo de la velada, va desfilando toda una historia del jazz en vivo. De nuevo me explican la diferencia entre el estilo de Nueva Orleans y el estilo de Chicago; la explicación nunca es la misma del todo; sucede que es necesariamente analítica: ¿cómo describir con palabras lo que diferencia a Leonardo da Vinci de Luini o a Vermeer de Delft de Pieter de Hooch? En todo caso, se necesitaría mucho tiempo. No obstante, al escuchar los discos, hasta un profano puede distinguir las dos escuelas clarísimamente. Mientras escuchamos, cenamos, charlamos, bebemos. Al final de la comida, llega S., a quien no había visto desde el Death Valley. Esta vez ya no va en absoluto vestido de vaquero: lleva un traje oscuro con un lindo clavel blanco en el ojal que le da aspecto de recién casado de pueblo. En cuanto nos ve, nos estrecha a N. y a mí apasionadamente contra su pecho: ¡qué bien lo pasamos! ¡Cuánto me agradece haberle permitido volver a ver Lone Pine! Tengo que volver a Los Ángeles para que subamos a lo alto del monte Whitney. Me pone muy contenta:

Escaneado con CamScanner

creía que guardaba un recuerdo lamentable de nuestra expedición. Pero experimentó la sensación de degustar la libertad, ya es bastante.

También conozco a Wyler, el director de *La calumnia* y de *Los mejores años de nuestra vida*. Es austríaco de origen y habla muy bien francés; se percibe que es más europeo que americano. Me da detalles interesantes sobre el rodaje de su última película; hay —entre otros— un momento muy hermoso en el que Dana Andrews, sentado en la carlinga de un viejo avión medio desvencijado, recuerda su pasado de piloto; en un primer momento Wyler había evocado esos recuerdos en sobreimpresión, luego suprimió esas imágenes y conservó sólo la banda sonora que las acompañaba; finalmente, tampoco se permitió este recurso: utilizó sólo imágenes de una nuca, de un cristal, de un cielo para expresar a la vez el presente y el pasado, consiguiendo así un efecto singular muy logrado: fotografiar el pasado en el presente. Luego hablo con Man Ray, cuyas películas y fotografías me gustaron en otro tiempo. También él parece hastiado de Hollywood, donde desde luego la búsqueda poética en la que está interesado resulta imposible. Está casado con una joven morena de aspecto árabe que lleva pantalones de seda negra con una chaqueta de hilo briscado y baila de maravilla; creo que se ha dedicado a ello profesionalmente. Hay otras mujeres muy bonitas. El tiempo pasa tan rápidamente que me quedo asombrada al enterarme de que son las dos de la madrugada. Pero N. me asegura que los parties de Hollywood no se parecen a éste ni remotamente: por lo general, no hay nada más insípido que estas reuniones donde nadie tiene nada que decir a nadie y donde todo el mundo bebe esperando el momento de irse.

16 de marzo

En el alba que empieza a nacer, Los Ángeles es gris y húmeda. Estas calles, tan atestadas durante el día como unos grandes almacenes en tarde de rebajas, están desiertas y el coche avanza suavemente, sin parones para arrancar de nuevo, en medio del silencio. Como la luz, la noche sólo es un

Escaneado con CamScanner

decorado teatral: se baja el telón y la escenografía cambia, eso es todo. Y de pronto, en esta grisalla que riela y empaña la ciudad, se recortan las montañas y desiertos que la rodean: también ella está sometida al ciclo de las estaciones y de las horas, también da vueltas sobre el eje del planeta primigenio. Es un momento insólito. La escena está vacía. La noche ha sido barrida y el día aguarda aún entre bastidores. En las bifurcaciones, algunas siluetas que jamás se perciben ni de día ni de noche: hacen autostop con el gesto típico, parecen vagabundos. ¿De dónde han salido? Un coche ha tenido una avería en un cruce: lo empujamos unos cien metros. También en mi cabeza todo es brumoso y gris. He dormido poco y me da pena irme: ¿cuándo volveré? Al fondo de la down-town, la estación de autobuses tiene un aspecto tan tétrico como un andén de metro de madrugada. Es una estación en toda regla, con cantina, quiosco de cigarrillos, periódicos, registro para equipajes, consigna y puertas numeradas que dan a diferentes andenes con Greyhounds aparcados en fila. Muchas veces nos han dado envidia la rapidez que alcanzan en carretera esos grandes autobuses grises, al adelantarnos sin esfuerzo a pesar de nuestras sesenta millas por hora. Así que pensamos que sería descansado abandonarnos en ellos para ir durante miles de millas atravesando desiertos. Nos instalamos en la parte de delante con libros y cigarrillos y nos ponemos muy cómodas. A I. le da pena no poder venirse con nosotras.

El vehículo va casi vacío. Los americanos no utilizan nunca el autobús para hacer turismo, sólo como transporte público, y eso si son de clase baja: consideran que es un medio de locomoción lento y agotador. Esa lentitud relativa me permitirá apreciar a mis anchas las regiones que atravesemos; y por lo que a mí respecta, me parece una de las jornadas más relajadas. Leo, miro: es agradable dejar que una historia siga su curso de la mañana a la noche mientras el paisaje se despliega sin prisa a través de la ventanilla. Una vez que dejamos Los Ángeles atravesamos el desierto, pero hay una variedad infinita de desiertos: el de ahora es rojo y tapizado de pequeños cactos aterciopelados en colores otoñales. La carretera

Escaneado con CamScanner

abraza una de las antiguas rutas de emigrantes: entramos en Arizona, cuyo hermoso nombre rezuma aventura y reminiscencias de Mayne Reid y Gustave Aimard;* de vez en cuando surgen ghost-towns solitarias, y siempre me conmueven sus casuchas de tablones mohosos, sus viejos teatros de carteles descoloridos; la carretera asciende con suavidad entre piedras rojas hasta un puerto desde donde se divisa un horizonte inmenso de tierra yerma: parece increíble que familias enteras, mujeres y niños incluidos, hayan escalado esta abrupta cordillera en pesadas carretas.

Cada tres o cuatro horas encontramos una gasolinera y nos detenemos. Dan de comer y beber; a veces, como en Nevada, el lunch-room es un extraño bazar donde se exponen coyotes vivos o disecados, serpientes, pieles de animales, piedras, plantas liofilizadas. Casi siempre tienen periódicos de Los Ángeles, y folletos en vivos colores que cuentan aventuras del Lejano Oeste. Viniendo del autobús y el desierto, estos altos en el camino son como pequeñas fiestas. Sobre todo, amo los *juke-box*, en los que casi no había reparado en los bares de las grandes ciudades, y que para el llanero solitario de Arizona vienen a resumir las maravillas de Times Square: día y noche, las luces de neón giran en torno a esa vitrina con pilas de discos con los títulos inscritos en el vientre del aparato. Se aprieta la tecla correspondiente al fragmento elegido, se introduce una moneda en la ranura y un brazo metálico atrapa con discernimiento inteligente una de esas roscas negras y la deposita en el plato del fonógrafo; por un *quarter* la operación se repite cinco veces seguidas. En el Lejano Oeste no abundan las melodías de jazz, las canciones de Sinatra: son sobre todo viejas baladas nostálgicas de vaqueros y emigrantes; me gusta escucharlas. El nombre de juke-box tiene un origen un tanto incierto. Los Juke eran una célebre familia que pasó

* Autores, el primero inglés y el segundo francés, de novelas de aventuras, muy populares durante el siglo XIX, que casi siempre se desarrollaban en Estados Unidos. Conocido sobre todo por *Los tramperos del Arkansas* (1858) y *Los bandidos de Arizona* (1882), a Aimard se le dio el sobrenombre de «el Fenimore Cooper francés». (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

a los anales de la criminología y de la psiquiatría porque todos sus miembros masculinos han sido criminales y todas las mujeres prostitutas. La moda del juke-box habría nacido en un burdel regentado por una Juke, la primera que supuestamente adquirió esa gran expendiduría musical.

Esta mañana salimos a las siete. Al llegar a Williams, de donde sale la carretera que lleva al Gran Cañón, hace rato que ha anochecido. El autobús nos deja en medio de la carretera silenciosa y sigue hasta Kansas City. No tenemos ni tiempo de pensar que estamos perdidas: en seguida encontramos una habitación de hotel y nos dormimos.

17 de marzo

En California, lo exótico es mexicano. Aquí adopta otro rostro: se vuelve indio. Ayer al atardecer nos fijamos en los carteles de la carretera: eran de indios con grandes plumas, anunciando la marca de cigarrillos menos nociva para la garganta, o los quaker-oats más suculentos. Entre las tiendas estándar de la calle mayor, hay *curios-shops* donde se venden mocasines, joyas de plata tallada, turquesas falsas o auténticas, tocados de plumas, alfombras, mantas, chaquetas tejidas por indios y todo tipo de figuritas decorativas.

A las diez, tomamos un coche para el Gran Cañón. Cruzamos un bosque de pinos negros sobre una meseta que parece extenderse sin accidentes hasta el fin del mundo. Dejamos atrás un pequeño aeródromo: en América los hay en todas partes, a la entrada de los pueblos y las ciudades y en pleno desierto. Éste apenas cuenta con media docena de aparatos rojos, azules y amarillos que se elevan y se posan con la ligereza de un pájaro. Son tan pequeños, tienen colores tan vivaces que parecen juguetes para niños. Vamos durante dos horas por un terreno completamente llano. Y de pronto, la enorme falla: el Gran Cañón.

El paraje está clasificado como parque nacional; nada lo altera. Hay una estación de tren, pero oculta entre árboles, bastante lejos. Sólo un hotel y, a cierta distancia, dos casitas —curios-shops regentadas por indios— se yerguen al borde

Escaneado con CamScanner

del acantilado. En el sendero que bordea el acantilado, algunos bancos. Es todo. El hotel está construido con troncos de madera negra, y decorado con alfombras indias; indios de melena azabache, recogida con cintas rojas, que visten como tales, se encargan del servicio de habitaciones y hacen de botones. Me gusta el oscuro vestíbulo de colores, que no me aísla del paisaje sino que más bien lo anticipa, invitándome a descubrirlo. Me aproximo al precipicio y observo esas murallas rosas y rojas, ocre y azufre, que aprisionan el Colorado. Debido a esta hermosa palabra, Colorado, y a imágenes parecidas a ésta, hace mucho, pero que mucho tiempo, que he soñado con este lugar; no sé por qué me parecía más inalcanzable que ningún otro: simbolizaba el misterio de todos los paisajes que nunca descubriría, era el dramático desafío de lo imposible. Más tarde, me pareció más accesible; me describieron este hotel, esta sima, y ya no soñaba con rozarlos: lo quise. Aquí estoy. Completamente aturdida. Como siempre, el choque con la realidad me llena de asombro; mi imaginación no habría podido inventar tanto esplendor, y menos *este* esplendor. Pero ¿qué hacer con toda esta belleza que se me brinda?

Hoy es demasiado tarde para bajar hasta el río: las caravanas de mulas salieron por la mañana. Pero esta tarde hay un coche que va por la carretera construida en cornisa sobre las gargantas. La carretera zigzaguea por bosques de pinos, se aleja del cañón en curvas demasiado caprichosas, vuelve de nuevo a él; en cada uno de estos puntos de encuentro, hay miradores donde los turistas hacen un alto obligado. Tras el último recodo, que se puede considerar como el fin del cañón propiamente dicho, se yergue una torre redonda. Encuentro aquí el mismo ambiente que junto al Niágara: han hecho los esfuerzos más increíbles para trocar esta maravilla natural en una especie de parque de atracciones. Atracciones sin fin asedian al turista. En la gran sala circular de la planta baja, los cristales están dispuestos de forma que reflejen el paisaje; no sé cuál es el procedimiento por el que absorben el exceso de luz: una visión «condicionada» de filtros de colores suavizantes sustituye a la visión directa, que es cegadora y brutal; los

Escaneado con CamScanner

visitantes se afanan en torno a esas lunas sin azogue y las manipulan conscientemente una tras otra. En la terraza se propone otro juego, pegando los ojos a una hendidura practicada en una especie de caja, se ve el mundo al revés; el efecto es vertiginoso: la mirada se precipita en una caída en vertical hasta el cielo, uno se siente caer. En la sala del primer piso, el guía comenta las pinturas indias. Subimos la escalera en espiral. Desde la terraza superior, el campo de visión es inmenso; se divisa en lontananza una vasta meseta violeta y roja, de tonos tan definidos que parece pintada a mano por algún Gaugin megalómano; con razón le llaman el desierto pintado. Una docena de catalejos diferentemente orientados se ofrecen por un níquel a brindaros el fragmento de paisaje que deseéis. Cuando hacia las cinco volvemos al hotel, nos enteramos de que en un pabellón cercano, también pertrechado con un arsenal de catalejos, dan una conferencia por la tarde con proyección de películas sobre el Gran Cañón. Se ponen al alcance del turista todos los medios para civilizar artificiosamente un espectáculo natural en demasía; de ahí que en América se consuman aire «acondicionado», carne y pescado congelados, leche homogeneizada, verduras y frutas en conserva; de ahí que se ponga en el chocolate un sabor artificial a chocolate. Los americanos son naturistas, pero sólo admiten una naturaleza revisada y corregida por el hombre.

La curios-shop de enfrente del hotel se llama «Casa Hopi». Los indios que la regentan van vestidos durante el día a la americana. Pero hacia las seis se ponen encima de su vestimenta ordinaria pantalones de cuero, chaquetas de búfalo, se peinan y ponen plumas y ejecutan danzas; siempre se trata de la misma danza que, según los días, llaman danza del oso, danza del águila, danza del búfalo. Un niñito, disfrazado para la ocasión, brinca con una sonrisa ya comercial y el público se enternece. Voy a sentarme a unos cien metros en uno de los bancos y miro. Y, sin embargo, fui yo quien quiso venir aquí; pues aquí estoy. Miro ante mí las murallas ciclópeas. Partida en dos, igual que se parte una galleta rellena de mermelada y mantequilla, está la tierra con sus capas superpuestas, sus con-

Escaneado con CamScanner

chas, sus peces, sus helechos incrustados en la piedra de edades geológicas sucesivas; se puede ver en sección la formación de la corteza terrestre. El sol se está poniendo, es como si sangraran esas rocas compuestas de mineral rojo que se licua para luego evaporarse. Miro. Comprendo los espejos invertidos y los cristales móviles, todos esos torpes intentos por captar este decorado y utilizarlo. Está aquí, estoy aquí: una desearía que pasara algo. Miro, esto es todo, y no pasa nada. Siempre la misma historia. El año pasado había un cabrilleo en las dunas color albaricoque y glaciales palmeras bañadas por la luz de luna: no pasó nada. Arena, piedra, luna, sol poniente; las cosas están aquí y yo también y nos plantamos cara. Al final soy siempre yo quien se levanta y se va.

18 de marzo

Lo mejor que se puede hacer es bajar al fondo del Cañón; tocarlo en vez de sólo mirarlo, y pasarse en él un día entero. En el hotel alquilamos pantalones de chándal azules, chaquetas, guantes. Las mulas aguardan en un pequeño cercado, al cuidado de dos vaqueros vestidos de forma un poco estridente; nos eligen monturas a nuestra medida y nos ayudan a subirnos a la silla de montar. Somos casi una docena de excursionistas. Uno de los vaqueros se pone en cabeza, otro cierra la fila. Nos fotografían a todos en hilera en lo alto del sendero: a la vuelta, las fotos nos estarán aguardando. Debajo de nosotros, una caravana de cuatro mulas cargadas con heno desciende por el camino esculpido en la loma de un acantilado. Comenzamos a descender también nosotros. Un letrero avisa a la salida: «Prohibido llevar perros». Las mulas avanzan acompasadamente; en cada recodo aprietan el paso como cegadas hacia el precipicio, y en el último segundo giran en redondo bruscamente para colocarse justo en el centro del sendero: en una hora nos acostumbramos. De vez en cuando, un cartel indica hasta qué edad geológica nos hemos adentrado. También indican la existencia de conchas y helechos fosilizados. Hay cabinas telefónicas a lo largo de todo el sendero y se puede pasar el rato telefoneando a Nueva York.

Escaneado con CamScanner

Descendemos muy despacio, mucho más despacio que a paso humano. El paisaje cambia poco a poco; se va volviendo más auténtico. Hemos salido del acantilado, cruzamos por una meseta plagada de matas espinosas y azules; desde arriba, sólo parecía una superficie de color; ahora tienen una frondosidad, un olor, cada mata tiene vida propia y los tonos azulados varían de una a otra. Al cabo de tres horas nos detenemos al borde de unas rocas planas que caen en vertical sobre un río; desde arriba sólo se divisaba un hilillo de destellos, desde aquí es un largo torrente de aguas rápidas, frescas, tentadoras, peligrosas; si me bañara en ellas, cambiarían de nuevo. Pero no llegamos hasta ellas. Hacemos un alto algo más arriba, cerca de un manantial. Las mulas comen heno y nosotros bocadillos que los vaqueros nos reparten. Echo una cabezadita al sol. No hay tiempo, ya sé: pero en vez de este paseo en fila india, hubiera sido mejor caminar sola largo rato por estos senderos, dormitar al borde del agua, seguir la corriente durante noches y noches a pie o en canoa; habría sido mejor vivir la intimidad del Gran Cañón. Una intimidad seguramente muy difícil de establecer: la belleza del paraje es, a primera vista, demasiado evidente para todos; seguro que cuesta mucho conquistar sus más recónditos secretos. Envidio a aquellos que lo consiguen. Me encaramo a la mula y remontamos el acantilado. No podía esperar nada más. Los paisajes tampoco te dan nada si no pones algo de tu parte.

En el tren nocturno que nos lleva de regreso a Williams, una sensación confusa que participa a partes iguales del triunfo y del pesar se agita en mi corazón. Hecho: ya he visto el Gran Cañón. Ese anhelo hechicero que tanto tiempo acaricié ya es un pasado definido. Tanto esperar para que se convirtiera en un recuerdo más, sólo en un recuerdo. Pienso satisfecha: he hecho lo que deseaba hacer. Pero es una satisfacción ambigua, como la que experimenta un sabio como consuelo en su lecho de muerte: «He vivido mucho y bien».

19 de marzo

Dejamos Williams camino de Albuquerque a las nueve de la mañana. Atrás quedan los bosques de pinos, entramos en

Escaneado con CamScanner

un desierto despojado con los mismos colores rojos y ocres de los precipicios del Gran Cañón: este será *el* paisaje del día. Me gusta esta monotonía generosa; en Europa es demasiado frecuente que los paisajes sólo queden esbozados; también es frecuente que su variedad, su lozanía, les confieran una especie de servilismo: se reflejan en ellos los deseos con demasiada facilidad. En cambio estas ofuscadas mesetas que el sol calienta suavemente existen con soberbia tenacidad, por sí mismas. El autobús pasa a algunas millas del Bosque Petrificado: me habría encantado verlo, por la película que lleva su nombre y que tanto me gustó; pero, al fin y al cabo, me gustaba sobre todo por lo que me dejaba intuir de estas tierras: y estoy aquí; su magia ya no reside en una palabra, en un lugar: se encarna en mí. Por lo que se refiere a los fósiles, no me importan demasiado. De tarde en tarde se yergue junto a la carretera una casucha donde venden madera petrificada; lo anuncian en grandes vallas publicitarias con solemnidad: a cinco millas, el bosque petrificado. A cuatro millas, auténtico bosque petrificado. A tres millas, su última oportunidad de ver el bosque petrificado. El autobús para justo ahí. Ante la puerta del bazar hay una escalera de madera petrificada y grandes cantos redondos con la pátina del paso de los siglos, inscrito y mineralizado en líneas concéntricas; parece mármol de alguna extraña cualidad. Dentro venden figuritas, anillos, collares tallados en esa ambigua materia; también Coca-Cola, chicle, chocolate con aroma artificial a chocolate; hay serpientes de cascabel disecadas, escorpiones, migalas, astas, cráneos, lagartos polvorientos en desorden en una vitrina. Detrás de la gasolinera, hay una andamiaje de madera natural al que se puede subir, «haciéndose responsable de lo que pueda suceder», según reza un letrero, para contemplar el desierto pintado. La verdad es que parece que una paleta enorme, atiborrada de rojo y violeta, se ha estampado contra el suelo al caer de lo alto del cielo; los colores no tienen la suave gradación de los tonos naturales: son compactos, como recién sacados de un tubo de pintura de marca. El relieve del terreno, que está lleno de baches y grietas, contrasta en su desorden con el vigor de

Escaneado con CamScanner

los rosas, de los malvas y rojos. En lontananza se percibe, ya difusa como un recuerdo, la brecha sombría del Cañón.

A lo largo de toda la carretera, hay vallas publicitarias con indios ataviados de plumas y sonrisa de oreja a oreja; de tarde en tarde un indio de carne y hueso, salido Dios sabe de dónde, para el autobús. Normalmente, se baja después de unas veinte millas y se va por el pedregal con aire decidido tras algún objetivo ignoto. Más numerosos que las gasolineras, vamos dejando atrás puestos de navajos que venden alfombras. A tres millas, alfombras navajas. Automovilista, no se pierda las alfombras navajas que están a seis millas. Un indio solitario vigila las mantas de colores chillones que penden de un alambre. ¿Hay habitantes suficientes en América para comprar tanta alfombra? No nos cruzamos con un solo coche en la carretera.

Sólo son las seis cuando llegamos a Albuquerque. Ese bonito hotel mexicano que tanto me había gustado desde el tren está completo. Así que sólo nos tomamos una copa en el bar donde sirven camareras de falda larga y amarilla. Hay más hoteles bonitos de estilo mexicano o indio, pero todos están completos. Terminamos alquilando un piso que apesta a insecticida y está abarrotado de figuritas y muebles decrépitos; se accede a él por una escalera miserable; no hay lavabo, pero hay cuarto de baño en el pasillo. Como sólo estaremos una noche, importa poco. Bajamos por la calle mayor; es más o menos igual a la de las demás ciudades; la única nota pintoresca que nos indica que estamos en Nuevo México son las curios-shop llenas de hermosos objetos indios, y dos cines donde ponen películas mexicanas y americanas dobladas al español; las personas que hacen cola ante la puerta tienen rostros bronceados y el pelo muy negro. Este estado perteneció a México y los españoles lo ocuparon durante siglos, casi todos sus habitantes hablan español y en el campo hay muchos que no saben ni una palabra de inglés americano.

En un pequeño restaurante mexicano, cenamos un chile con carne que nos abrasa la boca: nos cansamos de comer antes de quedar saciadas. Igual que en San Francisco, nos sentimos un poco perdidas; tiene que haber lugares donde el

Escaneado con CamScanner

whisky sepa a desierto y la música nos dé las claves de esta tierra de tan rico pasado. Pero ¿cómo descubrirlos? Seguro que son muy apreciados por los iniciados porque no abren sus puertas al turismo fácilmente: conozco demasiado ese placer egoísta para no sentirme contrariada por pertenecer esta noche al rebaño de los excluidos. Hojeamos una pequeña guía de la ciudad; sólo trae un club nocturno; la camarera lo conoce, habla bien de él. Lo intentamos. El taxi se mete por una larga avenida iluminada cuyos ecos festivos van disipándose a medida que avanzamos: sólo hay garajes y casas tristes; paramos casi en pleno campo; pero hay centenares de coches aparcados ante un edificio llamativamente iluminado. Empujamos la puerta: es una sala de conciertos y un violinista en traje de etiqueta está ejecutando una sonata. No estamos de humor para música clásica. Vagamos un rato por la carretera, sopla un gélido ventarrón y nos metemos en el primer sitio que encontramos. La primera sala es un bar americano; encima de las botellas, un cartel: «Se prohíbe entrar a los indios»; la sala del fondo está casi vacía, una orquesta de negros toca sin convicción en una esquina de la pista donde nadie baila. Nos sentamos en un box. Nada más vaciar el vaso de whisky, la camarera nos sonríe: «¿No desean nada más?». Sea. Como esta vez bebemos despacio, merodea a nuestro alrededor, al acecho: «¿Otra?». Nos negamos, pero su mirada descontenta nos hace sentir culpables; en todos estos lugares hay que consumir sin parar. Nos vamos. Fuera sopla un viento polar y entonces caemos en la cuenta de que estamos en una meseta a gran altitud: otra vez hemos subido sin enterarnos. Ni taxi ni autobús; basta con entrar en una gasolinera y llamar por teléfono. Volvemos al hotel. Justo enfrente ponen *Deception* con Claude Rains y Bette Davis. Los nombres nos seducen y entramos. Decepción.

20 de marzo

¡Qué fácil resulta viajar por estas tierras! Los autobuses siempre van vacíos; al llegar, además de una consigna abierta día y noche, encontramos taquillas dispuestas unas sobre otras

Escaneado con CamScanner

como casetas de palomar: metemos el equipaje y, tras introducir veinticinco centavos en la ranura, se puede cerrar la puerta con llave; llevándonos la llave numerada luego podremos recuperar nuestras pertenencias sin esperar ni gastar más. En poco más de un cuarto de hora encontramos una habitación en un buen hotel de Santa Fe.

Santa Fe se yergue al fondo de una llanura, en realidad una meseta situada a dos mil metros de altitud sobre el nivel del mar: a las once de la mañana, a pleno sol, hace un frescor maravilloso. Esta pequeña ciudad española —que se puede recorrer a pie como una vieja ciudad europea, sin que sea por ello un villorrio— nos seduce a primera vista: una ciudad de verdad. ¡Qué cambio de aires tan encantador tras Nueva York y Chicago, tras Los Ángeles y San Francisco! Las calles son tortuosas, ni un ángulo recto: la mayoría de las casas son de estilo mexicano y tienen gruesas paredes de adobe donde no se abren ventanas. Rodeando la plaza mayor, hay soportales como en Madrid o en Ávila. El gran hotel La Fonda —que por desgracia está completo—, con sus paredes de adobe y sus almenas, parece un poblado africano. Pocos coches; la gente pasea a pie bajo un sol suave; tienen el pelo negro y hablan español; las mujeres no exhiben largas piernas de modelo como en la costa, pero sus ojos lanzan destellos y poseen cuerpos cálidos y vivos; charlan, van de aquí para allá como antaño por las Ramblas de Barcelona. Hay indios impecablemente vestidos vendiendo plata labrada y turquesas. Los bonitos objetos de las curios-shop recuerdan un poco las baratijas, pero no por ello dejan de ser pintorescos.

Sólo vamos a pasar aquí tres días: no hay tiempo que perder. Consulto la lista de direcciones que me dio P. C. a cambio de un mediodía abrasador en la Cienega: antaño los viajeros iban así por Europa, de ciudad en ciudad provistos de cartas de recomendación. Primero entramos en el museo para ver a la señora G., la administradora; es un encantador museo de provincias donde, entre otras cosas, hay una exposición sobre el gran Carson que a principios del siglo XIX combatió tan encarnizadamente contra los indios: se pueden ver sus botas,

Escaneado con CamScanner

su gran sombrero, sus revólveres; en un diorama está dibujada la *Spanish trail* por donde penetraron en Nuevo México los españoles en el siglo XVII y que más tarde recorrerían caravanas procedentes de la costa este; las diligencias lo harían después y luego los Greyhounds: los trenes no llegan hasta aquí. Junto a la oficina de la señora G. reconozco a R. C., joven arquitecto francés, que conocí en San Francisco: él también viaja en Greyhound y nos lleva dos días de ventaja; aquí ha conocido a P. B., otro francés que viaja en Greyhound de Nueva York a Los Ángeles. Esta casualidad hace que Santa Fe me parezca una ciudad muy abierta. La señora G. nos invita a todos a un party esta misma tarde y N. y yo nos vamos a almorzar a La Fonda con nuestros dos compatriotas. R. C. me dice que la gente de aquí les ha recibido calurosamente de inmediato: hay en la ciudad una auténtica colonia de intelectuales y artistas que se sienten atraídos por el clima, el paraje, la proximidad de los indios, pero que encuentran la vida local algo monótona y están ansiosos por divertirse.

El hotel La Fonda es el más bonito de América, tal vez el más bonito que yo haya visto en mi vida. Rodeando el patio, frescas galerías con mosaicos en el suelo y mobiliario estilo español; en el vestíbulo, un indio vende a los turistas desde hace años turquesas falsas y madera petrificada: ese pequeño mercader tiene un noble rostro surcado de profundas arrugas, como un viejo jefe de Fenimoore Cooper. El comedor es mexicano: decoración, trajes y comida a juego. Y aquí estamos cuatro franceses a quienes el azar ha reunido, fraternizando en torno a una mesa igual que los viajeros confraternizan en una posada en las viejas novelas de aventuras. R. C. visita América como arquitecto, P. B. como economista, N. y yo sin planes definidos, así que intercambiamos impresiones con esa locuacidad tan francesa; a nuestro alrededor, los americanos comen en silencio y deprisa como de costumbre: somos los últimos en levantarnos de la mesa. Seguimos la conversación en el bar y quedamos para la noche.

No obstante, N. y yo seguimos explorando la ciudad: la única ciudad de toda América que se puede explorar de

Escaneado con CamScanner

arriba abajo yendo de acá para allá. Vemos casas de madera y adobe consideradas como las más antiguas del Nuevo Mundo, y una iglesia de las primeras misiones españolas: es de una sobriedad sin adornos, como una iglesia francesa de pueblo. Subimos hasta el pequeño museo etnográfico que está situado en un promontorio a dos millas de la plaza. Desde arriba la vista es cautivadora. En estas últimas semanas, he visto muchos paisajes: pero éste emociona; dan ganas de vivir en él. Tiene la generosa amplitud y la lozanía virgen de las montañas y desiertos del Lejano Oeste y, no obstante, es tan ordenado como un paisaje español o italiano; su inmensidad es armoniosa y mesurada. Dan ganas de volver todas las tardes para descubrirlo y amarlo más cada tarde. A lo lejos, una humareda: es Los Álamos, donde se yergue en medio de una ciudad obrera de ochenta mil habitantes una central atómica; en estos páramos, en mitad de este desierto, se probó la primera bomba atómica.

El museo tiene una hermosa colección de objetos indios, especialmente de cerámica. Pero N. observa atinadamente que, si no se es etnógrafo profesional, hay algo irritante en contemplar objetos encantadores que no tienen la belleza distante de las obras de arte, que están concebidos para ser poseídos y manejados con familiaridad y sobre los que se tiene el mismo ascendente que sobre los acantilados del Colorado. Estas cerámicas tan seductoras, tan diferentes y semejantes en su diversidad, de seducción tan baldía, nos ponen en el corazón una especie de fatiga. ¿Qué se retiene de un viaje? ¿Qué nos llevaremos que hayamos hecho nuestro de verdad? ¿Por qué razón miramos esas vasijas? ¿Para qué mirar? Damos la espalda a esas vitrinas tan deprimentes y preguntamos por el director del museo. Nos recibe con toda la amabilidad del mundo y nos muestra en un mapa los principales poblados indios que debemos intentar visitar cerca de Santa Fe. Nos cuenta rápidamente la situación de los indios de la reserva. Como es su deber, apenas habla de que les han arrebatado todas las tierras fértiles, con el pretexto de que no sabrían cómo explotarlas, y sólo les han dejado secarrales sin agua

Escaneado con CamScanner

donde cultivar es casi imposible. Sobre todo, se ganan la vida tejiendo, actividad que la mayoría ya no hacen a mano sino en fábricas. Salvo algunos privilegiados, son pobres y su nivel de vida muy bajo. Pero pueden vegetar más o menos a sus anchas dentro de los territorios que les han asignado: no disfrutan del estatuto de ciudadanos americanos, ni de los derechos que eso comporta; pero sólo pagan una parte de los impuestos normales y bajo el protectorado paternalista de los blancos gozan de un simulacro de autonomía. Por ejemplo, imparten justicia ellos mismos, según sus leyes, siempre y cuando se trate de delitos pequeños: el asesinato o el robo, aun dentro de la reserva, están regulados por la justicia americana; pero el caso no se presenta casi nunca porque son de costumbres muy pacíficas. De alguna forma llevan la vida de animales bien cuidados en un parque natural. No obstante, pueden abandonar este recinto, convertirse en ciudadanos de pleno derecho y probar suerte en la gigantesca América. No suscitan la misma hostilidad que los negros: son los descendientes de comunidades que nunca conocieron la esclavitud. Y lo que es más importante, no tienen la vitalidad de los primeros ni representan un peligro racial porque no son numerosos ni tienen grandes ambiciones. Pero debido a su formación, tal vez a su temperamento, tienen pocas armas para la lucha por la subsistencia y cuando escapan de su condición muy rara vez alcanzan una situación satisfactoria.

Nos traen en coche y como no encontramos otro restaurante que nos parezca agradable, cenamos otra vez en La Fonda: hay músicos interpretando lánguidas melodías de vagas reminiscencias hispánicas. Descendemos en taxi hasta Canyon Road. Es una calleja al pie de Santa Fe que parece una síntesis de Montparnasse y Greenwich Village. Pintores, músicos, poetas —a menudo son todas estas cosas a la vez— que viven en casitas de madera acondicionadas al estilo bohemio. La de la señora G. es minúscula y encantadora. Los indios han permanecido bastante impermeables a la influencia de los blancos; en cambio, los blancos que viven aquí están muy influidos por los indios. Han desarrollado un gusto por los

Escaneado con CamScanner

colores vivos, por tejer a mano, por el tiempo perdido: el gusto por la calidad. Mientras que el americano medio no tiene otro valor que esa medida abstracta que es el dinero, los estetas de Santa Fe recelan de cosas más sutiles: no viven impunemente en cohabitación con estas máscaras, con estas muñecas, con todos estos objetos familiares y mágicos que no pueden traducirse en dinero. En primer lugar, se advierte la influencia en el mobiliario: alfombras, mantas, figuritas, todo el mundo se esmera para apropiarse de las piezas más raras. La adquisición de muñecas es especialmente delicada; son de los niños y los indios sienten respeto por la infancia; ninguno de ellos arrebataría a su hija su juguete favorito, así que hay que negociar los intercambios con los propios niños: les ofrecen caramelos, juguetes americanos, dinero; y los hay que no ceden a ninguna tentación. La indumentaria de los hombres y de las mujeres también es bastante característica: recuerda un poco a la de los veraneantes de Saint-Tropez. Santa Fe me hace pensar en una Saint-Tropez donde los indios desempeñarían, de forma algo más misteriosa, el papel de los pescadores locales cuyos pantalones e impermeables imitan los turistas. Las mujeres resultan sorprendentes por su palidez, los hombres por su aspecto desaliñado. Muchos enfermos de pulmón acuden a esta ciudad por su altitud y su clima; pero no cabe duda de que ese aspecto enfermizo es también querido; si esas mejillas blancas no llevan afeite alguno se debe a que las caras de fantasma están de moda; y por moda los hombres se dejan crecer barbas y bigotes indisciplinados.

También han venido nuestros amigos franceses y nos asedian a preguntas. Nos piden noticias de París y nos hablan mucho de Henry Miller, cuyo juicio apasiona a sus admiradores. Santa Fe no está muy lejos de la costa oeste y pertenece a la zona de influencia de Miller, a quien aquí se considera el primer escritor de América. A instancia suya, está circulando una petición para liberar a Céline de la prisión danesa donde está encarcelado. Me hablan encendidamente de un alegato que Céline ha escrito en defensa propia en el que pretende que *Guignol's band* lo escribieron los alemanes para perju-

Escaneado con CamScanner

dicarle. Intentamos informarles un poco sobre Céline, pero no tenemos éxito: los americanos desconfían tanto de lo que los franceses cuentan sobre la resistencia, los colaboracionistas, la ocupación, los campos, que, sin duda, la petición a favor de Céline seguirá circulando.

Antes de separarnos, cae en mis manos un legajo de papeles con poemas, artículos, folletos, catálogos de exposiciones, revistas, para que me ilustre sobre la producción literaria y artística de Canyon Road. Y nos invitan a otro party al día siguiente.

21 de marzo

Otra ocasión para hacernos la vida fácil que me cautiva: preguntamos si podríamos alquilar un coche para recorrer los poblados indios; llamamos por teléfono a las ocho al garaje de al lado: podemos salir inmediatamente, tenemos un coche a nuestra disposición para todo el día. La tarifa es de diez dólares por setenta millas, y quince centavos por cada milla suplementaria.

N. se pone al volante y salimos de Santa Fe por la carretera de Río Grande para subir a Taos, donde vivió D. H. Lawrence, cerca del pueblo más bonito de la región. La carretera sube y baja majestuosamente por montañas de suave pendiente. El paisaje tiene la grandeza y la belleza del que tanto nos conmovió ayer. Ahora comprendo que en la placa que llevan los coches con el estado al que pertenecen, en lugar de un nombre a secas —California, Nevada— ponga con orgullo: «Nuevo México, tierra del sueño». En vallas publicitarias rojas y amarillas, los colores de la vieja monarquía española, se nos cuenta la historia del antiguo trail, convertido ahora en una carretera magnífica: por aquí afluyeron los conquistadores españoles; allí los indios asaltaron una caravana; más allá Carson luchó contra ellos; un poco más lejos dieron muerte a un famoso *outlaw*; este letrero anuncia un pueblo situado a una milla de la carretera. Tomamos un atajo. Es el primer poblado indio que visitamos; nos encanta sin sorprendernos: al contrario. Las casitas de tierra batida, las granjas, los almiares de

Escaneado con CamScanner

heno y paja, los recintos donde el ganado corretea tras cercas de madera, todo tiene mucho más que ver con una aldehuela francesa que con Lone Pine u Ojai. Aquí volvemos a encontrar esa civilización agrícola con varios milenios de vida que se conserva en las zonas rurales de Europa y en algunos territorios privilegiados donde los americanos no han asesinado el pasado; como contrapartida, los pueblos americanos poseen a nuestros ojos el exotismo ingrato de las cosas demasiado nuevas. De nuevo en marcha. Seguimos el Río Grande. Por las márgenes del río, el viento acaricia árboles frutales en flor; viniendo del bochornoso verano californiano, esta primavera suave y seca nos parece deliciosa.

Construida en mitad de una meseta, al pie de una cordillera exactamente, con la misma orientación que Santa Fe, Taos se yergue como una réplica en tamaño reducido de la pequeña capital: también tiene una plaza con soportales que albergan tiendas de ultramarinos y curios-shops, callejas tortuosas, casas de madera y adobe, jardines en flor con melocotoneros y almendros; en lontananza, el mismo panorama de despojadas mesetas y montañas arboladas. El hotel es de tierra batida y almenado como La Fonda; el interior está decorado con objetos indios y mexicanos; del techo cuelgan ristras de piñas en vivos colores. Otro sitio donde nos gustaría detenernos y vivir. Tomamos un ligero refrigerio en el bar y salimos para el Pueblo. Es increíble que sólo a tres millas de esta pequeña ciudad tan encantadora como moderna, podamos encontrar un poblado indio de verdad: sin embargo, el pueblo de Taos es el más característico de todas las reservas. Su belleza nos cautiva de inmediato. A ambos lados de un solar se alzan dos enormes bloques irregulares, casi iguales de ancho que de largo, donde van imbricándose y superponiéndose casas de tierra batida; también hay cabañas aisladas rodeando la plaza, que quedan empequeñecidas por dos ciudadelas de muros ciegos con terrazas de adobe escalonadas; el color dominante es el amarillo mate; pero hay telas rojas y violetas tendidas en las azoteas que animan con su ondulación ese fondo ocre amarillento. Hemos dejado el automóvil a la entrada del poblado y

Escaneado con CamScanner

leído un letrero que dice: «Los blancos tienen prohibido pasearse por este recinto después de las cinco de la tarde»; hay que pagar medio dólar si se quiere aparcar en la plaza y sólo se pueden hacer fotografías con la autorización del gobernador; hay que presentarse ante él al llegar. Unas flechas indican el camino de su casa. Las seguimos. En la plaza, cerca del arroyo, nos encontramos con un indio alto envuelto en una tela afelpada de un color rosa chillón que dice: yo sustituyo al gobernador. Está regateando con un grupo de turistas que aparcan su coche; nos pregunta dónde está el nuestro; parece contrariado porque lo hemos dejado fuera: es una imprudencia, asegura. No le impediremos que gane su medio dólar; ya parece bastante decepcionado porque no tengamos máquina fotográfica. Los otros turistas tienen una y han pagado un impuesto: el gobernador les muestra las perspectivas más interesantes.

Nos alejamos del grupo, franqueamos un pequeño muro de piedra; las casitas de adobe parecen granjas francesas; hay almiares de heno, gavillas de paja, vacas tranquilas. Los críos de pelo negro y liso que corretean por los caminos tienen aspecto de ser felices, igual que animales en libertad. Nos cruzamos con un grupo de escolares entre diez y doce años vestidos a la americana; chicos y chicas de ojos vivos y alegres; son guapos; nos gustaría saber si se adaptarán al destino que este pueblo, aislado artificialmente del resto del mundo pero sumido en la civilización moderna, les reserva; en la escuela aprenden sus tradiciones y hermosos oficios indios ancestrales: el dibujo, la cerámica, el tejido; pero también se les inicia en la lengua y la vida del gran país que los alberga; es difícil adivinar lo que pasa por esas jóvenes cabecitas morenas. Nos sentamos en el brocal de un pozo de donde emergen dos grandes pértigas: dos mujeres agitan los brazos en nuestra dirección y sacuden la cabeza con reprobación; una de ellas se aproxima: «Váyanse. El gobernador las echará». Nos levantamos y nos percatamos de que este pozo es un *khiva,* el más sagrado de los lugares donde jamás se ha permitido bajar a ningún europeo, aunque fuera el mejor amigo de los indios. Como nos alejamos a toda prisa, el gobernador acude con su

Escaneado con CamScanner

guardapolvo afelpado desplegado al viento: hemos transgredido los límites asignados a los blancos. Nos vuelve a llevar al pretil donde está sentado un indio gordo con trenzas dando las últimas pinceladas a una acuarela; se dirige a nosotras. «¿No tienen ustedes miedo de pasear solas? ¡Las mujeres indias sí lo tendrían!» Preguntamos: de qué. Ríe: tendrían miedo. Nos lleva a su casa, que es fresca y luminosa, y nos enseña cuadros que evitan escrupulosamente la influencia del arte indio tradicional. Escapamos sin comprar nada y cruzamos el arroyo. Al remontar una calle sinuosa, desde lo alto de una terraza un hombre nos hace un gesto de que demos media vuelta; y de nuevo llega como una exhalación el gobernador: por aquí también está prohibido pasearse. Parece que sólo la gran plaza sin urbanizar está autorizada. Me han contado que, en muchos poblados, los indios se rodean de prohibiciones para preservar el misterio y la atracción, que constituyen sus principales fuentes de ingresos: en gran parte, viven del dinero que sacan a los turistas; pero puede ser que también respeten sinceramente algunos tabúes: quienes los han frecuentado dicen que nadie puede estar seguro de conocerlos a fondo. Artimaña comercial o prejuicio religioso, tanta prohibición nos aburre. Visitamos por cortesía una casa donde venden cerámica, collares de semillas de colores, pinturas aflictivas; compramos algunas tarjetas postales y nos vamos. Habría que hacerse invisibles y volver después de las cinco, a esa hora en que la soledad se adueña del poblado y la vida es sencilla y cotidiana como en cualquier pueblo francés. Ni siquiera esa recepción comercial y arisca a la vez ha podido echarnos a perder su belleza.

En el camino de regreso damos un rodeo para ver San Ildefonso. Su arquitectura es muy sencilla; casas de tejados planos que se agrupan en torno a dos plazas: en cada poblado hay dos plazas, una hacia oriente y otra orientada hacia poniente en cuyo centro hay un *khiva*. Nos llama la atención que sin que podamos adivinar por qué, todas las puertas de las casas estén cerradas y no se vea ni un alma por la calle. Como si fuera un pueblo azotado por la peste o una secreta maldición.

Escaneado con CamScanner

Al volver vamos a tomar el té, o más exactamente a beber whisky con soda, a uno de los estudios de Canyon Road. Nos anuncian con mucho misterio que el domingo por la mañana seguro que hay danzas indias en un poblado de los alrededores; todavía no se sabe en cuál ni a qué hora. Los indios guardan el secreto porque no les gusta que los blancos vayan a sus ceremonias. Pero los iniciados se crecen porque les informan en el momento preciso. Casi toda la gente de Canyon Road tiene algo o mucho que ver con la arqueología, la etnografía y la antropología; o incluso están afiliados a una especie de sociedad protectora de indios. Ni uno se perderá las danzas indias y nos exhortan a que nos quedemos hasta el lunes para verlas. Abordamos muchos temas, pero observo que no hablamos de política ni un minuto. Esperamos a estar entre franceses en La Fonda para comentar las noticias del día: el gobierno ha exigido a los mineros que finalicen la huelga para el 31 de marzo y Lewis ha aceptado el ultimátum. Han identificado como comunistas a cuatro de los cabecillas de la huelga en Allis, una huelga general que se ha extendido a las fábricas de automóviles. Me pregunto si los estetas de Santa Fe miran a veces la humareda que sube de Los Álamos.

22 de marzo

Los obreros reclamaban que el rato, a menudo bastante largo, que transcurre entre su llegada a la fábrica y la entrada en el taller se contabilice como tiempo trabajado. El Senado vota en contra de esa propuesta. No obstante, Truman ha decidido hacer una depuración entre los empleados del gobierno: si son «desleales», es decir, si simpatizan con el comunismo, son despedidos. Se comienzan a elaborar listas negras. Claro que los empleados así gratificados pueden buscar trabajo en otra parte: que lo encuentren es mucho más dudoso.

R. C. se ha ido esta mañana a Nueva York. Por la tarde, P. B., N. y yo nos vamos a dar una vuelta en coche. La carretera bordea la meseta donde se yergue Santa Fe; más allá de los arbustos y de los pinitos, el desierto es inmenso como un

Escaneado con CamScanner

mar. Al cabo de cuarenta millas, atravesamos un pueblo de estilo americano cuya población es hispana, y en seguida una de las vallas publicitarias rojas y amarillas que ya nos resultan tan familiares nos muestra el camino de un viejo poblado abandonado. Se yergue en lo alto de una colina de hierba que domina un vasto horizonte limitado por montañas arboladas de lentas curvas. Está formado por vestigios de casas de adobe, alrededor de una gran ruina rojiza; tal vez una fortaleza, o un bloque de casas análogo a los de Taos, o incluso una iglesia erigida por los españoles: han plantado una cruz en la punta de la colina. Fortaleza o iglesia, lo conmovedor es la afirmación de una presencia humana en mitad de estas montañas solitarias; desiertas pero armoniosas, incluso en este desamparo parecen hechas para acoger al hombre, como esos parajes donde los antiguos cartujos se establecían y cuyo estado salvaje hablaba directamente al alma. Un lugar que hace pensar en el misterioso maridaje que vinculó nuestra especie con este planeta. Se piensa también en los hombres que levantaron esta cruz sobre ruinas de pueblos que ellos mismos destruyeron: ¿cómo juzgar esas incursiones prodigiosas y atroces? Sólo se puede juzgar una acción así tomando partido activamente a favor o en contra y ese pasado está consumado; no se podría vincularlo al presente mediante un lamento o un sentimiento de orgullo; este mismo silencio que anida en mi corazón me produce una sensación de malestar al mirar la cruz y las murallas de tierra roja.

De regreso, paramos en el campo de batalla de la Glorieta. Es un paraje curioso porque en él se superponen varias capas de recuerdos. A la izquierda de la carretera hay un letrero que reza: «Viejo pozo indio». Una barricada protectora hecha de alambrada de hierro, plantas trepadoras y tela grisácea lo envuelve en un halo misterioso de barraca de feria; por medio dólar por cabeza, el guardián nos abre la puerta y bebemos un vaso de agua dos veces milenaria; este pozo es el más antiguo de toda América, está hecho de grandes piedras superpuestas y es muy profundo. Enfrente, al pie de un espigón de roca que domina el desfiladero por donde zigzaguea la carretera,

Escaneado con CamScanner

hay una construcción de madera: primero fue un fuerte donde los españoles se atrincheraban contra los indios; es fácil imaginar centinelas al acecho entre peñas vigilando las estrechas gargantas. Un poco más allá se libró la batalla de la Glorieta en la que se enfrentaron durante la guerra de Secesión Nuevo México y Texas y se quebró el empuje sudista. Aunque Nuevo México sea el estado más meridional de los Estados Unidos, no tenía plantaciones, ni esclavos, y sus intereses, al igual que los de California, estaban más próximos a los de los yanquis. Los tejanos que trataban de abrirse paso hacia el norte fueron derrotados al precio de una terrible carnicería: de doscientos a trescientos muertos en cada bando. Los cuerpos quedaron sin enterrar durante varios días y se les dio sepultura sin ser identificados: ni siquiera se sabe dónde están sus tumbas. El viejo balbuciente que nos sirve de guía pretende que aquella batalla arrancó la victoria a los rebeldes. Nos precede por un sendero rocoso que trepa hasta la cima del espigón. Otro enclave de película o de revista ilustrada: recuerdo viejas imágenes de una bandera blanca entre estas mismas peñas y hombres de uniforme azul cayendo en esta tierra. En un arbusto encaramado en lo alto del promontorio hay una docena de campanillas invisibles que el viento hace tintinear. ¿Qué significan? Nos perdemos en hipótesis para terminar preguntando al guarda: «Las he colgado yo», dice. «¿Para qué?» «Para que suenen.»

Bajamos. Al pie de la loma hay viejos cañones, balas, restos de carretas, de diligencias, ruedas, tablas, chatarra. Entramos de nuevo en la cabaña donde volvemos a encontrar toda la parafernalia de los bazares del Lejano Oeste: una enorme boa disecada enroscada en las vigas del techo; aquí hay pieles de animales, bichos disecados, cráneos, esqueletos, fetos; y también cinturones de cuero, sillas de montar, riendas, cascabeles, revólveres, fusiles, viejas sacas de correos y los restos de una diligencia desvalijada por bandidos. Dicen que aquí vivió el Robin Hood de Nuevo México, Billy the Kid, el más famoso de los *outlaws*. Nacido en Nueva York en 1850, mató a los doce años a un hombre que había insultado a su madre; se

Escaneado con CamScanner

fugó a Arizona, fue a México, a Texas, participó en la guerra de Lincoln County del lado de la facción de Murphy, cayó prisionero, escapó de sus carceleros en una fuga espectacular y, mientras visitaba a su amada en Fort Sumer, fue abatido en la oscuridad por el sheriff Pat Garrett. La leyenda hizo de él un héroe que en veintiún años dio muerte a veintiún hombres, que repartía entre los pobres las tierras de los ricos, reparaba las injusticias y, aunque habían puesto precio a su cabeza, bailaba alegremente en la calle de Gallisteo de Santa Fe. Se le considera el «desperado» más famoso del suroeste. Las paredes están cubiertas de fotos suyas, recortes de periódico que narran sus fechorías, carteles que prometen recompensas a quien le atrape vivo o muerto; el guardia nos enseña sus pistolas, sus puñales, sus botas. Un revoltijo de baratijas; han reunido aquí todo el atrezo de un western de la época gloriosa. Al cabo de una hora todavía no lo hemos recorrido todo. Y mientras seguimos el legendario Spanish trail que nos devuelve a Santa Fe, indios y españoles, confederados y rebeldes, *badmen* y sheriffs bailan zarabandas enloquecidas en nuestras cabezas.

Cenamos en casa de la señora G., que me regala a quemarropa un hermoso libro sobre Santa Fe y una pulsera de plata vieja y turquesas de verdad, de las que no se encuentran en los bazares: otro de esos arrebatos de generosidad americana que me dejan un tanto avergonzada. Cruzamos por un descampado y llegamos a una pequeña villa iluminada. El pintor W., que también es poeta y escritor, da un party. Sólo hay dos habitaciones pequeñas en el apartamento: el estudio sirve de guardarropa y en el exiguo despacho hay ya una decena de personas apelotonadas; el olor a pintura al óleo se mezcla con el del tabaco y el whisky. De diez a dos de la madrugada abren la puerta cada dos minutos para dejar pasar a nuevos invitados: es como un gag cómico; pienso en el minúsculo camarote de los hermanos Marx en *Una noche en la ópera* con toda una multitud apretujada. Los hombres se esfuerzan por recrear el estilo del viejo café Dôme de antes de la guerra: llevan barba, camisas de colores vivos, alpargatas, grandes

Escaneado con CamScanner

pañuelos. Las mujeres parecen salidas de lúgubres cuentos de Edgar Poe; unos polvos color tiza acentúan su palidez, sus melenas caen hasta los hombros en cascadas llorosas, los ojos desorbitados: son esposas difuntas que vuelven a sus tumbas al alba. No obstante, sus vestidos tienen cierto fulgor carnavalesco; mal cortados la mayoría, están hechos con maravillosas telas procedentes de las reservas indias, de México o Guatemala; ellas van envueltas en espléndidas joyas sin tallar: pesados colgantes de plata, pulseras de puntas salientes, jade, turquesas, cuero repujado. Una enorme tripa de embarazada abomba un vestido mexicano verde y rojo en una de las mujeres; otra es jorobada y casi enana; también hay un viejo negro desdentado empujando una silla de ruedas con un joven paralítico con cara de infelicidad. Como aquí no tienen prejuicios racistas ni clasistas, invitan a la empleada de hogar negra a sentarse entre nosotros; parece que se aburre mucho. Whisky. Vodka. Un pintor toca al violín melodías gitanas al tiempo que un joven poeta toca a la guitarra canciones de vaqueros. El guitarrista aguanta bien la bebida, pero el violinista se tambalea peligrosamente a medida que avanza la noche y desafina cada vez más en las notas agudas. De vez en cuando llevan al guardarropa, que también hace las veces de enfermería, un cuerpo desmoronado: es siempre masculino; las mujeres ríen histéricamente, pero se tienen en pie. El violinista suelta el violín, y el guitarrista, que está tocando muy a gusto, ejecuta una melodía de jazz. El viejo negro desdentado se despierta de golpe; se ilumina, tararea pateando en el piso, dando palmadas para indicar el ritmo: ¡más rápido!, ¡más rápido! El blanco no toca lo bastante hot y el negro le pone la mano en el brazo con ojos suplicantes: ¡más rápido! El guitarrista se lo quita de encima algo molesto, el negro mira a su alrededor, ahora la gente le observa con cara de pocos amigos: hace demasiado ruido, está cobrando demasiada importancia. Vuelve a sentarse en su rincón; de golpe, vuelve a su soledad. Los invitados comienzan a irse. Las botellas están vacías; el alba, a punto de romper. La música enmudece. Se llevan a los borrachos y todo el mundo se va a dormir.

Escaneado con CamScanner

23 de marzo

Por la mañana, llaman al teléfono: la información es segura, esta tarde habrá danzas indias en San Ildefonso, vendrán a buscarnos en coche. Mientras esperamos, vagamos por Santa Fe; todas las tiendas están cerradas a cal y canto; ni un bar abierto, ni un restaurante ni siquiera en los hoteles. Es domingo y el clero católico que reina en esta ciudad española es más riguroso que las iglesias protestantes. Nos cuesta dar con un drugstore donde poder almorzar.

Las señoras mayores que nos llevan en coche no tienen en absoluto la impronta Canyon Road; son las típicas *moms*. Forman parte de la sociedad protectora de indios (la asociación no se llama exactamente así, pero, desde luego, ése es el espíritu que la anima) y hablan con el mismo tono melifluo del buen salvaje y del pobre Pétain. El pueblo al que nos llevan es San Ildefonso, tan desierto dos días antes; hoy la plaza rebosa de gente. Ni uno solo de los turistas extranjeros de Santa Fe; en cambio, está Canyon Road al completo. Hay varias mujeres vestidas de hombre que alardean de su porte viril; hasta las que no reniegan de su sexo llevan pantalones de chándal, sandalias o zapato bajo. Los hombres visten camisas de cuadros abiertas por delante, pantalones rojos o añiles; hay uno que se ha hecho un pantalón con tela de paracaídas con motivos de camuflaje en amarillo y verde: parece que va disfrazado de árbol; todos los niños van también disfrazados, no se sabe muy bien de qué. Los artistas se han traído sus cartapacios para dibujar y toman apuntes. Hay otros con máquinas fotográficas y el gobernador indio hace una colecta fructífera: es el único que viste sin fantasía con el típico terno a la americana. No es la autoridad religiosa del poblado, sólo su administrador; nos enseña su casa, donde vende terracotas y tarjetas postales; visitamos los interiores de otras casas, provistas de todas las comodidades de la vida americana; los estudios de Canyon Road son más exóticos. Un joven indio sonríe en una fotografía entre figuritas de estilo moderno: viste el uniforme de los G. I., combatió contra los japoneses durante la guerra. Las danzas que empezaron por la mañana vuelven a comen-

Escaneado con CamScanner

zar. En realidad, es la misma, que se repite durante todo el día: está dirigida a las fuerzas de la fecundidad; hace un llamamiento a la lluvia y a la buena cosecha; la ejecutan mujeres que han elegido vestirse con atuendo masculino; por lo que a mí respecta, no atribuiría sexo alguno a ese traje: llevan yeso blanco en brazos, pies, cuello y cara, las mejillas pintarrajeadas de rojo, el cuerpo embutido en una chaqueta y pantalón de cuero recubierto con ramas de helechos; una larga cola de zorro golpea las piernas de las bailarinas. Nadie es capaz de explicarme el simbolismo de los diferentes elementos de atrezo. Hay dieciséis mujeres dispuestas en fila india por edades: va de la más joven, que tiene tres o cuatro años, a la más veterana, bien entrada en la sesentena, y vuelve a bajar escalonadamente hasta una niñita pequeñísima. Sin desplazarse, golpetean el suelo con el pie al unísono, y cantan un estribillo que repiten ininterrumpidamente; el ritmo es monótono pero precipitado y el ejercicio parece agotador. Cuando están a punto de acabar, describen un ángulo de noventa grados y empiezan de nuevo; evolucionan así cuatro veces en cada rincón del recinto, rindiendo tributo a los cuatro puntos cardinales; pero entre serie y serie, entran a descansar a una de las casas. El ardor con el que se entregan prueba con creces la fe profunda que las anima: si no, caerían muertas de fatiga. Los indios las contemplan con aprobación y las animan con la voz y el gesto. En particular el más anciano del lugar parece estar en la gloria: es un hombre gordo de sayón azul con un ancho sombrero de paja que parecería un pescador marsellés si no fuera por las trenzas negras. Por edad y rango, le correspondería ser el gran sacerdote de la tribu, pero le han apartado del cargo porque se empeña en embriagarse demasiado. Con ojos enrojecidos por el alcohol, lanza unos piropos a las bailarinas que arrancan carcajadas.

Volvemos por un camino de piedras que sigue el cauce seco de un río y rodea una gran roca plana: una mesa dominando la llanura desde lo alto, donde los indios se reúnen varias veces al año para hacer sacrificios y ceremonias secretas: el más sagrado entre los lugares. Atravesamos Santa Clara. Los

Escaneado con CamScanner

habitantes han divisado a lo lejos la polvareda que nuestro coche levanta y al llegar a la plaza hay media docena de mujeres en cuclillas desanudando el hatillo de paño donde envuelven sus mercancías: colocan en mantas platos, vasijas, animales de terracota. Les compramos algunas cosas. De regreso, nuestras acompañantes mayores afirman que, a pesar del letrero que hemos visto en un bar de Albuquerque «Prohibido el paso a los indios», no se les discrimina debido a su raza. Supongo que en la práctica, la discriminación se hace por sí misma. Los blancos sólo entran por curiosidad en las reservas de donde los indios sólo salen para hacer breves incursiones comerciales a las ciudades vecinas. Como no representan ninguna fuerza social, se les respeta como a descendientes de una raza que fue gloriosa y que jamás conoció la esclavitud. Así que es verdad que están bien vistos y que tener sangre india en las venas no es una tara; pero también es cierto que de esa benevolencia y de esa tolerancia no sacan ningún beneficio concreto.

24 de marzo

Todos los desiertos que hemos atravesado desde Los Ángeles eran fértiles Normandías en comparación con este por el que vamos hoy desde las ocho de la mañana hasta la noche; durante doce horas la carretera es una línea recta que ni se quiebra ni se suaviza en curvas, huyendo hasta el infinito por el corazón de una meseta de pedregal. El único accidente es, de vez en cuando, un cacto del tamaño de una palmera con espinas punzantes; el autobús va casi vacío; hasta las gasolineras participan de la monotonía del paisaje; nos sabemos de memoria las canciones de las juke-boxes, y los animales disecados ya no nos divierten. Leemos. Pero al caer la noche, la lectura se hace imposible, los autocares no tienen iluminación interior. Divisamos las luces de Pecos con alivio. Hay viajeros que ya se han puesto cómodos para la noche, la cabeza apoyada en la almohada; no nos gustaría estar en su lugar.

Aunque ya hayamos visto el Lejano Oeste, al desembarcar en el centro de Pecos nos parece que nuestro tranquilo Grey-

Escaneado con CamScanner

hound es una verdadera máquina del tiempo: aquí estamos, transportadas cien años atrás. El pueblo de los viejos westerns: en medio del desierto, lindando con la frontera mexicana, dos calles con casas de madera a los lados que se cruzan perpendicularmente. Empujamos la puerta de un lunch-room: sentados en la barra y en torno a las mesas, sólo hombres, vaqueros de caras bronceadas guarecidos con grandes sombreros de color claro; llevan lujosos pantalones de cuero y botas de cuero leonado con remaches de dibujos rojos y verdes; todos son jóvenes, varoniles y guapos como Tom Mix. Una vez más, mientras devoramos un plato de piña con jamón tenemos la impresión de que estamos en el cine.

La gran atracción de Pecos es la casa del juez Roy Bean «Law West of the Pecos». Es el más famoso de esos jueces que se especializaron en delitos que se castigaban con multas y que desplumaban a sus conciudadanos. Tras una agitada vida de aventurero, trabajó como encargado de un bar mientras supervisaba la construcción del South Pacific Railway; se estableció en Langtry, lugar donde se unieron los dos tramos de la línea en 1883, y asumió la labor de que los ocho mil hombres que trabajaban en ella respetaran la ley. A continuación se estableció en Pecos, donde se convirtió en un personaje legendario. Durante veinte años hizo las veces de juez, jurado y verdugo. Sólo conocía un libro de leyes, el *Revised Statutes of Texas for 1876,* que interpretaba a su manera. Se inventó ingeniosos castigos. Tenía un oso que se llamaba Bruno; cuando detenía a algún borracho, a veces ataba con la misma cadena oso y delincuente durante un día entero. Pero normalmente, ponía multas y manejaba el revólver con una destreza tal que siempre se hacía respetar. Cuentan que un día se encontró un cadáver en un camino con la cartera bien repleta; el difunto también llevaba un revólver: Roy le condenó por tenencia indebida de armas y se metió la cartera en el bolsillo. Murió con todos los honores en 1903, tras veinte años de ejercicio. No había dejado de ser encargado de bar, y hacía justicia en su *saloon*. He visto muchos carteles con su imagen popular: Roy Bean sentado ante un tonel en el porche de

Escaneado con CamScanner

su casa. Ahora veo al natural la casa con tonel y porche incluidos: esta casucha de madera es un monumento histórico. En el interior están las oficinas del juez que opera ahora en Pecos y una gran dependencia vacía que se utiliza como museo: las paredes están repletas de revólveres que pertenecieron a Roy y recortes de periódicos sobre él. El papel está amarillento, las armas oxidadas. Pero en lugares recónditos de Nuevo México y Texas, hay más de un sheriff que viene a engrosar la tradición de Roy Bean e impone a sus conciudadanos su ley a sangre y fuego.

25 de marzo

Doce horas de autobús por desiertos y cactos. Como si América sólo fuera un desierto inmenso donde hubieran esparcido puñados de casas prefabricadas y volquetes de conservas en lata. Entramos en Texas, con cactos idénticos a los de Nuevo México. Es de noche cuando llegamos a los barrios de las afueras de San Antonio; se extienden durante millas y millas, nunca terminamos de llegar. Tiendas de licores resplandecen en la noche; son tantas que nos quedamos atónitas. ¿Se bebe más en Texas que en los demás estados?

En medio del desierto, la *state line* resultaba invisible. Pero al bajar del autobús comprendemos que hemos cruzado una frontera. En las puertas de las rest-rooms pone a un lado «White ladies» y «White gentlemen»; al otro, «Coloured women» y «Coloured men». Sólo hay blancos en la gran dependencia que sirve de sala de espera: los negros se hacinan en otra contigua muy reducida; junto al espacioso restaurante para blancos, un diminuto lunch-room para «coloured people» sólo puede dar cabida a cuatro clientes a la vez. Por primera vez asistimos con nuestros propios ojos a la segregación de la que tanto habíamos oído hablar; a pesar de que nos habían avisado, algo que ya no nos abandonará a través de todo el sur pesa sobre nuestras espaldas; es nuestra propia piel que se ha hecho sólida y asfixiante, de un color que abrasa.

Escaneado con CamScanner

26 de marzo

Extirpado de México mediante una guerra, Texas fue independiente durante ocho años antes de entrar en la confederación de los Estados Unidos de América. Posee un acendrado sentimiento de autonomía que le viene de su historia pasada. Los tejanos están orgullosos de ser tejanos. Tienen fama de ser los más fanfarrones de toda América y hasta de eso se jactan. Han conseguido reunir en su vasto territorio todas las capitales del mundo: París, Londres, Madrid, Toledo, San Petersburgo, Moscú... y hasta se encuentran varias réplicas de algunas. Por sus sabanas pulula una especie de conejo gigante de pelo tupido que llaman *jack-rabbit*: han hecho de él su emblema. En todos los comercios de San Antonio se ven jack-rabbits de peluche, tan grandes como terneros, que sirven de reclamo.

San Antonio es una vieja ciudad que está muy cerca de la frontera con México; moderna al estilo americano y de gran vitalidad, tiene grandes tiendas y rascacielos, pero también está revestida con los colores de México y los recuerdos de la vieja España habitan en ella. Su centro neurálgico es la encantadora plaza del Álamo: en un jardín de rosas en flor recién abiertas se alzan una vieja biblioteca y una vieja capilla española convertida en museo. Algo que América no me había brindado todavía: piedras ancestrales rodeadas de flores. En la capilla abovedada, han reunido un muestrario de gloriosas reliquias de la independencia tejana: cañones, revólveres, retratos de héroes de la independencia, un facsímil de la Constitución.

En esta vieja misión española, que entonces comprendía una capilla, un claustro y un convento defendido por sólidos muros, fue donde ciento ochenta tejanos resistieron durante trece días a cuatro mil mexicanos a las órdenes del general Antonio López de Santa Ana. Cuando la posición fue tomada, sólo quedaban cinco supervivientes y el general los masacró. Pero el general Sam Houston los vengó en San Jacinto; al grito de «¡Acordaos del Álamo!», los tejanos se hicieron con la victoria, Santa Ana cayó prisionero y se constituyó una república con Houston como presidente. Su bandera llevaba

Escaneado con CamScanner

una estrella, símbolo inequívoco de que querían entrar a formar parte de los Estados Unidos de América, cosa que conseguirían en febrero de 1845.

Una pequeña vía fluvial zigzaguea por la ciudad envolviéndola en meandros. Sus muelles son verdes jardines bajo el nivel de la calzada. Se comunican por rústicos puentes bajo los cuales se besan parejas de enamorados; otros grandes puentes urbanos, por donde pasan las calles y el tráfico rodado, se superponen a los primeros. Un teatro al aire libre se ha apropiado de una curva del riachuelo; una vieja casa erigida sobre un promontorio y rodeada por un patio sirve de bastidores, de camerinos y de parnasillo de actores; los asientos de los espectadores son un graderío que se escalona a sus pies y la escena semicircular está en la otra orilla. Toda la calle a donde da este teatro está jalonada por casas de madera y adobe a ambos lados de colores rosa y verde chillón. Un poco más lejos, al final de una plaza periférica y descuidada, se alza el antiguo palacio del gobernador. Está defendido por unas murallas de tierra gris donde no se abre ninguna ventana; al cruzar el umbral, nos encontramos en un interior español del siglo XVI; las habitaciones y salones de paredes blancas, los techos de madera, son ascéticos como los de un monasterio; los muebles son preciosos, pero de estilo tosco; no hay ninguna ventana que dé a la calle, pero en un gran jardín cercado por tapias, hay bancos de piedra a la sombra de árboles en flor, un viejo pozo y, en uno de los lados, un claustro. El palacio es de una sobriedad castellana, pero los arbustos rojos y violetas, la languidez de las plantas trepadoras, la fragancia de los árboles, tienen reminiscencias andaluzas. América queda muy lejos.

América está a las puertas, alegre bajo el cielo azul, envuelta por las risas de una bulliciosa población de pelo negro y tez tostada. Las curios-shops quiebran la monotonía de los drugstores y de las dollar-shops. La más impresionante es esa famosa tienda que llaman «de los diez mil cuernos»: constituye una síntesis apoteósica de todos los bazares del Lejano Oeste. Las paredes del establecimiento, el techo y el vestíbulo

Escaneado con CamScanner

que le sirve de ampliación, están cubiertos por un auténtico bosque de cuernos: ciervos, búfalos, renos, antílopes, gacelas, antes, alces, gamuzas, todo tipo de especies rumiantes despojadas de sus astas; esos trofeos parecen orgullosos y humillados igual que las raídas banderas que cuelgan en el vestíbulo de los Invalides. A la sombra de esa espesura, aquí están todos los objetos mexicanos que he visto en Los Ángeles, las joyas y las figuritas de estilo indio de Santa Fe, los cinturones y botas de cuero del Lejano Oeste. Un ladronzuelo loco expolió un museo y volcó el saco en una de las vitrinas: piedras y conchas, escorpiones, serpientes, esqueletos, fetos. Otro desvalijó con más esmero un museo etnográfico: aquí se pueden adquirir una indumentaria completa de vaquero, un traje de indio, un disfraz de esquimal o vestidos mexicanos. Siempre hay algo que ver y la cabeza nos da vueltas. Al fondo hay un bar con mesitas donde dan de comer y beber. Pedimos un whisky. La camarera nos fulmina con la mirada: «¡Esto es Texas!», dice con orgullo. Y nos trae una cerveza.

Hemos vistos alegres restaurantes mexicanos junto al río. Elegimos uno que nos seduce por sus paredes de revoque blanco, su tejado amarillo canario y sus contraventanas verdes. Por dentro es alegre, decorado en tonos amarillo y verde, con un suelo de losas rojas. Hace fresco, igual que en el bosque en un hermoso día estival. Los camareros son mexicanos de verdad, pero, a pesar de nuestros ruegos, nos traen filetes de buey como suelas de zapatos flotando en espesas salsas que no consiguen ponerlos tiernos.

Los taxis son un lujo caro en California; aquí las tarifas son irrisorias. Alquilamos uno por algunas horas. El conductor nos lleva por barrios residenciales; muchas de estas casonas son antiguas; sus paredes de madera mohosa son de colores polvorientos, pero su arquitectura es todo un lujo; me gustan sus columnatas, sus galerías románticas, los porches con mecedoras y una especie de balancines con respaldo y cómodos cojines: imaginamos aquí existencias indolentes, egoístas y civilizadas. Ahí está intacta la casa donde vivió y escribió O. Henry. Ahora atravesamos un parque de solares sin edificar. Nos cruzamos con

Escaneado con CamScanner

una carreta donde se amontonan racimos de plátanos dorados: niños de lindos ojos negros se precipitan a comprar. Por unos centavos, nos llenan un gran saco; son pequeños, se deshacen en la boca y tienen un aroma delicioso: nada de productos de invernadero, verdaderas frutas que han crecido en la tierra.

El taxi se detiene ante una misión española. Es una iglesia del siglo XVI de un bellísimo estilo barroco construida en el centro de un jardín silvestre; con más regodeo que en la capilla del Álamo, tras tanta construcción de madera, arcilla, ladrillo y adobe, paladeo esta sorpresa de tocar piedra auténtica y contemplar un edificio que, además de pintoresco, es hermoso. Seguimos hasta otra misión, unas millas más allá, todavía más cautivadora. La iglesia de piedra con líneas de limpio trazado se yergue en un rincón de una pradera cubierta de flores que rodean por tres de sus lados largos edificios —donde apenas cabe un hombre de pie— que antaño albergaban las celdas de los misioneros; el cuarto lado da a un jardín descuidado y encantador; un sendero desciende hasta una vaguada, remonta un altozano, cruza un puente; junto al río, hay un viejo molino cuyas paredes de madera se conservan intactas, igual que la rueda, las piedras molares y el dispositivo de tornos y poleas; tras un recodo del camino, un farol inesperado; por todas partes, flores en desorden. En el molino, en la pradera, ante la iglesia, da la impresión de que estamos lejos de América. Pero al entrar en el templo, nos sobresaltamos. Un vozarrón gangoso retumba en las bóvedas solitarias y comienza a contarnos la historia de la misión; es un obispo quien habla: han grabado su voz y un ingenioso mecanismo desencadena el movimiento giratorio del disco cuando un visitante abre la puerta. Hay poco que ver dentro de la capilla y la voz nos hace huir; a lo lejos, todavía se la oye, prosiguiendo en la iglesia desierta su relato pertinaz.

En la carretera hay otras dos misiones, por eso la llaman la «carretera de las misiones»; pero el taxista decide por decreto que son menos interesantes. Nos lleva a ver, al otro lado de la ciudad, un jardín que antes de la guerra llamaban «japonés» y que terminó por ser «chino». Cruzamos por un gran

Escaneado con CamScanner

parque, el coche trepa por un promontorio que se comunica mediante una pasarela de madera con un pabellón de estilo oriental. Desde arriba, se divisa en lontananza un islote de rascacielos, y a nuestros pies, un jardín de guijarros, estanques diminutos donde nadan peces rojos, puentes como los que se ven en los biombos lacados, arbustos enanos que parecen pintados a mano. El conjunto resulta encantador por inesperado y absurdo. Más lejos, rodeado de bosques, hay un zoo: las grullas y los flamencos tienen colores tan nítidos que parecen salidos de un álbum de estampas para niños; los animales, bien cebados y lustrosos, no han sufrido los rigores de la guerra. Hacemos caso omiso del museo etnográfico, del museo de historia natural, y vamos a echar un vistazo a la casa de serpientes. En medio de un circo rodeado de un muro bajo, por donde se encaraman con indolencia o se enroscan sobre sí mismas, hay veinte especies distintas; cadáveres de pajarillos y polluelos tapizan el suelo de cemento. El guarda, que se pasea con indiferencia por este nido de ponzoña, asegura que las serpientes no están mutiladas, sus colmillos destilan veneno: pero parece que no muerden nunca. Para hacernos una demostración, pincha a las serpientes de cascabel, que agitan rabiosas esa especie de carraca que constituye su cola; pero, efectivamente, parece que se contentan con manifestarse.

Volvemos al hotel de la plaza del Álamo, y nos vamos a dar una vuelta a pie por los barrios que se extienden detrás. De pronto, sin haberlo premeditado, nos encontramos en el barrio de los negros. En mitad de solares invadidos de malas hierbas y surcados por veredas plagadas de grietas se yerguen casas de madera decrépitas; en dos lugares, cenizas negras y tablones medio carbonizados nos delatan incendios recientes. Las calles están desiertas. De tarde en tarde hay un negro viejo o una matrona gorda meciéndose en uno de esos balancines del porche; niños que se agrupan alrededor de quioscos para comprar Coca-Cola, plátanos, caramelos; un voz de fonógrafo invisible se propaga hasta perderse entre las malas hierbas, las cenizas, el silencio. Nos cruzamos con dos o tres negros que parecen no reparar en nosotras.

Escaneado con CamScanner

En la gran calle comercial del centro urbano, ponen *La canción del sur* de Walt Disney. El público blanco sonríe con complacencia ante la imagen del «tío Remu», el viejo negro servicial, de alma tierna e infantil. En realidad, el autor de las simpáticas historias del viejo papa conejo y sus tribulaciones para escapar a las artimañas del zorro es un hombre blanco pelirrojo. Los dibujos animados que se insertan en la película no compensan el tedio y el hastío que produce la sosa historia en tecnicolor: bucólicos campos en colores verde y rojo que a duras penas disimulan un trasfondo de odio, injusticia y pánico.

Esta noche no cenaremos en un restaurante mexicano. Elegimos una especie de rancho de interior rústico junto al río; hay una orquesta y seguro que gente bailando cuando hay gente: el comedor está casi vacío. Dos parejas cenan en la mesa de al lado y constato que colocan sobre el mantel una soberbia botella de whisky; les traen soda y durante la comida la vacían con facilidad. Ahora comprendo la arrogancia de la camarera de esta mañana: «¡Esto es Texas!», lo que significa que cada uno se compra su whisky en uno de esos establecimientos de licores cuya proliferación tanto nos sorprendió al entrar en San Antonio; además, se puede comprar aquí mismo: no se vende por vasos. Todos los clientes se procuran su botella y se disponen a cenar. «¡Esto es Texas!»

Parece que hace unos meses, se podía ver una vaca atada a una valla durante toda la velada; a media noche la soltaban en la pista y unos vaqueros tenían que atraparla a lazo. Pero ahora el sitio no tienen ningún aliciente. Nos vamos. Paseando por calles engalanadas, soñamos —como en Albuquerque, donde no dimos con él, tal vez porque no existía— con ese lugar privilegiado, inaccesible para el turista no iniciado, donde los expertos dicen: «Éste es el Madrid de verdad, la Italia auténtica, la esencia de Oriente». Pero dichos lugares se caracterizan por su ausencia de color local, por su aparente trivialidad: imposible dar con ellos sin un guía avezado. ¿Hay alguno en San Antonio? No es tan seguro que esta ciudad, que recuerda a la vez a Nueva York, México, Santa Fe y Nueva

Escaneado con CamScanner

Orleans, posea además un alma personal cuyas claves se puedan rastrear. Por lo menos, nosotras no lo encontramos. Terminamos en un club nocturno sin gracia, decorado con palmeras y paja trenzada; dos negritos de diez a doce años bailan claqué con un buen estilo. Los clientes, sentados en mesas con sólidas botellas de whisky, les lanzan monedas de níquel a voleo. A medianoche, igual que en Los Ángeles, todos los bares y clubes cierran; la ciudad duerme.

27 de marzo

Por la tarde tomamos el autobús para Houston. Por fin dejamos el desierto y entramos en ese sur que tanto he anhelado conocer. Aquí están los vastos campos de tierra negruzca donde dentro de algunos meses florecerán los copos de algodón, tan penoso para las manos que lo recogen. Aquí están esos tupidos bosques donde veo aparecer ese extraño parásito colgando de las ramas de los árboles formando elásticas estalactitas: el musgo de Luisiana.* El suelo puro y duro de los desiertos está empapado de agua y la tierra habla ahora un oscuro lenguaje de gérmenes y fecundidad; plantas y miasmas, cosechas y parásitos ya no son piedras desnudas sin promesas ni mentiras: la arcilla y la greda se han hecho portadoras de esperanza allí donde clama la desesperanza; es la tierra de la riqueza y de la miseria, una tierra de hombres exuberante y cruel. De tarde en tarde, en parajes de fertilidad solitaria, se yergue una cabaña o un grupo de cabañas destartaladas; en el umbral, caras negras unas veces y blancas otras: se trata de esos blancos pobres del sur cuyas vidas sumidas en la miseria han narrado Steinbeck y Caldwell. Y precisamente, mientras desfilan ante nuestros ojos estas viviendas en las que no se me ocurriría entrar, leo el fascinante reportaje escrito por un americano que convivió algunos meses con los esclavos de los campos de algodón. El libro lleva por título *Elo-*

* Planta parásita de la familia de las bromiláceas. En francés también es conocida como *mousse espagnole*; esto es, musgo español, que es la denominación que utiliza Simone de Beauvoir a lo largo de todo el libro porque le permite compararla con los nombres de otras enfermedades. (*N. del t.*)

Escaneado con CamScanner

giemos ahora a hombres famosos: tres familias de arrendatarios y su autor se llama Agee; tuvo un gran éxito de crítica, pero ningún éxito comercial. Describe minuciosamente cómo viven, comen, visten y trabajan los habitantes de estas chabolas que vamos dejando atrás; las fotografías que ilustran el texto nos ayudan a penetrar en ellas; sillas cojas, jergones acribillados de chinches, techumbres de uralita, ropas de cotonada harapientas, ningún campesino francés vive en condiciones tan lamentables; poseen caras demacradas, hasta los niños parecen viejos. Leo, miro y no sé si el libro sirve para aclararme el paisaje, o si semejantes visiones son sólo ilustraciones concretas del patético documento que estudio.

Este libro se centra en los blancos. Pero la inmensa mayoría de los recolectores de algodón son negros y el régimen al que todos están sometidos es herencia directa del régimen esclavista. Extraña paradoja —y escandalosa para la propia América— esta supervivencia de una economía patriarcal en la sociedad capitalista moderna. Aquí la pequeña o mediana propiedad escasea: son, sobre todo, vastas plantaciones; y de los que trabajan en estas tierras, sólo una décima parte son granjeros que mediante una renta fija en algodón o en dinero consiguen convertirse en empresarios relativamente independientes; las otras nueve décimas partes son obreros agrícolas a quienes se les suministran los instrumentos de trabajo y reciben un salario: lo insólito de su situación estriba en que dicho salario no es una suma de dinero definida, sino una parte más o menos importante de la cosecha de algodón anual. El propio trabajador se encuentra con que tiene que asumir los riesgos que, en un régimen de explotación capitalista normal, recaen siempre sobre los propietarios; riesgos por otra parte enormes, ya que la cosecha no sólo depende del viento y la lluvia, sino también del mercado algodonero, reino por excelencia de la especulación, con precios que fluctúan considerablemente de un año a otro. Para colmo, es el propietario mismo quien vende toda la cosecha, incluyendo la parte del arrendatario, a quien declara los beneficios que le viene en gana declarar: en cualquier circunstancia, esta libertad de acción pro-

Escaneado con CamScanner

picia la mentira; pero en sitios como éste, donde los hombres cabales y de palabra se jactan de estafar a los negros, mucho más: este tipo de robo no entra en contradicción con su código moral. Por último, si se sabe que un negro del sur no tiene recurso alguno contra los blancos, está claro que sus ganancias dependen de la buena voluntad de su patrón. Esta dependencia es todavía más estrecha porque se obliga al trabajador, en el momento de mudarse, a pedir prestado al propietario para comer y vestirse durante el año anterior a la primera cosecha; vive a crédito pagando unos intereses enormes (hasta el treinta y siete por ciento); por eso su patrón se siente con el derecho de apoderarse de la cosecha y de venderla por su cuenta. Si no se le reembolsa la cantidad, tienen derecho a vender los muebles, el ganado, todo lo que posea su arrendatario. En principio, este último posee un medio de desvincularse de su deuda: yendo a trabajar a otra plantación; pero los dueños de las plantaciones se niegan de común acuerdo a acoger a estos tránsfugas, que quedan, por tanto, atados a una tierra y a un amo casi tan estrechamente como los esclavos de antaño. Esas condiciones son cada vez más duras, en la medida en que la agricultura del sur es cada vez menos próspera. Está terriblemente superpoblado, sobre todo el Viejo Sur, esta región del delta por la que justo cruzamos ahora: la población se ha duplicado desde 1860 sin que la extensión de terreno cultivable haya aumentado. Más de la mitad de la población rural de Estados Unidos vive en el sur, que produce sólo el veintiocho por ciento de la riqueza agrícola del país. De por sí, esta hermosa tierra negra es fértil, apta para cultivos variados, pero es un suelo no muy profundo que soporta lluvias torrenciales: la concentración del algodón, que no se ha compensado con ningún otro cultivo, la ha agotado. En tiempos de la esclavitud, se consideraba que la propia tierra no tenía valor, el único capital precioso era el ganado humano encargado de explotarla: los dueños de las plantaciones nunca se preocuparon de preservar su riqueza. Hoy día, el monocultivo de algodón conlleva su ruina. No obstante, es casi imposible instaurar una economía agrícola más sensata.

Escaneado con CamScanner

El cultivo del algodón exige como punto de partida un capital bastante grande que los granjeros y propietarios se ven obligados a pedir prestado porque sus beneficios son demasiado escasos; el sur siempre ha vivido a crédito; los préstamos están gravados con elevados intereses por los riesgos que se derivan de las fluctuaciones del mercado, y las deudas no se pueden saldar nunca; se necesitan constantemente nuevas cosechas para devolver el dinero; un círculo vicioso, ya que en su lucha por sobrevivir, la región se empobrece cada vez más. Si a esto añadimos la competencia extranjera, que ha traído la superproducción y una caída vertiginosa de los precios, la política de la AAA, que ha reducido el terreno cultivable —cosa que desde 1935 ha provocado una drástica reducción de la mano de obra—, o que la mecanización que hasta ahora no ha podido llevarse a cabo —las técnicas son todavía muy primitivas, casi no han cambiado desde los tiempos de la esclavitud— está en vías de desarrollo e implicará una merma mayor de mano de obra, se comprende que la situación de los negros y de los «blancos pobres» que se han infiltrado entre ellos sea de las más trágicas. Viven en la miseria, y como consecuencia inmediata, sumidos en la ignorancia, la pasividad y la falta de higiene; los niños mueren con la misma facilidad que nacen; los que sobreviven en seguida quedan bajo el yugo del duro trabajo de la cosecha. En ningún país europeo los trabajadores agrícolas constituyen un grupo tan grande y tan miserable: sólo se pueden encontrar ejemplos semejantes en las colonias; aquí la colonia se encuentra en el interior mismo de América, lo que no sólo exacerba la indignación que provoca una situación semejante, sino que la hace más sobrecogedora, más paradójica, aumentando, por ende, su complejidad.

Tras la fertilidad vegetal de los campos de algodón, aquí tenemos la prosperidad mineral: los pozos de petróleo. Su presencia se percibe de lejos. En la ineludible soledad de los campos desnudos, este olor a fábrica y maquinaria, este olor a ciudad es aquí el olor natural de la tierra, el olor del suelo, del cielo, del aire; resulta inimaginable desembarazarse de él para recuperar esa supuesta pureza perdida que hay detrás:

Escaneado con CamScanner

constituye la verdad primigenia. Los niños lo respiran ya en su cuna en estas casas prefabricadas alineadas entre piedras, bajo la égida de altas torres de hierro. Para muchos hombres que viven aquí, la vida nunca tuvo otro sabor.

La rica ciudad de Houston hunde sus raíces en los pozos de petróleo. Hace veinte años, sólo era un villorrio. En los solares que hoy albergan grandes edificios sólo había hierba y guijarros. Pero ningún olor inoportuno se filtra por las calles. Hemos reservado habitaciones en un gran hotel, que, como todos los grandes hoteles americanos, engloba bares, cafeterías, lunch-rooms, restaurantes, salones de baile; cenamos en un «comedor rojo», réplica exacta del «comedor victoriano» de Chicago, del «comedor azul» de Washington: espejos, colgaduras, arañas de cristal; hay una orquesta, una pista de baile encerada, camareros con clase; no obstante, el regionalismo campa por sus respetos: se nota que estamos en Texas. Los comensales han colocado sus botellas de whisky sobre la mesa; a nuestro lado, un auténtico party a voz en grito: mujeres de caras congestionadas asomando bajo sombreros de flores, hombres riendo a mandíbula batiente. Todos clavan su mirada miope en nosotras: ¿cómo pueden ser extranjeras? ¿Cómo pueden no ser tejanas?

Para el turista, la noche de Houston es tan lúgubre como la de Buffalo. En el corazón de la gran urbe, de nuevo la misma calle que recorremos en cada ciudad, en cada pueblo donde tiene parada el Greyhound; nos conocemos de memoria las luces y los escaparates. Felizmente, en un cine anuncian sensacionales thrillings: entramos. Vemos a Victor Francen interpretando a un pianista genial, con una mano paralizada, que muere de forma patética al principio de la película; una pandilla de avariciosos herederos amenaza a Peter Lorre, su hijo adoptivo sumido en misteriosos trabajos de erudición, con ser expulsado de la biblioteca del castillo; la muerte se desencadena: una mano misteriosa estrangula a hermanos, sobrinos, primos y amenaza a la guapísima sobrina; es la mano del propio Francen que Peter Lorre cortó y guardó en una caja; se la ve salir sola de la caja para tocar conciertos en el teclado; al

Escaneado con CamScanner

final, se vuelve contra el propio Peter Lorre justo cuando éste decide asesinar a la dulce protagonista; arroja la mano al fuego: ésta se retuerce entre las llamas, escapa y trepa despacio hasta la garganta del desdichado. A pesar de la estupidez de la historia, esa especie de tarántula gigante que levanta la tapa, trepa por la mesa, resulta tan inquietante como el principio de *El perro andaluz*.

28 de marzo

M., que trabaja como profesor desde hace veinte años en América, me lleva a la universidad. Los edificios se yerguen en mitad de un césped tupido plagado de camelias y azaleas. Almorzamos en el club de la facultad. Estos clubes son sólo para hombres, cosa que envuelve la comida en cierto halo de austeridad; pero en las universidades, como en todas partes, los clubes masculinos se niegan con obstinación a admitir mujeres: exigen demasiadas atenciones y deferencias; los hombres prefieren aburrirse pero sin tensiones. Después de la comida, M. me lleva a dar una vuelta en coche. Atravesamos los grandes parques que bordean la ciudad y se prolongan más allá hasta convertirse en auténticos bosques salvajes. Los árboles son de una exuberancia tropical, entreverados de lianas y con ramas cubiertas por musgo de Luisiana; a su sombra holgazanean esos lentos cursos de aguas remolonas que aquí llaman *bayous*. En las lindes de los bosques, están las lujosas mansiones de los reyes del petróleo; construidas en madera al estilo de las de las viejas plantaciones, con porches y galerías, aunque son más frescas y relucientes. Delante de las puertas, hay negros altos cortando el césped con parsimonia bajo el sol. Azaleas, camelias, hierba dorada, servidumbre con estilo: todo es paz, orden y belleza. Sólo el musgo de Louisiana recuerda en este límpido universo los turbios misterios de la germinación y de toda prosperidad.

M. es un viejo malévolo que, cosa rara, enjuicia América sin apriorismos hostiles ni complacencia. Entre otras cosas, le divierte esa mezcla de exceso de rigor y desenfreno hipócrita que se encuentra aquí y en todo el país. Por ejemplo, está

Escaneado con CamScanner

prohibido introducir alcohol en el instituto Rice; si usted quiere entrar en el campus con una botella bajo el brazo, no le dejarán pasar; pero si toma la precaución de meterla en una bolsa, a nadie se le ocurrirá mirar qué hay en ella: de hecho, estudiantes y profesores beben mucho; entre estos últimos, los hay que están en estado de ebriedad permanente. No se ve con buenos ojos la unión libre, pero los matrimonios son cada vez más elásticos. Cierto profesor intrigó mucho a sus colegas al volver en otoño al instituto Rice con una joven esposa diferente a la novia que se había llevado a México al comienzo de las vacaciones: había tenido tiempo de casarse, divorciarse y volver a casarse; confesó haber precipitado las cosas con la esperanza de que, habiendo sido olvidada la cara de su primera esposa, se acogiera a la segunda como la única e incuestionable señora Z.; el primero había sido un matrimonio de prueba: al cabo de una semana hizo que naufragara. Me cuenta muchas otras anécdotas que prueban que los celos y las rivalidades no son privativos de las universidades francesas. Luego me habla un poco de la cuestión racial. Hay más tensión que nunca, los negros están indignados porque no han recibido ninguna compensación por sus servicios durante la guerra; los blancos, temerosos de que reivindiquen algunos derechos, los tratan con más arrogancia que antes; los negros aprovechan cualquier oportunidad para vengarse de estas vejaciones. Si un blanco contrata para una cena a un cocinero negro u otro camarero de apoyo, éstos le dejan colgado en el último segundo a pesar de las promesas formales: y sucede, como por casualidad, que no puede encontrar a nadie que los sustituya; precisamente esa noche todos los cocineros, todos los camareros, están ocupados. Los negros manifiestan al dejar el ejército un sentido de solidaridad racial y voluntad de sublevación. M. me cuenta también que el año pasado, con ocasión de una visita a la universidad para negros de las cercanías, fue recibido con una amabilidad especial por el hecho de ser francés. Pero en el momento de almorzar, le llevaron a una pequeña dependencia donde habían puesto una mesa con un solo cubierto: «No puede usted comer con nosotros —dijeron

Escaneado con CamScanner

los profesores excusándose— tendríamos graves problemas si se enteraran de que hemos sentado un blanco a nuestra mesa».

En la mayoría de las ciudades, los restaurantes elegantes y los clubes nocturnos están en las afueras. Cenamos muy lejos del centro, en un sitio típicamente «houstoniano»: un gran hostal de madera blanca sin mácula. El sur es la única región de América donde los alimentos no se consumen sin más, se hacen guisos muy elaborados según una experimentada tradición culinaria; tomamos platos típicos excelentes. Me dicen que es una pena que no pueda ver en Texas una pelea de gallos: están prohibidas, pero eso hace que sean todavía más atractivas. En la frontera con México, un rudo público de vaqueros se reúne en lugares más o menos clandestinos para apostar con pasión por el presunto ganador de la pelea; hay que tener mucho cuidado en poner cara de impasibilidad y en no levantar la mano, porque los bookmakers interpretan el menor pestañeo como una puja que siempre termina yendo en detrimento de uno.

A falta de gallos, después de mi conferencia un profesor me lleva a un combate de *wrestling*: aunque no es especialmente tejano, desde luego es muy americano. Llegamos al final del combate a un palacio de deportes enorme lleno de gente enloquecida. Mujeres gritando como fieras: «¡Mátalo, mátalo!». En el ring, los luchadores están frente a frente con caras que destilan un odio animal, imitando con esmero la forma de andar y el rictus de King-Kong: en seguida se ve que se trata de un espectáculo amañado y no de un combate de verdad; uno de los luchadores tira al árbitro por encima de las cuerdas; otro estampa a su adversario contra el suelo de la sala; al final de la pelea, el vencido hace rechinar sus dientes con una repentina mueca de furia y se lanza sobre el vencedor que, de golpe, echa a correr aterrorizado: se persiguen a través del graderío, se dan alcance y se pegan mientras los espectadores aúllan histéricamente. Desde luego saben que están interpretando, pero prefieren no creérselo; por otra parte, miran por su dinero, los golpes son violentos, corre la sangre. Al

Escaneado con CamScanner

cabo de media hora, nos vamos. L. me lleva a tomar una copa a una de las arterias principales de Houston. Aquí nadie bebe whisky, sólo cerveza en grandes jarros. Las paredes están empapeladas de arriba abajo con inmensas fotografías de bueyes y vacas premiados en certámenes de ganadería; en una esquina hay una carreta de emigrante con su toldo verde y, casi en todas partes, cuernos de bueyes gigantes. Al parecer, la mayoría de los cafés están decorados así. Esta noche dormiré sin pesadumbre. Creo que ninguna atracción de Houston me ha permanecido oculta.

29 de marzo

Tierras negras, selvas tropicales, musgo de Luisiana, bayous: es nuestra última etapa antes de Nueva Orleans, donde pasaremos cuatro días. Leo completamente enfrascada *Viaje por el Mississippi* de Mark Twain y, a cada río que veo, pregunto: ¿es el Mississippi? Siempre lo es y nunca termina de serlo por completo: sólo un tramo de este delta que se ramifica indefinidamente.

Al oírme hablar en francés, una mujer me aborda en una de las paradas. «¿Está usted hablando en francés?» Me invita a sentarme a su lado en el autocar. Es bretona, pero está instalada desde hace veinte años en una granja de Luisiana; le gusta la vida de aquí y me enseña con orgullo una foto de su hija, que es estudiante en una universidad. Un poco más allá, un hombre se dirige a mí en una jerga que no comprendo repitiendo sin cesar la palabra «estación», hasta que descubro que también habla en francés, aunque sea del siglo XVIII, que es el que ha heredado Luisiana, y me pregunta si tengo hermanos que hayan muerto en la guerra. Nuestro Greyhound es muy distinto al que atravesaba, casi vacío, los desiertos de Arizona y Nuevo México. Ahora hay colas en las estaciones, todas situadas en el centro de alguna ciudad; los negros, que a menudo no tienen espacio acotado bajo techo, esperan fuera, a veces en bancos, normalmente de pie, a que la raza superior se instale en el autobús: tienen cuatro u ocho plazas reservadas en los asientos del fondo, y sólo suelen efectuar trayectos

Escaneado con CamScanner

cortos; son habitantes de esta zona rural que se trasladan de un pueblo a otro; cuando tocan el timbre para solicitar parada, el conductor y el resto de los viajeros observan con una mezcla de ironía y mal humor cómo se abren paso por el pasillo central. Por supuesto, los blancos prefieren ir de pie antes que sentarse con los negros si por casualidad queda un sitio libre entre ellos. Algunos de estos blancos hablan un francés que me resulta más ininteligible que el inglés. Atravesamos pueblos con tiendas de ultramarinos, comercios de confección, salones de peluquería en los que se lee «Mathieu, Debureau, Lefèvre, Boucher, Robert», nombres en su mayoría franceses. Una vez que ha anochecido, el autobús se detiene para cenar en un pueblecito a la orilla del múltiple Mississippi; empezamos a detestar estas estaciones de autobús donde se comen platos para negros, con canciones de Sinatra y Crosby sonando en los juke-boxes y rest-rooms compuestos por compartimentos sin puertas para resguardarse de las miradas donde los negros están hacinados en cuchitriles sin ventanas. Llueve un poco, pero vamos a dar una vuelta por un paseo de tierra anegada que bordea el río: a derecha e izquierda, se divisan los bosques frondosos que aprisionan esta corriente de agua; bajo el cielo lluvioso, es negra, triste y misteriosa.

Miro el río y pienso en Cavelier de la Salle, a quien sus hombres dieron muerte cuando creyeron que se habían perdido en los brazos de este delta múltiple y monótono; llegado de Francia con cuatro navíos para fundar con gran boato Luisiana, no consiguió dar con la embocadura real de este «Padre de las aguas» por el que ya había descendido temerariamente una vez, y se extravió con sus compañeros por esta costa ingrata. Fue un capataz de la Compañía de Indias, el señor de Biéville, quien en 1718 fundó la ciudad a la que llamó Nueva Orleans en honor del regente. Su homónima francesa fue esquilmada en beneficio suyo: arqueros a las órdenes de Law y su banda raptaron por las calles a mujeres de reputación dudosa e incluso se llevaron en sus carretas a ciudadanas honradas. En 1763, Luisiana, que abarcaba entonces gran parte del valle del Mississippi, fue cedida a España, que ha-

Escaneado con CamScanner

bía concedido a los americanos el derecho a almacenar sus mercancías en Nueva Orleans; en 1802, la colonia fue devuelta a Francia a cambio de Tuscany; Jefferson hizo una oferta a Talleyrand de cincuenta millones de francos por Nueva Orleans y Florida: éste les vendió por sesenta millones toda Luisiana, garantizando a América vía libre para navegar por el Mississippi, permitiendo su expansión hacia el oeste con toda seguridad.

Circulamos mucho más tiempo en plena noche. De vez en cuando, hay luces encendidas, pero son sólo de alguna gasolinera perdida en mitad del delta. Millas y millas de noche lluviosa, de puentes y aguas sombrías, de más puentes y aguas sombrías, la misma noche y por fin una aglomeración de luces. Ahora son avenidas y glorietas, más avenidas y glorietas, barrios y más barrios. Y por fin, Broadway, Market Street: esa gran calle iluminada que bulle de gente y que aquí llaman Canal Street. Esta ciudad, mañana por la mañana, será Nueva Orleans.

30 de marzo

Siempre me siento abrumada por la monstruosa opulencia de los hoteles americanos; te podrías pasar una vida entera sin salir de ellos: floristas, confiteros, librerías, peluquerías, manicura, máquinas de escribir, taquígrafos, todo para serviros; en éste hay cuatro tipo de restaurantes, bares, cafés, salones de baile; es una zona neutral, como las concesiones internacionales en el centro de las ciudades comunistas.

Basta con cruzar la calle y ya estamos en el centro de Nueva Orleans, en el barrio francés. La vieja ciudad colonial está construida en damero como las ciudades modernas, pero sus angostas calles tienen casas de una o dos plantas a los lados, de reminiscencias españolas y francesas; tienen la serenidad de Anjou, de Touraine, pero sus bonitos balcones de encaje verde hacen pensar en los de Córdoba y en las rejas de hierro forjado que condenan las ventanas árabes; este silencio de provincias está penetrado de calidez andaluza. Aquí lo exótico no es ni lo mexicano ni lo indio: más bien lo francés. En

Escaneado con CamScanner

las lápidas del viejo cementerio, en las esquinas de las calles, en los letreros de los comercios, los nombres franceses tienen resonancias de antaño; así que en las curios-shops, en lugar de *tomahawks* y máscaras indias, venden lámparas de petróleo, jarrones de Sèvres, vestigios de una civilización tan desplazada como la de los hopi y los navajos: flecos de perlas que son toscas fajas, arañas y búcaros con ídolos extraños. Muchas viejas casonas tienen leyendas: ésta es la casa del herrero, en esta otra vivió el pirata Jean Laffite, en aquella de más allá no vivió Napoleón, por mucho que le estuviera destinada y lleve su nombre de forma abusiva; no muy lejos está la casa de la absenta. Las han convertido todas en bares apacibles y tranquilos bajo el sol matinal. Hay varias calles donde una de cada dos puertas corresponde a un bar o a un club nocturno. En esta esquina de aquí sólo venden libros: compras, ventas, oportunidades, son establecimientos minúsculos que se adentran en las aceras, ofreciendo al transeúnte cajas llenas de viejos volúmenes desparejados. Más curios-shops y confiterías con tabletas de almendra garrapiñada: delante de la puerta una negra enorme de cartón, con una pañoleta anudada en la cabeza, sonriendo y señalando con gesto goloso esa especialidad criolla. Visitamos un teatro que ha permanecido intacto desde el siglo XVIII y donde de vez en cuando montan una obra de teatro francesa. Y desembocamos en una plaza simple y pura, como la plaza de los Vosgos de París. Todo el lujo de estas sobrias casas reside en el rico enrejado de hierro forjado, de un verde suave y cálido, que recorre las barandillas de las terrazas. Un pequeño museo reconstruye la vida colonial de siglos pasados: casas en miniatura con su mobiliario enano, muñecas con trajes ceremoniales, y más cerca de nosotros, en antiguas fotografías, retratos individuales o en grupo; también se pueden ver las joyas, las vajillas de plata, los vestidos, las porcelanas, de las familias más notables del pasado. Seguimos por calles silenciosas y llegamos al mercado de pescado: aquí el presente hace valer de nuevo sus derechos, la vida renace. Los comercios son bulliciosos, hay una multitud ajetreada por las aceras; el café donde tomamos buñuelos está

Escaneado con CamScanner

atestado de gente. El puesto del vendedor de frutas y verduras con sus toldos polvorientos, sus bananas canijas, sus raquíticas lechugas, sus peras medio pochas, parece directamente importado de la calle Mouffetard; ya no se trata de ese esplendor homogéneo de los productos de invernadero: peras, uvas, vendedor y clientela participan de la misma vida difícil y precaria. Avanzamos por los muelles hasta las aguas del Mississippi: discurriendo entre casas y fábricas, es un río parecido a muchos otros.

El Carré está situado en el corazón de Nueva Orleans como una almendra blanca y dura; pero la pulpa generosa y lastimada que se expande en torno a este hueso tiene un sabor más embriagador. Durante toda la tarde damos vueltas a pie y en taxi por largas avenidas concéntricas, a lo largo del canal, por cementerios, por parques y a orillas del lago. Quisiera caminar durante días por estas avenidas. Están jalonadas por esas casonas románticas de remates triangulares, columnas, porches y galerías que tanto me gustaron en San Antonio; muchas de estas moradas son centenarias y el tiempo ha envuelto su arquitectura en una vida vegetal turbadora: tienen el color del liquen y del musgo, están rodeadas de jardines de frondosidad caprichosa; en ninguno de estos edenes privados se exalta tan magníficamente la primavera como en las avenidas públicas donde se despliegan hasta el infinito parterres de azaleas. En Francia son flores aburridas que se pueden ver en las macetas de las floristerías, que se regalan a las abuelas por su santo o adornan, emperifolladas de lazos rosas, comedores donde se celebran banquetes. Aquí son flores de verdad; entre matorrales enredados, salvajes como zarzas de bosque, como madreselvas en setos, extienden por la ciudad el fasto de los pasos de Semana Santa, de los salones engalanados, de los invernaderos cálidos; son inodoras; como si su color demasiado chillón, demasiado acabado, hubiera absorbido su perfume; este olor penetrante que vaga por las avenidas en fiesta, es el del otoño. Los árboles, con yemas que apenas acaban de abrirse, pierden ya sus hojas, cayendo como lluvia dorada sobre las azaleas, recubriendo las aceras de una

Escaneado con CamScanner

alfombra mullida y aromática como un bosque en octubre. Sobre esta seda floral de primavera, sobre la podredumbre otoñal de las hojas moribundas, pesa un cielo tormentoso de verano, de un gris luminoso y húmedo.

No queremos que Nueva Orleans se nos escape; no queremos que el secreto de sus noches nos sea ocultado. En la calle del casco antiguo que recorremos al anochecer, vemos anuncios de orquestas mexicanas, hawaianas, de bailarinas desnudas, de chicas; pero lo que nosotras anhelamos es escuchar jazz auténtico tocado por negros; ¿o es que ya no queda nada de eso en América? Decido llamar por teléfono a algunas personas cuyos nombres me han facilitado en Los Ángeles; abro la guía y veo que hay veinte que se llaman John Brown, doce G. David, otros tantos B. Smith. Pruebo al azar: al otro lado del hilo telefónico hay voces desconfiadas llenas de asombro. Pruebo cuatro o cinco veces sin éxito. Me doy por vencida. Tendremos que abrirnos camino solas. Con toda la sagacidad de la que somos capaces consultamos la pequeña guía turística que reparten en la oficina del hotel. Nuestra primera elección resulta afortunada. Cenamos en un restaurante del Vieux Carré que nos encanta: el comedor está decorado con ingenuos cuadros de barcos surcando un mar irisado; colgando del techo o dominando desde la chimenea, hay fragatas en miniatura con velas y aparejos incluidos; al fondo hay un patio sombrío de mesas ocultas entre los árboles y discretamente alumbradas por lamparitas individuales. Nos sirven unos platos criollos muy refinados. De vez en cuando, se ve temblar en la noche la llama azulada de un «aguardiente flambeado» con helado que se funde despacio entre vapores inflamados de alcohol con sabor a cereza.

El Carré francés comienza a animarse, hay *grooms* con uniforme de galones apostados a la entrada de los clubes nocturnos, las puertas de los bares están abiertas, el whisky lanza destellos en las barras; desde la calle se oyen un entrechocar de vasos, voces de fonógrafo. ¿Qué hacer? Entramos en la «casa de Napoleón» y nos gusta su decoración en madera oscura; pero no hay jazz. El dueño es muy amable porque

Escaneado con CamScanner

somos francesas y le explicamos que queremos oír buen jazz negro; su rostro se ensombrece: la situación es muy tensa desde hace algún tiempo entre negros y blancos, los negros no quieren tocar para los blancos. No obstante, nos aconseja que lo intentemos en la Absinthe House. Es una de las supuestas moradas del pirata Jean Laffitte; la primera sala es un pequeño bar con paredes y techo totalmente recubiertos con viejas tarjetas de visita y billetes de banco de todos los países; en la segunda estancia, algunas mesas y un estrado con tres músicos negros: piano, guitarra y bajo. En seguida nos cautiva; esta música no se parece en nada a la del café Society, ni siquiera a la de Harlem: los tres negros tocan con pasión, para sí mismos. Hay poco público, no es distinguido; a decir verdad, no llega a ser un público en toda regla, sólo algunas parejas de viejos, algunas familias sin duda de paso por Nueva Orleans y tan fuera de lugar que su presencia no tiene relevancia alguna: la orquesta no intenta deslumbrarles ni agradarles, toca como le parece; si el contrabajo —un joven negro que sólo tiene dieciocho años a pesar de su corpulencia— a veces cierra los ojos con aire soñador, no se trata de una mímica servil: obedece a la música y a los movimientos de su corazón. Justo al lado de la orquesta hay dos blancos, muy jóvenes, de pelo negro, que escuchan con fervor y ríen amistosamente con los músicos entre pieza y pieza. Son muy diferentes a los demás clientes, nos hacen pensar en el «joven de la trompeta» de Dorothy Baker; se trata sin duda de ese tipo de jóvenes que encuentran asfixiante la cultura americana y una vía de escape en la música negra. Nos miran tanto como nosotras a ellos porque nuestra presencia debe de tener algo de insólita. No obstante, bebemos con deleite zombis enormes. Este temible cóctel es originario de Nueva Orleans; lleva el nombre de esos muertos vivientes protagonistas de tantos thrillings y cuya leyenda también nació en el sur; me han dicho que más de un adulto civilizado y cultivado de Luisiana y de Georgia cree todavía en la existencia de esos fantasmas atormentados: hay que atravesar con una espada el pecho del cadáver para proporcionarle el descanso eterno. Se considera que este cóctel

Escaneado con CamScanner

llamado zombie es tan fuerte que en muchos sitios está prohibido servir más de uno por cliente; la verdad, es inferior a su reputación; no nos hace más efecto que en Los Ángeles.

Nuestra amistad con los jóvenes morenos progresa: aplaudimos juntos con la misma pasión, intercambiamos algunas palabras y en seguida se sientan a nuestra mesa. R. es de origen italiano, C. español. Lo milagroso es que R. es exactamente igual al joven de la trompeta que imaginábamos. De familia muy humilde, se alistó hace cinco años en la marina y es trompeta en la orquesta militar; todavía le queda un año y arde en deseos de convertirse en músico definitivamente; ha estudiado un poco en el Conservatorio de Filadelfia, que por eso le parece la ciudad más maravillosa de América. Habla con pasión no sólo de jazz sino también de Ravel, de Stravinski, de Béla Bartók. Ha leído poco pero su libro preferido es *Ulises* de James Joyce. Tiene veintidós años. De todos los jóvenes de su edad que he conocido en América es el primero que es joven.

En Nueva York podría tocar la trompeta con sus amigos negros: aquí ni hablar. Ni hablar tampoco de invitar a los músicos a tomar una copa a nuestra mesa. Charlamos sobre nuestro lugar de origen. Sonríen ampliamente porque somos francesas: dos de ellos tienen mujeres francesas, es decir, descendientes de familias negras de la Luisiana francesa, y hablan un francés antiguo. Conversamos con ellos, les pedimos viejas melodías. Nos quedamos mucho tiempo pero quisiéramos descubrir otros sitios. Los negros nos suplican que no nos llevemos a R. y a C.: están encantados de tocar para gente que adora el jazz de verdad y que lo comprende. Les pedimos que nos den algunas direcciones y nuestros nuevos amigos nos prometen hacernos de cicerone mañana por la noche.

Estamos deslumbradas por nuestra suerte; esta noche vocinglera ya no nos intimida, la hemos domesticado; esta vez participamos en ella, no formamos parte del triste rebaño de excluidos. El Absinthe Barn se parece como dos gotas de agua a la Absinthe House: las mismas tarjetas de visita y billetes de banco en las paredes del bar, la misma sala vulgar con la mis-

Escaneado con CamScanner

ma clientela de paso; pero en lugar de orquesta, sólo hay un pianista; toca bien, tal vez demasiado suave. En la mesa de al lado, hay un cliente medio borracho que extravía su mano por el respaldo de nuestras sillas; nunca se producen incidentes semejantes en América; antes de que N. tenga tiempo de apartar su silla, el patrón ya ha saltado y expulsado al borracho; cuando nos vamos, se deshace en excusas, nos ruega que creamos que su clientela se comporta con corrección y que podemos volver sin temer nada. Nos damos una vuelta por otro bar donde se reúnen, parece ser, los artistas y la bohemia de la ciudad; nos sorprende sobre todo el gran número de homosexuales que titubean en la barra; hay uno solapado que se ha pegado a una joven pareja: finge cortejar a la mujer, pero se las ingenia para desplomarse en los hombros del marido. Una joven negra medio borracha está al piano tocando jazz del viejo con un estilo conmovedor. Un bullicio de gente que parece saturada de alcohol; pero ebriedad y vicio adoptan aquí una apariencia desenfadada; el ambiente no está cargado, nos parece espontáneo y alegre: ¿o somos nosotras las que ponemos la alegría? La noche es tibia en las calles y el cielo es de un gris luminoso. Poco a poco van cerrando las salas de fiestas, pero no tenemos ganas de dormir justo ahora que nos sentimos tan vivas. Nos sentamos en la barra de un antro miserable, abierto a la noche de par en par, donde un enano de cara café con leche aporrea con frenesí un viejo piano; dos vagabundos bailan en la acera. Cuando se van, cuando el piano enmudece y no sabemos ya qué hacer con nosotras mismas, nos resignamos a volver al hotel.

31 de marzo

A la mañana siguiente nos damos una vuelta por los mismos sitios de la noche anterior. A mediodía, tomamos comida criolla en un viejo restaurante francés. Y subimos al barco que remonta y baja el Mississippi durante algunas millas. Tiene cuatro plantas y cada una de ellas es un bar, una cafetería o un salón de baile. Por la noche hay una orquesta y gente bailando

Escaneado con CamScanner

en una pista reluciente. Durante el día, están sentados sin más en sillones de cuero, beben y miran. La verdad es que no hay mucho que ver. La excursión es agradable por el sol, el cielo, el rumor y el olor del agua, pero el río discurre entre fábricas y almacenes que no tienen nada de especial. El capitán explica inmisericorde ante un micrófono las excelencias del paisaje. Igual que en las cataratas del Niágara o en el Gran Cañón, se trata como siempre de proporcionar a los turistas una naturaleza «condicionada», «homogeneizada» por un intermediario humano.

Cenamos en un patio diferente al de la víspera, pero igual de encantador. El color del cielo sobre nuestras cabezas nos sorprende: es gris perla, luminoso como el alba, como si un faro misterioso lo alumbrara. Ya en la calle, comprendemos: una niebla tenue envuelve la ciudad; los grandes edificios del otro lado de Canal Street han retrocedido varias millas; tienen un aire espectral y quedan lejos; la bruma amortigua los luminosos de neón, pero forma sobre los tejados una pantalla que refleja todas las luces de Nueva Orleans despidiendo un resplandor opaco: el cielo es casi blanco, el aire destila humedad. Es esa calma sofocante, previa a la tormenta y a las lágrimas.

En la Absinthe House volvemos a encontrarnos con nuestros amigos. Estamos orgullosas de que sean amigos nuestros y de establecer complicidad, no ya con el público que escucha enfrascado, sino con los músicos. Esta noche hay gente: un grupo de chicos y chicas estudiantes muy atentos, parejas aburridas y parties divertidos. Un señor mayor se pone a cantar en una de las mesas: cara sonrosada y lozana enmarcada por un pelo blanco bonito, gafas redondas con montura dorada, tranquilidad segura de sí misma que emana de su billetera bien repleta, pertenece a un tipo de gente muy común y especialmente odiosa. La orquesta le acompaña complaciente y él entona otra canción; me indigno; el pequeño italiano sonríe; me explica que se permite cantar a un miembro del respetable a condición de que pague: es dinero para los músicos. Y veo, en efecto, que el cantante inoportuno deja unos dólares sobre el piano; tiene una forma curiosa de amar la música.

Escaneado con CamScanner

R. y C. querían llevarnos a un *dancing* sólo para negros; ellos tienen entradas, pero es Semana Santa, Nueva Orleans es una ciudad pía y católica, y esta noche el salón está cerrado. Nos llevan simplemente a otro bar del casco antiguo con un jazz excelente a base de saxofón y trompeta interpretado por negros; el trompeta es jovencísimo, pone toda la pasión de su juventud en su interpretación, entregándose tanto que parece que le va la vida entera en cada nota. En estos bares modestos de músicos desconocidos, el jazz adquiere toda su dignidad, más que en el Carnegie Hall o en el Savoy: ni divertimento, ni alarde, ni negocio, para algunos hombres es un modo de vida y una razón para vivir; tiene sobre el arte, sobre la poesía y la música impresa, el patético privilegio de una comunicación inmediata y fugaz como los instantes mismos cuya sustancia transfigura. Si con frecuencia la vida de estos hombres es atormentada, se debe a que, en lugar de mirar la muerte a distancia como los demás artistas, consuman minuto a minuto ese maridaje entre existencia y muerte; ese trasfondo —un trasfondo de muerte— realza los inspirados *chorus* del joven trompeta, y no se puede escuchar sólo con los oídos y la mente: propone una experiencia en la que hay que sumergirse en cuerpo y alma. Lo hace: ¡en menudo desierto! La gente que está aquí no tiene el mismo celo respetuoso de los que van a los conciertos; se distraen con el jazz y lo desprecian desde lo alto de su dignidad de hombres blancos bien arrellanados en su dinero y en su moral; los grandes señores de antaño se distraían con la misma altivez con los bufones y los histriones. R. se dirige al trompeta, intercambian algunas palabras y el joven negro se ilumina; nos mira mientras toca, nos sonríe: como los de Absinthe House, siente la necesidad de tocar para alguien y es una oportunidad que no se le brinda a menudo.

Cesa el jazz. Una bonita joven de pelo negro se adelanta hacia el estrado; comienza a bailar y a despojarse muy despacio de la ropa según el clásico rito de los espectáculos de variedades; en un rincón, una mujer madura la vigila negligente con el rabillo del ojo: se parece a ella como si fuera su madre; de hecho, dicen que lo es. También dicen que la bailarina es de

Escaneado con CamScanner

buenísima familia, que tiene una sólida formación académica; pero en Nueva Orleans les encanta envolver a las bailarinas en un halo de leyenda. Lo que no deja lugar a dudas es que es guapa y atractiva. Cuanto más se desnuda, más austeras se vuelven las caras; expresan una curiosidad lejana, educada y casi contrariada; cuando se quita el *slip* conservando sólo un pequeño triángulo recamado con lentejuelas sostenido con dos cordones de seda alrededor de los riñones, el ambiente está tan cargado de moralismo que parece que estamos en la iglesia un domingo por la mañana.

Nuestros amigos quieren hacer un intento de llevarnos al barrio negro. Un taxi nos traslada al otro lado de la ciudad. Entramos en un pequeño dancing cuyo patrón conoce a R. y nos acoge amistosamente; pero hoy no hay orquesta porque estamos en Semana Santa, y los negros de la barra nos miran con ojos hostiles; no les impondremos nuestra presencia, nos vamos; al cruzar el umbral, oímos risas a nuestras espaldas, nada amistosas. En la calle los taxis se niegan a parar: unos dicen «no» con tono irónico, otros se excusan: «Tendríamos problemas si lleváramos a blancos». Y es verdad que en Nueva Orleans los taxistas negros sólo pueden trabajar para clientes de color. Así que caminamos por esta ciudad enemiga, esta ciudad donde somos enemigos sin pretenderlo, responsables precisamente del color de nuestra piel y de todo lo que, a pesar nuestro, ella implica. R. nos dice que, aunque el encanto de Nueva Orleans es subyugador, no podría vivir aquí debido a esta discriminación racial tan odiosa y que se trasladará al norte en cuanto pueda.

Caminamos mucho rato. El rosa de las azaleas despide una luz opaca a través de esta niebla color perla; el cielo difunde una claridad blanca y las calles no tienen fondo; la humedad se pega a la piel y el olor a hojas secas oprime la tierra. Nos detenemos en un pequeño bar y mientras bebemos un whisky charlamos hasta el alba. R. se embriaga de palabras, dice que es muy raro poder hablar en América. Nos acompaña hasta el hotel. El vestíbulo, tan soberbio durante el día, no es más que una sala de espera taciturna; un hombre friega el embaldosado que destila olor a jabón; está oscuro; en un butacón, un

Escaneado con CamScanner

viejo dormita con la boca entreabierta. Nos despedimos del pequeño italiano, está claro que nunca sabremos qué será de él y nos dice con aire de aprobación: «Es raro encontrar alguien con quien poder charlar en este país». Respondemos: «Es raro encontrar americanos de su especie». Sonríe: «¡Oh, claro! Soy todo un "carácter"». Me encantaría volver a verle dentro de diez años.

1 de abril

Esta mañana he tomado un taxi para que me llevara a cualquier punto lejos del centro urbano y he caminado durante horas por barrios tranquilos del extrarradio; sobre las palmeras, sobre las azaleas rosas y las cestas de grandes flores rojas, el viento soplaba arisco como una venganza y de vez en cuando rompía a llover en breves sollozos. Las viejas casonas románticas parecían tan frágiles como las flores: el agua se filtraba por las paredes de madera de un color verde grisáceo y las maderas podridas parecían a punto de desmoronarse como troncos carcomidos a la intemperie en plena selva tropical. Esta tarde, cuando el profesor S. y su mujer me llevaban en coche estalló el diluvio. Jamás había visto llover así. Era una rebelión del cielo, una convulsión mortal de la tierra. El mundo sollozaba con una violencia desesperada, sollozaba hasta morir, sabiendo que no se puede morir de ello y que siempre quedarán lágrimas por verter. Parados junto al bordillo de la acera, ante una vieja casona que queríamos visitar, nos resultaba imposible bajar y sortear los dos metros que nos separaban del umbral. Era igualmente imposible circular, el limpiaparabrisas se atareaba en vano: los cristales chorreaban, el paisaje se resquebrajaba y se estremecía igual que pasa por un instante en la pantalla cuando el protagonista se siente morir. Aguardábamos el bramido de una noche definitiva que por fin se tragara el mundo. Pero la noche no llegó. Bruscamente, hacia las cinco, dejó de llover; se hubiera dicho que hasta las lágrimas y la rebelión resultaban inútiles: al fondo de un cielo amarillo inmutable, la última esperanza había muerto; las flores, los árboles, las casas estaban bañadas por un gran

Escaneado con CamScanner

resplandor de fin del mundo. Más tarde cayó la noche, como todos los días.

He visitado por dentro algunas viejas casonas, he tocado el encaje verde de los hierros forjados. Por la noche, tras mi conferencia, el profesor S. dio una recepción en su casa con algunos colegas. Su hija de quince años, que cultiva con mimo un lejano parecido con Bette Davis, se pasea descalza y en pantalones de chándal por el salón; se ha vestido para ir al cine con su *date*; ¡qué diferente resulta de las hijas de nuestros profesores por esa lozanía ingenuamente refinada, por esa gracia viva y libre! Pero hasta en este hogar risueño, en estos intelectuales no hace mucho liberales, ha penetrado el terror a los rojos. «Todavía hace algunos meses —dicen S. y sus amigos— pensábamos que en un sistema democrático hay que respetar todas las opiniones. Pero entendemos que se deben reprimir las que resulten nefastas para la propia democracia.» La propaganda está bien hecha. No hace ni cuatro días que el jefe del FBI declaró a su vez que los rojos debían ser asimilados a una quinta columna; y la palabra «rojo» resulta cada vez más elástica. Entre los obreros igual que entre los burgueses, entre los intelectuales igual que entre los políticos, el sentido de la libertad se pierde día a día.

2 de abril

Por sus tormentas, su sol, sus noches húmedas por su primavera gris perla que huele a otoño, Nueva Orleans nos ha parecido digna de sus más fabulosas leyendas. Sé que también es una de las ciudades más miserables de América, una de las de vida más dura; ya nos pareció ambiguo su lujo corrupto; quisiéramos penetrar más en su corazón, quisiéramos vivir la realidad de su vida cotidiana. Al marchar, pienso con resolución: volveré.

Hoy hemos emprendido una larga travesía. El autobús sale a las nueve de la mañana, llegará a Jacksonville a las dos de la madrugada. Es un «expreso» que sólo para dos o tres veces. Venden bocadillos y Coca-Cola; los respaldos de los asientos son móviles y por la noche todo el mundo puede encender su

Escaneado con CamScanner

lamparita individual, como en los aviones, y el auxiliar de viaje nos colma de sus mejores deseos; de vez en cuando hace balance, anuncia las próximas paradas y comenta el paisaje. Cruzamos Luisiana, Mississippi, Alabama, Florida. Los brazos del delta son vastos como lagos, centellean bajo el sol y el golfo de México es azul como un sueño de luna de miel. Palmeras, cactos, azaleas, ciudades en flor, selvas tropicales de vegetación frondosa, casas románticas en mitad de céspedes tranquilos y casuchas destartaladas en bosques solitarios, mar deslumbrante, lagunas lánguidas, musgo de Luisiana lujoso y sórdido, todo este sur de contrastes patéticos va desfilando a lo largo de la jornada. Y a lo largo del día la gran tragedia del sur nos persigue como una obsesión. Ni siquiera el viajero confinado en autobuses o salas de espera puede hurtarse a ella. Desde que entramos en Texas, pasemos por donde pasemos, se respira odio en el ambiente: odio arrogante en los blancos, odio sordo en los negros. En las estaciones, las pequeñoburguesas decentes y mal vestidas, clavan la mirada muertas de envidia en las muchachas negras de vestidos llamativos y joyas informales; y los hombres encajan mal la belleza natural de los jóvenes negros de ternos claros. La amabilidad americana aquí ya brilla por su ausencia; en la cola apretujada ante las puertas del autobús, los negros sufren todo tipo de atropellos: «¿No irá a dejar pasar a esta negra delante de usted?», dice una mujer a un hombre, con una voz trémula de ira.

Los negros se apelotonan humildemente en los asientos del fondo, tratan de pasar desapercibidos. En plena tarde, entre el calor y los baches que se dejan sentir con más rudeza en la parte de atrás, una mujer encinta se desmaya; su cabeza inerte golpea contra el cristal en cada brinco, oímos la voz sarcástica y escandalizada de una college-girl que grita: «¡La negra está loca!». El conductor para el autobús y va a ver qué pasa; sólo es una negra desmayada, y todo el mundo suelta risitas sarcásticas: siempre tienen que dar la nota estas mujeres... zarandean un poco a la enferma, la despiertan y el autobús arranca de nuevo; no nos atrevemos a dejarle nuestro asiento delantero, todo el autocar se opondría y ella sería la primera

Escaneado con CamScanner

víctima de la indignación general. El autobús sigue su camino, la joven sigue sufriendo, y cuando paramos en la ciudad, pierde otra vez el conocimiento; la gente va a beberse una Coca-Cola sin ocuparse de ella; sólo una vieja americana se acerca con N. y conmigo para tratar de socorrerla. Nos da las gracias, pero parece inquieta y se va a toda prisa sin aceptar que le ayudemos más: la mirada de los blancos le hace sentirse culpable y tiene miedo. Sólo es un pequeño incidente. Pero me ayuda a comprender por qué cuando cruzamos los arrabales donde se hacina la población negra, las miradas que se clavan en el plácido Greyhound son tan ariscas.

3 de abril

Entre Jacksonville y Savannah, esta mañana N. se ha sentado, a falta de otro sitio, al lado de un joven negro; en cuanto otro ha quedado libre junto a los blancos, él se lo ha indicado con un gesto: «Supongo que no preferirá quedarse aquí», ha dicho secamente; ella ha respondido que se encontraba divinamente donde estaba, y que era francesa. Entonces él se ha abierto y ha comenzado a hablarle. Le ha contado que fue a la guerra como voluntario para poder acceder, al regresar, a los años de estudios gratuitos que se conceden a los veteranos y que ahora es becario en una universidad para negros donde trabaja con el fin de convertirse en abogado. Explica con una pasión donde también brama el odio por qué ansía tan ardientemente obtener derecho a pleitear legalmente: es una de las pocas formas de lucha concreta por la causa de los negros. Tras todas esas caras de docilidad aparente —más allá del desaliento, del miedo o, menos habitualmente, de la esperanza— la rebelión está siempre alerta. Y los blancos lo saben.

Savannah dormía entre cestas de azaleas; de norte a sur, de este a oeste, la ciudad está formada por plazoletas tranquilas conectadas por avenidas floridas. Cada plazoleta está rodeada por apacibles mansiones entre las que se yergue a veces un iglesia de la época colonial; en el centro de la plaza, hay un gran parterre de azaleas que comienzan a deshojarse y, en el corazón del parterre, un hombre de bronce verde: algún general o

Escaneado con CamScanner

héroe de la guerra de la Independencia o de la de Secesión; la gran figura de Oglethorpe, fundador de la colonia, los domina. El general James Edward Oglethorpe, tras visitar a un amigo detenido por deudas en una prisión próxima a Londres, se quedó conmocionado por la situación de los prisioneros y pidió que se abriera una investigación parlamentaria. Envió a América a los 10.000 prisioneros liberados como resultado de dicha investigación y, por medio de un acta del rey Jorge II, en 1732 se les concedió un territorio que recibió el nombre de Georgia. Los virtuosos filántropos que financiaron la operación prohibieron la venta de alcohol en la colonia, cosa que provocó la emigración de casi todos los colonos: una legislación más humana les hizo regresar. A pesar de su elevada talla moral, el general Oglethorpe poseía numerosos esclavos.

Una de las plazoletas es un cementerio. Las lápidas planas y verticales son sobrias y están medio resquebrajadas; sólo llevan un nombre y una fecha muy antigua; los paseantes caminan alegremente por los senderos que serpentean entre las tumbas y hay niños jugando justo al lado. A los pies de un militar de bronce, se extiende un poco más allá un parque para ellos: tienen columpios, trapecios, tiovivos y toboganes por los que se lanzan temerariamente; todo un muestrario de divertimentos mecánicos que les aterran y encantan al tiempo. Criadas negras vigilan esta kermés a pequeña escala. Caminamos despacio de plazoleta en plazoleta, penetradas por el apacible aroma del pasado. He hecho este viaje hacia atrás en el tiempo, de oeste a este. Cuando San Francisco nacía entre rudos buscadores de oro, Savannah languidecía ya en el oropel de una civilización caduca. Es la primera vez que me veo transportada a los primeros días de la colonización, al pasado más lejano de la joven América; más todavía que en el Lejano Oeste, el anacromismo es aquí desconcertante; estos hombres de metal verde tienen un aspecto tan antiguo como César o Vercingetórix; y el más viejo no llega a los dos siglos. Savannah está más muerta que Sacramento, hace que te remontes más allá de la Edad Media: y, sin embargo, hace tres-

Escaneado con CamScanner

cientos años no existía. Y como sé que la historia abarca largos períodos, experimento la inquietante sensación de encontrarme no ya al final, sino al comienzo de una era: este día azul y rosa que huele a otoño pertenece al pasado. Pero ¿con respecto a qué futuro?

Entre azaleas en flor, las viejas casonas dormitan, los niños juegan y las estatuas de los grandes esclavistas que forjaron la ciudad y lucharon por ella están esculpidas en gloria. Pero rodeando a la difunta Savannah, hay otra ciudad muy viva donde los hijitos de los esclavos sin gloria viven en la miseria y el odio: un cinturón urbano de negros ciñendo el centro de blancos. Durante millas y millas, negros con cara de pocos amigos vuelven la cabeza a nuestro paso en autobús por avenidas con cabañas miserables a los lados: tienen miradas cáusticas que nos abrasan. Pero el cinturón de negros nos fascina, queremos hacer un intento de pasear por estas calles hostiles. Niños que juegan en la calzada nos miran con sorpresa; hombres de pie en los porches de las casas, mujeres acodadas en la ventana, clavan la vista en nosotras con una expresión impasible que da pánico: no es como en la avenida Lenox, no es como en Harlem; hay una mezcla de odio y rabia en el ambiente. Tras vallas de madera o hierro oxidado, hay ropa de vivos colores secándose al sol en los patinillos; las casas son todas pequeñas, pegadas unas a otras, del color parduzco de la tierra; las calles y las plazas son descampados sin urbanizar. Nuestro malestar va en aumento según avanzamos; las voces enmudecen a nuestro paso, los gestos se paran en seco, mueren las sonrisas: la vida entera se congela al fondo de esas pupilas que nos maldicen. El silencio es tan asfixiante, la amenaza tan abrumadora, que resulta casi un alivio cuando algo explota por fin: una vieja nos mira asqueada de hito en hito y escupe dos veces —una por N. y otra por mí— majestuosamente; al mismo tiempo, una niñita escapa gritando: «¡Los enemigos! ¡Los enemigos!». El trayecto de regreso a las plazoletas con cestas de flores nos ha parecido una eternidad.

Recuerdo que mi primera noche en Nueva York un francés me pidió que no escribiera nada sobre el tema de los ne-

Escaneado con CamScanner

gros, alegando que en tres meses no podría llegar a entender nada. Convengo en que mi experiencia es endeble para un tema tan complejo; no obstante, la desvirtuaría si no hablara de un conjunto de hechos contra los que tan a menudo me he dado de bruces y que tanta importancia tienen en la sociedad americana. Así que tomo la decisión de apoyarme para ello en una experiencia cuya extensión, valor y profundidad está oficialmente reconocida en América: la que recoge Myrdal en *American Dilemma*, una obra de referencia obligada. La Fundación Carnegie decidió financiar una investigación profunda sobre el problema de los negros en América y, en aras de garantizar la imparcialidad del estudio, se lo encargó a un extranjero, el doctor Gunnar Myrdal, célebre economista de la Universidad de Estocolmo, consejero económico del gobierno sueco y miembro del Senado. De 1938 a 1942, una vez que reunió un inmenso equipo de economistas y sociólogos americanos, Myrdal examinó asesorado por ellos los diferentes aspectos de la cuestión. No voy a dar una relación exhaustiva de este compendio tan voluminoso. Sólo diré lo que me parezca indispensable para interpretar correctamente las impresiones que se pueden recoger durante un viaje como el mío.

El problema de los negros, dice Myrdal, es, en primer lugar, un problema de los blancos. Para comprenderlo hay que partir de ahí. Fueron los blancos quienes introdujeron en América a los esclavos negros (alrededor de 400.000 antes de 1802, cuando el tráfico era legal, y más o menos la misma cantidad de manera ilegal entre 1808 y 1860). Fueron los blancos quienes lucharon entre ellos para decidir si mantenían o abolían la esclavitud; hoy día, los negros alcanzan los trece millones, pero sólo poseen una ínfima parcela de la riqueza económica del país y casi no tienen ninguna influencia política; los blancos les asignan el espacio que ocupan: su modo de vida es una consecuencia inevitable de esa situación creada por la mayoría blanca. Por otra parte, no se debería considerar el problema como fenómeno aislado, pues depende de todo el conjunto de problemas que se derivan de la civiliza-

Escaneado con CamScanner

ción americana; se expande por toda la estructura social que en gran parte está condicionada por la presencia de trece millones de ciudadanos negros. Es un problema de los blancos en un aspecto aún más sobresaliente: se plantea en el corazón de cada americano, es ahí donde el conflicto racial alcanza su tensión máxima, donde se libra la batalla decisiva. Cuando se toca esta cuestión, muchos blancos experimentan una sensación de peligro; y muchos un sentimiento de culpabilidad individual o colectiva; en todos, crea malestar. Ahora bien, el americano no es cínico; detesta tener mala conciencia. De ahí nace el gran «dilema americano».

Estados Unidos es idealista. En sus escuelas, sus iglesias, sus tribunales, sus periódicos, el texto de sus leyes e incluso en sus conversaciones privadas se afirma un mismo credo: el que se inscribe en la Declaración de Independencia y en el preámbulo de la Constitución. Plantea la dignidad esencial de la persona, la igualdad fundamental de los seres humanos y algunos derechos inalienables de libertad, de justicia, de oportunidades concretas de éxito. Este credo fue un instrumento político durante la guerra de la Independencia, pero hay que destacar que mucho después sigue vivo y efectivo; hasta los conservadores luchan en América a favor y en nombre de los principios liberales. Estos últimos están profundamente arraigados en la filosofía del Siglo de las Luces, en el cristianismo puritano, en el derecho inglés y, sobre todo, en la historia original de América. «No olvidemos que somos descendientes de emigrantes y revolucionarios», dijo Roosevelt, haciendo un llamamiento a la conciencia democrática del país.

Ahora bien, ese credo, profundamente arraigado en el corazón de todos los blancos, sin exceptuar los del sur, encuentra, en el trato que se dispensa al negro, el más flagrante mentís: nadie garantiza que su condición u oportunidades sean iguales a las de los blancos; el propio hecho de que los negros experimenten la sensación de que se les inflige una injusticia y de que lo expresen cada vez con más vehemencia, impide que los blancos lo olviden fácilmente. La gente del sur dice

Escaneado con CamScanner

sin reparos que no existe tal problema con los negros, que es un mito inventado por los del norte: la verdad es que les obsesiona. La mala fe que aportan a las discusiones es prueba fehaciente de los conflictos de valores que se desarrollan en su interior. Su ignorancia los delata: simulan conocer al negro exactamente igual que un colono francés cree «conocer» al nativo, porque sus servidores son negros; pero de hecho sólo establecen con ellos las relaciones más falaces y no intentan informarse sobre sus verdaderas condiciones de vida. Pero es imposible que esta ignorancia sea tan grande como para que se queden con la conciencia tranquila. Necesitan defenderse de otro modo. Hay todo un sistema de racionalización que nació en el sur, que se propagó relativamente por el norte y que tiene como razón de ser eludir el dilema americano.

La manera más segura de conseguirlo es convencerse de que la desigualdad entre negros y blancos no fue creada por voluntades humanas, que éstas sólo vienen a ratificar una circunstancia dada. Se plantea la existencia de ciertas características raciales que asignarían a los negros un rango inferior al de los blancos en la escala biológica. Pero hay que subrayar que la idea de «raza» en el sentido científico del concepto no se aplica jamás ahí donde precisamente se plantean cuestiones «raciales». En primer lugar, el origen africano de los negros de América es heterogéneo; y, sobre todo, más del setenta por ciento de ellos tienen sangre blanca, alrededor de un veinte por ciento, sangre india: en Estados Unidos, un negro es todo individuo que tenga un porcentaje, por pequeño que sea, de sangre negra en sus venas; por eso los sociólogos emplean la palabra «casta» y no «raza» para designar a esta categoría de ciudadanos. Que los negros se distinguen de los blancos mediante algunos rasgos psicológicos definidos, es evidente; pero que dichos rasgos impliquen inferioridad es lo que no tiene fundamento en absoluto. La capacidad craneana del negro es algo menor que la del blanco, pero la ciencia no ha establecido ninguna relación entre capacidad craneana y capacidad mental. Estadísticas precisas

Escaneado con CamScanner

desmienten absolutamente ese prejuicio tan extendido sobre las dimensiones gigantes de los órganos genitales de los negros, signo inequívoco de su «bestialidad». En cuanto al olor «a cabra» de los negros, los blancos a los que se ha pedido que distingan a través del olfato qué muestras de sudor han sido tomadas de cuerpos negros y qué otras de cuerpos blancos, se han confesado absolutamente incapaces. En general, las ciencias sociales y psicológicas tienden en la actualidad a considerar los accidentes fisiológicos y psicológicos como dependientes del medio en el que se desarrolla el individuo y no como factores hereditarios determinantes; no ha habido en veinte años un solo estudio serio que se atreviera a defender ese cómodo prejuicio de una inferioridad biológica dada.

Pero muchos racistas, pasando por alto el rigor científico, se empecinan en declarar que, aunque no se hayan delimitado las razones fisiológicas, el hecho es que los negros *son* inferiores a los blancos. Basta con recorrerse América para convencerse de ello. Pero ¿qué significa el verbo *ser*? ¿Define una naturaleza inmutable como la del oxígeno? ¿O define el estado actual de una situación que *se ha hecho*, como cualquier situación humana? Ésa es la cuestión. Y para miradas vírgenes, está claro que el segundo sentido es el adecuado: «Los negros son incultos». La mejor respuesta a semejante acusación la formuló Jefferson al hablar de los americanos blancos a quienes la vieja Europa reprochaba no tener ni pasado histórico ni fuerza constructiva, no haber producido en el campo de las ciencias ni en el de las artes ningún hombre superior. «Jamás hemos tenido la oportunidad. Que primero nos dejen existir: entonces podrán pedirnos que lo demostremos.» Se dice incluso: «Los negros son sucios». Esto trasluce la ambivalencia de las opiniones de los sudistas con respecto a los negros: si se trata de sentarse a su misma mesa, los consideran sucios, pero comen sin remilgos los alimentos que sus manos han preparado; les confían a sus hijos, el cuidado de sus casas. De hecho, en un nivel de vida equivalente, los negros son exactamente igual de limpios y cuidadosos que los

Escaneado con CamScanner

blancos. «Son perezosos, mentirosos, ladrones...» Observo, al margen de Myrdal, que resulta sorprendente encontrarse con estos tópicos en boca de todos los opresores, a propósito de todos los oprimidos: negros de África, árabes, indochinos, hindúes, indios tal y como eran vistos por los conquistadores españoles, obreros blancos en tiempos en los que la clase obrera estaba indefensa, esos defectos «raciales» son curiosamente universales; la «pereza» significa que el trabajo no tiene la misma significación para el que recoge sus frutos que para el que lo ejecuta; la mentira y el robo son defensas de la debilidad, una artera y silenciosa protesta contra la fuerza injusta; por otra parte (Richard Wright lo señala también en *Mi vida de negro*), el blanco alienta al negro a hurtos de poca monta para probar así que este último no tiene las mismas aspiraciones de moralidad que los blancos. En general, los racistas blancos animan a los negros a la inmoralidad demostrando una gran indulgencia por lo que se refiere a toda alteración del orden por parte de los negros *dentro de su propia* comunidad: un negro que mata a otro negro sólo es levemente castigado por los tribunales. No obstante, se castiga con extrema severidad todo delito cometido contra los blancos: el robo, por ejemplo, fuera de los hurtos menores alentados de forma paternalista, está considerado un crimen. Es una de las razones por las que se cataloga a los negros como elementos peligrosos para la sociedad. En ellos, el índice de criminalidad es algo más elevado que en los blancos; en parte, porque son tratados con una severidad incomparable, porque su pobreza no les permite ni defensa legal ni ilegal contra la arbitrariedad policial; y, en parte, porque casi todos poseen un nivel de vida miserable y tal condición social que la legalidad blanca para ellos sólo cobra sentido como odiosa coacción. Todavía con una mala fe más flagrante, a ojos de los blancos, todas las negras son mujeres lúbricas, sin virtud: pero en el sur les resulta imposible defenderse contra los acosos sexuales de los blancos; a los hombres de la familia les resulta imposible protegerlas, ellas son víctimas. Por último, si en las grandes ciudades se encuentran tantos negros en los bajos fondos de la sociedad, se

Escaneado con CamScanner

debe a que hay tan pocas salidas económicas a su alcance que están abocados a subsistir como puedan. Los defectos y las taras que se atribuyen a los negros han sido cuidadosamente creados por ese terrible obstáculo de la segregación y la discriminación; son efecto y no causa de la actitud de los blancos respecto a los negros. Es un círculo vicioso que Bernard Shaw, entre otros, denunció con esta paradoja: «La altanera nación americana... obliga al negro a limpiarle los zapatos y demuestra en seguida su inferioridad física y mental mediante el hecho mismo de que es un limpiabotas».

La mayoría de los racistas admitieron que el negro no es un individuo marcado *a priori*; se convierte en peligro cuando deja su condición; si se queda en *su* sitio, puede ser un «buen negro», lleno de útiles y estimables cualidades. Pero si ya resulta inadmisible que el negro sea confinado a ocupar ese lugar debido a su propia naturaleza, si se considera que posee potencialidades resulta evidente que podría adaptarse a otras situaciones diferentes a la impuesta. Entonces el blanco recurre a otro argumento: la prueba de que el lugar impuesto es, además, el adecuado reside en que el negro vive feliz en él. Primero: «Esta gente vive con nada». (Otro tópico que los colonos aplican en todos los países colonizados a las poblaciones nativas y que se ha utilizado para hablar de los obreros y de los campesinos hasta que nació el otro tópico: «Esa gente vive mejor que nosotros».) La mala fe de un aserto semejante resulta flagrante: está claro que los pobres gastan menos que los ricos, prescinden de lo superfluo y a menudo de lo necesario; y si no mueren en el intento, sobreviven. Pero a poco que se investigue, se demuestra que el coste de la vida es igual de elevado para los negros que para los blancos: los alquileres de los cuchitriles de los negros son a veces algo menos elevados que los de las respetables casas de los blancos de análoga condición; en cambio, en Harlem, por ejemplo, los productos alimenticios son más caros que en la ciudad de los blancos; y en la middle-class, a un negro con igual salario, siendo a ojos de su comunidad un personaje mucho más importante que un blanco a ojos de los demás

Escaneado con CamScanner

blancos, se le exige un estilo de vida más elevado, se espera mucho más de su generosidad. En cuanto a la famosa risa de los negros, a su sentido del humor tan envidiable, huelga decir que los blancos exageran; a menudo no es más que una máscara que el negro se pone en presencia de los blancos porque sabe que es lo que se espera de él. (Richard Wright en *Mi vida de negro*, John Dollard en *Caste and Class in a Southern Town*, insisten mucho en esta doble cara del negro; una de ellas se utiliza expresamente para dirigirse a los blancos.) En la medida en que esta característica sea cierta, manifiesta una salud moral, una riqueza vital que debería incitar a los americanos a hacerle un sitio enorme en una sociedad que no peca de exceso de alegría.

En fin, si se pone al racista contra las cuerdas, recurrirá al aplastante argumento: «¿Le gustaría que su hija o su hermana se casara con un negro?». (Entre otras, he oído esta objeción formulada ante la bella Rita Hayworth que respondió con reproche: «¿Acaso impediría usted a su hija casarse con quien quisiera?». Por otro lado, el interlocutor no tenía hija alguna. Para mí, lo sorprendente de la pregunta es que está pasada de moda, en un país donde las chicas se casan sin pedir consejo a nadie. Por muchas vueltas que se le dé, no tiene nada que ver con la práctica concreta; expresa la repugnancia abstracta del americano medio ante la idea de que una mujer blanca mantenga relaciones sexuales con un negro.) Myrdal observa que, en la lista de las discriminaciones reivindicadas por los blancos, constituye la primera y la más importante de todas. Se configura como la discriminación «clave» a partir de la cual se explica y justifica la creación de un conjunto de tabúes y prohibiciones: «Es necesario que la raza blanca salvaguarde su pureza». A los blancos no les fastidia mezclar su sangre con la de mujeres negras; pero es cierto que sus hijos pertenecen entonces a la casta de los negros, la de los blancos permanece inalterable; el hombre engendra sin que le pasen factura; para la mujer, tener un hijo es un trabajo cotidiano y, razones místicas aparte, no parece deseable que dicho trabajo repercuta en beneficio de la casta ajena. Pero sólo se

Escaneado con CamScanner

explica este rechazo si la voluntad de segregación se ha planteado ya, y no a la inversa. Tratan de justificar esa negativa a mezclar su sangre planteando la inferioridad de los mulatos con relación a los negros puros: pero el mito del «mulato malo», del «pobre mulato», no tiene ningún sentido, ya que el ochenta por ciento de los ciudadanos de color son mulatos y jamás ha impedido que los blancos se acuesten con mujeres negras; de hecho, los propios negros poseen cierto favoritismo por los individuos de piel clara, ya que esta peculiaridad les abre más oportunidades y les permite más éxito que a los otros. Casi todas las personalidades negras importantes son mulatas. No es que los blancos rechacen esta integración para evitar la mezcla de sangres, sino que más bien les repugna mezclarse porque la voluntad de segregación anida en sus corazones. Es muy importante tomar buena nota de que el derecho a matrimonios mixtos ocupa el último lugar en la larga lista de reivindicaciones de los negros: a la mayoría no les importa. Lo que reivindican es igualdad en el aspecto económico, ante los tribunales y en el terreno político; luego en las escuelas, en la iglesia, en los hospitales y en la vida civil en general. Que todo el sistema de discriminación se base sólo en defenderse contra el peligro del matrimonio mixto, cuyo interés para los negros es absolutamente secundario, es una racionalización que no se tiene en pie.

Verdaderamente, las razones de la actitud de los blancos no hay que buscarlas en el bando de los negros, sino en el de los blancos. (Conozco un antisemita que decía: algo deben de tener los judíos porque no puedo ni olerlos. Muchos blancos racistas tienen una convicción análoga: algo deben de tener los negros si una especie de instinto me aleja de ellos.) La razón primigenia es que el sur ha retomado hoy día la herencia de la esclavitud tras el trauma de la guerra civil. Sólo en el caso de que el propio Dios hubiera creado a los negros inferiores a los blancos podrían aceptar la esclavitud las conciencias democráticas y cristianas: y toda la organización social tendía a impedir que se pusiera en duda esta creencia. En seguida, sumidos en el odio y la cólera, los estados del sur

Escaneado con CamScanner

fueron derrotados; las enmiendas a la Constitución que declaraban la igualdad de los ciudadanos negros americanos respecto a los blancos fueron recibidas como un insulto humillante de los yanquis. Guardan un recuerdo tan doloroso que el período de la restauración y de la dominación negra se considera en el sur una época terrorífica; la gente del norte desmiente con la boca pequeña esa leyenda que justifica el compromiso de 1870, pero un estudio histórico serio demuestra que comporta enormes exageraciones; lo que sigue siendo cierto es el horror de los sudistas ante la revolución que los yanquis provocaron en el seno de su sociedad. La esclavitud les había enseñado a despreciar a los negros; el trauma de la guerra, de la derrota y de la reconstrucción desarrolló en ellos una fobia que muchas veces se convierte en auténtico odio. Las rivalidades económicas refuerzan día tras día esa actitud. Y hasta tal punto que los grupos oprimidos se ven abocados a odiarse entre ellos porque la educación política no ha conseguido que tomen conciencia y se muestren solidarios ante la opresión. En el sur, donde la situación económica de los trabajadores del algodón es de las más precarias, donde la miseria es grande, la enemistad entre los blancos de las clases bajas y los negros se exacerbó. Comenzó a suceder lo mismo entre los blancos del norte a medida que una cantidad importante de población negra emigró a los grandes centros urbanos del norte. La competencia de los negros es temida incluso entre las clases medias. En fin, los blancos del sur nunca confiesan abiertamente que obtienen grandes beneficios económicos de la discriminación racial porque les permite repartir de forma desigual los recursos en cada estado y en cada condado. La idea de segregación tal y como se formula en la legislación Jim Crow de 1870, no está en flagrante contradicción con el credo americano; se basa en el lema «iguales, pero diferentes». Es sabido que la idea de «igualdad en la diferencia» conlleva de hecho un rechazo de la igualdad. La segregación condujo de inmediato a la discriminación. La gente del norte, los liberales en general e incluso algunos líderes negros intentan, al menos en una pri-

Escaneado con CamScanner

mera etapa, que se respete la fórmula «iguales, pero diferentes»; esta política está abocada al fracaso porque la segregación impondría un pesado lastre en el sur si no entrañara discriminación. Por ejemplo, sería mucho más costoso para una comunidad tener dos edificios destinados a escuelas, dos grupos de profesores, dos servicios de autobús para los niños del campo, que tener una escuela única si el edificio, el personal docente y el autobús que se destinan a los negros no salieran a un precio de coste irrisorio: en cambio así, el centro de enseñanza blanco se beneficia de la situación. Al cotejar los diferentes presupuestos que en los barrios negros y los barrios blancos se destinan a escuelas, iglesias, hospitales, servicio de limpieza, alcantarillado, higiene, transporte público, quedan claras de manera palpable las ventajas que obtienen los blancos de la miseria en la que mantienen confinados a los negros. A los intereses materiales se superponen motivos de orden psicológico: los blancos que ocupan los últimos peldaños en la escala social están encantados de tener a otros seres humanos por debajo y ser inmediatamente superiores a ellos. Los de las clases más altas están encantados de comprobar que los «blancos pobres» emplean toda su energía contra los negros en lugar de utilizarla en rebelarse contra ellos. Por otra parte, esta situación es especialmente nefasta para esos «blancos pobres» que, ocupados por completo en «mantener en su sitio a los negros», no tratan positivamente de conquistar otro mejor para ellos mismos. Los blancos pueden enmascarar su responsabilidad gracias a ese círculo vicioso que señalábamos hace un momento: encuentran en la condición de los negros una confirmación aparente de su propia conducta para con ellos; una de las razones que a veces les permite creer con una gran dosis de buena fe en la inferioridad de los negros es que esta última existe; pero existe porque ellos la han hecho, la hacen posible y eso es lo que se niegan a reconocer.

No han dejado de ejercer presión desde 1870 hasta nuestros días. El fracaso de la reconstrucción, la aplicación de las leyes Jim Crow y la existencia ilegal de la discriminación po-

Escaneado con CamScanner

lítica, económica y social, sólo son explicables a partir de una tradición de ilegalidad tan importante en América como el respeto a la Constitución y al credo democrático. Lo curioso aquí es que la ilegalidad haya sido el instrumento de los conservadores, que la casta dirigente se haya servido de ella para *mantener* los estatutos anteriores. La actual situación del sur es la culminación de los movimientos revolucionarios que hicieron fracasar la reconstrucción y que la actividad del Ku-Klux-Klan simboliza. Cuando en 1877 todos los estados del sur estuvieron en manos de los sudistas, les resultó fácil imponer su ley por medios ilegales. La Constitución de los Estados Unidos de América estipula que «el derecho de voto de los ciudadanos de los Estados Unidos de América no será negado ni limitado, ni por los Estados Unidos de América ni por ningún otro estado por razones de raza, color o una situación anterior de servidumbre». Pero en el sur se niega a los negros el derecho de voto. Toda la historia del voto en el sur es un esfuerzo por reconciliar estas dos exigencias incompatibles. Se instituyó la «cláusula del abuelo», exigiendo al votante que sus ancestros hubieran ejercido el derecho de voto antes de 1861; el Tribunal Supremo la declaró ilegal. Se excluyó a los negros de las asambleas primarias que eligen a los candidatos propuestos por el partido, con el pretexto de que dichas asambleas son «privadas»: todavía está por determinar si el Tribunal Supremo las considera privadas o públicas. Se exigió un *poll-tax*, «impuesto de escrutinio», demasiado alto para la mayoría de los negros; se exigen también garantías de educación, de cultura, de moralidad que permiten arbitrariamente declarar incompetentes a todos los negros; en fin, se utiliza la violencia y la intimidación. El negro sabe que estará, cuando menos, «mal visto» si intenta votar, y estar «mal visto» comporta los más graves peligros. Como resultado de todas estas maniobras, los negros del sur ya no tratan de reivindicar su derecho de sufragio, lo que permite decir a los blancos que los negros *pueden* votar, pero que *no les importa*: de hecho, la apatía política que se constata en la mayoría de los negros no es más que resignación. No votar les acarrea graves consecuencias.

Escaneado con CamScanner

Los negros del norte votan, cosa que les proporciona pocas ventajas políticas directas: en 1942 tenían *un* diputado en la Cámara de Representantes, y ningún senador, pero esa participación en la vida política les permite obtener cierta igualdad con los blancos ante los tribunales, protección policial, empleos como funcionarios públicos, escuelas, hospitales, alcantarillado, etcétera. Lo verdaderamente trágico de la situación de los negros del sur, aparte de su paupérrimo nivel de vida que depende de la pobreza económica del sur en general, es que no tienen nada, absolutamente nada, garantizado. El carácter democrático del sistema judicial americano, donde los ejecutores de la ley y los policías son cargos electos, tal vez resulte positivo en una sociedad homogénea: pero se convierte en un grave peligro para el sistema democrático legal en una sociedad donde se restringe la participación política y existe una casta que oprime tradicionalmente a otra. La minoría apolítica se encuentra sin defensa alguna frente a los tribunales y la policía; como resultado, el negro está en peligro constante frente al blanco. Desde finales de la reconstrucción sólo se ha condenado a muerte a un blanco por el asesinato de un negro; hasta las penas de prisión se aplican rara vez en un caso semejante, ya que los veredictos del jurado suelen ser de «legítima defensa»; es decir, contra la violencia y el robo ejercido por blancos, el negro no tiene recursos. En el caso contrario, ya sabemos con qué severidad se castiga el menor atrevimiento de un negro contra un blanco. También en situaciones así, el absentismo de los tribunales, la parcialidad de la policía, crean otro círculo vicioso: el negro ni siquiera puede intentar luchar contra un estado de cosas que vulnera sus derechos, cualquier intento se considera un crimen. Y como su suerte depende por completo de la buena voluntad de los blancos, no es sorprendente que la segregación personal, residencial, institucional se ejerza en su detrimento; los blancos encuentran en la discriminación a la vez una fuente de beneficios materiales y el medio más seguro para impedir que el negro se eleve a un estatuto desde donde sus reivindicaciones pudieran dejarse oír.

Escaneado con CamScanner

Por lo que se refiere a la actitud de los negros, por supuesto es esencialmente de protesta y rechazo, pero también tienen que adaptarse a la situación en la que se les confina: su conducta se debate necesariamente entre la rebelión y la sumisión. Los que pueden emigran del sur al norte; mas necesitan dinero para el viaje, necesitan albergar la esperanza de que encontrarán trabajo; y desde las grandes migraciones masivas que se han sucedido por oleadas a partir de 1915, el «problema negro» se plantea también, aunque sea de forma más leve, en el norte. Volvemos a encontrar, con características más moderadas, el mismo esquema que prevalece en el sur. La adaptación para los negros consiste en cincelar su conducta según los patrones de comportamiento que los blancos les exigen, actitud que se encuentra muy extendida en el sur, donde son los más inermes. La manifestación extrema de rebelión es una especie de anarquismo desesperado que engendra fácilmente el crimen (como en el caso de los protagonistas de *Hijo nativo* de Richard Wright). Entre ambos extremos, los dos nefastos para la causa, los líderes negros tratan de forjar una política que sea al tiempo «adaptada», sometiéndose parcialmente a las reglas planteadas por los blancos y, no obstante, «progresista», es decir, capaz de irlas suprimiendo. La dosificación de estas dos tendencias va a producir tácticas muy diferentes y enfrentamientos violentos entre los propios negros. La actitud de los liberales blancos consiste esencialmente en poner un recurso contra América ante América, en apelar contra la ilegalidad ante la ley, en pasar del gobierno de los diferentes estados al gobierno federal: por lo general, se esfuerzan para que los tribunales respeten los grandes principios del credo americano y para que, a falta de integración, pongan en práctica una política de igualdad. Otros mantienen que nada se conseguirá si no se desmantela todo el sistema económico de los Estados Unidos de América. Todos reconocen, incluyendo a los propios conservadores racistas, que ahí reside uno de los problemas más difíciles con los que América, sean cuales sean los fines que se proponga, debe enfrentarse.

Escaneado con CamScanner

4 de abril

Me habían dicho: «Hay que ver Charleston y sus jardines». Llegamos ayer por la noche y nos costó mucho encontrar alojamiento. Esta mañana pedimos un taxi para que nos llevara, a veinte millas de la ciudad, a las grandes plantaciones del siglo XVIII. Estos paraísos aristocráticos están siendo explotados comercialmente hoy día: hay que pagar dos dólares por entrar y unas flechas blancas indican a los visitantes los recorridos típicos. No obstante, están desiertos en esta mañana fresca y soleada; jóvenes negras vestidas con cotonadas de alegres colores y grandes capelinas en la cabeza barren las hojas secas del otoño primaveral; en los senderos más recónditos hay jardineros negros recortando los setos; pero no hay más paseantes que nosotras. Jardines de la Alhambra, de las islas Borromeas, parterres floridos de Kíev, terrazas florentinas, embriagadores bosquecillos de Sintra: ¡cuántos jardines en el mundo! Pero creo que éstos tienen más encanto; este derroche de azaleas y camelias es tan apasionado como las tormentas de Nueva Orleans; puentecillos de madera de romántica ondulación sobre lagos misteriosos; senderos furtivos serpentean entre arbustos en flor; y por encima de las aguas, césped, flores; es el triunfo desenfrenado del musgo de Luisiana que cuelga de altos árboles de gran serenidad. Extraño parásito que resume en su esplendor y abyección las contradicciones de una tierra majestuosa y sórdida. Tiene un nombre de enfermedad: el de aquella peste que en Francia se bautizó como «gripe española». En los bosques que se extienden a lo largo del Mississippi, cuelga de los árboles, ajado, gris, sucio como las telas de araña de los graneros; en estos jardines se convierte en precioso y delicado como esas telas de araña perladas de rocío que atrapan el arco iris. Engalana de vaporosas estalactitas las bóvedas vegetales de las avenidas: gracias a su magia, las carreteras se trocan en cavernas visitadas por elfos. Tiene color de humo, color de ámbar y de crepúsculo, el color intangible de los vestidos de Piel de Asno; recuerda a los velos de gasa, a los pañuelos, a los volantes de las ufanas muchachas que se miraban en estos estanques; frágil, inútil,

Escaneado con CamScanner

sutil e inquietante como el brillo de las perlas, como el azul encendido de las turquesas, basta un soplo para convertirlo en polvo que entonces se asemeja a esas «pelusas» en forma de copo que se encuentran en los muebles viejos; sólo es un desecho: desde lo alto de las copas de los árboles hace un llamamiento a los pantanos donde éstos hunden sus raíces. Entre los dedos que lo palpan, pierde su magia: sólo es un poco de materia vegetal, amorfa, inodora y casi incolora, exactamente igual que celulosa.

Pero en estos jardines nada deja sospechar las turbias alquimias de la vida que se expande creando formas indolentes y perfectas. El lujo alcanza aquí a la belleza. Sentarse en uno de estos bancos, mirar, respirar, produce una dicha tan completa que se comprende que estas ondulaciones y luces, que esta armoniosa afirmación del hombre a través de las riquezas de la naturaleza haya podido parecer a algunos un valor supremo; hubo hombres que lucharon con denuedo para que no desapareciera de la tierra una civilización en la que estos jardines ocupaban un espacio vivo y cuyo exquisito refinamiento encarnaban: sólo con mirar este césped y estos lagos, los comprendo. Pero no es casualidad que al volver a Charleston, antes que ningún otro vestigio del pasado, encontremos el mercado de esclavos. Se ha conservado más o menos igual que como aparece en las ilustraciones de *La cabaña del tío Tom*. En un ala, los comerciantes han instalado sus puestos entre los postes: Coca-Cola, plátanos, helados. Pero la otra parte está vacía, es un largo espacio rectangular dispuesto para recibir el ganado humano. Para crear paraísos privados tan extraordinarios como la Alhambra, se requerían las inmensas riquezas de los dueños de las plantaciones, se requería el infierno de la esclavitud; los delicados pétalos de azaleas y camelias estaban salpicados de sangre.

No obstante, el Charleston antiguo no evoca los esplendores o el horror de la civilización sudista. A pesar de las inundaciones que arrastraron las casas situadas junto al mar, gran parte del casco antiguo se conserva intacto: es la vida burguesa y comercial de los pequeños puertos ingleses que in-

Escaneado con CamScanner

trodujeron aquí, durante el primer siglo, los inmigrantes de ultramar. Las casitas de colores cremosos: rosa, rojo, blanco, amarillo chillón, parecen juguetes para niños muy ricos; tienen ventanas muy pequeñas, puertas muy pequeñas y las paredes relucen como en una escenografía de dibujos animados. Tiendas de antigüedades, hostales, viejos teatros, comercios de ropa que conservan las enseñas de antaño; caminamos por un siglo XVIII provinciano. A la orilla del mar, algunos cañones y algunas balas recuerdan que aquí se libró una batalla contra los ingleses al principio de la guerra de la Independencia. Y se puede visitar una de las innumerables casas de Washington: pasó algunas noches en Charleston y el recuerdo de esa estancia ha sido primorosamente embalsamado.

Hemos comido en un viejo hostal inglés sabrosos platos de Virginia y una vez más tomamos el autobús. Subimos hacia el norte y el paisaje se vuelve más seco. Ni bosques, ni musgo de Luisiana ni bayous. Sólo grandes campos con surcos negros donde las promesas de algodón son todavía invisibles. De tarde en tarde, una casa de madera oscura se yergue solitaria en mitad de tierras desnudas, contra las nubes carmesíes del crepúsculo.

5 de abril

Hemos dormido en Raleigh y subimos hacia Richmond, capital de Virginia, que durante la guerra de Secesión fue la capital de la confederación sudista. La carretera fue un camino de guerra, e igual que los trails del Lejano Oeste tiene su historia que contar; pero las vallas publicitarias que anuncian los campos de batalla, los campamentos militares, el emplazamiento de los cuarteles del estado mayor, ya no tienen esos magníficos colores amarillos y rojos de Nuevo México: son de un gris austero con letras que se destacan en negro.

Pasaremos el domingo en Williamsburg que todo el mundo nos ha aconsejado que veamos; y por la tarde tomaremos el tren para Nueva York. Ardemos en deseos de volver a Nueva York, y el autobús ya no nos divierte; hay demasiados viajeros, demasiadas paradas atestadas, retrasos frecuentes; las estaciones son cantinas sin gracia, caldeadas en exceso, malo-

Escaneado con CamScanner

lientes, donde sirven guisos incomibles. Por lo menos hemos tenido suerte de encontrar siempre habitaciones de hotel. Hay en el autocar una familia entera que vuelve tristemente de Miami, a falta de sitio donde alojarse: viajaron durante tres días para bajar a Florida, y vuelven de allí; no están contentos de sus vacaciones. Su falta de previsión me sorprende; es rarísimo que un americano se desplace sin haber planificado minuciosamente de antemano cada milla de su itinerario y reservado una habitación en cada parada.

Richmond fue la capital de los estados confederados. Me vienen a la cabeza los dos versos de *John Brown's body* que cantaban los soldados yanquis volviendo de Washington:

We'll hang Jeff Davis on a sour apple tree!
*On to Richmond! On to Richmond! On to Richmond!**

En la sangrienta batalla que se libró ante sus puertas, Lee perdió 20.000 hombres y Max Ellan 16.000; fue la batalla de los siete días que se zanjó con la retirada de los soldados de la Unión. La ciudad por la que nos paseamos a pie y en taxi es triste y fea. Vemos el Capitolio donde en 1861 se reunió el congreso rebelde y la Casa Blanca de donde Jefferson Davis tuvo que huir en 1865, unos días antes de la entrada de Lincoln. En los parques, en las calles, los árboles todavía no tienen hojas; después del verano y la primavera, nos da pena volver al invierno. El taxista trata en vano de despertar en nosotras algún entusiasmo. Hasta los recuerdos de la guerra de Secesión nos parecen glaciales. Decidimos salir esta noche para Williamsburg que sólo está a una hora de autobús.

6 de abril

Williamsburg constituye una de las mistificaciones más tristes de las que yo haya sido víctima en mi vida; en comparación, Carcasona y el castillo de Haut Koenisburg destilan un con-

* ¡Colgaremos a Jeff Davis de un manzano verde!
¡Hacia Richmond! ¡Hacia Richmond! ¡Hacia Richmond! (*N. del t.*)

Escaneado con CamScanner

movedor perfume a autenticidad. Cuando llegamos, por la noche, su carácter turístico ya nos espantó. Igual que en Reno o Las Vegas, durante millas y millas había lodges, motels, tourist courts; cuando empezamos a buscar habitaciones con la ayuda de un taxista complaciente, nos dimos cuenta de que todos los moradores alquilaban habitaciones a los visitantes y, no obstante, en esta víspera de Pascua deambulamos durante una hora antes de dar con una, muy lejos del centro. El bonito y flamante hotel, que se yergue en el corazón de un parque donde cenamos, rebosaba de gente. De un sitio con tanta fama, a falta de intimidad, al menos esperábamos un ambiente pintoresco y cautivador. Y hemos llegado de mañana, tras un largo camino, a un decorado barato de cartón piedra. Las viejas fotos que pueden verse en el museo dejan claro que Williamsburg poseía no hace mucho vestigios auténticos del pasado; las ruinas, que se confundían con el bullicio de la ciudad moderna, le conferían un encanto discreto. Rockefeller decidió reconstruir íntegramente la ciudad colonial partiendo de estos restos; se trasladaron los edificios modernos a los barrios de las afueras, se abatieron muros, se suprimieron las huellas del presente y todas las del pasado que ya no se integran en el nuevo conjunto reconstruido; edificaron, según un plano que data del siglo XVIII, tabernas que imitan a las viejas, casas antiguas hechas con maderas jóvenes, un palacio, una prisión. Era inevitable que Williamsburg tuviera aspecto de feria y de estudio cinematográfico; no sé qué aciago destino le ha negado toda gracia. Las avenidas son tan anchas, tan largas, los terrenos que están a ambos lados tan desérticos, que la ciudad como conjunto urbanístico no se percibe jamás: van apareciendo casas aisladas una detrás de otra que huelen todas a falso. Por ejemplo, el vigilante de la prisión reconoce que el edificio en ninguna época tuvo el aspecto que ofrece hoy día; hubo un tiempo en el que se encerraba a los delincuentes en pequeños y sórdidos calabozos, y otro en el que quedaban confinados en grandes salas más o menos limpias; pero estas celdas impolutas de madera reluciente, forradas de paja fresca, no existieron jamás. Se perciben por doquier inexactitudes

Escaneado con CamScanner

análogas. Para colmo, una mascarada ridícula recorre las calles: durante toda esta mañana de Pascua, calesas con lacayos negros de pulcras libreas pasean a familias extasiadas. A la entrada de las tiendas, en las tabernas, las mujeres que nos reciben llevan pelucas empolvadas y trajes con miriñaques. Este gélido carnaval nos aburre. Sólo un pequeño museo llama nuestra atención por un instante: contemplamos ingenuos cuadros del siglo pasado y hermosos pájaros de cobre que antaño fueron pararrayos. Pero una vez vistos, una vez que nos hemos extraviado en el laberinto del lúgubre jardín de estilo francés que rodea el palacio y nos hemos escapado agujereando un seto, ya sólo nos queda un deseo: irnos. Los americanos que vienen aquí en avalancha los días festivos manifiestan un amor conmovedor por su pasado; pero ese pasado tan en bruto, tan auténtico, de Savannah y de Charleston, aquí es un pasado «condicionado», como también lo está la naturaleza que se ofrece a los jóvenes para que se casen en el Mississippi a bordo del *Show Boat*. La verdad es que no es más que un negocio y hay que reconocer que es tan atinado como lo fue Lourdes en Francia: el gusto por los peregrinajes debe de ser común a todos los continentes.

7 de abril

Nueva York. Un mozo negro con gorra roja recoge nuestras maletas y nos da a cambio un cartón con un número escrito; a través de un sistema de carritos y ascensores, se bajan los equipajes a una especie de túnel por donde van desfilando taxis amarillos que raptan a los recién llegados a un ritmo enloquecido para desperdigarlos por toda la ciudad. Son las siete de la mañana y en mi corazón la misma dicha de los días de regreso a París tras un viaje; me reencuentro con *mi* ciudad.

Cuando hablo por teléfono, mi voz ya no clama en el desierto como dos meses atrás; las que responden me suenan familiares; por el placer que me produce escucharlas, comprendo que aquí tengo amigos de verdad. Esta separación ha aplacado a Nueva York. Todo exotismo se ha desvanecido.

Escaneado con CamScanner

Ya no hay en el horizonte otro mundo sobre el que estas casas, estos carteles, estos escaparates se destaquen con formas novedosas; Europa está olvidada y ya es este mundo el trasfondo sobre el que mi vida se yergue. Enseño a N. las calles, las avenidas, los rascacielos, con tanto orgullo como si paseara por París a una provinciana. Sé que al subir al autobús hay que introducir una moneda de diez centavos en una especie de hucha que está junto al conductor, y que la presión de los pies desencadena la apertura automática de la puerta de salida. Sé saltarme los semáforos rojos y deslizarme entre los coches en marcha y ni se me ocurriría bajar las escaleras a pie. Y sobre todo, allá adonde voy, sé dónde estoy y lo que me rodea. Almorzamos en lo alto del Pent House: en la planta decimoctava, dando a Central Park, el restaurante es una amplia azotea resguardada por una cristalera; para los comensales que no tienen el privilegio de estar en una mesa cerca de la ventana, han colocado grandes espejos en los que se ve, a falta del propio parque, su reflejo en todo su esplendor. Por debajo de mí, los árboles de hojas primaverales ya no son sólo una vegetación amorfa: este parque me resulta tan familiar como los jardines de Luxemburgo. Por ese césped corretean grandes ardillas grises; de vez en cuando una estatua se yergue sobre un verde altozano; yo he paseado alrededor del gran depósito de agua prisionero tras una verja; más lejos, al norte del todo, junto a un pequeño estanque, hay jóvenes negros en terno color pastel que deambulan por las veredas y mujeres negras sentadas en bancos vigilando a niños de pelo crespo. Todo esto me parece presente, más allá de mi mirada.

Por la tarde, bajamos a la down-town. Me encantan estos barrios bulliciosos que se extienden entre Greenwhich y la Battery; entre un olor a cajas de embalaje venden al por mayor, al intermediario, esos ingratos artículos que en París se pueden encontrar en la zona de la calle Réamur: clavos, tornillos, tuercas, muelles y chatarra de toda especie; cotonadas, bramantes, cartones, casquillos, bombillas eléctricas, picaportes, hules; en las calles viejas con casas de dos plantas, en las calles más modernas con inmuebles igual de altos que en

Escaneado con CamScanner

París, se encuentran por toneladas estos grises objetos que en la vida corriente jamás existirían por sí mismos. Por la calzada llena de papeles de envolver, hay camionetas que van y vienen. En cambio, el barrio de los negocios está en calma. Nunca había visto Wall Street a las cinco de la tarde. Los anchos cañones sombríos están casi desiertos; la iglesita dormita al pie del acantilado en mitad de su cementerio. De pronto, las puertas de los edificios escupen oleadas negras; una marea humana inunda las calles; el tifón nos arrastra. Dóciles, nos dejamos llevar hasta el *ferry-boat* de Nueva Jersey. Muchos de estos empleados, estos contables, estas secretarias, estas mecanógrafas, tienen que tomar un tren en la otra orilla del Hudson; tienen prisa por llegar a casa cuanto antes para no prolongar ni un minuto más su larga jornada laboral. A esta hora, es imposible obligar a los peatones a que respeten las indicaciones de los luminosos; parece que para intimidar a las mujeres, que son las que están más fuera de sí, han elegido policías impresionantes de sonrisa zalamera; pero ellas siguen siendo irreductibles y el otro día por poco linchan a un *cop* que pretendía multar a los peatones indisciplinados. Cada mañana, cada tarde, el metro, el autobús, el tren, roban una hora o más a los trabajadores. Es comprensible que hayan reclamado con tanta vehemencia que al menos les paguen los minutos perdidos en los pasillos, en los guardarropas: reivindicación que, por otra parte, no ha sido escuchada.

Embarcamos en el ferry-boat en una auténtica estación donde se compran directamente los billetes para los trenes de Nueva Jersey; sólo compramos el de nuestra travesía. Este enorme transbordador rebosa de gente que se precipita en su mayoría hacia la parte delantera para poder bajar más deprisa; al llegar, se precipitan en los trenes. Bajamos las últimas y nos encontramos sin saber qué hacer entre tanto tren y almacenes que se extienden hasta perderse en la lejanía. Hay un autobús esperando y nos subimos al azar. Se mete por barrios medio derruidos. En estas calles con edificios en ruinas y pequeños patios sórdidos a los lados, negros y blancos viven puerta con puerta, diluidos en la misma miseria. Tras vueltas y revueltas,

Escaneado con CamScanner

el autobús nos lleva a otro ferry-boat, algo más río arriba sobre el Hudson. La noche está cayendo y mientras cruzamos el río apoyadas en la borda del barco vacío, vemos cómo van encendiéndose las luces de la Battery. El faro rojo que lanza destellos en lo alto del Empire State Building es tan caro a mi corazón como las luces de la Torre Eiffel; y mientras lo miro, siento al fin aquello que baldíamente buscaba en las noches de Times Square: pertenezco a Nueva York y Nueva York me pertenece.

9 de abril

Es verdad que Nueva York ofrece algo diferente al resto de América; pero sólo las ciudades y los países mezquinos se regodean en la autocomplacencia; una capital de verdad trasciende sus propias fronteras; decir que Nueva York no es americana porque está abierta al resto del universo es una manera bien rara de amar América.

Aquí la vida adquiere una dimensión exultante porque te sientes en una de las encrucijadas del mundo. En casa de nuestros amigos L. he pasado una velada española por la tarde, en compañía de arquitectos y pintores; Miró llegaba de las Baleares donde ha vivido varios años casi en la clandestinidad: como contraste, la libertad americana le encanta. Me he reencontrado por casualidad con un amigo que llegaba de Argentina al que había perdido de vista desde hacía diez años. Me dijeron que el pintor y escritor Carlo Levi, a quien conocí en Roma, acababa de llegar. Ayer por la noche le serví de guía por los locales nocturnos de la Bowery y de Greenwhich. Sus primeras impresiones coinciden con las mías; está cautivado por la belleza de Nueva York, inversamente proporcional a la belleza romana; le sorprende encontrar tan humana una ciudad que describen sin más como dura y mecánica; a él también le asombra el silencio de sus noches; las de Roma son mucho más ruidosas; por las callejuelas en calma, el estallido repentino de risas, cantos, gritos o voces muy cercanas, despierta a quien duerme; mientras, el tráfico de las grandes arterias constituye una ininteligible y monótona banda sonora

Escaneado con CamScanner

donde se diluye la definición de cada ruido individual. Por otra parte, a poco que uno viva más arriba de la sexta planta, se saborea el silencio del cielo.

Hace dos meses conocí a Piscator, el director de escena antifascista alemán; tras trabajar en Berlín y en París, ahora tiene dos teatros en Nueva York. En uno de ellos se ofrecen representaciones populares a las que el público está invitado gratuitamente. Al final de la Segunda avenida, junto a un teatro yiddish, descolla un edificio de ocho plantas que parece inmenso en comparación con las modestas casas del East Side que lo rodean; tiene inscripciones en yiddish y es la sede de una especie de francmasonería judía. En cada planta hay una galería compartimentada en cubículos; detrás de esas puertas, en una atmósfera cargada de humo, los comerciantes del barrio discuten con recogimiento casi religioso asuntos de negocios. Arriba, hay un desván gigantesco convertido en sala de espectáculos, con escenario, foso para la orquesta y, bajo las gruesas vigas del techo, un piso con palcos; cuando estuve allí representaban una obra rusa; la escenografía estaba sugerida con elementos de mobiliario y paneles que recogían proyecciones luminosas; los personajes estaban interpretados por los alumnos de Piscator y el público aplaudía enardecido. La propia escuela está situada en pleno centro de Nueva York, en la calle Cuarenta y ocho; en ella se forman jóvenes actores y se escenifican textos de valor cuyo éxito sería improbable en Broadway. Esta noche estrenan *Las moscas*. Durante estos días he estado asistiendo a los últimos ensayos: justo la misma fiebre que en París en circunstancias parecidas. Texto francés, actores americanos, director de escena alemán, así es el cosmopolitismo neoyorquino. Pero la existencia de un teatro experimental es mucho más singular aquí que en Francia. A muchos jóvenes les interesa el teatro, en las universidades los cursos de arte dramático tienen gran aceptación y las representaciones adquieren dimensión de grandes festejos; pero no hay mucho espacio para iniciativas individuales en este terreno; es muy difícil emprender nada. Una obra teatral es un negocio que no se puede abordar sin una gran inversión de

Escaneado con CamScanner

capital: no se destinan sumas semejantes para promocionar a autores desconocidos o a actores primerizos. Este intento de Piscator por montar espectáculos con calidad artística casi no trasciende; sólo hay un número muy reducido de aficionados que se abonan a ellos. Tan cerca de Broadway, esta salita pasa tan desapercibida como el granero del East Side; lo que se monta en ella apenas tiene repercusión. En América, este tipo de esfuerzos se desarrollan siempre en la más precaria soledad. Entre la oscuridad y el éxito, no hay término medio. El artista trabaja en el desamparo más absoluto o en el fragor de la multitud. Hace falta suerte para conseguir dar el salto, y mucha fuerza para no estrellarse.

10 de abril

Las operadoras, tras largos debates y muchas negociaciones, se declararon en huelga ayer. La verdad es que casi ni se nota; en el centro funcionan los teléfonos automáticos; han suspendido el servicio de llamadas a larga distancia, pero basta con decir que es urgente para comunicar con Los Ángeles o Miami. No obstante, el caso Eisler se repite; Dennis, otro líder comunista, ha sido citado ante los tribunales por uso de pasaporte falso. La persecución es cada vez más sistemática y no encuentra ninguna resistencia en la opinión pública.

Estos últimos días no ha dejado de llover. Cuando no veo a mis amigos, visito con N. las galerías de arte, los museos. Ayer nos pasamos las horas muertas en el Museo de Historia Natural. No tiene el encanto obsoleto de nuestros viejos museos ni la alegría de la feria de Neuilly, pero las colecciones son tan espléndidas que, aunque no nos gusten, no podemos alejarnos de ese universo «naturalizado». No sólo están disecados de forma soberbia los animales, sino también los paisajes en los que fueron capturados. Costosas expediciones fueron por todo el mundo buscando fieras; tras muchas batidas de caza, muchas veces largas y difíciles, se eligieron entre montones de cadáveres *el* león o *el* gorila que se consideraron los ejemplares más puros dentro de su especie; luego se trató de reproducir minuciosamente el entorno mediante

Escaneado con CamScanner

fotografías y dibujos, se trajeron muestras de plantas y piedras; se ha reconstruido el conjunto en vitrinas con un telón de fondo pintado en perspectiva. El decorado es tan exacto y tan falso a la vez, el movimiento del animal está congelado en una inmovilidad tan definitiva, que contemplarlo produce malestar. Cuando en una sala contigua nos encontramos con indios de tamaño natural acampados alrededor de un *wigwam*, nuestra primera impresión es que también están disecados.

En Radio-City, el *music-hall* más grande del mundo, hemos visto cómo se manejan los *rockets*; pero nada se parece más a los decorados de music-hall que otros decorados de music-hall, a una corista que otra corista. Hoy nos vamos al circo que acaban de instalar en los Jardines de Madison. Los intelectuales americanos desprecian este pasatiempo infantil y vulgar. Franceses de buena voluntad me han hablado fascinados de él como de un fenómeno sociológico de importancia crucial. Pero si te gusta el circo, sobran las excusas y las justificaciones para sentarse en las gradas; porque se trata de otra de esas sombras percibidas en la caverna de la infancia, que encuentra aquí su verdad: no es un circo más, es el Circo, el más grande del mundo, el más fastuoso, el que ofrece atracciones más extraordinarias. Tiene tres pistas con payasos, malabaristas y acróbatas trabajando simultáneamente; más sobreabundancia, dos ojos no bastan para seguir los alardes de tres grupos de equilibristas; pero en este despliegue de luz, color y ruido, semejante prodigalidad alcanza tal magnificencia que me deslumbra. Más que la audacia de los equilibristas en la cuerda floja, que la docilidad de las focas, lo fascinante es el decorado en sí mismo: las tres pistas circulares, los trapecios, las cuerdas, los aparatos gimnásticos, el resplandor de los proyectores, las lentejuelas de los vestidos, la mezcolanza de accesorios, el olor a fiera, la anarquía de los payasos; a pesar de su ingenio y su perfección, los números artísticos sólo son un pretexto. De vez en cuando desfila —oro, seda, brocado— una cabalgata gigantesca: representa las bodas de Cenicienta o una recepción en la corte inglesa en tiempos

Escaneado con CamScanner

de la reina Victoria. Ni un respiro: entre desfiles, acróbatas y animales amaestrados, un ejército de payasos, de enanos y gigantes dando volteretas, bailando, pavoneándose, zarandeándose unos a otros. Pero semejante alarde no basta para dejar satisfechos a los espectadores. Entre las gradas hay vendedores que van de un lado a otro ofreciendo, además de helados y caramelos, silbatos, trompetas, látigos y todo tipo de chismes. Muchachas suspendidas de barras gimnásticas bailan un cancán francés en horizontal mientras los niños tocan sus trompetas, se dan de latigazos entre sí, o los padres se divierten manipulando juguetitos mecánicos. No sé si la avidez que muestran en devorar con ojos y oídos todo lo que les ponen delante da la medida de su aburrimiento cotidiano: en caso afirmativo, es un abismo de vértigo.

Al final de la sesión, el público enmudece cuando, a treinta metros de altura, un hombre empieza a saltar a la cuerda en el alambre. No hay red y los espectadores contienen el aliento. Por lo que a mí respecta, esta angustia me parece insoportable y me indigna que las redes no sean obligatorias ni en Francia ni en América. Sé perfectamente que es el peligro de muerte lo que confiere a este ejercicio su carácter de acontecimiento; algo pasa, algo de verdad; eso es lo que busca el acróbata, lo que fascina al público y me fascina. Sólo la presencia de la muerte puede dar a un instante de vida una autenticidad tan exacerbada. Pero ¿qué hay aquí que sea digno de ella? Se propone en un instante abocado a los divertimentos más superficiales y que carece en sí mismo de verdad. Lo que permite defender las corridas de toros es su carácter sagrado; el respetable participa en ellas con solemnidad y la sangre vertida del animal justifica, casi exige, que también pueda correr la del matador. Pero aquí el acróbata no tiene adversario vivo, podría desafiar la ley de la gravedad a dos metros del suelo sin jugarse la vida: y como no tiene a nadie enfrente que le amenace, como las leyes físicas no van a matarlo, es el propio público quien se erige en asesino. No obstante, la audiencia no asume de ninguna forma ese papel: mira, es todo. Cuando el espectáculo que se ofrece es real y no imaginario, la relación

Escaneado con CamScanner

con el espectador se hace problemática; lo que aquí desagrada es que se invite a la muerte sólo por razones meramente espectaculares; se mancilla su carácter trágico. No se suscita la emoción mediante una situación dramática en sí misma como la de un hombre y una fiera que se enfrentan; se hace dramática la situación para suscitar la emoción. Se sazona de peligro mortal este ejercicio acrobático porque está destinado a ser contemplado en un circo. Como resultado, se pone en tela de juicio su autenticidad, degradando la verdad de la muerte misma y colocando el dinero por encima de la vida en la jerarquía de valores. Por otra parte, en una corrida, la muerte del torero sólo es una vaga posibilidad, necesaria para la belleza del drama, pero que sobrevuela un horizonte lejano; a la audiencia no le obsesiona; aquí la imaginación del espectador está constantemente precipitando al equilibrista desde lo alto de las cuerdas y resucitándolo milagrosamente: lo que conmueve no es que su pie toque el alambre, sino que no haya resbalado al hacerlo. Es un logro por defecto; mientras que un número de malabarismo gusta por sí mismo, este ejercicio sólo es un largo horror que se conjura.

Tras el apacible desfile de elefantes, el circo se vacía en tropel. Hemos quedado en el restaurante Mac Carthy de la Segunda avenida con A. E. y N. G., el joven escritor de veintidós años que se parece a Fred Astaire; su libro ha provocado escándalo porque retrata con crudeza aspectos de la vida homosexual y constituye un virulento ataque contra las escuelas militares; ha sido llevado a los tribunales por la «Liga para la supresión del vicio»; pero el propio escándalo constituye la causa misma de su éxito, ha tenido una gran tirada e incluso es el pretexto de esta cena; comemos suculentos *T-bone steaks*, así llamados porque la carne está cortada alrededor de un hueso en forma de T. Compramos una botella de whisky y subimos a casa de N. G. Ágapes como éste son una excepción: comienzo a conocer a muchos escritores y las dificultades materiales por las que atraviesan. Tras un primer libro de éxito, a menudo sucede que el editor les garantiza una pensión de uno o dos años, el tiempo de escribir una nueva obra; es el

Escaneado con CamScanner

caso de N. A., de A. E., de N. G. La ventaja es que tienen resueltas por un tiempo las preocupaciones prácticas más importantes; el inconveniente, que están obligados a producir en un plazo determinado un segundo libro de éxito; si no tienen gran calidad, altas miras o una honradez exigente, sienten la tentación de repetirse en lugar de renovarse; en lugar de buscar su vía de expresión, tratarán de escribir un best-seller. Otros viven de traducciones, del periodismo, de artículos de crítica; pero el periodismo es absorbente, muchos se pierden en él; los artículos de crítica están mal pagados, salvo en las revistas de gran tirada. En conjunto, pensiones y trabajos duros sólo proporcionan ingresos escasos. Casi todos estos escritores viven con su mujer (legítima o no, la unión libre es mucho más habitual de lo que yo pensaba); y en todas estas parejas, la mujer también trabaja; esta de aquí es camarera en un drugstore, esta otra vendedora en unos grandes almacenes, aquélla es profesora. La comida y la ropa son fáciles de conseguir; pero, por supuesto, nada de tener coche; salir y comer en restaurantes sólo en raras ocasiones, más raros aún son los viajes; sucede que en todo el año no se van de la ciudad y yo conozco mejor los paisajes de América que cualquiera de mis amigos. Los interiores son tan modestos como los de los intelectuales franceses modestos: una habitación o dos, muchos libros, pocos muebles. Sólo la comodidad del cuarto de baño y de la nevera son reveladores de la superioridad del estándar de vida americano. Todos sin excepción tienen máquinas de escribir: hacerlo a mano les parece tan extravagante como hilar uno mismo el tejido de su propia ropa. Pero lo que constituye un auténtico lujo es el magnífico *pick-up* que he encontrado en todas sus casas, hasta en la de R. C., que no tiene ni cuarto de baño ni nevera. El jazz es tan necesario para ellos como el pan; constituye su único entretenimiento durante las jornadas de trabajo; también su único antídoto contra el tedio y el conformismo americano, su única puerta abierta a la vida. Para hacerse una idea de lo que puede representar el jazz para un joven escritor americano, hay que conocer la asfixiante rutina y la devastadora soledad de sus

Escaneado con CamScanner

días. En Francia, en España, en Italia, en Europa central, las charlas de café ofrecen al intelectual y al artista, tras el trabajo cotidiano, el esparcimiento de la camaradería, el estímulo y la fiebre de la conversación: aquí nada de eso. Hasta las reuniones como la de esta noche son muy escasas. Los parties representan una obligación social que de vez en cuando hay que asumir, pero no sirven ni para charlar ni para distraerse y es muy raro que los escritores se reúnan entre ellos. En París, a veces la vida literaria termina cobrando más importancia que la propia literatura, lo que no es bueno, pero la ausencia total de vida literaria resulta todavía más nociva. Es comprensible que Hollywood y todos los espejismos de una vida fácil tienten al escritor de talento; es comprensible que los que crean con esfuerzo se desanimen. Se requiere mucho ascetismo y vigor para «resistir» mucho tiempo. Cosa que explica un fenómeno que hace ya mucho me parece desconcertante: que haya tantos escritores que enmudezcan definitivamente tras un primer libro muy bueno o, al menos, lleno de promesas. Se pueden enumerar largas listas de estos hijos únicos. Constituyen uno de los ejemplos más sobrecogedores de las posibilidades que tienen en este país los individuos tomados de uno en uno y de cómo la civilización americana las aniquila.

Escuchamos jazz clásico: Louis Armstrong de la época gloriosa, baladas de Bessie Smith, la cantante negra que murió a consecuencia de un accidente de coche porque se negaron a admitirla en un hospital para blancos; también escuchamos música folclórica más antigua que el jazz: los cantos de los funerales de Nueva Orleans, estribillos de trabajo que cantaban los negros de las plantaciones en tiempos de la esclavitud. Entre una pieza y otra, discutimos sobre literatura americana. Los jóvenes novelistas se plantean muchos problemas. La generación anterior forjó un excelente instrumento y lo utilizó felizmente; sustituir el conductismo por el análisis no ha supuesto un empobrecimiento de la psicología como se pretende a veces; la vida interior de un ser humano no es otra cosa que su aprehensión del mundo; al abrirse al

Escaneado con CamScanner

mundo y dejar en la sombra el subjetivismo del héroe, ésta se logra transmitir más sincera y profundamente; queda expresada por elipsis a través de silencios, de forma mucho más sabia que la palabrería de todos los malos imitadores de Proust; y esta toma de partido por la objetividad permite comunicar el carácter dramático de la existencia humana. No obstante, la riqueza de sobrentendidos no es igual en todos los autores de esta escuela; en los mediocres, el procedimiento se hace mecánico y ya no se sugiere otra cosa que el vacío. De todas formas, estas técnicas, como sucede con cualquier otra, no pueden expresarlo todo. Es comprensible que los jóvenes no quieran volver a escribir como Hemingway, como Dos Passos. Buscan. N. G., que es admirador y discípulo de Farrel, ha escrito un relato muy objetivo; no comprende que le reprochemos que, en muchos momentos, sea más crónica que novela; también nos parece que la conducta de sus personajes a veces no está justificada, que se apoya en el punto de vista elegido para esquivar el problema de las motivaciones psicológicas. Se defiende con pasión a sí mismo y la corriente estética a la que se adscribe. En cambio, A. E. siente la necesidad de otra forma artística; es de los que piensan que una novela bien construida, bien llevada, ya no parece satisfactoria; considera que es imposible reflejar la complejidad de un ser humano, con todo lo que tiene de inmanente y trascendente, en su entorno y su soledad, sin inventar nuevos procedimientos. Precisamente porque perciben las insuficiencias del género novelesco tal y como lo concibieron sus mayores, muchos jóvenes eligen hoy día la poesía. Hay prosistas que tratan de integrar la poesía en sus obras; la influencia del surrealismo y del monólogo interior al estilo de James Joyce es muy significativa. El debate se prolonga hasta las dos de la madrugada, y seguimos todavía mientras bajamos hacia nuestro hotel recorriendo Central Park en esta tibia noche primaveral.

Escaneado con CamScanner

11 de abril

Enseño a N. la Bowery, el barrio judío, el barrio chino. Vamos a un cóctel a casa de nuestros amigos L. y, tras cenar en un restaurante francés, A. E. nos lleva a la calle Cuarenta y dos a escuchar al trompetista Sydney Bechet. Uno de los últimos músicos que toca en el más puro estilo de Nueva Orleans; aclamado en América, ha tocado también en Francia; en París, mató a otro músico negro durante un altercado; estuvo un año en prisión y su pelo se puso blanco; hoy día es un viejo con una cara surcada de arrugas. Un pianista le acompaña. No atrae suficiente público: el pequeño club nocturno está desierto. Sólo hay tres jóvenes en una mesa cercana que escuchan con pasión: sin duda son del mismo tipo que el pequeño italiano de Nueva Orleans; escuchan igual que otros rezan. Pero Bechet no podría ni soñar con un auditorio más perfecto que esa mujer de tez negra y delantal blanco que asoma con intermitencia por la puerta de detrás del escenario. Sin duda, es la cocinera; una mujer robusta de unos cuarenta años, con cara cansada, pero dotada de ojos que no desfallecen; con las manos abiertas sobre el vientre, está inclinada hacia la música con fervor religioso; poco a poco su ajada faz se transfigura, su cuerpo esboza una cadencia de baile, baila en el sitio y se inviste de paz y goce; tiene problemas, le han sucedido desgracias, olvida preocupaciones y desgracias, olvida trapos de cocina, hijos, enfermedades; sin pasado, sin futuro, se siente plena: la música es la justificación a toda una vida de calamidades y el mundo se justifica por la música; baila sin moverse del sitio, con unos ojos risueños insólitos en las caras de los blancos, que sólo esbozan muecas de alegría; y al contemplarla comprendemos mejor todavía la grandeza del jazz que escuchando al propio Bechet.

Resulta evidente que los americanos blancos comprenden el jazz cada vez menos: no constituye para nada, como yo creía, su pitanza cotidiana. Hay aquí una institución temible que se llama «Music by Musak» y que va despachando música por encargo a cualquier hora del día; tienen varios tipos de programas: para *funeral-homes*, para bodas y pedidas de

Escaneado con CamScanner

mano, para *cocktail-parties*, para bares y restaurantes; también en las fábricas se propagan oleadas de música por los talleres mientras los obreros trabajan. Y cada lugar público tiene su juke-box. El americano, cuando come, trabaja, descansa, en cualquier instante de su jornada, incluso cuando va en taxi gracias a la radio, está inmerso en música: los hay que llegan a llevar en la mano radios portátiles de precios irrisorios. Pero nunca les sirven jazz: son canciones de Sinatra o de Bing Crosby, edulcoradas melodías que llaman *sweet music* y que son tan empalagosas como las *sweet potatoes*. En los clubes de moda lo más normal es que pongan sweet music o, como mucho, *sweet jazz*, una modalidad adulterada del jazz. Al público le gustan las grandes orquestas espectaculares que sólo pueden tocar música escrita. Y lo más grave es que los mismos que dicen amar el jazz genuino lo adulteran; y como los negros necesitan una clientela de blancos para ganarse la vida, acaban siendo cómplices inevitables de semejante perversión. Al comparar Bechet o las orquestinas de Nueva Orleans, los viejos discos de Armstrong o Bessie Smith con el jazz en boga hoy día, una se da cuenta de que los americanos han ido vaciando de contenido humano y sensorial esta música fogosa. Duelo, trabajo, sensualidad, erotismo, dicha, tristeza, rebelión, esperanza, la música negra expresaba siempre algo, y el hot era la vertiente más apasionada y febril de dicha expresión; se exaltaba el momento presente a través de ella en todo su esplendor de verdad concreta; es decir, tomaba cuerpo gracias al peso de un sentimiento, de una situación, vinculados al pasado y al futuro. Los americanos se apartan despectivamente del pasado («¿Todavía le interesa a usted el viejo Faulkner?», me decía escandalizado un editor), el futuro de la colectividad está en manos de una clase privilegiada, la *pullman class*, a la que se reserva el gozo de emprender y crear a gran escala; los demás no saben forjarse, en este mundo de acero del que son meros engranajes, un porvenir singular: no tienen proyecto ni pasión ni nostalgia ni esperanza que les comprometan más allá del momento presente; sólo conocen la eterna repetición del ciclo de las estaciones y las horas. Pero desgajado del

Escaneado con CamScanner

pasado y del futuro, el presente ya no tiene sustancia; no es nada; es un puro ahora vacío. Y porque está vacío sólo puede reafirmarse por medios exteriores: tiene que ser «excitante». Los americanos aman en el jazz la manifestación del instante, pero como para ellos el instante es abstracto, también reivindican una manifestación abstracta; quieren ritmo, ruidos, nada más; puede que ruidos y ritmos estén orquestados con arte, con ciencia, de forma que el presente renazca indefinidamente de su muerte: pero se ha perdido el *sentido* del viejo jazz. A. E. me dice que el be-bop, la última modalidad de jazz, deja aún más clara esta divergencia. Originariamente, se trata de un hot llevado a sus últimas consecuencias, es un esfuerzo por expresar el *quiver*, el pálpito vital, en lo que tiene de más frágil y febril. Pero de esta fiebre interior, los blancos y, acto seguido, los negros, han hecho una trepidación totalmente externa; sólo han conservado los ritmos de una precipitación jadeante que ya no significan nada. Semejante salto a la abstracción no se produce sólo en el terreno del jazz. Recorriendo galerías de arte, leyendo algunas obras de jóvenes autores, el carácter general de este fenómeno me ha sorprendido. También se han vaciado de contenido el cubismo y el surrealismo. Sólo se conserva su esquema abstracto. Estas formas que fueron en Europa lenguajes vivos y a las que su propio movimiento vital terminó destruyendo, las volvemos a encontrar aquí intactas, pero embalsamadas; las producen y reproducen mecánicamente sin caer en la cuenta de que ya no dicen nada. En este país que se vuelca tan enardecidamente en las civilizaciones concretas, esta palabra: abstracción, me aflora todos los días a los labios. Será necesario que comprenda más exactamente por qué.

12 de abril

Ayer por la noche fue el estreno de *Monsieur Verdoux*, la última película de Chaplin; había multitudes; no cabe duda de que seguirá así durante semanas. Para conseguir sitio, vamos a la sesión matinal. Todas las críticas de los periódicos bienpensantes han sido hoscas. Achacan a la película que es anti-

Escaneado con CamScanner

americana, antisocial, amoral, etcétera. Me habría encantado que fuera buena. Pero Chaplin no consigue crear ni un hombre ni un mito; muy a su pesar, da la impresión de que su propia audacia le ha intimidado. Desde luego es difícil pasar de un arte espontáneo y primitivo a un arte consciente de corte clásico. Pienso en un pintor holandés cuyos cuadros vi en Utrecht y que pintaba con talento algo tosco pero cautivador retratos de los prohombres del lugar; se fue de viaje por Italia y ya no hizo otra cosa que deplorables imitaciones de Tiziano.

Esta noche, vamos en pandilla al teatro chino. Ceno y paseo un rato con N. por este mismo barrio chino en el que evidentemente está situado. Chinatown constituye una comunidad mucho más cerrada que Harlem; no sólo tiene una cultura diferente a la americana, sino también un gobierno interior autónomo. No sé por qué razón dicen que la de aquí es menos auténtica que la de San Francisco; me parece que está mucho más viva; es uno de esos raros rincones de Nueva York con gente deambulando; a mí misma me encanta recorrerlo sin rumbo fijo, mirar los bazares donde venden especias, purés de frutas, muñecas hechas con conchas, vidrio soplado, un montón de exóticas golosinas y de figuritas mucho más divertidas que las porcelanas caras de Grant Street; los restaurantes tienen forma de cavernas con dragones a la entrada, o de pagodas lacadas en rojo y oro; estos preciosos tonos de biombo animan la grisalla de unas calles con enseñas descoloridas y tanta miseria como en la Bowery, en la que desembocan; en Chatham Square, se codean amarillos y vagabundos; en esta gran glorieta se cruzan trenes elevados, se entreveran construcciones de hierro y toda la plaza es un subterráneo oscuro con techumbre de metal negro; refulgen las luces de un cine chino: me han dicho que las películas chinas están calcadas de producciones americanas y que son muy aburridas. A unos pasos está el teatro. El patio de butacas es más grande y el público está más mezclado que en San Francisco: muchos blancos; el espectáculo no es ni por asomo tan fascinante. En lugar de preciosos paneles bordados, los decorados son telones pinta-

Escaneado con CamScanner

dos en un feo estilo realista; los actores interpretan como los blancos; ni en la voz ni en el gesto tienen el ritmo y el estilo que hacían inútil la comprensión del drama. Tal vez hayamos ido a dar con alguna comedia moderna sin interés en lugar de con una pieza antigua. Tal vez la compañía se haya adaptado al público heterogéneo que acude y haya renunciado a los rigores de la tradición. En cualquier caso, nos aburrimos y no nos quedamos mucho tiempo. Una amiga que conoce a los actores nos acompaña a dar una vuelta entre bastidores. Admiramos a nuestras anchas los suntuosos trajes que cuelgan en los vestuarios, los extraños accesorios, y nos quedamos fascinadas mirando de cerca las caras maquilladas de rojo.

Tras tomar una copa en un café de Greenwhich, todos nuestros amigos se van a casa. Sólo son las once, así que decido tomar la palabra a A. E., que ayer me invitó a reunirme con él en un party en casa de unos amigos suyos.

No conozco a la gente a cuya puerta estoy llamando, pero me esperan. El señor de la casa, L. W., es un hombre gordo con gafas, exuberante; me recibe con un tono de cordialidad desafiante. En seguida se mete conmigo a propósito del existencialismo, pero cuando se entera que no me gusta *El pan y el perdón* que tantos americanos consideran el fin del fin del cine francés, se modera; adopta un tono directamente amistoso cuando le digo que antaño me gustaba Al Jolson. Me enseña la traducción francesa de una novela que apareció hace quince años y que me gustó, mientras me pregunta lo que pienso del traductor; no pienso nada, pero digo que muchos en Francia amamos el libro; se sonroja de placer: el autor es él. Llena de whisky todos los vasos y se bebe dos seguidos de un trago. Luego va a su estudio de trabajo en busca del borrador del libro que está escribiendo; se lleva consigo a A. E. y a su mujer y desaparecen durante cinco minutos. Charlo con la señora W., una mujercita de pelo negro que es profesora en una *high-school* y que se me antoja mucho más alegre, más viva y más relajada que la mayoría de las americanas. Hay algunos invitados; entre ellos, un joven que dormita en un canapé y su mujer que lleva un pelo muy tirante recogido en un

Escaneado con CamScanner

moño sobre la cabeza y que parece indignada. Cuando L. W. aparece de nuevo, avanza hacia él y declara con tono gélido que se va: es su party de cumpleaños y ella encuentra inaceptable que el dueño de la casa se haya eclipsado con otros amigos: supongo que está celosa de V. E. Sucumbe poco a poco ante las protestas amistosas de L. W. y se queda un rato más, pero sin abandonar su enfurruñamiento. La señora W. me cuenta que una actitud semejante no tienen nada de insólita; las mujeres americanas tienen una necesidad absoluta de respeto y atenciones; si estiman que les han faltado, tienen que dejarlo claro; no se entregan a esos estallidos tan apasionados de las eslavas, pero esta furia sorda no es menos temible; es una de las razones por las que los hombres las encuentran tan agotadoras. Zanjado el incidente, escuchamos jazz; los W. tienen un magnífico pick-up y una inmensa colección de discos, en su mayoría de jazz clásico, como todos los intelectuales que conozco. Poco a poco, según va avanzando la noche, todo el mundo se va menos los A. E. Entonces L. W. me enseña su manuscrito. Es una sátira de las *public relations*, oficinas del consumidor destinadas en principio al servicio de los intereses de todos los ciudadanos, pero que proporcionan una información dirigida; de hecho, están financiadas por hombres de negocios y fabricantes de productos; con una aparente y falaz imparcialidad, inducen al público a consumir tal o cual producto al que se quiere dar salida en el mercado; por ejemplo, a instigación de las public relations, los médicos iniciarían una campaña para propagar que la cerveza es uno de los alimentos más sanos y ricos en vitaminas: sólo es publicidad solapada pagada por los productores de cerveza.

Antaño L. W. coqueteó con el comunismo: fue víctima de una larga psicosis durante la cual no pudo escribir y de la que se curó gracias al psicoanálisis. Hoy día es individualista acérrimo y tiene una actitud negativa: ataca a la sociedad americana en sátiras y panfletos. Detesta ese moralismo puritano al que él escapa, tal vez por ser de origen judío. Echa en cara a los americanos que detestan el cuerpo. Los carteles y los anuncios de las revistas son sintomáticos, dice; y es cierto. Un

Escaneado con CamScanner

joven maravilloso con brillantina en el pelo estrecha entre sus brazos a una chica arrebatadora de vestido vaporoso; bajo la imagen, una leyenda: «¿Está usted segura de su olor corporal?». Dos jóvenes saltan junto a la cabecera de su cama: acaban de beber un zumo de limón que ha relajado sus intestinos. También en Francia hay anuncios de desodorantes y de laxantes, pero no nos persiguen de manera tan obsesiva en periódicos, calles y metros; son más discretos. Lo más sorprendente es que aquí se emplean a fondo en evocar el esplendor y la belleza del cuerpo humano al mismo tiempo que señalan sus imperfecciones. L. W. observa (a la inversa de lo que hace Thomas Wolfe cuando cuenta en *Del tiempo y el río* su estancia en Francia) que en los cuartos de baño de este país no hay bidé: señal de que los americanos, y especialmente las mujeres, pretenden negar cierta parte de su cuerpo, afirma. Por otro lado, las americanas son todas frígidas: sólo hay que reparar en los besos de tornillo que aguantan sin pestañear en las películas de Hollywood y que dejarían fuera de combate a cualquier mujer normal.

L. W. habla igual que otros tocan jazz, con elocuencia y fogosidad inagotables durante toda la noche, poniendo lo mejor de sí mismo en cada instante. Seguramente es el mayor virtuoso del lenguaje que he conocido en América. Pero observo que todos los intelectuales con los que me he encontrado charlan animadamente y discuten con vehemencia en cuanto se les presenta la ocasión; el mutismo americano no es una elección de partida, más bien es el resultado de numerosos complejos: se va consolidando en cada individuo al entrar en contacto con el mutismo de los demás; muchos se sienten felices de poder escapar a él y entonces se despachan a gusto. Otra observación que me parece importante: la truculencia satírica de L. W. es excepcional, pero esa actitud crítica me resulta familiar, es común a todos mis amigos americanos. No obstante, no hay que engañarse: hay una tradición de autocrítica en América como hace tiempo la había en Francia. Y la gente que aquí habla con mayor severidad de su país no son los más indiferentes precisamente. Los franceses que

Escaneado con CamScanner

más criticaron el chovinismo en tiempos de bonanza fueron los que se mantuvieron más fieles a su patria vencida. Los americanos que atacan cierta moral, cierta política, cierto modelo económico, no hacen otra cosa que reclamar para este gran país del que se sienten ciudadanos un destino a su medida; sus exigencias y su lucidez constituyen la forma más elevada de amor. Ni L. W. ni A. E. ni N. A. vivirían en otra parte que no fuera Chicago o Nueva York; no desean tener otras raíces que las que han crecido en esta tierra y exigen frutos dignos que la merezcan. Declarar antiamericanos libros, películas, palabras que todavía mantienen vivo el ideal de Jefferson, significaría mutilar a América; el día en el que se niegue a este país la posibilidad de ponerse en tela de juicio, no será muy diferente de los totalitarismos a los que pretende oponerse.

El cielo blanquea. Nos sentamos a la mesa de la cocina y comemos tostadas con mermelada de naranja mientras bebemos té. Desde la ventana se aprecia una amplia vista de la Battery y del East River. Es la primera vez que veo despuntar el alba sobre Nueva York y esta nueva prueba de nuestra intimidad me conmueve. Pero una señal más secreta me anuncia que comienzo a participar de verdad lo que es América: ya no estoy decepcionada ni deslumbrada; aprendo, como algunos de sus hijos, a amarla dolorosamente.

13 de abril

Me he acostado a las siete. N. y yo hemos quedado a las nueve con Richard Wright para asistir a un servicio religioso en una iglesia de Harlem. La que ha elegido para hoy es famosa por sus espirituales; son negros de extracción popular los que la frecuentan. Y aunque la ceremonia se desarrolla siguiendo los mismos ritos que en la gran iglesia burguesa que visité hace dos meses, la atmósfera es mucho más vibrante.

Por miedo a que nuestra presencia llame la atención (por mucho que en las iglesias del norte los negros se muestren muy hospitalarios con los blancos que acuden a visitarlas), Wright se ha presentado y ha explicado que éramos amigas francesas.

Escaneado con CamScanner

Nos han sentado en la segunda fila, junto a unas cantantes del coro con trajes largos de color gris; hay tres grupos de cantantes; unas van de gris, otras de marrón y otras de negro; llevan birretes cuadrados y en conjunto su indumentaria recuerda a la de las estudiantes inglesas. Sólo hay un coro de hombres. Unas veces estos grupos diferenciados cantan cada uno por su lado, otras veces al unísono; las voces son muy hermosas y en este tenso silencio de feligreses expectantes, los espirituales parecen especialmente conmovedores. En los bancos, la mayoría son mujeres, pero también hay muchos hombres. Todos van endomingados con afortunada fantasía: ternos claros, camisas de seda, sombreros con flores, vestidos holgados de colores suaves. Caras atentas que pasan de la alegría a la risa según se eleven cánticos patéticos o discursos en tono coloquial. Suben al estrado señoras mayores para dar noticias sobre algunos miembros de la comunidad, anuncian motivos de regocijo, piden dinero o ayuda en favor de tal o cual obra de caridad. El pastor habla a continuación con la misma sencillez bondadosa: hoy es su cumpleaños, le han hecho regalos y se ha cantado en su honor el *happy birthday* de rigor; da las gracias en ese tono entre conmovido y bromista que se estila en América; afirma que ya tiene seis hijos y que estaría encantado de tener más porque, declara: «Yo soy muy sexy y mi mujer también». Esa confidencia espontánea provoca aullidos de júbilo. Aprovecha este alborozo para exponer las necesidades de la comunidad y rogar a los fieles que las satisfagan lo más generosamente posible. En general, este tipo de iglesias son pobres, los pastores están mal pagados y una de sus principales fuentes de ingresos es la colecta dominical. Es natural que esté rodeada de gran solemnidad. Mujeres de blanco con cinturón azul pasan la bandeja entre las filas de bancos; el óbolo se deposita directamente en un sobre cerrado especial para ese efecto. Mientras dura, los coros han entonado un espiritual. Una vez terminada la operación, las encargadas de pasar la bandeja van desfilando por el estrado sujetándola con una mano; con la otra doblada sobre la espalda, evolucionan al ritmo de la música en un auténtico paso de baile: es uno de

Escaneado con CamScanner

los momentos más sorprendentes. De nuevo se retoma el tono coloquial. Entre otros, el pastor señala la presencia de Richard Wright. Se adelanta, habla, le aclaman. Me presenta como ciudadana de un país que desconoce la segregación racista, y todas las caras negras me sonríen; siento una vergüenza tremenda cuando tengo que articular palabra. Un espiritual más y otro predicador se dirige a la concurrencia. Es joven, de cara encendida y voz ardiente; su tono es totalmente diferente al del pastor. Retoma el patetismo y la grandeza del estilo bíblico a través de metáforas modernas. Se trata de un tema místico: ante todo, cada cual debe intentar encontrarse con Jesús, verle, hablarle, beber en sus riquezas infinitas; lo expresa más o menos así: «No hay excursión coronada con éxito, no hay *sight-seeing-tour* que valga si os olvidáis de ver a Jesús». Habla con un ritmo muy marcado, jadeante, que va acelerándose minuto a minuto; acompasa sus frases con movimientos de pies, manos, de todo el cuerpo; el sudor baña su rostro mientras su voz sube, se estrangula, se desgarra, desfallece y resurge: es una improvisación hot, jazz del más genuino. Compara a Jesús con todos los tesoros, con todas las bellezas del mundo, con su fauna y su flora, sus océanos y sus monumentos, sus montañas, sus llanuras, y lo que resulta más curioso, con esos drugstores donde el hombre puede satisfacer todas sus necesidades. Y en una especie de trance hace otro llamamiento a los fieles para que vayan a ver a Jesús: «Venid hermanos míos, venid a ver este drugstore ambulante...». Parece un charlatán a la entrada de una barraca de feria: pero el fenómeno se llama Jesús y la cara del predicador chorrea sudor, todo su cuerpo se estremece convulso mientras su busto oscila hacia adelante y hacia atrás. Durante el discurso del pastor, la concurrencia da muestras de aprobación con entusiasmo mediante exclamaciones y gestos, pero el orador le contagia su estado febril: «¡Sí! ¡En efecto! ¡Es cierto! ¡Lo deseamos!». Golpetean con pies y manos, las cabezas se balancean, una señora mayor muy respetable sacude enloquecidamente su gran sombrero de paja; los movimientos y las palabras van al compás del ritmo del discurso, como la batería apoyando el es-

Escaneado con CamScanner

tribillo improvisado del trompeta. No obstante, de vez en cuando, en una u otra esquina estalla un gran grito inesperado; sobre todo, hay un viejo negro que grita como si lo estuvieran degollando. A nuestro lado, una joven del coro guarda silencio, pero sus mejillas están empapadas en lágrimas. El predicador se arranca una frase más, su voz se quiebra, y cae hacia atrás en brazos de dos monaguillos que le depositan sobre un sillón, mientras un espiritual inunda la iglesia. A continuación el predicador hace un llamamiento vibrante a todos los miembros de la asistencia que todavía no han entrado a formar parte de la comunidad; les incita a unirse a ella sin dilación: camina de un lado a otro tendiendo su mano abierta a los fieles en un gran gesto sagrado; todo el mundo canta a coro palabras de exaltado llamamiento. Me fijo en una muchacha vestida de azul celeste que acaba de ponerse en pie de golpe, con las manos crispadas sobre el respaldo de la silla; sus labios tiemblan y todo su cuerpecillo se estremece en su flamante traje de los domingos. El pastor tiende sus manos, las coristas cantan, y uno tras otro, temblorosos y cabizbajos, hombres y mujeres se van sentando en los bancos, al pie del estrado. La joven negra del vestido azul se estremece todavía, algo lucha y se debate en su interior. Ha luchado un cuarto de hora largo; luego, en una especie de trance en frío, ha caminado hacia el pastor que la ha cogido de la mano.

No era uno de esos *revivals* cuyas descripciones he leído con frecuencia; por otra parte, cada vez tienen mayor tendencia a desaparecer; la joven generación desconfía de las escandalosas histerias de antaño; a los blancos les interesa confinar a los negros en un terreno emocional para negarles toda aptitud intelectual: éstos hoy día se niegan a seguirles el juego. Las clases altas son las que se controlan con más rigor hasta el punto de que en las iglesias de los ricos los espirituales ya ni siquiera son bien acogidos; en las comunidades más pobres, las conductas siguen siendo más espontáneas; pero ya no cultivan la emoción por sistema. Eso es lo que a nuestros ojos hacía esa ceremonia tan turbadora: sólo se trataba de un servicio dominical como los que hay cada semana en las

Escaneado con CamScanner

iglesias de Harlem —más de ciento sesenta iglesias— y los fieles no eran transportados fuera de sí mismos: eran ellos mismos, simplemente; la riqueza de sentimientos que prodigan es la misma que habita en ellos en su vida cotidiana. ¡Qué hermoso sería si la finalidad de estas reuniones fuera integrarlos en la vida terrenal en lugar de alejarlos de ella en beneficio de un Dios de sumisión! ¡Qué conmovedor símbolo sería la mano tendida del pastor si fuera un llamamiento a los hombres, para los hombres, y no un gesto mendaz! La iglesia tiene en las comunidades negras una función que no es sólo religiosa; es una especie de club donde a la gente le encanta encontrarse también para mostrar su traje de los domingos, para hablar y reír con los amigos, distraerse del trabajo y de los problemas cotidianos, igual que para organizar conferencias, conciertos, obras de caridad y experimentar así su sentido de la solidaridad; todas las iglesias cumplen esta función en todos los países, pero aquí es más importante que en cualquier otra parte, porque los negros tienen un acceso exiguo a la vida social, pocas oportunidades de acción y de expresión; el solo hecho de reunirse para rezar y tener confianza juntos, de vivir en colectivo algunas horas febriles, les ayuda a romper su aislamiento y a presentir su fuerza. Pero, salvo algunas excepciones, el clero en su conjunto es, aquí como en cualquier otra parte, cómplice de los poderosos, ya que necesita el apoyo moral y económico de los blancos. Esencialmente, se explota la religión como medio de desviar la atención. Los pastores hablan más a gusto del más allá que del más acá, animan a los negros para que pongan su suerte en manos de Dios, predican el desprecio por los bienes terrenales y la resignación; y, no obstante, casi a pesar suyo, el hecho mismo de aludir a acuciantes cuestiones de justicia, de hablar sobre la felicidad en sus sermones, tiene resonancias sociales inmediatas y ayuda a los negros a tomar conciencia de sus problemas. Por eso muchos intelectuales negros muestran cierta benevolencia hacia la iglesia, aunque censuren su actitud de sumisión.

Discutimos sobre estas cuestiones con Wright de camino

Escaneado con CamScanner

a la boca del metro; en Harlem miran con curiosidad exenta de mala voluntad a este hombre negro flanqueado por dos mujeres blancas. Pero en el metro las caras son de pocos amigos y cuando nos bajamos cerca de la calle Cincuenta y nueve, una señora mayor se dirige a mí con irritación: «¿Qué hacen ustedes dos con ese negro?». Hasta los americanos que se relacionan con los negros lo hacen con cierta prudencia. Se recibe sin problemas a Wright porque es un escritor famoso. Pero observo que en la única casa de clase alta de verdad que le abre sus puertas, además de él, sólo hay invitados franceses, judíos, japoneses, chinos, hindúes; y el relato de mis impresiones del sur es evidente que levanta ampollas en esta reunión.

Desde luego, entre los intelectuales liberales no hay en absoluto discriminación. Después de almorzar, acompañamos a los Wright a dos parties a casa de unos amigos blancos que ni se plantean la cuestión racista. El primero se celebra en Brooklyn, en un barrio tranquilo; hoy día ha decaído, pero, a pesar de su abandono, su aspecto provinciano y antiguo le confiere cierto encanto; hay calles arboladas y, frente a la Battery que se yergue con altanería en la otra orilla, los viejos hoteles tienen fachadas rococó que nos transportan muy lejos de Nueva York. Conozco a un profesor de la Universidad de Nueva York que me habla de Dewey, el único filósofo conocido y reconocido en América. Regresamos a Manhattan al caer la noche; no hay en el mundo excursión más bella que cruzar el puente de Brooklyn cuando la ciudad se ilumina. La vista del pequeño apartamento situado en Washington Square es otra fiesta sin igual. La glorieta está tranquila como una plaza de provincias y a su alrededor hay apacibles casas que resplandecen porque hay luz en todas sus ventanas. Celebramos un cumpleaños reunidos en torno a una tarta de diez pisos, insípida y empalagosa. Ahora que estos parties ya no tienen para mí el aliciente de la novedad, me doy cuenta de que la mayoría son tan aburridos como tomar el té en un salón francés: el whisky no consigue animar el ambiente. Alguien importante —no sé bien a santo de qué, pero él se

Escaneado con CamScanner

considera muy importante—, con arrogancia, abre ante mí un sumario contra Francia: estamos en plena decadencia. ¿Por qué nos hemos dejado vencer? ¿Por qué hay tantos comunistas en nuestro país? Como si fuera Dios Padre el día del juicio final. Ya he escuchado varias veces este tipo de voz cortante plagada de insolentes amonestaciones; y si hubiera frecuentado ciertos medios, sé perfectamente que retumbarían todos los días en mis oídos. Lo peor es que muchos franceses se hacen cómplices de esa actitud; nuestros capitalistas hacen una propaganda antifrancesa muy activa en América; tal vez sea su servilismo lo que autoriza a algunos americanos a hablar de Francia a una francesa con ese tono acusador: el mismo tono de los oficiales alemanes cuando decían al ocupar un pueblo: «Esto es a lo que os han conducido vuestros políticos y vuestros judíos».

14 de abril

La «Liga para la supresión del vicio» ha acusado de inmoral la novela de N. G., el asunto se lleva esta mañana ante los tribunales. El juicio se celebra en una salita de la calle Cincuenta y siete donde se juzgan los delitos que corresponden al tribunal de menores. Todo individuo, toda asociación puede, por tanto, perseguir a un autor que le escandalice y la Liga hace uso de este derecho procediendo de una manera tan rutinaria como el abad Bethléem cuando publica su boletín. Si gana, entonces el caso cobra importancia; un tribunal que puede decidir prohibirla juzga la obra en segunda instancia; si pierde, como sucede a menudo, el libro se beneficia de una publicidad complementaria. Hay gente en la sala cuando empieza el debate hacia mediodía; todos los amigos de N. G. están aquí; están los Wright, E. A. y Farrell. N. G. está sentado junto al juez, en un banquillo, tiene un aire contrariado e infantil; frente a él, de pie, un señor con un pelo blanco precioso y una cara que rezuma virtud, le interroga en tono agresivo: ¿por qué ha hablado de homosexualidad? ¿Es usted homosexual? N. G. indica que está casado; el representante de la Liga se queda un poco desconcertado pero en seguida se rehace: ¿por

Escaneado con CamScanner

qué escribe G.? ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? ¿Por qué utiliza palabras semejantes?: esta palabra, por ejemplo; o esa de más allá. «Porque transmiten lo que quiero decir —asegura el escritor—, normalmente las palabras sirven para eso.» El debate se hace más elevado y se llega a discutir de estética realista y libertad en el arte. Al cabo de una hora se interrumpe: la vista se reanudará por la tarde, pero mientras tanto nos vamos a comer. Nos instalamos en las mesas de un restaurante de Lexington; me siento al lado de Farrell. Me habla largo y tendido de un tema que ha desarrollado en muchos artículos: la falta de auténtica libertad en la literatura americana. Se ejerce tal presión sobre la opinión pública, me dice, que el ideal democrático también pierde cada vez más su sentido en este campo. Juicios como este de N. G. no tienen mucha importancia: lo relevante son esas tiranías más solapadas. En primer lugar, desde luego, los editores pueden negarse a publicar un libro o retirarlo una vez publicado, deteniendo su difusión; y a la inversa: si deciden convertir una obra en un best-seller, por muy mediocre que sea lo conseguirán a base de publicidad. La propia crítica que se ejerce desde periódicos y revistas sólo es una forma encubierta de publicidad: las editoriales financian en gran parte todas las revistas y exigen que se hable elogiosamente de las obras que publican; la finalidad de los artículos de crítica literaria es vender el libro criticado. Desde luego sería muy torpe alabar indiscriminadamente todo lo que se produce; el público no se dejaría engañar; así que conviene introducir algunos matices y la severidad está permitida de vez en cuando. Pero la cordialidad de los artículos, su tono halagador, sorprende en efecto si se está acostumbrado a la dureza de las críticas francesas.

No nos quedamos al final del juicio; a pesar de que está empezando a llover, N. y yo nos vamos a dar una vuelta por el Bronx. Echamos un vistazo a los magníficos animales del zoo y luego deambulamos por las calles. La verdad es que esa gran escenografía de rascacielos, que tanto llama la atención al recién llegado, sólo se puede ver desde muy pocos puntos

Escaneado con CamScanner

de Nueva York; en la mayoría de los barrios, las casas sólo tienen dos o tres plantas y su arraigo en el suelo parece poco más sólido que el de los campamentos y parcelas del Lejano Oeste; las paredes están negras de hollín, las calles salpicadas de detritos. Desde el tren elevado, de un solo vistazo de conjunto se percibe a través del Bronx, Harlem y Manhattan, esta monótona y sórdida tristeza del Nueva York de los pobres.

Por la tarde doy una conferencia en Columbia; ceno con profesores, charlo con estudiantes. A medianoche, vuelvo con N. a escuchar al trompetista Sidney Bechet. Uno de sus jóvenes admiradores blancos toca el saxofón con él; parece muy orgulloso y un poco intimidado; pienso en nuestro amigo, el pequeño italiano, y deseo de verdad que se venga al norte. Nos rezagamos hasta una hora avanzada por los bares de Broadway: N. vuelve mañana a Los Ángeles y yo comienzo una gira de una semana por colleges y universidades.

15 de abril

He pasado tres días en los colleges de Smith y de Wellesley. He dormido en blancas habitaciones de huéspedes, con olor a clínica y a monasterio, y he hablado mucho con profesores y alumnos. La atmósfera era íntima y alegre en Smith; con su gran lago color pizarra, sus árboles, sus torreones medievales, Wellesley es más espléndido. Aquí el plan de estudios es tan serio como el de Vassar (aunque para las becarias francesas resulte fácil y las jovencitas americanas se queden desconcertadas cuando llegan a París por la dureza de los exámenes de derecho, letras o ciencias políticas). Sólo admiten chicas que se hallan destacado en las high-schools. Para las que no quieren trabajar pero su posición social les exige pasar por un college, hay centros más benignos; he visto cerca de Wellesley un college de los más aristocráticos donde se admiten a estudiantes rechazadas en otros y se cursan estudios en un bienestar material que raya en el lujo: las estudiantes viven en encantadores pabellones diseminados por el campo sin casi preocuparse de otra cosa que de su aspecto externo y

Escaneado con CamScanner

sus citas. Desprecian a las pensionistas de Wellesley que a su vez las desprecian a ellas. En los grandes colleges impera un espíritu mucho más democrático; por ejemplo, han suprimido esas hermandades de las que me hablaron airadas las college-girls de Smith. Son, dicen, estúpidas instituciones de las que se complacen en formar parte porque algunas otras han sido excluidas: es una manera despreciable de marcar las distancias; las novatadas que se hacen a las recién llegadas son necias y brutales; esos clubes no sirven para nada positivo, no tienen otra finalidad que su propia existencia ni otra razón de ser que el esnobismo. Manifestaban estas opiniones en un francés genuino y fluido, lo que prueba que, al menos en ciertos campos, poseen sólidos conocimientos.

Cuanto más hablo con estas chicas, más me cuesta formarme una opinión sobre ellas. Aunque estos colleges implican cierto elitismo —todas son de familias ricas o, al menos, acomodadas—, pertenecen a medios y regiones diferentes, y por debajo de esa actitud conformista que todas adoptan, son individuos de una en una. He visto en Wellesley alumnas de clase alta que me han parecido graves y profundas, igual que otras me habían parecido frívolas. «Incluso las que son frívolas, no lo son siempre —dicen—. Hay que comprender que practicamos cierto esnobismo de la frivolidad; tenemos miedo a parecer empollonas si nos tomamos los estudios y el mundo de las ideas demasiado en serio; pero hay muchas estudiantes interesadas en cuestiones importantes; sólo que lo disimulan porque está mal visto. No, no queremos buscar marido a toda costa; y no nos contentaremos con un empleo sólo para uno o dos años. Queremos hacer un trabajo que sirva para algo. También queremos ver el mundo, enriquecernos intelectualmente.» Muchas me repiten muy convencidas: «Queremos ser útiles». Los problemas económicos y sociales les preocupan y se especializan y consideran estudiar carreras que tengan que ver con esos campos. La espontaneidad y vehemencia de su buena voluntad me conmueven. Desde luego, se trata de una elite; pero tampoco hay en los liceos ni en las universidades francesas muchas chicas que defiendan

Escaneado con CamScanner

ideas como éstas con tanta sinceridad; ese deseo de realización personal no se origina en una necesidad de compensación: al contrario, las que hablaban así eran las más bonitas, las más encantadoras. Añadieron que sería completamente engañoso juzgar a su generación basándose en los grandes colleges elegantes; en las escuelas especializadas más modestas, o en las universidades estatales donde se paga mucho menos por estudiar, la mayoría de las alumnas, que no son ricas, trabajan mucho más duramente que aquí; saben que sólo pueden contar consigo mismas, lo que les confiere una independencia más concreta. Aquí la independencia es una consigna casi institucional: las alumnas critican libremente los métodos de los profesores, que tienen en cuenta sus observaciones; pero muchas veces critican por el mero gusto de criticar; les encanta alardear de opiniones categóricas, originales, para demostrar que poseen una personalidad que no saben cómo plasmar en la práctica. También se encuentran estos mismos defectos en la juventud francesa, y en mayor grado cuanto más ociosa y conformista sea: constituye más un conformismo que una pretensión de originalidad. ¿A las college-girls les gustan esos paraísos elementales en los que viven? Sobre esta cuestión, sus opiniones están divididas. A muchas les encanta y encuentran el hogar familiar aburrido y asfixiante; tienen miedo de abandonar el colegio. A otras les pesa sentirse aisladas del mundo, preferirían hacer la misma vida que las estudiantes francesas.

Una tarde, charlando a solas con una señora mayor francesa que me pareció mucho más libre de espíritu y de palabra que sus colegas americanas, le pregunté por los hábitos sexuales de las estudiantes: ¿es cierto que son tan libres, que llevan una vida tan desordenada que, según he oído decir, se encuentran en algunos rincones del campus montones de preservativos? Sonríe: «No sé si en el campus; pero entre las páginas de los libros, a veces sí...». Según una estadística, el cincuenta por ciento de las college-girls serían vírgenes. Pero ¿cómo se llevan a cabo esas estadísticas? «Puede ser —dice— que durante los últimos años los casos de virginidad sean bastante numerosos; los jóvenes tienen tanto miedo de verse atra-

Escaneado con CamScanner

pados en el matrimonio que hacen lo que está en su mano para dejar intactas a sus parejas.» Lo que por otra parte no es una dieta muy saludable, ya que la mayoría de estas jóvenes están algo neuróticas. El año pasado ella se encargó de llevar a Francia durante el mes de vacaciones a una quincena de alumnas, elegidas cuidadosamente entre las más equilibradas; no obstante, en seguida empezaron los dramas; volvían llorando de sus salidas con jóvenes franceses; tras ceder con generosidad, tras provocar incluso besos en la boca, *necking*, *petting*, cosas a las que no se les confiere importancia en América, se quedaban atónitas al comprobar que sus parejas, desconocedores de las reglas del juego, atentaban directamente contra su virtud; semejante jugarreta les hacía sollozar. El aspecto que me parece más interesante es saber hasta qué punto, incluso cuando es completo, el acto sexual tiene importancia para ellas. La señorita T. me dice que, a pesar del número y la naturaleza de esas experiencias, todas estas jovencitas americanas conservan una faceta pavitonta; convertirse en mujeres no las cambia, no les hace madurar: casi se diría que es un proceso en el que no participan. Sin duda, esas relaciones, admitidas por la sociedad de forma implícita, con jóvenes tan ingenuos como ellas, no suponen una auténtica iniciación sexual y todavía menos una realización; no se trata de apasionadas relaciones de amantes, sino más bien de una prolongación de ciertos juegos equívocos de la infancia; imagino que las mayores osadías no pasan de ser puritanas y que, de común acuerdo, chicos y chicas se esfuerzan por conjurar en su búsqueda del placer todos los turbadores misterios de la sensualidad.

Entre conferencias y conversaciones, he comenzado a descubrir Nueva Inglaterra. Cerca de Smith, me han enseñado el viejo pueblo de New Harford donde se libró una gran batalla entre ingleses y americanos durante la guerra de la Independencia: cuentan que el minúsculo arroyuelo que serpentea por las praderas era de color sangre. Hay en estos pueblos encantadoras casas de madera, grises o blancas, mucho más sobrias que las románticas casonas del sur; algunas tienen

Escaneado con CamScanner

sobre la puerta una fecha remota; las hay de la época colonial, y todas reproducen el mismo estilo. En las más bonitas, el ladrillo rosa se combina con madera blanca barnizada; sus rasgos más característicos son: entrada principal que desemboca en una pequeña escalinata enmarcada por dos columnas, ventanal rectangular sobre el dintel de la puerta de batientes macizos y ventanitas en la fachada; estos motivos se repiten como norma general adoptando muchas y sutiles variaciones. Las iglesias de madera, blancas y relucientes, me llaman la atención; se diría que son hangares si no fuera por sus deliciosos campanarios que parecen sacados de un mecano para niños. El único defecto de estos pueblos es que no están urbanizados: no tienen unidad; las casas están separadas unas de otras y diseminadas por un terreno sin configuración definida; sólo es un gran descampado: no hay calles ni plazas con trazado definido; el espacio vacío que hay en el centro del pueblo es una especie de real de feria sin delimitar.

Hay muchos pueblos como éste en los alrededores de Wellesey, y esta mañana me llevaron de excursión por el pasado de América. Hacía un día de primavera de azul intenso, plagado de forsythias amarillas y árboles frutales rosas y malvas; todavía no ha salido ni una hoja, sólo flores; un mes de abril despojado de todo verdor, en colores pastel: sobre este fondo suave se destacan en todo su esplendor arces rojos de savia almibarada. Seguimos por angostas carreteras sinuosas por las que no se aventura ningún otro coche; y, de pronto, nos encontramos en una encrucijada con varios aparcados: detrás de los árboles, está el estanque de Walden a orillas del cual Thoreau construyó su cabaña hace cien años. Nos bajamos; estas metamorfosis no me hastían jamás y la que ahora se está produciendo ante mis ojos me conmueve y me subyuga mucho más que otras: en un libro de mi juventud, en tonos rojos y negros de la NRF, aparecía un gran lago natural de un azul pizarra en medio de bosques sin hojas; leí a Walden a esa edad en que la lectura es pura magia: y esa misma magia es la que, muchos años después,

Escaneado con CamScanner

arranca a las páginas del libro un paraje que baldíamente traté de imaginar y le infunde vida. Así lo describe el propio Thoreau:

> El panorama de Walden es de dimensiones humildes y, por muy hermoso que sea, no llega a ser grandioso ... Es un pozo cristalino y verde oscuro, de una media milla de largo y con un radio de una milla y tres cuartos de circunferencia, con cerca de sesenta y una fanegas y media de extensión; un manantial perpetuo en mitad de bosques y castaños, sin otra vía de entrada y salida de agua a la vista que las nubes y la evaporación. Las colinas que lo rodean se recortan abruptamente sobre la superficie a una altura que oscila entre cuarenta y ochenta pies, cubiertas exclusivamente de árboles. En Concord todas nuestras aguas tienen al menos dos colores, uno cuando se miran de lejos y otro, más especial, de cerca. El primero depende, sobre todo, de la luz y se confunde con el cielo. Con tiempo despejado, en verano, las aguas parecen azules a corta distancia, sobre todo si están agitadas, y a gran distancia todas tienen el mismo aspecto. Cuando hay tormenta, a veces son de color pizarra oscura ... Pero, si uno las observa de pie a bordo de un barco, se perciben colores muy diferentes. Walden es azul en ciertos momentos y verde en otros, incluso sin cambiar de punto de vista. Recostado entre la tierra y el cielo, participa del color de ambos. Si se contempla desde una cima, el color del cielo se refleja en él, pero a tiro de piedra es de un tono amarillento en la zona cercana a la orilla donde se transparenta la arena, luego de un verde claro que va oscureciéndose gradualmente hasta hacerse oscuro y uniforme en el centro del estanque. Bajo ciertas luces, incluso desde una cima, es de un verde resplandeciente en la zona cercana a la orilla. A veces parece a corta distancia de un azul más oscuro que el mismo cielo; ahora bien, en momentos así, encontrándome en la superficie, y partiendo mi ángulo de visión para apreciar su reflexión, he distinguido un azul claro sin mácula e inenarrable —tal y como sugieren las sedas de visos tornasolados y mudables o los filos de las espadas— más cerúleo que el mismo cielo, alternando con el verde oscuro y exclusivo del envés de las olas que parece cenagoso en comparación. Si mal no recuerdo, es un azul verduzco y cristalino, como jirones de cielo en invierno que se

Escaneado con CamScanner

vislumbran entre claros de nubes hacia el oeste antes de la puesta de sol...

... La orilla, compuesta de un cinturón de piedras blancas, pulidas y redondeadas como adoquines de pavimento, salvo en uno o dos bancales de arena, es tan profunda que en muchos sitios basta con tirarse de pie para que le cubra a uno por completo, y si no fuera por su transparencia cristalina, esto sería todo lo que se puede ver del fondo hasta que se va haciendo pie en la orilla opuesta. Algunos creen que no tiene fondo. No hay fango en ninguna parte y un observador de paso diría que en su interior no hay la menor brizna de hierba.

Me encantaría ver la cabaña donde Thoreau pasó varios años; parece que sólo acaban de descubrir su emplazamiento real tras varios intentos fallidos: pero tendríamos que caminar una hora por esos bosques, no tenemos tiempo. Vamos hacia Concord, donde nació y pasó la mayor parte de su vida. Allí visitamos su casa. Thoreau es un personaje americano importante, prueba de ello son esos coches aparcados junto al estanque en esta hermosa mañana y el cuidado con el que han conservado intactos su estudio de trabajo, su habitación, su salón, su cocina; todos los días hay turistas en respetuoso peregrinaje. Existe una asociación Thoreau con miles de miembros: lo curioso es que se hayan aglutinado atendiendo a diferentes intereses, a veces incluso contrapuestos; unos aman al Thoreau naturalista, otros al antiesclavista, al demócrata, al apóstol de la libertad; otros a cierto tipo de humanista. La asociación se ocupa del campamento y de los trabajos históricos relacionados con Thoreau; todos los años da un gran banquete y en general se esfuerza por perpetuar y divulgar en el mundo moderno el espíritu del que aquí es conocido como el san Francisco de Asís americano.

Concord es una de las cunas de la intelectualidad de América. A una milla de aquí tuvo lugar el primer alistamiento para la guerra de la Independencia. Me enseñan justo al lado una de las casas de Emerson, un lugar que parece predestinado para una batalla ingenua. Hay en medio de grandes praderas

Escaneado con CamScanner

un río con un islote que un puente comunica con las dos orillas: antaño era de madera, pero ahora ha sido reemplazado por una construcción de cemento, cosa que indigna a los corazones enamorados del pasado. Aquí, los *minute-men*, esos hombres de Nueva Inglaterra que habían jurado responder al minuto, de inmediato, a la llamada de la guerra, tuvieron en jaque a los casacas rojas del rey Jorge; les han erigido un monumento con su efigie en bronce: me conozco de memoria esta imagen, la he visto en billetes de banco, en carteles, en anuncios, en proclamas, es casi tan célebre como en Francia el busto de la República; es una estatua de plaza pública que de cerca resulta impresionante, rodeada por esta exultante soledad, al borde del agua parlanchina. En Concord he visto en una maqueta de papel maché el puente de madera, el río; soldaditos rojos de plomo escapando de atrevidos campesinos armados de fusiles y guadañas. El pueblo ha conservado sus viejos puestos del siglo XVIII con sus enseñas y sus comestibles de bonitos colores; hacen que me fije entre otros en el rojo sangre de las tabernas, distintivo característico de la región. Hay un viejo cementerio y, a menos de una milla de distancia, las casonas centenarias de afables escritores del siglo pasado se distribuyen aquí y allá: además de la de Thoreau, en esta vivió Emerson muy amartelado con su segunda mujer y en ella escribió la mayor parte de sus libros; aquí está también una de las residencias de Nathaniel Hawthorne; en esta, Louisa Alcott pasó parte de su infancia, soñando con la evasión, oprimida por la tiranía persuasiva de su padre que era pastor, dejando constancia en su tímida obra de los estrechos márgenes de acción que entonces tenía una mujer en América para remontar el vuelo. ¡Qué lejos estamos por estas apacibles avenidas de los rascacielos y de las fábricas, de Wall Street, de Hollywood, de los arriesgados desiertos del Lejano Oeste, de los cuchitriles para negros de Jacksonville y Savannah! Regresamos por otras carreteras engalanadas con amentos rojos de arces, arbustos en flor de forsythias amarillas; atravesamos más pueblos; en las lápidas de un cementerio antiguo, leo los viejos nombres bíblicos de los antiguos purita-

Escaneado con CamScanner

nos: Sarah, Abraham, Abigail. Murieron mucho antes de que hubiera funeral-homes y pin-up girls; mucho antes de Times Square, de la Bowery, de Lasalle Street y de Reno. Aquellos agricultores, aquellos comerciantes de austeras costumbres ni se imaginaban los misterios de la economía ni los prodigiosos peligros del maquinismo; ni Thoreau ni Emerson comprendían entonces su fatalidad. Y, sin embargo, ese pasado que parece haberse quedado viejo tan rápido está presente en todos los momentos decisivos de la vida americana. En estas aldeas olvidadas se forjaron la moral y la ideología que constituyen el credo al que hoy día se adscribe toda América y que, más que esa identidad creada a base de neveras y latas de conserva, le confiere su profunda unidad nacional. La sombra de esta Abigail difunta despliega sus brazos sobre el actor de Hollywood, y por la lánguida y estancada Nueva Orleans, el alma del viejo Abraham gime todavía sobrevolando los campos de algodón. Emerson y Damon Runyon pertenecen al mismo mundo. No se pueden comprender Chicago ni Los Ángeles ni Houston si olvidamos que son ciudades asediadas por los fantasmas inoportunos, protectores, irritados o complacientes de los viejos puritanos. Para abrirse paso hasta el huraño corazón de América, la llave de la primera puerta está en Concord.

18 de abril

Los periódicos liberales se indignan porque la Cámara de Representantes acaba de proponer al Senado el proyecto de ley más draconiano jamás dirigido contra los sindicatos obreros. Prácticamente se prohíbe a los trabajadores acceder a cualquier medio que les permita defender sus reivindicaciones. Y, por supuesto, se niegan a reconocer a todos aquellos sindicatos que tengan comunistas o incluso antiguos comunistas entre sus dirigentes. Se supone que el Senado no se atreverá a someter a votación esta ley sin enmiendas.

Esta noche doy una charla en Harvard y la señorita C., que tiene un pequeño college en las cercanías, se ha ofrecido a llevarme a Boston; adora Francia, donde vivió mucho tiempo,

Escaneado con CamScanner

donde en otro tiempo pasaba algunos meses al año. Nació en Boston pero no me parece un personaje típico de Nueva Inglaterra, de la misma raza que una Louisa Alcott. En muchas de estas mujeres ya mayores que enseñan en colegios, casadas o solteras, he detectado una virginal y conmovedora frescura sin precedentes en mi experiencia francesa: la menor emoción tizna sus mejillas de un rojo ardiente, a veces la timidez les pone un nudo en la garganta, otras sus ojos lanzan destellos de pueril entusiasmo; en su pecho anida un pájaro inquieto, que bate sus alas de plumaje reluciente; pero se da de cabeza contra los barrotes; jamás ha sido libre y jamás lo será; pero está vivo, palpitante. La señorita C. es la que más me gusta de todas ellas. La filosofía existencialista le parece un poco pesimista, un poco triste: cree en una idea un tanto vaga de un Dios de bondad; pero esa idea de la responsabilidad de cada individuo frente al mundo encuentra en ella un eco profundo; demócrata, idealista y generosa, forma parte de numerosas asociaciones de caridad, de ligas antirracistas, etcétera, pero empieza a desanimarse, a pensar que el bien no triunfa por sí mismo, que nunca hacemos demasiado para conseguir que triunfe, que si no hacemos lo suficiente, lo que hacemos no sirve para nada: no le gustan los «rojos», detesta la violencia; pero ante la violencia de una amenaza de guerra, ante casos concretos de violencia y miseria, de hambre (por ejemplo, en estos barrios del extrarradio de Boston que atravesamos, tan tristes como todos los arrabales de las grandes ciudades), se siente confusa, no sabe lo que sería mejor hacer o lo que no... «Sería preciso que hubiera una crisis —dice—. Que la desgracia estuviera a la vista. Entonces tal vez comprenderíamos, tal vez cambiaríamos. ¡Hay tanto egoísmo en este país!» He oído más veces este clamor patético en gente de buena voluntad desalentada. Me cuenta cómo intenta contagiar sus ideas a sus jóvenes alumnas. Un día invitó al colegio a un famoso profesor negro y tras su conferencia le convidó a su mesa: «Si hay alumnas que no quieren comer con nosotros, son libres», les había comunicado de antemano. Dos jovencitas sudistas que siempre habían hecho gala de sentimientos

Escaneado con CamScanner

racistas pidieron como un favor que se les admitiera en la mesa; las palabras del conferenciante, la evidencia de su valor intelectual y humano las había conmovido. De regreso a Luisiana con sus familias, hoy día luchan con todas sus fuerzas contra el racismo. Pero la señorita C. sabe perfectamente que en ese terreno tampoco un puñado de voluntades aisladas bastan.

Las carreteras que llevan a Boston están jalonadas de arbustos amarillos y alegres; cruzamos parques donde la primavera comienza a sonreír tímidamente: en Nueva Inglaterra, la primavera despierta muy despacio. La señorita C. me enseña la lujosa casa, rodeada de árboles y césped, del alcalde de Boston, que acaba de pasar un año en prisión por exacción y estafa, y que se ha reincorporado a su cargo oficial a la cabeza de la ciudad más rigurosa de toda América. Que un hombre al que los periódicos tildan todos los días de gángster gobierne una ciudad en la que destacó, entre otras, la gran dinastía puritana de los Adams, es uno de esos hechos aislados que resumen toda la complejidad de América.

En ningún otro sitio, la poesía del pasado americano es más cautivadora que en las calles del viejo Boston: son angostas como las de una aldea francesa y están construidas en un estilo arquitectónico puro y sobrio a base de ladrillos rojos. La placita en pleno centro de Beacon Hill, rodeada por completo de casas del siglo XVIII, es de proporciones tan exquisitas como la plaza de los Vosgos; se extiende por calles del mismo estilo severo y noble. De vez en cuando advertimos en las ventanas un cristal poco común, de un bonito color violeta, cuyo secreto se perdió hace mucho. El tiempo ni siquiera ha rozado esta aristocrática colina, nada ha cambiado en doscientos años en estas calles monótonas y solemnes. Al pie de la loma hay algunas avenidas anchas con mansiones a los lados menos antiguas, más silenciosas y nobles. En cambio, esos viejos monumentos diseminados en las arterias modernas ya sólo son, desgajados de su entorno, piezas de museo. Visitamos la biblioteca, que debe su fama no tanto a la riqueza de sus colecciones como a la severidad con la que en ella censuran las

Escaneado con CamScanner

lecturas. Cuando la señorita C. quiso un día consultar las *Memorias* de Casanova, estudiaron durante largo rato su petición y su carné de usuaria; la llevaron a un despacho y la encerraron con llave tras entregarle el libro requerido; la fueron a buscar al cabo de dos horas y volvieron a guardar cuidadosamente el volumen en su funda con candado. Paseamos por los muelles; entre estas estrechas dársenas que huelen a alquitrán tuvo lugar el *tea-party* que inauguró la guerra de la Independencia, cuando los bostonianos que se habían sublevado contra los impuestos arrojaron al mar un cargamento entero de té inglés; son muelles de madera, con casas destartaladas a los lados; la señorita C. me confiesa que le habría encantado vivir en uno de estos viejos caserones, convertidos ahora en estudios y apartamentos en su mayoría de artistas; pero añade suspirando que su hermana la convenció de que abandonara un proyecto tan insensato. En cualquier caso, hoy día nadie le impide ir a comer al restaurante que le dé la gana, cosa que le produce una alegría de colegiala. Me lleva al final del malecón de madera, a un pequeño lunch-room decorado con redes de pesca y velas embutidas en botellas, al estilo del Lejano Oeste; tomamos *chowder-soup* de crema y pescado que es un plato típico de la zona. Por la ventana se ve un brazo de mar y algunos barcos.

Me sumerjo todavía algo más atrás en el tiempo; descendemos por la costa sur hacia Plymouth, la playa donde los primeros puritanos desembarcaron. Me persigue la imagen de Henry Adams, cuya estirpe dio varios presidentes a los Estados Unidos de América y cuya biografía —publicada antes de la primera guerra mundial— es para los americanos uno de los testimonios más importantes sobre su pasado próximo; uno de sus abuelos vivía en Beacon-Hill, y el otro en este burgo de Quincy por el que cruzamos ahora; todos estos viejos pueblos se parecen unos a otros debido a sus encantadoras casas diseminadas al azar. Mi viaje hacia atrás en el tiempo finaliza cuando percibo a la orilla del agua gris el rincón de costa donde se arrodillaron hace trescientos años los primeros colonos de Nueva Inglaterra.

Escaneado con CamScanner

La señorita C. está tan encantada con este paseo como si fuera yo quien se lo hubiera propuesto a ella; como S. en Lone Pine, poco falta para que me lo agradezca. Quiere enseñarme la costa norte, así que quedamos para un día de éstos. En Boston me encuentro con dos estudiantes que me llevan a Cambridge: cruzamos el ancho y plácido río y paseamos por la ciudad universitaria. Me señalan el colegio de chicas situado no muy lejos de Harvard. «Vienen aquí para casarse con nosotros», me dice uno de los dos con un rencor prematuro. Después de mi conferencia, discutimos muy brevemente. Volveré a Boston y pasaremos una velada conversando. Esta noche regreso a Nueva York en avión. Aquí se toma el avión igual que en Francia el tren de cercanías; el trayecto sólo dura una hora y cuesta el mismo precio que una litera o una plaza de autocar. Comienzo a acostumbrarme a considerar distancias de trescientas millas como algo absolutamente normal. Pero de todas formas me sigue sorprendiendo que, tras salir de Cambridge a las diez, esté a medianoche metida en mi cama.

19 de abril

En el periódico de la mañana, me fijo en dos sucesos cuya proximidad es significativa. El cantante negro Paul Robeson tenía que dar un recital en Peoria; en el último minuto se prohibió el concierto con el pretexto de que Robeson es comunista. Se recalca con mucha insistencia que no se le niega el acceso a la sala por negro, sino por comunista. Por otro lado, un divertido episodio acaba de producirse. Hace algunas semanas, a un chófer que conducía un autobús lleno de viajeros a lo largo de no sé qué avenida le dio por saltarse todas las paradas hasta llegar incluso a no detenerse en la terminal y a meterse por la autopista entre las airadas protestas de sus pasajeros; terminó por dejarles bajar, pero él continuó tranquilamente su carrera hasta Florida. Una vez detenido e interrogado, declaró con buen humor: «Era un trayecto muy monótono. Siempre quise ir a Florida. Una mañana espléndida me dije a mí mismo: ¿por qué no continuar

Escaneado con CamScanner

hasta Florida? Y es lo que he hecho». El conductor se ha convertido en un héroe popular. En vez de que le echaran, ayer volvió a ocupar su puesto de trabajo en medio de la ovación general; le han entrevistado y fotografiado cien veces y en todos los periódicos se le puede ver riendo al volante del nuevo autobús que le acaban de confiar. Tal vez semejante fantasía sólo sea concebible en Nueva York; amigos míos me han dicho que semejante cosa no pasaría, por ejemplo, en Chicago. Pero aunque se sientan incapaces de hacerlo, a los americanos les chiflan estos actos desenvueltos donde ven la prueba flagrante de su amor por la libertad. Ese conductor es un *character*, un original que ha manifestado con creces ese individualismo del que tanto se enorgullece América. Y desde luego, en Francia jamás se le habría permitido volver a desempeñar sus funciones; es verdad que América es mucho más indulgente con las originalidades y los caprichos que no ponen seriamente su autoridad en cuestión. Conocía a una hábil y piadosa madre de familia cuyos hijos eran envidiados por todos sus pequeños compañeros porque se deshacía en sonrisas mientras les dejaba trepar a los árboles, pegarse, sacar la lengua a sus viejos profesores; de mayores, todas las hijas se casaron dócilmente con los maridos que habían elegido para ellas, los hijos hicieron las carreras que se había decidido que hicieran; todo el placer y el orgullo que ponían en su independencia les habían convertido a manos de sus padres en las víctimas más sumisas. El conductor de autobús se mofaría en las narices de cualquiera que pusiera en duda la libertad de los americanos. Paul Robeson, empero, no quería entregarse a ninguna excentricidad: sólo quería cantar.

«Nuestra democracia ya sólo es una pseudodemocracia —me ha dicho por la tarde un amigo con el que estaba comentando estos incidentes—. Se ha vaciado de cualquier contenido la palabra libertad. El individuo ya no tiene garantizado ningún derecho, está a merced de voluntades arbitrarias.» Y, efectivamente, hay dos principios de los que hoy día se echa mano sucesivamente y al mismo tiempo, pasando de uno a otro de manera que se pone al individuo una trampa fatal. «El inte-

Escaneado con CamScanner

rés de cada uno prima sobre el de todos», se proclama, y al mismo tiempo se afirma: «Todo el mundo es libre, el más pobre es rey en su casa». Si se considera que un ciudadano es «rojo» se le aparta de las tareas gubernamentales en nombre del interés general; pero, por otra parte, las administraciones privadas se negarán a darle trabajo: «Están en su derecho, cada individuo es libre». Y también el ciudadano se encuentra con que es libre para ser rojo y morirse de hambre. Apelando al primer principio se restringe el derecho de huelga, se destruyen los sindicatos obreros; apelando al segundo, se autorizan respecto a las minorías raciales o partidos políticos todo tipo de medidas vejatorias ejercidas desde el ámbito privado. Y la triste verdad es que el «interés general» termina siendo el de una categoría «privada» de ciudadanos, los que se aprovechan del sistema y quieren seguir aprovechándose de él. Y los demás sólo son libres en la medida en que se someten, lo que constituye la más abstracta de las libertades. Me cuentan un incidente donde se pone de manifiesto la mistificación. Un capitán israelita quiere nadar en una piscina de Baltimore; es un judío reconocido, así que le prohíben la entrada. Escribe indignado a un periódico; su carta suscita una oleada de cartas de indignación; también se publican. Pero uno de los que escriben objeta: todo el mundo parece olvidar que el propietario de la piscina está en su derecho de dejar entrar a los clientes que quiera aceptar. El periódico concluye: en esta historia queda manifiesta la libertad de que goza el ciudadano americano. El capitán israelita ha solicitado libremente acceso a la piscina, libremente se lo han denegado; libremente ha escrito al periódico que ha publicado su carta, las de sus partidarios y también la que expresaba una opinión diferente. Así que todo el mundo ha ejercido su libertad.

Sería un tanto sencillo sacar la conclusión, como a veces se hace, de que el ideal democrático ya sólo es en América una mentira hipócrita cínicamente explotada. Pero no sería del todo justo. Este ideal, tal y como se formula en la Declaración de Independencia, tal y como se formula cada día en discur-

Escaneado con CamScanner

sos y documentos oficiales, es algo más que huera palabrería. El respeto a la persona, y a los principios que le garantizan sus derechos, está profundamente arraigado en el corazón de los ciudadanos americanos. Entre ellos reina un clima democrático y precisamente esto hace que este país sea tan seductor a primera vista. No se superpone una jerarquía de clases a las desigualdades económicas; el estándar medio de vida es bastante alto para que la existencia de privilegios crematísticos no cree complejo de inferioridad; el americano rico no es altanero, ni el pobre servil; en la vida cotidiana, las relaciones humanas se establecen en pie de igualdad; el orgullo común que todo individuo obtiene de su calidad de «ciudadano americano» crea un terreno de fácil entendimiento: todo individuo puede disimular la mediocridad de su suerte, pensando que participa activamente en la vida de una gran nación; y todo individuo reconoce en el prójimo a su igual y anhela que la dignidad humana y de ciudadano americano se reafirme en ese igual como en sí mismo: de ahí la generosidad, la buena voluntad, el clima amistoso que constituye la característica más entrañable de América. No es menos cierto que una vez que uno se integra en esta sociedad sólo encuentra un mínimo de coacción; por ejemplo, no me han pedido ni una sola vez mis papeles; y el hecho mismo de que el atrevimiento del conductor de autobús sea posible, de que se encuentren miles de ejemplos así, después de todo no es una cuestión despreciable. Sería falso afirmar que este gusto por la independencia, este sentido de la dignidad humana, de los que tan numerosos y sorprendentes ejemplos se encuentran por doquier, carecen de autenticidad: lo cierto es que cada día existe un desfase más profundo entre ideal y realidad. El idealismo de Jefferson ya no se adapta a la vida actual porque entre su formulación y su actualización existe un hiato tal que uno se siente tentado de llamarlo «pura hipocresía»; ese hiato no procede de un desprecio solapado por los grandes principios que se sacrificarían sin pudor a intereses más positivos, sino de que, bajo su forma caduca, ya no se ponen en práctica en el mundo moderno: las exigencias de la

Escaneado con CamScanner

situación actual han vaciado de sentido la igualdad y libertad que hacían posible.

Los americanos jamás han reivindicado una igualdad económica *actual*; admiten que existen diferentes niveles de vida, ya que cada ciudadano tiene la *posibilidad* de ascender por su propio esfuerzo en la escala social. Y es justo ahí donde empieza la mistificación. En la época de los pioneros, cuando la tierra no tenía fronteras y sus recursos estaban sin explotar, la economía era realmente anárquica, los hombres no se imponían unos a otros límites por el solo hecho de existir; la competencia era libre de verdad y las palabras libertad e igualdad no entraban en conflicto; un individuo tenía posibilidades si una acción positiva no le privaba de ellas. Actualmente, el nuevo mundo está tan anquilosado como el viejo; la sociedad ha perdido su movilidad, los capitales están en determinadas manos y las tareas de los trabajadores escrupulosamente diseñadas; las *oportunidades* también están anquilosadas; el individuo no tiene como punto de partida un horizonte abierto; el lugar que ocupa en el engranaje define su vida por completo. Por supuesto, algunos logros accidentales permiten enarbolar en el horizonte el bastión de ese mito tan querido del *self-made man*, pero resulta tan falaz como asimilar un billete de lotería a un bono del Tesoro: todo billete tiene posibilidades de resultar ganador, pero sólo hay un ínfimo porcentaje de billetes ganadores; en este caso, se explota la ambigüedad de la palabra «suerte», cuyo sentido estadístico preciso es muy diferente de la vaga significación individual que alimentan promesas inciertas y deslumbrantes. En un tiempo en el que la economía ya no es individualista, resulta engañoso considerar a cada individuo como caso singular: sólo existe la singularidad del número; sin saberlo, está sometido al rigor de la media; es parecido a esa piedra de la que habla Spinoza que se cree que va rodando por decisión propia cuando en realidad obedece al principio de inercia. Cosa que hace que su pretendida «participación» en la vida del país se convierta también en señuelo; la verdad es que cada uno de los ciudadanos de Estados Unidos no tiene las mismas bazas para

Escaneado con CamScanner

intervenir en el destino de la nación; hay una clase dirigente que cree servir a este ente: «América», el americano medio sirve a intereses particulares y concretos que no son los suyos. Es decir, no más que la igualdad, la libertad no tiene plasmación concreta: desde luego, uno puede pensar siempre que es libre si no traspasa los límites que le asignan y toda la habilidad del sistema consiste en saber mantener a los ciudadanos dentro de ellos sin que se note la coacción; ahora bien, quien quiera trascender dichos límites se dará de bruces contra las paredes; el ciudadano de clase media no tiene ningún ascendente sobre la vida económica del país y sólo influye en muy pequeña medida en su destino político; la abundancia de ropa, libros, películas y periódicos le proporciona la ilusión de que elige; pero de hecho es pasivo. Hay muchas razones para que se resigne a esa pasividad. Entre otras, hay que contar con ese conservadurismo de los americanos del que un día me hablaban los estudiantes de Oberlin y que está tan arraigado a pesar de sus rápidos progresos en los terrenos material y técnico. El credo americano se configura como la expresión de una ley suprema, natural y divina a la vez, que parece inscrita en la eternidad y de la que no se sospecha que su manifestación terrena pueda ser modificada. De ahí que se pueda considerar simultáneamente que los americanos son el pueblo más idealista del mundo y el más positivista. Tienen tal respeto por su ideal que lo han relegado a un cielo intangible, y por la misma operación, su realismo escapa a la influencia de la moral, como se constata por la facilidad con que estos humanistas sinceros hacen suya la idea de una guerra en cuanto la oportunidad de ello parece viable. El más tenaz de los idealistas es también el más desarmado en cuanto se le explica que «es crucial tener en cuenta la realidad»; no sabría negarse; y como la realidad no es de su incumbencia se apresura a aceptar todas las decisiones de los especialistas. Sería necesario que el moralismo americano, en lugar de estancarse en la observación de una ley caduca que por consiguiente se queda en palabras, se inventara un sentido nuevo y vivo: algunos hombres se han entregado a este

Escaneado con CamScanner

empeño. Pero son más numerosos y más poderosos los que se oponen a él, porque el divorcio existente entre un cielo demasiado lejano y la tierra presente les permite explotar esta última en beneficio propio.

Esta noche asisto a un gran party en casa de Piscator. Están Le Corbusier, Kurt Weil, Connolly —el autor de *Verdes pastos*— y me señalan a tantos críticos importantes, músicos, escritores y actores que ando de cabeza. Pero salgo de mi estupor con la llegada de la más ilustre de las estrellas: Charles Chaplin. En cuanto hace su entrada, huelga decir que ya nadie conversa con nadie. Se forma un círculo a su alrededor y habla de un tirón durante tres horas. N., que le ha visto muchas veces en Hollywood, me lo había descrito en términos tan exactos que al verlo con mis propios ojos no aprendo nada nuevo. Tiene el pelo todo blanco y en su cara envejecida sólo los ojos y la sonrisa siguen siendo jóvenes. Defiende su película largo rato, con sus largas y habituales diatribas contra la sociedad en general y América en particular: es cierto que está siendo perseguido de forma bastante infernal. Pero estos tópicos no me divierten demasiado. A veces, Chaplin abandona su tono profético, expresa con mímica lo que cuenta, vuelve a ser Charlot; asegura que el público americano le pide que sea trágico pero con alegría y que ponga amabilidad y animación en los peores dramas: no sólo lo dice, lo interpreta; interpreta el horror que se trastoca en risa, exaspera la *grin* de las pin-up hasta que se convierten en las lágrimas del melodrama; con su rostro, y con todo su cuerpo, se entrega a una extraordinaria y fascinante acrobacia; pero ese número de gran calidad no dura mucho tiempo. Habla otra vez. Le escuchamos de pie; en la mayoría de los parties se permanece de pie, cosa que encuentro de lo más agotador. A los espectadores se les ha quedado en los labios una sonrisa inteligente, opinan maravillados; a veces uno de ellos, pasmado ante su propia audacia, finge formular una sutil objeción: cosa que sólo sirve como nuevo trampolín para que Chaplin vuele más alto. Sólo hay dos mujeres que se mantienen apartadas del círculo, sentadas melancólicamente en un rincón: la mujer de Chaplin

Escaneado con CamScanner

que, como siempre, está embarazada y una amiga que la acompaña. Es muy morena y está preciosa con su vestido violeta y grandes anillos dorados en las orejas. Hija de O'Neill el dramaturgo, su juventud fue de las más brillantes; en la actualidad parece abrumada por el peso de la gloria conyugal. Al parecer, hasta en ausencia del marido conserva esa actitud anulada y sumisa de las esposas árabes. No tenía por qué esperar nada de él y seguramente se casó por amor, pero no debe de ser nada fácil ser la mujer de Chaplin. Él sigue hablando, es infatigable y a su alrededor la gente sigue sonriendo. Pensar que tiene que entregarse dos veces por semana a un alarde parecido, es terrorífico. Cuando por fin está embriagado de sus propias palabras, se va. Le veo irse con un poco de lástima: hay tanto encanto en su sonrisa, en sus gestos; pero sólo he asistido a una representación mediocre: no he visto a Charlie Chaplin.

24 de abril

Por sesenta y siete votos a favor y veintitrés en contra, el Senado acaba de votar la ayuda a Grecia.

Mi gira por las universidades llega a su fin. El martes hablé en Yale, ayer aterricé en Princeton en una bonita mañana primaveral. Es una primavera más sobria que los excesos tormentosos del sur, pero más exuberante que un abril francés. En Francia la nueva desnudez de las flores resplandece mezclada con la hierba de las praderas, con los setos, con los arbustos; aquí las flores se exhiben con provocativo esplendor en los árboles sin hojas; racimos de uvas violetas engalanan el esqueleto de los árboles de Judea, las ramas de los magnolios se comban por el peso de flores carnosas, regordetas como frutas; los árboles rosas y blancos del Japón y los *dog-woods* lanzan destellos, nada de verdor; los colores rozagantes se destacan vivamente sobre el azul del cielo. Me han llevado a pasear por el campo de suaves y amplios horizontes y por una pequeña ciudad que ha conservado una plaza y algunas calles del estilo colonial más genuino. Almorzamos en un hotel que es un viejo hostal inglés de suaves colores gavanza; por la ven-

Escaneado con CamScanner

tana se ven los edificios de la universidad que se yerguen en medio de grandes campos: las flores, el césped, las terrazas, dominan una vasta llanura que confiere a esta estancia de estudio un lujo de residencia real. La pompa medieval del refectorio y los salones es digna de un príncipe refinado; entre muebles solemnes, cuadros, tapices, armarios, resulta extraño ver a los jóvenes con camisas de cuadros que fuman con los pies encima de la mesa. Este desaliño estudiado tan americano jamás me desagrada. Pero entonces, ¿a qué vienen todos estos esplendores pasados de moda? La verdad es que sé la respuesta. Sin renunciar como los ingleses al gusto de dejarse llevar, muchos de estos estudiantes son, sin embargo, deliberadamente esnobs; les encanta tener a su alrededor una imagen que les recuerde que son especiales. El régimen de los clubes, que con indignación tan considerada denunciaban las college-girls de Smith, aquí hace estragos más que en ninguna otra universidad porque es una de las más ricas. Es la única que en el norte se mantiene fiel a las tradiciones del sur y que se niega categóricamente a admitir estudiantes de color. Muchas de las viejas casas coloniales que engalanan las calles de Princeton son clubes: los estudiantes comen y duermen en ellas, deciden personalmente con quiénes se agrupan, basando su elección en razones de fortuna y de familia, de prestigio social: las cualidades intelectuales no cuentan para nada. Cuando Wilson fue presidente de la Universidad de Princeton, en 1902, trató de imponer a los estudiantes que vivieran en dormitorios comunes; los profesores liberales le apoyaron, pero todos los «patronos» ricos se enfrentaron a él y la democracia universitaria fue derrotada por la vieja tradición de los clubes. Para defender estas instituciones que sólo tienden a crear una nueva aristocracia en el corazón de una comunidad que es ya de las más aristocráticas del mundo, me cuentan que algunos trataron de fundar un «club de los sin club» que fue un fracaso: pero que los parias de esta sociedad a escala reducida no hayan encontrado en su sentimiento de inferioridad un terreno de entendimiento no me parece un argumento concluyente.

Escaneado con CamScanner

He dormido en una casa, llena de encanto como todas las de Princeton, de un profesor que me ha dispensado, igual que su mujer, la más calurosa de las acogidas. Una vez más, mientras tomaba el té con ellos por la mañana en el flamante comedorcito, admiraba la cordialidad americana, tan cálida y tan sencilla: ¡qué estirados nos habríamos puesto en Francia! Aquí éramos amigos desde el principio, y yo sabía bien que, tras aquellas bromas y aquellas risas, no había segunda intención ni malevolencia alguna. Algunos profesores de universidad me parecieron más fosilizados que nuestros fósiles franceses. Pero otros conservan a los cincuenta o sesenta años una lozanía casi infantil: ni sombra de pedantería ni autosuficiencia.

En dos horas de tren estoy en Filadelfia. El clima es muy diferente del de Princeton. La universidad está situada en el centro de una gran ciudad, es muy austera, casi pobre: se debe a que es una universidad estatal; estudiar en ella cuesta mucho menos caro y los profesores están mucho peor pagados que en las grandes fundaciones privadas.

La jornada está consagrada a peregrinajes históricos. Visito la sala de la Independencia donde se apelotonan manadas de escolares y abnegados turistas en «conferencias guiadas». A pesar de la multitud, el lugar sigue siendo conmovedor. Se han conservado la mesa, las viejas sillas, el tintero y el portaplumas exactamente tal y como estaban el día en el que nacieron los Estados Unidos de América. Veo la gran campana que tocó a rebato cuando la Declaración de Independencia fue firmada, la campana de la libertad: hoy día está cascada.

Por parques, colinas y verdes valles, por callejuelas sinuosas y agrestes, me conducen al célebre paraje de Valley Forge. Aquí, tras haber perdido Filadelfia, Washington acampó durante un largo invierno con un puñado de hombres que el frío y el hambre le iban arrebatando día tras día, temiendo un ataque que hubiera anulado fácilmente sus fuerzas: no se sabe cuál fue el milagro que hizo que el general inglés dejara pasar su oportunidad y se quedara detenido en Filadelfia

Escaneado con CamScanner

como Aníbal en Capua. Hay cañones con su provisión de balas diseminados por la pradera en las inmediaciones de un majestuoso arco de triunfo. Desde una torreta erigida a propósito que se asoma sobre las copas de los árboles, se descubre una inmensa llanura con sus granjas, sus ríos, sus carreteras, esas carreteras por las que Washington esperaba ver afluir de un momento otro los regimientos enemigos. La casa donde vivió durante esa larga espera trágica se ha conservado primorosamente: cada taburete, cada cacerola están en su sitio. Me pregunto si a mis compañeros no les perturba el recuerdo del héroe que entregó América a los americanos cuando piensan en los griegos de Grecia que van a «ayudar» con sus dólares.

Volvemos a la ciudad atravesando barrios residenciales que son tan bonitos como los de todas las ciudades americanas gracias al verdor, a los árboles, al césped, a los vastos espacios floridos. En los arbustos de forshytias danzan gotas de sol. Antes de regresar a la universidad, llamamos a la puerta de la Fundación Barnes. El doctor Barnes es un antiguo farmacéutico que, tras enriquecerse prodigiosamente, adquirió en diez años una colección de cuadros modernos que dicen que es extraordinaria. En Nueva York me aconsejaron que le escribiera para pedirle autorización para ir a verla. Pero es un misántropo y detesta especialmente a todos aquellos que tienen cargos oficiales en los terrenos intelectuales: profesores, directores de museo, etcétera; se consideraban peligrosas todas las recomendaciones en las que yo podría haberme apoyado: así que sólo he apelado a mi deseo de conocer una colección tan rica y tan célebre. No ha respondido. Negar el acceso a sus galerías es una de las cosas que más placer le producen. A veces, somete al postulante a una prueba. Un joven escultor solicitó que le admitiera en el santuario: no obtuvo respuesta. Pero cuando preparaba en Nueva York una exposición de sus obras, recibió una nota en la que le citaba el mismo día de su inauguración: tenía que elegir. Y eligió ver los Van Gogh, los Renoir, los Cézanne, los cuadros del aduanero Rousseau, y burló al doctor Barnes, porque en realidad había retrasado la

Escaneado con CamScanner

exposición algunos días. La fundación es un gran edificio austero al fondo de un parque; las ventanas y las paredes tienen el cerrojo echado; llamamos. Después de un largo rato, un guarda entreabre la puerta; antes de que hayamos articulado tres palabras seguidas, nos entrega un pedazo de cartón en la mano y nos da con la puerta en las narices. En el cartón, un texto impreso explica que el museo sólo está abierto para los «estudiantes» que siguen cursos y conferencias dirigidos por el doctor Barnes. Ya sólo nos queda dar marcha atrás y bajar hacia la universidad.

25 de abril

Un tren nocturno me conduce a Boston, donde la señorita C. me estaba aguardando. Pasamos un momento de incertidumbre porque una señora encopetada, muy orgullosa de vivir en una de las viejas casonas de Beacon Hill, está a punto de venirse con nosotras; termina por dejarnos marchar solas pero llama por teléfono a un *country-club* aristocrático para que almorcemos en él. Hay mucho esnobismo en este rincón de América.

Hoy subimos hacia el norte. Estoy contenta de poder pasar un día más en este campo templado, por estos viejos pueblos que la literatura y las películas americanas casi ni me habían hecho sospechar que existían: son otros aspectos completamente diferentes del país, más llamativos, los que se exportan. Algunas barriadas, Marblehead por ejemplo, parece que han permanecido intactas desde el siglo XVIII: sólo que un poco venidas a menos. Marblehead era una próspera población de armadores; poseía importantes astilleros donde se construían barcos: los astilleros están muertos, la prosperidad se ha desvanecido; pero todas las viejas casonas se tienen en pie con sus ventanitas de marcos rojo o violeta; escalonadas sobre un montículo, a la orilla del mar, dibujan las calles hasta el punto de que el pueblo adquiere un aire casi europeo. Más lejos, en una ciudad un poco más grande en cuyos límites han crecido barrios modernos, vamos a visitar la casa que Hawthorne describe en su novela *La casa de los siete tejados*;

Escaneado con CamScanner

la intriga se desarrolla en una de estas casas que pertenecía a una de sus primas; hoy día es un monumento histórico. Se yergue al borde del agua, en un extremo de una calle envejecida y tranquila, y su complicada edificación en madera se enorgullece en efecto de siete tejados a dos aguas. Entramos. En Francia, en este tipo de excursiones, se visitan esencialmente iglesias, claustros, abadías, alguna que otra fortaleza; nuestros monumentos nos han sido legados por el clero y la nobleza en vez de por el tercer estado; aquí son viejas moradas burguesas, tiendas, las que se ofrecen al viajero. Nos enseñan los salones, las habitaciones, el viejo granero: todos estos muebles, estos biombos y estos jarrones de porcelana a la señorita C. le parecen antiguas piezas de museo; pero, como en Concord o Charleston, observo que es exactamente el mobiliario en medio del que se vivía en la casa de mi abuelo. Como en muchas mansiones de Nueva Inglaterra, hay una escalera oculta que conduce a una habitación secreta: se escondían en ella de las batidas de los bandidos que a veces saqueaban la zona; también se ocultaba en ellas a los esclavos fugados, cuando, poco antes de la guerra de Secesión, los antiesclavistas del norte animaban a los negros a huir de sus amos y les ofrecían cobijo. No obstante, estos puritanos no siempre fueron humanistas henchidos de dulzura. En muchas de estas tranquilas barriadas, se levantaron hogueras en pleno siglo XVIII donde se quemaban brujas. No me cuesta imaginar cómo en estas piadosas colonias de casas sobrias, de lujo honesto, se experimentaba de tarde en tarde la necesidad de una distracción violenta. Una sociedad prendada del orden y de la autoridad y que había puesto a Dios a su servicio debía defenderse de forma adusta de los peligros del individualismo místico; la desconfianza, la estupidez, la envidia, el tedio hacían el resto. Esta que voy a contar me parece una de las historias más sorprendentes: dos niños aquejados de convulsiones acusaron a una mujer de ojos negros de haberles hecho un conjuro; de pronto, la comunidad fue presa del pánico y se abrió un proceso en que se citaron a numerosas acusadas. Los niños, que podían tener entre ocho y diez años, se crecían en medio del

Escaneado con CamScanner

tribunal; todos observaban con atención su rostro cuando entraba cada una de las acusadas: si sonreían significaba presunción de inocencia; si caían al suelo en medio de convulsiones, la mujer era de inmediato acusada de comercio con el diablo. Pero había un medio seguro de escapar a las llamas: reconociendo su crimen; esta sinceridad parecía sospechosa; Satán prohibía que sus auténticas esposas se autoinculparan; las que le traicionaban no estaban bajo su yugo, y estas mitómanas eran enviadas a sus hogares. Aquellas que, por escrúpulo, por orgullo, por estupidez, se empecinaban en negar sus vínculos con el diablo, eran quemadas.

Es mediodía cuando llegamos a Rockport. El mar está gris bajo un cielo lluvioso. Iglesias de madera, tabernas color sangre de buey, viejas casas. A pesar de sus semejanzas, estos pueblos no son nunca los mismos; tienen tanta individualidad como los de Francia o Italia. Éste se distingue por sus amplias vistas sobre el océano encrespado, por las peñas que erizan la costa y, sobre todo, por su puertecito donde pasan sus vacaciones estivales numerosos artistas. Colgando en las paredes de los cobertizos, redes de pesca color teja y boyas de un rojo y un azul chillones; incluso las casetas están pintadas en tonos vivos; muchas son estudios de pintores; hay un pequeño teatro donde se representan espectáculos de vanguardia durante la temporada. Es un Saint-Tropez con menos colorido: un Saint-Tropez de Nueva Inglaterra. A la señorita C. le gusta pasar aquí sus vacaciones; entonces hay una animación por las calles que le encanta. Por el momento, las calles están todavía vacías; obreros reparando una calzada; tiendas de curiosidades, galerías de arte, comercios de tejidos y bordados en proceso de renovación y de acondicionamiento de escaparates; todavía tardarán un mes en llegar los primeros clientes. Desdeñando el club elegante que nos habían indicado, la señorita C. me lleva a un pequeño restaurante frente al mar: más que con la chowdersoup, está encantada con su libertad. Dejando la costa, volvemos a Boston por campiñas amables, luego por lúgubres arrabales. Llueve a cántaros. Digo adiós a la señorita C. y me pongo a trabajar en mi habitación.

Escaneado con CamScanner

26 de abril

Tras una jornada ocupada con una conferencia y charlas diversas, salgo esta tarde con estudiantes de Harvard. Es costumbre que el sábado por la noche se repartan por la ciudad y las tabernas. La austera Boston está muy animada esta noche: en una gran plaza a la que dan muchos bares y dancings hay una algarabía de juventud ruidosa. De un café en la esquina de la calle, salen marineros tambaleándose; ahí tenemos a uno que el patrón de un establecimiento ha estampado contra la acera: se percibe que Boston es un puerto. Nos sentamos en una gran sala llena de humo donde un público popular baila al son de una orquesta mediocre. Y bebiendo cerveza, charlamos hasta bien entrada la noche. Pienso que es mi última conversación con estudiantes y voy a tratar de reunir mis impresiones sobre la vida universitaria en América.

Hay dos tipos de universidades en Estados Unidos. Unas, que están financiadas por el estado —como la de Filadelfia o la Universidad de Nueva York, cerca de Washington Square— y que sólo tienen un modesto presupuesto; los edificios son pobres, los profesores están mal pagados; estudiar en ellas no cuesta caro y son frecuentadas por jóvenes sin fortuna que tienen necesidad o verdaderas ganas de instruirse; a menudo, desempeñan algún oficio que les permite vivir; desgraciadamente, debido a que las remuneraciones son bajas, los profesores más distinguidos desean enseñar en las grandes universidades privadas; comanditadas por ricos patronos, enriquecidas por donaciones y herencias, estas últimas poseen edificios y campus magníficos; su personal está bien remunerado y poseen un prestigio incomparable con el de las instituciones públicas. El precio de los estudios es desorbitado, lo que contribuye a su brillo. Desde luego, es en Yale, Princeton, Harvard, Columbia donde ejercen los sabios y eruditos más reputados. Si bien se produce esta paradoja: a los estudiantes que, debido a su condición social, tienen voluntad de trabajar sólo se les dispensa una enseñanza mediocre; la cultura más sólida y más brillante se ofrece a los que menos preocupados están por los valores intelectuales.

Escaneado con CamScanner

Me sorprendió una frase de un estudiante de Harvard; como me sorprendía el desprecio que muchos de sus compañeros parecían demostrar por estos valores, me dijo: «En Europa los estudiantes son intelectuales: no en nuestro país». Halagaba a los estudiantes europeos; en Francia también se encuentran en las facultades de derecho y de medicina, en la Sorbona, muchos jóvenes que no son intelectuales en absoluto. Pero el hecho es que esta observación es especialmente cierta para las grandes universidades americanas: las frecuentan todos los hijos de familia que se precian de tener una educación distinguida y para la mayoría de ellos sólo es una forma elegante y placentera de pasar su juventud. Se agrupan en clubes, forman comités, se ocupan de la vida de los clubes y de los comités y de la organización interna de la universidad, cosa que les proporciona sensación de independencia y de actividad; los deportes les interesan algo y se entregan a borracheras colosales: todos los centros universitarios están bajo la ley seca, pero esa medida no representa ninguna traba. De vez en cuando siguen algunos cursos. Pero está mal visto tomarse los estudios demasiado en serio. No sólo las distinciones por inteligencia y cultura no cuentan en absoluto en los clubes y fraternidades, sino que incluso hay que evitar logros universitarios demasiado llamativos. Las college-girls de Wellesley me habían hablado de ese esnobismo que también hace estragos en ellas: adopta un tono casi caricaturesco en Yale o en Harvard. A los jóvenes les gusta ser *gentlemen*, no intelectuales, y las dos cosas les parecen incompatibles; dedicarse a fondo a los estudios es cosa de algunos becarios que admiten entre ellos. En los exámenes de fin de curso, hay cinco notas, A, B, C, D, E, que corresponden más o menos a nuestras notas: 20, 15, 10, 5, 0. La que el estudiante gentleman trata de obtener es la C llamada por esta razón «gentleman's C». Efectivamente, E o D serían un fracaso porque esas notas demasiado bajas demostrarían que uno no es capaz de alcanzar el fin que se ha propuesto; pero B o A serían señal de una pedantería de mal gusto. El profesor T. con quien hablé largo rato me dijo que con frecuencia hay alumnos que vienen a verle y le pre-

Escaneado con CamScanner

guntan: ¿qué tengo que leer exactamente, a qué conferencias debo ir, qué ejercicios debo realizar para ser calificado con la «gentleman's C»? Y A. E., que fue becario en Yale, me contó que, para ganar un poco de dinero, los becarios se encargaban de escribir las tesis de los estudiantes ricos; también les eximían, durante los dos últimos meses del año académico, de las conferencias que brindaban los conocimientos necesarios para el examen completamente mascados: había tarifas diferentes según los compradores desearan una A, una B o una C; y esta última era la que más cara se pagaba. A. E. añadía que era difícil afinar lo justo y no hacer un examen *demasiado* bueno.

Por supuesto, hay a pesar de todo una minoría que trabaja en serio: sobre todo traté con alumnos de los departamentos de francés y el hecho es que hablaban un buen francés. No permanecí en ninguna parte el tiempo suficiente para darme cuenta ni del valor de la cultura propuesta por los profesores, ni del nivel alcanzado por los estudiantes. Lo que me dijeron, y pude comprobar, es que la enseñanza está altamente especializada. Se forjan lingüistas, químicos, matemáticos, sociólogos, pero no se forman espíritus. Especializarse en literatura parece sospechoso: a los «literarios» se les considera estetas extraños; ellos mismos obtienen cierta gloria de esa originalidad; y se encastillan en ella; no hay nada que les desconcierte más que la idea de una literatura «comprometida», les repugna: el campo del arte, de la poesía, del verbo, está desgajado a sus ojos del resto del mundo; vuelvo a encontrarme aquí con esa tendencia que me ha sorprendido no ya en los escritores sino en los intelectuales americanos, una tendencia que tiene raíces más profundas que el mero gusto por la especialización, volveré a ello. La filosofía no es en absoluto aquí, como en Alemania o en Francia, la disciplina más general; está dividida en ramas absolutamente heterogéneas: psicología, sociología, lógica, a las que se da el mismo tratamiento que a las ciencias exactas, que están tan cerradas sobre sí mismas como la física o la química. En cuanto a la metafísica, casi no existe: la filosofía de Dewey, la más ampliamente reconocida, no

Escaneado con CamScanner

es una metafísica, ni una ontología, e incluso evita plantearse este tipo de cuestiones. En Yale existe un serio interés por la fenomenología y por las diferentes formas de existencialismo: pero es un caso casi único. El profesor T. —que es un israelita europeo, filósofo y físico— me dice que obtuvo un estrepitoso fracaso cuando quiso iniciar a los estudiantes en métodos fenomenológicos, e igualmente cuando quiso explicarles el enfoque del pensamiento cartesiano; la especulación les parece inútil, ociosa, y no hay nada que les interese tan poco como la historia de las ideas; sólo los resultados positivos cuentan. Incluso en las ciencias desconfían de las demostraciones: les bastan con las fórmulas finales. T. me contó que un día que tenía que exponer una teoría física difícil, primero enunció la ley, luego se dispuso a fundamentarla; pero le interrumpieron educadamente: «No se esfuerce. Creemos en su palabra». De todo ello resulta —al menos en el terreno literario— un divorcio muy claro entre el mundo universitario y el mundo intelectual vivo. Contrariamente a lo que se produce en Francia, donde nos quejamos de que demasiados escritores sean o hayan sido profesores, aquí casi nunca sucede que un profesor sea al mismo tiempo escritor; la mayoría de los novelistas no ha pasado por las universidades. De la cultura a la vida en general, casi no hay contacto alguno: que el literato, el filósofo tenga por su condición responsabilidades políticas y humanas es una idea que sorprende, que no gusta. En su conjunto, todos estos jóvenes no hacen otra cosa que confirmar la impresión que me produjeron en Oberlin; no se atreven a querer nada y tranquilizan su conciencia asumiendo que la política es una cuestión de especialistas.

«¿De qué lado se pondrá Francia cuando estalle la guerra entre América y Rusia?» Es una pregunta que he oído con frecuencia. Denota un fatalismo que me parece aterrador. La opinión pública tiene una enorme repercusión en América y aquí, más que en cualquier otra parte, la idea de Alain es cierta: esa resignación a la guerra es el primer factor que la hará posible. Muchos añaden: desde luego, la guerra es una cosa detestable, pero si nosotros no la hacemos hoy, ¿quién nos

Escaneado con CamScanner

garantiza que Rusia no la hará cuando sea más fuerte? La propaganda de la guerra preventiva gana adeptos en los estudiantes tan fácilmente como en las camareras de drugstore. Sólo he visto a un veterano declarar con indignación que a ningún precio, en ningún caso estaba él de acuerdo con la guerra: desde luego era un «rojo». Incluso los que experimentan más repugnancia por una eventualidad tan trágica la consideran inevitable: esa guerra sería absurda, injusta, criminal, pero estallará. Si se les pregunta: pero ¿por qué no tratáis de intervenir en la situación si pensáis así?, siempre se obtiene la misma respuesta: no podemos hacer nada. Esta noche, en Boston, P. y D. se indignaron con la intervención en Grecia, con las leyes antiobreras, pero ni siquiera piensan en buscar una manera de que sus protestas sean escuchadas: «Mire usted —me dice P., mi camarada—, D. tiene que entrar en los negocios de su padre; y yo también haré carrera en los del mío. Ya sabe usted que en estos momentos existe el "terror rojo"; si hacemos ostentación de tener opiniones de izquierdas, dirán que somos rojos: y eso comprometerá nuestro futuro». Esta confesión impresiona por su ingenua sinceridad; un hijo de familia francés habría puesto más malicia en ello; pero es más terrorífica en la medida en que P. y D. tienen precisamente buena fe y buena voluntad. Están atrapados en un engranaje social y para salir de él necesitarían auténtico heroísmo. Y precisamente no serán sus profesores quienes les recomienden valor: ejercen poca influencia y se quejan además de que no se les tiene en cuenta. Un profesor universitario aquí es un personaje de mucha menos relevancia que en Francia, pero precisamente tal vez sea así porque no intentan asumir el papel de guía espiritual; en este sentido, existe un círculo vicioso: no toman parte en absoluto en la administración de los centros donde enseñan y saben que una palabra imprudente bastaría para que les echaran; sólo pueden servir al régimen con docilidad ejemplar.

La inercia que he observado tanto en Oberlin como en California y en el este no se explica por simples razones de pereza y timidez. Y eso es precisamente lo que primero descon-

Escaneado con CamScanner

cierta: individualmente, estos jóvenes a menudo parecen estar dotados de las más sólidas cualidades. No es ninguna tara interna, es la situación lo que les paraliza. Todos tienen la impresión de que América es una maquinaria demasiado inabarcable con engranajes demasiado complicados. Un americano me decía: «Este país se parece a una ballena gigantesca; tiene un cerebro muy pequeñito: el este; y un cuerpo que nunca se acaba». El cerebrito no se siente capaz de mandar en una masa de carne tan apabullante. Por muchas razones, arraigada en este mundo tan nuevo y tan viejo hay una tradición de derrotismo intelectual. Myrdal la ha descrito y analizado de manera penetrante en su gran obra: *American Dilemma*. Escribe: «La tendencia política del *laissez-faire* es fuerte en la ciencia social actual. Se ha desarrollado de manera muy típica en una teoría general. Los sociólogos no hacen otra cosa que reflejar la gran desconfianza que experimentan respecto a la política y a la legislación todas las clases cultivadas de América. El fatalismo aplicado a la *res publica* es una enfermedad corriente del espíritu democrático americano que se está convirtiendo en crónica». Según él, hay que buscar la fuente de este derrotismo en la concepción puritana e idealista que los americanos tienen de la ley: consideran que debe ser emanación de una ley natural superior. Esta concepción se explica históricamente por el origen revolucionario de Estados Unidos, que se enfrentaron al régimen completamente cerrado con que Inglaterra les sojuzgaba con reivindicaciones que brotaron libremente de su corazón y que además supieron hacer triunfar. En cierto sentido, refuerza el valor de la ley en general, ya que le confiere una dignidad superior a la de una institución oportuna y provisional; pero, por otro lado, autoriza a rebatir toda ley singular en nombre de una moralidad más elevada de la que cualquier conciencia puede participar. Nos encontramos aquí con el conflicto dramático descrito por Hegel cuando habla de la «ley del corazón»: el juicio particular recusa el orden universal esforzándose al tiempo él mismo por constituir una verdad universal; pero en este movimiento, queda arruinada la noción misma de uni-

Escaneado con CamScanner

versalidad. En nombre de la «ley del corazón» y apoyándose en el gran recuerdo de la guerra de la Independencia, en varias ocasiones determinados elementos de la reacción americana rechazaron someterse a las legislaciones concretas: entre otras, el fracaso de la reconstrucción tras la guerra civil, el fracaso de las leyes contra los *trusts* promulgadas bajo la presión de los granjeros del oeste y que no hicieron otra cosa que servir al capitalismo, y, por último, el fracaso de la prohibición. Todas estas derrotas dejaron en la nación americana auténticos traumas. De hecho, a menudo se debían a que las leyes habían sido votadas de forma demasiado teórica, sin que se considerara seriamente la posibilidad de su aplicación, y además porque fueron mal administradas. Pero de todo ello resulta un derrotismo general que se refleja en el eslogan: «State ways cannot change Folkways» «La ley no puede cambiar las costumbres.» «El americano —dice además Myrdal— considera, por lo general, la política y la administración de su país y de su comunidad con indulgencia y tolerancia, como algo de lo que no es responsable; no se considera a sí mismo como legislador de hecho y no trata de cooperar en la organización de una vida social conveniente. Incluso tiene inclinación a distanciarse de la política como si de algo despreciable se tratara, y a mantener fuera del terreno político aquellas cosas a las que confiere valor. Esto forma parte de lo que lord Bryce llamaba "el fatalismo de la multitud" en América. Este fatalismo, esta carencia de participación, crean un círculo vicioso: constituyen a la vez la causa y el efecto...» Y es desde luego la existencia de ese círculo vicioso lo que yo también siento durante estas conversaciones y lo que me parece tan desolador. Nadie puede hacer nada porque todos piensan que no pueden hacer nada; y la fatalidad triunfa en el momento en que se cree en ella.

Una vez comprendido el juego de ese círculo trágico, no te puedes indignar por la pasividad de estos jóvenes ni sorprenderte. Pero no por eso deja de parecer cada vez más nefasta, ya que va a propagarse y a multiplicarse hasta el infinito. Sin saberlo, sin quererlo, ellos mismos tejen las redes en las

Escaneado con CamScanner

que quedan atrapados, y el mundo con ellos. Individualmente, tampoco experimentan felicidad en esa resignación. Si las grandes borracheras a las que se entregan son ritos requeridos por la tradición, también manifiestan desasosiego interior y necesidad de huida. No obstante, tampoco tienen inquietudes claramente formuladas. Uno de ellos, particularmente inteligente y lúcido, me dijo en Yale: «Un colega mío y yo queremos ir a Francia para descubrir cuáles son nuestros problemas. Porque sentimos que los tenemos: pero ni siquiera los conocemos. ¿Cómo podríamos resolverlos? En Francia, con más distancia, espero que los veremos más claros». Este joven, que tenía opiniones de extrema izquierda y que había discutido con mucha vehemencia sobre las relaciones entre compromiso intelectual y compromiso político, para todos sus colegas era una especie de fenómeno. Uno de sus amigos añadió: «No, no conocemos la inquietud, pero en algunos comienza a surgir un *pequeño malestar*». Pequeño malestar que se detecta sobre todo en los jóvenes veteranos que han tenido la experiencia de Europa y de la guerra: es un fermento vivo y nuevo en el seno de las universidades. El gobierno les garantiza becas que les permiten estudiar gratuitamente; de ello se deriva que, por lo general, forman parte de un medio muy diferente del de los estudiantes que gracias a su fortuna tienen el privilegio de una educación superior; por otra parte, abordan la vida intelectual a partir de una experiencia viva y que les ha marcado profundamente. Son más proclives que el resto a hacerse preguntas y a tratar de pensar sus vidas. Algunos de estos estudiantes me dijeron: «Se necesitaría una crisis; entonces las cosas cambiarían», pero esa fórmula que se repite sin convicción en todos los americanos de buena voluntad forma parte de lo que llaman el «Lip-Service»; son frases imprecisas que nadie se cree. De forma más reflexiva y juiciosa otro estudiante objetaba: «Una crisis sólo empeoraría la situación sin despertar en las masas una conciencia política. Ya hemos tenido crisis y no ha salido nada de ellas. Si sobreviniera otra nos dedicaríamos a conjurarla, y una vez conjurada

Escaneado con CamScanner

en seguida la olvidaríamos: no estamos maduros para recibir lecciones».

A falta de participación en la vida social, estos jóvenes tampoco alimentan ambiciones individuales audaces: en primer lugar, porque una cosa acompaña a la otra. Para soñar con hacerse un sitio en el mundo, éste tiene que ser abierto, inestable, plástico. Los americanos todavía hablan mucho de aquellos pioneros que fueron sus ancestros y cuya vida era una creación constante del mundo; y perpetúan la leyenda según la cual el más humilde de los emigrantes mañana puede convertirse en presidente de Estados Unidos. Pero hoy día esa era está cerrada; el «impulso hacia arriba» que caracterizaba la vida americana, por el que durante generaciones y generaciones las clases bajas iban ascendiendo en la escala social, más o menos ha terminado; era correlativo a la existencia de fronteras abiertas y a una economía favorable a las pequeñas empresas. Hoy día la inmigración casi se ha detenido (en 1940 había un 8,7 por ciento de individuos nacidos en el extranjero frente al 12 por ciento de 1920); ya no hay tierras libres, la agricultura atraviesa un período de depresión, la industria está organizada de modo que hacen falta capitales enormes para emprender cualquier negocio; ya no hay oportunidad en América para el self-made man. En la actualidad, es un universo petrificado, rígido, donde ya sólo se puede ocupar en la jerarquía social establecida un sitio predeterminado. En Francia los obreros jóvenes se encuentran poco más o menos en la misma situación, no se les brinda ninguna posibilidad de elección; pero los estudiantes que son burgueses pueden preservar el sueño de hacer algo, de convertirse en alguien: están en un mundo abierto, agitado por remolinos, cuyo equilibrio se deshace sin parar, cuyo futuro no está dado y que ofrece posibilidades individuales. Aquí la ambición personal sería todavía posible en las clases bajas: el pequeño trompeta de Nueva Orleans a quien tan apasionadamente le preocupaba su destino era de extracción muy modesta; pero en las más altas esferas donde se reclutan los alumnos de las grandes universi-

Escaneado con CamScanner

dades, un individuo no tiene ninguna oportunidad que le permita concebir sus propios proyectos.

Desde luego, en cierto sentido dicha invención siempre es posible; en la situación más limitada, la libertad se puede conquistar; pero esa reconquista exige una revolución interior. Y estamos rozando la segunda razón de la inercia americana, la más profunda: la ambición, los proyectos, la preocupación por sí mismo suponen hurtarse a lo dado, una vuelta a las fuentes originales de la existencia tal y como uno la siente en su interior, un nuevo cuestionamiento análogo al que efectuó Descartes en el plano de las ideas. Pero es ese movimiento el que más repugna a las conciencias americanas. Pienso en aquel periodista que me decía: «Aquí no planteamos cuestiones, las resolvemos». Desgraciadamente, semejante desplante expresa una verdad importante. El gusto por el resultado desnudo, el desdén por el proceso que lo engendra, proceden de la misma toma de partido. Hay dos razones para ello; una es positiva: la circunstancia dada es maravillosamente rica, de una abundancia y de una perfección embriagadora. Heidegger dice que «el mundo surge en el horizonte de instrumentos estropeados», y aquí los instrumentos no se estropean; el mundo, en su presencia global e inquietante, no se desenmascara, ni el *sujeto* que es su correlativo; el individuo está demasiado ocupado en utilizar el teléfono, las neveras, los ascensores, está demasiado investido por los utensilios para ver más allá y más acá. La otra es negativa: la tradición puritana, el sentido del pecado prohíben volver a la desnudez primigenia; el americano tiene miedo de ese vacío vertiginoso que la más mínima pregunta agrandaría a su alrededor y en sí mismo. La adolescencia es precisamente el paso entre el mundo dado de la infancia a la existencia de hombre donde todo está por establecer y conquistar, paso que a menudo sólo se efectúa a través de una crisis difícil. Creo que la mayoría de los adolescentes de América no lo efectúan; eso es lo que confiere cierta verdad al eslogan por otro lado tan superficial: «Los americanos son niños grandes». Precisamente, su drama es que no *son* niños, que tienen responsabilidades de hombre,

Escaneado con CamScanner

una existencia de hombre, pero siguen aferrándose a un universo opaco, exactamente igual que el de la infancia. Por el contrario, los niños americanos son ya hombrecitos: en cierto sentido, la infancia constituye en este país una edad de oro, pero apenas es tampoco una infancia, es una vida adulta a pequeña escala. Y como el mundo infantil y el mundo adulto son homogéneos, la juventud no es una época privilegiada; más que en ninguna otra, el individuo no se pone en tela de juicio, no se forma, no se elige a sí mismo. Todo ello provoca muchas consecuencias sobre las que volveré. Ahora, sólo quería hablar de la juventud. Así se podría resumir la impresión que me ha dejado: mientras que en Europa todo adolescente recomienza desde cero el mundo —tanto si es con la rebelión o el orgullo o la avidez o el miedo, como si es con timidez o fogosidad—, en América simplemente ocupa el espacio que le han asignado en un mundo externo a él y que no le ha esperado para existir; consume su juventud sobre la marcha a falta de saber que el hombre es la medida de todas las cosas y no estas últimas las que le imponen *a priori* sus límites. Tal vez la razón por la que los americanos sigan siendo jóvenes hasta una edad tan avanzada sea que jamás lo han sido.

29 de abril

Después de tantas idas y venidas, al fin he conquistado lo que buscaba tan ardientemente hace ahora tres meses: estoy en Nueva York. Al menos, tengo esa impresión. He dejado la zona de Times Square: es un barrio en el que no viven los auténticos neoyorquinos, igual que los parisienses no viven en los Campos Elíseos; me he instalado en Greenwich, en el hotel Brevort, un viejo hotel francés, el único que ha instalado en la acera una tímida terraza. Casi todos mis amigos viven en las calles cercanas: de un salto estoy en casa de los Wright; a menudo subo por la mañana a casa de R. C. para discutir la traducción de los artículos que escribo; y me encuentro con gente en la esquina con la Quinta avenida, exactamente igual que en la plaza de Saint-Germain-des-Prés. «Ayer la vi pasar bajo mi ventana», me dice P. B. al cruzarse conmigo; y mien-

Escaneado con CamScanner

tras miro un escaparate de una tienda de antigüedades, una estudiante de Vassar sale de una librería para desearme buenos días. Es una auténtica vida de barrio. Me encanta pasear por el Village. Aquí las mujeres llevan zapato bajo, pantalones de franela, los hombres chaquetas de terciopelo: tal vez haya alguna afectación bohemia en esos trajes, pero los prefiero a las plumas, a las lentejuelas, a los sombreros estrafalarios de la up-town. Si quiero volver al bullicio populoso de Nueva York, sólo tengo que subir cuatro manzanas, ya estoy en la calle Catorce que es una de las más abrumadoras: drugstores, dollar-shops, pieles de ocasión, zapatos, lencería, confección, es la fabulosa opulencia de los grandes almacenes baratos; hay multitudes dándose empujones en las cafeterías y en los *automatics*, que se hacen cada vez más miserables a medida que me aproximo a la Bowery. Entro en un gran café, sólo hay hombres, vagabundos que en su mayoría no consumen; de pie, apoyados en las columnas, esperan no se sabe bien a qué. Si quiero silencio, calma, desciendo en cambio hacia las callejuelas de más abajo de Washington Square: jalonadas de casitas de dos o tres plantas, son tranquilas como callejones sin salida; excepto los vecinos, nadie las pisa jamás. En la avenida Greenwich, en la calle Ocho reina una animación moderada; se puede deambular por ella como quien deambula por la calle Bonaparte o la calle de Seine; empiezo a identificar una por una las tiendas. Hay muchas pequeñas librerías donde venden libros raros, comercios de antigüedades, joyeros que ofrecen en sus escaparates la plata tallada, las turquesas de Santa Fe; aquí se encuentran joyas dignas de los tiempos gloriosos de la Foire aux Puces: tafetanes antiguos, casacas, blusas y vestidos extraños como aquellos que a las artistas de Montparnasse les gustaba descubrir en otro tiempo en los alrededores de la puerta de Clignancourt. Hay también cinturones anchos con remaches, sandalias de fantasía, alfombras, chaquetas, faldas cortadas en telas tejidas en México o en Guatemala: sería imposible encontrar en ninguna tienda de la up-town estos objetos con tanto colorido y tan llamativos. Si me canso de andar, me siento al sol en los bancos de Washington

Escaneado con CamScanner

Square: hay gente mayor que toma el sol pensativamente, obreros que descansan, estudiantes —que sin duda pertenecen a la universidad vecina— que estudian o bostezan. Aquí también se puede leer tan apaciblemente como en los Jardines de Luxemburgo.

Una húmeda tarde de domingo en que las callejuelas están abandonadas a los niños: más que nunca las habríamos tomado por calles particulares de una villa. Ni un transeúnte; sólo los gritos de los jovencitos, golpeando la bola con el bate o enviándola de un puñetazo a rebotar en la pared rasgando el denso silencio; los de más edad fumaban y discutían apoyados en las paredes. Te sentías indiscreta cruzando por su reino con paso de adulto. Ayer, al caer la tarde, el barrio italiano hierve de actividad comercial: en las tiendas iluminadas había un despliegue de mortadelas, de jamones curados; las amas de casa discutían con sus cestas de la compra colgadas del brazo y los hombres reían en los bares. De una calle a otra Greenwich se transforma, adquiere diferentes colores a lo largo de los días y las horas; es rica en sorpresas. Yendo a casa del profesor J. B., no me esperaba que descubriría detrás de su salón un jardín plagado de malas hierbas, estatuas de piedras envejecidas tal y como se encuentran al fondo de los viejos hoteles en la calle Lille o en la calle de Beaune. Hay muchos restaurantes encantadores, tan italianos como en Italia, tan españoles como en España, ingleses, franceses o alemanes. Y en Bedford Street está el único sitio donde se puede estudiar y trabajar durante el día, conversar a lo largo de la noche sin despertar curiosidad ni desaprobación: el Chamby's. Las paredes están decoradas con viejas cubiertas de libros; no hay música, cosa que permite conversar. La sala es cuadrada, muy sencilla con sus mesitas alineadas contra las paredes, pero posee algo que es muy raro en América: tiene una atmósfera. Sobre todo, son periodistas los que se reúnen aquí; la clientela es un poco del estilo del Montparnasse de antaño, pero en versión americana; es decir, de aspecto mucho más cuidado; las mujeres van algo desgreñadas, pero sus *shampooing*s y marcados de pelo son de primera calidad; los ternos desenfa-

Escaneado con CamScanner

dados son de una tela hermosa. Ese lujo sigue siendo discreto. El Chamby's no despide ese olor a dinero que envenena los bares y los restaurantes de la up-town; aquí no se viene para alardear de cierto estándar de vida, sino simplemente porque se está a gusto. Es raro que en cualquier otro terreno los americanos conozcan esta libertad de hacer lo que a uno le place: siempre se tiene la impresión de que millares de hilos invisibles les paralizan, que se niegan a inventarse algo nuevo, que para elegir ropa, alimentos, distracciones, se refieren a un baremo inmutable que a nadie se le ocurriría discutir. Por eso una atmósfera de ocio, de capricho, de relajación, resulta, como contraste, tan agradable de respirar. Aquí se puede comer hasta las cinco de la mañana hamburguesas o bogavante a la brasa, beber whisky, mirar las caras: a veces incluso se reconocen algunas; charlar no resulta insólito.

En cambio, lo que me disgusta más que nunca son los clubes nocturnos. Incluso cuando escucho de nuevo a Josh White, en el café Society, tengo la sensación de que su audacia está limada por una especie de precaución: se mantiene cuidadosamente en el terreno donde un público liberal puede aventurarse: ¿qué otra cosa podría hacer? Tiene mujer y tres hijos, tiene que gustar. Si hablara con el corazón en la mano terminaría limpiando zapatos en las esquinas. Esa necesidad de complacer me molesta. Conozco demasiado el desprecio o el odio que despierta incluso en los blancos que la sufren, ya sean músicos, cantantes, *maîtres* de hotel, camareros de restaurante: para todos los que tienen la sonrisa como profesión, el cliente es un enemigo. Pero no debe de resultar nada grato para hombres que saben además que los clientes los detestan, que les han oprimido desde su nacimiento y en todos los actos de su vida a causa del color de su piel. Ayer por la noche estuve en Vanguard, el club nocturno de moda de la downtown, con franceses y un diseñador americano. Había una orquesta negra, que se podría considerar excelente debido a su maravilloso virtuosismo; pero ¡qué diferente era este trío del de la Absinthe House! Mimaban el estilo hot de una manera igual de espectacular que la de los luchadores de Houston al

Escaneado con CamScanner

interpretar la ferocidad y la cólera: la ficción era igual de evidente; el público blanco miraba maravillado con ojos como platos; quería participar en los misterios del alma negra, enredarse en los torbellinos de su violencia primitiva, penetrado por su trepidante poesía: ¡pues bien!, estaba servido. El pianista saltaba con los pies juntos sobre su taburete, el guitarrista y el bajo bailaban en su sitio con ritmo endiablado, todos sonreían de oreja a oreja y ponían los ojos en blanco en éxtasis de posesos. Y todas las caras blancas lucían estúpidas grins de admiración. Entre los blancos «ilustrados» de Nueva York existe un esnobismo de la música y la literatura negras. R. Wright cuenta de buena gana esta anécdota. Un joven lleva un manuscrito a un editor. «Un manuscrito —dice el editor—. ¿Lo ha escrito un negro?» «No —dice el joven—. Es mío.» «¿Y usted no tiene sangre negra?» «No.» «¿Está usted seguro?» «¿Ni una gota?» «No, lo siento», dice el autor. «Pero supongo que es una novela sobre la cuestión negra», prosigue el editor. «No.» «Bueno, por lo menos uno de los protagonistas será negro.» El joven se descompone: «No, en mi libro no sale ni un solo negro». «Pero entonces, ¿qué quiere usted que yo haga con él?» Esta historia tiene un doble sentido; manifiesta también el desprecio que se tiene a la literatura: músicos y escritores no son más que bufones. Y los negros suscitan tanto entusiasmo porque se les considera como tales. Y el trío que se dispara en el Vanguard lo sabe perfectamente; estoy segura de que entre ellos tocan de otra manera y que al placer de desarrollar una brillante carrera se une el de embaucar al público. Olvidadizos de todas las tragedias de la discriminación racial —en el norte las olvidan con bastante facilidad—, los blancos han abierto sus almas de par en par, que asoman húmedas y suavizadas a la ventana de sus ojos; están inmersas con inocencia en la música sofisticada y en el odio.

El diseñador B. es encantador. Duerme durante el día, por la noche merodea durante horas por los clubes de Greenwich, y al regresar se pone a trabajar. Tiene talento, gana dinero; está persuadido de que América es el país donde el artista es más afortunado: ¿hay alguien que pague mejor? Esta conver-

Escaneado con CamScanner

sación constituye el contrapunto exacto, y la confirmación perfecta, de la que tuve con mi amigo el pintor C. L. al llegar. «En París —dice B.— mis diseños gustaban, pero las tarifas que me pagaban eran ridículas en comparación con las que consigo aquí.» Objeto que, en efecto, América es generosa con los artistas que triunfan, pero que no ofrece oportunidad para los demás. «Si son grandes artistas, triunfan y ganan dinero», dice B. «Supongamos que no triunfan.» «Entonces es que no son grandes artistas.» Hay en este razonamiento algo hegeliano: lo real es aquello que da pruebas de su realidad, es una de las ideas americanas que ni se me ocurre rebatir; el genio se confunde con la expresión que éste adopta: pero ¿quién lo expresa? ¿La obra hecha o el dinero ganado? En este punto no estamos de acuerdo. Siempre se vuelve a la paradoja de que, embelesado en la realidad concreta, el americano no reconoce otra manifestación que no sea ese signo completamente abstracto: el dinero. Los otros valores son demasiado difíciles de apreciar: que un hombre tenga talento y que, sin embargo, el éxito no lo haya corroborado, es una responsabilidad angustiosa a la hora de emitir un juicio; nadie quiere correr el riesgo; todo el mundo deja la responsabilidad a los demás. El peligro de semejante actitud es que nunca confía en el futuro; los americanos, sin interés por el pasado, no dan ningún crédito al futuro: usted tiene talento, es algo; usted lo tendrá, eso no es nada. Hay que tenerlo hoy. Cuando pueda decir: lo tengo, entonces se interesarán por usted y es asunto suyo cómo dar el salto de la indiferencia al éxito; si tiene dinero, páguese un agente; si no, apáñeselas. En todos los terrenos en los que la eclosión de una obra exige tiempo, un lento trabajo de investigación, esta doctrina es singularmente nefasta. Es cierto que en París, Modigliani se suicidó a causa de la miseria; imagino que en Nueva York ni siquiera habría existido.

30 de abril

Me siento demasiado neoyorquina para retomar mis grandes excursiones matinales; ahora, en lugar de explorar a grandes pasos, deambulo por Nueva York como si fuera mía. Ya no

Escaneado con CamScanner

me divierte cualquier cosa: elijo. Cuando declino una invitación, me siento más sólidamente instalada en mi vida. Sólo veo a tres o cuatro amigos, muy a menudo. Hablamos siempre en inglés; sólo leo libros americanos: he acabado no pensando más que en inglés; y eso, por la noche, se convierte en pesadilla; sucede que no me comprendo a mí misma. Durante el día, a veces tengo la penosa sensación de que mi nivel de inteligencia ha disminuido claramente: ya sólo tengo pensamientos muy simples: escurro el bulto a la menor dificultad. Me pregunto si los emigrantes que se instalan aquí padecen la misma deficiencia: hay que dominar muy bien una lengua para pensar con libertad total. Tal vez su torpe conocimiento de la lengua americana les ayude a renunciar a su singularidad y a aceptar el marco que les han preparado. Contrariamente a lo que dice la mayoría de la gente, me parece más fácil hablar que entender: cuando hablo soy yo quien elige las palabras y sólo empleo las que conozco; mis interlocutores son más imprevisibles. Observo que los franceses son mucho más sensibles que los americanos a mi deplorable acento: es que cada uno concede más importancia a la aproximación que él, por su parte, ha realizado. En cambio, los americanos manifiestan siempre la misma indiferencia a esos diferentes grados de imperfección: en el momento en que te puedes comunicar, tanto da hablar francamente mal que medio bien.

Hoy, voy a dar una vuelta con N. A. que ha venido a Nueva York por asuntos de negocios; pasó por la ciudad cuando se iba a Francia como G. I. y a su regreso; pero no la conoce. Los intelectuales, la gente de modesta condición, viajan muy poco: alguien de Chicago se pasa la vida en Chicago; mucha gente de Brooklyn jamás ha visto Manhattan. Me divierte ver cómo N. A. descubre Nueva York con su mirada de hombre de Chicago. Le sorprende la ropa de colores vivos tendida en las escaleras de incendios, el rojo inesperado de las fachadas en calles tristes, la fantasía de un tenderete de librero, de una pequeña plazoleta, la pátina de una casa centenaria: la ciudad le parece rica en pasado proceloso y de un pintoresquismo desconcertante. La Bowery se parece a la avenida West

Escaneado con CamScanner

Madison: pero sólo aquí lo paródico convive con la miseria. Se para delante de la sastrería para obesos, ante la tienda de tatuajes y también en esa donde maquillan los ojos con un cerco amoratado: en Chicago no existe esta «Ópera de los mendigos».

Vamos a dar una vuelta por ese barrio que Morand llama el «gueto» y los americanos «East Side». Recorriendo estas bulliciosas calles me siento transportada a Europa central; las casas grises de tres o cuatro plantas, con sus tejadillos, sus enseñas de colores desvaídos, me recuerdan algunos rincones del Berlín de antaño. A lo largo de las aceras, una inmensa feria; muchas tiendas están en semisótanos, una escalerilla desciende hasta el comercio; en cambio, otras están levemente elevadas, hay que subir tres o cuatro peldaños para acceder a ellas. Todas se prolongan con puestos en la calle: lencería, ropa interior, zapatillas, corbatas, zapatos, pañuelos, cotonadas, las hay desde el norte y hasta el sur, desde el este hasta el oeste durante millas y millas: vendedores y compradores discuten con acritud; muchas de estas mercancías son de ocasión, pero parecen de buena calidad. De vez en cuando un escaparate reluciente; aquí hay grandes vestidos de noche de raso, de tafetán, de colores chillones y deslumbrantes de lentejuelas: tejidos ricos para mujeres pobres; supongo que las cantantes, las animadoras de los clubes nocturnos de segunda vienen aquí a equiparse. Hay más alegría genuina en los escaparates más modestos: esas corbatas tienen caballos pintados a mano, mujeres desnudas; y me encantaría saber quién compra esos calzoncillos de flores, esos slips con rayas malvas. Detrás de una luna de escaparate, entre señoras con pieles, hay dos maniquíes completamente desnudos: el rostro de cera sonríe; bajo senos turgentes el cuerpo es liso como una cabeza de De Chirico. Al salir de estas calles tan risueñas, las anchas avenidas están desiertas; al borde de las calzadas, las casas son demasiado bajas; tienen un aspecto miserable; en el aire pegajoso de humedad, el suelo tienen barro; parecen esas tristes carreteras por donde se sale de las grandes ciudades. Volvemos a las callejuelas: hay pastelerías donde venden pasteles

Escaneado con CamScanner

judíos, charcuterías *cascher* y bares con hombres solos bebiendo: nos aproximamos a la Bowery. Desembocamos en una calle cuyo decorado fantástico parece dispuesto para un sueño de virgen o para una pesadilla de solteros empedernidos: todas las tiendas venden trajes de novia, a derecha, a izquierda, durante más de una milla hay muchachas risueñas bajo un velo de tul coronado con flores de azahar. Una señora de negro arregla con delicadeza la cola de una de las novias: parece una madre dando los últimos toques al ajuar de su hija la mañana de la boda. Esta calle virginal, que promete a todas las cenicientas de la ciudad el beso del príncipe encantador y deliciosas metamorfosis, da a la Bowery: hombres sin mujer de pie bajo la lluvia, apostados en paredes grises, o acurrucados en los peldaños de las escalerillas; andrajosos, hambrientos, solitarios, al cruzar la calzada las blancas novias en traje de raso les sonríen; pero ellos ni las miran; pasan sigilosamente por ese esplendor de azucenas que se despliega en otro mundo.

No hay barrio judío en Chicago, me dice N. A. Allí no se encuentran estos teatros judíos donde se montan obras yiddish; y si algún gran inmueble tuviera la insolencia de colgar carteles con inscripciones en yiddish en la fachada, en seguida le romperían los cristales de las ventanas. Sólo se tolera a los judíos a condición de que no abarquen mucho espacio. En Nueva York es muy diferente, y los enamorados de la «América real» dicen que es una ciudad «judaizante». El hecho es que hay muchos judíos muy poderosos, que gran parte de las finanzas y del comercio está en sus manos. Eso no significa que el antisemitismo no esté muy desarrollado, al contrario. La potencia y voluntad de asimilación de Estados Unidos es tan grande que muy a menudo una mezcla de sangre israelita pasa tan desapercibida como una herencia alemana, sueca, india, irlandesa: del *melting-pot* salen finalmente los americanos. Se dio el caso —¿es casualidad?— de que la mayoría de los amigos que hice en América tenían sangre israelita; me pareció que estaban perfectamente asimilados. Pero tuve varias pruebas del antisemitismo confeso o latente que cada día se

Escaneado con CamScanner

está desarrollando más en América. El doctor T., refugiado aquí desde hace siete años, que enseña en una universidad importante, me dijo que era una actitud especialmente extendida en Yale, Harvard, Princeton, etcétera, no sólo entre los estudiantes, sino también entre los profesores. No tienen prácticamente ningún contacto con aquellos colegas que son americanos cien por cien; en las comidas, por ejemplo, se ha producido espontáneamente una especie de segregación: se sienta a la mesa junto a otros refugiados, «metecos o judíos» como él. Me contó que un estudiante le había pedido una recomendación para conseguir un puesto de vigilante en un colegio, en vano escribió dieciséis cartas firmadas con su nombre y título de profesor de la Universidad de X. Su secretaria le dio un consejo: dé solamente sus títulos franceses, así no sabrán que es un judío refugiado; lo hizo, y de inmediato su carta de recomendación fue aceptada.

L. W. me contó una anécdota de curiosas implicaciones. Un día que había reunido a unos amigos, de los que varios eran israelitas notorios, también había invitado a un joven escritor, L., de origen sudista, que profesaba opiniones muy liberales. Después de algunos whiskys y no se sabe bien con qué pretexto, L. comenzó a insultar a todos los asistentes, quería incluso liarse con todos ellos a puñetazos: «Soy un rubio de ojos azules —decía— no tenemos la misma sangre»; e hizo tales declaraciones de antisemitismo que terminaron por ponerle de patitas en la calle. Desde luego, pidió excusas a la mañana siguiente, pero su reacción había desconcertado a todos sus amigos. Suponían que L., educado en Georgia, había tenido que luchar duramente consigo mismo para superar sus prejuicios sudistas respecto a los negros; en su libro, se toma siempre el cuidado de definir exactamente el color de pelo y la tez de los protagonistas: es consciente de su cutis rubio. Su antisemitismo parece como una especie de transferencia. La relación entre judíos y negros en la conciencia americana en general, y en las relaciones recíprocas de los dos grupos, es una cuestión muy interesante y muy compleja. El judío medio reacciona contra los negros como cualquier blan-

Escaneado con CamScanner

co: en algunos rincones de Massachusetts y de Connecticut (corazón de la América real), hay playas reservadas a los judíos que no pueden bañarse con los arios, pero a su vez, los judíos envían a sus criados negros a bañarse a otra playa. Y, dado el abismo que se va agrandando por la discriminación racial, imponer a los judíos la promiscuidad con negros sería un insulto mucho peor que todos los que se permiten contra ellos. Por su parte, como muchos blancos con los que tienen negocios —propietarios de inmuebles, comerciantes— son judíos, los negros son verdaderamente antisemitas. No obstante, el hecho de que unos y otros pertenezcan a minorías, de estatutos profundamente diferentes pero ambos despreciados por el americano medio, crea entre judíos y negros algunas afinidades. Como a los ojos de los demás blancos subsiste la discriminación, incluso los judíos que rechazan la promiscuidad con los negros acaban por desear que sea abolida, de forma que desempeñan un gran papel en todas las ligas y en todas las campañas antirracistas. Por medio de los negros, intentan evadirse de una civilización americana que les es hostil: entre los músicos blancos que han sabido asimilar la música negra, muchos son judíos. No es una casualidad que Mezzrow, que vivió en Harlem antes de casarse con una mujer negra y que sólo quería tratar con negros, fuera judío.

Esta noche voy con mis amigos españoles a un pequeño music-hall de la Segunda avenida, a la altura de la calle Cincuenta. Nadie me había hablado de él, pero su fachada me encanta: parece un viejo cine de películas mudas o un circo extranjero. El pasillo de entrada está decorado con carteles de colores donde sonríen las estrellas del pasado: Clara Bow, Mary Pickford, George O'Brien, Lon Chaney. Una banderola enorme anuncia películas mudas. Al final del corredor se abre una sala fresca y sombría donde hay unas mesitas de jardín. La decoración recuerda vagamente emparrados y cenadores; hay un escenario y a un lado una pequeña pantalla. Se puede cenar, pero sólo un plato: el *chicken in basket* que también se llama *chicken in the rough*. Es un plato tradicional del sur: pollo frito y desmembrado servido en una cesta, sobre un lecho

Escaneado con CamScanner

de patatas fritas; el rito consiste en servirlo «sin cubiertos»; es decir, sin plato, ni cuchillo, ni tenedor: hay que comerlo con los dedos. Poco a poco van llegando algunos clientes: todo el mundo bebe cerveza. Una cantante canta, una bailarina baila; un prestidigitador malogra con arte los trucos que promete al público, pero los desobedientes objetos tienen avatares inesperados. Se hace la oscuridad: he aquí un viejo *sketch* de Laurel y Hardy, que data de esa época lejana en la que no hablaban y tenían gracia; otro sketch rastrea la epopeya del primer ferrocarril que cruzó el Lejano Oeste: los gags son ingenuos, pero me conmueve volver a encontrar en la pantalla la locomotora de Carson City, el ténder cargado de madera, los paisajes de rocalla, los desfiladeros, los precipicios. Mi momento preferido de la sesión es cuando, como en Le Joyeux 1900 de San Francisco, proyectan estribillos de viejas canciones que todo el mundo corea. Estas coplas son encantadoras. Y más que en el sofisticado decorado de la «concesión internacional», hallan la atmósfera que les corresponde en este pequeño café-cantante tan anticuado como Le Moulin de la Gallette.

Primero de mayo

Esta mañana hay mucho ajetreo en los alrededores de Union Square: pasan grupos, estacionan policías. Hay una gran multitud reunida en la plaza, discutiendo, esperando. Como si fuera a suceder algo: es una impresión que no había tenido jamás en Nueva York, donde normalmente parece que los engranajes del mecanismo tienen cuerda para toda la eternidad. Estaba invitada a un party y no vi el desfile. Me dijeron que duró mucho tiempo y que se desarrolló sin incidentes. Me dijeron también que polícias pertrechados con máquinas fotografiaban el rostro de los manifestantes.

El party al que me dirijo se celebra en un estudio de Greenwich en casa de un anamita amigo de Richard Wright que trabaja en la ONU; también escribe artículos de gastronomía y actualidad mundial; el último llevaba por título «Mayonesa y bomba atómica». Él mismo ha preparado unos sándwiches

Escaneado con CamScanner

extraordinarios. Una de las ventanas da a los tejados y trepamos a la terraza por un complicado sistema de escaleras de incendios y escalas; nuestro anfitrión nos dice que muchas veces se instala allá arriba para pintar. Efectivamente, se contempla una vista agradable, una vista de barrio que abarca casas bajas con sus tejados, y callejuelas tranquilas; este rincón es uno de los más viejos de la ciudad y casi llega a tener la dignidad de un burgo de provincias.

Hay muchos franceses alrededor del suntuoso bufé. Cada vez que los veo en grupo, experimento un pequeño estremecimiento y miro entonces a los americanos con ojos nuevos. Experimento de forma curiosa el fenómeno que Blanchot describe en *Le paradoxe d'Aytré*: los primeros días, todo me sorprendía en América, veía la riqueza de los drugstores y percibía la amabilidad de los americanos; ahora ese trasfondo me resulta familiar y ya sólo percibo lo que me sorprende o me impresiona. Necesito un contraste para captar lo que al principio me gustaba tanto de esto, lo que sin duda en Francia voy a echar de menos amargamente. Hoy lo sé porque cuento con dicho contraste. Es preciso reconocer que, salvo muy raras excepciones, los franceses de América encarnan todos los defectos de su país y sólo apuntan tímidamente las cualidades. Al observarlos, comprendo que una de las virtudes de los americanos es que jamás son vulgares: tienen un espontáneo sentido de la dignidad humana que les impide buscar la distinción; al no buscarla, tampoco sabrían malbaratarla: ese esfuerzo abortado es específicamente francés. Tampoco ninguno tiene esa voz cultivada tan cara a mis compatriotas de las altas esferas, esa voz refinada, engolada, que huele a correcta ortografía y a bachillerato. De arriba abajo de la escala social, las voces americanas se conservan naturales, vivas. Cuando un americano no tienen nada que decir, se calla, bebe; este silencio tal vez sea deprimente, pero lo prefiero a esas elegantes volutas, a esos arabescos de palabras que incansablemente remontan el vuelo y se deshacen en el vacío como decepcionantes ectoplasmas. También me gustan más los rostros de piedra que esos tics de inteligencia que estre-

Escaneado con CamScanner

mecen las fisonomías francesas. Lo que más profundamente me impresiona es ver a los franceses tan incapaces de participar en la vida de otro país. Muchos se niegan incluso a aprender la lengua, como ese camarero del restaurante La Fayette que el otro día me dijo con orgullo, cuando yo le pedía algo en inglés: «Yo, señora, no hablo inglés». No intentan mezclarse con los americanos: los observan desde lo alto de su civilización milenaria con un humillado complejo de superioridad. O se arrastran a sus pies, guardando como compensación en el fondo de sí mismos esa misma beatífica certeza de una finura y de una cultura superiores. Siempre admiran o ríen sarcásticamente desde fuera. No se dan cuenta de que es su propia historia la que aquí tiene lugar, una historia que se desarrolla también en China, en Rusia, a través del mundo entero y de la cual ellos tienen la oportunidad de descubrir uno de los aspectos más cautivadores; ya que están aquí, es aquí donde es necesario que la vivan; tampoco la viven en Francia, porque no están; lo que hace tan molesto cualquier contacto con ellos es que ya no están situados en ninguna parte sobre la tierra.

Me siento totalmente feliz cuando me encuentro con mis amigos americanos que aquí, sin cobijo, sin recursos, viven y luchan, esperan y desesperan. Y constato una vez más que en cuanto tienen algo que decir lo dicen con tanta vehemencia y pasión como en cualquier otro país. Ceno con los Wright, Farrell, los E. A., los L. W. en un restaurante italiano y durante toda la comida se produce una discusión política tan enardecida que me cuesta mucho trabajo seguirla. Hemos pedido a una joven periodista muy amable que venga con nosotros; se ha hecho un poco de rogar. Sin ella había el mismo número de hombres que de mujeres, estaba algo molesta de ser una *extra-woman* y sentía que sobraba. Esa reacción ya me dejó asombrada. Pero todavía me quedo más sorprendida cuando en mitad de la comida me doy cuenta de que su silla está vacía; como nadie se ocupaba especialmente de ella, se ha eclipsado. Este episodio me recuerda al que asistí en casa de L. W.

Escaneado con CamScanner

Y de nuevo me aseguran que conductas semejantes no tienen nada de excepcional en las mujeres de este país.

Desde luego *la* mujer americana es un mito. Hay en América alrededor de ochenta millones de individuos del sexo femenino. Incluso si me limito a mi exigua experiencia, las he conocido de todo tipo: algunas eran simplemente buenas amas de casa absorbidas por el cuidado de su marido y de sus hijos; otras abnegadas profesoras; el marido de B. estaba delicado de salud y era ella, con su esfuerzo valeroso, quien hacía que la pareja se mantuviera viva; algunas tenían una calidez vital, un encanto propiamente femenino que no pocas europeas envidiarían. ¿Y qué comparación establecer entre esa joven escritora de rostro feo y generoso a quien una juventud demasiado pobre y demasiado difícil ha abocado al alcoholismo, y la bella y fría novelista que ya ha devorado tres maridos y varios amantes durante una carrera hábilmente llevada? No obstante, ya que todo el mundo habla de ello en América, y sobre todo los hombres, ciertamente hay algo de verdad en ese mito; y yo misma me percato perfectamente de que me refiero a él a menudo.

En *Generation of Vipers*, Philip Wylie describió con brillantez a «Cenicienta», la muchacha que aguarda del príncipe encantador el abrigo de visón tan necesario para la dignidad femenina como antaño lo fue en Francia el cuello postizo para la dignidad burguesa, y a «Mom», la mujer madura que somete a América al imperio del matriarcado. Disponiendo del talonario de su marido, controlando a sus hijos, exigiendo de todos los hombres el respeto más solícito, la mujer americana se asimila sin miramientos a la mantis religiosa que devora a su macho. En un sentido general, la comparación es justa; pero hay que comprenderla. Por lo que a mí respecta, basándome en todas estas relaciones me había imaginado que las mujeres de aquí me sorprenderían por su independencia: mujer americana, mujer libre; estas palabras me parecían sinónimas. En primer lugar, como ya he dicho, la forma de vestir me ha sorprendido por su carácter agresivamente femenino, casi sexual; en las publicaciones femeninas, mucho más que en las

Escaneado con CamScanner

de Francia, he leído largos artículos sobre la pesca, sobre la caza de marido, sobre el arte de atrapar a un hombre; he visto que las college-girls apenas tenían otra preocupación que los hombres y la soltería está mucho peor vista aquí que en Europa. Una noche me invitó a cenar V. D., una joven de unos treinta años que se gana con creces y de forma agradable la vida; es bonita, inteligente, tiene amigos y numerosas relaciones, vive en un confortable apartamento en los barrios elegantes; había otra comensal, joven, elegante y bonita que también había hecho una carrera interesante. Ninguna de las dos estaba casada. Por primera vez en mi vida una comida entre mujeres me pareció una comida «sin hombre»: a pesar de los martinis, a pesar de la buena comida, estábamos impregnadas de una ausencia amarga. El apartamento olía a celibato. Mientras V. D. aseguraba muy altanera que se congratulaba de no estar casada, se quejaba de su soledad. Su amiga decía con más franqueza que ansiaba con toda su alma un marido. Se percibía que ambas estaban obsesionadas por ese lugar vacío en su anular izquierdo.

La prueba de que las americanas no se encuentran de verdad en sosegado pie de igualdad con los hombres es su actitud de reivindicación y de desafío. A menudo desprecian con toda razón, el servilismo de las francesas siempre dispuestas a sonreír a sus varones y a soportar sus cambios de humor; pero la tensión con la que se crispan en su pedestal oculta una gran flaqueza. En ambos casos, por medio de la docilidad o la exigencia, el hombre sigue siendo el rey: él es lo esencial, y la mujer lo no esencial. La mantis religiosa constituye la antítesis de la sierva sumisa del harén: ambas dependen del macho. La dialéctica hegeliana del amo y el esclavo también se demuestra en este terreno: la mujer que se quiere ídolo está en realidad sometida a sus adoradores. Toda su vida se consume en entrampar al hombre, en mantenerlo bajo su yugo. La afirmación de independencia es puramente negativa, por tanto, abstracta: una vez más se impone la palabra abstracción. La verdadera libertad es la que se realiza por medio de un proyecto positivo; mujeres mayores me dijeron que a sus

Escaneado con CamScanner

ojos la generación anterior tenía más libertad de verdad que la de ahora porque el feminismo todavía no había triunfado, estaba por conquistar; era una labor concreta; en ese esfuerzo de liberación, la libertad se llevaba a la práctica. Ahora, en algunos terrenos económicos, todavía hay resistencias que vencer y campos que anexionarse; pero en general, la batalla está ganada. En lugar de superar los resultados conseguidos por sus mayores, las mujeres sólo tratan de disfrutar de ellos estáticamente, cosa que constituye un grave error, ya que un fin sólo es válido en cuanto nuevo punto de partida. En Europa, las mujeres han comprendido mejor que el momento de reafirmarse como mujeres estaba superado; ahora intentan dar muestras de su valía en un terreno más universal: en la política, las ciencias o las artes, o simplemente en su vida; este movimiento positivo hace que la actitud abstracta de desafío resulte inútil. Por no olvidarse de sí misma en aras de un fin objetivo, la americana se obstina en una defensa de sus cualidades que disimula mal un complejo de inferioridad. A decir verdad, no es culpa suya. Padece la misma situación que la mayoría de sus conciudadanos; con excepción de los hombres de negocios importantes, de los políticos importantes, de los ingenieros importantes y de algunos individuos raros, los americanos viven presos en un universo cerrado sin descubrir ninguna finalidad a la que consagrarse. A propósito de los jóvenes estudiantes, ya he hablado de esta falta de proyecto, que se puede constatar tanto en las clases medias como en las clases altas, en los trabajadores manuales como en los empleados y los intelectuales. Y las mujeres son especialmente víctimas de ello. Los hombres, por término medio, están más ocupados, tienen menos tiempo para darse cuenta de que sus vidas giran sobre sí mismas, están más asentados en un mundo que es desde hace milenios un mundo forjado por hombres. Satisfechos del lugar que ocupan en la gran nación de la que se sienten orgullosos, tienen la vaga sensación de que su trabajo rutinario contribuye a su destino. La mujer está mucho menos a gusto en ese universo masculino donde sólo se la admite como igual desde hace poco tiempo; si no hay fines

Escaneado con CamScanner

que la requieran de manera apremiante, arrancándola así de esa preocupación por su condición, es natural que se crispe en exigencias y rechazos. La única forma de superar las debilidades y las incertidumbres procedentes de una herencia abrumadora sería no pensar más en ellas: pero sería necesario que encontrara fuera de sí misma fines a los que entregarse. Los que se plantea casi siempre son insuficientes. Hay muchas mujeres que escriben: pero es una forma de ganar dinero, o un pasatiempo análogo a las labores femeninas de antaño, mucho más que una auténtica vocación. En las carreras que eligen, normalmente buscan una reafirmación de sí mismas a través del éxito social en vez de la realización de una obra objetiva. Y la mayoría se encuentran privadas de esos recursos. Esa impotencia ante la realización concreta hace que surja en ellas una irritación sorda que, en su desamparo, les hace revolverse directamente contra los hombres.

Como resultado, las relaciones entre ambos sexos se sitúan en un nivel de lucha declarada. Uno de los hechos que en seguida percibí en América es que los hombres y las mujeres no se aman. Estas últimas casi sólo viven en función de los hombres: una francesa, profesora en una escuela, me decía que sus colegas eran mucho más amables y bienintencionadas entre sí de lo que lo somos en Francia; jamás un atisbo de mezquindad, de celos, de malicia. Las mujeres en este país ignoran la perfidia y la maldad; pero, por otra parte, ha habido americanas que me lo han confirmado: la amistad de verdad, íntima y cálida, entre mujeres, se desconoce casi por completo. Los jóvenes y las muchachas no son compañeros: en seguida se establecen relaciones de *flirt* entre ellos. La señora C., profesora, casada con un italiano, me decía que, salvo ella misma, no conocía ninguna mujer que fuera amiga de su marido. Eso se debe en parte a que los americanos son malos conversadores y a que, a pesar de todo, se requiere un mínimo de conversación para hacer amigos. Pero también a una desconfianza recíproca de generosidad concertada, a un rencor que muy a menudo tienen un origen sexual. Es un lugar común entre los hombres de este país decir que las mujeres son frígidas; en

Escaneado con CamScanner

algunos, se convierte casi en obsesión. Pero los hombres también dicen sin reparos unos de otros que sólo son pobres amantes; en este terreno tienen un complejo de inferioridad evidente con respecto a los europeos y a los negros. La tragedia del hombre o de la mujer que, habiendo descubierto en Europa formas más ardientes de amor, no puede vivir con su fría mitad es una historia habitual. También se dice que hombres y mujeres se lanzan a aventuras sexuales sólo guarecidos en los vapores del alcohol: así pueden amortajarlas en la noche de su conciencia. «Cuesta carísimo —me decía C. I.—. Se necesitan muchos whiskys para llevar a la mujer al grado de embriaguez conveniente; y si la dosis es demasiado fuerte, sólo sirve para dormir.» Los americanos sienten horror por las prostitutas, pero sus mujeres legítimas les inspiran un respeto que los paraliza: siempre están inseguros de sus posibilidades eróticas; esa duda les martiriza y los paraliza más aún. Las mujeres se sienten frustradas, una duda simétrica habita en ellas. Y todas estas dudas y complejos despiertan acritudes mutuas. ¿Que cuál de los dos miembros de la pareja comienza ese juego de intimidación? Desde luego las mujeres tienen su parte de responsabilidad. Las college-girls que parecen tan fáciles desde fuera albergan sin duda fuertes defensas interiores: es posible que muchos no derriben jamás estas barreras. A menudo se indica en ambos sexos la importancia del trasfondo puritano. Pero además hay en las mujeres un complejo social: su voluntad de reinar en el hombre, de dominarlo, debe de parecerles incompatible con una entrega animal de sí mismas. Aceptan el aturdimiento del alcohol: pero desconfían de las insidiosas trampas de la sensualidad.

Tanto si son frígidas de verdad como si esa acusación resume simbólicamente para los hombres los reproches que les dirigen, el hecho es que ellas no se manifiestan ni como amantes, ni como amigas, ni como compañeras. Los hombres se encierran en sus clubes, las mujeres se refugian en los suyos, y sus relaciones están hechas de vejaciones menudas, de disputas menudas y de victorias menudas. Esa enemistad fundamental viene a sumarse a la gran soledad de estas gentes.

Escaneado con CamScanner

A falta de fines que les permitan ir más allá de los límites de sus vidas, ni siquiera encuentran en esta vida otro ser a quien pudieran consagrarla. No se ven enamorados por las calles; por las veredas de Central Park, no hay parejas abrazadas ni besos en la boca. Por otro lado, se habla del amor con vocabulario especializado, casi higiénico; una mujer agradable es sexy, nos gustaría tener con ella un *sex-affair*, un *sexual-intercourse*. Hay una aceptación racional de la sexualidad que es una manera solapada de rechazarla.

Ahora hace dos días, veía *Roma, ciudad abierta*. No conozco rostro de mujer más hermoso que el que la Magnani ha traído a la pantalla: más humano cuanto más animal, más libre cuanto con mayor generosidad se entrega, luchando al lado del hombre que ama, viviendo para él igual que él para ella. Y juntos para algo más que sí mismos. Y a lo largo de toda la película pensaba: ¡qué lejos está esta mujer de todas las que se ven por aquí! Un americano jamás habría sabido inventarla. Es la perfecta antítesis de las heroínas de Hollywood, de las que pueblan las novelas policíacas y en las que la americana ama reconocer su ideal.

2 de mayo

He visto en el cine *Larga es la noche*, película inglesa, con James Mason. He experimentado con ella, aunque sea radicalmente diferente, el mismo placer que con *Roma, ciudad abierta*: el placer de ver una película que no es americana. He cambiado mucho en tres meses: tal vez me haya hecho un poco americana. En Nueva York, al menos, el éxito de las películas extranjeras es cada vez más sorprendente; incluso *The Adventuress*, que me ha parecido bastante pueril, se considera la mejor película de la semana. Hay algo de justo en esa severidad con que se juzga a Hollywood. Cuando al salir de una película americana me paseo por las calles de Nueva York, me indigna que su aspecto pintoresco tan imprevisible, su poesía, su tragedia, jamás trasciendan a la pantalla. Un Carné nos habría mostrado a las rubias novias sonriendo entre las brumas de la Bowery, un Grémillon habría captado la luz del

Escaneado con CamScanner

crepúsculo bañando los barcos del East River, el transbordador oxidado, las cajas de pescado. En una calle de Chicago por la noche, por las aceras, había vagabundos sentados en silencio. Y los bares donde se refugian los hombres olvidados son más sorprendentes que los estereotipados *saloons* del Lejano Oeste. «En cincuenta años —me dicen mis amigos— todas estas cosas habrán adquirido el derecho de ser llevadas a la pantalla.» Sin duda, en la medida en que ya no existirán. Se podrían contar con los dedos de la mano los paisajes que aparecen en el cine: los desiertos del Lejano Oeste, las playas de Florida, los bosques de secuoyas; en ocasiones mucho más raras, una vieja plantación del sur. Pero las granjas y los pueblos de Nueva Inglaterra, las selvas y los bayous de Luisiana, los campos de tabaco de Virginia, los pueblos abandonados de Nuevo México, no los he visto jamás, tampoco los arrabales de las grandes ciudades, ni sus calles de verdad. Las historias estereotipadas se desarrollan en un mundo que verdaderamente sólo tiene dos dimensiones: carencia de atmósfera, todo es plano. Y, sin embargo, Nueva York no tiene nada que envidiar a Dublín, a Londres, a París. Se podría dar tanta presencia a Chicago o a Nueva Orleans como Rossellini se la ha dado a Roma o Carné a El Havre. Es cierto que entonces habría que hacer vivir en ellas a personajes de carne y hueso, se necesitaría que sus historias fueran humanas. En ellas se embotellaría el Empire State Building y se haría del cine americano un gran arte.

3 de mayo

Como en todas las grandes ciudades, en Nueva York se drogan mucho. La cocaína, el opio, la heroína sólo tienen una clientela específica; pero, en cambio, hay un estimulante benigno que se consume con normalidad aunque esté prohibido: la marihuana. Un poco en todas partes, y sobre todo en Harlem (muchos negros terminan especializándose en el tráfico ilegal debido a su situación económica), se venden cigarrillos de marihuana bajo cuerda. Los músicos de jazz que necesitan mantenerse a lo largo de la noche en un alto grado de

Escaneado con CamScanner

tensión la utilizan sin remilgos. Se ha constatado que no produce ningún trastorno psicológico; el efecto es más o menos el mismo de la orthedrina o la bencedrina y parece que esta sustancia es menos nociva que el alcohol.

Me apeteció probar marihuana, no tanto por la droga en sí, como por asistir a una reunión donde se fumara. Tan pronto como la formulo, mi petición es satisfecha; la complacencia americana es verdaderamente inasequible al desaliento. Z. se ha reunido con amigos que son *vipers*; es decir, habituales fumadores; hoy dan una fiesta. Cuando viene a buscarme al anochecer, me dice que la reunión comenzó hacia media tarde: estas sesiones duran mucho porque la marihuana precipita el curso del tiempo; por lo que a él respecta, ya se ha fumado un cigarrillo, nada hay en su comportamiento que lo delate. Y me aconseja que me limite a uno yo también: es más prudente para empezar, las reacciones estomacales son imprevisibles.

Me quedo atónita al ver que Z. me lleva a uno de los hoteles más importantes de Nueva York; hay en la sala una clientela típica y respetable; señores mayores con gafas doradas, señoras mayores con sombreros de flores, toda la decencia y la moral acomodada de América. El ascensor nos traslada a la quinta planta; llamamos. Una voz circunspecta pregunta: «¿Quién está ahí?». Decimos nuestros nombres; la puerta se abre y se vuelve a cerrar en seguida. En la confortable habitación caldeada en exceso hay un olor a salón de peluquería, a violetas o claveles: un olor a perfume. Es una reunión curiosa: un joven en pijama con ademanes de muchacha; una muchacha rubia, de pelo corto, con modales de chico; una magnífica mujer de pelo negro, de ojos oscuros, y un negro de tez clara que es, según palabras de Z., la personalidad más interesante de la banda. Es el dueño de la casa y bailarín de profesión, no sale jamás sin un revólver en el bolsillo: la sola idea de que un blanco pueda infligirle una afrenta le resulta tan insoportable que ha decidido que si alguna vez le pasa matará al ofensor y acto seguido se matará. Tiene aspecto risueño y relajado.

Escaneado con CamScanner

Todos han fumado ya y se sienten *high*. Me pasan un primer cigarrillo: sabe amargo, poco agradable. No siento nada. Me dicen que no me he tragado el humo; hay que aspirar igual que por una paja: aspiro meticulosamente; mi garganta arde. Todo el mundo me mira: ¿y? Nada. El joven del pijama recoge con primor mis cenizas: no hay que dejar rastro; la rubia aplasta contra la bombilla de una lámpara un papel empapado en perfume, y nos perfuma por turnos: también hay que disimular el olor a marihuana. El bailarín negro me da otro cigarrillo: «Cuestan a un dólar cada uno», me dice secamente. Sea. También sé que hay que someterse a una auténtica maniobra para conseguirla; aunque el vendedor tenga los bolsillos repletos, finge que tiene que ir a la otra punta de la ciudad para venderla más cara. Me esmero, lo hago lo mejor que puedo: nada. La morena guapa está repantigada en el sofá, con la cabeza entre las manos y cara de desesperación. «Me siento tan feliz —dice—. Tan loca de felicidad.» Tengo curiosidad por experimentar una dicha parecida, me empecino, un cigarrillo más: nada, como siempre. Me dicen: «Levántese, camine». Me levanto y camino en línea recta. Al parecer, debería sentirme como si unos ángeles me llevaran en volandas: los demás planean, me dicen, vuelan. El bailarín mima este vuelo maravilloso: y luego hace un número a cámara lenta; sabe bailar. Tienen un aspecto beatífico. La morena repite «tan loca de felicidad» con los ojos llenos de lágrimas. Lo intento una vez más; es la última, las miradas se clavan en mí, duras, severas: me siento culpable; mi garganta arde. Me trago todo el humo pero ningún ángel se molesta en alzarme del suelo: no debo de ser alérgica a la marihuana. Me vuelvo hacia el frasco de bourbon. Tengo la impresión de que durante mucho tiempo hasta el cigarrillo más inofensivo me causará horror.

5 de mayo

Tengo que partir el fin de semana: apenas comenzaba a sentirme integrada en Nueva York y ya tengo que irme. Esta idea me pone enferma; fuerzo la máquina, ya no duermo en absoluto. Como la angustia de la partida me pone un nudo en la

Escaneado con CamScanner

garganta, me resulta más fácil beber que comer, vivo en duermevela, y tal vez se hayan colado insidiosamente por mis venas efluvios de marihuana. Durante este viaje he tenido momentos de fatiga o de desamparo: pero nunca he reaccionado de forma tan inadaptada como hoy.

A menudo me siento confusa cuando el teléfono comienza a sonar hacia las nueve de la mañana; hoy el ruido me despierta de un sobresalto; una voz francesa se disculpa por molestarme, farfulla un nombre que ni me molesto en entender: evidentemente, es M. que, cuatro veces por semana, me despierta pidiendo disculpas, con cualquier pretexto. De nuevo una invitación para almorzar que ya he rechazado: cuelgo diciendo con tono seco que le llamaré antes de irme. Diez minutos más tarde, el teléfono vuelve a sonar; la voz de M. suena alegre a mis oídos: «¿La despierto?». Me da un vuelco al corazón; ¡no era él con quien hablé hace un momento! Entonces, ¿quién era? Me devano los sesos en vano, ni siquiera puedo disculparme; y tal vez fuera alguien por quien siento mucha simpatía: ¿cómo se habrá explicado mi frialdad? El remordimiento me persigue durante toda la mañana. Hacia mediodía, ligeramente sorprendida de estar libre para almorzar, llamo por teléfono a los Wright y me reúno con ellos en un pequeño restaurante. Cuando vuelvo a pasar por el hotel, hay una nota de T. B., un amigo de N. e I. que me cae bien y con quien había quedado: se sorprende de mi ausencia y me pregunta si puedo pasar a las cinco a buscarle a la oficina. A las cinco estoy en el vestíbulo del gran edificio de la avenida Lexington, pero no recuerdo el nombre de la editorial en la que trabaja; pregunto en vano al portero negro: un edificio es una pequeña ciudad, no conoce a todos los habitantes. Me quedo plantada ante el panel inmenso donde aparecen por orden alfabético todas las empresas que el inmueble alberga; pero la lista ocupa filas y filas y ni siquiera estoy segura de reconocer el nombre en cuanto lo vea. Me voy a ir desesperada, justo cuando T. B. aparece a mi lado: ha adivinado que estaría perdida y ha bajado a buscarme.

Tomamos una copa juntos, es un momento de calma. Pero

Escaneado con CamScanner

en cuanto le dejo hacia las siete, una nueva angustia me asalta; tengo que dar una conferencia esta noche, y encima en inglés: no recuerdo cuál era la dirección; me la dijeron por teléfono, no la apunté. Voy a mirar si por casualidad es en el 214 E de la calle Cincuenta y dos; pero se trata de un domicilio particular donde, evidentemente, no esperan conferencia alguna. Una especie de resignación fatalista se abate sobre mí, y entro en un pequeño restaurante francés de la Tercera avenida pensando vagamente: «Ya veremos». No obstante, a las ocho —la conferencia es a las ocho y media— la angustia se vuelve a apoderar de mí. Intento llamar por teléfono: pero la gente que sabe dónde debo dar mi conferencia ha salido ya para allá. Nadie responde. Nueva York es grande; si me paseo sin rumbo fijo, tengo pocas posibilidades de dar con la puerta adecuada. Cuando vuelvo a mi mesa, abrumada, diviso en otra del fondo a los C. B.; me precipito hacia ellos: estoy de suerte. Precisamente, iban a escucharme; me pasan un mapa con la dirección en letra impresa. A las ocho y media estoy en mi puesto.

Tal vez habría sido mejor que me hubiera acostado pronto. Otra vez he trasnochado en Chamby's con amigos, comiendo hamburguesas y bebiendo whisky hasta las cinco de la mañana.

6 de mayo

Un día de campo no me sentará mal. Estoy contenta de que los H. me hayan invitado. Tomo un tren y a las once de la mañana estoy en M., donde me entero que sólo hay un autobús para Roxbury a las dos. Hace buen tiempo y estoy encantada de pasar tres horas en un pequeño pueblo americano, donde no tengo motivo alguno para encontrarme: esto me hace recordar paradas más o menos imprevistas cuando recorría Francia y me da una sensación de intimidad con este país. El pueblo es de una fealdad peculiar, pero hay árboles en flor, césped fresco, y amo esta paz de provincias a las puertas de Nueva York. Almuerzo en un hotel que parece una sede de gobierno civil: el restaurante está en el primer piso, decorado con fres-

Escaneado con CamScanner

cos y casi vacío. Mi presencia me parece más gratuita precisamente porque no me esperan a ninguna hora concreta, también porque, por otra parte, no conozco a los H. (apenas les vi hace ahora tres meses) y porque ellos no tienen más motivos para invitarme que yo para ir a verles.

El autobús me lleva a través de un paisaje donde la primavera es tan sutil como en la Ile-de-France: mucha agua, lagos y ríos, praderas onduladas, blancas carreteras con grandes árboles de sombra, flores por doquier. Que no me digan que América no tiene campo, aunque el *poison-ivy* infeste las praderas; por otra parte, esas grandes ortigas venenosas no intimidan a todo el mundo: mucha gente está feliz de poder vivir en mitad de estos frescos horizontes. Hasta en este rincón civilizado del este, la magnífica generosidad del espacio ha sobrevivido a la civilización moderna: ni un tren, ni siquiera un autocar conduce a Roxbury. Tras bajar del autobús, todavía hay que tomar un taxi; es un pueblo perdido en las colinas. Y tampoco es un auténtico pueblo: cada casa está perdida entre prados y bosques. Sólo los ricos propietarios o los pastores miserables poseen en Francia soledades tan vastas y risueñas; aquí la villa más modesta reina sobre una extensión que se pierde a lo lejos como la mirada. ¡Qué de espacio vacío hay en América! De nuevo me produce la vertiginosa sensación de que sólo asisto a la infancia del mundo.

S. H. es francesa, pinta; su marido se interesó durante mucho tiempo por la cultura india: su casa despertaría las envidias de los habitantes de Canyon Road, en Santa Fe. En el estudio donde llamea un fuego alimentado con madera, entre flores y follaje hay máscaras indias, muñecas, collares de semillas, joyas, tocados de plumas, alfombras, mantas, cerámica; no resulta excesivo: todo es hermoso. En las estanterías de madera clara, viejos libros: una inmensa biblioteca que H. heredó de sus padres y que ancla la casa nueva en el viejo pasado. Están las obras completas de Hawthorne y las de Meredith, Henry James, Thackeray: la vieja cultura americana de raíces inglesas. Los bonitos objetos de Nuevo México entre la flora de Nueva Inglaterra, el peso de la tradición en libros

Escaneado con CamScanner

entre flamantes paredes: una feliz síntesis de diferentes aspectos entrañables de América, más conseguida aún cuando la voz de Billie Holliday fluye del rincón de la gran chimenea rústica.

H. es escultor, en Nueva York vi una bonita exposición suya. Echo un vistazo en su estudio. Me recuerda a París, a un jardín silvestre, el estudio de G.: cascotes, escombros, paredes embadurnadas de manchas, lluvia supurando por el techo y tiritona en invierno. No creo que ningún artista americano pudiera trabajar en semejante indigencia. En esta vasta estancia bien calentada, alumbrada racionalmente, queda vedada la entrada a la contingencia de las estaciones, a los caprichos del mundo exterior; todo está limpio, reluciente, todo está previsto y ocupa un lugar necesario; hay herramientas minuciosas, instrumentos de precisión, como si fuera el taller de un relojero. Los planos que el cerebro ha concebido deben ser ejecutados con rigurosa exactitud: parece chocante que tengan que encarnarse en la materia grosera de una manera sensible. Lo ideal sería que el vacío se dejara dar forma. No obstante, lo que H. manipula desde luego es materia que opone resistencia, pero él lucha: gana o pierde. A pesar de la diferencia tan palpable del instrumental, supongo que aquí se enfrentan a los mismos problemas que en Francia. Y sin duda, con los ingenios mecánicos más recientes de América o con nuestras viejas herramientas, los problemas que los hombres se plantean son los mismos.

7 de mayo

Esta mañana, S. viene a buscarme en coche. Le conocí al principio de venir aquí porque había aceptado patrocinar una de mis conferencias. «Es un señor muy importante», me había repetido veinte veces el francés que nos presentaba en el bar de Saint-Régis; y penetrado por ese respeto por la importancia que tienen los franceses importantes y más todavía los que quisieran serlo, se atragantaba de timidez. Hay pocos americanos que aprecien el servilismo: S. no es uno de ellos; parecía visiblemente molesto; no había nada en sus modales

Escaneado con CamScanner

que delatara que prestaba la menor importancia a su importancia; era ni más ni menos que un hombre cordial y vivo. Y, desde luego, su cordialidad en seguida se manifestó de la manera más efectiva: por los encuentros que me ha organizado y los favores que me ha prestado. Gracias a él pude ver en el Museo de Arte Moderno una vieja película muda de Douglas Fairbanks, y la sorprendente *Enoch Arden*, una de las primeras películas de Griffith. Hoy, me lleva a dar una vuelta por Connecticut. Su mujer conduce el coche y su amigo D. nos acompaña. El automóvil tiene una carrocería de madera, y es enorme como un autobús pequeño: había visto con frecuencia estos modelos rústicos y creía que eran lentos como camionetas. Pero la verdad es que están provistos de motores excelentes, pueden llevar a una familia de diez hijos a ochenta millas por hora. Roxbury es una de las numerosas colonias de artistas en los alrededores de Nueva York. Buscamos la casa del pintor francés T., vecino de H., lo que significa que vive a veinte millas de aquí; nos extraviamos por carreteras secundarias, cuyos hitos y señalizaciones están tan espaciados como en el Lejano Oeste, antes de descubrir la fachada de madera de un amarillo chillón. T. nos ofrece cócteles de ron, rosas como sirope de frambuesa, y un almuerzo excelente; nos vamos pronto, porque tenemos un largo recorrido por hacer. No lejos de aquí se encuentra el estudio de Calder, con su fauna y su flora de metal móvil y suave murmullo; pero no iremos a verle porque hoy Calder está en Nueva York. Las joyas que se inventa se han convertido en distintivo entre las mujeres que pertenecen al medio de «vanguardia»: he estado en reuniones donde cinco de cada cinco las llevaban. Siento no poder echar un vistazo a esos tesoros. Pero me llevan a otra galería de arte no menos interesante. En pleno centro de un pueblo tranquilo, de casas de madera pintada, diseminadas por céspedes por donde fluye un arroyo, está la mansión de la señora D.; esta mujer mayor de ochenta años y origen alemán ha reunido en este retiro jarrones chinos, figuritas del siglo XVIII, retablos españoles y piezas que se cuentan entre las más raras del arte moderno. Entre otras, tiene estatuas de

Escaneado con CamScanner

Brancusi y la famosa pintura en vidrio de Duchamp, *La novia desnudada por sus propios pretendientes*, trasladada aquí desde el Museo de Arte Moderno; está resquebrajada debido a los numerosos viajes, pero las finas fisuras de cristal guardan cierta armonía con el diseño original, añaden todavía más verdad a este extraño objeto erigido en las lindes entre el mundo imaginario y el mundo real. Duchamp también pintó en el salón un dintel de puerta donde pegó una mano de papel rosa. Se inventó una falsa ventana que es una imitación perfecta, en tamaño reducido, y un ascensor que se parece tanto a un ascensor de verdad que la vieja dama lo utiliza para subir de un piso a otro: te elevas tirando de una cuerda con polea. La señora D. me pregunta cuál es el recuerdo más lejano que guardo de mis existencias anteriores y me quedo lo bastante turbada como para no responder.

Una magnífica autopista nos lleva de vuelta a Nueva York; de vez en cuando hay un letrero con el nombre de una ciudad y supongo que allá, a nuestra derecha, hay núcleos urbanos; pero no divisamos ni una casa a lo largo de todo el recorrido: sólo prados, bosques, pinos y, a fogonazos, el mar deslumbrante. Es el mismo paisaje que, cautivo en los hielos invernales, me recordaba a Canadá cuando me fui por primera vez de Nueva York. Ya no tiene nada de nórdico; está verde y florido. El extrarradio de Nueva York es encantador, con sus peripuestas casas perdidas en grandes jardines. Para volver, seguimos el cauce del Hudson y durante un rato largo vemos enfrente de nosotros el admirable puente de Washington. El sol se pone tras el Empire State Building que abandono y reencuentro cada vez con la misma emoción. Seguimos la drive, nos metemos en un gran túnel: estas carreteras superpuestas, estas bifurcaciones en espiral, estos subterráneos que, evitando todos los cruces, permiten un máximo de velocidad son de una complicación que me supera: el más mínimo error entraña largos desvíos. Pero la señora S. es ducha en estos menesteres y me deja sin problemas en Brevort.

Ceno con E. A. en casa de dos de sus amigos que pertenecen a la redacción de la revista *View*; en su pequeño apar-

Escaneado con CamScanner

tamento de la down-town, vuelvo a encontrarme con S. K., poeta, ensayista y crítico. Mi primer party americano fue en su casa, pero en aquel momento estaba tan perdida que habría sido completamente incapaz de reconocerle. Se entabla una gran discusión, que dura hasta bien entrada la noche, sobre la acción. Un tema que me interesa entre todos, ya que constantemente en los jóvenes de las universidades, en los intelectuales de Nueva York (por no hablar ni del Lejano Oeste ni de Santa Fe), he constatado una toma de partido por la inercia que cuando menos me parece asombrosa. En cambio, a S. R. le asombra lo que él denomina nuestro «complejo de acción». Tanto Saint-Exupéry, como Malraux y Koestler le parece que sufren de esa enfermedad igual que Camus, Sartre, por no mencionar a Aragon. Naturalmente, no es que él predique una actitud de yogui; hubo momentos en la historia en los que la acción era posible: Lenin constituye un buen ejemplo. Pero hoy día, la situación objetiva no permite ninguna intervención individual eficaz en Francia, tampoco en América: la voluntad de acción ya sólo es una actitud subjetiva; una actitud inadaptada, que exigiría ser psicoanalizada especialmente en el caso de los intelectuales, dado que por el momento no tienen ninguna función que desempeñar. Por otra parte, es significativo, dice, que los héroes de un Hemingway, como los de un Koestler, se definan siempre como *outsiders*; en *¿Por quién doblan las campanas?*, Jordan ni siquiera sabe exactamente por qué toma partido por los españoles rojos. De igual forma, Koestler sólo es en *Testamento español* un periodista, un testigo; describe desde fuera el drama de Palestina sin que él mismo sea sionista; en *Arrival and Departure* el personaje principal se empecina en participar en la guerra como consecuencia de un trauma de la infancia, él mismo lo confiesa. Yo objeto que el tema de este último libro es precisamente que los móviles subjetivos y contingentes no bastan para explicar la complejidad de un ser humano y que, por otro lado, le corresponde a él plantearse libremente sus móviles: ese trabajo de relojería enmascara la verdad del ser humano que sistemáticamente convierte en fines lo que él cree que es. Sin

Escaneado con CamScanner

duda, siempre existe un hiato entre la verdad subjetiva y la realidad objetiva de una acción; todo agente es también actor y no puede saber qué rostro adopta en el mundo de los demás seres humanos el papel que él desempeña en la escena privada: en la medida en que sea esto lo que S. sostiene, estoy de acuerdo. Pero yo le acuso de sofista cuando decide explicar a los intelectuales comprometidos mediante móviles, y su actitud personal mediante un motivo objetivo. Nos peleamos largo rato sin que desde luego ninguno de los dos convenza al otro. Me encantaría comprender cuál es el entramado de móviles y motivos que subyace en su propia actitud.

Todos los intelectuales que he tratado me han sido presentados los unos por los otros; no se puede decir que formen un mismo grupo —no todos se conocen entre ellos—, pero poseen tendencias y valores comunes; constituyen *cierta* categoría, la única de la que podría hablar. En pocas palabras, son hombres de extrema izquierda que desean una sociedad sin discriminación, sin clases y sin fronteras. Salvo alguna excepción, todos fueron comunistas entre 1930 y 1935, y dejaron de serlo en distintas épocas. A continuación evolucionaron de manera diferente. Pero salvo R. Wright, que por su situación especial se encuentra y se quiere comprometido, todos profesan hoy día una especie de individualismo pesimista. No sé lo suficiente para comprender de forma absolutamente satisfactoria su actitud, pero así es poco más o menos como yo la entiendo.

En primer lugar, hay que tomar buena nota de que su evolución política tiene un sentido distinto a la de un francés que hubiera dejado el PC después de haber sido miembro de él. Aquí los comunistas no constituyen un partido electoral; no poseen auténtica existencia política: es un grupo difuso, de límites bastante inciertos, y no una organización estable; se entra y se sale de ella mucho más fácilmente que en Francia: declararse comunista no implica el mismo tipo de compromiso que en nuestro país y retirar el apoyo al movimiento no es un acto tan grave. R. W., E., N., A. pertenecían en Chicago al club de John Reed bajo los auspicios del autor de *Diez días que conmovieron al mundo*; pero era un club privado. Ser

Escaneado con CamScanner

comunista constituye casi una actitud privada y una cuestión de opinión personal. Creo que sería difícil persuadir a un americano de que aceptara una disciplina colectiva si no puede adherirse totalmente en espíritu: su individualismo es demasiado profundo. Así que basta con una evolución de su pensamiento para que se *encuentren*, casi sin haberlo decidido, con que ya no son comunistas. N. A. me explicó, por ejemplo, que había dejado de ser comunista porque no encontraba razones para seguir siéndolo: eso le basta. La adhesión y el rechazo no se consideran como en nuestro país actitudes simétricas, igualmente positivas y significantes: corresponde al comunista demostrar que su elección está fundamentada, y no al que se mantiene o se reconvierte en neutro. Desde luego, es, no obstante, por razones objetivas por lo que ha habido tantas fluctuaciones subjetivas. Los escritores a los que me refiero antaño pusieron su esperanza en una revolución social porque querían otra América, querían justicia e igualdad concretas. Pero la evolución de Moscú, la dictadura estalinista, no se correspondía en absoluto con sus objetivos: en 1936 muchos repudiaron el estalinismo. Por otro lado, los comunistas americanos no tienen un gran prestigio a ojos de los comunistas de otros países; no consiguieron entrar en contacto con las masas obreras, jamás su trayectoria fue revolucionaria, no son ni eficaces, ni siquiera están vivos; hoy día su acción se limita a hacer propaganda prorrusa, que, sin embargo, en los terrenos político, económico y social es más o menos nula. A esto hay que añadir en cada caso individual razones más personales: móviles o motivos, no lo sé. Aunque el conjunto de los intelectuales comunistas de hoy son una formación nueva: la de los años 1930-1936 se disolvió.

Los caminos que dichos intelectuales siguieron después son bastante diferentes: el grupo de *Partisan Review* y Farrell fueron trosquistas; los primeros terminaron por deslizarse hacia la derecha y por avenirse más o menos con el imperialismo americano, cosa que constituyó una de las razones de la escisión con *Politics* que permanece mucho más fiel al ideal de revolución permanente. Otros buscaron soluciones perso-

Escaneado con CamScanner

nales: L. W. se limita a violentas sátiras, escritas y sobre todo habladas, contra la civilización americana. N. A., en sus libros, en la radio, en su vida individual se preocupa de cuestiones sociales concretas tales como la delincuencia juvenil. Entre los partidarios más convencidos del rechazo de la acción están A. E. y S. K. El primero casi no ve otra salida que el martirio; dice que en caso de guerra ruso-americana él se haría objetor de conciencia, aunque tuvieran que fusilarle. S. K. ha permanecido fiel a la ideología marxista. Y precisamente en ella encuentra una justificación de su actitud actual y de la de sus amigos: en el momento que atravesamos no hay lugar para una acción auténticamente revolucionaria desde dentro de América; en esta coyuntura hay que resignarse a seguir siendo partidario de esperar a los acontecimientos.

Para discutir la verdad objetiva de esta afirmación, habría que poner en cuestión toda la filosofía de la historia; lo que me interesará aquí es sólo el aspecto subjetivo del problema. Porque, desde mi punto de vista, al constituir toda toma de conciencia una superación, me encantaría saber por qué los intelectuales americanos han elegido esta forma de superación, a saber: la pasividad. Desde luego, no se requiere mucha ciencia marxista para ver que el advenimiento en Estados Unidos de un estado socialista no va a suceder mañana. Si se rechaza por igual el régimen policial y burocrático que hace estragos en Rusia y el capitalismo americano con sus consecuencias imperialistas, no hay mucho espacio para la esperanza. Pero la diferencia de conducta, por una parte, entre franceses, italianos y, por otra, americanos frente a una misma situación dada es flagrante. Procede de la profunda diferencia entre las tradiciones políticas de dichos países. La intensa vida interna de los partidos, la relación entre vida sindical y vida política, permite a los ciudadanos franceses una participación perpetua en los movimientos políticos: cada uno de ellos se considera un agente histórico. Sabemos que no existe nada de eso en América. Ya he señalado, a propósito de los jóvenes en las universidades, el derrotismo que se abate sobre la nación. Hay una clase que detenta el poder económico y

Escaneado con CamScanner

ejerce influencia en la política —que dirige los negocios, forja proyectos, decide y emprende— a la que llaman pullman-class. En tiempos del self-made man, dicha clase estaba abierta de par en par. Pero como las barreras sociales se han hecho cada vez más herméticas, las capas sociales ya no tienen grandes esperanzas de acceder a ella. En todo caso, los intelectuales de los que estoy hablando no forman parte de la pullman-class: no viajan en pullman y no esperan tener influencia sobre el público que sí lo hace. Por otra parte, no encuentran en las masas ni una audiencia, ni posibilidad alguna de apoyo. La relación del escritor francés con las masas está muy lejos de ser satisfactoria; pero una burguesía en estado de descomposición, un pequeña burguesía desconcertada, una clase obrera vacilante, constituyen una audiencia con la que resulta imposible entrar en contacto. A Richard Wright, por ejemplo, le sorprende el prestigio del que gozan todavía hoy en nuestro país algunos escritores; bien o mal, son conocidos, tienen peso. En América esta relación sencillamente no existe; los escritores no son populares o sólo lo son a título de entretenedores; las mujeres de la pullman-class que constituyen su audiencia más habitual sólo les piden distracción; el resto de la nación los ignora. El escritor no tiene posibilidad de influir profundamente en la opinión pública; algunos de los jóvenes son hasta tal punto conscientes de ello que se dedican a la radio; no piensan que los libros constituyan un medio para dejar oír sus voces. También hay que contar con el dirigismo literario del que me hablaba Farrell y que sólo da oportunidades a los autores neutros o conformistas. Por último, incluso si un escritor consigue que sus ideas penetren en las masas, éstas están tan inertes, tan desprovistas de todo instrumento de acción, que no logra gran cosa. Toda la historia de América explica esta pasividad: la inmigración entrañó una heterogeneidad de culturas poco propicia a una toma de conciencia colectiva. La existencia de fronteras abiertas, las oportunidades que se ofrecían a todo ciudadano hacían que los inmigrantes se volcaran en la consecución de fines individuales, y la inestabilidad social despojaba sin cesar de líderes a las capas inferiores. Como

Escaneado con CamScanner

consecuencia, en la anquilosada sociedad de hoy, las masas permanecen divididas, inorgánicas, privadas del sentido de solidaridad y, por ende, pasivas, como meras receptoras. Es posible que la situación cambie. Pero tal y como está hoy en día, no existe ninguna esperanza de que un escritor aglutine fuerzas vivas por la sencilla razón de que dichas fuerzas vivas no existen. Y precisamente por eso no es entendido: no se le escucha. Para escuchar con atención, se requieren proyectos, esperas, voluntades y rechazos, y eso es lo que falta en el pueblo americano. No es cierto que aquí se desprecien las ideas; al contrario, el americano medio desconoce el cinismo y para él una idea no es un juguete: en seguida está dispuesto a llevarla a la acción. Y a la inversa: si no está dispuesto a la acción, se cierra a las ideas. En Francia, en Italia, acogemos de mejor grado las ideas en la medida en que menos consecuencias implican; para conciencias puritanas que distinguen muy netamente el Bien del Mal, lo Verdadero de lo Falso, las ideas acarrean consecuencias; pero también las eluden o al menos no van a su encuentro. Me parece que ahí reside la razón esencial de esa diferencia de actitud de la que hablaba: el escritor francés levanta con facilidad torbellinos a su alrededor y dichos resultados le animan a una acción tal vez ilusoria; mientras que el americano no turba la gélida inmutabilidad que le rodea. Más que clamar en el desierto, se calla o se limita a cuchichear confidencias a un pequeño grupo de amigos. Sería presuntuoso querer decidir qué es más sensato: si su abstencionismo o nuestra agitación.

8 de mayo

Sean cuales sean las razones profundas de la situación de los intelectuales americanos, es cierto que muchos de ellos la sufren. L. W. me decía maliciosamente el otro día que los escritores franceses, italianos, ingleses, tienen celos porque a cada uno le da rabia el éxito del otro y le envidia: pero los escritores americanos se detestan porque cada uno descubre en el otro la imagen de su falta de éxito y de su propia miseria. En parte, esa acritud, al convertirse en complejo de inferioridad,

Escaneado con CamScanner

les impide tener miras más audaces y mostrarse dignos de una influencia mayor: nos encontramos aquí con el mismo círculo vicioso de los profesores universitarios. En particular, he oído lamentar que la Liga de Escritores se mantuviera de forma tan obstinada por debajo de sus tareas; en sus reuniones, se limita a tratar cuestiones de dinero e intereses: ¿cómo se obtiene una mejor distribución de los libros? ¿Cuánto debe llevarse el escritor cuando se publica un libro en una revista? Las discusiones ideológicas, si alguna vez tienen lugar, casi no van más allá de temas como este: «Is writing fun?: ¿Es escribir placentero?». Hay que decir que nuestra Société des Gens de Lettres, que sería más o menos la equivalente a esa asociación, tampoco tiene un radio de influencia muy apreciable. Para cambiar un poco el clima, Wright ha tenido la idea de invitar esta noche a intelectuales extranjeros de paso por Nueva York y de pedirle a cada uno que hiciera una breve exposición sobre la influencia en su país de la literatura americana. La velada comienza con una cena excelente con cócteles, vinos y comida muy francesa en el bonito hotel Algonquin. A continuación, un argentino, un sueco, un alemán antinazi, una americana que ha vivido mucho tiempo en China y yo misma damos nuestro *speech*, cada uno con su acento autóctono. El público que nos escucha es triste y chapado a la antigua, en gran parte femenino. Un delegado del Departamento de Estado que nadie había invitado ha hecho una intervención que a todos nos ha parecido inútil: con el pretexto de estudiar la «influencia» de la literatura americana, sólo ha tocado el tema de las salidas que el libro americano puede y debe encontrar en los mercados extranjeros; la verdad es que parecía que se trataba de vender algodón. Habla con una piedad enternecedora de la pobre y pequeña Europa sin techo, sin pan, sin fuego, sin zapatos. Y de la ayuda que América debe darle, de los libros que debe enviarle para nutrirla espiritualmente. «Cuando los medios de transporte eran escasos e inasequibles —dice— enviamos por avión a Polonia una copia de la película *Lo que el viento se llevó*. Algunos nos reprocharon semejante gasto. Pero tal vez haya habido un puñado

Escaneado con CamScanner

de polacos que al asistir a la película hayan comprendido que todavía existe en el mundo una tierra de libertad...» «Ha sido milagroso —me dice Wright— que no se haya pronunciado la palabra dólar. Más vale que haya sido un miembro del Departamento de Estado en vez de un escritor.»

Al volver a mi hotel, reflexiono con perplejidad. Tenía que dejar Nueva York en dos días. Un contratiempo retrasa mi partida. Vacilo. N. A. me sugería el otro día que volviera a ver Chicago; me han dicho con frecuencia que para comprender América, Chicago es tan importante como Nueva York. Por otra parte, me gusta estar aquí. Me gusta esto, pero de una forma extraña: empiezo a sentirme incómoda. Tengo un círculo de amigos, de costumbres. Cuando deambulo por la avenida Greenwich, cuando me siento en un Banco de Washington Square, cuando hojeo el *New Yorker* para encontrar la cartelera de cines, siento que mi fantasma ha tomado cuerpo. Esta tarde, la mujer de A. E. me llevó a un ensayo de danza en un estudio de la up-town: era un ballet futurista que se presentará de aquí a una semana en círculo muy restringido. El compositor John Cage estaba al piano. Me gustó la coreografía cuya flexibilidad imitaba el arte de la rigidez, me gustaron los hermosos accesorios abstractos que los bailarines llevaban solemnemente en sus manos y las sorprendentes proezas de Cunningham, la estrella de la compañía. Pero me gustaba sobre todo la intimidad de esas horas de trabajo en las primeras horas de una tarde calurosa; las mujeres iban embutidas en mallas negras más o menos desgarradas y remendadas que me parecían más hermosas que ningún otro traje concebido para seducir al espectador. Al ser admitida con familiaridad entre bastidores me daba la impresión de que Nueva York me ha adoptado. Saliendo de una noche de discusión apasionada y de jazz, he paseado con A. E. y L. W. al borde del East River; el día despuntaba a través de la llovizna que mojaba los barcos; el muelle estaba desierto; un marino fregaba la cubierta de un gran buque hosco; la Battery se perfilaba a lo lejos. Un atardecer, yo estaba sola; desde lo alto de Tudor Square, asomada a una balaustrada, miraba un enorme

Escaneado con CamScanner

sol rojo y redondo que descendía sobre el agua; a algunos pasos, un hombre asomado a la balaustrada miraba el mismo sol: yo pertenecía a la ciudad, tanto como él. Y, sin embargo, a pesar de la comodidad y la poesía de tales impresiones, no son más que señuelos. Aquí mis amigos tienen profesiones, preocupaciones cotidianas. Tienen todos los problemas de los que he hablado. Yo me quedo fuera. Cuando discuto, es para comprender, para saber: pero no me la juego. Esos bailarines que, entre fatiga y calor, empezaban sin tregua una y otra vez, vivían un momento auténtico de su vida, se arriesgaban. Yo jamás arriesgo nada. Me quedo en mera espectadora. Cuanto más íntima me hago de este mundo, más necesidad siento de encontrar en él mi sitio: tal vez si pasara mucho tiempo aquí, lo encontraría. Pero en diez días, no es cuestión de ponerse a buscarlo. Nueva York ya no es un espejismo que tengo que convertir en ciudad de carne y hueso: es una realidad abrumadora; tiene la opacidad y la resistencia de la realidad. Sólo recibiré algo si me entrego a ella, pero sería necesario un cambio radical de existencia para que ese don fuera posible. Visitadora, viajera, ése es el lote que me corresponde. Mañana por la mañana iré a reservar una plaza en el avión de Chicago.

9 de mayo

Así que he aquí mi última velada en Nueva York. La pasaré en Harlem con A. E. y R. W. Cenamos en un restaurante chino y pedimos a un taxi que remonte toda la drive que sigue el East River: metamorfoseados en la noche, Brooklyn y Queens lanzan destellos; las fachadas de los rascacielos se han hecho translúcidas, los rojos y verdes de los luminosos de neón engalanan el cielo. Es la última vez que veo este paisaje fabuloso. Wright está muy alegre: imita a un *speaker* comentando en la radio un partido de béisbol, y al señor Anthony dando consejos a las almas en pena. Cuando paramos, el conductor le dice con admiración: «Es famoso su número» y, para no ser menos, pone en funcionamiento en nuestro honor las lunas de su coche último modelo que suben y bajan automáticamente.

Escaneado con CamScanner

En el primer club nocturno que entramos, la orquesta toca ese jazz nuevo del que A. E. me había hablado: el be-bop. Los blancos se apresuran a desfigurar lo que los negros inventan, y los negros retoman dócilmente por su cuenta esas deformaciones. Aquí los músicos tocan un jazz que, en lugar de inscribirse en la tradición de Nueva Orleans como el be-bop original, sólo es expresión jadeante, exasperada de la fiebre neoyorquina. La sala está vacía: es la «recesión»; a menos que el público no pueda tolerar estos estallidos de ritmos. A decir verdad, es imposible soportarlos largo tiempo, al cabo de una media hora nos sentimos destrozados. El segundo club está menos desierto, la música es menos mortificante; algunas actuaciones: canto y baile. Un número cosecha un gran éxito: es una vieja negra en bata de felpa de algodón, con bigudíes alrededor de la cabeza y un gorro de dormir enorme, que arrastra chanclas, canta y cuenta historias con voz bronca. A. E. y R. W. me aseguran que es graciosa; pero esas canciones y palabras declamadas con acento de sur, llenas de alusiones y de dobles sentidos, me resultan herméticas. La mímica me divierte, el personaje me encanta, pero siento la humillación de no comprender una sola palabra.

Bajamos a pie por la avenida Lenox y como tenemos hambre, entramos en un restaurante Barbe-Q. A menudo he visto esta marca por todas las ciudades de América; la carne *barbecue* es carne asada en espetón, simplemente. Dicha técnica primitiva se considera una atracción divertida en el país de las cocinas eléctricas. Nos sentamos a una mesa de madera oscura, en un comedorcito donde, tras el mostrador, los pinchos giran en un asador; en una vara de acero hay pollos y chuletas de cerdo ensartados. Las paredes están cubiertas de fotografías: boxeadores, bailarines, bailarinas, cantantes de color. Hay muchos lemas chistosos como en todos los bares populares, pero de todos ellos hay uno que nos llama especialmente la atención: «If you want your prayers answered, don't stay on your knees, get up and holler»: «Si queréis que vuestras plegarías sean atendidas, no os quedéis de rodillas: levantaos y gritad». Estamos en Harlem.

Escaneado con CamScanner

Comiendo chuletas de cerdo y patatas fritas, bebiendo agua —porque estos sitios modestos no tienen licencia para servir bebidas alcohólicas—, terminamos discutiendo espontáneamente sobre el problema de los negros. Wright deplora entre otras cosas el tipo de atracción que muchos blancos en el norte —especialmente en Nueva York— experimentan por los negros. Los definen como la antítesis de la civilización americana: magníficamente dotados para la música y la danza, ricos en instintos animales, entre ellos una extraordinaria potencia sensual, despreocupados, despistados, soñadores, poetas, abiertos al sentimiento religioso, indisciplinados, infantiles. Así es la imagen convencional que les gusta hacerse de los negros. Y «van con negros» porque han proyectado en ellos lo que desearían ser y no son. Pero los más fascinados son los que perciben en sí mismos las deficiencias más profundas; de manera que estos *nigger-lovers*, como los llamarían la gente del sur, son en su mayoría amargados, enfermos, individuos neuróticos, débiles carcomidos por el complejo de inferioridad. Que Mezzrow se vaya a vivir a Harlem y prefiera sistemáticamente los negros a los blancos es consecuencia de esa actitud: Wright la encuentra nefasta, porque tiende a perpetuar el abismo existente entre negros y blancos. Las diferencias evidentes entre las dos castas proceden de divergencias de situación histórica, económica, social, cultural que, al menos teóricamente, se podrían abolir. Pero ésta es una de las verdades de las que a los americanos blancos, incluso a los más bienintencionados, no les gusta dejarse convencer.

11 de mayo

Entre Nueva York y Chicago, sobrevolamos una llanura más monótona que un desierto; he dormido durante todo el trayecto; como el huso horario cambia, me hago un lío con esas historias de hora oficial y hora local, ni siquiera sé cuántas horas ha durado el viaje: la mañana me parece igual de joven a la llegada que a la partida. Tengo la impresión de que me han trasladado a Chicago por arte de magia: y sólo por arte de magia podría salir de ella. Nunca una ciudad me ha

Escaneado con CamScanner

rodeado con una densidad tan impenetrable; me siento más perdida que el día de mi llegada a América, además de prisionera. Es difícil reconocerse en estas calles: desde luego, se cruzan en ángulo recto y, sin embargo, hasta en el plano del que me he provisto esmeradamente, dan una impresión de desorden. No se suceden regularmente con las avenidas, muchas veces tienen nombres en lugar de números, van a morir a canales, descampados, vías de tren; me extravío por ellas; son infinitas, hasta en el plano. Nueva York es enorme, pero su trazado es claro, está dictado por necesidades geográficas y es fácil de abarcar en una imagen; los grandes ríos desembocan en mar abierto; hacia el norte, la ciudad se detiene en vertical sobre el Hudson, frente a acantilados escarpados. Se percibe cercando a Chicago la presión de llanuras infinitas; es una ciudad de pura tierra; el lago cerrado por un flanco no permite evasión alguna. De vez en cuando, al cabo de un largo trayecto en tranvía, en tren o en ferrocarril elevado, los edificios se diluyen, parece que por fin la ciudad va a decidirse a morir: renace, más vigorosa; sólo habíamos llegado hasta un viejo confín, pasado el cual han construido nuevos barrios; y más allá, hay todavía otro cinturón urbano, y otro más allá. Pero no sólo son estas dimensiones desorbitadas las que confieren a Chicago su densidad: Los Ángeles es inmensa, pero desmenuzable. Esta ciudad está hecha de una pasta opaca, sin levadura; huele a humanidad como ninguna otra ciudad del mundo; es lo que hace la atmósfera tan asfixiante y tan trágica. Ni la naturaleza ni el pasado se filtran en ella, pero a falta de aspecto pintoresco, posee una negra poesía. El negro es su color: es un color orgulloso, brillante como las facetas de un fragmento de antracita. De norte a sur, de este a oeste, las calles están atravesadas, habitadas, por esas construcciones metálicas del *elevated*, que llaman familiarmente *el*. Esta techumbre de acero transforma las avenidas en sombríos túneles; las vigas que se estremecen por el paso del tren colman el aire de gemidos que penetran hasta en las casas: es una gran voz natural, como la del viento en los bosques. También hay viaductos, puentes, raíles por los que día y noche se lanzan

Escaneado con CamScanner

vagones y locomotoras silbantes. Los tranvías van renqueando ruidosamente por el centro de las calzadas. Aquí los destinos humanos se forjan en estos rumores metálicos; también en el polvo, en el hollín. La suciedad es tan vertiginosa que se elimina a sí misma: una carbonera no está sucia. Cuando camino por el Loop un día soleado, la sombra que baña la calzada armoniza tan bien con los muros color noche que se diría que los altos edificios retienen, incrustadas en sus piedras, grandes sombras inmóviles. Los bloques están aquí hendidos por angostas sentinas: a derecha, a izquierda, sus paredes están decoradas con escaleras de incendios tan cercanas unas de otras que es posible darse la mano desde ambos lados; de arriba abajo de estas fallas, la sombra es una enorme polvareda imprecisa; en el corazón de los barrios ricos, estos entreveros de noche y metal anuncian ya la dura vida de las vastas extensiones de alrededor. Lejos del centro, entre casitas de ladrillo y cabañas de madera, el negro se diluye; en las calles pavimentadas se abren veredas de tierra batida, callejones sin salida y patios con cubos rebosantes de basura arrojando al viento sus cenizas: sólo los vacían una vez por semana. El aire levanta remolinos de polvo terroso, grisáceo; te lanza a los ojos briznas de paja, carbonilla, te lanza periódicos y papeles grasientos que se te enredan en las piernas, arrastra un amargo aroma a incendio: como en Nueva York, los niños se divierten pegando fuego a los detritos. Ayer anduve dos horas en sandalias por estas aceras: mis pies se cubrieron de una densa capa de hollín que se había filtrado por la parte inferior de mi vestido. Hay que llevar zapatos cerrados y limpiarlos cuatro veces al día.

No obstante, en las lindes de Chicago, hay una zona risueña y azul. En esta tarde de domingo, he ido a parar a la orilla del lago entre un césped verde inmenso; bajo el sol las aguas son pura seda y diamantes, y en ellas cimbrean yates y velas blancas: es el lujo sereno de las costas azules. A mi izquierda, entre bruma caliente, se yerguen los rascacielos de la avenida Michigan; nada evoca la miseria de sus ruinas. Mucha gente está sentada en la hierba, al sol; hay dos enamorados muy reca-

Escaneado con CamScanner

tados que apenas se rozan la mano, jóvenes que han organizado en el césped un partido de béisbol y entre los arbustos niños tendiendo emboscadas juegan a los siux. Sigo a la multitud que me arrastra hacia un edificio circular: es un acuario; hay centenares de especies de peces y miles de visitantes; se miran unos a otros con recíproco estupor. Es un día de primavera, de vacaciones. Hay gaviotas revoloteando sobre el lago y Chicago parece una gran ciudad alegre y señorial.

Las noches de Nueva York siguen siendo para mí una especie de espejismo. Aquí en seguida siento la garganta tomada, anegada en una atmósfera sofocante. Salgo con N. A. y C. L., una joven que tiene una librería cerca del hotel donde estoy alojada, y deambulamos mucho rato por Clark Street y State Street: junto con Madison, es de una de las tres calles licenciosas de Chicago: el lujo y la miseria se codean en ella con la más extraordinaria familiaridad. Hay cines, restaurantes, espectáculos de variedades, cafés-cantante, dancings y bares perdidos en el infinito. Los que son elegantes están iluminados con luces azules, violetas o rojo oscuro, filtradas, que no hacen daño a los ojos. Están acolchados, decorados sobriamente y casi siempre vacíos en sus tres cuartas partes; son agradables para conversar. Justo al lado de estos locales tranquilos y frecuentados por personas decentes, se abren antros como los que me encontré la primera vez que pasé por aquí, atestados de borrachos y vagabundos, con mesas de madera grasientas iluminadas por luces violentas e inmersos en ruido. Tanto en unos como en otros, se encuentra una atracción característica de Chicago: la *dice-girl*. Está de pie tras una mesa con tapete verde, un cubilete de dados y un papel al alcance de la mano; el jugador, de pie frente a ella, elige un número y echa los dados: ella anota los puntos. En 26 jugadas hay que sacar más de 13 veces la cifra elegida para ganar una suma equivalente a la que se ha apostado; es uno de los juegos más rudimentarios, pero tiene el atractivo de todos los juegos de envite, y la dice-girl casi no descansa. Es un personaje popular en Chicago, y a veces sucede que tiene un aciago destino: no es extraño leer en el diario que han asesinado a una dice-girl:

Escaneado con CamScanner

pasa sus noches en el límite de zonas peligrosas donde la pasión por el juego y el erotismo se desencadenan. En principio, los juegos con dinero están prohibidos, pero en muchos locales la sala del fondo es una timba; ayer vi una que habían abierto tranquilamente al lado del guardarropa; no admiten mujeres y hay que conocer a uno de los habituales para que te dejen pasar, pero casi no se puede decir que son locales clandestinos. Supongo que la policía los tolera a cambio de algún dinero.

«En ese bar de ahí no entramos —dice N. A.—. Se quedó sin clientes cuando una bala de revólver abatió al pianista.» Aunque la época de los gángsters haya pasado, parece que el asesinato sigue siendo aquí una costumbre bastante corriente: hay arreglos de cuentas, querellas privadas, querellas locales, sin contar con las agresiones. «En este bar de aquí —dice N. A. un poco más abajo— vi a un hombre amenazar a otro con un casco de botella: es un arma que da miedo a los más valientes; el otro se desmoronó contra el cristal; hay que tener mucho cuidado de no tener un cristal detrás de la espalda cuando uno se pelea.» Nos hace caer en la cuenta de que hay policías de paisano al acecho en la acera: también hay muchos de uniforme. No es un barrio muy seguro. Entramos en el bar donde, al parecer, emigraron los clientes del pianista asesinado: es una corte de los milagros análoga a la de West Madison. Muchos vagabundos duermen con la cabeza sobre la mesa; y bajo el cartel «Prohibido fumar» hay parejas bailando; un joven guapo acaricia riendo a una enana adiposa horriblemente desfallecida en su hombro; en el tumulto de risas, de canciones, de gritos de gordas excitadas, la dice-girl, muy digna, lee un libro abierto delante de ella sobre el tapiz: una rubia regordeta, diestramente rizada, lleva en torno al cuello de profundas arrugas tres vueltas de perlas; miro el título del libro: *Las mujeres de Nueva Orleans*. Intentamos sentarnos en la barra. En las lunas, hay letreros que anuncian «No se fía» de veinte jocosas maneras; hay billetes de banco de todos los países, fotografías de mujeres desnudas: entre otras, me fijo en jóvenes japonesas desnudas, son fotos que los G. I. han extraído de los bolsillos de soldados japoneses. Mendigos mendigando,

Escaneado con CamScanner

parejas horrorosamente desgraciadas abrazándose, borrachos que peroran y van dando tumbos, durmientes que gimen, la miseria devastando todas las caras y un hervidero de chinches bajo la ropa. Y en las paredes hay por doquier frescas imágenes en colores de drugstore con una risueña joven americana sana y alegre, de dentadura reluciente, ahíta de quakers-oats y Coca-Cola.

12 de mayo

Todos los estados, todas las ciudades de América tienen su orgullo y sus susceptibilidades locales. Esta mañana he leído en el *Chicago Tribune* un artículo venenoso contra un periodista de Los Ángeles: este último tuvo la audacia de pretender que durante el invierno cayó nieve en Chicago y que su clima es inclemente. En su editorial, el *Chicago Tribune* respondía con acritud estas palabras: en cuanto a la nieve —decía— sólo cayeron algunos copos; y nuestro corresponsal de Los Ángeles puede garantizaros que allí la atmósfera es malsana, cargada, la ciudad está envuelta en nieblas húmedas durante la mitad del día. Tras esta quisquillosa sensibilidad hay, a mi entender, intereses en juego: cualquier ciudad está ansiosa por atraer el mayor número posible de visitantes, el turismo proporciona un suplemento considerable de clientes, de compradores. Se ven prospectos de persuasiva propaganda que elogian las bellezas de Illinois: sin duda, también hay recuerdos históricos en Nueva Inglaterra y paisajes atractivos en Florida, pero «Illinois proporciona a los amantes del pasado numerosos lugares que visitar y sus horizontes son muy atractivos». La prensa tienen un carácter local; desde luego, el *Chicago Tribune* y el *Chicago Sun* tienen un alcance internacional, pero se asemejan en gran parte al *Courrier du Centre* o a *La Petite Gironde*; temas de meteorología, de redes de comunicación, crímenes y accidentes, las festividades de la ciudad, ocupan columnas enteras. Las fotografías de la última página están casi únicamente consagradas a vistas nocturnas o diurnas del Loop; se ven sentinas con sus cubos de basura, o bien parques con sus monumentos. Si un oriundo de Chicago destaca en

Escaneado con CamScanner

los terrenos político o literario, se le reivindica con orgullo como hijo de la ciudad, es un *local man* o *local youth*. Nadie se ocupa de lo que sucede en Nueva York. La inmensa mayoría de la gente ignora radicalmente a la gran ciudad rival.

No obstante, Chicago no es una sola ciudad: más que ninguna otra ciudad americana, está formada por una aglomeración de barriadas de dimensiones inmensas, agrupadas en torno a un centro comercial. Los distintos barrios son mucho más estancos que en Nueva York: los emigrantes no se han fusionado unos con otros. Muchos sólo hablan su lengua nacional, tienen periódicos nacionales, desarrollan un chovinismo que a menudo desemboca en disputas y altercados: irlandeses y polacos se odian. N. A. me cuenta un episodio que muestra lo profunda que es dicha segregación: se ha especializado en estudiar a los polacos en cuyo barrio vive; aunque describe la miseria de sus pobres convecinos con absoluta simpatía, el diario polaco se indignó en 1941 contra su libro; acusó al autor de colaborar con la propaganda alemana dirigida contra la desdichada Polonia y de ser agente nazi. Eso no tiene nada de sorprendente, añadía el crítico polaco, dado que el autor es de origen sueco y Suecia es una enemiga ancestral de Polonia. No obstante, el periódico escandinavo ensalzaba la obra apasionadamente. Pero que no se crea que la diversidad de la población proporciona a Chicago un carácter pintoresco especial: nada se parece más al barrio griego que el barrio mexicano. Hasta las calles chinas carecen de exotismo: en las lunas de los escaparates, los nombres y los letreros están escritos en chino en lugar de en polaco o en alemán, nada más. También hay mucho japonés en Chicago. En la zona oeste, los japoneses fueron recluidos en campos de concentración durante la guerra, se les trataba con hostilidad. Aquí se han integrado tan bien que se les considera americanos con los mismos derechos que los ciudadanos de origen alemán y un gran número de ellos estuvieron en Europa combatiendo con el uniforme de los G. I.

En cuanto se abandonan las grandes avenidas, a un cuarto de hora del Loop se puede encontrar la paz de los pueblos.

Escaneado con CamScanner

Hay rincones que parecen más viejos que ninguna calle de Nueva York; todavía se ven en las puertas de los expendedores de tabaco los siux de madera pintada que servían de enseña en el siglo XIX. Ante las barberías se yerguen postes donde el azul y el rojo se entreveran formando espirales; el polvo que ciega los cristales y camufla las paredes parece centenario. Entre otras, hoy he visto una calleja olvidada cerca de una vieja estación de raíles oxidados. De vez en cuando pasaba un tranvía vacío; todas las casitas de madera con porches delanteros donde sentarse para disfrutar del sol o de los tibios atardeceres, poseían jardines minúsculos por debajo del nivel de la calle; parecían jardines del extrarradio francés: el césped estaba adornado con una estatua de escayola, una bola coloreada y un pequeño molino de madera barnizada. Hay centenares y centenares de calles igual de silenciosas, igual de abandonadas. Muchas han crecido según iban surgiendo las necesidades y sus cabañas desteñidas están tan carcomidas que uno las tomaría por cuchitriles aunque sus interiores sean decentes. Tomé el tren elevado y durante millas y millas planeé por encima de zonas de color pardusco, todas ellas con esas tristes casas plantadas en plena tierra batida. De vez en cuando se perciben algunas matas de hierba en un descampado, un árbol contra una cerca de madera; nunca los árboles me han parecido tan conmovedores como los de esta ciudad negra: crecen con humildad entre detritos, cubos de basura y chatarra; en patios traseros al final de un callejón sin salida. Pero no están mancillados por semejante compañía; el verde de sus hojas es desmesurado; todos los pastos de los Alpes, todas las selvas tropicales fracasarían si trataran de imitar un verde tan verde. Más antiguos que las casas que apuntalan, son los supervivientes de una roturación prodigiosa y recuerdan calladamente la existencia de un reino que no es humano. En un mundo concertado donde la contingencia es siempre reverso de una voluntad, donde todo desorden adopta el rostro de la desdicha, tienen la indolencia de las cosas naturales y verlos sosiega el corazón.

Sobre todo durante la noche, flota en las calles una poesía

Escaneado con CamScanner

de provincias. Al fondo de un callejón sin salida hay niños fumando y conspirando con voces susurrantes; sentadas en el porche, mujeres mirando en el horizonte las luces de la ciudad. El gemido del *elevated* rasga el silencio, el follaje de un árbol se estremece, un gato hace que un cubo de basura se tambalee: el menor ruido retumba largo rato. Te sientes lejos, muy lejos de aventuras y locuras humanas, en el epicentro de una vida tranquila que se repite ordenadamente día tras día. No obstante, mañana leeremos en el periódico que en una de estas sentinas han encontrado un cadáver descuartizado, que dos hombres se han degollado uno a otro en un taberna cercana, que a dos pasos de aquí han abatido a balazos al encargado de un bar. La bonanza de las noches de Chicago es artera.

13 de mayo

He conocido a B. S., un periodista que me cuenta que el porcentaje de crímenes no es más alto aquí que en Los Ángeles o Nueva York; la verdad es que, en relación con su número de habitantes, la provinciana Washington ha tenido este año la tasa más alta de asesinatos y robos. Pero supongo que Chicago se siente más orgullosa de sus malhechores que las demás ciudades porque no hay día en que no aparezca en los periódicos algún drama sensacionalista. Una señora mayor fue asesinada en pleno día mientras hacía la compra en una gran tienda de ultramarinos; un joven de quince años estranguló a su pequeño compañero de once; un joven asfixió a su sobrinita que le había abrazado con demasiada ternura: crímenes por dinero, crímenes sexuales, el lector tiene la seguridad de que encontrará su ración de cada día. Esta mañana leo que un sátiro fue abatido en la escalera de un inmueble mientras intentaba forzar la puerta tras la que se había refugiado una colegiala de dieciséis años; uno de los inquilinos de la casa le vació el cargador de su revólver. Era un hombre de West Madison. Dan su fotografía. Y se parece tanto a todos esos «hombres olvidados», a todos esos «hombres sin mujer» que vi errabundos por la Bowery de Chicago, por la Bowery de Nueva York, que se me encoge el corazón.

Escaneado con CamScanner

B. S. me ha llevado esta tarde a un *police-show*. El cine me había permitido hacerme una idea de este ceremonial, pero si el esquema abstracto es bastante trivial, su realidad es sobrecogedora. Tres veces por semana, se invita a la gente que ha puesto en vano una demanda —por robo, violación, desvalijamiento de vivienda, estafa, etcétera— a reunirse en una dependencia de la policía judicial. Ante ellos desfilan los malhechores detenidos durante los últimos días para que tengan alguna oportunidad de identificarlos. Se introduce a los acusados en pequeños grupos, se disponen en línea en un estrado contra una pared con gruesas rayas horizontales para que resalten claramente. Son interrogados uno tras otro y se les ordena que se coloquen de espaldas, de perfil, con sombrero, sin sombrero, que se queden inmóviles o que caminen. Observo que muchos de ellos dan como dirección West Madison. Comienzan por dos mujeres, desgreñadas, de caras pálidas y amoratadas a las que acusaban de haber practicado un timo en Palmer House; llevaban al cliente a su habitación, lo drogaban, vaciaban sus bolsillos y desaparecían. Recuerdo el Palmer House, de apariencia tan respetable, y me pregunto para qué sirven las señoras mayores que vigilan severamente los corredores. Me pregunto también —y conmigo toda la asistencia— qué hombre con un poco de dinero en el bolsillo podría dejarse embaucar por estas pobres criaturas; el policía que las interroga dice riendo: «Por la noche tienen mejor aspecto».

Está sentado, sin boato alguno, junto al estrado, habla con un tono familiar, a menudo risueño; todo queda en familia. Tras las mujeres, hacen pasar a unos negros; la primera pregunta que les hacen después del nombre, la edad y la dirección, es: «¿Por qué están ustedes aquí?», y todos responden: «Presuponen que conducía en estado de embriaguez. Presuponen que yo he robado un escaparate». Por otra parte, no se trata de un interrogatorio en toda regla, es simplemente una «demostración». Después de los negros, aquí están los blancos; negros y blancos parecen sentirse igualmente incómodos, tienen un nudo en la garganta, labios temblorosos. De unos cuarenta, ni siquiera hay tres o cuatro que respondan con precisión: un

Escaneado con CamScanner

indio muy guapo de rostro altanero, un aprendiz de gángster muy joven e insolente, un duro con la típica cicatriz en la cara. Los demás o están aterrados o avergonzados; un hombrecito pálido, con corbata de pajarita, hace girar nerviosamente entre sus dedos un botón de la chaqueta; antes de que abra la boca, estamos convencidos de que es un pervertido sexual: parece que le sometan a suplicio cuando confiesa que su mujer le acusa de haber abusado de su hija mayor, y protesta con labios lívidos. Muchos automóviles robados, golpes y heridas, hurtos menudos o graves, desvalijamiento de viviendas: dos homicidios. También traen encadenados uno a otro a dos hombres tan blancos como ropa interior, sus pantalones tienen una gran rasgadura desde el muslo hasta los tobillos, sus mejillas están llenas de arañazos: esta mañana se encontraron en prisión después de haber estado celebrando durante toda la noche algún cumpleaños y no saben exactamente lo que pasó, sólo que un cristal saltó en pedazos y les hirió. A pesar de la rutina del ceremonial y la monotonía de los delitos, esta triste exhibición es asombrosa debido a unas fisonomías muchas veces tan marcadas que parecen elegidas a propósito.

Los asistentes no han reconocido a ninguno de los acusados; al parecer, el otro día dos ladrones se identificaron uno a otro para regocijo de los policías. El police-show no es un espectáculo público; sólo dejan entrar con una citación o carné de prensa.

En este mismo edificio tienen lugar los juicios que en nuestro país son competencia del tribunal de menores. Aquí estamos muy lejos de la pompa de nuestros palacios de justicia. Ni los abogados ni los jueces llevan toga; sólo hay un ujier con uniforme de galones que parece creerse que impone respeto. Entro en algunas salas; más o menos es la misma rutina que en Francia. Ante uno de los tribunales, hay una banda de al menos veinticinco hombres que fueron capturados en una redada en una casa de juego; los sueltan uno a uno tras un rápido interrogatorio; se van con sonrisa de completa felicidad, a excepción de tres de ellos que, sin duda, son los dueños de la timba.

Escaneado con CamScanner

Por la noche, N. A. me presenta a M. G., un negro de Chicago que acaba de escribir una novela de gran éxito: la primera novela de un autor negro que no trata la cuestión racial; se desarrolla en los bajos fondos de Chicago. Subimos hacia el norte de la ciudad, a un barrio burgués, cuya calle mayor se parece a todas las *main streets* de América, y cenamos en un restaurante decorado con cabezas de gamo y jabalíes. Después de la comida, asistimos a un combate de boxeo: hay una multitud apiñada, aunque los precios de las localidades sean bastante elevados; la atmósfera que reina en esta sala de barrio es totalmente análoga a la que se encuentra en Francia en el Central de la calle Saint-Denis, por ejemplo. Terminamos la noche en los bares de West Madison; vuelvo a ver con gusto a la cajera erudita, drogadicta y generosa, que dispensa un poco de sueño a sus miserables clientes: amo su tosquedad caritativa. Miro al bailarín tullido, a la bruja niña del turbante de seda roja, a los borrachos; es fácil imaginárselos de pie, con los brazos caídos, circunscritos en una de las casillas pintadas de largas rayas negras en la pared; tal vez algunos de estos hombres hayan pasado ya por esa prueba; y otros pasarán algún día.

14 de mayo

Sigo instruyéndome sobre los bajos fondos de Chicago. Esta mañana visito junto a B. S. la prisión del condado. No es representativa del sistema penitenciario americano: es una prisión modelo. El director le ha consagrado toda su filantropía puritana; pero es interesante en este sentido.

Por supuesto, he necesitado una autorización especial para que la puerta se abra ante mí. Me hacen esperar en un vestíbulo custodiado por un *policeman* armado con fusiles en una garita blindada; hay empleados circulando y manejando papeles tras una reja de gruesos barrotes: son prisioneros modelo que han ascendido a estos puestos envidiados; no parecen estar más enjaulados que los empleados normales de banca a quienes también separa del mundo un enrejado metálico. Al cabo de un momento, un policeman viene a buscarme. ¿Barra

Escaneado con CamScanner

de labios? ¿Cigarrillos? Para simplificar, deposito mi bolso en el guardarropa. Mi guía abre una segunda puerta. Aquí estoy por corredores claros y repulidos por donde circulan vigilantes armados con revólveres. A través de empalizadas de barrotes, se divisan a lo lejos hombres en pantalones azules de chándal trabajando sentados en largas mesas. La ventana del fondo del pasillo da a un gran jardín cuadrado con jóvenes labrando la tierra y jugando a la pelota; son delincuentes menores de veintiún años y con una pena que no supera los seis meses: negros y blancos mezclados, limpios, incluso arreglados, parecen alegres. Se diría que es un patio de recreo si no fuera porque coronando un muro de altura anormal, hay una torre de vigilancia.

Nos enseñan el locutorio donde los prisioneros reciben la visita de sus familiares y una especie de confesionarios donde se sientan para departir con sus abogados: a estos últimos no les dejan entrar en las celdas. Observo que dan las doce en todos los relojes. Siempre marcan las doce; y ninguno de los detenidos lleva reloj de pulsera, de forma que no se pueda fijar ninguna hora en punto para ningún motín o ninguna manifestación. Un ascensor nos baja al sótano: estamos en la lavandería donde se lava, desinfecta y plancha la muda blanca entre humedad y olor a vapor caliente. Hay prisioneros atareados en prensar sus trajes entre dos planchas; más allá está la cocina, una inmensa sala de azulejos con enormes fogones eléctricos donde cuecen las marmitas de Gargantúa. En bata de un blanco inmaculado, los prisioneros distinguidos por buen comportamiento pelan montones de patatas y vigilan las judías. Mesas de madera, platos de estaño, el refectorio posee una blancura de hospital: el hospital también. Médicos de blanco examinan enfermos con complicados utensilios; observo que en las camas, negros y blancos descansan unos junto a otros, parece que en la sección de hombres no se practica segregación alguna. Los prisioneros destinados a la cocina, a la lavandería, a la enfermería duermen en un gran dormitorio al fondo del cual hay algunas estanterías con libros. No lejos de allí está la biblioteca, un aula donde se imparten los cursos

Escaneado con CamScanner

nocturnos y que está decorada con dibujos y pinturas realizados por los prisioneros. Un poco más allá, la capilla en un rosa suave de pasta dentífrica, decorada con escayolas doradas: una capilla para monjas con alma de niñas. «Tenemos unas dependencias bonitas», dice el guarda con convicción. Está orgulloso de su prisión, comenta todo con satisfacción. Hay un viejecito que se nos ha unido sobre la marcha y que hace que le repitan tres veces cada explicación. A veces me cuesta entender, a él también, y me pregunta con aire jovial: «¿También usted es dura de oído?». «No —digo— yo soy extranjera.» Pero creo que no ha entendido y me sonríe con connivencia.

Un ascensor nos sube al segundo piso, a la sección de mujeres. No sé por qué, aquí las negras están separadas de las blancas. La elegancia de las prisioneras me deja estupefacta; todas ellas llevan batas azules que un cinturón ciñe al talle, y las clientes de Antoine envidiarían sus magníficos peinados. Todas van maquilladas, los labios escarlatas, aunque las barras de labios estén estrictamente prohibidas. Cosen, a mano o a máquina, cortan telas, remiendan: he visto talleres más tristes. Pero mientras admiro este paraíso a la fuerza, de pronto estallan gritos que ponen los pelos de punta, seguidos de terribles ruidos de muebles volcados: es en el piso de arriba, donde las drogadictas. En el tiempo que el ascensor tarda en subir, resuenan más alaridos. Una celadora de pelo blanco se precipita hacia una puerta y la abre; es una gran celda clara con dos camas; hay una joven blanca, de aspecto sosegado y aburrido, y una negra sentada al borde de su cama que se retuerce las manos y da alaridos: «No puedo más, me voy a morir». La celadora la engatusa: el doctor viene a verla, en seguida la aliviará. No es ella quien ha comenzado el jaleo, sino otra de la habitación de al lado que no nos muestran y que ha volcado su cama, su colchón, las sillas y los taburetes. En el pasillo, nos cruzamos con el médico y su maletín. Creo que nuestra visita ha sido una suerte para la drogadicta: sin duda, normalmente la habría atado con una camisa de fuerza hasta que consideraran que se había calmado. Por supuesto, a las

Escaneado con CamScanner

drogadictas no les cortan la dosis de la noche a la mañana, lo que sería asesinarlas, pero la cura de desintoxicación se lleva a cabo con dureza.

Volvemos a bajar. Nos abren una puerta metálica y ya estamos en la sección donde se purgan las penas más largas. A la entrada del corredor, tras la reja, un hombre, un negro, está de pie con la mirada fija y agarrado a los barrotes. Hay algo insólito en su inmovilidad. El viejo sordo se ilumina: «¿Es el condenado a muerte?». «Sí», dice el celador. El viejo le mira largo rato: no había venido a ver otra cosa; esa promesa de muerte le fascina. Seguimos por el corredor. A nuestra derecha se alinean tras una reja angostas celdas como cabinas de barco con dos literas una encima de otra: en cada una de ellas, una jofaina con agua corriente. Todo está escrupulosamente limpio, se diría que han cambiado las sábanas esta mañana; cerradas por nuestro lado, estas celdas dan a un corredor flanqueado por otra hilera de celdas simétricas, los prisioneros pueden circular y hablarse entre ellos. Hasta que no rechacen concederle el indulto, el condenado a muerte se quedará aquí. Una de las literas es suya, pero en lugar de seguir junto a sus compañeros, se ha adelantado hasta un extremo del pasillo y se aferra a los barrotes de su jaula con las manos. Una vez que le nieguen el indulto, será trasladado a la zona reservada a los condenados a muerte. Descendemos a ella. Pegando una con otra, hay cuatro celdas con una pared maciza al fondo y barrotes en los otros tres lados. Son bastante grandes, cada una con una sola cama y de una blancura deslumbrante; pero están herméticamente cerradas y enfrente hay una mesa con un celador armado que vigila día y noche. Por ahora, están vacías. A la derecha de la mesa hay un complicado sistema de botones y palancas junto a un telón de acero; al otro lado del telón, está la silla eléctrica. Por aquí conducen al prisionero, pero el celador nos hace dar la vuelta para que la veamos de frente. Llegamos a una sala donde los días de ejecución se quedan los periodistas y policías autorizados. Se levanta otro telón de acero y tras un cristal, como un sillón de dentista listo para la venta en un escaparate, aquí está la silla

Escaneado con CamScanner

con los ingeniosos dispositivos que permiten amarrar al paciente y llevar a ebullición su sangre en minuto y medio; hay una especie de máscara para el rostro. El celador me dice con orgullo: «¿Nunca lo ha visto? Entonces, ¿cómo lo hacen ustedes en Francia?». Digo que tenemos la guillotina. «¡*Todavía* tienen ustedes la guillotina! ¿Es posible? ¡Qué barbaridad!...» Está sinceramente indignado: «¡Cortar cabezas en una época como la nuestra!». Al mismo tiempo, está intrigado, me hace veinte preguntas. Por último, como este año tiene que ir a París, dice con convicción: «Iré a ver eso. ¡Tengo verdadera curiosidad por verlo!». Espera claramente que yo me ofrezca a hacer de guía. Nos enseña de nuevo las palancas y los botones. «Cuando se ejecuta a un condenado, hay cuatro celadores encargados de apretar cuatro de estos botones: sólo uno causa la muerte y nadie sabe cuál. Así nadie sabe quién es el que mata de verdad.» Me recuerda a la vieja costumbre de cargar un fusil con balas de fogueo en un pelotón de ejecución: cada soldado tiene una oportunidad entre doce de no mancharse las manos. Aquí, cada verdugo tiene tres oportunidades entre cuatro; no hay duda de que puede apañárselas sin problemas con sus pesadillas. Me gusta que no haya ejecutor especializado y que a cada celador se le pueda dispensar hasta el final de asumir su función de verdugo. El celador nos escolta hasta la puerta; sacude la cabeza: «¡La guillotina!». Hay algunos estados, California entre otros, que deben de hablar con el mismo desprecio de la vieja silla eléctrica: han adoptado el sistema más perfecto de la cámara de gas. Recientemente ejecutaron a una mujer en California, una gruesa comadre de aspecto afectuoso que había envenenado a varios maridos y amantes; se puso un vestido de flores y entró con la sonrisa en los labios en la pequeña dependencia donde le aguardaba un cómodo sillón; ni correas de cuero ni placas eléctricas, el condenado se instala tranquilamente a su guisa; cierran todas las salidas, aprietan algún botón y en menos de un minuto todo ha terminado. Es más rápido, intimida menos que la silla eléctrica: hasta pretenden que el condenado muere en una especie de éxtasis agradable. Para terminar de ins-

Escaneado con CamScanner

truirme el celador se lanza a hacer una gran apología de la filantropía americana: «Nosotros en América —dice— siempre estamos dispuestos a echar una mano a la gente, a ayudarla; y somos comprensivos; ayudamos incluso a nuestros enemigos: los alemanes han sido enemigos nuestros, pero ahora está olvidado, les ayudamos tanto como a los demás». Nos decimos adiós. Alberga esperanzas de que iremos a ver la guillotina juntos. Hay que confesar que no hay nada que reprochar a una prisión tan bonita, excepto que es una prisión.

Esta tarde C. L. dejó su librería y me acompañó por las calles de Chicago. En los confines de los barrios negros, griegos e italianos, descubrimos por casualidad uno de los mercados más prodigiosos que yo haya visto desde la plaza de Djelma el Fna de Marrakech. Ocupa la calzada a lo largo de más de una milla y las aceras de una calle ancha. Hacía un sol abrasador, un sol de pleno verano, y la negra Chicago se había convertido de pronto en una ciudad exótica, de colores cálidos, tal y como antaño me había imaginado San Francisco. Los hombres dejaban que sus camisas azul pálido, verde suave, rosa camarón, salmón, malva, amarillo azufre, índigo, flotaran sobre sus pantalones y muchas mujeres llevaban anudadas sobre el ombligo sus blusas blancas, dejando al descubierto entre la falda y la parte superior del vestido gran parte del vientre; muchas caras negras, otras aceitunadas, otras bronceadas, otras blancas, a menudo guarecidas bajo anchos sombreros de paja. A derecha e izquierda, quioscos de madera donde venden batas de seda cruda, zapatos, cotonadas, joyas, mantas, veladores, limones, hot-dogs, chatarras, pieles; es una sorprendente mezcla de objetos de desecho y de sólidas mercancías confortables, una feria de chatarra mezclada con un lujo de Uni-prix. Por la calzada circulan cochecitos que venden helados o Coca-Cola, y otros atestados de pop-corn: en la jaula de cristal oscila la llama de una pequeña lámpara cuyo calor hace estallar las semillas porosas. Un pequeñísimo hombrecito en andrajos, con cara de indio, con un gran sombrero de paja y un aparato acústico acoplado detrás de su grasienta oreja dice la buena ventura con la ayuda de una máquina:

Escaneado con CamScanner

el aparato es muy complicado, mágico de verdad. En un carrito móvil hay un gran tubo de cristal lleno de líquido donde etéreas muñecas dan saltitos: una cliente se aproxima, es una negra con el vientre al aire y aspecto a la vez provocativo, escéptico y asustado. Coloca su mano contra el cristal: los ludiones rebotan, son absorbidos por las profundidades invisibles del instrumento, que arroja un pedazo de papel rosa donde está escrito el destino de la solicitante. Esta mecánica al servicio de la magia, el aparato acústico bajo el sombrero exótico, son alianzas que proporcionan a este bazar su carácter tan imprevisible. Es una feria del siglo XVIII donde se despachan productos de drugstore entre el clamor de cuatro o cinco aparatos de radio. He aquí a un charlatán digno del viejo Pont-Neuf: lleva una serpiente enroscada al cuello y vende un elixir negro que cura todas las enfermedades; no obstante, describe los prodigios realizados por esa panacea universal por medio de un micrófono. Otro está especializado en los dolores de cabeza, los cura simplemente por imposición de manos: también él suelta su perorata por el micrófono y detrás de él tiene una lámina, científica cien por cien, que reproduce las diferentes partes del cerebro. En las aceras hay tiendas, a menudo en semisótanos como en el barrio judío de Nueva York, que se prolongan fuera con tenderetes de mercancías. Por una puerta abierta, veo en una habitación sombría a una gitana cubierta de pañuelos, en cuclillas, junto a una palangana, lavando su ropa interior; las radios se desgañitan cada una con una melodía diferente. En una esquina de la calle, hay negros celebrando un mitin religioso: los hombres van vestidos como todos los días, pero las mujeres llevan largos vestidos negros y velos con ribetes blancos, exactamente como las religiosas de algunas órdenes: cantan a coro. Sobre sus cabezas, una familia negra sentada en un balcón escucha con indolencia; cantan espirituales conmovedores. Un poco más lejos, un predicador negro habla apasionadamente, unos guitarristas tocan melodías de jazz en el bordillo de la acera. Otro predicador negro, con un fez rojo en la cabeza, gesticula con vehemencia: señala a los demás predicadores iracundo

Escaneado con CamScanner

porque hablan del Dios de los blancos: él invoca al Dios de los negros, y exhorta a sus hermanos para que acudan a él y a ningún otro. Recientemente han aparecido sectas que están claramente en contra de los blancos, pero en un número muy reducido. La mayoría son islámicas; adoran al dios de Mahoma y no al de los cristianos, y esperan la salvación de la raza negra de los pueblos de tez tostada de Asia Menor y de África. Este predicador pertenece sin duda al grupo de los «moros» que, además de una secta religiosa, es una pequeña comunidad económica que posee un harén. Hay doscientos negros, con mayoría femenina, que viven en uno de los cuchitriles de al lado. Escuchamos, miramos. Supersticiones, ciencia, religión, vituallas, complementos, remedios corporales y espirituales, harapos, sedas, pop-corn, guitarras, radios: una extraordinaria convivencia de todas las culturas, de todas las razas, a través del tiempo y el espacio. Los espejuelos lanzan destellos en las manos de vendedores, predicadores y charlatanes, y una algarabía de miles de pájaros de plumaje brillante inunda la calle. No obstante, la grisalla de Chicago se vuelve obstinada bajo el cielo azul: al fondo de la avenida que atraviesa el bazar deslumbrante, las casas, la calzada, la luz, tienen color de agua y polvo.

15 de mayo

Esta mañana he visitado un gran hospital psiquiátrico. Un instituto modelo de los que en América sólo hay un grupo reducido. No está destinado tanto al tratamiento de los enfermos como a la investigación científica. Han reunido en él a un pequeñísimo número de sujetos, procedentes de otros hospitales, según el interés de cada caso. Proporcionan un material de primera mano para las investigaciones de estudiantes de medicina, psicología, psiquiatría, etcétera. Los edificios de diez y doce plantas están rodeados de extensos jardines; se ven estudiantes en prácticas con batas azules leyendo en las terrazas al sol. La doctora que me sirve de guía me muestra los grandes hornos eléctricos en los que se trata a los paralíticos totales: en lugar de elevar su temperatura inoculándoles la mala-

Escaneado con CamScanner

ria como se hacía antaño, se actúa desde el exterior mediante una electrificación progresiva; veo cubas de hidroterapia, un «pulmón de acero», aparatos que sirven para volver a educar los dedos y las manos de los enfermos con la médula espinal dañada, muchos quirófanos y utensilios quirúrgicos. En sótanos más misteriosos poblados por rebaños de cobayas, de ratas, de monos y perros, veo también una colección de vagos cerebrales de variaciones innumerables según los diferentes grados de enfermedad: una señora mayor de aspecto cansino entra precisamente en una de las habitaciones donde le van a hacer su encefalograma; las paredes están decoradas con loros pintados de alegres colores, y esta alegría de *nursery* se me antoja una ironía: al parecer, dichas pinturas producen un efecto sedante en los pacientes que a menudo son niños. Desdichadamente, sólo me quedo con la estructura de este hermoso hospital: no está permitido hablar con los pacientes, no se puede pedir que los enseñen, cosa que apruebo y siento a la vez. Sólo percibo sentado enfrente del doctor a un adolescente de cara demacrada respondiendo a un test: se concentra con una aplicación desgarradora, como si se jugara la cabeza.

Por la tarde, M. G. me lleva a dar un paseo por los barrios negros. Hay varios en Chicago. Los negros se instalaron en la ciudad en 1830, pero fue durante la huelga de los mataderos cuando comenzaron a afluir, en 1894 y 1904. Todavía eran poco numerosos y vivían por toda la ciudad, en los confines de los barrios blancos acomodados. Hacia 1915, durante el auge de la industria de armamento, la inmigración se hizo intensa; en esa misma época la ciudad estaba creciendo rápidamente, pero los negros no pudieron penetrar en los barrios nuevos. La zona sur, que en 1910 era la más grande, se extendió considerablemente; forma una estrecha franja que llaman el «cinturón negro»; las demás zonas crecieron poco, pero ninguna del interior de la ciudad se abrió a los negros. Igual que en Nueva York, el crecimiento de la población negra, que se multiplicó por seis durante la primera guerra mundial, entrañó una segregación más rigurosa: incluso a los negros de las clases altas, cuyos ancestros vivían en Chicago casi en pie

Escaneado con CamScanner

de igualdad con sus vecinos blancos, se les ha relegado ahora a los guetos negros y apenas se diferencian de los «pobres negros» que acaban de llegar del sur. Se crearon organizaciones para impedir que los propietarios blancos vendieran o alquilaran a los negros; y se utilizaban violencia y amenazas para impedir que estos últimos pisaran los barrios blancos. Impulsadas por Roosevelt, se edificaron una serie de viviendas baratas para los negros, esfuerzo que sigue siendo muy insuficiente. La constante inmigración de los negros del sur a las zonas acotadas que les conceden conduce a que varias familias vivan en alojamientos concebidos para una sola, a que éstas alojen huéspedes, a convertir en apartamentos minúsculos viviendas antaño espaciosas, a habitar edificios insalubres. Eso explica el contraste que hoy día me resulta sorprendente entre el aspecto externo de dichas casas, la mayoría miserables, y su interior decente. Nos paseamos por una larga avenida sobre la cual el elevated despliega su negra techumbre. A derecha e izquierda, casas de madera con angostas escaleras que dan a cuartuchos minúsculos. Subimos por una de ellas, salimos a un balcón con trapos tendidos: se ve un patio rodeado de vallas, y más chabolas de tejados planos; las grandes construcciones del elevated dominan este panorama: al pasar el tren, vibra toda la casa. Por una puerta entreabierta, veo una habitación pequeña e impoluta. Un poco más lejos exploramos otro caserón que sorprende por lo pintoresco de su parte meridional: tres plantas de terrazas descubiertas con habitaciones a cada lado; una escalera empinada como una escala las atraviesa y observo una especie de montacargas medieval cuyas cuerdas enrrolladas en una polea van del tejado a la planta baja. En Italia, en España, esta casa carcomida albergaría sórdidos cuchitriles; a través de las puertas acristaladas, vislumbro interiores exiguos pero arreglados: neveras, suelos de linóleo, hules, a veces una radio. Por supuesto, en todas estas casuchas que confieren a Chicago su fisonomía destartalada, viven muchas familias paupérrimas. La crisis de la vivienda, que también hace estragos entre los blancos, provoca que mucha gente tenga vivien-

Escaneado con CamScanner

das muy por debajo de su estándar de vida. Lo que no falta es sitio. Desde la terraza superior, apoyada en una de las balaustradas que cierran las galerías, hay una gran vista de los rascacielos del Loop y de la ciudad indefinidamente gris y llana: observo enormes descampados; a pie y en metro me he tropezado con muchos en Chicago. Pero la especulación del terreno, el alto precio de la construcción, la escasez de capitales, provocan que queden vacantes en pleno corazón de las zonas más superpobladas. Bajamos; doblamos la esquina de la avenida y nos encontramos en una calle más acomodada cuya atmósfera me recuerda a algunos rincones de Nueva Orleans: los bungalós son menos románticos, pero las malas hierbas, los árboles tupidos, las camisas rosas y azules de los niños de pelo rizado, el paso indolente de los jóvenes, dan una impresión tropical. No obstante, el hecho de que pueda pasear con un hombre de color es prueba evidente de que estamos en el norte.

No se puede cruzar Chicago sin ver un espectáculo de variedades. Parece que los grandes espectáculos, que todavía hace dos años reunían a millares de espectadores, ya no existen. En cambio, entre cines y bares, afloran pequeños teatros, una especie de cafés-cantante cuya atracción principal consiste en el típico ritual de *girls* profesionales que se desnudan. B. S. me lleva primero a una sala muy modesta donde algunas parejas, algunas familias y uno o dos grupos de hombres solos observan a las bailarinas con esa expresión de hastío que ya había advertido en circunstancias semejantes en Nueva Orleans. Me habría encantado sacar la conclusión de que este espectáculo ya no divertía a nadie, cosa que me habría sorprendido relativamente porque no hay nada más monótono. No obstante, el ambiente es completamente diferente al del *French-Casino*: estos sitios se llaman directamente French-Casino, Paris Follies, igual que nosotros bautizamos las revistas con desnudos como *Broadway Follies*, *New York Burlesques*. Aquí las gradas de la sala descienden en plano inclinado hasta el escenario, que está tapizado de rojo e iluminado con esa luz opaca y violácea que es el secreto de Chicago. Un animador

Escaneado con CamScanner

anuncia a las artistas con redoble de bromas obscenas y el público que bebe whisky en las mesitas parece que ya ha entrado bastante en calor; una especie de pasarela se adentra en la sala y las girls se cimbrean desde el estrado hasta el final de este proscenio entre gritos y aplausos. Han intentado que el estilo de cada una sea diferente: en general, las rubias comparecen con vestidos virginales y vaporosos, y conservan un aspecto de pudor amedrentado hasta el momento de desnudez más extrema; algunas morenas llevan trajes hieráticos y, en concordancia, adoptan una sonrisa de esfinge en los labios; otras hacen gala de una fría obscenidad, otras remedan un desenfreno animal; siempre el mismo juego de cremalleras, de sujetadores superpuestos y sucesivamente abandonados, de slips que encogen progresivamente hasta un triángulo sujeto por un simple cordón de seda que llaman, nadie sabe por qué, *G-string*, como una de las cuatro cuerdas del violín. El cuerpo reluciente, depilado, empolvado; los pezones pintados de rojo vivo. Estas tres hermosas criaturas, a pesar de contoneos de extraordinaria obscenidad, raramente dan la impresión de estar en carne viva. Se ganan la vida bastante bien y es un trabajo menos agotador que otros, aunque cada día haya varias sesiones. Como por lo general hay que consumir para tener derecho a las actuaciones, es un entretenimiento que resulta bastante caro hasta en los clubes de baja estofa. En los cines a veces se ofrecen, alternándolos con la película, números de «burlesques». Y para los curiosos de modesto poder adquisitivo hay dependencias especiales donde, más o menos, se les estafa. No pude verlo con mis propios ojos porque la cajera me negó la entrada, no se admiten mujeres; pero así me las han descrito: tienen dispositivos en la pared que por un níquel descubren la habitación contigua en la que una girl comienza a desnudarse según el ritual. Nada más quitarse los guantes el dispositivo se ciega, se necesita un níquel más para vislumbrar un poco de muslo, otro para un hombro; una voz mantiene a los aficionados en vilo, les promete algo cada vez más fuerte. Cuando el espectáculo comienza a ser provocativo, se anuncia que, por cincuenta centavos suplementarios,

Escaneado con CamScanner

pueden pasar a otra sala donde se podrán regalar con visiones picantes de verdad: de hecho, les ofrecen algunos bailes obscenos. La atracción en conjunto es la misma que en los casinos; pero me gustaría ver al público.

16 de mayo

No dejaré Chicago sin haber visto los mataderos. Se sabe que es la gran central adonde afluyen, de todos los rincones de América, animales vivos que vuelven a ser enviados a todo el país en forma de carne congelada y latas de conserva. Está bastante lejos del centro, y durante millas y millas, el tren elevado discurre sobre una llanura plagada de corrales con bueyes; de la mañana a la noche, salen de grandes trenes que los traen del oeste o del sur, y vaqueros a caballo guían los rebaños por los senderos de este enorme campo de concentración. Se respira un olor a rancio, a sangre y a bestia que penetra hasta los vagones del tren. Cuando bajo la escalera de la estación, invade mi garganta y por mucho que haya blindado mi corazón de antemano, una inquietud se infiltra en mí a cada bocanada de aire que respiro. No he almorzado y me pregunto dónde está el restaurante; me señalan un edificio que descuella entre un campamento de barracas de madera: el restaurante está en el último piso. El inmueble está ocupado de arriba abajo por despachos donde teclean las máquinas de escribir: el olor no penetra en ellos; la carne y la sangre se convierten aquí en cifras abstractas que se plasman en papel bien limpio, en una atmósfera primorosamente acondicionada. Las oficinas de Lasalle Street y de Wall Street no huelen tampoco a petróleo ni a sudor; pero el abismo existente entre el mundo del beneficio y el del trabajo se puede percibir aquí mejor que en otra parte, a causa del olor tan cercano que inviste este torreón. Desde las ventanas se vislumbra una ciudad entera de madera, unas salas con suelos de paja mojada, virutas y detritos. Se percibe ligeramente que aquí pasan cosas turbias. Todo está bien ordenado, todo es cabal. En las paredes, hay fotografías de vacas y corderos resplandecientes de salud; también se ven, en colores atractivos

Escaneado con CamScanner

y cínicos, maravillosos rosbifs, lonchas de jamón, imágenes tranquilizadoras en las que se consuma el triunfo del hombre sobre la naturaleza.

Voy a asistir al drama intermedio. Después de mi comida, pregunto a qué hora comienza la visita y me dicen que precisamente dentro de cinco minutos sale un «tour» de un inmueble vecino. Bajo, atravieso el olor, subo a un despacho con cinco o seis personas esperando. El guía abre la puerta; se diría que vamos a visitar un museo. Sólo al final de la larga galería de madera donde el entarimado sube y desciende en plano inclinado, un cartel nos avisa: «Que las personas sensibles se queden en la puerta». Todo el mundo entra.

Los mataderos son empresas privadas; los hay grandes y modestos; creo que éste es uno de los más notables. Han levantado plataformas de madera expresamente para los turistas a lo largo del perímetro de las grandes salas, a medio camino entre el suelo y el techo; desde esta situación elevada, podemos echar un vistazo, preciso y distante a la vez, a las agonías de las bestias y al trabajo humano; grandes murales numerados nos explican las diferentes fases de las operaciones, igual que las vallas publicitarias de las carreteras cuentan la historia de América, igual que los carteles describían a los G. I. los monumentos de Florencia y de Roma: este país es directamente pedagógico. Se han descrito con profusión estas grandes fábricas charcuteras como para que yo lo vuelva a hacer; los cerdos se desgañitan, la sangre salpica y ya en el quinto mural, los animales vaciados, decapitados, escaldados, sólo son una materia dócil, como un tablón de madera pelada. Antes de que los despachen, pasan veinticuatro horas colgados de ganchos en enormes cámaras frigoríficas; me parece que, más que una operación con fines utilitarios, es un rito sagrado: como velar las armas, como la iniciación que transfigura a un ser carnal, arraigado en la naturaleza y penetrado de turbios efluvios, en una conquista humana que ocupa su sitio y su papel en la sociedad. El animal que hace un momento escupía sangre y chillaba se convierte en alimento para nutrir al individuo civilizado con toda tranquilidad de espíritu; así

Escaneado con CamScanner

transforma el matrimonio en casta esposa a la mujer de sexo nefando. En los grandes almacenes que están junto a los frigoríficos, los jamones envueltos en celofán tienen el color del trigo maduro, del pan muy cocido; el oro crujiente de las salchichas y de los salchichones retuvo la pureza de las llamas, y los sortilegios de la carne y de la sangre están conjurados. Comería sin reticencias un pedazo de ese beicon.

Aunque la muerte de los bueyes sea menos horriblemente espectacular que la de los cerdos degollados, al estar la bestia oculta tras una cerca de madera cuando el matarife deja caer el mazo en su cabeza, este enorme palacio de la carnicería es lo que más me impresionó. Entre olor a sangre caliente, bajo la luz opaca de la sala que arranca destellos al acero de los cuchillos, hay dos dramas que se superponen: el del hombre contra las bestias y el de los hombres entre sí. No es casualidad que los brazos ensangrentados embutidos en guantes rojos que despedazan cadáveres sean negros. El trabajo en los mataderos es uno de los más rudos, y su historia, uno de los capítulos más sombríos de la historia laboral de América: una historia de huelgas y luchas raciales. En 1894, en 1904, aquí utilizaron a los negros como esquiroles, lo que provocó que los trabajadores blancos se asociaran contra ellos y los excluyeran. Cuando durante la guerra de 1916-1917, los patronos recurrieron de nuevo a ellos, la mayoría de los sindicatos obreros se negaron a admitirlos en su seno y estalló una gran trifulca racial en 1919. De nuevo, en 1921, se utilizó a los negros como esquiroles: los trabajadores fueron derrotados y durante diez años los sindicatos no desempeñaron prácticamente ningún papel eficaz entre los obreros de los mataderos. Desde entonces, esa artimaña se sigue utilizando: los patronos se aprovechan de la miserable situación de los negros, que sólo tienen acceso a un reducido número de oficios, y los utilizan sistemáticamente contra los sindicatos obreros; esa maniobra es tan nefasta para los blancos como para los propios negros, quienes, considerados por los primeros como enemigos, se encuentran a merced total de los empresarios y sin apoyo alguno en su propia clase. Miro los bueyes que caen

Escaneado con CamScanner

rodando inertes por una trampilla abierta bruscamente, todavía palpitantes, sobre las baldosas; un gancho los ensarta, los iza, y un brazo armado de un cuchillo les rebana una arteria y la vida. Los decapitan, les bajan hasta las patas una ancha funda blanca, los transportan atados en carritos con enormes pulpos azules y cubos llenos de sangre espumosa; vacían sobre las baldosas barreños de agua cuyo metal arranca al suelo rojo reflejos homicidas. Esta carnicería colosal es la tragedia visible; sólo es símbolo de otra tragedia más cruel, más solapada. Para vivir, el hombre se nutre de vidas ajenas: pero también se nutre de la de sus semejantes. De pronto me parece que el tajo de la cuchilla en las carnes heridas, todo este gran decorado de sangre y acero, sólo tiene como fin sacar a la luz el temible sentido de esa gran ley natural a la que estamos acostumbrados desde que nacemos: el hombre es una bestia que come.

Esta tarde voy a pasear por el barrio italiano, la «pequeña Italia», con N. A. y C. L. Atravesamos callejeando el barrio griego, el barrio mexicano donde algunas curios-shop me hacen soñar con Santa Fe. En la esquina de una calle, nos paramos para mirar un pequeño *carnival*, uno de esos parques de atracciones en miniatura que a menudo se encuentran en los barrios poblados de las grandes ciudades: caballitos de madera, tiros al blanco, helados, aviones, más o menos las mismas atracciones que en nuestras ferias francesas, y están atestados de gente; a los americanos les gustan estas atracciones mecánicas y violentas. Un poco más lejos, un escaparate magníficamente iluminado; unos cincuenta asistentes están sentados en sillas y dos mujeres con gafas, una vestida de rosa y la otra de azul pálido, cantan acompañándose al armonio: es un mitin religioso. Entramos. En las paredes, se pueden leer máximas edificantes, preguntas: «¿Cuándo escribió por última vez a su madre?». La mayoría de los hombres que se refugian aquí son viejos vagabundos de más de sesenta años que evidentemente ya no tienen madre. Nos pasan una recopilación de himnos con una tira azul para señalar la página. Todo el mundo está de pie y canta, o al menos mueve los labios. Sólo nos quedamos un instante y al salir tendemos el tomo piadoso

Escaneado con CamScanner

al de al lado; sacude la cabeza y nos guiña un ojo con complicidad. N. A. me enseña uno de los letreros de la pared: «Se servirá una cena después del oficio». Por eso el meeting tiene tanto éxito. Unos cien metros más allá, divisamos otro; en vez de mujeres cantando, se trata de un hombre que predica. Ante la puerta, un entusiasta reparte prospectos. Pero preferimos cenar en otra parte. Atravesamos una glorieta famosa por el número de homicidios que se perpetraron en ella en la época de los gángsters: los italianos son especialmente rápidos con el cuchillo. Y entramos en un restaurante que es a la vez tienda de licores donde se alinea una tentadora colección de garrafas de Chianti; el suelo enlosado, las mesas de madera sin tratar, las familias de pelo negro parloteando en lengua italiana me transportan a Roma; nos sirven Chianti tinto, pizzas gigantes y *spumoni* de colores suaves y ácidos. Regresamos por callejuelas maravillosamente apacibles, por las que no pasaban ni coches ni peatones; no lucía ni una sola farola; sólo se escuchaba el rumor de los árboles acariciados por el viento y el cuchicheo de sombras ante las puertas de los bungalós. Un aroma de campiña verde se respiraba a nuestro alrededor; bajo los pies, la tosquedad de la tierra desnuda; sólo el cielo sobre la calzada sombría tenía el matiz equívoco de los cielos de las grandes ciudades. Hay mucha gente en esta inmensa y agobiante ciudad que vive tan apaciblemente como en una aldea de Italia o de Francia.

17 de mayo

Es el último día que paso en Chicago. Esta mañana he vuelto a ver el museo, el fastuoso lago con las velas blancas de los yates lanzando destellos. Un joven mulato duerme con su sombrero de paja tapándose los ojos en la hierba soleada. Una bruma azul grisácea difumina los edificios del Loop que parecen no pesar sobre la tierra. Pero el negro sigue campando por sus respetos; junto a la dársena en la que cabecean barcos barnizados, al borde del agua satinada, se yerguen enormes montículos de carbón y cisco: son depósitos surcados por raíles, con vagonetas cargadas de pedruscos negros. Cruzo una

Escaneado con CamScanner

avenida por la que se lanzan a velocidad vertiginosa automóviles relucientes, desciendo hacia los canales y me encuentro en un subterráneo extraño: una calzada le sirve de techo y allí la noche es mucho más densa que por debajo del elevated; iluminado con lámparas, es una auténtica calle con tiendas y bares jalonando las aceras en las que refulgen en pleno día letreros de neón; todavía tengo en los ojos el resplandor del sol y de las aguas azules, y esta porción de ciudad subterránea me hace pensar en la vieja Metrópoli. La calle me devuelve al Loop por donde camino errabunda una última vez.

Echaré de menos Chicago. No la he visto en absoluto igual que Nueva York, de ahí que me resulte imposible cualquier comparación. En vez de intentar conocer mucha gente y muchos sitios, he preferido aprovechar amistades que me permitieran profundizar en un aspecto. Mi experiencia ha sido muy limitada. No he vuelto a los «barrios altos» que entreví en mi primera venida; no he puesto los pies en ningún night-club elegante, no he entrado en contacto con la universidad que, según me han dicho, es una de las más interesantes. Pero el hecho de haber elegido *un* punto de vista, me ha permitido una familiaridad con la ciudad que jamás he sabido establecer con Nueva York. De todas formas, mañana ya sólo será un recuerdo. En tres días toda América ya sólo será un recuerdo. Mi fantasma se ha hecho carne lentamente. He supervisado la afluencia de sangre a sus venas, me sentía feliz cuando su corazón latía como un corazón humano de verdad. He aquí que con vertiginosa rapidez comienza a desencarnarse.

19 de mayo

Dos días de compras y adioses. En casa de G. T. he confrontado minuciosamente con Sydney Brock,* discípulo de Dewey, la filosofía pragmática y el existencialismo. En un party

* De hecho, se trata de Sydney Hook (1902-1989) que en sus memorias recordará su encuentro con Simone de Beauvoir y la sorpresa que le causaron «el simplismo y la arrogancia de sus ideas» (S. Hook, *Out of Step, An Unquiet Life in the 20th Century*, Harper and Row, 1987, p. 338). (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

en casa de D. M. D.,* me reencuentro con algunos escritores y digo adiós a la mayoría de mis amigos. En el restaurante La Fayette, cuyas mesas de mármol se esfuerzan tristemente en imitar a un café francés, tuve una breve entrevista con Dos Passos a quien conocí en París. Viene rara vez a Nueva York, vive muy retirado en Princetown, en Nueva Inglaterra, donde está escribiendo un libro sobre la época de Jefferson. No cree en una guerra inminente: «Creo que conseguirán mantener un conflicto de carácter local —me dice—. Tal vez nos pelearemos en China: China es local».

Hace un rato fui a declarar el dinero que he ganado durante estos cuatro meses y a pagar el impuesto correspondiente. En Francia habría necesitado días de gestiones y gestiones para hacer esta operación. Aquí el asunto se trata de persona a persona, como siempre, y en una media hora todo está arreglado. El funcionario que se sienta enfrente de mí para examinar la hoja que he rellenado me pide a modo de verificación mi palabra de honor, nada más. A continuación, me ayuda a descontar mis gastos: ¿transporte, taquígrafo-mecanógrafo, recepciones, hoteles, lavandería...? Él es quien hace todas las sugerencias con un celo conmovedor. Siente que el total no sea más alto y que tenga que pagar una tasa. Dos golpes de tampón y ya puedo salir de América.

Puedo salir de ella. Voy a salir. La noche se abate sobre Nueva York: la última noche. Muchas veces este país me ha causado irritación y ahora siento un desgarro al abandonarlo. Últimamente me han preguntado a menudo: «¿Le gusta América?». Y yo había tomado la costumbre de responder «a medias» o «al cincuenta por ciento». Dicha evaluación matemática no significa gran cosa; sólo refleja mis vacilaciones. Casi no ha habido un solo día en que América no me haya deslumbrado, casi ni un día en que no me haya decepcionado. No sé si podría vivir aquí y ser feliz, pero estoy segura de que voy a echar apasionadamente de menos a este país.

Colombus Circle, Broadway, Times Square. Han pasado

* Dwight Mac Donald. (*N. del e.*)

Escaneado con CamScanner

cuatro meses. La misma multitud, los taxis, los coches, el derroche de luces. Los drugstores y los rascacielos no han perdido su magia. Sé por qué los amo. A través de los adelantos de esta civilización y su abundancia generosa se despliega un espejismo fascinante: el de una existencia que no tiene que consumirse en su manutención y que puede emplearse del todo en superarse a sí misma. Comer, desplazarse, vestirse, todo se hace sin esfuerzo y sin pérdida de tiempo: a partir de ahí, todo puede comenzar. América, por donde deambula todavía el cercano recuerdo de los pioneros, ejerce sobre mí un vertiginoso atractivo: parece el reino de la trascendencia; encogida en el tiempo, expandida con magnificencia a través del espacio, su historia es la de la creación del mundo. Es lo que me conmueve de los rascacielos: proclaman que el hombre no es un ser estancado en sí mismo, sino que es impulso, expansión y conquista. Y esta profusión desvergonzada de los drugstores tiene una poesía tan exuberante como una iglesia barroca: el hombre ha apresado la cosa en bruto en la trampa de sus deseos, reafirma la potencia de su imaginación en la materia. Nueva York, Chicago, reflejan la existencia de este demiurgo de sueños imperiosos. Por eso son las ciudades más humanas y más exultantes que conozco. Aquí no hay sitio para la mortecina sensatez del pequeñoburgués en zapatillas cuyo único proyecto, tal y como queda expresado en el famoso soneto a la felicidad, es «aguardar sosegadamente la muerte en casa». Estar abocado a semejante espera es ya la muerte. En este sentido, los americanos están muy vivos: no viven en la perspectiva de la muerte, sino de la vida; no se regodean en la inercia; se juzga a un hombre por sus actos: para ser, hay que hacer. Los grandes puentes de metal, los buildings, Central Station, Park Avenue, y los aereopuertos, las carreteras, las minas, son la afirmación de esta fe.

Me costará desgajarme de estas grandes visiones de esperanza. Sin embargo, me conozco el señuelo. En este país la vida también se agota en mantenerse viva. «Estoy fuera desde las seis de la mañana», me decía ayer hacia las diez de la noche un taxista. «Imagínese si tengo ganas de volver a casa.» Re-

Escaneado con CamScanner

cuerdo la avalancha hacia el ferry-boat de Nueva Jersey. Todos mis amigos me han contado qué dura es la jornada laboral en esta ciudad de inmensas distancias; especialmente para las mujeres que tienen a la vez una profesión y un hogar que atender; al caer la noche están agotadas: muchas veces las he notado demasiado agotadas para salir o pasárselo bien. También he comprendido que beben tanto no porque sea una manía; necesitan un latigazo al final de la tarde. Y en Nueva York lo más normal es morir de enfermedades coronarias.

Eso no es todo. Se tiene la excitante sensación de que puede ocurrir cualquier cosa. Pero, de hecho, ¿qué ocurre? ¿Qué se hace con el tiempo y el dinero ganado? Sin duda, no he conocido a la clase dirigente, la que estudia, inventa, emprende, lucha: pero sólo constituye una exigua minoría. La mayoría de los americanos se parecen a los que he tratado: dejan que su vida vaya de un lado para otro. No tienen el gusto ni el sentido de la vida colectiva; tampoco la preocupación por su destino individual. De ahí procede la tristeza que tan a menudo he sentido junto a ellos: este mundo de promesas generosas les abruma. Y su esplendor en seguida se convierte en estéril porque no hay hombres que lo dominen. Todas las civilizaciones proponen a los hombres la evasión en la «trivialidad de la vida cotidiana», pero lo privativo de ésta es que no se sabe hasta qué punto dicha evasión está sistemáticamente organizada. Ni su educación ni el medio en el que se desenvuelve el individuo están concebidos para que este último descubra su interioridad. No sólo toma conciencia de sí mismo como un cuerpo carnal, sino como organismo que protege y prolonga un arsenal de aparatos mecánicos: sube y baja de un piso a otro en ascensor, se desplaza en metro, habla por teléfono, escribe a máquina, barre con aspirador; entre los alimentos y su estómago se interponen las industrias conserveras, las neveras, las cocinas eléctricas; entre sus deseos sexuales y su satisfacción hay todo un aparato de preceptos morales y prácticas higiénicas. La sociedad le cerca desde la infancia. Aprende a buscar fuera de sí, en el prójimo, su modelo de conducta; de ahí procede eso que llamamos conformismo americano: de hecho, los

Escaneado con CamScanner

individuos son muy diferentes, están tan separados en el nuevo mundo como en el viejo, pero encuentran más fácilmente la forma de huir de su singularidad y de evitar el sentimiento de «desamparo original». Tal vez no lo encuentren, pero al menos lo buscan con más tenacidad. Conocen, como todo el mundo, el tedio, la insatisfacción, la duda; pero intentan racionalizar su desasosiego planteándose sus «problemas». En lugar de apoyarse en su soledad, de intentar superarla profundizando en ella, se aferran obstinadamente a lo dado; ven la fuente de valores y de verdad en las cosas, no en sí mismos. Su propia presencia sólo es un azar al que no quieren conceder importancia. Por eso están interesados en el resultado en bruto, no en el movimiento espiritual que lo engendra, igual que los estudiantes del profesor T. que rechazaban la demostración de una fórmula. Además, creen que pueden aislar la parte del todo, como corrobora esa toma de partido por la especialización que se da en las técnicas, en las ciencias, la cultura. En términos hegelianos, se puede decir que la negación del sujeto conduce al triunfo del entendimiento sobre el espíritu; es decir, al triunfo de la abstracción. Y por eso en este país que parece tan decididamente volcado en lo concreto, la palabra abstracción me ha aflorado tan a menudo a los labios; el objeto, erigido en ídolo, pierde su verdad humana y se hace abstracto porque la realidad concreta es la que envuelve a la vez sujeto y objeto. Es la paradoja de todos los positivismos, de todos los pseudorrealismos que se desvían del hombre para afirmar la cosa: malogran la cosa misma y solo llegan a formular conceptos.

Muchas veces he sentido escuchando su jazz, hablando con ellos, que el tiempo mismo en el que viven es abstracto. Respetan el pasado, pero en cuanto monumento embalsamado; la idea de un pasado vivo, integrado en el presente, les resulta extraña; sólo quieren conocer un presente desgajado del curso del tiempo, y el futuro que proyectan es el que puede deducirse mecánicamente, no aquel cuya lenta maduración o brusca explosión implica riesgos imprevisibles: creen en el futuro de un puente, de un plan económico, no en el de un

Escaneado con CamScanner

arte o en el de una revolución. Su tiempo es el tiempo del «físico», una pura exterioridad que doble la del espacio. Y como rechazan la duración, también rechazan la calidad; no sólo se debe a razones económicas que no haya ningún «artesanado» en América. Incluso en el ocio de la vida doméstica no buscan logros cualitativos: guisan los alimentos, maduran la fruta lo más rápidamente posible. En todos los terrenos hay que apresurarse por miedo a que el resultado no esté ya caduco en el momento de alcanzarlo. Desgajado del futuro, el presente no tiene densidad; nada más ajeno a los americanos que la idea de observar el instante como resumen del tiempo, espejo de lo eterno, y de anclarse en él para captar verdades o valores intemporales: el contenido del momento les parece tan precario como el momento mismo. A falta de admitir que las verdades y los valores *se hacen*, no saben tampoco conservarlos en el movimiento que los supera: los niegan. Aquí la historia es un gran cementerio: hombres, obras, ideas, mueren casi nada más nacer. Y cada existencia singular también tiene un regusto a muerte: minuto a minuto, el presente sólo es un pasado honorario; hay que llenarlo sin cesar desde cero para disimular la maldición que lleva consigo. Por eso aman la rapidez, el alcohol, las películas thrillings, las noticias sensacionalistas: reclaman febrilmente otra cosa y otra cosa más porque en nada encuentran sosiego. No obstante, aquí como en todas partes, la vida se repite días tras día; entonces se divierten con aparatos y a falta de auténticos proyectos cultivan hobbys; mediante estas manías, fingen que se hacen cargo, por elección, de las costumbres cotidianas. Los deportes, el cine, los cómics, proponen distracciones. Pero para terminar, son remitidos a lo mismo de lo que precisamente querían huir: al árido fondo de la vida americana, el tedio.

El tedio y también la soledad. Se ha dicho mil veces y es cierto: esta gente con la que me relaciono está sola. Porque huyen demasiado amedrentados de su soledad original, porque se huyen, no tienen una auténtica posesión de sí mismos. ¿Cómo podrían entregarse entonces? ¿Cómo podrían recibir? Sin embargo, son abiertos y acogedores, son capaces de dar ter-

Escaneado con CamScanner

nura, de ser apasionados, sentimentales, cordiales. Pero es raro que sepan construir un amor profundo, una amistad duradera. Están lejos de tener el corazón seco y, sin embargo, sus relaciones siguen siendo superficiales y frías. Están lejos de carecer de vitalidad, de impulso, de generosidad, y, sin embargo, tampoco saben entregarse a la empresa de su vida por la misma razón. Ser Julien Sorel o Rastignac exige llevar las riendas y no desviarse de uno mismo; aquí hay pocos ambiciosos de verdad; se rinde un culto —caprichoso, por otra parte— a los héroes, pero en lo referente a uno mismo, casi lo único que se anhela es subir uno o dos escalones en la jerarquía social; a lo sumo si un joven desea descollar, será como ciudadano y no como ser humano; no soñará con emerger más allá del mundo dado, sueño simbolizado por ese árbol al que se encarama Julien Sorel, al promontorio desde donde Rastignac domina soberbiamente París. Esos deseos de grandeza son fuente de muchas decepciones y se traducen a menudo en defectos mezquinos que los americanos no conocen; poseen las virtudes que nacen de la indiferencia por uno mismo: no están amargados ni son impertinentes; no son malévolos ni envidiosos ni egoístas. Pero no tienen fuego interior. Al haberse perdido en el objeto, se vuelven a encontrar sin objeto. Experimentan de otra forma el «desamparo original» que su cultura pretende enmascararles. El contraste mismo entre su secreta fragilidad y sus construcciones orgullosas es lo que les hace tan patéticos.

Me parece que aquí el dinero adquiere una importancia tan desmesurada a causa del clima abstracto en el que viven. Esta gente no es avara ni mezquina, defectos que precisamente, en cambio, ellos atribuyen a los franceses; no desean amasar dinero, en seguida están dispuestos a gastar tanto para el prójimo como para sí mismos; dar les resulta natural. Tampoco son sibaritas, no buscan la fortuna para satisfacer extravagantes apetitos. Si el dinero es para muchos el único fin es porque han asimilado todos los demás valores a ese común denominador, es porque lo han convertido en la medida de todas las realizaciones humanas: cuando en realidad sólo es un signo abstracto de la auténtica riqueza. A falta de saber forjar y rea-

Escaneado con CamScanner

firmar valores concretos, los americanos se satisfacen con ese símbolo vacío. La verdad es que tampoco les satisface mucho: salvo los capitalistas de alto vuelo, no saben qué hacer con sus dólares ni tampoco con su tiempo de ocio. Supongo que ésta es una de las razones de que las mujeres americanas sean consideradas ídolos: el dólar es una divinidad demasiado triste. El hombre está contento de justificar su trabajo y sus ganancias dedicándoselas a un ser de carne y hueso. Pero el culto a la mujer, como el culto al dinero, sólo es un sucedáneo. El destino del hombre americano solo adquiriría sentido si consiguiera dar un contenido concreto a esta entidad abstracta: su libertad. Constituye un círculo vicioso, porque, para llenar esa libertad vacía, se requeriría que él cambiara las condiciones políticas y sociales en las que vive y que precisamente provocan su inercia. Por supuesto, millares y millares de americanos se esfuerzan por romper ese círculo. Y por supuesto, también hay millares y millares de americanos a los que las reflexiones que hago aquí no son en absoluto o en casi nada aplicables. Pero en la medida en que se pueda generalizar, la inmensa mayoría es víctima de esta maquinaria: la huida del aburrimiento y de la soledad les encierra en la soledad y el aburrimiento; al haber querido perderse en el mundo, han perdido todo ascendente sobre él.

Una de las características que más me han sorprendido es lo mucho que les repugna volver a cuestionarse el mundo y a sí mismos. Necesitan creer que el Bien y el Mal son categorías claramente diferenciadas y que el Bien es o será fácilmente puesto en práctica. Lo percibí desde el principio de mi estancia. Pero últimamente he tenido confirmaciones clamorosas. Entre otras, provoqué un escándalo en casi todos los estudiantes sin excepción de Columbia, Yale, Harvard, al hablarles de un caso de conciencia planteado en el libro de Rousset *Les jours de notre mort*. ¿Con qué criterio debían elegir los responsables susceptibles de salvar en un campo de deportados a dos o tres personas? Si objetabas que no elegir implicaba no salvar a nadie, que de todas formas el acto positivo de ahorrar dos vidas era más válido que una abstención homicida, se

Escaneado con CamScanner

cerraban en redondo; creo que a ellos les hubiera gustado más dejar que pereciera todo el mundo en vez de tomar una iniciativa demasiado grave. O mejor dicho, ni siquiera podían *pensar* en una situación en la que habrían estado obligados a asumir la parte del mal. Aquí se niegan a asumir la *parte del mal*, cosa que, sin embargo, constituye la única manera de luchar contra él. Por ejemplo, les repugna, incluso a los espíritus de buena voluntad, plantearse claramente el conflicto actual entre justicia y libertad y la necesidad de concebir un compromiso entre ambas ideas; prefieren negar la injusticia y la falta de libertad. No quieren admitir que la complejidad de factores en presencia crea problemas que superan todas las soluciones virtuosas. El mal sólo es un residuo que se conseguirá eliminar progresivamente mediante una aplicación más rigurosa de instituciones sanas en sí mismas; esto es lo que piensan muchas almas idealistas. Si dicho optimismo parece demasiado fácil, entonces se tomará partido por crear una especie de fijación enconada: la URSS. Es el Mal, sólo queda aniquilarla y volveremos al reino del Bien. Esto explica que esos mismos estudiantes, que tanto respeto sentían por la persona, hablaban tranquilamente de tirar la bomba atómica en Rusia.

¿Por qué, a pesar de todo, me resulta tan doloroso partir si al volver a pensar en todas estas cosas formulo de nuevo tantas críticas? En primer lugar, porque se podrían hacer a nuestra civilización europea, a nuestra civilización francesa con la que voy a reencontrarme, otras críticas diferentes pero igual de deprimentes. Tenemos otras modalidades distintas de las americanas de ser desdichados, de ser poco auténticos, eso es todo. Los juicios que he expresado sobre ellos a lo largo de este viaje no van acompañados de sentimiento de superioridad alguno. Veo sus carencias, no olvido las nuestras. Y entre lo que amo y lo que detesto de él, hay algo fascinante en este país: la enormidad de oportunidades y riesgos que corre hoy día y el mundo con él. Aquí todos los problemas humanos se plantean a escala vertiginosa. Y, en gran parte, la solución que aquí reciban los alumbrará retrospectivamente con una luz patética o los engullirá en la noche de la indiferencia. Sí, creo

Escaneado con CamScanner

que esto es lo que me conmueve tan profundamente en el momento de partir: éste es uno de los puntos del mundo donde se pone en juego el futuro del hombre. Amar o no amar América: estas palabras no tienen sentido. Es un campo de batalla y sólo te puedes apasionar por el combate que está librando y lo que está en juego rechaza cualquier medida.

20 de mayo

El musgo de Luisiana y las azaleas primaverales deshojadas por las lluvias de otoño, las novias con azucenas en la esquina de la avenida donde mendigan los hombres olvidados, los coyotes disecados, los héroes de bronce verde, los pueblos color ocre, las casas prefabricadas diseminadas al borde de un desierto de sal, las caras negras con ojos de odio, las granjas de madera barnizada a la sombra de los arces rojos, las college-girls risueñas, los vaqueros de botas leonadas... qué mezcolanza en el granero polvoriento donde las arañas comienzan a tejer su tela.

Terranova, Shannon, París. El día despunta en Orly. ¡Qué viejos son los aduaneros y qué ajados sus uniformes! No parecen orgullosos de ser ciudadanos franceses: en sus caras hay algo que mendiga; están mal pagados para profesar respeto puritano por las consignas; alrededor de una maleta opulenta, montan extraños conciliábulos, cada uno se las ingenia como puede. Por la triste avenida que conduce hacia París, la gente va mal vestida, las mujeres tienen el pelo descolorido, caminan con paso humillado. Las verduras del mercado son raquíticas. Ni un taxi en la parada de los Invalides; en el bordillo de la acera, los viajeros se ponen nerviosos, empiezan a pelearse. Hace un día gris, París parece aterido, las calles están apagadas y lúgubres, los escaparates son ridículos. Allí, en la noche, un continente inmenso resplandece. Tendré que volver a aprender cómo es Francia y meterme de nuevo en mi piel.

Escaneado con CamScanner

Esta obra, publicada por
MONDADORI,
se terminó de imprimir en los talleres
de Artes Gráficas Huertas, S.A., de Madrid,
el día 15 de septiembre
de 1999

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Las mil y una
VOCES

América día a día

Otros títulos

Nadia
Baya Gacemi

El desierto de Daisy Bates
Julia Blackburn

Un genio en la familia
Hilary y Piers du Pré

Un destino luminoso
Jean Chalon

Días perdidos
Marya Hornbacher

En el barén
Denise Zintgraff - E. C. Vukovic

El tiempo de las mariposas
Margaret Fountaine

El diario de Edith
Edith Velmans

Búho Gris
Lovat Dickson

La prisión blanca
Alfred Lansing

Escaneado con CamScanner

América día a día

El 25 de enero de 1947 fue un día especial para Simone de Beauvoir: a punto de cumplir los cuarenta años, inició una aventura que la llevaría a una tierra lejana, saboreada hasta entonces sólo a través de la literatura y el cine. Dispuesta a viajar en coche, en tren o a lomos de una mula, la mujer quiso meterse en la piel de América, pasando de las fiestas en los barrios exclusivos de Manhattan, donde conocería a Charlie Chaplin, Dos Passos y Le Corbusier, a los tugurios de Nueva Orleans en busca del mejor jazz, y más tarde al barrio chino de San Francisco, a los poblados indios cerca de Santa Fe y a los bares de Chicago en compañía de Nelson Algren... Durante cuatro meses, Simone de Beauvoir vio y preguntó, intentando averiguar qué había detrás de la mirada confiada del ciudadano de a pie y de la soledad de los intelectuales en un país en apariencia libre y cordial, pero obsesionado por el presente y falto de vida interior.

Las notas de este diario reflejan la sensibilidad de Simone de Beauvoir, tan atenta a los detalles de lo cotidiano, y muestran su gran talento para resumir a veces en muy pocas palabras todo el espíritu de un pueblo que ahora, cincuenta años después de aquella experiencia, aún vive y sueña casi como recién salido de las magníficas páginas de *América día a día*.

«Un diario de viaje que es una auténtica joya»

The New York Times Book Review

ISBN 84-397-0388-0

9 788439 703884

MONDADORI

Escaneado con CamScanner